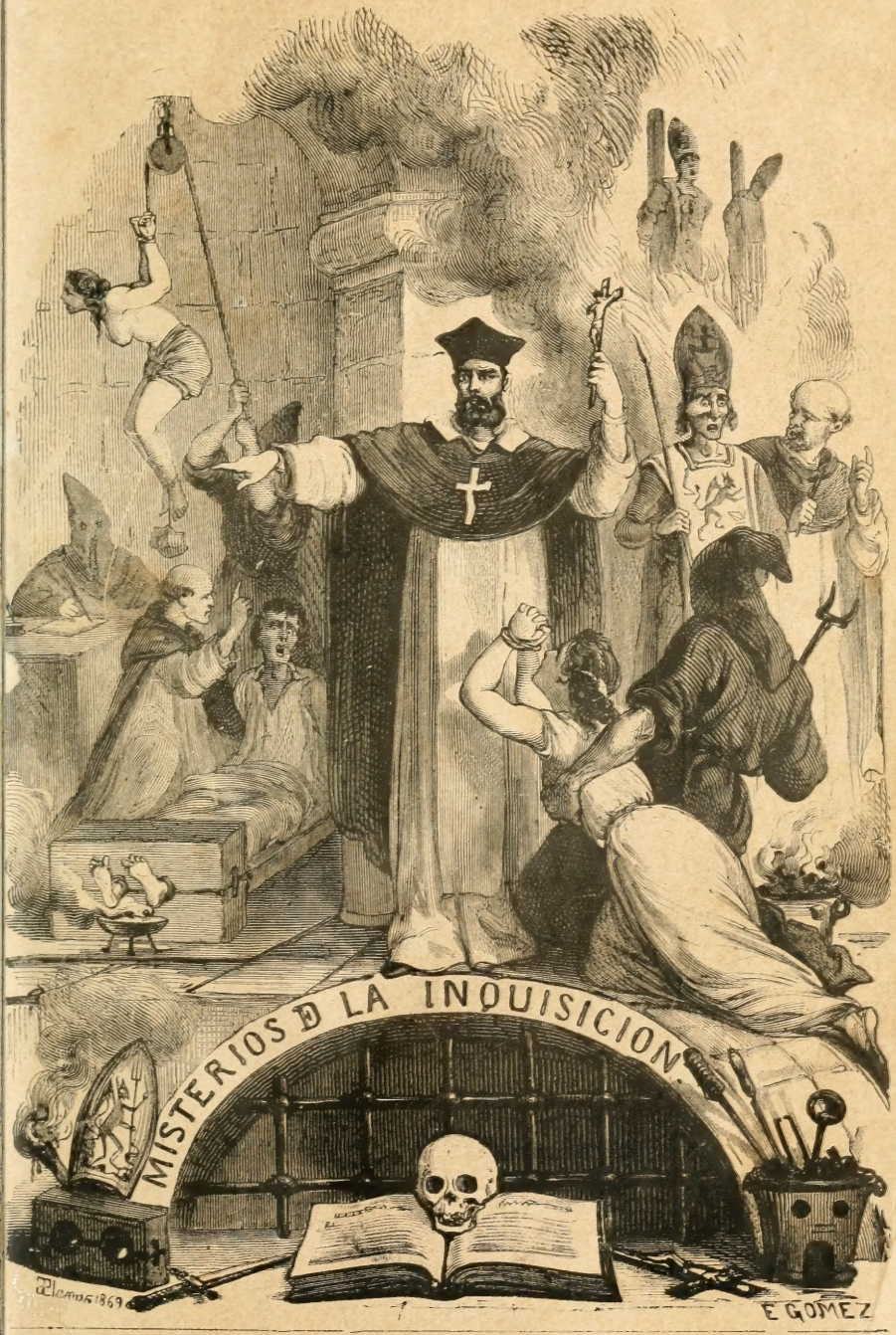
MISTERIOS

DE LA

INQUISICION DE ESPAÑA.

TOMO PRIMERO.

PORTADA.



BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

MISTERIOS

DE LA

INQUISICION DE ESPAÑA

POR

M. DE FEREAL,

CON NOTAS HISTÓRICAS DE

MANUEL CUENDIAS.

TERCERA EDICION

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DEL REPUTADO ARTISTA

EUSEBIO PLANAS.

BARCELONA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE JUAN PONS.

Calle del Olmo, n.º 13.

1877.

LIBRARY
SEP 08 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

ES PROPIEDAD DE JUAN PONS.

PQ
2445
S8M86
t.1

MISTERIOS DE LA INQUISICION DE ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El barrio de Triana.

En el siglo diez y seis, durante el reinado del emperador Cárlos V, Sevilla, esa alegre y hermosa ciudad de Andalucía, se habia convertido en una poblacion triste, sombria y silenciosa. En vano la capital de los árabes, mostraba á los rayos de un sol espléndido, sus bastas azoteas cubiertas de arbustos y de flores; en vano sus elegantes balcones se ostentaban adornados con enredaderas, pasionarias, y jazmines de Virginia: de noche no se oia ya bajo de ellos la voz del enamorado galan entonando sus canciones al son de una guitarra, y si en las altas horas la tímida doncella tenia bastante valor para asomarse en las azoteas con objeto de respirar la fresca y perfumada brisa que del Guadalquivir se levantaba, andaba grave y silenciosa y de sus mudos lábios no salian mas que suspiros ahogados, en vez de esas alegres carcajadas, de esa

melodiosa armonia de lenguaje que, entre las mujeres convierte el idioma español en una música sonora.

Por todas partes el terror habia levantado su siniestro estandarte; no se celebraban ya reuniones de familia: la desconfianza y el temor paralizaban los mas dulces sentimientos del alma. El padre temia á su hijo; el hermano á su hermano; el amigo á su amigo. En aquella época hallábase, con frecuencia, un delator ó un espia en la persona querida. Nadie tenia seguridad en su fortuna ó su existencia: vivíase en el azoramiento; se privaba al corazon todo impulso de generosidad ó ternura, y nadie tenia esperanza en Dios, en este gran consolador de las miserias, pues nadie osaba invocar la libertad de conciencia porque la espresion de su plegaria ó la manifestacion de su fé no tardaba mucho en convertirse en espresion *legal* aprobada por el Supremo Tribunal del Santo Oficio. Este era un usurpador *sagrado* que exigia que se adorase á Dios conforme á su capricho, ó por mejor decir, se transformaba en Dios arrogándonos un sin número de derechos y un *fatal* poder así en el cuerpo como en el alma. Era un desapiadado tirano que por todos los medios procuraba alcanzar la dominacion absoluta que era su único y constante fin. La inquisicion se hallaba entonces en su apogeo y tenia por jefe al cardenal Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla. Estos detalles se hacian necesarios para la inteligencia de los capítulos que siguen.

Ahora trasladémonos al 15 de febrero de 1534.

Eran las siete de la tarde: las calles de Sevilla, que en

otro tiempo se hallaban tan animadas, permanecian oscuras y silenciosas por mas que hubiese llegado ya el carnaval. Veíanse tan solo de cuando en cuando algunos frailes de siniestro rostro y algunos gitanos que andaban con errante paso. Los familiares del Santo Oficio, estos constantes espías, se saludaban haciendo una seña sacramental (1) y los vecinos del barrio de Triana (2) se apretaban sobre el puente del Guadalquivir que une la ciudad con el gran barrio, inmenso receptáculo donde se agita aun hoy dia la espuma del pueblo sevillano.

Entre las personas que en aquella hora cruzaban el puente de Triana veíase un hombre de elevada estatura, el cual vestia el hábito de fraile. Su ancha y pensadora frente revelaba mas que la austeridad, la calma; sus negros ojos indicaban la dulzura por mas que la reflexion y el entusiasmo los hiciera chispear de cuando en cuando, y sus lábios, entonces mudos, llevaban el sello de la poesía y la elocuencia. En sus facciones veíase la deslumbradora energía de San Pablo y la dulzura del discípulo querido.

Este hombre andaba con gravedad, como si se hallase preocupado por grandes pensamientos; y en el descuido de las cosas terrenales en que parecia sumergido, no obser-

---

(1) Los familiares de la Inquisicion, á semejanza de los masones, adoptaban ciertas señas y palabras conocidas de ellos solos y con las cuales se reconocian.

(2) El barrio de Triana, separado de la ciudad de Sevilla por el Guadalquivir, ha sido y continúa aún siendo el barrio donde la gente de rompe y rasga fija su domicilio.

vaba á los transeuntes que le cedian el paso y que, en la oscuridad de la noche, rozaban su largo y severo traje.

Llegado que hubo á la estremidad del puente se detuvo un instante como si estuviese indeciso respecto si tomaria hácia la derecha ó hácia la izquierda. Pero como si á esta indecision, no muy formulada, se uniesen preocupaciones de otro género, el fraile cediendo por fin á alguna idea, se detuvo un instante pensativo. Parecia más bien un hombre que aguarda la cita que un filósofo que reflexiona. En aquella época, nadie hubiese comprendido, al verle tan inmóvil, que pudiese obedecer á un elevado pensamiento.

En aquel instante un hombre vestido con decencia salió por la calle de la derecha llamada entonces de Gitanos y se detuvo por algunos momentos en el ángulo de esta calle mirando á todos lados como si buscase álguien: luego, viendo al religioso, se dirigió con lentitud hácia él.

Al llegar cerca el religioso, detúvose de nuevo: éste no le habia aun percibido.

Este hombre se le acercó y le dijo en voz baja:

—¡El Sanbenito! (1)

Al oir esta voz el franciscano levantó bruscamente su cabeza, miró por un instante al que así le hablaba y respondió con gravedad:

---

(1) Era un escapulario que el Santo Oficio revestia á los que debian figurar en un *auto* de *fé* y una de las frases sacramentales de que hablamos. Llamábase tambien *zamarra*. El que llevaba el Sanbenito quedaba eternamente deshonrado y privado de los derechos civiles y políticos. Este castigo se estendia á los descendientes.

—¡La coroza! (1)

—El inquisidor general me envia.

—El inquisidor tiene poder sobre todo el mundo, replicó el fraile.

—Vuestra paternidad puede seguirme.

El religioso obedeció siguiendo á su guia con paso natural y tranquilo, bien como si previera aquel incidente, dejándose llevar como un niño y observando escrupulosamente el silencio, hijo, quizá, del terror que la misma inquisicion inspiraba.

El desconocido y el fraile siguieron por la calle de Gitanos que era de sí muy larga, negra y tortuosa y donde no se percibia mas claridad que la arrojada por numerosas tabernas que en ella habia escalonadas y de las que salia un ágrio y confuso ruido ocasionado por vinosas y discordantes voces.

El pueblo bajo, ó mejor dicho, la pillería de la ciudad, se embriagaba en aquel instante con manzanilla y pajarete que bebia en *chiquitas* las cuales eran unos vasos largos, estrechos, cuadrados que aun se usan en las tabernas andaluzas.

En la mitad de la calle, el laico se detuvo frente á una taberna que se hallaba mejor iluminada que las otras y

(1) La *coroza* era un birrete alto y puntiagudo como el que llevaban las mujeres en la edad media. En este birrete que llevaban los condenados á la hoguera pintábanse llamas, diablos, y mil estrañas monstruosidades. La palabra coroza formaba tambien parte del lenguaje sacramental de los familiares.

haciendo un signo á su compañero, le instó á que entrara en ella.

El religioso franqueó sin vacilar el dintel de la taberna.

Consistia esta en un cuarto bajo oscuro, de negras y ahumadas paredes, en las que se veian muchísimas hendiduras, que contrastando con los tonos oscuros de aquellas, formaban un mosáico de geroglíficos.

En la estancia veíanse algunos rotos y groseros banquillos frente á unas negras y viscosas mesas, pero á las que el contínuo frote de los codos habia barnizado.

En las paredes se notaban algunas imágenes de santos y pinturas que representaban autos de fé, iluminadas todas con velas ó con lámparas de aceite. Estas luces que ardian constantemente eran las únicas que alumbraban la taberna.

Clavados en el techo veíanse unos gárfios llamados *garabatos* de los que colgaban jamones, morcillas y otros comestibles.

Al ver la gente de aquella taberna (compuesta de chulos, gitanos y hasta de familiares del Santo-Oficio), sentada en aquellas mesas é iluminada por la vacilante claridad de aquellas lámparas, se la hubiese tomado por un sabat de diablos.

Los pasos de aquellos hombres no daban ningun eco sobre el resbaladizo pavimento y el rumor de las voces parecia una lúgubre salmodia. Aquel inmundo lugar ins-

piraba tanta repugnancia cual miedo. Tales eran por aquel tiempo las tabernas de Triana. (1)

El fraile se sentó en una estremidad de la taberna donde no habia nadie; luego invitó á su compañero á que se sentara á su lado.

—Voy á ello, dijo el desconocido; pero tengo que hablar con la Chapa.

E indicó á una jóven que se mantenia en pié á dos pasos de ellos, cerca el dintel de una puerta que guiaba á la cocina.

La Chapa, hermana del tabernero, era una jóven morena andaluza de redondas y bien modeladas piernas, cubiertas apenas con una saya encarnada.

Una larga y ondulante cabellera partida en dos trenzas, caia desde su cabeza á su talle, adornadas con cintas color de naranja y dos alfileres de acero, que brillaban cual dos estrellas.

El desconocido se dirigió familiarmente hácia ella y lá dijo á media voz:

—¿Ha llegado Frasquito, Chapa?

—Aun nó, respondió la andaluza; mas no puede tardar

---

(1) Estas tabernas, asi como las describe el autor, no existen ya en Triana. En 1822 ví tres ó cuatro de ellas. En España, como en otros países, las tabernas que formaban la delicia de nuestros padres se han convertido en magníficos cafés, donde entre espejos dorados y en vasos de cristal, se beben licores y vinos que quizá son mucho mas inferiores á los que se bebian antiguamente; pero que, en cámbio, son mas caros. Los taberneros que pertenecian á la hez del pueblo se han convertido en *honrados ciudadanos* y gracias ála contribucion que satisfacen se convierten en mercaderes, usureros, ladrones, electores elegibles, y hasta en elegidos.

mucho: envié á mi hermano Joaquin para advertirle que la señora Dolores saldrá á la media noche de su casa: Frascrito se tiene que reunir aquí con nosotros, lo mismo que este santo hombre que Dios honra con su confianza.

Y al mismo tiempo la Chapa dirigió una curiosa mirada sobre la hermosa é imponente figura del religioso.

—Es, dijo el desconocido con misterio, el confidente íntimo del muy ilustre y muy reverendo Pedro de Arbués. Halléle en el puente de Triana, conforme lo habia indicado ya Su Eminencia y si doña Dolores cumple su palabra no tenemos que aguardar mas que á Frasquito para la ejecucion de nuestro proyecto.

—La cumplirá; no tengais miedo; la he dado una carta de su prometido esposo que Su Eminencia hizo escribir á Pedro de Saavedra (1) por mero pasatiempo.

---

(1) *Saavedra* (Juan Perez de) conocido bajo el nombre de *El falso nuncio* fué un célebre intrigante muy conocido por su habilidad en falsificar las escrituras. El fué quien ausiliado por un jesuita estableció en Portugal la Inquisicion y la compañía de Jesús, recurriendo á unas falsas bulas del papa, y á unas falsas cartas del Emperador Cárlos V, y del príncipe Felipe que luego fué Felipe II. Saavedra no se contentó en servir los interes de los jesuitas y del Santo Oficio, sino que su destreza en falsificar vales reales y títulos de crédito contra el Estado le valió sumas considerables. El inquisidor Tabera mandó por fin arrestar ese tunante en Málaga en el instante en que salia de una Iglesia y el santo oficio que mandaba quemar los honrados ciudadanos por una simple frase, condenóle tan solo á diez años de galeras. Verdad es que la Inquisicion utilizó la habilidad del falso nuncio; el tribunal inquisitorial que fundó y todos los empleos y dignidades que adjudicó Saavedra fueron confirmados por el inquisidor general.

Diez y nueve años mas tarde (en 1562) Felipe II llamó el *falso nuncio* á la Córte y le dió un empleo. Este mónstruo que con su *propia mano* se hizo obispo, nuncio y legado *ad latere* falleció en 1575 en Madrid con una fortuna de 400.000 ducados. Hé aquí como en Portugal se establecieron la Inquisicion

—¿Y la jóven consintió en la cita? preguntó el desconocido que, en obsequio á nuestro relato, llamaremos Enriquez.

—Rehusóla al principio; ¡mas la carta obligaba tanto!.... Se trataba de la vida de su nóvio y la jóven prometió lo que quisimos. Ya debe encontrarse en el punto de la cita. Ya comprendereis que no soy estraña á la resolucion que ha tomado y que la ausilio en cuanto puedo.

—¡Loado sea Dios! esclamó Enriquez, fingiendo que se sentia compungido; eres muy lista Chapa; y en verdad que Su Eminencia no podia elegir á una mujer cual tú para hacerla instrumento de su voluntad inmutable. Ya comprenderás, amiga mia, que nuestro santo varon no lleva mas fin que arrancar el alma de esa jóven á las garras del diablo impidiendo su matrimonio con don Estéban de Vargas, que segun dicen, es hijo de un marrano (1) y nieto de gente mora.

—¡Oh! ya lo creo, dijo la Chapa santiguándose. Monseñor es un santo y no obra sino en interés del cielo; pero no me llameis lista que es como si me dijéseis bruja y este nombre me asusta. Tal calificativo no debe salir de boca de un familiar del Santo Oficio. Con él, y gracias á mi celo no seria muy difícil que se me enviase al primer

---

y los jesuitas: dos instituciones que fueron dignas una de otra pero que fueron rivales porque una y otra aspiraban á dominarlo todo.—Llorente: *Historia de la Inquisicion.*

(1) Este era en España el nombre que se daba á los moros y judíos convertidos.

auto de fé que se celebrará para honrar las victorias del rey Nuestro Señor.

—Vaya, Chapa, tranquilízate: tu eres una buena cristiana y sirves demasiado bien la inquisicion para temerla. Efectivamente: no se pasará mucho tiempo sin que veamos un auto de fé y como no será el primero que se habrá celebrado en el reinado de don Cárlos, te prometo un puesto en un balcon de la Plaza Mayor á fin de que veas como los herejes arden en las llamas.

—¿De veras? dijo la andaluza restregándose, llena de alegria, sus manos: ¡Oh! señor Enriquez: dicen que se quemarán quince hereges y otros muchos á que Su Eminencia hará *gracia* permitiendo que se les estrangule antes de que vayan á las llamas. En verdad señor Enriquez que ofrecerán un magnífico espectáculo. ¿Hareis que lo vea, no es cierto?

—Te lo juro, replicó el familiar en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y con la licencia del inquisidor de Sevilla. Sí, sí en efecto: será magnífico, añadió el familiar, satisfecho al ver que la andaluza manifestaba aquel celo por el Santo Oficio.

Pero el que hubiese observado el rostro de la jóven hubiese visto como sus lábios palidecian; sus negros y brillantes ojos se hallaban velados por el terror y su corazon latia precipitadamente bajo su corsé de terciopelo.

La hermana de Frasquito al remontarse á sus abuelos no encontraba una sangre muy limpia y muy católica y de ahí su celo por el Santo Oficio; pero como no se sin-

tiese muy tranquila al observar al hipócrita soldado de Cristo (1), dijo con una exaltacion que tenia apariencias de alegria:

—¡Oh! ¡y qué magnífico! ¡qué magnífico!

En aquel mismo instante los ojos del fraile se elevaron en ella.

No habia perdido ni una frase de lo que habia dicho, ni ninguno de sus gestos.

—Servidnos vino; hija mia, dijo el familiar.

Y la pobre Chapa, contenta porque así evitaba las miradas del fraile y huia al mismo tiempo aquella conversacion que podia denunciar su miedo, se dirigió en busca de un jarro, lo llenó de vino y lo colocó frente á Su Reverencia.

Pero en el mismo instante en que Enriquez acercaba un taburete para sentarse en la mesa entró un nuevo per-

---

(1) *Soldado de Cristo.* Se llamaban así los familiares del Santo Oficio que siendo los mas jóvenes, fueron armados por Torquemada y bajo el pontificado de Alejandro VI.

«Tan singular milicia, dice en su Historia de la Inquisicion, Llorente, era muy numerosa. Torquemada, era tan cruel, habia empujado tanto la delacion y el espionaje, que gran número de nobles, juzgando que era mas prudente hacerse de la inquisicion que ser su víctima, se ofrecian voluntariamente para ser familiares del Santo-Oficio. El ejemplo de estos nobles, junto á los privilegios que Fernando de Aragon ofreció á los familiares, hizo que el pueblo envidiara este cargo. Hubo tantos familiares como personas debian ejercer cargos municipales, en razon á que todo familiar se hallaba exento de los mismos. Los que iban armados constituian lo que se llamó *milicia de Cristo:* esta milicia formaba la guardia de corps de los inquisidores generales y provinciales.

La milicia de Cristo fué, asimismo, creada en Francia por Domingo de Guzman en 1208, durante el reinado de Felipe Augusto y de Inocencio III.

sonaje. El recien llegado se acercó al familiar y señalando al fraile con una mirada, dijo con voz melosa y compungida:

—¿Es quizá nuestro padre santo?

—El mismo, Frasquito, contestó Enriquez.

El religioso se levantó y cruzó sus brazos en el pecho.

El recien llegado hizo lo mismo.

El monge volvió á cruzarlos en sentido inverso y luego se inclinó como para saludar á Frasquito.

Este hizo lo igual, de suerte que al imitar su movimiento sus frentes se tocaron.

Era el saludo adoptado por los familiares.

Pero Frasquito no se contentó con estas señas; desabrochó su jubon y mostró la imájen de un Cristo. En medio de este Cristo brillaba un sol, símbolo de luz, sarcástica divisa de la Inquisicion, toda vez que era la precursora del error y las tinieblas.

Pero el franciscano dejó de contestar á esta última seña.

Frasquito dirigió á Enriquez una mirada de desconfianza.

El familiar se encogió de hombros con aire de indiferencia.

—No es de los nuestros! murmuró Frasquito.

Enriquez hizo un gesto en que se revelaba cierta duda.

—No es de los nuestros! repitió Frasquito, y este hombre nos hace traicion.

Y al mismo tiempo apretaba la mano del familiar y en sus siniestras facciones se retrataba una cólera salvaje.

Todo esto se decia en voz baja, pero no tanto que los parroquianos de la taberna no observasen esa agitacion que precede siempre á las disputas. Todos los ojos se fijaron entonces en el religioso que, singularmente tranquilo, parecia mas bien testigo que actor de aquella escena.

Algunos viendo el aspecto del fraile, cuyo imponente rostro inspiraba el mas profundo respeto, algunos principiaron á murmurar soltando amenazas contra Enriquez y Frasquito.

Por mas que en caso de que fueran insultados los familiares de la Inquisicion estaban seguros de que álguien les vengaria, aquellos dos hombres no quisieron armar contienda con los vecinos de aquel barrio; conocian que antes se les haria trizas que permitir que tocasen al fraile; pero en cambio habia algo que imponia mas al pueblo que los frailes: la Inquisicion.

Así es, que usando de una infernal astucia, Frasquito se volvió hácia los bebedores cuyos gestos y miradas parecian hostiles y les dijo:

—Hermanos mios: sereis tan malos católicos para defender á un enemigo de la Inquisicion?

Al oir tan terrible frase aquellos hombres inclinaron su cabeza y sus rostros palidecieron.

Se hubiese dicho que un rayo habia caido en la taberna.

Nadie pronunció una frase.

Entonces el franciscano sin dar importancia á la cólera de Frasquito ni al estupor de los bandidos, se levantó con gravedad y se dirigió hácia la puerta en medio del mas profundo silencio.

—Cómo, dijo Frasquito, permitireis que se escape? Nadie avisará á los esbirros del Santo-Oficio?

—Yo, yo! gritó la Chapa asustada.

Y al mismo tiempo se dirigió hácia la puerta deseando evitar, con su celo, el peligro que siempre temia; pero al llegar á la puerta, el franciscano dirigió á la jóven una profunda é intensa mirada, y la Chapa, cediendo á una fascinacion indescribible, juntó sus manos y cayó de rodillas ante el monje.

Llevados por un secreto impulso, los bandidos estendieron hacia él sus brazos, bien como si quisiesen implorar su ausilio contra un oculto poder que no se atrevian á desafiar frente á frente.

Entonces, el fraile volviéndose con actitud magestuosa hácia aquellos hombres que guardaban una actitud muda y recogida, les dió su bendicion y luego se echó á la calle sin que nadie ni el mismo Frasquito pensase en detenerle.

—Se nos ha vendido! esclamó Frasquito dirigiéndose á Enriquez que, cual los demás, sentia una gran sorpresa.

—Lo ignora todo, observó Enriquez.

—Pues bien: manos á la obra, dijo Frasquito: para ello no necesitamos de un tercero.

Y los soldados de Cristo dejaron la taberna.

CAPÍTULO II.

El Palacio de la Garduña.

En la estremidad del barrio de Triana existia una vieja casa de arquitectura árabe cuyas ruinas servian de refugio á las aves nocturnas (1).

Durante esas tibias noches de verano que en Andalucía hacen el abrigo inútil, refugiábanse en ella mendigos y gitanos que carecian de asilo; y durante el invierno las comadres del barrio se refugiaban tambien en ella, ya para disfrutar de los rayos del sol, ya para encontrar un abrigo contra el soplo de la brisa.

Al observar la robustez de sus desmanteladas paredes y ciertos detalles arquitectónicos perfectamente conservados, se conocia desde luego que aquella casa habia sido

(1) Se daba en aquella época tan poca importancia á los monumentos árabes, que, escepto algunos muy notables que conservaron los frailes, todos se abandonaron á los mendigos, á los gitanos y bandidos que hicieron de ellos su refugio.

en otro tiempo una vasta y magnífica morada. Decimos esto porque en medio de sus ruinas veíase una ligera y elegante columnata que sostenia una bóveda sembrada de arabescos que se hallaban aun notablemente conservados. Esta columnata debia adornar una magnífica estancia á la cual se entraba por una puerta que se distinguia aun por su solidez y su lujo.

Aquí y allí, entre los escombros, veíanse algunas yerbas silvestres que ostentaban sus rojas ó amarillentas flores y algunos salvajes laureles que adornaban aquellas ruinas de un vivo y sombrío verdor.

Aquel estraño paraje era el punto donde se reunian los miembros de la *Cofradía de la Garduña* (1); era el *palacio* del maestre de la órden.

---

(1) *La Cofradía de la Garduña* era una sociedad de malhechores. Desde 1417 existia en España una sociedad bajo este título, compuesta de toda clase de bandidos.

Esta sociedad, perfectamente organizada, ejecutaba toda clase de crímenes en obsequio al que tenia que satisfacer una venganza, ó un resentimiento cualquiera.

Encargábanse por un precio determinado, y dando sus garantías de dar una puñalada mortal ó no mortal, conforme al gusto del que pagaba. Tambien daba palizas y contrataba homicidios.

Los homicidios costaban muy caros, y solo se contrataban con gente de importancia; pero una vez fijado el precio se podia contar con él, puesto que la Cofradía de la Garduña, cumplia con gran escrúpulo y formalidad sus compromisos.

Esta sociedad se componia de un gran maestre llamado *el hermano mayor*, que vivia en la córte, donde con frecuencia, gozaba de una posicion distinguida. Este hermano mayor, enviaba sus

Los que han leido las novelas de Cervantes, recordarán el grotesco y religioso tipo de Monipodio, jefe de los caballeros de industria de Sevilla.

órdenes á los capataces de provincias, las cuales eran ejecutadas con una exactitud y un celo, que hubiesen hecho á honor á mas de un público funcionario.

El personal de la Garduña se componia de lo siguiente:

De *guapos*, que generalmente eran muy diestros en el manejo de la espada, y cuyo valor se hallaba á prueba de tormentos y hasta del mismo patíbulo. En la gerga que entonces se usaba, llamábaseles tambien punteadores, porque herian con la punta de su espada.

Despues de los punteadores, venian los floreadores, que se batian en las escaramuzas. Figuraban entre estos, algunos jóvenes que se habian dado al pillaje, y que habian ya visitado los presidios de Africa, Málaga ó Sevilla. Se les llamaba tambien *hermanos postulantes*. Venian luego los *fuelles ó sopladores*, llamados así porque su empleo en la compañía consistia en soplar al oido del maestre todo lo que sabian respecto á las familias de la ciudad, en cuyo seno penetraban gracias á sus hipócritas manejos.

Los fuelles eran unos viejos de beato aspecto, que frecuentaban los templos con un rosario en la mano, y que se dedicaban á todo lo que olia á sacristan, sin perjuicio de desempeñar sus servicios cerca del maestre de la órden y del inquisidor, porque es de advertir que la mayor parte de estos viejos, unian el cargo de espías de la Garduña, al de *familiares* del Santo-Oficio.

La Garduña, contaba asimismo con un gran número de viejas que llamaba *corbeteras* ó encubridoras, del verbo encubrir ú ocultar, y otro gran número de jóvenes de diez á quince años, que bautizaban con el nombre de *Chivatos* ó cabras.

Los *chivatos* eran los novicios de la *órden*. Para llegar á *hermano postulante*, era indispensable ejercer por espacio de un año el oficio de chivato.

En la época de que hablamos, es decir, cincuenta años antes de que existiera Cervantes, habia en España una so-

---

El postulante que habia merecido bien de la Cofradía, se convertia en *guapo* á los dos años de servicio.

El *guapo* era elegido maestre y gran maestre, que era la dignidad mas alta que la *sociedad* conferia.

Aparte de los oficios indicados, la Garduña contaba gran número de *sirenas*. Estas eran jóvenes y hermosísimas mujeres que en su mayor parte eran gitanas.

Las sirenas eran las odaliscas de los serrallos que ostentaban los grandes hombres de la órden, las que servian de reclamo para aquellos en quienes la Garduña queria hacer una *operacion* cualquiera.

A este personal se deben añadir muchos alguaciles, escribanos, procuradores, frailes, canónigos, inquisidores y hasta obispos que se convertian en otros tantos protectores ó instrumentos de la Garduña, á la que necesitaban y á la que daban dinero conforme á los deseos, cuya realizacion se proponia. Esta sociedad arruinó á España durante cuatro siglos.

Fundada en el siglo décimo quinto, quedó enteramente destruida en 1821, por los cazadores de montaña.

Los papeles de tan singular y horrible sociedad que consistian en registros, donde constaban las *órdenes del dia*, en estatutos de la compañía y en un gran número de cartas, fueron depositadas por mí en la escribanía criminal de Sevilla, el 15 de setiembre de 1821. En 1823 aun existian.

Francisco Cortina, que era maestre de esta sociedad en 1821, fué arrestado con veinte de sus cómplices, y en 25 de noviembre de 1822, fué ahorcado con diez y seis de aquellos en la misma plaza de Sevilla. En otro tiempo y lugar, daré una copia testual del reglamento por el que aquella sociedad se dirigia. En este capítulo, el autor dá casi toda la *órden del dia* perteneciente al 15 de febrero de 1534.

ciedad de ladrones protegida por algunos miembros de policía.

Tan singular institucion, cuyo orígen se encuentra á principios del siglo quince, reconocia por jefe, en Sevilla, á un hombre de singular aspecto, cuyo rostro era á un mismo tiempo grave y sarcástico, que usaba de un lenguaje asquerosamente pintoresco y cuyo tipo tradicional existia aun en España por los años de 1821.

En la misma noche en que tenian lugar las escenas que hemos descrito en el capítulo anterior, ocurria otro hecho no menos curioso y mucho mas original en el palacio de la Garduña.

Eran las diez de la noche poco mas ó menos: la pesada y maciza puerta del palacio giraba sobre sus goznes dando paso á unos treinta individuos de todo sexo y edad.

Estos hombres entraron silenciosamente guardando el mayor órden y observando con el mayor escrúpulo cuanto se debia á la gerarquía y al rango.

En medio de la estancia que se veia iluminada por antorchas de resina que se hallaban fijas en las columnas, observábase al maestre.

Era un hombre robusto, huesoso y de elevada talla; su rostro, color de oliva y surcado de cicatrices, ofrecia una estraña mezcla de tranquilidad y de audacia, y cuando sonreia, asomaba en sus lábios la ironía y el sarcasmo. Su grave y varonil acento se distinguia por un sello de energía y cuando espedia sus órdenes la fuerza de su voluntad

imprimia á su mirada y á sus gestos un poder de dominacion irresistible.

Vestia una camisa de gruesa tela, una especie de túnica con que se envolvia como si llevase una capa, y unos zaragüelles cubrian hasta las rodillas su cuerpo.

Sus nerviosas y desnudas piernas se hallaban revestidas de un vello muy espeso, y sus rugosos y anchos piés, que eran indicio de su baja estruccion y de su gran fuerza física, se hallaban calzados con unas alpargatas ó sandalias atadas al rededor de sus canillas con multitud de cintas.

A este hombre se le conocia bajo el nombre de *Señor Mandamiento*.

Los diversos personajes que acababan de penetrar en la estancia formaban círculo en torno suyo.

Cerca de él, y porque así lo exigia su mérito, se colocaron el uno á la derecha y el otro á la izquierda, dos *guapos* que se hallaban en todo el vigor de la edad.

El primero llamábase *Manofina* porque nadie le igualaba en su destreza por dar una puñalada, sin que la víctima adivinase de donde partia el golpe, y porque, á mas de esto, era un prodigio en lo de manejar una espada ó una pistola.

El otro se llamaba *Cuerpo de Hierro* y habia sufrido tres veces el tormento sin denunciar á nadie y sin que al parecer, se resintiese su cuerpo.

Seguian luego dos viejos llamados *fuelles* ó sopladores, nombre que la sociedad daba á los que gracias á su beatífico esterior la servian de espías é introductores allí donde se podia cometer algun robo.

Venian despues algunas viejas llamadas coberteras, algunos chivatos vistiendo diversos trajes, en fin, algunas jóvenes llamadas sirenas que eran las mancebas de los personajes de la órden.

Estas mujeres tenian, aparte de esto, la mision de enternecer con sus gracias á los jueces y escribanos de que dependia muchas veces la tranquilidad y la suerte de la Garduña. Con frecuencia sus seducciones no fueron del todo impotentes con algun voluptuoso canónigo ó lascivo prior, cuya influencia no reconocia límites así en lo temporal como en lo espiritual.

Fuera de este círculo veíase un jóven por el que la sociedad se reunia y que se llamaba Garabato (1).

El señor Mandamiento paseó por la reunion sus fascinadores ojos, y luego santiguándose con devocion, balbuceó una plegaria, volviéndose hácia una imágen de la Santa Vírgen que permanecia clavada en la pared.

Los asistentes le imitaron.

En seguida el señor Mandamiento se espresó en esta forma:

—Nobles y valientes caballeros del puñal, fidelísimos fuelles, utilísimas coberteras, hechiceras sirenas, ligerísi-

(1) Con el nombre de *Garabato*, que significa un garfio de muchas puntas, se indicaba á los jóvenes pertenecientes á la plebe cuya educacion se hallaba muy descuidada, y que por su conducta eran muy parecidos á los rateros de hoy dia. Con dicho nombre se indicaba tambien, á los que se dedicaban á vivir de todo lo ageno. Garabato es lo mismo que *caballero de industria*.

mos chivatos y miembros todos de esta honrada Cofradía, yo os saludo! Que Dios Nuestro Señor y su Santa madre os concedan su divina proteccion y os libren de los corchetes (1), los pencos (2), los potros (3), las ánsias (4), y los vómitos (5), que siempre son tan peligrosos y mortales para nuestros hermanos.

Os he reunido aquí para consultaros acerca un hecho que interesa nuestros derechos, y que podria comprometer nuestra honrada compañía. Harto lo sabeis hijos mios: desde que por la gracia de Dios obrais conforme á mi direccion, no tenemos que deplorar mas que una docena de volteos (6), unos cuarenta paseos asnales (7) y unos cuantos enganches en las gurapas (8). Sevilla proporcionaba seis veces mas víctimas á los ministriles (9) antes de que yo fuese vuestro jefe. Apenas en este año han caido setenta

---

(1) Nombre que se daba á los alguaciles.

(2) Pencos eran unos látigos de cuero, de que se servia el verdugo en el castigo de azotes.

(3) El potro ó caballete era un instrumento triangular en que se ponia á horcajadas á los condenados que no querian confesar. El potro, que era uno de los muchos tormentos que la inquisicion empleaba, se aplicaba tambien por la justicia ordinaria.

(4) Angustias que preceden siemore á la estrangulacion.

(5) En el lenguaje de los garduños, quiere decir confesion.

(6) Volteos ó balanzamiento que sufre el ahorcado.

(7) En España los condenados á la pública esposicion, iban caballeros en asnos y con el cuerpo desnudo hasta la cintura.

(8) Galeras del rey.

(9) Alguaciles.

y cinco ganchos (1) en la boca del lobo (2); y de treinta hermanos que hoy por hoy viven entre sus dientes solo habrá unos tres angustiados (3), cinco ó seis marineros (4) y una docena de ginetes (5). Creo tambien que habrá dos ó tres mosqueteados (6) y otras tantas hermanas que pasarán por la miel (7) lo cual no podremos evitar aun

---

(1) Ladrones.

(2) La cárcel.

(3) Ahorcados.

(4) Condenados á galeras.

(5) Los que paseaban en asno.

(6) Azotados.

(7) Las mujeres de mala vida principalmente las que tenian por oficio corromper á las doncellas eran castigadas de una manera tan singular como estraña. No hace mucho tiempo que cuando una mujer se hallaba convicta de haberse prostituido, ó de haber corrompido á cualquier otra, no hace muchos años que se condenaba á ser *emplumada.*

Hé ahí como se ejecutaba la sentencia.

Á las once de la mañana, el verdugo iba en busca de la condenada, y ausiliado por sus ayudantes, la desnudaba desde la cintura arriba. Luego untaba su cuerpo con una capa de miel, y la ponia una coroza ó birrete de carton en forma de cono.

Adornada en esta forma la condenada subia encima de un asno, y en él, se le ponia en una argolla fijada en una barra de hierro cuya estremidad inferior se apoyaba sobre la albarda que llevaba el asno. Enseguida se la paseaba por las calles entre dos filas de soldados y alguaciles, escoltados por la plebe.

Detrás de la condenada iban los dos ayudantes del verdugo, llevando un gran cesto lleno de plumas, el pregonero y el mismo ejecutor de la justicia.

La procesion se detenia en las principales calles y plazas, donde el pregonero leia en alta voz la sentencia en que se mandaba em-

que queremos. Cuando tengamos bastante dinero para celebrar misas y pagar á los alguaciles, nuestros asuntos marcharán perfectamente. Tal es, hijos mios, el floreciente estado en que actualmente se encuentra la Garduña.

Si yo os recuerdo mis pequeños servicios, continuó el señor Mandamiento con fingida modestia, no es, por cierto, para elogiar el escaso talento que Dios me ha concedido, sino para haceros comprender lo importante que se hace el seguir en la mas perfecta union y concordia, á fin de que podamos ejercer con éxito nuestra útil profesion y merecer el aprecio de las damas y caballeros que nos honran con su confianza.

Hechas estas observaciones, trataré el objeto por el cual nos hemos reunido.

Y como al pronunciar estas frases echase una escrutadora mirada en torno suyo y viese al Garabato que permanecia con aire de modestia, apoyado sobre una columna, le hizo seña de que se acarcase. Garabato obedeció.

El círculo de bandidos que le separaba del maestre se abrió para cederle el paso y en seguida se halló cerca del señor Mandamiento.

---

plumar la condenada, citando al propio tiempo sus delitos, concluyendo siempre con la fórmula de *quien tal hizo que tal pague.*

Enseguida el verdugo cogia un puñado de plumas y las echaba sobre la miel de que se hallaba untado su cuerpo. Estas plumas la daban un horrible y grotesco aspecto que movia á risa á la muchedumbre.

Este cogió al jóven por la mano y presentándolo á su gente continuó la peroracion en estos términos:

—Hermanos: los señores Manofina y Cuerpo de Hierro, han sorprendido este honrado jóven en el átrio de la catedral, escamoteando un pañuelo de un hidalgo, y una bolsa bastante provista, de un sacristan de monjas. Á decir verdad, empleé en tal operacion una habilidad suma; pero no es menos cierto que como no pertenecia á nuestra honrosa cofradía ha violado sus estatutos; fuera de esto ha atacado los bienes de la Iglesia.

Los señores Manofina y Cuerpo de Hierro al observar disposiciones tan gentiles y viendo su maravilloso talento, que con la ayuda y gracia de Dios, podrá ser la honra de la Garduña, Manofina y Cuerpo de Hierro han preferido traerlo aquí antes de permitir que se le echase al humo (1) que puede ahogar tanto mérito y destreza. Esto no obstante, el mancebo violó nuestro reglamento y merece que se le sople (2); qué pensais de ello señores? interrogó Mandamiento fijando sus ojos en la Asamblea.

—El maestre está en lo justo, murmuraron los bandidos; este jóven merece un soplo.

Manofina y Cuerpo de Hierro gruñeron de una manera sorda, con lo cual revelaban su descontento.

—Ah canalla! balbuceó Manofina; aquí sucede lo

---

(1) En manos de la justicia.

(2) Sople ó denuncie. Sabido es que entre nosotros á los delatores se les llama soplones.

que en el Rosario (1) esta turba contesta siempre *amen*.

—Vaya unos zopencos! añadió Cuerpo de Hierro.

—Un soplo! un soplo! repitieron algunas *coberteras*, mostrando con un rechinamiento de hiena, dos ó tres dientes que caian sobre su lábio inferior como si fuesen colmillos.

El Señor Mandamiento continuó impasible, perc sin que le escapase nada de lo que ocurria en torno suyo. Dejó que la muchedumbre se calmase y luego dirigiéndose á la misma:

---

(1) Manofina alude á ciertas cofradías que hasta 1820 recorrieron las ciudades de España implorando la limosna para celebrar novenas á Nuestra Señora del Rosario ó cualquier otra Vírgen. Parte de estas limosnas y luego de satisfacer los gastos de la novena, se empleaba en francachelas.

Por lo demás estos gastos consistian en una docena de velas que se llevaban en una linterna clavada en el estremo de un baston y en pagar á un mozo de cordel que llevaba un guion con la efigie de la Vírgen.

En 1820 estas cofradías se elevaban en Madrid, hasta el número de sesenta y nueve.

En esta época no se podian visitar las ciudades de España sin encontrar en sus calles muchas de estas cofradías, formadas por un ejército de hipócritas é imbéciles que, con el rosario en la mano, con aire de negligencia y sin que tan solo les interrumpiese la voz de los demandaderos, rezaban el Ave-María.

De cuando en cuando el demandadero gritaba:

María Santísima del Rosario, hermanos! haced limosna á Nuestra Señora del Rosario! y las monedas caian envueltas en un papel roto á fin de que pudiese verlas. Esto solo nos dá una idea de aquella clase de devotos.

—Cuál es vuestra opinion, señores? preguntó con voz que tenia mas de mando que de cortesía.

Los bandidos callaron, y sus estúpidas facciones no revelaron sino esa instintiva obediencia que los hombres vulgares observan siempre ante los hombres de génio.

Esto no obstante, los dos guapos echaron sobre el jefe una mirada oblícua llena de ódio y descontento.

El maestre fingió que no lo habia observado y volviéndose hácia la muchedumbre continuó:

—Señores: creo que teniendo en cuenta el precoz talento de este muchacho y que atendiendo á que los señores Manofina y Cuerpo de Hierro le protegen, creo que debemos recibirle entre nosotros en calidad de hermano postulante (1) con dispensa del noviciado y que para animarle en su carrera debemos concederle todos los privilegios que gozan los aprendices que se han distinguido en los primeros albores de su oficio, con tal, sin embargo, con tal de que pague los derechos que los demás hermanos pagan á la cofradía y que dé unas cuantas limosnas. Así, pues, le tomo bajo mi amparo. Y ahora, continuó el gran maestre con voz enérgica, si alguien de vosostros quiere observar algo que tome la palabra.

Los bandidos guardaron silencio y las *sirenas* echaron

---

(1) Los hermanos de la Garduña á semejanza de los masones, pasaban por tres grados: al principio eran *chivatos* aprendices ó novicios, luego pustulantes ó compañeros, y despues guapos ó maestres. Solo al participar de este último grado se les encargaba la ejecucion de asesinatos y homicidios.

una mirada de complacencia sobre el jóven Garabato que era muy buen mozo.

—Vaya un rebaño de estúpidos! murmuraron los guapos.

—Enhorabuena, señores, continuó mandamiento; veo, lleno de satisfaccion, que vuestra voluntad está de acuerdo con la mia, por lo cual os doy mil gracias.

Y adelantándose hácia Garabato cogióle la mano y le presentó individualmente á los bandidos que le dieron un fraternal abrazo.

El gran maestre le dispensó igual honra.

Luego le dió la consigna y le reveló las muchas señas por las que se reconocian los miembros de la órden.

Tambien le dió un pergamino en que constaban los cargos y privilegios de que gozaban los hermanos (1).

---

(1) La Garduña no era una sociedad vulgar. Hé aquí sus estatutos:

Artículo I.—Puede ser miembro de la Garduña cualquier hombre honrado que tenga buen ojo, buen oido, buenas piernas, y que carezca de lengua. Asimismo podrán figurar en dicha sociedad las personas respetables de cierta edad que quieran servirla, ya poniéndola al corriente de las buenas operaciones que se ofrezcan, ya proporcionándola medios con que ejecutarlas.

Artículo II.—La cofradía recibirá tambien bajo su proteccion cualquier matrona que haya *sufrido por la justicia* y que quiera encargarse de la *conservacion* y venta de los objetos que la divina Providencia se digne enviarla. Tambien admitirá las jóvenes que sean presentadas por algun hermano á condicion, sin embargo, de que sirvan en cuerpo y alma los intereses de la cofradía.

Artículo III.—Los miembros de esta se dividirán en *chivatos, pos-*

Concluida la ceremonia, Garabato reunió á sus compañeros de asesinato y de rapiña.

En seguida el maestre, sacando un papel mugriento de

---

tulantes ó *fuelles*. Las matronas se llamarán *coberteras*, y las jóvenes *sirenas*. Estas últimas deben ser jóvenes listas, fieles y apetitosas.

Artículo IV.—Los chivatos mientras no sepan el oficio no emprenderán nada *solos*, y no se servirán del *punzon* el (puñal) sino en defensa propia. Serán alimentados, alojados y vestidos por cuenta de la cofradía. Cada uno de ellos recibirá un sueldo de ciento treinta y seis maravedís por dia. Cuando un chivato se distinga por algun hecho notable, ascenderá á la honrosa categoría del postulante.

Artículo V.—Los postulantes vivirán de su cosecha; estos hermanos se encargarán esclusivamente de los escamoteos que harán con mano lista por cuenta y á favor de la órden. En cada escamoteo le dará la tercera parte de su valor, á condicion, sin embargo, de que entregue algo para las pobrecitas almas del purgatorio. Las dos terceras partes restantes se utilizarán de la manera siguiente: la una será depositada en la caja para subvenir á los gastos de la *justicia* (para seducir los alguaciles, escribanos, y á los jueces que protejan los hermanos) y para que se celebren misas en reposo del alma de nuestros hermanos difuntos, la otra tercera parte será entregada al gran maestre de la órden, el cual estará en la obligacion de vivir en la córte para velar por el bien y prosperidad de todos.

Artículo VI.—Los guapos percibirán *los enterramientos, los viajes, los baños y los bautismos*. (Para comprender estas frases véanse las notas siguientes.) Estas dos últimas operaciones podrán encargarse bajo su responsabilidad á un hermano postulante. Los guapos recibirán la tercera parte de lo que en sus operaciones alcancen; pero darán el treinta por ciento de su renta para el sostenimiento de los chivatos y lo que quieran para las almas del pur-

su bolsillo, en el cual se veian unos cuantos garabatos, dijo lo siguiente:

—Hermanos mios, hé aquí la órden del dia:

Se tienen que aplicar tres bautismos (puñaladas) aunque ligeros: el uno á un buen mozo de negros bigotes que cruza todas las noches á las siete por el puente de Triana. Es un muchacho de elevada estatura, de gentil continente y vá envuelto en una capa encarnada. Este bautismo se halla tasado en cincuenta reales con mas quinientos maravedises si se le aplica en el rostro, de forma que quede bien marcado. La persona que dá los cuartos es una dama hermosa y aun bastante jóven. Así, pues, señor Garabato, yo recurro á vuestra galantería por el sexo bello y os encargo esta faena.

---

gatorio. El resto se distribuirá conforme se ha indicado en el artículo quinto.

Artículo VII.—Las *coberteras* percibirán diez por ciento de todas las cantidades que recauden, y las *sirenas* entregarán seis maravedís por cada peseta que los guapos entreguen á la caja; pero los regalos que admitan de los nobles caballeros, de los frailes y de otros santos miembros del clero quedarán de su propiedad esclusiva.

Artículo VIII.—El capataz ó jefe de provincia, será elegido entre los guapos que tengan seis años de servicio, y que hayan merecido bien de la cofradía.

Artículo IX.—Todos los hermanos deben morir antes *mártires* que *confesores*, bajo pena de ser degradados, escluidos de la órden y ser, en caso necesario, perseguidos por ella.

Dado en Toledo en el año de gracia de 1420, tercero de la fundacion de nuestra honrada cofradía.

El Colmillo.

Aquí están los treinta y siente reales y medio con que se premia el servicio, sin contar los quinientos maravedís de gratificacion que os entregará la dama si alcanzais que el rostro del bautizado quede con una señal imborrable, lo que es muy fácil si frotais la herida con un poco de hollin desleido con vinagre.

Y al propio tiempo el maestre daba á Garabato una redomita llena de un líquido negruzco.

—El segundo bautismo, continuó el señor Madamiento, se ha fijado tan solo en cuarenta reales y se debe administrar á Su Paternidad el prior del convento de la Merced: sustrajo una penitente á Su Beatitud el padre provincial.

Su beatitud es el que dá los cuartos; si se logra sacar un ojo á Su Paternidad, el prior añadirá cuatro doblones de regalo porque la penitente en cuestion quiere mucho los ojos hermosos.

A fin de asegurar la ganancia de estos cuatro doblones, encargo este bautismo al Señor Manofina y á su querida Culebrina cuya destreza guiará á un paraje conveniente al reverendo prior de las Mercedes. Hé ahí los treinta reales y no olvideis la Santa Vírgen (1). Los cuatro doblones pertenecen á la sirena.

—Sí, sí: tomo de mi cuenta el encargo, dijo la mujer

(1) Al recibir su salario, cada miembro tenia la costumbre de echar algunos maravedises en un cepillo que se veia bajo una imágen de la Vírgen.

á quien se habia dado el nombre de Culebrina. Yo me encargo de ello, señor Mandamiento.

—Silencio rosa de mis jardines, interrumpió el maestre retorciéndose el mostacho: ya conocemos tu mucha destreza y celo.

Y volviéndose hácia su amante le dijo:

—En verdad que es un tesoro; conservadla mucho, tratadla con respeto y no la deis muchas palizas.

—Sí: un tesoro que he de conservar para otros, murmuró el bandido con un acento en que se revelaba su brutalidad y sus celos.

—Vaya, señor Manofina, interrumpió el maestre; la causa de la órden merece de vos un sacrificio.

El chulo guardó silencio, pero envolviendo á la *sirena* en una mirada de desconfianza y de cólera.

La Culebrina se le acercó y enlazando uno de sus brazos con el suyo, fijó en él, de un modo tierno, sus grandes y brillantes ojos.

—Vaya, Manofina, dijo, supongo que no vas á enfadarte: ya sabes que te quiero.

El rostro del chulo comenzó á serenarse por que se hallaba sujeto á esa fascinacion de los sentidos que ejerce tanto influjo en las naturalezas robustas.

—Sí, murmuró en voz baja, dices que me quieres; pero y Su Paternidad el prior?

—Le pondré á tus órdenes y hélo ahí todo. Prometeré mucho y no cumpliré nada. Ya sabes que soy esclusivamente tuya.

El guapo la miró con alegría y desconfianza á un mismo tiempo. Y sin embargo, cosa estraña! la *sirena* no le engañaba.

Por una escepcion arto rara, esta mujer se habia entregado en cuerpo y alma al oficio de ladrona, utilizaba su maravillosa hermosura para atraer sus víctimas en las redes que la Garduña tendia; pero jamás su corazon ni su cuerpo habian ayudado esos viles manejos y siempre habia sido fiel al feroz chulo que habia elegido por amante.

El señor Mandamiento continuó:

El tercer bautismo se fija en seis doblones: págalo un canónigo y la cantidad ya os indica lo bastante. Este bautismo se debe aplicar á un cólega del mandatario antes de las seis de la tarde á fin de que el bautizado no pueda visitar los miembros del capítulo y solicitar sus votos para la eleccion del Dean. Así su pretension de alcanzar tal dignidad no se hará tan difícil. En esta comision es necesario obrar con destreza y no oscurecer (1) inmediatamente á vuestro hombre. Así lo desea el canónigo y el que paga bien tiene derecho á que le sirvamos. Fuera de esto, si el canónigo saliera elegido, la cofradía de la Garduña, segun me prometió Su Reverencia, podria contar en su influjo. Vos, señor Cuerpo de hierro, os quedais con el encargo de dar este bautismo. Sevíos para ello de un puñal muy fino que tenga la hoja de tres filos, ó bien de un punzon, á menos que prefirais el alfiler de guarnicionero. Es-

(1) Asesinar.

te es el mejor instrumento para ocasionar una herida que dure diez ó doce dias sin que brote mucha sangre. Hé aquí vuestro dinero; partid y cumplid con exactitud vuestro encargo.

Siguen luego seis baños (1) continuó el maestre distribuyendo esta comision á seis bandidos.

Luego se tienen que repartir tres viajes (2). El uno debe hacerse sobre el camino de Jaen mañana sin falta, y antes de que den la nueve. Esta es la hora en que pasará la galera, llevando ochenta mil reales para el Nuncio de Su Santidad, producto de la venta de las bulas é indulgencias en el Reino de Sevilla; el otro en el camino de San Lúcar, á las doce de la noche, hora tambien en que pasa la galera; esta lleva veinte mil reales que pertenecen á un judío que los envia á un moro de Sevilla. Debemos tomarlo como un caso de conciencia y robar este dinero á los enemigos de Dios que solo se servirian de él en perjuicio de nuestra Santa Religion.

El teocer viaje se emprenderá hácia el camino de Granada en el mismo punto donde se cruza con la carretera de Jerez. Por allí tienen que pasar los hidalgos con el bolson muy repleto y muchas galas en sus cofres. Harto sabeis que algunos de nuestros hermanos andan casi desnudos.

Estas tres comisiones fueron encargadas á tres bandidos que se hallaban en la categoría de maestres.

---

(2) Chapuces en el agua.

(3) Robos en caminos reales.

Por fin, continuó Mandamiento, ha concluido la órden del dia. Falta únicamente el desempeño, de un grave asunto: se tiene que oscurecer al jóven Don Estéban de Vargas. Sale todas las noches á las doce de casa de Su Escelencia el Gobernador de Sevilla. Se dice es el prometido esposo de su hija, hermosísima jóven de diez y siete años, á quien, sin duda, este oscurecimiento costará muchas lágrimas; pero nada os importa. En este asunto se pagarán cincuenta doblones por adelantado y cuando se le haya dado buen remate se añadirá otra cantidad igual, dejando aparte la proteccion del muy Santo inquisidor de Sevilla, al cual probablemente interesa este nogocio ya que nos ofrece su proteccion y dinero de que por desgracia no es pródigo.

—Y quién nos asegura el cumplimiento de tan magníficas promesas? observó Manofina al cual las ojeadas y caricias de su sirena habian interesado en favor de los dos amantes.

—La persona que las hizo y firmó, es perfectamente conocida; y si faltara á su cumplimiento se enviaria su compromiso, que segun dije, está escrito, á los jueces de Sevilla. Ya veis, pues, que he tomado bien mis medidas.

En aquel mismo instante un chivato que estaba en acecho á alguna distancia de las ruinas, llegó estraordinariamente asustado:

—Señor Mandamiento! Señor Mandamiento! gritó, allí viene un corchete.

Los miembros de la Garduña estraordinariamente alarmados llevaron la mano á su puñal; pero el señor Manda-

miento sin que se impresionara lo mas mínimo, se volvió hácia sus compañeros y les dijo:

—De rodillas hijos mios, de rodillas! E hicándose ante la imágen de la Vírgen y sacando un rosario empezó á rezar devotamente contestándole á coro de los bandidos.

Pasado un instante un alguacil entreabió la puerta y asomó su cabeza al interior de la estancia. Mandamiento continuando su plegaria volvióse á él é interrumpiéndose en un Avemaría esclamó lleno de gozo:

—Diablo! si es el Cuco, nuestro fiel hermano!

Santiguáronse los bandidos y dieron fin á su rezo.

Entonces el capataz cogiendo el alguacil y llevándole á un ángulo de la estancia le dijo:

—Qué es lo que aquí te trae, compadre? Corre algun peligro nuestra santa cofradía?

—Nó, que yo sepa. Harto te consta que vigilo mucho y que en mi doble carácter de alguacil y familiar del Santo-Oficio os salvo de todos los riesgos.

—En verdad que eres muy buen amigo, un buen hermano.

—Pues bien, interrumpió el Cuco. Tienes que prestarme un servicio.

—Habla: de qué se trata?

—Se trata, dijo el alguacil, primero de devolver á uno de mis parientes, sacristan de los Carmelitas, una bolsa que le fué robada esta mañana.

—No faltará la bolsa, hermano: en esto podemos servirte. Y luego?

—Luego, luego ocurre algo mas sério, dijo el corchete en voz mucho mas baja: se trata nada menos que de *oscurecer* dos ó tres familiares de la Santa Inquisicion.

—Diablo! interrumpió Mandamiento, asustado; esto ya es mas difícil, si no imposible.

—Imposible ó no, tiene que ejecutarse, dijo el alguacil con voz firme.

—Pero ignorais, hermano, que el Santo inquisidor de Sevilla es nuestro mejor parroquiano (1)?

—No importa; se hace indispensable que me sirvais ó desde hoy mismo no me cuento entre vosotros.

—Hombre nó: qué quieres que hagamos? dijo Mandamiento cediendo á la amenaza.

—Es nececesario que ahora mismo me deis dos ó tres guapos de confianza y cinco ó seis chivatos para llevarlos

---

(1) Mandamiento no exageraba. Entre los papeles secuestrados en el arresto de Francisco Cortina, y en la destruccion de la Garduña por los años de 1821, se halló un registro en que los *encargos* que varios miembros de la inquisicion hicieron á la cofradía en el espacio 137 años, es decir desde 1530 hasta 1667, se elevaban á 1986 y habian producido 794,680 reales, ó sean unos 400 reales cada uno. Entre estos encargos hechos por los propagadores de la fé, una tercera parte se hallaba formada por robos de mujeres, otra tercera parte se hallaba formada por asesinatos ú homicidios, y en el resto figuraban otros delitos menores tales como heridas, correcciones, chapuces, falsos testimonios, calumnias, etc. Este registro, presentado ante el juez de Sevilla, fué una de las pruebas que mas perjudicaron á Francisco Cortina y á sus cómplices. En obsequio á la verdad diremos, sin embargo, que desde 1797 la inquisicion figuraba en el registro por ningun encargo.

donde bien me parezca y oscurecer á quien yo indique. Deseo, en fin, que obedezcan mis órdenes como las tuyas propias.

—Eres muy exigente, Cuco.

—Así conviene, replicó el alguacil con sequedad. Y despacha pronto Mandamiento, que el tiempo anda escaso. Lo manda el apóstol.

—Si el apóstol lo manda, no hay mas que replicar, dijo el maestre, su voluntad es la de Dios; resucitó á Manofina, sacó á Cuerpo de Hierro de entre la boca del lobo (1) y él nos socorre en toda clase de apuros. Hágase tu voluntad Cuco: te daré mis dos guapos mejores y te obedecerán como á mi mismo.

Y al pronunciar estas frases Mandamiento, hizo una seña á Cuerpo de Hierro, habló en voz baja, y enseguida, llamando á Manofina, les dijo que siguiesen al corchete.

—Olvidaba decirte, interrumpió dirigiéndose á Manofina, que se tiene de oscurecer á don Estéban de Vargas: en caso de que fracasase la intentona del alguacil, nuestro hermano, el señor inquisidor, agradecido á esta obra, nos sacaria de apuro. Adios, señores: buen ánimo y fortuna.

Cada uno de los chulos escogió tres robustos chivatos.

—Id, dijo el maestre, y que la Vírgen os guie.

El alguacil se puso la cabeza de los bandidos y gracias á las tinieblas de la noche aquel pequeño ejército salió de la Garduña sin que nadie lo observara.

---

(1) La justicia.

CAPÍTULO III.

Dolores.

Mientras que en el palacio de la Garduña, ocurrian las escenas que en el capítulo anterior hemos descrito, en el palacio del Gobernador de Sevilla ocurrian otras de un género muy distinto.

El Gobernador vivia en uno de estos grandes y cómodos palacios iluminados, tan solo por puertas vidrieras y por ventanas que caian sobre jardines.

En el piso superior, donde en invierno residia la familia y al lado de una grande y lujosa sala, veíase un cuartito amueblado como la celda de una monja.

Una dura y blanca cama adornada con una sencilla mosquitera de batista; dos sillas esculpidas ; un reclinatorio, adornado con un Cristo de marfil; un nicho ó capilla donde se veia una Vírgen de mármol blanco, preciosa obra de un cincel hábil y ante la que ardía una lámpara de aceite; hé ahí lo que caracterizaba este cuarto.

En él dormia la hija del Gobernador.

Esta jóven que contaba unos diez y siete abriles en nada se parecia á las mujeres andaluzas.

De una belleza tan singular como noble, y de un carácter firme y austero, Dolores habia pasado sus juveniles años en esa mística ociosidad que tanto exalta la imaginacion de las doncellas.

Habia sido educada por un hermano de su madre, hombre sábio y de carácter grave, que luego de viajar por mucho tiempo en Francia, y en Alemania, se habia complacido en adornar y cultivar su brillante imaginacion fortificándola con las luces de una filosofía ilustrada.

Aquel hombre no habia sembrado en una tierra ingrata, y hasta en nuestra misma época Dolores hubiera pasado por una mujer muy notable.

Ardiente, así en el corazon como en el alma, dotada con un criterio esquisito, con un juicio muy recto y con una voluntad enérgica, la jóven mantenia en su conciencia la pura ó ilustrada fé de los Santos Padres y su caridad ó indulgencia, protestaba contra los errores y crueldades que lleva siempre el fanatismo.

Era piadosa como Isabel la Católica, como esa gran reina cuya resignacion y dulzura luchó por tanto tiempo y con tanto miedo contra el establecimiento de la inquisicion y su conducta (1).

---

(1) Isabel de Castilla, esposa de Fernando de Aragon, profesó un grande horror á las crueldades del Santo-Oficio y se negó, por

La hija del Gobernador ajustaba sus obras al espíritu y moral del Evangelio, cosa entonces muy peligrosa toda vez que para vivir con seguridad era indispensable no seguir al mártir del Gólgota, sino convertirse en hechura del Santo-Oficio.

A pesar de esto y no obstante sus ideas, que en aquella época eran muy avanzadas, la jóven, hija de muy buenos católicos, aun no habia llamado la atencion de aquel tribunal horrible.

El gran inquisidor de Sevilla, Pedro de Arbués, parecia, léjos de ello, estenderse como un protector velo sobre aquella casa de que era antiguo y constante amigo.

Recibido á todas horas en el seno de aquella familia por su doble calidad de sacerdote y gefe del Santo-Oficio, Pedro de Arbués, que frisaba entonces en los cuarenta años y que se hallaba en la edad de las pasiones, no habia podido ver á aquella noble y santa jóven, sin que el demonio de la concupicencia encendiera en él los mas impuros deseos.

---

mucho tiempo, al establecimiento de la inquisicion de Castilla. Torquemada, confesor de Fernando hombre tan astuto cual fanático y bajo pretesto de servir la ambiciosa política del Rey, forzó mejor que obtuvo el consentimiento de la piadosa Isabel siempre que en su calidad de inquisidor general trató de usurpar la autoridad de los reyes. Cierto dia, contestando á una exijencia del inquisidor que se atrevió á imponerla con amenazas le dijo:—No olvide el fraile que si una ordenanza real fundó la inquisicion, otra ordenanza puede ahogarla. (*Crónica de los reyes católicos D. Fernando de Aragon y doña Isabel de Castilla*, por Luis Ponce de Leon, cronista de Castilla.)

De ahí que sintiera los mas horribles celos al ver que don Estéban de Vargas era el único objeto que llenaba el corazon de Dolores.

El fraile habia seguido los progresos de este amor con un ódio y una inquietud tan ardientes, que su astucia de inquisidor no fué bastante á ocultarlos.

En vano, bajo el velo de una santa y paternal amistad, el fraile habia intentado escitar en el alma de la hermosa niña unos sentimientos que correspondieran á los suyos; en vano quiso ejercer sobre ella la fascinacion de su mirada y de su belleza verdaderamente notable.

Dolores esperimentaba únicamente un sentimiento de temor que confundia con el respeto, y la mirada del inquisidor le ocasionaba una dolorosa confusion que le hacia palidecer y temblar.

Mientras ocurrian las escenas que ya hemos descrito, Pedro de Arbués se encontraba en el salon del Gobernador.

Hácia las diez de la noche, la jóven, sintiéndose agitada é inquieta se habia retirado á su cuarto, cuya puerta cerró sin llave, conforme tenia la costumbre de hacerlo, puesto que se hallaba en la casa de su padre y nada habia de temer de sus criados.

Destrenzó su cabellera, que cayó sobre su espalda y arrodillándose en el reclinatorio comenzó á orar con fervor.

Por espacio de algun tiempo mitigó en esta forma la desesperacion sombría que torturaba su alma.

Luego, sacando de su seno un billete, lo leyó con triste y dolorosa avidez.

—Sí, murmuró la jóven, es su letra misma. Pobre Estéban! no me habia engañado: la inquisicion le ódia y teme que si viene á mi casa puede comprometerme. Este viaje, que califica de indispensable, no es mas que un pretesto para alejarse de aquí unos dias. Y sin embargo no puede vivir sin mí: exige que vaya al pié de la Giralda donde me aguarda; si me resisto, al pobre jóven le matará la pena.

Sí, sí, moriria y yo moriria tras él, continuó la jóven, secando una lágrima; nuestro amor no puede estinguirse con la ausencia.

¡Oh Dios mio! prosiguió Dolores! á que tiempo hemos llegado que no se pueden alimentar los mas dulces sentimientos? que se hicieron de las divinas leyes de Cristo? acaso el siglo de los apóstoles en que los cristianos esposos se amaban con el aplauso del cielo, en que morian el uno por el otro, acaso este siglo produjo nuestra edad de hierro en que nadie puede amar á Dios conforme á su manera, en que los sacerdotes en vez de ser nuestro consuelo son nuestros verdugos, en que el árbol de la vida se convierte en un árbol de muerte, que estiende sobre el mundo su fúnebra ramaje (1)? Oh Estéban donde huiré contigo que no

(1) Ya se sabe que en esta misma época el emperador Cárlos V fundó la inquisicion en los Países Bajos con el nombre de El Tribunal Espiritual; mas tarde bajo Felipe II, y en el espacio de tres años, este Tribunal hizo morir 1800 personas (Meiner: *Historia de la Reforma.*) La América Española y las posesiones de Italia se hallaban tambien sujetas á la Inquisicion.

encuentre esa lepra que todo lo devora: y víctima de su desesperacion insensata, la desgraciada jóven retorció sus brazos, se dirigió hácia el Cristo de marfil que adornaba su reclinatorio, y estrechándole á su corazon, dijo con voz alterada:

—Tú que has sufrido tanto ¡oh Dios mio! enséñame á sufrir.

Y luego, por una reaccion súbita, la jóven empezó á llorar cubriendo de amargas lágrimas la imágen de aquel que en su desesperacion invocaba.

De pronto se abrió la puerta de su cuarto.

La jóven se incorporó y levantó asustada su cabeza.

Dolores ni siquiera tuvo la suficiente fuerza para exhalar un grito.

En el dintel de la puerta acababa de ver al gran inquisidor.

—¿Acaso os interrumpo en vuestras oraciones, hija mia? dijo Pedro de Arbués con voz dulce.

—Por qué, monseñor, dijo la jóven con voz entrecortada, por qué entrais á estas horas en mí estancia? por ventura el cuarto de una doncella no es sagrado?

—Al gran inquisidor, replicó el dominico, todo se le dispensa, y vos, hija mia, no cometeis ningun pecado al recibirme.

—Yo, monseñor, observó Dolores que se ruborizó en su indignacion y su orgullo, yo monseñor, no comprendo esas miserables argúcias que limitan, segun el capricho de cuantos la emplean, las inmutables leyes de la conciencia

y que hacen lícito en unos lo que es un crímen en otros; la virtud es una y sus leyes deben ser invariables y eternas. Vos, monseñor, sois un hombre, y un hombre no puede entrar de noche en el cuarto de una mujer, á menos de que sea su esposo.

—Olvidais, Dolores, replicó el inquisidor, lo que Cristo dijo á sus discípulos: *Lo que deshagais en la tierra quedará deshecho en el cielo?* Olvidais que nos dió el mas completo poder sobre el alma y sobre el cuerpo?

—Ah! Monseñor, no disfigureis así el Evangelio; su texto es tan claro y tan puro que á menos de tener muy mala voluntad solo se puede interpretar del modo que los hombres todos lo interpretan. De igual manera lo debeis entender vos, que sois ministro del cielo, que debemos entenderlo nosotros, que somos vuestros discípulos.

—*La letra mata y el espíritu vivifica*, dijo el inquisidor. Y en verdad, hija mia, que eres muy imprudente al hablar de esa manera. Los libros santos son un código sagrado, una constitucion divina, que solo tenemos derecho á interpretar nosotros. Vosotros los seglares, debeis sujetaros á una obediencia pasiva.

Desgraciados aquellos que, interpretándolos sin nuestra ayuda quieren buscar la luz fuera de nuestro círculo! desgraciados los insensatos que, rechazando los representantes de Cristo caen en el error y la heregía!

—El seguir el Evangelio no constituye heregía, monseñor.

—Si tú hablases de ese modo ante un hombre que no

fuese el gran inquisidor de Sevilla, dijo Pedro de Arbués, envolviendo la jóven en una mirada terrible, el dia de mañana no te encontraria en la casa de tu padre, y la inquisicion...

—En nada la agravio, interrumpió Dolores con voz que procuraba hacer tranquila, aunque un invencible terror la hiciese estremecer á pesar suyo.

Entonces el inquisidor observando su miedo y viendo que no podia retroceder porque sus piés tocaban ya en la pared, se acercó á ella y le dijo con dulzura:

—No sabes, Dolores, que soy tu amigo?

—Oh! monseñor, retiraos y no abuseis de vuestra autoridad para violar así mi morada. Salid, monseñor, salid; os lo pido de rodillas.

El dominico, absorto en la contemplacion de tan maravillosa hermosura, parecia que no habia oido su ruego.

Dolores se encontraba frente de él con sus largos y finos cabellos tendidos á su espalda, vistiendo un traje de luto que, cortado segun la moda de aquel tiempo, hacia destacar admirablemente la pureza y contorno de sus formas.

Su elevada estatura que acrecentaba su noble y orgulloso continente, y el brillo de sus grandes y negros ojos en que se habia refugiado su energía y su existencia, prestaban un nuevo brillo á la deslumbradora palidez de sus facciones.

—Oh! hija mia, cuán bella estás! cuán feliz es Estéban! dijo el sacerdote.

—Es esto un sueño? esclamó la jóven asustada ante la cínica espresion que habian tomado los ojos del dominico: qué es esto monseñor! sois vos el gran inquisidor de Sevilla, el sacerdote de Dios, el guardador de virtudes?

—Nó, gritó el fraile, llevado por la fogosa pasion que le devoraba, no está aquí el grande inquisidor; no está aquí el sacerdote, solo está aquí Pedro de Arbués que te adora; Pedro de Arbués que muere de desesperacion y de amor!

Del pecho de la jóven salió un ronco é inarticulado grito y su cuerpo quedó frio é inmóvil como si fuese de piedra.

El inquisidor se habia echado á sus piés.

La violencia de su brutal pasion daba en aquel instante un horrible aspecto á su rostro, que ordinarimente era simpático.

Pedro de Arbués trató de coger á Dolores; pero ésta se reducia tanto sobre sí misma que se escapaba como una sombre de las temblorosas manos del fraile.

Esto no obstante, Pedro de Arbués tocaba y la fimbria de su vestido y Dolores incapaz de hacer un movimiento permanecia rígida y como petrificada ante la estrecha ventana.

Ya se recordará que la jóven en la situacion que el indigno sacerdote la habia encontrado, habia conservado el Cristo de marfil que estrechó á su pecho. Así es que en el mismo instante en que el inquisidor animado por su miedo, rodeaba su talle con los brazos, Dolores, por un movimiento

espontáneo y enérgico, tendió hácia él la santa imágen.

—Pedro de Arbués, gritó: franquea si quieros, tal barrera! atrévete á desafiar tu maestro.

El impúdico dominico bajó la cabeza y retrocedió: tuvo miedo.

Aquel fanático sacerdote se hallaba dispuesto á violar y á desnaturalizar la Ley de Dios; mas no á profanar una imágen.

Incorporóse lentamente, echó sobre la jóven una mirada llena de ódio, y salió del cuarto sin volver el rostro.

Dolores estrechó de nuevo contra su corazon la protectora imágen y esclamó:

—Oh Dios mio! gracias, gracias, puesto que me has salvado!

En aquel mismo instante oyóse la lúgubre voz del sereno.

Eran las once y media.

Aunque profundamente agitada, la novia de Estéban arregló su cabellera que rodeó en un peine de concha, cubrió su rostro con una mantilla, bajó lentamente la escalera de piedra que guiaba á la puerta de su casa, y se encaminó hácia la Giralda.

Al cruzar el dintel de aquella puerta, vióse un sombra que brotaba del hueco de un pórtico que se destacaba y engrandecia en el fondo oscuro de la pared de enfrente, iluminada tan solo por la moribunda luz de una linterna que alumbraba la imágen de una Vírgen, y cómo esta

El impúdico dominico bajó la cabeza y retrocedió:
tuvo miedo!...

sombra se convertia en un hombre envuelto en una capa.

Dolores se estremeció pero continuó su camino.

—Bien! murmuró el inquisidor, pues no era otro; ya ha salido; Enriquez hará lo restante.

CAPÍTULO IV.

La Giralda.

Los bandidos que, guiados por el Cuco, salieron de la Garduña, siguieron en silencio al gefe que les habia dado Mandamiento.

Los dos guapos iban á uno y otro lado del Cuco y los chivatos seguian detrás escurriéndose por entre las casas de aquellas negras y tortuosas calles.

Unos y otros guardaban el mas profundo silencio y se les hubiese tomado por mudos.

Culebrina seguia á cierta distancia de la partida, alarmada por la secreta mision de que se habia encargado Manofina, inquieta por este hombre que amaba con toda su alma, y llevada por ese instinto de las mujeres que les atrae de un modo irresistible hácia el punto donde hay un dolor que mitigar ó un riesgo que prevenir.

El Cuco y sus hombres anduvieron así hasta llegar al puente de Triana, cruzaron algunas estrechas y negras

calles y llegaron por fin, al sitio donde la catedral se levanta.

La noche estaba oscura y las tiendas se hallaban cerradas.

Verdad es que el cielo estaba sereno y que las estrellas brillaban; pero estos hermosos astros demasiado lejanos de la tierra giraban tranquilamente en el espacio como si pensaran enviar al mundo sus brillantes resplandores, que enviaban sin duda alguna á otros habitantes mas felices que los de nuestro planeta.

Llegado que hubo á la catedral, el Cuco mandó situar á los dos guapos en un hueco formado por dos enormes columnas; luego dirijió en voz baja algunas frases á los chivatos que se situaron inmediatamente en los cuatro ángulos que forma la esplanada donde la catedral se levanta, y allí se tendieron boca abajo y aplicaron su oido al suelo para que de este modo no se les escapara el ruido mas mínimo.

Dispuestos así sus hombres, el Cuco se dirigió hácia el pórtico del templo donde eligió un abrigo entre aquella masa de piedra.

La sirena temiendo que alguien la descubriese, dió un rodeo siguiendo las casas que se levantaban alrededor de la esplanada. Su paso era tan ligero que se la hubiese tomado por una mujer con alas. Luego deslizándose entre los árboles se detuvo bajo un enorme naranjo que se levantaba al pié de una fuente.

No obstante el débil ruido que la jóven hizo, oyóse en

un ángulo de la plaza un ligero *cri-cri* (1) que imitaba el canto del grillo.

Pero luego todo volvió á quedar en silencio y pensando el Cuco que aquello era efecto de una falsa alarma, ni él ni sus hombres se movieron.

En aquel mismo instante el sereno cruzó la esplanada y anunció las doce de la noche con voz ronca y monótona (2).

La jóven se estremeció.

---

(1) Los chivatos ó aprendices de la Garduña, prestaban sus servicios poniéndose en acecho en tanto que los guapos hacian sus fechorías.

En caso de peligro ó alarma imitaban con grande habilidad el grito de un animal ó de algun ave.

De noche imitaban el *cri-cri* del grillo, el triste canto del mochuelo, el de la rana, ó el maullar del gato, conforme la estacion en que se recibia la consigna.

De dia imitaban el ladrar del perro, ó el grito de cualquiera de estos animales que participan, por decirlo así, de la vida y los hábitos del hombre.

(2) La útil institucion de los serenos se remonta al siglo décimo quinto.

En 1495 Isabel de Castilla los creó en Granada con objeto de velar sobre los árabes de la ciudad, cuya sublevacion se temia.

Los serenos han prestado muchas veces grandes y verdaderos servicios.

Mas de una vez se ha reclamado en las ciudades estrangeras por la organizacion de este cuerpo, á fin de evitar los sangrientos dramas que ocurren en las altas horas de la noche. En estas ciudades la policía es suficiente y sobre todo no tiene el carácter civil que hace popular al sereno.

Aquella hora era la de los crímenes; la hora en que habia sido testigo ó actor de tantos dramas sangrientos; la hora en que se levantaban las sombras de aquellos cuya agonía habia presenciado.

La jóven sintió miedo.

De pronto oyóse en la arena el ligero y rápido paso de alguien que tomaba la direccion de la Giralda.

Uno de los chivatos lanzó un grito que fué mucho mas agudo que el primero, y al que, como si fuesen su eco, respondieron otros tres gritos.

El Cuco, Manofina y Cuerpo de Hierro, llevaron la mano á sus puñales.

La sirena tambien se incorporó, y adelantó su cuerpo con objeto de descubrir el punto de donde venia el peligro.

Un momento antes, la jóven sintiendo miedo se habia arrodillado murmurando una oracion.

Luego que los chivatos hubieron alzado su grito de alerta, Dolores llegó á la plaza.

Llegada que hubo al pié de la Giralda, miró á todos lados y no viendo á nadie dijo en voz baja, bien como si quisiese dirijirse á alguien que la oscuridad envolvia:

—Estéban! Estéban!

Nadie le respondió.

Pero en aquel mismo instante salió de la torre una jóven y se arrojó á los piés de Dolores.

—Quién sois? preguntó ésta.

—Huid! huid! interrumpió una muger que no era otra

que la Chapa; huid, yo os he hecho traicion; yo os he engañado.

—Pero donde se halla Estéban? preguntó la jóven reconociendo en su voz á la que le habia llevado la supuesta carta de su novio.

—Lo ignoro, respondió llena de confusion la Chapa; nunca le he conocido.

—No le conoceis! observó Dolores: y sin embargo, vos me dijísteis que esta noche me aguardaria en éste sitio.

—Os engañé, señora, esclamó la gitana en el mayor desconsuelo: se me dijo *haz* esto, y lo hice, porque ya lo veis, yo no soy mas que un miserable instrumento; yo he de obedecer so pena de que me castiguen. Pero cuando os he visto tan digna, tan buena, tan hermosa, juré salvaros aunque perdiera mi existencia. Huid, señora huid; yo os lo suplico: dentro un instante será imposible... Van á llegar pronto.

Mas Dolores se hallaba confundida y no pensaba ya en el riesgo que corria: solo pensaba en Estéban, al que la inquisicion perseguia, y esta incertidumbre la hacia sufrir horriblemente.

De pronto oyóse en la orilla del Guadalquivir un rumor sordo, acompañado de un ligero piafar de unos caballos que al parecer arrastraban algun coche.

Entonces el cri-crí de los chivatos volvió á oirse de un modo triste y prolongado, con lo cual los miembros de la Garduña redoblaron su vigilancia.

—No oís, esclamó asustada la gitana; ya vienen! ya vienen!

Y cogiendo á la jóven intentó arrastrarla consigo.

Pero esta la rechazó con desprecio diciendo:

—Puesto que mentísteis, que Dios os maldiga!

Al oir estas frases la Chapa se ocultó de nuevo en la Giralda.

En cuanto á Dolores, desesperada y casi loca, empezó á correr en la esplanada.

Mas no bien hubo dado unos pasos, cuando los cuatro que se hallaban apostados en los cuatro ángulos de la plaza, se dirigieron hácia ella y cogiéndola sus brazos, no tardaron mucho en sujetarla.

Durante esta lucha la jóven ni siquiera tuvo fuerzas para lanzar un grito.

Cogida ya su presa, los esbirros se dirigieron hácia el Guadalquivir; donde, cerca del coche del Santo-Oficio, les aguardaban Enriquez y Frasquito.

Este coche que se dedicaba esclusivamente á las espediciones nocturnas, llevaba sus ruedas envueltas en un cuero grueso y flexible con lo que, al andar, no ocasionaba ruido.

Las mulas que le arrastraban llevaban en sus patas borceguís de noche (1).

---

(1) El borceguí de noche era un calzado de cuero, el cual, por medio de correas, se adoptaba á las patas de los mulos que arrastraban los carruages del Santo-Oficio, cuando este queria pren-

Al oir el grito de los chivatos, el Cuco y los dos chulos habian dejado su madriguera y deslizándose á lo largo de la catedral siguieron la pista á los dos esbirros.

La sirena se echó tras de ellos andando á paso de lobo.

Los chivatos arrastrándose á gatas, como si fueran serpientes, cogian la delantera y se dirigian hácia el lugar donde aguardaba el coche.

Enriquez y Frasquito seguian al lado de este; pero cuando oyeron que los esbirros se acercaban dirigiéronse á su encuentro.

Entonces los chivatos aprovecharon el abandono en que dejaban el carruaje para cortar sus arreos y cojer sus

---

der á alguien de noche. El borceguí consistia en una gran capa de estopa cosida entre dos cueros. Calzados así los mulos, al andar no producian ruido.

Esta clase de borceguíes que fueron inventados por el infernal génio del inquisidor Deza, existian aun en el museo inquisitorial de Málaga en la época en que las puertas del Santo-Oficio se echaron abajo, y en que sus prisioneros fueron libertados al grito de *viva la libertad!*

En esta misma época y algunos años despues se fusiló al general Torrijos, por órden de Fernando VII. Este hombre ilustre se hallaba tambien prisionero en los calabozos de la inquisicion de los que fué libertado. El general Torrijos cogió uno de estos borceguíes. Otros dos fueron cogidos por el inglés Thomson Villquires que los conservaba aun en Lóndres en 1830 y que enseñaba á sus amigos. Como se vé el Tribunal que queria defender la religion de un Dios de paz, sabia tomar sus medidas para que no se les escabullaran los herejes. Necesario es confesar que su celo era esquisito.

mulos, cuyos borceguíes eran muy apropósito para que se les robase impunemente.

Los mulos eran un botin como cualquier otro.

Verdad es que, antes de ejecutar su operacion, los chivatos habian comenzado por sorprender el cochero y zambullirse en el rio.

Todo esto se habia realizado en menos tiempo del que se necesita al describirlo.

—Aquí llega, dijo Enriquez á Frasquito, al ver que Dolores, completamente desmayada, era traida en brazos de sus esbirros.

—Está bien, replicó Frasquito; cállate y despachemos.

—Oh! lo que es ahora no se escapa, dijo Enriquez con aire de triunfo; ya es nuestra.

—Aun nó! gritó Manofina, hiriendo el brazo del familiar con un golpe de puñal.

Enriquez un tanto sorprendido, vaciló sobre sus piés á consecuencia del dolor que le ocasionó la herida; pero luego volviendo á cobrar su aliento:

—A mí muchachos! gritó á los esbirros de los que dos, abandonando de pronto la hija del gobernador á sus camaradas, se dirigieron hácia el familiar para prestarle su ausilio.

Franquito no aguardó tanto: al primer grito del herido se habia lanzado contra Manofina.

Enriquez furioso y no distinguiendo á sus enemigos en las tinieblas, se habia vuelto hacia Cuerpo de Hierro, trabando con él una lucha.

Durante este tiempo, el Cuco se habia lanzado tras los dos esbirros que oyendo el fragor de aquel combate se habian dirigido hácia el coche donde metieron á Dolores; pero luego pusieron los piés en polvorosa sin que quisiesen aguardar el resultado de la lucha.

El Cuco vaciló algunos instantes luchando entre el deseo de guardar la hija del Gobernador, y el de ausiliar á sus cofrades, pero sus guerreros instintos, le llevaron por fin, al campo de batalla, donde ausilió á Cuerpo de Hierro, que no obstante de que se batia como un leon y de su fuerza atlética, se hallaba en gran compromiso, luchando con dos esbirros y Enriquez.

Este, sin embargo de su herida, se batia con una desesperacion digna de mejor causa.

Pero á la llegada del alguacil cambió el aspecto de las cosas.

Mientras blandian sus espadas, todo el afan de los esbirros consistia en ganar el puente donde seguia el carruaje, y los de la Garduña, redoblaban tambien sus esfuerzos para impulsarlos hácia el rio, en la seguridad de que al llegar á él, darian de ellos buena cuenta.

Y en efecto: aun los esbirros no habian llegado al puente, cuando los dos chulos les habian mortalmente herido y echádoles al agua.

Enriquez, completamente desangrado, habia caido al suelo.

Cuerpo de Hierro se le acercó, y viéndole inmóvil, creyó que habia muerto.

Entonces le cojió en sus brazos y le echó al rio desde el puente.

El Cuco se dirigió hácia el carruaje en la seguridad de que Monofina no tardaria mucho en despachar á Frasquito; pero se engañaba.

Franquito viéndose solo con el chulo, comprendiendo que no podia luchar con el feroz garduño, arrojóle uno de sus lazos de seda llamados nudos corredizos (1).

Todo el valor de Manofina se hizo inútil.

Ahogado por el lazo, perdió poco á poco, su respiracion y sus fuerzas.

El puñal se escapó de sus manos; sus ojos inyectados en sangre veláronse con una nube, y Frasquito iba á rematarle con su puñal, cuando de pronto se sintió herido en mitad del pecho. Frasquito cayó al suelo.

Habia muerto.

La Culebrina le habia herido con su navaja.

En seguida la jóven desenredó el lazo que apretaba la garganta de su novio.

No obstante aquel suplicio, Monofina continuaba aun en pié.

---

(1) Los familiares del Santo-Oficio y muy principalmente los esbirros, emprendian sus nocturnas escursiones llevando un nudo corredizo. Este consistia en un lazo de seda con que se estrangulaba al enemigo. Usábase principalmente contra los perros que al ladrar ocasionaban la alarma; pero entre tanto se les ponia una mordaza se ahogaban tambien con él los gritos de las víctimas. Se vé, pues, que la crueldad de la Inquisicion se hallaba fria y habilmen- calculada.

—Bravo, Culebrina, bravo! interrumpió el chulo estrechando con viveza la mano de su querida; eres una valiente muchacha y el Señor Mandamiento no podrá menos que premiar tu esfuerzo.

—La recompensa solo la espero de tí mismo, observó la jóven.

—De mí! replicó sorprendido el chulo; habla: qué quieres? por las barbas de mi abuela que he de hacer cuanto desees.

—Pues bien, Manofina, dijo la Sirena cogiendo con un gracioso movimiento el brazo del bandido; pues bien, te pido que no mates á don Estéban de Vargas.

—Qué estás diciendo! esclamó el guapo; en verdad que pides lo imposible; para qué quieres la vida de este hombre? continuó el chulo con acento sombrío.

—No se tiene que *oscurecer* á los que tan bien se quieren, dijo la Sirena; si se matara su novio, la hija del Gobernador se moriria de pena como moriria yo si álguien te matase.

—Yo no puedo prometerte tanto, replicó el guapo, que se sentia conmovido y que mientras por una parte no queria faltar á lo que él llamaba su deber, por otra parte se afligia de que no pudiese ceder á lo que le exigia su novia.

Esta bajó su cabeza y empezó á derramar abundantes lágrimas.

—No llores, alma mia, dijo el chulo abrazándola con ternura: veremos de arreglarlo.

Durante este tiempo el Cuco y Cuerpo de Hierro habian cogido á Dolores, que como se sabe permanecia en el coche desmayada.

—Que haremos de ella? preguntó al Cuco á Monofina.

—Seguidnos y ojo alerta, contestó el alguacil.

Y cogiendo hácia delante el corchete, se dirigió hácia la casa del apóstol, situada á la otra orilla del rio.

Manofina y su Sirena le siguieron á cierta distancia, resueltos á defenderse contra cualquier ataque que el Santo-Oficio intentara.

CAPÍTULO V.

Una colacion entre frailes.

El palacio del gran inquisidor de Sevilla era un magnífico y suntuoso edificio, construido segun el estilo árabe, y habitado en otro tiempo por los reyes de Sevilla.

Cruzando hermosísimos jardines en que se veian así las flores mas bellas como los árboles mas raros, llegábase á un solitario pabellon que en otra época servia para el baño, pero que el voluptuoso Arbués habia dedicado á otro objeto.

Este pabellon que se hallaba algo lejano del cuerpo principal del edificio, y que se ocultaba entre un bosque de follaje, era el punto donde el gran inquisidor y sus favoritos celebraban sus orgías.

Estos favoritos eran monges y obispos, gente disoluta que en las noches de orgía daban espansion al brutal ardor que devoraba su alma y su cuerpo. Arrojando léjos de sí y como un traje harto pesado sus manteos, daban en licen-

ciosos caprichos, en groseras frases, en increibles desórdenes, libre y suelta rienda á sus pasiones y devaneos, hasta el punto de que la imaginacion de un láico no hubiera sido lo bastante á concebir sus voluptuosos y fanáticos caprichos.

Aquellos frailes reservaban para sus nocturnas francachelas, toda la fuerza con que ante el mundo reprimian sus instintos.

Era un torrente que se acrecentaba en los obstáculos con que luchaban á su paso con todas las inmundicias que en su impetuoso curso arrastraba. Y allí, cuando su imaginacion no encontraba alimento, fabricaban las monstruosas leyes con que la inquisicion se regia y que formaba, por decirlo así, un código bárbaro, donde cada inquisidor ponia sus artículos; mónstruo horrible, hijo de adúlteros partos y que, como el hijo de Anteo, trataba de asaltar el mismo cielo.

Aquellos hombres necesitaban tantas emociones que únicamente quedaban satisfechos en la sangre y las hogueras de sus víctimas.

Eran diablos encarnados en hombres y hasta podia creerse que despues de la encarnacion de Dios, bajo la figura de Cristo, habia llegado la encarnacion de los infernales espíritus en los hombres del Santo-Oficio.

No faltará quien diga que en muchos de ellos habia la exagerada fé del fanatismo. Pero léase la historia de la Inquisicion y entonces se podrá contestarles.

El Santo-Oficio, creado por la política de los papas, y

protegido por la de los reyes, no desmintió su impuro orígen, y de consiguiente no es estraño que los agentes de un poder inícuo fuesen como él tan inícuos.

Eran las doce de la noche.

En el solitario pabellon y en el centro de una elegante estancia, veíase una mesa donde resplandecia la suntuosidad y el lujo.

En la ensambladura del techo ostentábanse finos y delicados arabescos, preciosísima obra de los artistas árabes.

Las paredes se hallaban adornadas con frescos, representando frutas y flores y otras pinturas donde se veian las voluptuosas imágines de la mitología pagana.

Aquí se veia á Clitia, que, casi desnuda, recostada sobre un lecho de flores, ardiente y enervada al mismo tiempo, fijaba en el sol sus ardientes ojos, donde brillaba el amoroso fuego; mas allá veíase á Júpiter, este inmortal calavera, jugando en las olas cerca de Leda, y espresando bajo la forma de un cisne y en actitud bastante libre, el voluptuoso ardor de los placeres; y en otra parte, en fin, veíase á la diosa Vénus brillando en todas las frases de su amorosa y libertina existencia.

Para mirar con calma aquellas licenciosas pinturas, destinadas á alimentar el sensualismo de aquellos hombres, se hubiera necesitado ser santo.

Un rico mosáico de mármol constituía el pavimento, y en la mesa de que hablamos veíanse los frutos y los mas esquisitos manjares, ostentándose, ya en fuentes de cristal, ya de porcelana de China.

El jerez, el málaga, el valdepeñas, el licor del bananero, importado recientemente de América, todos esos vinos ardientes que dan los climas de fuego, circulaban á porfía entre aquellos frailes y obispos invitados al banquete por Su eminencia el gran inquisidor de Sevilla.

Cierta alegría en que habia su sombra de misticismo, animaba el rostro de los convidados.

Los ojos de Pedro Arbués brillaban mas que de costumbre: las angustias del deseo y de la incertidumbre mezclaban su acritud á la ligera embriaguez que sentia.

Sus compañeros se hallaban tambien exaltados; pero conservaban aun cierto juicio y cierto respeto á sí propios; manteníanse en su lugar correspondiente, y sus frases se envolvian aun en cierta monacal reserva.

Pedro de Arbués, fué el primero que se emancipó á esta última.

—Sabeis, reverendos y santos padres, esclamó con voz un tanto avinada, sabeis que el portero del cielo nos da constantemente nuevas llaves para guardar su entrada y aumentar, para nosotros las alegrías de la tierra? La inquisicion acaba de establecerse en Portugal, y antes de muy poco no habrá un ángulo en la tierra donde no estienda su influjo.

—Tanto mejor, interrumpió el arzobispo de Toledo; la inquisicion es un molino donde el trigo malo se convierte para nosotros en buenos y relucientes pesos.

—Y los pesos en escelentes francachelas y en deliciosos

festines, observó un prior de dominicos de ardientes ojos y lujuriosa facha.

—¡Pobre gente! murmuró Arbués inclinándose al oido de un jóven, cuya palidez chocaba singularmente con la viveza de sus maneras; ¡pobre gente! la vanidad les embriaga aun mas que el vino.

—De este modo, replicó el novicio, Su Eminencia es dueño de todos. Su Eminencia sabe conservar su razon en medio de la orgía, y mientras ellos se embriagan es dueño de sí mismo.

El tumulto de las voces ahogaba la conversacion de Arbués y su novicio.

—Parece que Enriquez no viene, observó el inquisidor con cuidado; no le encontraste en el puente de Triana?

—Nó, respondió el jóven; consideré mas prudente el dejarle ir solo; pero quedad tranquilo, monseñor: Enriquez es un hombre muy fiel.

En aquel mismo instante se abrió una gran puerta que se veia en el centro de la sala, dando paso á un familiar que se acercó al inquisidor.

—Monseñor, dijo el recien llegado, Enriquez suplica que se le introduzca cerca de Vuestra Eminencia.

El rostro de Pedro de Arbués se iluminó con una sonrisa de triunfo.

—Señores, dijo en voz alta; el diablo os sirve á maravilla; dentro de un instante vais á ver á la hija del gobernador.

Y luego, volviéndose al familiar, continuó:

—Permitid la entrada á Enriquez.

El familiar salió.

Los ojos de los convidados se fijaron en la puerta del salon, donde el festin se celebraba.

—Monseñor, continuó Arbués, volviéndose al arzobispo de Toledo; os pido cien dias de indulgencia para el buen Enriquez que nos trae la hija del gobernador; es el mejor familiar del Santo-Oficio.

Arbués no habia concluido estas frases, cuando la puerta del salon fué abierta de par en par.

En su dintel apareció Enriquez; pero estaba pálido, sangriento, bañado en agua y sin que ni siquiera tuviese fuerzas para sostenerse.

—¿Qué es esto? preguntó el inquisidor sorprendido.

—Monseñor, contestó el familiar con voz débil; nuestros esbirros quedaron en el campo; la hija del Gobernador nos fué robada, y yo, con gran pena, me salvé á nado, y vengo á daros cuenta de la mision con que me honrasteis.

Los convidados improvisaron un círculo en torno del recien llegado que contó, con voz débil, los sucesos que nuestros lectores ya conocen.

Mientras hablaba, los ojos del gran inquisidor chispeaban de coraje.

—¿Entónces, dijo, con voz horriblemente sarcástica, entónces vos y los esbirros fuísteis muy cobardes?

—Hicimos lo posible á fin de ejecutar las órdenes de Vuestra Eminencia, replicó el familiar con timidez.

—¿Y Frasquito? Preguntó Arbués.

Ha muerto monseñor. Ha muerto como los demás compañeros, dijo Enriquez, el cual ignoraba la fuga de los dos esbirros del coche.

—¡Eres un miserable! gritó el inquisidor con voz de trueno. Sal de mi presencia y que jamás te vea.

Debilitado Enriquez por la pérdida de su sangre, por el baño que tomó en el rio, y por tantas emociones, no tuvo fuerzas pora resistir este golpe y vacilando sobre sus piés, cayó al suelo sin sentido.

Pedro de Arbués llamó.

Aparecieron dos criados.

—Llevad este hombre, dijo el inquisidor con la mayor sangre fria.

Luego, volviéndose hácia los convidados, esclamó:

—A la mesa, señores, á la mesa; concluyamos nuestra orgía.

Los frailes y los obispos ocuparon sus puestos, y los ardientes licores volvieron á circular nuevamente.

Pedro de Arbués sentia una cólera indomable, y desahogaba su furia en una loca alegría y en frases profundamente sarcásticas.

José, que así se llamaba el novicio, le observaba con una atencion imperturbable: el jóven estaba aun mas pálido que de costumbre, y en sus negros y ardientes ojos brillaba una sombría ironía.

—José, dijo Arbués, inclinándose al oido de su favorito; hé ahí una noche que costará muy cara al gobernador de Sevilla.

En la frente del novicio cruzó una idea llena de amarga alegría, pero sin que el inquisidor llegase á comprenderla.

La orgía continuó y se prolongó hasta el rayar del alba.

CAPÍTULO VI.

La casa del hereje.

La casa del apóstol consistia en una solitaria vivienda que se hallaba situada en medio de un parque ó jardin bañado por el Guadalquivir de claras y transparentes ondas.

El apóstol era uno de los frailes predicadores que, aunque seguian la regla de la órden en que militaban, no pertenecian á una comunidad religiosa.

Este fraile era el mismo que conocimos en la taberna de la Chapa.

Habia elegido aquella humilde morada como un lugar de reposo á sus trabajos, y mas de una vez por su alejamiento de la ciudad y su proximidad al rio, servia de refugio á los que la inquisicion perseguia.

Lo que vamos á contar, ocurria al dia siguiente de las escenas que van ya descritas.

Dolores permanecia sola en el cuarto que la servia de asilo.

La noche con sus primeras tintas, daba al Guadalquivir el aspecto de una gran cinta de color morado.

No obstante la aspereza de la brisa, Dolores abrió su ventana y apartó con sus blancas y torneadas manos la larga cabellera que velaba sus facciones, ansiosa por refrescar su desnuda y quemadora frente al contacto de aquel aire frio y helado.

Su alma se sentia oprimida por una desesperacion sombría; sus ojos estaban bañados en lágrimas, y su rostro de mármol aparecia surcado por las huellas dol dolor y la amargura.

En vano en su desconsuelo habia recorrido á la plegaria; el ángel que lleva á los piés de Dios la ardiente espresion de nuestros males, trayéndonos, en cambio, el llanto que nos consuela, habia sacudido inútilmente sus alas en la frente de Dolores, y la mortal herida de su alma no se habia aun cicatrizado.

Aquella jóven de corazon fuerte, de juicio recto y severo, y cuya fé descansaba en los mas puros principios de la moral evangélica; aquella entusiasta niña que creia ver á Dios en el sacerdote, porque para ella el sacerdote no era un hombre, sino un sér transformado; aquella amante que se exaltaba por las ideales perfecciones y cuya alma de poeta acariciaba lo que habia de mas puro en la religion y el amor, no podia ver sin estremecerse, el abismo de hipocresía y lujuria, donde, en nombre de Cristo, se agitaban los que se llamaban sus ministros.

La duda, esa devoradora llaga casi siempre incurable

y que todo lo devasta, la duda habia empañado el alma de Dolores y llenado su corazon de un mortal veneno que todo lo quema y destruye.

—Ah! esclamaba con amargura; hé ahí los ministros del Salvador! hé ahí los depositarios de la fé! Oh! si Jesús echó los mercaderes del templo, no echará tambien á los inquisidores del mismo? acaso la llama de sus hogueras no se volverá contra ellos mismos?

El pecho de la jóven rebosaba en ardiente y santa cólera; clavaba sus ojos en el cielo, que permanecia sereno y tranquilo, completamente ajeno á las angustias de la tierra; y Dolores pensando en su importancia, en el terrible poder del Santo-Oficio, se preguntaba, llena de terror, si Dios protegia ó nó sus criaturas.

La jóven empezó á dudar; y ya se sabe que de la duda á la incredulidad no hay mas que un paso.

Fuera de que (necesario es observarlo) aquella época de persecucion y de terrores, fué la mas fecunda en crear sectas.

Todo el mundo inventaba una fé á su manera, porque nadie se contentaba con las bárbaras y sangrientas creencias que imponian la hoguera y la tortura.

Y en efecto, la única cosa en que hacia creer el Santo-Oficio, era en el infierno, toda vez que lo habia trasladado á la tierra.

—Oh Dios mio! Dios mio! esclamaba desesperada la jóven; tú, que lo amas y bendices todo, por qué sufres crímenes de esos verdugos?

—Para que los buenos se purifiquen, dijo una voz que resonó dulce y grave, no léjos de Dolores.

Esta volvió su cabeza hácia el punto de donde la voz salia.

Entonces le pareció que veia el apacible rostro del mismo Jesucristo; porque admiraba un hombre en cuyas facciones brillaba la mansedumbre y la paz como una celeste aureola.

Aquel hombre era el apóstol.

—¡Oh padre mio! esclamó Dolores cayendo de rodillas; sostenedme porque vacilo, y mi alma, ya asustada, no puede creer sino en el mal. ¿Acaso el demonio arrojará del mundo á nuestro Dios verdadero?

—Hija mia, contestó el apóstol, llevando la mano á la calorosa frente de la niña; desde cuando la debilidad ha vencido la fuerza? ¿acaso el Mal no es lo débil, y el Bien no es lo fuerte?

—Nó, respondió Dolores con voz alterada; el Mal es lo mas fuerte, puesto que los malos triunfan, y los buenos sufren.

Tambien sufrió Jesucristo. y tambien se sentia fuerte, puesto que era Dios mismo. Y tú eres criatura? y tú reniegas de Cristo?

—Perdonadme, padre mio; yo no tengo el valor de los mártires, y se me figura que la dicha hubiera de ser patrimonio del hombre.

—La dicha solo se encuentra aquí, dijo el monge, llevando al corazon su mano.

—Nó, nó, replicó llena de desesperacion la jóven, el corazon, para los inquisidores, no es tampoco inviolable.

—Pueden comprimir sus latidos ó celerar su movimiento? dijo el apóstol; tienen el necesario influjo para desterrar de él una imágen ó la fé de nuestros padres? no sienten en él esta sobrehumana fuerza que te dice: «Marcha; no temas nada; ama y cree: se puede romper el cuerpo, pero aquello que amamos nunca perece; el soplo eterno nunca muere!»

—Oh gracias, gracias! interrumpió Dolores, besando las manos de aquel hombre, que cubrió de lágrimas; gracias padre: vos sois mi consuelo; vos sois la imágen de Dios mismo!

El monge sacó sus manos de entre las de Dolores; en su profunda humildad no podia aceptar testimonio de deferencia y casi de adoracion, por mas que en aquel tiempo se recibiese no como un homenaje, sino como un tributo.

—Oh! esclamó Dolores, que comprendió su idea; vos sois humilde y fuerte y creeis; yo, que soy una débil y perseguida mujer, yo tambien procuraré imitaros.

—Sí, hija mia; tú debes creer y sufrir sin murmurar; tú eres una alma escogida. Armate, pues, de fuerza y de constancia, y si Dios te envió otras pruebas, dirás como aquella gran víctima que murió por predicar su doctrina: «Que vuestra voluntad se cumpla y no la mia!»

—Oh! Dios mio! esclamó la jóven; quién sois vos, padre, que así devolveis la esperanza y la energía á mi alma?

decidme vuestro nombre á fin de que pueda mezclarse en mis oraciones.

—Soy un humilde siervo de Dios, y me llamo *Juan*, respondió el monge; pero cuando te sientas débil, invoca, no el nombre mio, sino el dulcísimo de Cristo; porque él será el único que dará consuelo y energía á tu pecho. Mas se hace ya tarde y es necesario que vuelvas á tu casa. Ven: yo seré tu guía; y si algun dia sufres, si necesitas apoyo, recuerda esta pobre morada: está abierta para todos los que lloran.

La jóven dirigió al cielo una mirada llena de resignacion y de amor.

—Ya os sigo, padre mio, dijo.

Y dirigiendo una postrer mirada á aquella bendita casa, envolvióse la mantilla y salió de ella con el monge.

Por espacio de algun tiempo andaron uno al lado del otro, sin pronunciar una frase.

El alma de la jóven se sentia agitada por vagos presentimientos.

Su frente, que hasta entonces habia permanecido tan pura y tan tranquila, se doblegaba al impulso de la tempestad que habia robado su corazon de dicha y de alegría.

Las mugeres de alma fuerte y de enérgicos principios, tienen siempre en el corazon un lado débil: el sufrimiento, con el cual luchan, hace, muchas veces, inútiles todos los argumentos de la razon y buen sentido; no resiste cual los hombres los adversos sucesos.

Su naturaleza febril y entusiasta, que en un momento

dado las da tanta fuerza y energía, carece de este valor que sufre con paciencia, que sabe esperar y rechazar un continuado choque.

Se irritan, se exaltan, y en la esperanza de sus sufrimientos, no les tranquiliza mas que el llanto; solo el amor les consuela.

Las frases del apóstol habian despertado en Dolores los sentimientos mas dulces, y su amor hácia Estéban, se levantaba con mas fuerza que su pena.

Sintiéndose inquieta, andaba con impaciencia, deseando llegar al lado de su padre que quizá habia visto á su novio.

Perseguida por el terror que la inquisicion inspiraba, soñaba en huir con Estéban y su padre, á una lejana tierra, á Alemania, donde la tolerancia y la libertad reinaba, y donde seguiria sin miedo las inspiraciones de su corazon y su conciencia.

Luego dirigia una mirada en torno suyo. Admiraba el hermoso cielo de España, que era tan dulce y tan puro; y al pensar que habia de dejarle, se estremecia desde los piés á la cabeza. No queria abandonar aquel cielo por otro muy sombrío, ni aquel país de flores por otro que cubria la nieve.

El monge, que, por otra parte, se hallaba sumergido en graves meditaciones, no quiso interrumpir su sueño.

Entretanto se iban acercando á casa el Gobernador.

Al llegar á la calle en que se levantaba el palacio, Dolores soltó un grito.

Redobló el paso y arrastró consigo al apóstol.

—Oh! padre mio: por fin voy á verle!

Dolores no se atrevió á pronunciar el nombre de Estéban.

Continuó andando.

Mas por qué el farol que brilla en la entrada del palacio no se encuentra encendido? por qué está cerrada la puerta?

Dolores coje el aldabon y llama con fuerza... pronuncia en alta voz el nombre de sus criados y nadie le contesta.

En aquella casa reina un silencio espantoso.

Diríase que es una de esas moradas en que los habitantes han muerto durante una epidemia y que no se abre por miedo á que se propague el contagio.

La doncella, presa de un terror creciente, llama sobre la insensible puerta, cuyos férreos clavos destrozan sus manos delicadas.

—Padre mio! padre mio! grita desesperada.

Pero nadie la contesta.

El apóstol comprende lo que ocurre: comprende que necesitará de consuelos y se acerca á la jóven con objeto de ofrecérselos.

La doncella mira en torno suyo con estraviados ojos. Mientras llama se entreabren algunos balcones.

—Dónde está mi padre? qué se ha hecho de mi padre? grita la desgraciada niña.

Pero nadie la responde.

Es la hija de un hombre que por la mañana fué arrestado por órden del gran inquisidor, y los balcones se cierran como si la pobre niña fuese víctima de una enfermedad pestilente.

Dolores oyó como un vecino hablaba del inquisidor, y esto disipó las tinieblas en que se hallaba envuelta su alma.

Su padre, á no dudarlo, se encontraba en las cárceles del Santo-Oficio y como á los acusados por el terrible Tribunal no se les dejaba nada, la casa del gobernador permanecia cerrada; sus bienes estaban ya confiscados y no quedaba á la jóven mas que el derecho de pedir limosna, la cual, tal vez no hallaria, por ser hija de un hereje.

Dolores cesó en su llanto, de sus lábios no brotó ni una queja; sus ojos se volvieron secos y ardientes, y una amarga sonrisa contrajo sus pálidos y descoloridos lábios.

Acercóse al monge, cogió con crispados dedos la manga de su hábito como si viese en él su último y postrer refugio, y luego con voz acentuada y breve esclamó.

—Hé aquí, padre mio, mi monte de los Olivos; rogad á Dios que tenga compasion de esta mujer desgraciada.

El apóstol no creia hallar tanta resignacion en la jóven.

No obstante su profundo conocimiento del corazon humano, no habia comprendido que un golpe terrible debilita el alma y la sumerge en una atonía que no deja mas que la fuerza del sufrimiento.

Herida en lo que queria mas en el mundo; herida por la inquisicion, por ese tormentador que era mas desapiadado que el infierno; abatida por la horrorosa idea de que

para ella no existia ya la esperanza, Dolores carecia de aliento para quejarse y no podia esclamar como Cristo: Dios mio «apartad de mí el caliz de la amargura!»

El monge guardó silencio.

En aquel instante cualquier frase era inútil.

Cojió su mano y la guió como una tímida gacela hácia el mismo punto de donde habia salido.

La jóven ni siquiera se volvió para lanzar una postrer mirada á la casa de su padre: inclinó al pecho su cabeza, y siguió en silencio al apóstol.

No habian dado cien pasos cuando entre la oscuridad de la noche, vieron á un hombre, que, espada en mano, se defendia contra otro que le embestia con brio.

Vuelta de su letargo, Dolores soltó un grito: acababa de reconocer uno de aquellos dos hombres.

—Estéban! gritó la jóven.

—Dolores! gritó el mancebo.

Tal es el poderoso atractivo de ese magnético é invisible flúido que circula alrededor de un hombre y una mujer que se quieren.

La doncella cojió á Estéban y la lucha cesó por un instante.

Esta cesó porque una jóven suspendida al brazo del otro combatiente, que llevaba el traje de los garduños, trataba de arrancar el acero de su mano, pidiéndoles con ardientes súplicas, una gracia que no concedia aquel hombre.

—No puedo! gritaba este con voz reconcentrada y vi-

brante; no puedo Culebrina; prometí matarle y es necesario que muera!

Pero aquel estraño grupo no tardó en encontrarse al lado del monje que se habia adelantado unos pasos, alarmado por tan estraño incidente.

La jóven le reconoció enseguida.

Entonces sin dejar el brazo de aquel hombre al cual sujetaba no obstante sus grandes esfuerzos, cayó á los piés del monje diciendo:

Oh, padre mio! haced que Manofina no asesine á este jóven. No ha cometido ya bastantes homicidios?

—El apóstol! esclamó el chulo que tambien lo reconoció al instante.

Y bajó humildemente su cabeza.

—Manofina, dijo el sacerdote que conocia al jóven por su nombre; quién te dió derecho para matar al prójimo?

—La sociedad de la Garduña á la que pertenezco en cuerpo y alma; mi oficio consiste en *bautizar* (1) y *oscurecer* (2) como el vuestro en confesar y predicar. Dejad, pues, que concluya mi obra y así no *eclipsaré* (3) el dinero que se me ha dado para ello.

—Crees en Jesucristo, Manofina? le preguntó el monje.

Al oir este nombre el chulo se inclinó con respeto y dijo:

---

(1) Herir.
(2) Matar.
(3) Robaré.

Creo en él, padre, y puesto que soy un buen católico quiero desempeñar en conciencia mi oficio. La justicia antes que todo: prometí matar y es necesario que mate.

—El que á hierro mata, á hierro muere, interrumpió el apóstol. Y en verdad, y te digo, Manofina, que tu oficio es un oficio de sangre y que la sangre no puede gustar al que murió por el hombre.

—Y si yo renuncio este oficio, padre, la inquisicion, á la cual no quisiera servir, me quemará como hereje ó me desterrará de España como desterró á esos pobres moros que huyen de esta ciudad por millares! Que será entónces de esta mujer que es mia y á la cual yo mantengo?

—Qué importa! esclamó la sirena enternecida por las frases del apóstol, vale mas morir que arrastrar esta existencia.

—Pero acaso, observó el chulo, puedo abandonar mi cofradía?

—Nó, dijo el monje que era demasiado filósofo para creer que aquel hombre perdiese en un instante sus rudas y sanguinarias costumbres; no: tú no dejarás la Garduña, pero como una buene accion hace perdonar muchos crímenes, en lo sucesivo no te ocuparás mas que en salvar las víctimas del Santo-Oficio.

—Pero yo faltaré á mi palabra, observó el chulo que se hallaba enamorado de su singular probidad y de su fidelidad caballeresca á los estatutos de su órden.

—Todo consiste en la intencion, replicó el monje; no consistirá esta en obrar bien?

El apóstol, este leal y valiente defensor del Evangelio, empleaba esta sutileza que posteriormente fué el arma de que se valió una órden célebre (1) y el medio con el cual trastornó al mundo esparciendo en todas partes el veneno de la hipocresía; pero si alguna vez esta sutileza habia de ser permitida, era á no dudarlo, en aquel instante en que el sacerdote reunia las fuerzas de su persuacion y su talento para evitar males mayores.

El guapo le escuchaba atentamente, pero aun tenia una duda. Así es que dijo:

—Y vos padre me dareis la absolucion por las infidelidades que con la Garduña cometa. Si es así yo haré lo que vuestra paternidad me mande, pues al fin y al cabo sereis el verdadero responsable de mi alma aunque en vuestras manos irá muy bien guiada.

El chulo cayó de rodillas ante el apóstol y al lado de su amante, y uno y otro bajaron sus cabezas para recibir la bendicion.

—Nos ha casado, murmuró la sirena al levantarse.

Y aquella gitana educada como el ave de los bosques, sin otro guia que los instintos de su naturaleza salvaje, hubo de estremecerse al influjo de una emocion religiosa y casta; la jóven acababa de entrever el cielo en el amor y en la bendicion del sacerdote; y veia la consagracion del mas puro sentimiento que se albergaba en su pecho.

A algunos pasos de distancia Estéban y la hija del go-

(1) Los jesuitas.

bernador confundian sus penas y sus lágrimas: la satisfaccion de que gozaban al verse, mitigaba la pena que ahogaba su corazon sin que hasta entonces hubiese hallado un consuelo.

La esperanza, una esperanza triste, lejana y fugitiva; la esperanza que nunca abandona el amor, iluminando algun tanto su oscuro y sombrío cielo.

—Ves, Manofina, dijo la sirena que en su instinto de mujer todo lo adivinaba; ves, Manofina cuán desgraciados fuéramos si esta señorita en vez de encontrar á su novio hubiese hallado un cadáver?

—Se me figura, Culebrina, dijo el guapo, que las frases del apóstol me han dado una segunda existencia y que no soy ya el hombre de esta mañana. Jesús! cuánta gente he de salvar para que se olvide la sangre que he vertido! No hay remedio, tendré que abandonar á la Garduña.

—El apóstol dijo que una buena accion hace olvidar muchos crímenes; queda, pues, tranquila alma mia. Su Reverencia se ha encargado ya de salvarte y si dejamos la Garduña, Dios, que alimenta á todos los animales, cuidará, tambien, de dos pobres criaturas.

El chulo y su amante se alejaron.

Estéban y Dolores todo lo habian olvidado para llorar juntos.

—Venid, hijos mios, dijo el apóstol; mañana buscaremos un retiro para la pobre Dolores.

—Lo que debemos hacer, padre mio, es abandonar la

desgraciada España que devora sus mejores hijos, observó Estéban.

—Abandonar la España cuando mi padre está preso! replicó Dolores; no lo penseis nunca, Estéban.

—Entonces os perdereis sin alcanzar fruto alguno, dijo el mancebo; vos partireis sola, Dolores; me aguardareis fuera de España mientras que yo emplearé mi fortuna y mi crédito para salvar á vuestro padre.

—Quereis salvar á los vivos, interrumpió el monje en voz baja, y la inquisicion no respeta las cenizas de los muertos!

—Callad, padre mio, observó Estéban que habia oido estas frases; no robemos la esperanza á esta hija desgraciada.

—Y yo no abandonaré la España sino con mi padre, dijo resueltamente Dolores.

—Pobre niña! murmuró entre dientes el apóstol; tú asimismo, posees una de esas almas creadas por la abnegacion, y que llevan siempre al Calvario.

Y luego añadió en voz alta:

—Yo mañana, hija mia, os acompañaré al convento de las Carmelitas.

—Vé con cuidado Estéban, dijo en voz baja Dolores; la inquisicion ha puesto en tí sus ojos.

Entretanto llegaron á la casa del apóstol.

Dolores cruzó su dintel.

Estéban se quedó fuera sin que se atreviera á salvarle.

Entonces dijo el apóstol:

—Entrad los dos, hijos mios; esta noche se pasará en la oracion y mañana tendreis que separaros.

Estéban siguió al monje guardando el mas profundo silencio.

Este cerró la puerta y siguió á los prometidos esposos.

CAPÍTULO VII.

D. Estéban de Vargas.

Once años antes de que ocurrieran estos sucesos, el cardenal D. Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, era elegido para la plaza de inquisidor general de España.

Hacia ya mucho tiempo que el ódio de los españoles contra el Santo-Oficio, habia estallado en audaces conspiraciones, en revoluciones constantes y en firmes y enérgicas quejas formuladas ante el Sumo Pontífice, el cual siguió impasible ante las miserias del Reino.

La inquisicion llenó de hogueras este último, despobló las ciudades; esterilizó los campos, quitándoles los brazos que su culto exigia, y una nacion rica, industriosa, caballeresca, amante de las artes, de la libertad y de la gloria, fué convertida en un grande cementerio donde el aspecto de los muertos asustaba á los vivos, y donde la vil mano del verdugo heria las mas puras frentes á una señal del

gran inquisidor, horrible y tremendo déspota, cuya corona era de llamas y cuyo cetro era de hierro.

Mas en tanto que la débil política de los reyes permitia que se diezmara así la poblacion del Reino, no faltaron españoles llenos de energía y de amor á la libertad, que protestaron, con riesgos de su existencia, contra las iniquidades del Santo-Oficio (1).

Entre estos defensores de la humanidad se encontraban

---

(1) Es una creencia general de la que nuestra España sufrió con debilidad y paciencia el yugo de la inquisicion . Esto es un error. Los españoles nunca cesaron de luchar por su libertad política y por su libertad religiosa.

Desde el siglo quince los municipios y las córtes protestaron siempre contra el despotismo hipócrita y estúpido de los reyes y contra la insaciable avaricia de los frailes.

Padilla, Lanuza, Polier y otros mil defensores de los sagrados derechos del hombre, pagaron con su sangre los esfuerzos que hicieron para libertar á España del despotismo. Juana Orja Rodriguez de Valero, y muchos otros cristianos cuya sangre fecundó la religion del Evangelio, estigmatizaron con la infamia, la soberbia frente de los verdugos que tenian la audacia de llamarse ministros de un Dios de paz.

Ni se diga que las víctimas de la inquisicion fuesen todos herejes. Juan de Ávila, San Juan de Dios, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada, el padre Mariana y otros hombres que Roma se ha visto en la precision de colocar en el catálogo de sus santos, y otros en fin, cuyo talento llenó la Europa con su fama, tuvieron que sufrir las persecuciones de aquel tribunal odioso, el cual era, por decirlo así, como la sucursal del infierno, y emplearon siempre toda su elocuencia para destruir todo su inícuo influjo, el cual era contrario á las leyes de Dios y de los hombres.

nobles sábios, grandes prelados, y hasta consejeros de Castilla.

Hubo una época en que esta valiente cruzada recorrió á las armas, pero como no se hallara sostenida por los reyes, y como el pueblo, sujeto al yugo del fanatismo é ignorancia, continuara impasible, tuvo que deponerlas.

Lo mas que hacian los reyes era tomar algunas eficaces medidas é imponer algun ligero castigo á los inquisidores que se estralimitaban en el desempeño de su cargo.

Así es, que veintiseis años antes Felipe I, suspendió en sus funciones el gran inquisidor Deza, y su amigo el inquisidor de Córdoba, Lutero, cuya horrible crueldad obligaba á que los acusados, culpables ó no culpables, dijesen que habian reincidido, con lo cual les hacia castigar como falsos penitentes (1).

Entre los enemigas de la inquisicion figuraba D. Estéban de Vargas el cual descendia de una de estas familias árabes que abrazaron el cristianismo antes de que Granada se rindiese (2).

---

(1) Cuando una víctima de la inqnisicion confesaba todo lo que se queria y se sometia á las penitencias y humillaciones con que se intentaba castigarla, el tribunal se veia en el caso de ponerle en libertad aunque no sin imponerla fuertes multas.

Pero el génio destructor y ambicioso de Deza y de Lutero, encontró el medio de no contentarse con tan poco, y á menudo declaraban impenitentes á los reos. Los impenitentes eran condenados á la hoguera ó á una cárcel perpétua; en uno y otro caso quedaban confiscados sus bienes.

(2) Algun tiempo antes de que Fernando de Aragon é Isabel

Jóven, apasionado y ardiente, este jóven se distinguia por esa varonil y poética belleza que indica mas la energía moral que la energía física.

Su morena cútis, de una finura estrema, se distinguia por esos dorados tonos en cuya vaga transparencia se adivina la circulacion de una sangre rica y ardiente.

Sus negros ojos que ordinariamente eran dulces, brillaban al mas insignificante impulso del alma.

Era de estatura elevada y de talle gentil y gracioso patrimonio de las razas árabes—y su pálida frente, adornada con negros y hermosísimos cabellos, parecia modelada para llevar una corona de oro, ó, por mejor decir, de laurel, toda vez que tenia la poesía que encanta, la elo-

---

la Católica conquistasen á Granada ó sea en 1493, muchos caballeros que pertenecian á la familia de los Abencerrajes, los Gomeles y los Gazules, exasperados á las crueldades de Muley Hassan y fatigados por la debilidad de Boabdil, dejaron la ciudad de Granada y fueron en busca de los reyes católicos ante los que se hicieron cristianos.

Fernando é Isabel cedieron grandes privilegios á estos caballeros y estos á su vez prestaron eminentes servicios á la corona de Castilla, luchando valientemente por la causa de España y de la religion católica que abrazaron con entusiasmo. (*Historia de las guerras civiles de Granada, por Ginés de Hita.*)

En tiempo del inquisidor Deza y de sus sucesores los descendientes de estos caballeros que eran la flor y nata de la nobleza andaluza, fueron señalados con el calificativo de *marranos* y perseguidos como rebeldes. Esto se comprende; eran todos muy ricos y a inquisicion amó siempre las riquezas.

cuencia que persuade y arrastra, y una filosofía digna del maestro en que habia aprendido.

Estéban se habia educado en las doctrinas del Evangelio.

Sin caer en los errores de secta; sin adoptar las doctrinas de Lutero ó de Melanchton; sin convertirse en Anabaptista ó iluminado cuyas sectas le parecian igualmente absurdas, Estéban ajustaba su vida á la moral de Jesucristo; su filosofía era la caridad escesiva, y sus prácticas consistian, asimismo, en la caridad ejercida en todas sus formas.

Su culto era el de Dios: amaba al Dios grande y puro; al Dios exento de las humanas pasiones; al que es orígen de vida y que prodiga al hombre todo género de bienes á cambio de un amor parecido al suyo; que perdona á los malos y premia á los buenos, y que para honrarlo solo quiere una vida pura y llena de amor hácia el prógimo.

Para el jóven todo lo demás eran frivolidades con las que se ocultaban, á veces, las mas infames pasiones.

La sublimidad de su alma, la profundidad de sus convicciones, la elocuencia de su palabra, daban al jóven filósofo el fascinador poder con que se arrastra á las masas.

A su voz el pueblo se hubiera exaltado, y levantándose como un solo hombre hubiera sido capaz de atacar el Santo-Oficio.

El padre de Estéban habia sido en 1502 consejero de Castilla y hombre de valor, habia favorecido el establecimiento de esa junta conocida bajo el nombre de Congre-

gacion católica (1) llamada á reprimir los escesos y á reparar las injusticias del indigno y fanático Lutero, contra los habitantes de Córdoba.

---

(1) Durante el mando del inquisidor general Deza y de su protegido el inquisidor de Córdoba, Lutero, las crueldades ó mejor dicho, las iniquidades del Santo-Oficio exasperaron tanto á los españoles, que de todas partes se elevaron las mas elocuentes voces contra esos hombres que bajo el título de defensores de la fé hubieran hecho renegar de esta fé á los mismísimos apóstoles.

Deza, luego que Felipe I le hubo suspendido en las funciones, volvió en 1506, por muerte de este, á ocupar el puesto que ya habia desempeñado, y lo primero que hizo fué anular lo que el consejo de la Suprema habia dispuesto, y reponer á Lutero en el ejercicio de su cargo.

Desde entonces comenzó una horrible persecucion contra el Santo obispo de Granada, Fernando de Talavera, y contra el sabio Antonio de Nebrija. Este último fué denunciado á la inquisicion por haber visto y corregido muchos errores que se habian deslizado en el texto latino de la *Vulgata*.

Tales persecuciones junto á las crueldades de Lutero, cansaron á los andaluces, que sublevados, forzaron las cárceles del Santo-Oficio, libertando á los prisioneros cuyo número era inmenso. El fiscal, el escribano de la inquisicion y algunos empleados subalternos, fueron detenidos en Córdoba y Lutero logró salvarse recurriendo á la fuga.

Estos acontecimientos unidos á la llegada del regente del Reino, D. Fernando V inspiraron á Deza tanto miedo, que renunció inmediatamente su empleo durante el que mandó quemar vivas, dos mil quinientas noventa y dos personas, condenó á la hoguera á ochocientos veintinueve en efigie, y castigó con la cárcel perpétua ó con galeras, á treinta y dos mil nuevecientas cincuenta y dos, cuyos bienes, fueron tambien confiscados.

Al objeto de conocer los verdaderos motivos por los cuales se

Desgraciadamente esta incompleta y tardía medida, solo fué una tregua concedida á los españoles por la inquisicion, hidra monstruosa cuyas cabezas volvian á renacer siempre que eran cortadas.

Estéban de Vargas, que ya era un hombre, tenia que luchar contra iguales ó mayores abusos.

---

habia detenido á los ocasionadores del tumulto, Cisneros, sucesor de Deza, que aunque mas político, no fué por esto menos cruel, solicitó y obtuvo del monarca, licencia para organizar una junta compuesta de veintidos personas notables, las cuales habian de terminar el proceso que Lutero habia intentado contra los vecinos de Córdoba.

Esta junta que tomó el nombre de Congregacion Católica, celebró en 1508 su primera reunion en Búrgos.

Despues de un trabajo en que se emplearón muchos meses, la junta declaró lo siguiente:

1.° Que los testigos presentados por Lutero en el asunto de Córdoba, no eran dignos de fé.

2.° Que todos los acusados que se hallaban en la cárcel se debian poner en libertad sin pérdida de tiempo.

3.° Que se rehabilitára la memoria de los que habian muerto en la hoguera.

4.° Que se reconstruyesen por cuenta del Estado, las casas que habian mandado arrasar los inquisidores Deza y Lutero.

Estas medidas de la Congregacion Católica se llevaron á buen término luego que esta decision fué publicada en Valladolid entre los aplausos del pueblo que su buena fé creyó que por fin la inquisicion habia perdido su influjo. Mas el pueblo se engañaba: el pueblo, en su lealtad, ignoraba que al concederle esa tregua, la inquisicion se reservaba el derecho de herirle en lo futuro, despues de haberle herido en la inmensa red de esas astucias sin nombre con que el clero ha sabido envolverle.

Un jóven de tantas cualidades no es estraño que egerciera tanta influencia en el alma de Dolores.

El amor puro y el amor completo no nace en las almas vulgares; el amor de un sér fuerte y bien organizado por un sér mediano ú ordinario no es verdadero amor, sino debilidad ó estravio.

Pero esta efucion completa de dos almas que viven una existencia misma; que sufren iguales tormentos; que une la voluntad y el deseo con tan estrechos lazos; que no parece sino que dos individuos no forman mas que uno, este amor se encuentra únicamente entre dos almas gemelas, unidas por una completa semejanza, y ligadas por una afinidad la mas perfecta.

Fuerte por escelencia, dotada con ese candor sublime, idólatra de lo verdadero, que rechaza con horror toda falsa ó débil máxima, toda accion envuelta en el disimulo ó la mentira, Dolores tenia en su prometido esposo, esa fé ciega que nace de una admiracion profunda.

La elevacion de su espíritu, las crueles peripecias de su alma aun tan jóven, sus tendencias justamente filosóficas y la entereza de su corazon, habian por decirlo así, espiritualizado su amor.

Prometidos el uno al otro en matrimonio por la voluntad de sus padres, comprendian que su union no dependia del consentimiento de los hombres; que por una convencion tácita é inviolable, sus almas se habian prometido una á otra y que la muerte no podria separarles.

Así es, que su amor era tranquilo en apariencia. Aguar-

daban, llenos de alegría, pero sin cuidado, sin impaciencia, la época en que á los ojos del mundo se haria su union perfecta. Comprendian que esta sancion aumentaria su dicha; pero la aguardaban con calma; tanto su espíritu dominaba la materia.

Durante el dia en que la jóven conoció al apóstol, contó á éste la sencilla historia de su vida; su piadosa infancia; su juventud pura y estudiosa, su amor al noble Estéban.

Y el apóstol, hombre de corazon ardiente, lleno de indulgencia y en quien tal vez el recuerdo misterioso de un casto amor, roto, quizá, por la mano de los hombres ó por la de la muerte, se habia cambiado en un sentimiento de caridad; el apóstol, decimos, conmovido ante tal confesion, no habia vacilado en decir al mancebo:

—Entrad en mi casa, con vuestra prometida esposa; el amor puro no ofende al cielo porque es un tributo que á su omnipotencia se rinde.

Y cuando los tres se hallaban reunidos en aquella humilde morada, cuyas paredes no tenian mas adorno que la imágen del que murió en el Calvario, el franciscano les dijo:

—Hijos mios, bendecid á Dios porque os hiere; las persecuciones de los malos, son otras tantas coronas para la otra vida; dichosos los que pasan su existencia orando y vertiendo lágrimas.

—Padre mio, vuestras palabras son consoladoras y santas, y adoro, cual vos, la mano que nos oprime, pero nosotros los jóvenes de fuerte y enérgica sávia; nosotros los

caballeros de España, cuyos padres siempre han servido lealmente la religion cristiana ó la han abrazado con conviccion y con fé; nosotros, fieles observadores de la ley de Jesucristo, de esta ley de amor y de indulgencia, podríamos, sin ser débiles, tolerar el yugo de un poder inícuo que en nombre de Dios desafía impunemente las leyes divinas y humanas? no es un deber el sublevarse en contra suya?

El monje guardó silencio un instante.

Parecia que reflexionaba.

—Hijo mio, replicó por fin; creo que el inquisitorial poder es un abuso que se necesita combatir con la espada de la palabra, con la lógica, con la verdad y no con la insurreccion, hija de la cólera y del ódio, y por consiguiente ciega, apasionada, sin regla, sin freno, sin medida; yendo siempre demasiado léjos ó demasiado poco; vaso de agua lanzado sobre un inmenso incendio que en vez de apagarle irrita la furia de sus llamas.

—Sí, dijo Estéban, acompañando sus frases de un movimiento enérgico; pero á los elocuentes lábios se les pone una mordaza; á la verdad se la mete entre cerrojos y en cuanto á la lógica, ya sabeis, padre mio, la habilidad con que la combaten. El sombrio génio de la inquisicion, la ahoga entre las mallas de sus muchas sutilezas ó bajo un absolutismo férreo; usan la palabra sacramental de «En nombre de Dios» y el pueblo ignorante humilla su cabeza. No se rebela porque piensa que va á ser sacrílego.

—El pueblo sufre, dijo el apóstol porque en todos tiem-

pos la resignacion ha sido, es y será su principal herencia: cuando castigado por cualquier yugo se subleva y lo derrumba al suelo, qué saca de ello? cambia de amo y hélo ahí todo. Su sangre y sus esfuerzos no sirven mas que á los poderosos, á los gefes del movimiento y él continúa esclavo y sufriendo.

—Padre mio, observó Estéban, cuando los gefes se hallan dotados con intenciones verdaderamente rectas, el pueblo se siente verdaderamente dichoso; su desgracia no está en la obediencia, sino en el ódio que profesa al que le manda.

—Esto es muy cierto, replicó el monge, porque el que es digno de mandar se hace voluntariamente igual y hermano de aquellos que le obedecen: no les es superior mas que por su inteligencia; es el piloto que gobierna el timon para llevar el buque á buen puerto.

—Padre mio, interrumpió entonces la jóven, qué es lo que existe de comun entre un gefe que gobierna por la eleccion y el derecho, y ese bárbaro poder que en nombre de Dios aniquila nuestra España y la cubre de un fúnebre sudario?

—Dolores, replicó Estéban, si el que gobierna fuese buen pastor, no dejaria trasquilar sus ovejas por hábiles especuladores que unden sus tijeras en la carne para arrancar la lana y la sangre del rebaño. La tolerancia del monarca hácia la inquisicion, no es mas que el cálculo de una política egoista: y el amor del oro, es lo que realmente cubre de suplicios nuestra España.

El monge levantó los ojos al cielo, y por sus mejillas se deslizaron dos lágrimas.

—Hijos mios, dijo, Dios ilustrará sus reyes acerca sus verdaderos intereses, y tocará su alma, inspirándoles la piedad. La voz de los que propalan el Evangelio, concluirá por atenderse; muchos de estos, con un valor heróico, con un valor tan grande como el que arma la mano de una espada, elevan sus protestas contra los errores del fanatismo, y con riesgo de su vida, predican la moral de Jesucristo en su pureza y sencillez primitivas. Tengamos esperanza en ello, hijos mios; la fuerza de la conviccion es mas poderosa que la de las armas, y el dia del triunfo no está quizá muy léjos para los verdaderos cristianos.

—Padre mio, observó Estéban; nos recomendais la resignacion y la penitencia, y sin embargo, yo en el templo, he oido como vuestra elocuencia protestaba contra los escribas y fariseos de nuestros dias porque, si no me engaño, añadió el jóven examinando atentamente el noble rostro del apóstol, vos sois uno de esos atletas que hasta al encontrarse bajo el acha del verdugo, luchan con la accion y la palabra contra los discípulos de Domingo de Guzman, ese fanático monge del cual Roma ha hecho un santo.

—Yo soy, replicó el franciscano lleno de humildad profunda, el mas humilde de los siervos de Dios y de lo que toca á la corona de los santos, Dios, que lee en el fondo de las conciencias, puede tan solo adjudicarlas.

—Seríais quizá, padre mio, replicó Estéban, partidario de la doctrina de Lutero, que convirtió tantos sábios y

teólogos, lo mismo que algunos príncipes y obispos?

—Yo soy cristiano, replicó el monge; y la controversia hácia esa ley tan dulce, tan humilde, tan sencilla, que nos enseñó Jesucristo, me parece un sacrilegio. A fuerza de dogmatizar, hijo mio, nos perdemos en incomprensibles tinieblas y la fé y la caridad, que son la base de nuestro culto, se desnaturalizan ó entibian, porque cualquiera desunion trae consigo la rivalidad y la duda. Si el cristianismo es tan sencillo, por qué erizarle con dificultades? por qué se le ha de poner al servicio de las humanas pasiones?

—Vuestra religion, padre mio, dijo el jóven, es igual á la que Dolores y yo profesamos, y hé aquí porque se nos mira como herejes.

—Tambien se condenó á Jesucristo por impío y por blasfemo. De qué os quejais? nada es tan hermoso como sufrir por su doctrina.

Dolores escuchaba con entusiasmo á estos dos hombres de una fé tan pura, y el temor de la inquisicion, que tanto la habia atormentado, se borró ante los sublimes pensamientos que fortificaban su alma.

Así discurrió la noche, que trajo para ambos jóvenes los mas funestos cambios á su destino. El monge les consolaba orando con ellos; é inspirándoles resignacion, daba mas fuerza á su esperanza.

Durante aquella noche, Dolores y Estéban no habian sentido el aguijon del sueño: cuando el alma se halla exaltada, domina el cuerpo que la obedece como esclava, y

este eclipsamiento de las necesidades físicas, aumentan aun la fuerza y lucidez de nuestro espíritu.

No parecia sino que en las venas de la jóven circulaba una fiebre generosa; en aquel instante hubiera sufrido con la mayor alegría el martirio, con tal de que su muerte hubiera salvado á sus hermanos y devuelto la calma y la libertad á su pátria.

La luz del alba mezclaba ya sus vagas tintas al resplandor de la lámpara que iluminaba la estancia.

De pronto llamóse á la puerta con dulzura.

Dolores y el jóven se estremecieron.

—No temais nada, esclamó el apóstol; es probable que sea uno de mis amigos.

Y abrió la puerta.

Entonces un jóven fraile, vestido con un sayal de lana negra, ceñido á su talle por un cordon blanco, se echó en brazos del apóstol y le dijo:

—Padre mio: hoy tu hijo necesita de tí.

—Seas muy bien venido, esclamó el franciscano besándole en la frente, como si lo hubiese hecho una madre: habla, hijo mio y díme lo que aquí te conduce.

El recien llegado tomó asiento.

—Habla sin cuidado, repitió el apóstol, indicando á los dos novios; son dos hermanos, dos amigos; habla: qué se ofrece?

—Padre mio, dijo el fraile; quise poner en práctica dos lecciones que me has dado, pensé, cual tú que la predicacion no es suficiente, y que al cuidado de las almas se

tiene que unir la del cuerpo. Ausiliado con las ofertas de algunos corazones muy piadosos, y gracias al desprendimiento sublime de algunos ilustres jóvenes que en el ardor y entusiasmo de su alma no ven mas que un vacío en las alegrías de la tierra, he formado una corporacion bastante numerosa, la cual está animada por la única idea de ser útil al prójimo, y de socorrer sus miserias. Gracias á nosotros se ha fundado en Cádiz un hospicio (1) destinado á recojer los que sufren. Les cuidaremos por nuestras propias manos, y al curar su cuerpo, trataremos igualmente de vendar las heridas de su alma.

—Esta idea no puede ser mas santa, replicó el apóstol; cuando la vida llena consigo un fin tan noble, se hace siempre hermosa.

—Solo, mi querido maestro, continuó el fraile, nos embaraza una cosa. Los dolores de la humanidad son tan varios y numerosos, que no sabemos á qué miserias vamos á prestar nuestro ausilio.

—Hijo mio, replicó el apóstol; entre los que sufren existen males que léjos de ser un objeto de piedad para sus semejantes, se hacen, por el contrario, objeto de desprecio, la sociedad les rechaza, y léjos de atenuar sus sufrimientos corporales, los aumenta con el dolor moral, que es mucho mas cruel y sensible. Hó

(1) Fundóse por San Juan de Dios, hácia la mitad del siglo XVI, para el tratamiento de la lepra, y de esa cruel enfermedad traida á Europa por los compañeros de Cristóbal Colon.

ahí, pues, los hombres que debeis socorrer y consolar (1).

—Ah! padre mio! esclamó el discípulo; la sabiduría es vuestro patrimonio y la caridad habla por vuestros lábios. Vos disipais mi incertidumbre. Sí: entre los desgraciados eligiremos aquellos que mas sufran, á los que nadie se acerca, y les llevaremos tanto mas consuelo y alegría cuanto mas tristes y desesperados se vean. Gracias, padre mio; nuestros enfermos bendicirán vuestra idea, bendiciendo tambien á su padre (2).

Enseguida los dos frailes, por mas que hubieran pasado la noche en vela, hablaron de otros asuntos: el fervor de que se hallaban poseidos, les hacia insensibles á las fatigas del cuerpo.

El jóven fraile sometió al maestro los estatutos de la órden que iba á ser fundada: cuestionaron su utilidad, el número de los que habian de entrar en la misma; y los dos novios, que todo lo oian, sacaron, de su plática, esa justa y verdadera conclusion en la que la religion cristiana se ha, por decirlo así, condensado:

Amaos los unos á los otros.

---

(1) Cartas de San Juan de Avila á San Juan de Dios, su discípulo.

(2) San Juan de Dios, dedicó sesenta años de su vida á socorrer la humanidad doliente. El y sus discípulos descubrieron la mayor parte de los específicos que hoy dia se usan para el tratamiento de las enfermedades que curaban. Antes de morir San Juan, dotó la España con mas de sesenta hospitales servidos por los religiosos de su órden. Por qué todos los frailes no han conquistado como los hermanos hospitalarios, las bendiciones del pueblo?

Hé ahí como fué fundada la órden famosa de los hospitalarios de San Juan.

Aquel jóven fraile no era otro que ese gran predicador, conocido luego bajo el nombre de San Juan de Dios.

Roma obró esta vez con justicia al adjudicarle la corona de los santos, que desde mucho tiempo le habia dado la España.

Las campanas de Sevilla dieron el *Angelus*.

Dolores y su novio unieron sus relaciones á las de ambos monges.

El dia brillaba.

—Hijos mios, les dijo el apóstol; ha llegado ya la hora de despediros. Esta mañana conduciré esta jóven á un convento para que aguarde en él la voluntad del cielo. En cuanto á vos, caballero, ya conoceis mi morada: os repetiré lo que ya dije á la que será vuestra esposa: «Siempre está abierta para cuantos lloran.»

Dolores fijó en el cielo una mirada llena de resignacion y desconsuelo.

Estéban guardó silencio; mas en la palidez de su semblante retratábanse las luchas de su alma.

Estrechó con fuerza la mano de su novia, tendió la otra al apóstol que les miraba con ternura, y salió de la estancia pronunciando estas frases:

—Valor! valor!

Por las mejillas de Dolores corrió una lágrima.

Su amante y el franciscano la dejaron sola.

Pasados algunos minutos, el monge volvia á la estan-

cia: se habia calzado sus sandalias, y su mano derecha se apoyaba en un baston de haya.

Dolores permanecia arrodillada ante la imágen del Salvador.

Al acercarse el monge, la jóven volvió la cabeza, y viendo que estaba ya dispuesto á dejar su casa, se levantó con presteza, y ahogando un suspiro, esclamó!

—Padre mio, estoy pronta á seguiros.

CAPÍTULO VIII.

Manofina.

Mientras que la hija del Gobernador permanece bajo la guarda del franciscano, volvamos á Manofina que dejamos bajo la impresion de ideas y sentimientos que no habia esperimentado en su vida.

El chulo y su compañera se dirigieron lentamente hácia la casa donde se reunia la Garduña.

Durante aquel camino los dos jóvenes guardaron silencio.

Manofina de cuando en cuando estrechaba con ardor el brazo de la sirena, como si en este mudo apreton quisiese firmarse en la resolucion que ya habia tomado.

Llegaron, por fin, á las ruinas que servian de morada al Señor Mandamiento.

El interior del salon, que estaba casi desierto, se hallaba débilmente alumbrado. Ninguno de los cofrades habia aun vuelto de sus espediciones nocturnas.

Mandamiento, sentado en el fracmento de una columna truncada, contaba lleno de avidez un puñado de doblones.

Aquí y allí veíanse cinco ó seis coberteras, que tendidas sobre un delantal que hacia las veces del jergon, dormian profundamente.

Al oir el ruido que al entrar hicierom ambos jóvenes, el maestre irguió su cabeza, y viendo al guapo, dijo con alegría:

—Ola! eres tú Manofina? tú fuiste siempre el primero en despachar los negocios. Y D. Estéban de Vargas?

—Bueno; tan bueno como vos y yo, respondió el chulo con voz sombría.

—Por Santiago! esclamó el Señor Mandamiento: acaso los hechiceros han encantado la hoja de tu puñal en su vaina? acaso don Estéban posee un talisman que le defiende de tu acero?

—Ni lo uno ni lo otro, maese. He venido aquí para deciros que este oficio me cansa y que salgo de la cofradía. Hé aquí el dinero que me dísteis.

Y al pronunciar estas frases, el jóven echó una bolsa á los piés de Mandamiento.

—Rayos del cielo! gritó el maestre; hablas tú, Manofina, ó eres el diablo que tomó tu forma y quiere jugarme una trastada?

—Soy yo; Manofina en carne y hueso, replicó el chulo; soy yo, que vengo á despedirme de vos y á daros las gracias por la especial atencion con que me honrasteis.

Mandamiento frunció el entrecejo y se volvió hácia la

sirena, que con los ojos bajos y en actitud humilde, permanecia trás de su novio.

—Y tú, Culebrina, esclamó sorprendido; quieres tambien renunciar á las gangas del oficio y seguir á este loco que no tendrá pan que ofrecerte sino es la gazofia de los frailes? (1).

—Sí, renuncio á ellas; contestó la jóven acercándose á su novio.

—Pero estais locos! balbuceó el maestre.

El chulo guardó silencio.

Mandamiento dejó su asiento de piedra y comenzó á dar grandes pasos en la estancia, murmurando frases no inteligibles.

Era la hora en que comunmente volvian los bandidos.

Todos acudian allí para dar cuenta de su mision respectiva.

La estancia se iba llenando poco á poco; y el maestre, que continuaba absorto, no miraba ni preguntaba á nadie.

Por fin la sala se llenó de bandidos.

No faltaban mas que algunos chivatos; los cuales, como se sabe, carecian de importancia.

Reunidas ya las notabilidades de la órden, y observan-

---

(1) La gazofia de los frailes, era una sopa que distribuian los conventos á los infinitos mendigos, que, gracias al fanatismo y á la crueldad de la inquisicion, llenaban la península. La frase *gazofia* ó *melopia*, es una corrupcion de *mezelopia* la cual se deriva del verbo *mezclar*. En el capítulo diez y seis se encontrarán detalles acerca esta limosna de los frailes.

do que Mandamiento continuaba absorto en sus ideas sin que pensase en los miembros de la honrada cofradía, Cuerpo de Hierro se acercó al gefe, y tirando de la manga de su camisa:

—Maese, le dijo: los muchachos cumplieron ya con lo ordenado.

—No todos; replicó Mandamiento, echando una sombría ojeada á Manofina, que con la sirena, permanecia un tanto alejado.

Todas las miradas se clavaron en el apóstata.

Este no bajó sus ojos y mirando á sus antiguos compañeros con aire frio y tranquilo, continuó silencioso.

—Qué estais diciendo? preguntaron á coro los bandidos; y es esto posible?

—Sí, replicó Mandamiento, con voz que á un mismo tiempo era ridícula y solemne: uno de nuestros hermanos ha faltado á mis órdenes; la cofradía pierde con un solo golpe, dos de sus mas fuertes sostenes y esta defeccion nos va á traer muchas desgracias.

Los bandidos parecian estátuas.

—Sí, continuó el maestre, indicando con el gesto á Manofina y á su compañera, que seguian perfectamente tranquilos; la órden pierde dos de sus mejores ornamentos; pero no es esto lo sensible: pierde mas, pierde su reputacion; pierde, en fin, un nombre que adquirió sin mancha en sus largos y peligrosos servicios (1); en lo sucesivo en

(1) Dificilmente nuestros lectores se pueden formar una idea

el reino de Andalucía se nos tendrá por miserables que aceptan el dinero para oscurecer y que sin embargo no oscurecen; se nos comparará á los alguaciles que están á sueldo para detener á los ladrones, y no detienen mas que á la gente buena y se nos comparará, en fin, á esos frailes que se hacen pagar diez veces lo que vale una misa y sin embargo no celebran sino media. Que dirán de nosotros los grandes caballeros? que dirán las altas damas? qué dirá, sobre todo, el clero que forma la parte principal de la clientela? Qué dirán los dominicos que llenan de doblones nuestros cofres? No comprendeis, hermanos, continuó el gefe de los bandidos que se animaba con el calor de sus propias frases, no comprendeis la rabia con que vá á entrar el gran inquisidor en cuanto sepa que no se ha oscurecido al hombre que tuvo á bien indicarnos? En verdad que el señor arzobispo nos tratará con justicia de cobardes y ladrones, y que perderemos tambien el valimiento de don Pedro Peladeras Martinez y Cabrera por otro nombre el Colmilludo, protector de nuestra órden y de grande influjo en la córte (1). Oh Manofina! Manofina! piensa en lo

---

del fanatismo con que el bandolerismo español cumplia sus promesas. Los bandidos creian faltar á las leyes de honor si luego de recibir el dinero para cometer un homicidio faltaban á su promesa. Tenian por decirlo así la honradez del crímen; tal era la lealtad de aquel pueblo desnaturalizado por un mal sistema político, envilecido por las exijencias de Roma y degradado por la crueldad del Santo-Oficio.

(1) En aquella época habia en la córte un empleo cuyas fun-

que haces; vuelve en tí mismo y repara tu flaqueza.

La reunion habia oido aquel estraño discurso en un silencio y sorpresa indescriptibles

Cuando Mandamiento hubo concluido, algunos fuelles se acercaron á Manofina y le dijeron:

—Tú no nos abandonarás hermano; esto no es posible, no es cierto?

—Os equivocais, replicó el chulo con voz firme; yo cumplo lo que digo.

Por otra parte dos de las coberteras mas viejas y repugnantes, se habian acercado á la sirena y con melosas frases y lisonjas envenenadas trataban de empujarla hácia la senda emprendida.

—Es inutil, contestaba; lo dicho dicho.

—Manofina es un traidor, esclamó un chulo que el dia antes habia sido elevado á la categoría de guapo.

—Manofina no es un traidor porque ha devuelto el dinero que habia recibido; pero declara tambien que no ha cumplido su promesa, que el oficio le disgusta y que renuncia á sus privilegios y títulos.

Manofina hablaba en voz perfectamente tranquila y no era ya aquel hombre turbulento, ávido de horribles y pe-

---

ciones se parecian mucho á las del bufon antiguo. El autor se refiere al que desempeñaba entonces aquel cargo. Los sevillanos pretenden que este se llamaba Colmilludo y que era el jefe de Garduña; así, cuando tratan de exajerar la habilidad ó estratagemas de un bandido esclaman: *Es mas malo el ladron que el Colmilludo.*

ligrosos sucesos; era un hombre de corazon fuerte y animoso, convertido por las frases del apóstol, amando siempre el riesgo pero no sin fin ni objeto; su belicoso ardor se dirigia entonces contra los opresores de los débiles y contra los esbirros del Santo-Oficio.

—Llevadle á la boca del lobo (1), gritó el recien-graduado.

—Hermano, replicó severamente el maestro; la cofradía de la Garduña nunca ha llevado á la boca del lobo ninguno de sus hijos; ni aun los mas culpables. Si son débiles ó torpes, los degrada y los despide: si son traidores los oscurece; pero jamás encarga á Mateo (2) que les vengue.

—Señor maestre, interrumpió Manofina; decís que la cofradía no denuncia á sus hijos y que de consiguiente estos no la dan nunca traicion. Pues bien; yo os juro por mi parte que nunca se sabrá nada de cuanto aquí ha sucedido.

—Hijo mio, replicó enternecido el maestre; por qué quieres dejarnos? te agravió alguien? Vaya, puedes aun reparar tu falta.

—Es inútil, respondió Manofina.

—Sabes, replicó Mandamiento, que se puede castigar al que nos ha sido infiel?

—Sé que podeis degradarme; hacedlo y concluyamos.

---

(1) La justicia.

(2) El verdugo.

—Tambien sabes que tenemos derecho á oscurecer nuestros hermanos, observó el maestre.

—Es cierto, pero cuando son traidores; y yo no fuí traidor nunca.

—Pero en fin...

—Pero en fin, quereis decir que se puede temer que lo sea, no es cierto? pues bien: el que quiere oscurecerme que venga muy prevenido porque no luchará con un manco; mi puñal no se venderá jamás por dinero; pero á fé mia que está dispuesto á vender cara mi existencia.

Este desafío hirió el amor propio de algunos chulos que llevaron su mano á los puñales.

La sirena que observó aquel movimiento, empuñó instintivamente su navaja.

El guapo, que ya anteriormente habia casi insultado á Manofina, dijo á éste con voz baja y con sarcasmo:

—En verdad, compadre, que eres muy cobarde. Manofina sonrió con desdén.

—Qué estais murmurando? no sabeis que en nuestras juntas solemnes, no se puede hablar en voz baja? dijo el maestre.

—Decia á Manofina, observó el chulo, que es una lástima que se vuelva tan cobarde, pues no dudo que el miedo no le ha permitido cumplir con su deber.

El chulo no habia aun pronunciado estas frases cuando rodó á los piés de Mandamiento, víctima de un tremendo bofeton que le aplicó Manofina.

Este vió brillar sobre sí mas de veinte puñales.

Pero no se desconcertó lo mas mínimo: arrolló su capa al brazo izquierdo, cogió el puñal con la mano derecha y tomando la actitud de un atleta, esperó con firmeza á que los bandidos le atacasen.

La sirena arrolló su mantilla tambien al brazo izquierdo y se colocó de cierta manera para que su puñal defendiese al chulo por la espalda.

Nadie se atrevió á dar un paso.

—A qué tanto ruido? preguntó Manofina.

—Vaya, gritó Culebrina, chispeando de cólera sus ojos: venid hácia nosotros y vereis si olvidamos ya los *bautizos*.

Mandamiento continuó impasible.

El chulo entonces se levantó furioso como un chacal que se siente herido, y embistió á Manofina; pero con gran sentimiento de los bandidos volvió á caer en el suelo. Manofina le habia dado un vigoroso puntapié que le hizo perder su equilibrio.

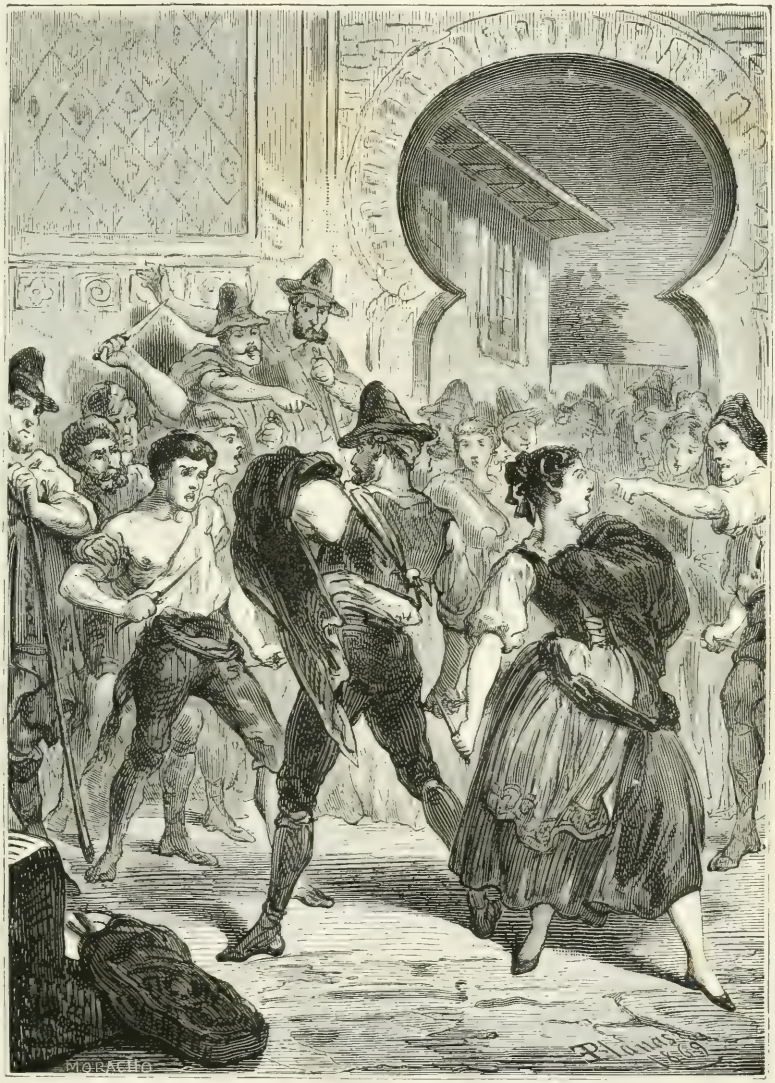
Los otros miembros de la Garduña continuaron inmóviles.

—Sois unos cobardes! dijo Manofina; creeis que oscurezca este pollo que tiene mas ardor que esperiencia.

—Manofina, dijo entonces el maestre, este pollo conforme tú le llamas, tiene derecho á una satisfaccion y tú eres demasiado valiente para que intentes negársela.

—Se la daré con mucho gusto pero ha de ser cara á cara.

—Nó, gritaron los demás bandidos, te ayudaria tu novia.



Vaya, gritó Culebrina, chispeando de cólera sus ojos.

—La culebrina hará cuanto yo quiera; no tomará parte en la lucha; haced cual ella y dejadme solo con el que ha querido insultarme.

—Haya paz! haya paz, hijos mios, y que los puñales vuelvan á sus vainas. Y vos, señor Garabatillo, continuó dirigiéndose á un muchacho que le servia de paje, id á poneros de acecho y haced la rana cuando asome el humo (1).

El jóven partió.

Entretanto se improvisaba un gran círculo de hombres y mujeres en medio del cual se colocaron el chulo y Manofina, armados con sus cuchillos de Albacete.

Pero antes de comenzar la lucha, los dos adversarios confrontaron sus armas para ver si eran exactamente iguales.

Y este es un hecho que rechaza victoriosamente el calificativo de traidores que se ha dado por algunos estrangeros á los españoles: la clase baja, la hez del pueblo, formada por los rateros, los ladrones, los licenciados de presidio y otros de igual calaña, usan en esta especie de

---

(1) Humo que quiere decir alguacil ó cualquier otro agente de la justicia. Los bandidos y los que como ellos carecian de casa y de hogar, viviendo en el merodeo y la rapiña, andaban siempre con jóvenes adeptos que acechaban, en tanto que ellos llevaban á buen término su *empresa*. Estos jóvenes que eran muy diestros en imitar el cri-crí del grillo, el ladrar del perro, el maullar del gato y el cantar de la rana, avisaban con uno de sus gritos el riesgo que sus compañeros corrian.

combates, de una lealtad caballeresca que no se podria esperar en séres tan abyectos.

No existe el ejemplo de que un baratero (1) haya herido á su adversario si este ha dicho que no podia ó no queria batirse.

Si uno de los combatientes no trae capa ó manta, el otro deja la suya y lucha con él brazo á brazo.

Esta hidalguía es tanto mas notable cuanto la gente del pueblo bajo se desafía muchas veces por causas de poca monta, unos cuantos maravedises son lo bastante para que se derrame la sangre (2).

---

(1) Los barateros son ciertos hombres que sin otro patrimonio que una grasienta baraja recorren las férias, los mercados y los alrededores de los presidios prestando sus cartas, ó mejor dicho, imponiéndolas á los que intentan jugar. Los barateros son tan celosos unos de otros que con frecuencia resuelven con un duelo el que prestará sus naipes. La frase de baratero viene de barato ó sea de los maravedís que hacen pagar á los jugadores so pena de sostener un duelo con ellos.

(2) Cierto dia un duelista encontró á su enemigo dormido al pié de un árbol; en vez de matarle, le despertó y le ofreció con galantería el combate que el otro aceptó con no menos cortesia. Terminado el duelo, el que se sentia con menos heridas ayudó al otro para que llegase á un cuerpo de guardia sosteniéndolo como un amigo tierno y benévolo. En el cuerpo de guardia, se entregaron al jefe de la fuerza.

El uno fué enviado al hospital y el otro á la enfermería de la cárcel, pues ya se sabe que la ley prohibe el desafío á navaja, que es el mas peligroso de todos.

Uno de esos hombres sucumbió á sus heridas; el otro fué ahorcado. Este prefirió entregarse á la justicia antes que abandonar á

Las armas de ambos chulos eran de una longitud completamente igual.

Concluido este exámen, los combatientes envolvieron su capa al rededor del brazo izquierdo y se colocaron en guardia.

Así colocados esperaron á que se diese la señal.

El rival de Manofina impaciente como un gallo que fia en sus espolones, dijo:

—Vaya, ande V., qué aguarda?

Entonces aquellos dos hombres se embistieron encorvándose, levantándose, retrocediendo como culebras; saltando hácia atrás, para saltar de nuevo hácia adelante, y haciendo toda clase de rápidos é imprevistos movimientos que no llevaban mas objeto que deslumbrar á su adversario á fin de que este equivocara sus golpes.

Manofina que tenia una serenidad incontestable y un gran caudal de esperiencia, llevaba mucha ventaja á su enemigo.

El otro guapo aturdido por su misma cólera, estraordinariamente irritado porque luchaba con una sombra que

---

un moribundo adversario en despoblado: esto para él era un caso de conciencia. De otro modo se hubiera deshonrado ante los ojos de los barateros y majas y ante los ojos de toda la gente que arrastraba su existencia entre el merodeo y la rapiña.

Este abandono se hubiera considerado como una debilidad mas infame que el hierro del verdugo y el grillete del presidario. El ir al patíbulo no era tan grave como abandonar á uno que se habia batido en duelo noblemente.

se escapaba de sus manos, se enroscaba lleno de desesperacion, en torno á Manofina, olvidando por el ataque su defensa y ofreciendo á cada instante su pecho en descubierto.

La Culebrina seguia con la mirada chispeante y el corazon embargado aquella estraordinaria lucha, que tenia en suspenso á todo el mundo.

Muchos de los circunstantes interiormente oraban por el mas jóven de los chulos al que veian ya muerto.

El maestre callaba; en su rostro no se observaba lo mas mínimo.

El mas jóven de los combatientes, rendido á su cansancio, se esforzaba por continuar una lucha en que no debia llevar la mejor parte.

El cuchillo de Manofina habia rozado mas de veinte veces su pecho; pero el bandido que no queria matarle, eligió un instante en que su adversario se arrojó sobre él con la mano en actitud horizontal y con el cuchillo dirigido hácia el corazon mismo, y levantando bruscamente el brazo izquierdo y dándole un golpe inesperado y violento, hizo saltar el cuchillo del guapo que cayó á los piés de Mandamiento.

—Bravo! bravo! gritaron los bandidos; tú, Manofina, eres aun digno de vivir entre nosotros.

—Gracias, señores, vuestra aprobacion me basta, contestó el novio de la sirena.

—Eres todo un valiente Manofina, esclamó el vencido tendiéndole con hidalguía su mano.

Manofina se la estrechó cordialmente.

Luego, avanzando hácia Mandamiento, le dijo:

—Vaya, concluyamos la ceremonia y haced que sea libre.

Mandamiento comprendió que cualquiera tentativa para que su resolucion cambiara, seria completamente inútil. Así es que sacando su puñal colocó su punta en el suelo y doblándola con fuerza la rompió y dió sus pedazos á Manofina que, al mismo tiempo, daba al maestre el puñal suyo.

Con tal cambio, el chulo quedaba degradado y era indigno de participar en las hazañas de la Garduña y de contribuir á su gloria.

El señor Mandamiento cogió el guapo de la mano y enseguida le llevó ante la imágen de una Vírgen y donde Manofina se arrodilló pronunciando la fórmula siguiente:

—Juro, por los dolores de nuestra Santa Vírgen y por la sangre de nuestro Señor Jesucristo, vertida por nosotros, que nunca haré traicion á la cofradía de la Garduña ni á ninguno de los hermanos de la órden; que nunca formaré parte de los tribunales de justicia en perjuicio de los hermanos garduños, y que no sacaré mi puñal en contra de ellos sino es por legítima defensa. Invoco á Dios para que vea la sinceridad de este voto y para que me lo demande.

—Amen! respondieron á coro los presentes que se habian arrodillado tras el chulo.

Concluida esta ridícula ceremonia, Manofina cogió el brazo de su sirena y lanzando una mirada de despedida á

sus antiguos compañeros, salió de aquel centro para no entrar nunca mas.

—Hermanos, dijo el señor Mandamiento luego que hubo desaparecido el chulo; celebraremos una novena á la Vírgen de los Dolores á fin de que se digne enviarnos un buen sucesor del pobre y estraviado muchacho que acaba de dejarnos.

CAPÍTULO IX.

El favorito del inquisidor.

Era el siguiente dia de aquel en que los frailes habian celebrado su orgía.

Podian ser las diez de la mañana y el inquisidor acababa de levantarse.

Su rostro llevaba aun las huellas de los escesos de la noche precedente y de ese intempestivo sueño que usa y gasta las fuerzas en vez de repararlas.

Arbués no estaba pálido sino lívido.

A la escitacion nerviosa causada por la intemperancia, uníanse las agitaciones de una pasion contrariada y una sorda cólera contra los agentes de sus crímenes.

El que mas principalmente avivaba su coraje era Enriquez; la salvage pasion que le inspiraba Dolores, se iba exaltando con los obstáculos que habian echado por tierra sus proyectos.

En su rostro de color bilioso, aparecian algunas manchas violáceas; sus grandes ojos luminosos, profundos y de un azul sombrío, parecian los de un tigre, y su rostro de águila violentamente contrariado, revestia una ferocidad espantosa.

El inquisidor se acercó á un brasero (1) que ardia en medio de la estancia y acercó á él sus arrugadas manos. Sentia frio: la violencia de sus sensaciones, concentraba á su cerebro todo el calor de su vida.

—Dolores! murmuró en voz baja, Dolores!

Su imaginacion exaltada, reproducia, como un espejo mágico, la sobrenatural belleza de la jóven.

Pedro de Arbués dió un salto sobre su silla y sus dientes rechinaron como en un acceso de frenesí indomable.

—Oh! cuán bella estaba, continuó Pedro de Arbués irresistiblemente perseguido por la imágen de la niña; cuán bella estaba en su miedo! si yo la hubiese tenido en mi casa... si hubiese estado aquí en mi poder sin miedo á su cólera y sus gritos!... y sin embargo á no ser por la debilidad de Enriquez!...

Arbués dió unos pasos en la estancia y luego dijo continuando en su monólogo:

—Pero Enriquez es un esclavo que no sabe mas que adular; pertenece á esa maldita raza que besa el polvo de

---

(1) La chimenea francesa y la estufa de las naciones del norte, no fueron introducidas en España, sino despues de la guerra de la independencia.

nuestras sandalias y que cuando se trata de servirnos retrocede ante el peligro. Pero qué, continuó el filósofo inquisidor irguiendo orgullosamente la cabeza: no soy aquí el amo? no puedo alcanzar por la fuerza lo que no alcancé por la astucia? Ola! gritó acercándose á la puerta forrada en seda que le separaba de un cuarto donde se veian algunos familiares que estaban de servicio; llamad á mi secretario.

El secretario entró.

Era un noble jóven y de familia pobre que para evitar la persecucion y la miseria servia á Su Eminencia.

A la inquisicion la servia todo el mundo.

—Don Felipe, dijo Arbués, creo que esta noche se ha arrestado al gobernador de Sevilla: se le llevó á las cárceles del Santo-Oficio?

Don Felipe se inclinó y dijo:

—Monseñor, se ejecutaron ya las órdenes de Vuestra Eminencia.

Los ojos del inquisidor brillaron con un goce sombrío.

—Mandad que se me envie á José, dijo Arbués.

El secretario salió.

El inquisidor se paseó en el cuarto á grandes pasos.

—Al menos, dijo, me vengaré en ella; fuera de que, prosiguió Arbués, continuando en su monólogo, espero que esos malditos gitanos á los que he dado mi proteccion habrán cumplido mejor que los familiares. Ordinariamente los mozos de la Garduña aseguran bien sus golpes. Es-

téban ya no existe y cuando menos habré quitado á Dolores este rival odioso.

En tanto que así hablaba, el pálido rostro de José asomó en el hueco de la puerta.

Al verle, la fisonomía del inquisidor se endulzó notablemente.

—Entra José, le dijo; tu presencia me fué siempre querida.

El novicio era en efecto, uno de esos séres indispensables á los grandes poderosos y á los que se conoce bajo el nombre de favoritos: instrumentos del bien ó del mal conforme á la bondad ó perversidad de su alma; séres débiles que reinan por su complacencia y dulzura y á los que sin embargo no resiste nada; influencias misteriosas, fatales como el destino, génios familiares que inspiran al Señor las buenas ó malas acciones y que parecen obrar por la virtud de un talisman encantado, pues el dia en que ese talisman se les escapa, caen por sí mismos arrastrados por ese incontrastable poder que les abate del mismo modo que les elevó en otro tiempo.

—Monseñor no durmió bien esta noche? preguntó el favorito con voz dulce.

—En efecto, José, he dormido muy mal; he pasado la noche cruel y fatigosa.

—Tambien, monseñor, hay en palacio un hombre que ha dormido muy mal y que se encuentra herido en su cuerpo y en su alma por servir á Su Eminencia.

Los ojos del inquisidor brillaron de coraje.

José no se desconcertó lo mas mínimo. Así es que prosiguió:

—Le faltó muy poco, monseñor, para que este hombre perdiera su existencia en servicio vuestro. Cuando se acercó á vos, con el cuerpo lleno de heridas, Vuestra Eminencia le echó como si se tratara de una bestia y luego se ha resistido á oirle.

—Sabes, José, replicó el inquisidor, que si alguien mas que tú se atreviese á interceder por Enriquez...

—Vuestra Eminencia le escucharia como me escucha á mí, prosiguió sin inmutarse el favorito; pues Vuestra Eminencia antes que todo es justo y en este instante siente remordimientos por haber usado tanta crueldad con el pobre Enriquez.

—Un traidor! un miserable! balbuceó Pedro de Arbués.

—Decid mas bien un criado que está dispuesto á verter su sangre por Vuestra Eminencia; un servidor fiel y valiente del cual necesitais en gran manera. Y si no, veamos: á quien vais á nombrar gobernador de Sevilla?

—Por las barbas de mi abuela! te estás burlando, amigo mio; ignoro cual de los dos es mas loco: si tú que me hablas de semejante absurdo ó yo que te estoy escuchando.

—Pues yo, monseñor, dijo el novicio, yo os probaré que los dos somos muy cuerdos.

—No dejará de ser curioso.

—Nada tan fácil, monseñor. Acabais de quitar á la ciudad de Sevilla su muy honrado é ilustre gobernador el conde Manuel de Argoso. Así pues, la ciudad se encuentra

sin gobierno y Vuestra Eminencia sin un auxiliar, y en este tiempo de heregías, un auxiliar es un elemento del cual no puede prescindir Vuestra Eminencia.

—Y qué es lo que de aquí deduces? preguntó el inquisidor que escuchaba con cierto buen humor al novicio.

—Deduzco, monseñor, que el primer auxiliar del gran inquisidor es el gobernador de la ciudad, y que es muy conveniente que el tal gobernador sea hechura de Vuestra Eminencia. Y si realmente es así, dónde hallareis un hombre mas celoso que el desdichado Enriquez, el cual, por el simple robo de una doncella, sufrió como dirian los gitanos, dos ó tres *bautismos* y un *baño* el mas completo?

Pedro de Arbués sonrió ligeramente; la influencia del favorito calmaba la fiebre que estaba encendiendo su sangre.

—Enriquez gobernador de Sevilla! esclamó soltando una gran carcajada; ignoras, tal vez, que es el Zopenco mas grande que en el mundo existe?

—Pues ahí está el quid, replicó José con la mayor sangre fria, de este modo Vuestra Eminencia hará de él lo que le cuadre.

Una segunda carcajada que no indicaba sentimiento alguno; una verdadera carcajada de inquisidor, fué la única contestacion que Pedro Arbués dió á su novicio.

Pero éste continuó insistiendo bien como insiste un niño al cual no se le niega nada.

—Monseñor, dijo, llamaré al pobre Enriquez para que se justifique y vuelva á solicitar vuestra gracia.

—Te parece que al fin se ha arrepentido?

—Siente la contricion mas profunda.

—Enhorabuena, dijo el inquisidor; el hombre que ha recibido tres ó cuatro bautismos y que al fin y al cabo se arrepiente, merece que efectivamente se le absuelva. Llama pues á Enriquez.

El novicio besó la mano de Arbués con un celo verdaderamente febril; cualquiera al ver su cabeza sobre la mano del gran inquisidor, hubiese dicho á juzgar por la feroz espresion de sus facciones—que el favorito, en vez de besar hipócritamente aquella mano, la destrozaba con sus dientes.

El novicio salió.

—La idea de este muchacho, se dijo el inquisidor, no es al fin tan mala. Siendo Enriquez gobernador de Sevilla, ocupando este puesto por mí y sostenido únicamente por mí, se convertirá en dócil instrumento de mi voluntad ó capricho. Sí: José discurre bien; en verdad que es un muchacho muy listo.

Al concluir estas frases, el favorito y Enriquez entraron en la estancia.

El familiar estaba aun muy pálido; su cabeza y su brazo continuaban vendados, y la hipocresía que formaba el distintivo principal de su carácter, daba á su flaco y triste rostro el aire del hombre que sufre y se siente enfermo.

Al verle, la frente del inquisidor se oscureció de nuevo.

Aquel desgraciado hincó una rodilla y haciendo un gesto solicitó el favor de besar la mano á Su Eminencia.

Pedro de Arbués miró á su favorito.

—Vaya, dijo éste, con una de sus miradas; sed indulgente.

—Os perdono Enriquez, dijo el gran inquisidor; dad de ello las gracias á nuestro hermano José que ha influido en vuestro obsequio mejor de lo que pudiese hacer un abogado, y contadme, en sus detalles, la espedicion en que fuisteis herido.

Enriquez no se hizo rogar mucho, y contó á Su Eminencia todo lo que ya sabemos acerca el robo de Dolores, atribuyéndose la honra de todos los golpes dados y recibidos en tan funesta empresa.

Al fin y al cabo usurpaba lo que ya pertenecia á difuntos y, mas que un robo, esta usurpacion constituia una herencia.

Luego que hubo concluido, el inquisidor ya mas suave, ó mejor dicho, completamente resuelto á protejerle, dijo con dulzura:

—Yo te considero como un hombre estraordinariamente fiel, Enriquez; y aun que no hayas llevado á buen término la empresa, me lisongeo de que en lo sucesivo tus esfuerzos y tu diligencia por servir á Dios, nos indemnizarán de esta desgracia; y á fin de probarte que yo no te guardo rencor y que léjos de ello te considero como el servidor mas celoso, voy á escribir al rey para que te nombre gobernador de Sevilla.

—Murió el conde de Argoso? preguntó Enriquez lleno de sospresa y de alegria.

—Lo mismo dá, balbuceó José, toda vez que se encuentra en las cárceles del Santo Oficio.

En aquel instante un criado apareció en el dintel de la puerta, y dijo:

—Monseñor, aquí está el señor Mandamiento que desea hablar con Vuestra Eminencia.

—Viene á participarme que ha muerto Estéban, dijo el inquisidor entre dientes.

Y luego añadió en voz alta y con cierta ironía.

—Haced que entre el maestre de la Garduña.

Mandamiento fué introducido en la estancia.

El bandido se colocó frente á frente de Arbués con la cabeza cubierta.

Aquel hombre se habia formado tan gran concepto de su poder, que trataba al inquisidor como de potencia á potencia.

Enriquez le hizo señas para que se descubriese; pero Mandamiento contestó á ellas con una mirada de desprecio.

El inquisidor sonrió, y volviéndose hácia el jefe de la Garduña, dijo:

—Y bien, supongo que todo habrá ya concluido.

—No: todo se encuentra como antes.

—Cómo! es decir que D. Estéban de Vargas...

—D. Estéban de Vargas corre por estos mundos de Dios, sin que nadie haya tocado un pelo de su cabeza. Por la primera vez, desde que existe la Garduña, prosiguió con tristeza Mandamiento, he tenido que luchar con un trai-

dor y este traidor lo es cabalmente uno de los mozos mas valientes con que la sociedad se honraba.

—Ira de Dios! gritó el inquisidor, dando una patada en el suelo; todo el mundo me ha hecho traicion en esta empresa. Cómo se llama el traidor?

—Juré que no lo diria á nadie y esto no importa mucho á Vuestra Reverencia. Tan solo he venido aquí para devolver la suma que se habia entregado al que debia oscurecer á D. Estéban.

Y con la probidad mas escrupulosa, el bandido dejó sobre la mesa las monedas de oro que se habian recibido para asesinar al mancebo.

—Y no hay nadie entre los gitanos que se quiera encargar de este negocio? preguntó el inquisidor.

—Oh! los valientes y fieles abundan mucho entre nosotros, y me atrevo á asegurar que en lo sucesivo podremos complacer á Su Eminencia; mas hoy por hoy, necesitamos un plazo, toda vez que hemos perdido las huellas de D. Estéban

—Te concedo este plazo con tal de que prometas que Vargas caerá en tus manos. Vuelve á coger tu oro, Mandamiento; recíbelo á cuenta, pues cuantas mas dificultades ofrezca este negocio, mayor será tambien la recompensa.

—Enhorabuena, esclamó el bandido volviendo á coger su oro; yo os prometo, monseñor, que de aquí á ocho dias don Estéban habrá recibido un bautismo como de mano maestra.

—Amen! esclamó el novicio que abandonó la estancia con aire indiferente.

—No debes saber, Mandamiento, preguntó Arbués, donde se ha refugiado la hija del gobernador de Sevilla?

—Vuestra Reverencia no me encargó su guarda, replicó el gitano.

—Hé ahí la respuesta que dió Cain al Señor, observó Enriquez.

A José se toleraba lo que no se permitia al familiar. Así es que el inquisidor frunció el entrecejo. Su alma estaba demasiado preocupada y de consiguiente no se podia fijar en las graciosidades de Enriquez.

—Si tú llegas á cojer esta niña, prosiguió el inquisidor dirigiéndose á Mandamiento, te daré mas oro del que necesitas.

—La he de traer sana y salva? preguntó con frialdad el bandido.

—Tan sana y salva que no la ha de caer un pelo de su cabeza y se la debe tratar sin que le causeis miedo alguno. No teneis mujeres que se dedican á esta clase de negocios? Averiguad donde la jóven se encuentra; no desconfiará de una mujer; emplead con ella la astucia y no os faltarán medios con que lograr vuestro objeto.

—Lástima que hayamos perdido la sirena! balbuceó Mandamiento; era mujer lista y de grandísimos recursos.

Y luego añadió en voz alta.

—Monseñor, se hará lo necesario para complacer á Su

Eminencia; pero no me comprometo á nada; esto es mas difícil de lo que realmente parece.

—Yo, monseñor, dijo Enriquez en voz baja, yo os prometo encontrarla; no he de ser gobernador de Sevilla?

Arbués despidió á Mandamiento.

Este salió de la estancia con paso firme y tranquilo. Mandamiento se habia formado una grande idea de sí mismo y esta preocupacion exaltada por una existencia singularmente escéntrica, daba á sus movimientos y gestos algo de solemne y salvaje.

Luego que hubo salido, el inquisidor se encogió de hombros.

—Tenerse uno que relacionar con esta clase de gente! murmuró; y por qué? porque los soldados de Cristo me han faltado. Acaso si los familiares se hubiesen mostrado celosos necesitaríamos de estos gitanos?

—Monseñor, si estos gitanos no nos sirvieran, observó Enriquez, casi es seguro que nos harian la guerra.

—Esto es muy cierto, respondió Arbués.

Reconquistada ya su gracia, el familiar siguió hablando con su jefe.

Ignoramos cual fué su plática; mas á no dudarlo, al oir sus cínicas é impías confidencias, el infierno se debió estremecer de alegria; y si Dios no se indignó por mezclársele en el asunto, fué porque su bondad es infinita y sufre los malos de la tierra no para purificar á los buenos, conforme se ha dicho, sino porque es padre, y un padre siempre es indulgente aun para sus hijos mas malos.

No bien el señor Mandamiento llegó á la calle, cuando sintió que álguien tocaba su espalda.

Volvióse el gitano, y reconoció enseguida al favorito de Arbués.

—Su Reverencia olvidó algo? preguntó Mandamiento.

—Su Reverencia olvidó decirte que *yo no quiero* que don Estéban muera, replicó el novicio.

—Diablo! será muy difícil que yo recuerde este encargo.

—Por qué?

—Porque monseñor me dió algun dinero á cuenta para oscurecer al mancebo, y porque, fuera de esto no conozco voluntad alguna que pueda contrarestar á Su Eminencia.

—Escepto la mia, dijo con autoridad el novicio. *No quiero* que D. Estéban muera, comprendes, Mandamiento? En cuanto á lo de haber recibido á cuenta algun dinero, tranquilízate; yo lo devolveré á Su Eminencia.

Mandamiento conocia la estraordinaria influencia que con el inquisidor tenia aquel jóven. La firmeza con que hablaba, hizo que el gitano permaneciera indeciso; á quien tenia que complacer: al señor ó al favorito?

Mandamiento reflexionó un instante y luego, volviéndose hácia el jóven que le interrogaba con su penetrante mirada, dijo:

—Suceda lo que suceda, Vuestra Paternidad será fielmente obedecido.

Un cortesano no hubiese obrado con tanta diplomacia.

—Corriente, suceda lo que suceda, acude siempre á mi influjo, replicó el novicio.

Y deslizando una bolsa llena de oro en manos del bandido, el favorito se eclipsó tras la esquina de una calle.

—Vaya! que el regalo es espléndido, murmuró el gitano examinando aquel oro. Nada hay tan bien adquirido como aquello que se nos ha dado. Guardemos, pues, los cuartos, y bendigamos al cielo que siempre favorece á la gente verdaderamente honrada.

Y el bandido se alejó de aquel punto, entonando á media voz una de sus canciones que aun cantan los gitanos.

CAPÍTULO X.

La profesion.

No léjos de Sevilla, y sobre una hermosa colina que el Guadalquivir bañaba, veíase un monasterio de dominicos, vasto y suntuoso edificio levantado en el centro de un oasis cercado por los prestigios de una variada y rica naturaleza, y embellecido en su interior, por todos los caprichos de lo cómodo y lo bello, lo cual hacia mas fácil la abnegacion y mundanal retraimiento que los hijos de Santo Domingo observaban.

Este convento, ó mejor dicho, este palacio, que fué la antigua morada de un príncipe africano, servia de retiro á unos treinta frailes destinados á alimentar las hogueras que el Santo Oficio encendia.

Muchos de estos frailes se habian ya distinguido en el cargo de inquisidores provinciales. Todos se recomendaban por el estraordinario celo con que perseguian la heregía y

Pedro de Arbués queria mucho aquel convento donde iba á descansar de sus *penosas funciones*.

El convento preparaba una magnífica y brillante ceremonia que la presencia del inquisidor habia de hacer mas solemne.

Esta ceremonia se preparaba dos meses despues de la desaparicion de Dolores.

La pasion de Arbués , aunque no completamente estinguida, permitia á su alma algunos instantes de reposo, y los placeres que le proporcionaba su despótico mando, atenuaban, por decirlo así; las decepciones que su corazon sufria.

Fuera de que Dolores no era lo único que preocupaba su existencia.

Su favorito José debia profesar en el convento, y la amistad de Arbués por ese jóven de femenil belleza, ejercia en él, la necesaria influencia para atenuar los efectos de una pasion mas ardiente.

En el dia en que debia profesar el novicio, se observaba en el monasterio grande animacion y movimiento: la iglesia, vastísima rotonda que bajo su decoracion cristiana, conservaba una fisonomía esclusivamente árabe, estaba adornada con flores y guirnaldas.

Nuestra Señora del Rosario, á la que los dominicos profesaban una singular devocion, ostentaba un magnífico trage de fiesta; la seda y el terciopelo envolvian la casta imágen de la humilde madre del mas humilde de los hombres, y la modesta reina de los ángeles, se hallaba cuajada

de perlas y diamantes como si fuese una reina de la tierra.

Las blancas y marmóreas columnas desaparecian bajo un dosel de flores; el altar se hallaba iluminado con mil cirios y la embriaguez de los perfumes, el brillo del damasco, la mitológica y fabulosa elegancia que ostentaban los altares, y la profusion de rosas y claveles con que estaban adornadas las columnas, recordaban el templo de una Vénus, cambiado de pronto en una iglesia católica.

Lo único que le daba carácter y que sustituia á la divinidad pagana, era la imágen de la Vírgen. Verdad es que en un lado de la nave se habia colocado al patrono de los frailes dominicos, que por sus severas facciones y lo sombrío de su frente, contrastaba con el riente y magnífico aspecto que la capilla ofrecia.

A la derecha, en el absida, veíase un sitio cubierto de terciopelo y adornado con un pabellon de lo mismo. Era el puesto donde se debia sentar el gran inquisidor.

Mas abajo, á su derecha, y en un sitial no tan alto, debia tomar asiento el prior del monasterio, el cual, ordinariamente, ocupaba el sitio de preferencia, pero que en aquel dia debia conformarse á las leyes de la monacal gerarquia.

A las nueve de la mañana resonó un magestuoso y solemne canto bajo las bóvedas de la Iglesia, ocupada por muchos convidados, entre los que figuraban algunas damas y personajes de la córte.

Los monges, llevando al frente el guion de la órden, avanzaron con lentitud y en dos filas cantando el *Gloria in excelsis*. Cada fraile llevaba un cirio en la mano.

En sus sombríos rostros y bajo un ascetismo salvaje, se adivinaban las mas terrenales pasiones. Y sin embargo, aquella procesion de frailes, revestidos con los colores dèl sepulcro (el negro y el blanco) que tenia algo de lúgubre, espantaba y helaba la sangre en las venas. El prior con sus hábitos pontificales cerraba la procesion.

Terminados los cantos, los frailes se detuvieron.

El prior, seguido por dos diáconos, se colocó al lado del novicio el cual vestia un rico y magnífico traje de caballero de la época.

Entonces los tres monjes y el profeso se arrodillaron en el centro del absida, y sobre almohadones de rico terciopelo.

José tenia á su lado su padrino.

Arbués ocupó despues el sitial que le habia preparado.

Concluido el Evangelio, llegó el sermon, que consistió en un ampuloso y místico discurso en que se elogiaba la tranquila vida del claustro y que era, por decirlo así, un tejido de oscuras y alambicadas frases, colocadas sin órden ni concierto, sin que dijesen nada á la imaginacion ó al alma y teniendo por fin, el objeto que Roma se habia propuesto.

Matar para dominar.

El auditorio quedó muy satisfecho; pero no obstante la elocuencia del orador, las mugeres dirigieron sus miradas al jóven novicio, llevadas no por un sentimiento de religion y piedad, sino para contemplar su hermoso rostro y magnífico continente.

José estaba muy pálido; pero en sus negros ojos brilla-

ba una pasion estraña, y muchas veces la luz de una sombra alegría iluminaba su semblante.

Concluida la misa, el prior se acercó al novicio y le dijo:

—Para qué venis á la casa de Dios con estas galas?

—Vengo á buscar la salvacion de mi alma, contestó el jóven.

—Se encuentra esta salvacion entre las pompas del mundo?

—Nó; y por eso renuncio á ellas.

—Esto no es bastante; debes renunciar á tu voluntad y á los deseos carnales.

—Hago voto de castidad y obediencia, y mi conducta será humilde y sumisa, dejándome guiar por el camino en que debe salvarse mi alma.

—Levántate, esclamó el prior.

Entonces dos monges guiaron á José tras el altar, donde habia un lugar en que se recibia á los novicios.

Era éste un antro sombrío, alumbrado tan solo por una lámpara sepulcral que colgaba de sus bóvedas; sobre el pavimento, cubierto por una negra alfombra, veíase un féretro que iluminado por cuatro cirios, no parecia sino que aguardaba el instante para que le descendiesen á la tumba.

Sobre la cubierta del féretro, veíase un cráneo colocado entre dos huesos en cruz, mostrando dos hileras de dientes blancos cual el marfil.

Encima y fijada en el suelo, por el asta, se elevaba co-

mo un sinestro estandarte la manga (1) ó cruz de plata que se llevaba en los entierros.

En un estremo del antro y al lado de un reclinatorio adornado con un crucifijo de plomo, veíase una mesa con un tapete negro, donde habia los hábitos que se destinaban al novicio.

En el ángulo opuesto y frente al reclinatorio, veíase una gran placa de metal bruñido que colgaba de la pared, y que reflejaba y multiplicaba aquellos lúgubres objetos.

Este antro se llamaba *Cámara del silencio* (2).

---

(1) La manga es una bandera negra que remata en cruz. En los entierros de los casados y los viudos se adorna con un galon de oro, y con un galon de plata, en el de los solteros y los niños.

(2) La Cámara del silencio, era entre los frailes, lo que entre los masones la Cámara de las meditaciones.

En esta Cámara todo se hallaba calculado para impresionar la imaginacion del neófito, que exaltada por un ayuno casi absoluto, se sentia estraordinariamente inquieta.

He oido contar al padre Antonio, hombre honrado y benévolo y que fué elegido prior en el convento de Gerónimos de Madrid, que hubiese renunciado á esta dignidad si le hubiesen puesto la condicion de permanecer una sola hora en aquel antro.

—Tengo para mí, decia, que se debiera llamar la Caverna del diablo, pues si yo creyese en este último, afirmaria que ví á Satan y sus compañeros, el dia mismo en que se me encerró en aquel antro. Luego de oir las exhortaciones del maestro de los novicios: luego de haber pasado tres dias en ayunas y de haber permanecido media hora en aquella cueva, comprendo la tentacion de San Antonio.

Estas palabras de un fraile demuestran que las ceremonias del culto cristiano, notables por su gravedad y sencillez, fueron sustituidas por una impía y ridícula fantasmagoría que en vez de elevar el alma, alucinaba los sentidos.

En él se dejó solo al novicio.

Entonces se quitó su traje de caballero y vistió el hábito de los dominicos, ó sea una túnica blanca, y un escapulario negro, sombría vestidura que parecia la librea de la muerte.

Enseguida se quito su gorro adornado con plumas para no mostrar en su cabeza mas que una gran tonsura, y en vez del dorado cinturon, del que colgaba su espada, ciñó una cuerda en signo de humildad y de pobreza. Sus ricos borceguíes fueron sustituidos por sandalias, único calzado que habia de llevar en adelante.

En este cambio José empleó media hora.

La mano del novicio temblaba como si sintiese la fiebre; su corazon latia con fuerza y un glacial sudor cubria su pálido semblante.

El jóven se arrodilló ante el crucifijo y empezó á orar con voz amarga y doliente.

Los sollozos destrozaban su pecho; murmuraba frases incoherentes, y de cuando en cuando, sus lábios pronunciaban un nombre que él tan solo comprendia.

Durante este tiempo el órgano llenaba los ámbitos de la iglesia con su magnífica armonía.

El canto de los frailes, magestuoso y atronador al mismo tiempo, se elevaba en metálicas y brillantes notas, y los nervios del jóven ya escitados por una larga vigilia, acabaron de exaltarse.

Aquellos cantos, aquellos sonidos de órgano que parecian la gigantesca voz del otro mundo, tomaron para el

novicio, un carácter tan singular como fantástico, y en vez de pensamientos verdaderamente santos y religiosos, invadieron su cerebro las mas infernales ideas.

Aquellos sagrados himnos se cambiaron para él en una espantosa ironía, y en vez de flores, de luces y de incienso, no vió mas que sangre y patíbulos... La voz de los monges se le figuró la horrible y sarcástica carcajada de otros tantos diablos que presenciaban friamente la agonía del humano género, y el jóven balbuceó, involuntariamente, estas sombrias frases del Evangelio:

«*Irán todos al infierno, donde no hay mas que llanto y rechinamientos de dientes: id, malditos, id, al eterno fuego.*»

Entonces el novicio sintió como una mano de fuego estrechaba la suya fria y desnuda, y como una voz áspera, burlona, infernal, murmuraba á su oido:

—Ven! ven!...

Y al mismo tiempo, cediendo á la influencia de aquel conductor invisible, y sin que tomase la pena de levantarse, el novicio sintió como caia de abismo en abismo á través de una candente y ruidosa atmósfera, hasta llegar á una profundidad insondable.

De pronto se detuvo.

Se encontraba en las entrañas de la tierra.

Hallábase envuelto entre la oscuridad de la noche como en un manto de tinieblas.

Su respiracion se hacia penosa, y hubo un instante que se creyó encerrado en el fondo de una tumba.

Pero de pronto se abrió una puerta, ofreciéndose ante él, el mas horrible espectáculo.

Era un lugar inmenso de donde salian grandes é infectas llamas.

Los mas singulares y repugnantes mónstruos volaban sordamente en el espacio, y entre las sombras de un vapor de fuego llevados por anchas y membranosas alas parecidas á las del murciélago. Estos mónstruos lanzaban feroces y siniestros gritos de alegría; reian de un modo tenebroso como si fuesen condenados, y luego repetian á coro con voz triste y fatigosa como si fuese el rumor de una matraca:

Héle aquí!... héle aquí!...

El novicio miró.

Entonces vió que en la entrada de aquel inmenso pandemonium habia una innumerable legion de frailes que desfilaban uno tras otro, y que, á medida que llegaban al antro, se despojaban de su forma primitiva.

José vió á la roja claridad de aquel incendio, como tomaban las mas estrañas y singulares formas, y como sin embargo de aquella trasformacion, conservaban los deseos, las inclinaciones y la inteligencia del hombre, que lucha con los instintos del inmundo sér, cuyas formas revestian. A veces tomaban la de los animales de instintos opuestos y sujetos á las necesidades de estas dos naturalezas contrarias, hallando, en esa eterna divergencia, los mas horribles sufrimientos.

Este inconcebible y atroz suplicio, inventado por una

imaginacion delirante, hizo estremecer al novicio. De pronto soltó una carcajada estridente: acababa de ver al inquisidor Arbués bajo la forma de un tigre, y con el pico y los piés de un avestruz.

Concluida la alucinacion de que fué víctima el novicio, cayó en la postracion mas completa.

Cuando se le fué á buscar para que fuese á la iglesia, no podia sostenerse: su andar era lento; su rostro estaba pálido y se inclinaba al pecho, y de éste salia una respiracion penosa.

Mas al llegar cerca el altar, José vió á Pedro de Arbués que ocupaba su sitio de obispo. Esto reanimó al mancebo cuyos ojos chispearon con un ódio sombrío. Acababa de volver á la realidad de la vida.

Entonces se arrodilló sobre las losas de aquel templo, y no con el padrino, como habia ocurrido al principio de la ceremonia sino completamente solo, toda vez que ya no tenia otro padrino que Dios.

El jóven pronunció sus votos con firme y seguro acento.

Concluida esta fórmula, el órgano dejó oir su voz armoniosa y sublime, y los frailes cantaron el *Te-Deum*.

Era un himno de gracias que se dirigia á Dios, porque quitaba una alma al demonio.

Terminado el canto, se tendió al profeso en un ataud y se empezó el oficio de difuntos.

Durante este tiempo, José, no pudiendo resistir tantas emociones y fatigas, sintióse rendido por el sueño, y le

pareció que efectivamente, aquella tumba era un lugar de paz y de reposo.

El paño mortuorio que le cubria, le separaba de la vida y de las penas que trae ésta consigo.

El movimiento que hicieron los frailes al coger el féretro para llevarlo á las catacumbas, ni siquiera llegó á despertar al mancebo: cuando salió de aquel letargo encontróse solo en el cementerio subterráneo del convento, y sin mas compañía que algunas osamentas.

Hé ahí, pues, las ceremonias que se usaban al profesar un dominico; pero una vez en la órden, se le iniciaba en los goces y placeres de la vida monástica, si es que no tomaba por lo sério aquel fantástico aparato.

Cuando José despertó, arrojó un gran suspiro y giró en torno suyo sus ojos.

—La muerte, dijo, es muy dulce porque nos reune con los séres mas queridos... pero yo no puedo morir aun... oh! nó; prosiguió lleno de energía; antes de morir necesito vengarme!... Fernando! añadió con voz sorda y como si al alejarse de aquel fúnebre sitio, hablara con algun sér invisible; Fernando! espérame: no tardaré mucho en reunirme contigo.

CAPÍTULO XI.

La pasion de un inquisidor.

Hacia unos dos meses que Dolores, evitando milagrosamente las persecuciones de Pedro de Arbués, vivia tranquilamente bajo la proteccion del apóstol y en el asilo que éste habia elegido.

Hacia tambien unos dos meses que el desgraciado Manuel de Argoso languidecia en secreto (1) en los calabozos de la inquisicion, vastos y lúgubres sepulcros de donde casi no era posible salir vivo.

---

(1) Los que han historiado la inquisicion, convienen en afirmar que cuando una persona se hallaba presa por el Santo-Oficio, se le incomunicaba con todo el mundo y hasta con sus mismos parientes. Mas aun; si álguien trataba de mediar en favor de algun prisionero, ó trataba de disculparle, se le arrestaba sin pérdida de tiempo y se le incomunicaba como al otro.

No obstante el celo y diligencia de Enriquez que, como ya se sabe, fué nombrado gobernador de Sevilla; el inquisidor no llegó á descubrir el asilo de Dolores, la cual se hallaba en el convento de las Carmelitas llevando un nombre que no era el suyo.

Su impuro amor se habia acrecentado, y en la imposibilidad de verle satisfecho, su alma se sentia devorada por un disgusto profundo, por una rabia intensa que encontraba su desahogo en las sentencias ó fallos que dictaba contra los desgraciados que juzgaba su tribunal horrible.

Impulsado por las indicaciones de José; escitados sus perversos instintos y su carácter feroz por este jóven fraile que se habia constituido en su mal génio, Pedro de Arbués acumulaba encima de su cabeza las maldiciones de España; mas ni el aspecto de los suplicios ni las solemnes y lúgubres fiestas del patíbulo, eran bastante á satisfacer la sed de emociones brutales y el cúmulo de ardientes y carnales deseos que el recuerdo de la hermosa andaluza levantaba en su alma impúdica.

Haciendo sentir al desdichado gobernador el peso de su indignacion y su cólera, Arbués deseaba que la doncella, víctima del terror, se entregara por fin á sus brazos.

Esto prueba que aquel hombre era astuto y que conocia á fondo el corazon de la mujer: arrestarla, sumirla en los calabozos del Santo Oficio, entregarla á la tortura, á la misma muerte, no era nada; la heróica jóven podia sufrirlo todo en razon de que se sentia enamorada..... Pero atacar á su padre, arrojarle en brazos de los sayones, llenarle

de ignominia y entregarle, despues, al verdugo era un suplicio que no resistiria la jóven.

Ver aquel padre que la habia querido con un amor tan tierno, que habia hecho tan dulce su existencia, habia suplido los cuidados de una madre; ver aquel padre que en manos del verdugo, acabaria, por fin, de rendirla. Así, pues, lo que mas indignaba al inquisidor era no hallarla.

En vano la milicia de Cristo se habia puesto en movimiento; en vano la tenebrosa cofradía á cuyo frente se hallaba el astuto y vigilante Mandamiento, habia recibido promesas de proteccion y de dinero; un secreto poder ocultaba á la doncella, que el mas santo de los hombres amparaba, ó bien, Dios, no habia permitido que llegase aun el instante del sufrimiento y la prueba.

Pero este instante se acercaba.

Entretanto el disgusto del inquisidor era tan profundo y amargo, que sus orgías y su vida de crápula y escándalo, perdian, para él, sus atractivos.

Aquella existencia le parecia sosa; aquellas mujeres que el vicio ó el miedo entregaba á sus impúdidos deseos, le dejaban frio ó irritado. Estas sensaciones no eran mas que pasajeras, y no las deseaba por la misma razon de que su satisfaccion no era difícil.

Lo único que embriagaba su alma, era el recuerdo de Dolores; así es que con frecuencia en el mas profundo aislamiento soñaba en esta hermosísima imágen. Y no se crea, por esto, que la depravacion de su alma fuese susceptible de una pasion noble y verdadera; sino que aquel hombre,

(á consecuencia de esta ley misteriosa por la que el sér más malo sufre, á veces la influencia de un sér bello y puro, sin que por esto comprenda su divina esencia ni se eleve á su altura por el arrepentimiento que regenera al hombre), se habia constituido en esclavo de aquella pura é inocente doncella.

Desgraciadamente en las pasiones de tal naturaleza, el espíritu se halla tan sujeto á los sentidos, que, satisfechos estos; la chispa con que habia brillado el amor, concluye por estinguirse; no queda mas que un sér feroz y brutal, en vez de un hombre.

Sumergido en las alucinaciones de una pasion no satisfecha y que se hallaba en su postrer período, el inquisidor de Sevilla habia buscado en la sombría verdura de sus jardines, un refugio contra los fantasmas que le perseguian.

De ahí que intentare escaparse de sí mismo.

Pero léjos de calmar la agitacion de su sangre, las emanaciones que despedia la embalsamada flor de los naranjos y que hubiesen trastornado el juicio del mas sabio, exaltaban inmoderadamente las fibras de su cerebro.

No parecia sino que en torno suyo circulaba un torrente de voluptuosidad embriagadora.

El aire era ya tibio por mas que se estuviese en abril.

En el sereno cielo brillaban miles de estrellas que parecian otros tantos fascinadores ojos.

La noche levantaba esos blanquizcos y diáfanos vapores que envolvian cual sombras rápidas los objetos; se les hu-

biese tomado por una danza de espíritus, ligeras é impalpables creaciones de otro mundo venidas al nuestro para presidir la hermosa eflorescencia de esa magnífica estacion del año llamada primavera.

El silencio de esta fantasmagoría, no se hallaba turbado por el mas débil ruido; el ruido de las hojas se parecia á una misteriosa armonía de furtivos besos y quizá, tambien, en aquella fundacion inmensa de la naturaleza, existia la invisible y poderosa mano que la conmueve hasta lo mas hondo de sus entrañas, vago y sútil ruido, estraño y armonioso murmullo que escapa, á veces, á las percepciones del oido, pero que el alma, en sus horas de recogimiento y meditacion, comprende perfectamente.

Luego, cansado por la lucha, fatigado por los incesantes combates de la naturaleza y por esa irritacion sin fin que enerva el espíritu y el cuerpo, Arbués se dejó caer en uno de aquellos bancos de mármol que adornaban aquel oasis.

En ellos apoyó en sus manos la cabeza, y de sus ojos, cuya mirada hacia temblar la España entera, brotaron lágrimas de rábia y de amargura.

Vencido como un tímido niño, el inquisidor concluyó por sumirse en una especie de letargo.

De pronto oyóse rumor de pasos en la arena y las ramas de los naranjos parecieron entreabrirse con un sordo ruido semejante al de una respiracion fatigosa.

Pedro de Arbués sujeto á aquel ficticio sueño, oyó perfectamente aquel ruido; pero en aquel instante, víctima de un letargo que habia ocasionado la violencia de sus ante-

riores sensaciones, el inquisidor ni siquiera abrió sus ojos ni tuvo fuerza ni deseo para averiguar quien turbaba su reposo.

Se hallaba bajo el encanto de un sueño, y como la imágen de Dolores se ofreciera ante los ojos de su alma y se mezclase al ruido que oia en torno suyo, el espíritu de Arbues se hizo tan perpicaz y tan lúcido, que estaba viendo la imágen de la niña.

Pero alguien se dirigia, efectivamente hácia él, y el inquisidor creyó reconocer las bellas y gentiles formas de Dolores.

Así es, que cuando la persona que á él se dirigia estuvo á su alcance, el fraile la cogió dándole un estrecho y apasionado abrazo.

Entonces se oyó un grito.

La persona que estrechaba en sus brazos era José su favorito.

El inquisidor abrió sus ojos cual puños, y al ver la sombría figura que tenia ante sus ojos, la rechazó con energía.

José cayó á algunos pasos de él y sobre el césped.

Se hallaba lívido como un espectro, y su corazon latia con fuerza.

—Maldito sueño! esclamó el inquisidor con voz sombría; creí que al abrazarte á tí abrazaba el talle de una mujer hermosa.

José no respondió. Carecia de fuerza para hablar.

En el mismo instante en que Pedro de Arbués le estre-

chaba en sus brazos, se habia levantado en su alma un recuerdo horrible y la sangre se le habia helado en sus venas.

Pero este terror se desvaneció muy pronto. El inquisidor pasó la mano por su frente como el hombre que trata de coordinar sus ideas, y luego, mirando á su favorito que se habia quedado en el suelo petrificado é inmóvil, soltó una carcajada.

—Pobre niño! esclamó: te tomé por una jóven doncella.

Un sudor glacial bañaba la frente del novicio.

—Vaya, levántate, continuó el dominico, y démos un paseo al rededor de estos jardines: ayúdame á espulsar á esa infinidad de espíritus de que está llena la atmósfera. Los génios de la Giralda (1) se han dado cita en esta casa. Sueño y no parece sino que estoy despierto. Vaya, José, levántate.

El novicio se habia ya repuesto, y levantándose saludó al inquisidor preguntándole si le habia sucedido algo.

—Me siento perfectamente bien, dijo el inquisidor con aire risueño.

Pedro de Arbués era uno de estos hombres que pasan velozmente de una sensacion á otra, lo cual forma el carácter de los que sienten con gran violencia pero cuya inteligencia no profundiza las cosas.

---

(1) Segun una tradicion árabe, que llegó hasta nuestros dias, el pueblo cree que la Giralda fué levantada por los génios; y que estos moran en ella.

Pero la imágen de Dolores no se habia eclipsado tanto en su memoria para que al continuar con el novicio su paseo en los jardines, no diese á la conversacion el giro que convenia á su propósito.

—Dí, esclamó, por fin el inquisidor, no averiguaste nada?

—Nó, monseñor.

Esta pregunta y esta respuesta eran harto oscuras: pero aquellos dos hombres se comprendian con una frase.

José conocia á fondo el alma del inquisidor.

—¿Qué he de hacer esclamó el fraile; he puesto en movimiento á los soldados de Cristo; he agitado con un poco de oro esa miserable raza de gitanos que tienen por oficio el robo y el espionaje, he registrado todos los conventos de Sevilla, y sin embargo no he encontrado nada, absolutamente nada. Quizá Dolores haya huido al estranjero; mas, puede abandonar su padre y dejar que yo me vengue para salvar su cabeza?

Pedro de Arbués al decir que habia registrado todos los conventos de Sevilla, no exageraba lo más mínimo; ni siquiera habia esceptuado el de las Carmelitas; pero una circunstancia habia salvado á Dolores: al entrar en el convento no habia manifestado intencion de hacerse monja; y como la hubiese recomendado el apóstol, se la dejaba en una libertad absoluta. Así es que no se entregaba á los ejercicios de la casa, sino que cumplia tan solo como una buena católica. Dolores queria mucho las flores y se habia reservado un puesto en el jardin donde cultivaba algunas

plantas. Cuando el inquisidor visitó el convento, se hallaba en el jardin.

Pedro de Arbués, preguntó sin embargo á la abadesa, si desde algun tiempo habian entrado novicias ó profesado mas monjas; pero como Dolores no fuese lo uno ni lo otro, y la considerase, tan solo en calidad de pensionista, no habló de ella al dominico.

Bajo tal concepto, si el retiro de Dolores no llegó á descubrirse, no fué por prudencia ó discrecion por parte de la monja, sino por olvido.

No es, pues, estraño, que el inquisidor creyese que la jóven habia dejado á Sevilla.

Monseñor, dijo el novicio; si realmente esta jóven ha huido, escribid á los tribunales del Santo Oficio que hay en Aragon y Castilla, y hasta al mismo rey para que sigan su pista.

—Nó, nó, replicó Arbués con viveza; quizá la matarian y yo la quiero viva.

—Monseñor: no continúa aun en las cárceles de la Inquisicion el gobernador su padre?

—Sí; y esta es la razon porque no llego á comprender su huida. Es tan valiente y animosa! quiere tanto á su padre!... Oh! que venga! que venga! añadió el fraile con una especie de delirio; con que dicha la dijera:

«—Tu padre está libre; pero entrégate á mis brazos.»

Y la jóven concluirá por rendirse.

—Y sin embargo, no se salvaria su padre; murmuró el favorito echando al inquisidor una mirada de ódio.

—Qué estás diciendo José? preguntó Arbués.

—Calculaba monseñor, los tormentos que pudieran inventarse para asustar la doncella.

—Quen vá? interrumpió Arbués retrocediendo un paso.

—Vuestro fiel Enriquez que os está buscando, monseñor; dijo una voz que no era otra que la del gobernador de Sevilla, y antiguo familiar del Santo-Oficio.

—Qué se ofrece? dijo Arbués de muy mal humor.

—Traigo á Su Eminencia noticias escelentes; contestó humildemente Enriquez.

—Habla.

—Monseñor, Dolores Argoso...

—Continúa!

—Se halla en el convento de las Carmelitas, á la otra orilla del Guadalquivir.

—¿Qué estás diciendo? preguntó el fraile; desde cuándo?

—Desde hace dos meses.

—Mientes! interrumpió Arbués; yo mismo visité el convento y no encontré á Dolores.

—Pues bien, monseñor, yo os juro que se encuentra allí, y lo probaré cuando Su Eminencia lo exija.

—Oh! eres muy listo Enriquez, dijo el inquisidor que no cabia en sí de alegría; y cómo lo descubriste?

—Monseñor, dijo el familiar haciendo una cortesía grotesca; cogí el hábito de un fraile, me disfracé con él y confesé á la abadesa. Espero, pues, que Vuestra Eminencia me dará su absolucion por el pecado.

—Diablo! interrumpió el inquisidor: hé ahí una idea que nunca llegó á ocurrírseme.

—Así, pues, vuestra Eminencia me dá su absolucion? preguntó Enriquez.

El fraile trazó una gran cruz en el aire, y el gobernador de Sevilla irguió con orgullo su cabeza como un hombre que comprende la importancia de sus servicios.

—Bravo! bravo! dijo el inquisidor frotándose las manos, quizá esa nueva Lucrecia, y yo, nos veamos frente á frente. Entremos al palacio señores; Enriquez tiene que hablarme de su gobierno. Y á propósito añadió: que tal vá la heregía?

—Monseñor, avanza de un modo espantoso, y hasta los mismos conventos no pueden evitar esta lepra. (1)

—Diablo! esclamó el dominico; tendremos que poner coto á este abuso, y reanimar el celo católico tratando como hereges á los que no denunciarán este delito. A quién se ha arrestado esta semana?

—Nada mas que á quince ó veinte personas, monseñor.

—De importancia?

---

(1) Las doctrinas de Lutero y de Calvino, no solo conmovian la Alemania, la Inglaterra, la Suiza, la república de Génova y el Mediodia de Francia, sino que en España, notablemente en los monasterios, contaban asimismo, con muchos partidarios. Es indudable que un gran número de españoles, entre los que se contaban algunos eclesiásticos, habian encontrado un medio para procurarse los libros que los protestantes habia publicado en Alemania.—Llorente: *Historia de la Inquisicion.*

—Dos ó tres doctores en teología que pretendieron encontrar algunas erratas en el texto latino de la Vulgata, y algunos otros de igual género que llamándose católicos, admiran decididamente á Lutero.

—Entre estos, dijo el inquisidor, hay algunos que yo ódio particularmente: aludo á estos orgullosos que emplean su saber y su elocuencia en destruir el Santo Oficio. Estos son Juan de Ávila, Fray Luis de Granada, el padre Juan, llamado por otro nombre Juan de Dios, y algunos otros que se titulan apóstoles, sin otro objeto que el de sembrar en el corazon del pueblo ciertos sentimientos de libertad é independencia.

—Oh! monseñor, observó José: acaso no teneis medios para que estos hombres enmudezcan?

—Sí, contestó Pedro de Arbués; estoy ya cansado de estas predicaciones que llevan por fin el devolver al pueblo su libertad perdida. Esta clase de gente se finge sencilla para ser mas fuerte, y el pueblo cree en ella, porque esta clase de hombres tienen sus mismas costumbres. Cada frase de estos sermonistas, es un achazo contra el poder del papa, y si el vicario de Jesucristo comprendiese sus intereses, me dejaria obrar en libertar contra ellos y hasta me permitiria que les echase á la hoguera como simples legos, ya que se hacen herejas y que, apesar de ser eclesiásticos se separan de la romana iglesia.

—Monseñor, dijo con la mayor frialdad el novicio; para que muera el árbol no hay como arrancar sus raices; mientras que en España haya un hereje, la heregía segui-

rá reproduciéndose como estas malas plantas de las que no se puede dejar señal alguna.

—Dejad que pongamos órden en ello; yo os juro que si es necesario quitaremos la tierra en que se alimentan.

—Todo sea por Dios! esclamó Enriquez con acento hipócrita; y en verdad, añadió, dándose gran importancia, que mas de una vez he pensado en los medios con que se debe alcanzar este objeto.

Hablando en esta forma nuestros personages llegaron á la habitacion del inquisidor.

—No entras, José? preguntó éste á su favorito.

—Dispensad, monseñor: pero tengo que preparar un sermon para mañana.

—Y luego me acompañarás á las Carmelitas?

—Me pondré á las órdenes de Su Eminencia, dijo saludando á Arbués, el favorito.

El inquisidor y el gobernador de Sevilla entraron en el palacio.

José les dejó.

Mas no bien hubo dado unos pasos, cuando una muger, vestida de riguroso luto, se dirigió á su encuentro, y creyendo, al ver su hábito de dominico, que pertenecia al Santo-Oficio, le dijo con doloroso acento:

—Padre: necesito hablar con el señor de Arbués.

—Quién sois? interrogó el jóven sorprendido; qué deseais?

—Deseo que el inquisidor me conceda la vida de mi padre, contestó la jóven; de mi padre que es inocente y al

cual se acusa de hereje; de mi padre que fué gobernador de Sevilla y que actualmente...

—Dolores! interrumpió José, mirando con ardiente curiosidad el noble rostro de la jóven, medio oculto por su mantilla.

—Conoceis mi nombre? preguntó la jóven temblando.

—Señora, contestó el fraile, con voz tierna; no os acerqueis á esta casa: en ella no encontrareis mas que la deshonra ó la muerte.

—Quién os lo dijo? preguntó la niña asustada.

El dominico arrastró consigo á Dolores que se dejó llevar sin que opusiese resistencia.

—Ven, ven, hija mia, continuó el novicio, alejándose del inquisitorial palacio; ven y si quieres conservar tu pureza, si quieres salvar á tu padre, ocúltate, ocúltate; sobre todo, á los ojos del inquisidor Arbués.

—Y bien, esclamó la jóven ya recobrada, pues no obstante su sayal de dominico, aquel jóven le inspiraba confianza; qué es lo que debo hacer para salvar á mi padre?

—Ocultarte y darme licencia para que obre en tu obsequio, respondió el novicio.

—A vos? interrumpió la jóven mirándole con cierto miedo, pues recordaba que aquel hombre pertenecia al Santo-Oficio.

—Sí, á mí, respondióla José con amargura; á mí que oculto bajo este hábito un corazon ardiente y generoso.

—Es tan jóven! murmuró la niña examinando el noble rostro del mancebo.

Y luego añadió en voz alta.

—Oh! Dios mio! y por qué os hicisteis dominico?

—Quizá por salvarte; créeme hija mia: no intentes sondear los misterios de mi vida: el hábito no es á veces sino la máscara con que se acultan las heridas del alma.

—Tambien sois desgraciado! esclamó Dolores que se sentia arrastrada hácia el monge por una simpatía invencible.

—No te ocupes de mí: hablemos de tí. Qué vas á hacer?

—Lo que Dios quiera.

—Dónde te ocultarás?

—Volveré á las Carmelitas.

—Esto nunca, replicó el mancebo; el inquisidor ha descubierto ya tu retiro y mañana mismo irá al convento para averiguar por sí mismo, si es cierta ó no una denuncia que le han hecho á este propósito.

—Quién se la hizo? preguntó Dolores; el apóstol ocultó mi nombre y hasta la misma abadesa lo ignora.

—Pobre jóven! y tú no sabes que la inquisicion penetra en las conciencias para violar sus secretos? la inquisicion lo sabe todo; para ella no existe nada oculto, y hasta, si es necesario, busca los secretos en la tranquilidad y reposo de las tumbas (1).

---

(1) En 1569 y en un auto de fé celebrado en Valladolid ante el príncipe don Cárlos y la princesa Juana, se quemaron los huesos y la estátua de una señora llamada doña Leonor de Vivero y Cazalla, la cual, despues de haber muerto como buena católica, se la acusó y probó, con la ayuda de unos testigos que se sometieron

—¡Oh! Dios mio! Dios mio! interrumpió la jóven ocultando la cabeza entre sus manos.

Y dió libre curso á sus lágrimas.

—Tranquilízate, hermana mia, dijo el novicio, que la dió tal tratamiento para inspirarla confianza y porque se sentia arrastrado hácia ella por cierta comunidad de sentimientos.

—Decís bien, padre mio; á los desgraciados no se les permite llorar.

—Nó, observó José; porque los sollozos irritan al tigre y su sed de sangre se hace aun mas ardiente.

—Hablad mas bajo padre mio alguien podria oirnos.

—Sí, es verdad. En cada una de estas piedras existe un eco que puede denunciarnos. Pero antes de separarnos, díme, hija mia, dónde encontrarás un refugio?

—Tranquilizaos; no me faltará un asilo. Y vos, en cambio me prometeis salvar á mi padre?

—Juro, esclamó el novicio, juro por el alma de lo que he querido mas en el mundo, que si tu padre muere, será porque nada habré podido hacer en su obsequio, y que tú

á la tortura, que habia prestado su casa á las ceremonias del culto protestante.

Declaróse que esta dama habia muerto en la heregía y se la condenó á la infamia hasta en sus mismos hijos: se confiscaron sus bienes y se mandó arrasar su casa con prohibicion de que se volviera á edificar. Posteriormente en las mismas ruinas de esta casa, se elevó un monumento que recordaba este suceso.—*Historia de la Inquisicion.*

misma, Dolores, no podrias salvarle aunque sacrificaras tu virtud y tu existencia.

—Creo en vuestro juramento, interrumpió Dolores estrechando y besando las manos del novicio que cubrió de lágrimas. Pero dónde os veré, padre mio?

—Oye, contestó el mancebo; en lo último de la calle de Gitanos, en el barrio de Triana, existe un lugar inmundo y horrible que se llama la taberna de la *Buena Ventura*.

Es un verdadero nido de cuervos, donde el asesinato y el robo se dan cita.

Nada tan lúgubre como este punto: allí no oirás mas que cínicas carcajadas ó maldiciones espantosas.

Es el centro de reunion de cuanto existe de mas impuro: los bandidos se mezclan allí con las mugeres de mala vida y no faltan allí frailes que alternen con gitanos.

No se oyen mas que blasfemias y palabras obcenas; la embriaguez confunde en el embrutecimiento á los que la sociedad espulsa de su seno y á los que se arrogan la facultad de dirigirla. En la *Buena Ventura* se calculan los mas vergonzosos crímenes; se preparan los asesinatos jurídicos; se intentan las persecuciones injustas; se formulan las denuncias; se preparan los robos de noche y se buscan medios para la violacion y el homicidio: en aquel inmundo lupanar se hallan instrumentos para realizar todos los crímenes.

—Oh! Dios mio! interrumpió Dolores asustada; y quereis que vaya á ese punto?

—Es indispensable.

—No es posible.

—Ahora mismo ibas á entrar en casa del inquisidor observó el jóven; pues bien, créeme: el lugar que te he descrito es menos peligroso que el palacio de Arbués.

Los ojos del mancebo chispeaban de una manera sombría y sus megillas que ordinariamente eran tan pálidas, habian revestido el color de la púrpura: se hubiese dicho que una fiebre interior le devoraba.

Hubo un instante en que Dolores creyó que habia perdido el juicio.

Mas de pronto endulzando su voz á la que su exaltacion habia dado un vibrador acento, y mirando á la jóven con ternura, esclamó:

—No tengas miedo, hija mia; no temas ir donde José te ha indicado; yo quisiera salvarte aunque me costara mi existencia.

La taberna de la *Buena Ventura*, añadió, pertenece á un alguacil llamado el Cuco, bravo y honrado muchacho que siempre me ha sido fiel, y á una hermana suya llamada Chapa, buena y escelente jóven que se tiraria al Guadalquivir para prestarme un servicio. Los dos son pobres y ganan su existencia de la mejor manera que pueden: pero fia en ellos y diles tan solo estas frases:

—«Quiero ver al padre José.»

—Y me verás; pero anda con cuidado; y no salgas sino de noche y disfrazada.

—No temais; no os comprometeré en lo mas mínimo.

Y luego reflexionando añadió:

—Y yo no he de temer nada?

—Absolutamente nada; quién sospechará que tu vas á la taberna? mas, por precaucion, disfrázate de manola.

Durante esta conversacion, los dos jóvenes llegaron al puente de Triana.

Luego que lo hubieron cruzado José dijo á Dolores:

—Cual es tu camino?

—Este, dijo, señalando con su mano la orilla derecha del Guadalquivir.

—Y yo seguiré por aquí dijo el novicio, señalando la calle de Gitanos. Adios Dolores; confia en mí; pero no olvides que solo debes pronunciar mi nombre ante el alguacil y su hermana. Adios y sé discreta.

—Y vos, padre mio, tened compasion de mí dijo la doncella, alejándose.

José tomó por la calle de Gitanos.

Dolores siguió la orilla del Guadalquivir.

Esta guiaba á casa del apóstol.

CAPÍTULO XII.

El Rastro.

Víctima de esa alucinacion que sufren aquellos cuya vida está llena de accidentes, la jóven franqueó en poco tiempo la distancia que le separaba de la casa del apóstol.

Apesar de la benevolencia con que un miembro del Santo-Oficio se habia portado con ella, Dolores no se hallaba tranquila y deseaba mas que nunca vivir bajo la proteccion de su santo amigo.

Su deseo por ver á Juan de Ávila era tanto mas ardiente, cuanto durante su estancia en las Carmelitas, no le habia visto mas que una vez, en la que habia recibido algunas nuevas de Estéban.

Este desgraciado jóven, que por una parte se hacia sospechoso ante la inquisicion por sus ideas avanzadas, y por otra era odiado de Pedro Arbués, que veía en él un rival querido; este desgraciado jóven no habia debido la

existencia sino á la intervencion de José que seduciendo al gefe de la Garduña se habia opuesto á que las órdenes del inquisidor se cumplieran.

Pero la jóven, que ignoraba lo que habia sido de su nóvio, se hallaba en la mayor tortura.

Ignoraba si estaba ó no libre y esta cruel incertidumbre precipitaba los latidos de su pecho y la hacia andar con una rapidez increible.

Cuando se halló cerca de la casa del apóstol, hubo de sorprenderse viendo que no brillaba en su interior ninguna luz.

Más la puerta del jardin permanecia abierta, y la jóven entró en el mismo.

Verdad es que la cerca del jardin consistia en unas paredes de yedra.

La jóven se dirigió hácia la puerta de la casa: mas esta puerta se hallaba cerrada.

—Qué es lo que ocurre; Dios mio! balbuceó, preveyendo alguna desgracia.

La jóven llamó á la puerta varias veces y todo fué en vano: nadie contestó y nadie se dirijió á abrirla.

Entonces Dolores recurrió al jardin, especie de cercado donde habia muchos árboles frutales que eran patrimonio de los niños y del fatigado caminante que los despojaban de sus frutos. El apóstol los autorizaba á ello; de lo contrario la veneracion que inspiraba hubiera sido lo bastante á que jamás se violara la débil cerca que aquel jardin rodeaba.

Dolores recorrió todo este último; pero fué inútil: el apóstol nu estaba.

Y como su solitaria casa se hallaba léjos de la ciudad, nadie podia indicar lo que de él habia sido.

Qué debia hacer?

Volver á las Carmelitas hubiera sido una imprudencia.

Mas podia ir á la ciudad?

A que casa iria que no la espusiese á la venganza de la inquisicion por demandarla un asilo?

Y acaso no se cerrarian las puertas á la hija de un hombre acusado de heregía?

Podia ir á la taberna; mas la descripcion que José hizo de ella le desanimaba para buscar en ella un refugio.

La jóven decidió pasar la noche en el jardin.

No obstante de que la primavera se hallaba ya avanzada, la proximidad del rio hacia bastante fria la atmósfera.

Dolores no tenia mas abrigo que su traje y su mantilla.

Los árboles se hallaban cubiertos por las hojas y las flores y el suelo estaba adornado con una gran alfombra de césped.

La jóven se recostó en el tronco de un naranjo, desató su cabellera que cayó tendida á sus espaldas, formando un túpido velo, y abrigada en su mantilla y levantando hácia Dios sus suplicantes ojos, sentóse en aquel tapiz de verdura.

La jóven tenia la esperanza de qué, tarde ó temprano, el apóstol volveria á su casa.

Mas las horas se deslizaban sin que nadie interrumpie-

ra el silenció. El fresco de la noche no la permitia conciliar el sueño. De cuando en cuando, oia pasos y levantaba su cabeza esperando ver al apóstol; mas aquellos pasos eran los de un transeunte que cruzaba por la orilla del rio. Dolores, entonces, volvia á caer en su abatimiento y tristeza.

No oia mas que el rumor de la tranquila corriente del Guadalquivir la cual se deslizaba con ruido triste y monótono; el agudo canto del grillo y el murmullo de una brisa que rozaba las copas de los árboles haciendo caer su primaveral rocío.

Desgraciadamente, para la jóven, aquella magnífica noche se hallaba poblada de terrores y presentimientos funestos.

Al llegar á la madrugada y no pudiendo resistir mas tiempo la fatiga, concluyó por dormirse.

Entonces, durante el sueño, le pareció que un dulce calor reanimaba sus helados miembros, y que se hallaba en un palacio de hadas.

Bajo un azulado techo, que era la cúpula de aquel palacio espléndido se ostentaba un gran candelabro de oro encendido por la mano de invisibles y misteriosos génios. Este candelabro, subia lentamente hácia el techo, y á medida que se acercaba á este último crecia tanto en calor como en brillo, hasta que concluyó por lanzar torrentes de luz y de llamas.

Mas no bien el candelabro hubo llegado á la cúpula, cuando esta magnífica morada poblada con séres diáfanos y de maravillosa hermosura, cambió, de pronto, su aspecto.

Los brillantes muebles y las flores que lo adornaban se eclipsaron; las alas de los génios y las sílfides se convirtieron en dorado polvo; sus bellos y diáfanos cuerpos revistieron una trasparencia rojiza, y un calor muy parecido al que se siente en la zona tórrida sustituyó al tibio y perfumado ambiente.

Dolores quiso huir para evitar aquel intolerable suplicio; pero aquellos mónstruos formaron círculo en torno suyo y uno de ellos elevó un espejo sobre su cabeza, espejo en el cual se sintió arder como si la envolviese una hoguera.

La jóven no pudo resistir mas tiempo aquel sueño y abrió sus ojos.

El sol ardiente y luminoso enviaba sus rayos sobre el rostro de Dolores.

Eran las seis de la mañana.

La jóven miró en torno suyo como si con esto quisiese reunir sus ideas que habia interrumpido aquel sueño, y recordando los sucesos del dia anterior cayó en un profundo abatimiento.

Su corazon era muy fuerte; pero era aun muy jóven y no estaba acostumbrada á aquellas vicisitudes de una existencia aventurera. Su existencia habia corrido hasta entonces de una manera dulce y tranquila, y casi no se sentia con fuerzas para luchar con las desgracias que tan de improviso la habian asaltado. Existia en ella mas valor que resignacion y energía; no se sentia fuerte sino al luchar con el peligro. El dolor la arrancaba lágrimas; pero la re-

flexion la devolvia su energía ; Dolores profesaba ideas de elevacion y de justicia, y fortificaba su alma con el cálculo.

Esto forma el caráter de las mujeres superiores. Su valor no es mas que una eterna lucha entre su razon y su alma. Fuera de esta lucha no es nada. El mérito de estas mujeres consiste en la resignacion y sufrimiento con que luchan. De otro modo no serian mujeres.

Dolores quedó como aletargada bajo el peso de su infortunio.

Fijó sus ojos en la casa del apóstol y vió que aun seguia como en la noche anterior: las ventanas continuaban cerradas, reinando, en ella, el silencio de la muerte.

Para certificarse de que, efectivamente se hallaba desierta, la jóven arregló su traje; ordenó sus magníficos cabellos se envolvió en la mantilla y llamó de nuevo á la puerta.

Todo fué inútil; el apóstol no habia vuelto.

Dolores, pues, se encontraba sola, abandonada, sin asilo, sin medios de subsistencia y sin valor para entrar en Sevilla, por miedo de que seria reconocida y presa á un mismo tiempo.

Entonces resolvió dirigirse á la taberna; era un recurso postrero.

Mas á fin de que los esbirros de la inquisicion no la prendiesen, la jóven esperó á que llegase una hora favorable.

El jardin del apóstol ostentaba en ciertas partes algunas cañas de azúcar, y algunos árboles de América que

crecen con tanto vigor bajo el ardiente sol de Andalucía, entrelazaban su verdor sombrío con las flores y los pámpanos y con los ya floridos albérchigos que tendian al sol sus rosados y aromáticos penachos.

La jóven eligió un abrigo entre las cañas de azúcar y aguardó en ellas la noche, devorada por la inquietud y rendida al hambre y la fatiga. Dolores hacia ya veinte y cuatro horas que no probaba un bocado. Chupó el tallo de una caña y refrescó su garganta con la limpia y cristalina agua del Guadalquivir, pero esto no fué lo bastante á reparar sus fuerzas por mas que en su aislamiento lo considerara como un auxilio que el mismo Dios le enviaba.

Durante aquel largo y mortal dia la orilla del rio se vió frecuentada por algunos transeuntes y por unos cuantos muchachos que entraron al jardin en busca de mariposas; pero la jóven siguió oculta entre las cañas y nadie sospechó que Dolores de Argoso, la hija de un grande de España, se ocultara allí, como una mendiga, viéndose obligada á dormir en el desnudo suelo y sin tener alimento ni abrigo.

Por fin el sol llegó á su zenit; era la hora de la siesta y Dolores creyó que podria dejar su escondrijo.

José la habia encargado que saliese disfrazada. Así, pues, era necesario que pensase en la manera con que se debia procurar un vestido.

Dolores carecia de dinero; pero su traje y su mantilla eran preciosos. Bajo tal concepto determinó ir al Ras-

tro; (1) para cambiarlos. En este punto no era difícil buscarse un traje conveniente.

Salió del jardin, velóse el rostro y siguió por el mismo camino del dia anterior porque el Rastro se encontraba situado en el barrio de Triana.

En la estremidad de la calle de Gitanos, veíase una plaza de forma irregular en la que desembocaban muchas negras y súcias calles en las que habia los mataderos de Sevilla.

A un lado de esta plaza y en barracones de madera, veíanse algunos cortantes que vendian los despojos de los animales que despreciaba la gente acomodada, pero que servian de alimento á la plebe.

Nada tan inmundo como aquel lugar en que se ostentan toda clase de miserias. Al lado de una barraca donde se vendia carne, veíase el puesto de una prendera que ostentaba sus mercancías, las cuales consistian en trajes, gorros, chaquetas, mantillas completamente usadas, formando un estraño y singular conjunto.

Y en verdad que no ha de sorprendernos esa mezcla de riqueza y de miseria: aquellos prenderos no solo ven-

---

(1) El Rastro es un lugar donde se venden los trajes y objetos usados. En algunas ciudades de España hay una plaza dedicada, principalmente á este comercio. En ella van á parar muchos de los efectos que roban los ladrones y nada tan comun como ver en el Rastro los corchetes ó alguaciles que siguen la pista de los objetos hurtados. Quizá se deba á esto el calificativo de *Rastro* lo cual ya se sabe que quiere decir *pista*.

dian por cuenta propia sino tambien por cuenta agena.

Así es que no faltaban iglesias que las encargasen la venta de su vírgen para comprar otra mas hermosa: la gran señora confiaba sus alhajas con las que pagaba sus deudas; la cortesana encargaba la venta de sus galas de que se fastidiaba enseguida, y la manola sus trajes del domingo que vendia con frecuencia sin mas objeto que el de procurarse el pan durante la semana.

La prendera en el Rastro lo es todo; contenta á los mas exigentes; se dedica á las ventas y á los cambios, y, procurando hacer su negocio, rara es la vez en que no alcanza victoria y en que sus transacciones no le proporcionan ganancia.

En la época en que ocurrian los sucesos con que se forma nuestra historia, este comercio era mucho mas importante de lo que es hoy dia á causa de los muchos despojos que la inquisicion daba á los delatores, y que estos llevaban al Rastro.

Cuando Dolores sintió el repugnante hedor que exhalaba este último, se halló tentada por no entrar en el mismo; pero luego, haciendo un esfuerzo, se acercó á una prendera que era aun bastante jóven, y cuyo rosto le inspiró mas confianza que el de otras que ejercian su oficio.

Mas comprendiendo estas mujeres que la jóven llevaba la intencion de comprar algo, se apresuraron á rodearla y á ofrecerla sus prendas.

Cada una de ellas alababa su mercancía con frases hiperbólicas.

—Señorita, decia una, compradme este collar de finísimas perlas que llevó la princesa Juana, hija de la reina Isabel; esta princesa lo regaló á una de sus damas que falleció hace mucho.

—Aquí teneis, decia otra, un bellísimo rosario, adornado con cruces de rubíes ; los *paters* son esmeraldas, y lo bendijo el Santo Padre. Con él se ganan cien dias de indulgencias.

—Compradme estas blondas de Flandes, gritaba una tercera.

—Este es un anillo, decia una cuarta, que evita los maleficios.

Este anillo era sencillamente de oro con una mano cerrada que entrelazaba el dedo pulgar con el medio y el índice.

Aquello era un resto de la supersticion árabe adoptada por los españoles: el pueblo tenia en él una fe tan grande, que para evitar los hechiceros bastaba, segun él, cerrar su mano y presentarla á aquellos con el pulgar cruzado entre dos dedos.

Hé ahí la razon porque se daba tanta importancia al anillo.

Dolores sonrió; no creia en maleficios ni en las supersticiones del pueblo.

Afortunadamente fué tan débil su sonrisa, que nadie pudo observarla; de otro modo quizá se hubiese espuesto á algun riesgo.

—Veamos, dijo la prendera á la que la jóven se ha-

bia acercado; veamos que quereis comprarme señora? mirad, aquí está una vírgen que os traerá gran fortuna; me la dió un santo varon al que llamamos apóstol: necesitaba dinero para socorrer á un desgraciado; lo que es él no necesita nada: así es que le entregué su dinero sin pérdida de tiempo.

—El apóstol; esclamó Dolores; acaso vos buena mujer, conoceis á este santo?

—Dios mio! quién no le conoce en Sevilla? no es el que nos consuela y dá pan á nuestros hijos?

—Sabeis dónde se encuentra? interrogó la jóven.

—Nó, dijo la prendera; es invisible cual Dios; pero si álguien le necesita le encuentra.

Perdida la esperanza que de pronto habia concebido, la jóven resolvió entrar en cambios á la brevedad posible. Así es que dijo:

—Nó, no quiero comprar vuestra vírgen porque no traigo dinero, pero necesito un traje de manola, y si vos quisieseis cambiarlo por el mio...

—Por el vuestro, señora? esclamó la prendera que de una ojeada habia comprendido el gran valor de su traje. Y cambiais tambien la mantilla? añadió examinado la finísima seda en que la jóven se envolvia.

—Claro está, dijo Dolores.

Los ojos de aquella mujer brillaron de codicia.

La prendera examinó pieza por pieza el traje de la niña, y viendo que se hallaba completamente nuevo, fué en busca de otro color de violeta.

Este traje se adoptaba á la estatura de Dolores.

—Corriente dijo esta última.

—Os irá bien? observó la prendera.

—Creo que sí.

—Enhorabuena: y cuánto me dareis por el cambio?

Dolores abrió sus ojos con sorpresa, y los fijó en la prendera.

Su traje valia diez veces mas que el que le ofrecia esta última.

—Sí, sí, digo que cuánto me dareis por el cambio, insistió la prendera.

—No os dije que no traia dinero? replicó la desgraciada jóven; cómo quereis pues que os lo dé?

—Esto es ya distinto, si no traeis dinero, no por esto dejareis de hacer vuestro negocio; me lo debereis, y hélo ahí todo. Dios me libre de perjudicar á una muchacha que, como vos, es tan linda.

—Cómo lo haré por variar de traje?

—Venid conmigo; mi casa no está léjos.

Y en efecto, frente á frente de su aparador, aquella mujer tenia un cajon ó barraca en que su marido vendia comestibles.

En ella habia una trastienda donde se veía un jergon y un gran cofre donde la prendera encerraba sus guiñapos. Era la habitacion de ésta y su esposo.

La prendera, que ayudó á Dolores á variar de traje, vió una pañoleta de Bruselas con la que estaba resguardado su seno.

—Señora, dijo aquella mujer; ya que no teneis dinero para darme en el cambio que hemos hecho, me contentaré con esa friolera.

—Tomadla, dijo la niña con un marcado acento de disgusto, al fin y al cabo esta pañoleta es demasiado buena para el traje que me disteis; pero ved si hay por aquí alguna otra de batista, para que este traje de lana no me arañe la garganta.

La prendera dió á la jóven una pañoleta que si no era muy nueva, era en cambio lo suficiente limpia para no disgustar á Dolores.

Luego que se halló vestida se miró en una placa de acero que servia de espejo á la prendera.

La jóven se sintió contenta.

Su grosero traje disimulaba la elegancia de su talle.

Envolvióse en su mantilla y salió.

—Seremos parroquianas, no es cierto? la dijo la prendera.

Dolores no contestó, y se dirigió con precipitado paso hácia la calle de Gitanos.

CAPÍTULO XIII.

Un milagro.

No se habrá olvidado que Enriquez, que por la gracia de monseñor Arbués, habia sido nombrado gobernador de la muy noble ciudad de Sevilla, inauguró sus funciones con numerosos arrestos.

Desde que se hallaba frente del gobierno, muchos hombres notables, sabios y piadosos doctores, y algunas mujeres que se distinguieron por su talento ó por la elevacion de su alma, gemian en las cárceles del Santo Oficio, acusadas de que profesaban la luterana doctrina.

Alarmado por tantas persecuciones, y atendiendo mas al prójimo que á sí mismo, Juan de Ávila propuso á Estéban que abandonaran por algunos dias á Sevilla. El apóstol deseaba visitar á sus pobres. Bajo tal concepto, el jóven y el sacerdote salieron de la ciudad y se encaminaron hácia la parte de San Lúcar.

Hé aquí, pues, porque Dolores no habia encontrado á nadie en casa del franciscano.

El buen Juan de Avila emprendia, de cuando en cuando, una peregrinacion á las aldeas. En ellas, su tolerancia acogia todas las sectas, y las profesiones todas; de igual modo recibia á un judío que á un católico, á un árabe como un gitano.

Consolaba á unos, daba consejos á otros, reanimaba á todos y esparcia en todas partes y de una manera igual y fecunda, los dones de su caridad inestinguible (1).

El nombre del apóstol, se habia convertido en Andalucía, en un talisman poderoso; bastaba pronunciarle para que todos los labios sonrieran y para que todos los ojos se dirigieran al cielo con una espresion de gratitud inefable.

Así es, que cuando se propagaba de aldea en aldea, la noticia de su llegada, los hombres y las mujeres se escalonaban en los puntos donde cruzaba, llevando en sus brazos á sus hijos.

En ellos aguardaban á que el santo les bendijera, y cuando podian tocar el estremo de su túnica, se creian al abrigo de todas las desgracias.

---

(1) En aquel tiempo algunos frailes piadosos recorrian la España, pidiendo á los ricos, dando á los pobres, predicando el Evangelio y consolando á todo el mundo. Esta conducta se hallaba en oposicion con la de muchas órdenes, y con la de la inquisicion. Bajo tal concepto, no es estraño que ésta les persiguiera con tanto encarnizamiento.

Verdad es que el apóstol, con su dulce autoridad, les habia dicho:

—No teneis que prestarme este homenaje; yo cual vosotros, no soy mas que un poco de polvo; á quien teneis que adorar, es al Dios que está en los cielos y que os habla por mis lábios.

Mas el pueblo que es siempre idólatra consideraba mucho mas fácil el prosternarse ante aquel hombre que le colmaba de beneficios que no adorar á un Dios que no veia.

—Hijo mio, decia el apóstol á Estéban que quedaba sorprendido ante la dulzura y mansedumbre de aquellos hombres rudos, los cuales, cuando les hablaba el santo, parecian unos corderos; ved lo fácil que seria el convertir á esa honrada y piadosa gente, si en vez de embrutecerla por el terror y de agriarla con el tormento, se la dispusiera con el buen tratamiento y la dulzura á creer en Dios y en su grande providencia. Así comprenderian lo que es el Sér Supremo. Desgraciadamente se llena de supersticiones el cérebro de estos hombres; se les atormenta tanto, y reciben de la inquisicion y los frailes tan pocos beneficios, que no creen mas que en el infierno y sus diablos, privados de esperanza y de consuelo se hacen débiles, crueles y fanáticos.

—¿Puede suceder otra cosa? replicó Estéban; estos hombres no poseen nada: los monjes se han apoderado de todo (1) y cada dia la inquisicion roba á estos desgraciados

---

(1) En el siglo trece los frailes y el clero formaban la centésima

el único bien que les queda: la libertad de conciencia. Y sin embargo seria tan fácil el procurar la dicha á un pueblo que es como él tan ardiente y tan poeta!...

—Es algo mas que esto, replicó el apóstol: es bravo é inteligente: obsérvase en él una mezcla de alegría, de penetracion y de buen sentido que le hace apto para los mas graves estudios. Este pueblo llegaria á comprender la existencia en su acepcion mas elevada y mas noble; tiene las mayores condiciones para aceptar la fraternidad universal. Pues bien: á este pueblo que es tan bravo, tan leal, tan generoso, se le convierte en un pueblo hipócrita y mezquino. Aun mas: se le convierte en delator. Yo mismo solo debo mi seguridad al hábito que visto. A ser laico yo le hubiese proporcionado iguales bienes, yo le hubiese predicado la moral, y, sin embargo, este pueblo me hubiese mirado como un protestante ó iluminado, y es muy posible que yo hubiese pagado con la existencia mi celo por procurar su

---

parte de la poblacion de España que se elevaba entonces á treinta millones de almas. Los empleados del gobierno, comprendiendo en estos al ejército se elevaban á un millon. Los grandes y pequeños propietarios se podian contar en unos dos millones; el resto de la poblacion se hallaba compuesto de pobres y mendigos. Los frailes y el clero, poseian, ellos solos, la tercera parte de la riqueza inmueble.—*Estadística de Belmonte y Baldivico.*

Los monjes gracias á su intolerancia y á su estraordinaria avaricia redujeron la poblacion de España á once millones de habitantes. Poco faltó para que la crueldad é ignorancia de los gobernantes la convirtieran en desierto.

dicha; pero, afortunadamente, soy monje, y un monje no puede engañarse.

—Id con tiento, padre mio, replicó Estéban sonriendo con cierta amargura; Su Eminencia D. Alfonso Manrique y monseñor Arbués quizá no respetarian el hábito que con tanta honra vestís. En esto no harian otra cosa que imitar al célebre Torquemada, de odiosa y célebre memoria el cual como sabeis no respectó la dignidad episcopal de los señores obispos de Calahorra y de Segovia (1).

Torquemada era un hombre muy cruel, dijo el apóstol lanzando un gran suspiro: pero cuando menos á su brutal fanatismo, á su crueldad inexorable no se juntaba una conducta escandalosa é infame (2). Aquel hombre era víctima

---

(1) Estos dos obispos eran de padres judios ya bautizados y gozaban del general aprecio. El inquisidor Torquemada, hizo que se les instruyera un proceso por mas que segun las bulas apostólicas los obispos no fuesen justificables ante el Santo-Oficio.

Los dos prelados se dirigieron á Roma para apelarse ente el papa y éste encargó el negocio á otros obispos cuya sentencia les fué favorable.

Como una indemnizacion á estas persecuciones, el Sumo Pontífice encargó al obispo de Segovia la nunciatura de Nápoles y la de Venecia al de Calahorra.

Mas no por esto hubo de desmayar Torquemada. Este encontró aun el medio de envolverles en otro proceso en el cual logró demostrar que los obispos habian caido en la herejía con el cual se les encerró en una cárcel donde murieron despues de haberles confiscado sus bienes y de haberles degradado.

(2) En todos tiempos se ha acusado á los inquisidores y á los demás empleados del Santo-Oficio de que abusaban de las mujeres que encerraban en sus cárceles.

de su propio fanatismo pues de otro modo no se hubiese comprendido tanta crueldad é injusticia. En él, habia dos almas: la del inquisidor y del cristiano. Así es que despues que el gran inquisidor habia pronunciado su sentencia contra un hereje, Tomás de Torquemada el severo y fanático dominico, se arrodillaba ante un crucifijo, empuñaba sus fuertes disciplinas y maltrataba su cuerpo, y arrancaba sus carnes, no precisamente por esos alardes de religion con que los hipócritas quieren conquistar el nombre de católicos, sino porque, real y verdaderamente, Tomás de Torquemada, el fundador de la inquisicion, queria espiar, mortificando su cuerpo, las herejías del reino de Castilla (1).

—¡Oh! ¡padre mio! observó Estéban; si la humanidad

Esta acusacion no es tan injusta como pretenden los que han defendido aquel tribunal horrible: despues de la sublevacion de Córdoba y de la huida del inquisidor Deza, el sucesor de este último Gimenez de Cisneros, queriendo poner un límite á tan escandalosos escesos cometidos en las mujeres que permanecian en las cárceles, decretó luego de consultar á la Suprema, que todas las personas empleadas en el Santo-Oficio que se hiciesen culpables de semejantes delitos se les castigue con la pena de muerte. Varias fueron las veces en que se proporcionaron ocasiones para aplicar esta ley; mas siempre quedó sin efecto:—*Llorente*: *Historia de la Inquisicion.*

1) El fanatismo de Torquemada igualaba cuando menos su crueldad ó por mejor decir su crueldad era el resultado de su fanatismo. Cada vez que se veia obligado á obrar contra un hereje el inquisidor que dirigia espiritualmente á Fernando de Aragon se preparaba con la penitencia y el ayuno. La penitencia consistia en el uso de las disciplinas hasta que la carne y la sangre brotaba de su cuerpo.—*Vida de Torquemada* por Ponce de Leon.

continúa progresando, llegará dia en que se sorprenderá ante los horrores é infamias que la inquisicion ha cometido.

—Es cierto, hijo mio, replicó el apóstol; pero lo pasado servirá de leccion á lo futuro. Llegará una época en que los hombres leerán el Evangelio, y entonces todo el mundo se dirá: «Ya que somos hermanos, por qué nos hemos de tratar como estraños?»

Cuando los individuos de un país conocen el código que les rige, nada tan difícil como el que se irroge un perjuicio; esto se puede aplicar mejor al Evangelio que es el guia de nuestra alma y sabido es que cuando el alma está bien dirijida las acciones son siempre buenas. Allí donde reina la ignorancia, reina tambien la locura, la supersticion, el desórden y todas esas plagas que hacen de la tierra un infierno.

En estas y otras razones, el apóstol y Estéban llegaron á una de esas pequeñas aldeas que se levantan en las crestas de un monte y que se ven con gran frecuencia en España.

Algunas casas bajas se estendian en doble y tortuosa hilera formando una calle irregular terminada por una iglesia cuyo agudo campanario se elevaba sobre el conjunto de la aldea. Cuando la campana de esta iglesia daba al viento su badajo, se hubiese dicho que aquel lugarcillo era una inmensa boa que levantaba su cabeza silvando y dirigiendo al cielo su movible é inquieta lengua.

A la llegada de nuestros viajeros la aldea se hallaba tranquila.

Casi era de noche.

Los labriegos que habian vuelto de sus campos se entretenian en el arreglo de su cena.

Algunos niños, casi desnudos, jugaban frente á la puerta de las casas y algunos pastores subian lentamente por la falda del monte, conduciendo las cabras á sus rediles.

El apóstol no habia estado mas que una ó dos veces en la aldea y los niños, que no tienen gran memoria, no reconocieron su semblante.

Estéban y él cruzaron gran parte de la calle sin que nadie opusiera obstáculo á su marcha.

Pero al cruzar frente á una casa cuyo esterior anunciaba la miseria, hubieron de detenerse en la misma sorprendidos ante el rumor que hacian infinidad de voces.

A no dudarlo, en aquella casa habia mucha gente y ocurria en ella algo estraño.

Los viajeros escucharon un instante y de pronto oyeron una voz chillona que con femenil acento esclamaba:

—¡Pobre Pablo! tan bien como se sentia esta mañana.

—¿Hay álguien que necesite de nosotros? preguntó el apóstol entreabiendo la puerta que cedió inmediatamente.

Estéban y el franciscano entraron en la casa.

Era una mala choza donde casi no penetraba la luz, y en cuyo desigual pavimento se veian quince ó veinte gitanos de todos sexos y edades, los cuales rodeaban á un hombre vestido con traje de fiesta y que permanecia sentado en una silla, en una actitud que parecia bastante graciosa.

Aquel hombre se hallaba muy pálido, y al verle cualquiera hubiese dicho que dormia.

Aquel rancho de gitanos, presidido por la abuela (1), reina de aquella casa, rodeaba al que se hallaba sentado.

La llegada del apóstol y de su compañero no desarregló aquel círculo, pero la abuela que veneraba mucho á Juan de Avila, mandó que le trajesen un escabel, único asiento que existia en aquel rancho. Estéban permaneció en pié.

—¿Qué es lo que esto significa, padre mio? interrogó el jóven dirigiéndose al apóstol.

—Significa que este hombre ha muerto y que están haciendo sus honras fúnebres; mirad.

En este instante un gitano avanzad hácia el muerto y le colocaba una guitarra en sus manos.

Luego, en voz alta y sin ninguna clase de escrúpulo, se acusó de todos los crímenes que habia cometido desde la muerte del último gitano fallecido en el rancho.

Concluida esta singular confesion interpeló al muerto diciendo:

—Ahora bien, José: si obré mal que me vuelva sordo tu guitarra; pero si obré bien no te muevas y me creeré perdonado.

Ya se comprenderá que el muerto ni tocó la guitarra ni hizo movimiento alguno, con lo cual el gitano se retiró con la tranquilidad de un usurero que ha recibido la abso-

(1) Los gitanos llaman abuela á la que cuida de su choza, que es siempre una vieja.

lucion bajo la formal promesa de restituir lo que ha robado.

—¡Vaya una gente bárbara! dijo Estéban en voz baja al apóstol.

—Aguardad, hijo mio, dijo el franciscano; aun no han concluido.

Y en efecto, los demás gitanos hicieron tambien su confesion con lo cual creyeron que sus delitos quedaban ya perdonados; el muerto les habia absuelto y en su concepto se hallaban inocentes como si fuesen palomas.

La choza se iluminó con antorchas de resina; el apóstol que habia adquirido profundos conocimientos médicos, pero que sobre todo se hallaba dotado con ese golpe de vista que distingue al génio, examinó atentamente al difunto.

—Este hombre, dijo á Estéban el apóstol, se encuentra muy delgado y su rostro segun se vé no ha sufrido alteracion alguna.

—Es cierto, dijo el mancebo que lo examinó como el apóstol.

Mas uno y otro hubieron de interrumpir sus fisiológicas observaciones: una doncella comenzó á danzar frente al muerto y poco á poco los gitanos del rancho fueron tomando parte en aquel baile, hasta que improvisaron un círculo al rededor del difunto.

Al principio sus movimientos fueron candenciosos y lentos, bien como si quisiesen familiarizarse con el compás y la medida; pero luego el baile se hizo mas rápido volteando y animándose por grados hasta que, por fin, giraron

con tal rapidez que se les hubiese tomado por un *sábat* de brujas ó por una legion de diablos (1).

De pronto se detuvieron lanzando horribles gritos.

Se habia derribado al muerto de su asiento y cayendo en mitad del círculo habia cogido á una jóven, que, menos lista que los otros, habia enredado el estambre de su pañuelo en los botones de metal que se veian en la chaqueta del difunto.

La gitana hizo un movimiento de horror y el muerto cayó de rostro al suelo.

—Jesús, Dios mio! gritó la abuela; vaya una desgracia que Pablo haya caido sobre tí pobre Marica!

—Sí; añadieron los demás gitanos, van á ocurrirte grandes desgracias y hasta quizá te mueras si es que no pasas la noche con Pablo.

—Yo pasar la noche con un muerto! esclamó asustada la gitana; yo velar á este difunto para que vea como el infierno baila en torno suyo y arrastra su cadáver? (2).

---

(1) Esta danza forma parte de la ceremonia llamada *la Velada de los muertos* y tiene mucha semejanza con el *Wakae* de los irlandeses.

(2) Los gitanos no profesan religion alguna. Fingen seguir la adoptada en los paises que habitan; pero en cambio son estraordinariamente supersticiosos. Así es que un gitano acostumbrado á vivir del merodeo y del robo, no escamoteará nada si por casualidad oye el canto del mochuelo; pues segun las supersticiones que reina entre esta gente, el canto del mochuelo anuncia siempre la cárcel ó por lo menos tratos con la justicia.

Asimismo el gitano se guardará mucho de probar un licor don-

—Si quieres pasaré la noche á tu lado, Mariquita, dijo un mancebo que hacia el amor á la gitana; pero te advierto que entonces tu velada no producirá efecto alguno.

—Nó, nó: tengo miedo, esclamó llorando la gitana; prefiero la muerte antes que todo.

Mientras que los gitanos resolvian tan grave y formal asunto, Juan de Avila se habia lanzado sobre el muerto para levantarle, y habia observado que al caer se habia herido el rostro y que de esta herida manaba sangre.

—Silencio, hijos mios! gritó con energía; este hombre no ha muerto: esperad.

Los gritos cesaron como por encanto y los gitanos se quedaron inmóviles en su puesto llenos de una sorpresa estúpida.

Habiendo danzado en torno de un cadáver y al ver que iba, por decirlo así, á resucitar un hombre, esperimentaban un miedo harto ridículo.

Ausiliado por Estéban, el apóstol cogió á Pablo, lo sentó sobre una silla y sacando del bolsillo un pomito que jamás abandonaba, hizo respirar sus esencias al enfermo. Su compañero, entretanto, frotaba las manos al gitano para llamar el calor y la vida.

---

de haya caido una mosca, porque sabido es que muere el que bebe de un líquido que ahoga: y para acabar de una vez diremos que el gitano que ha tocado un difunto en la *Velada de los muertos* tiene que pasar la noche con el cadáver y tener el suficiente aliento para ver como lo llevan los diablos so pena de morir en aquel mismo año.

Trascurridos algunos instantes, los ojos de Pablo se entreabieron y su rostro se coloreó con una tinta purpúrea.

La reaccion fué tan rápida que amenazaba con un ataque aploplético.

Entonces Juan de Ávila abrió la herida que tenia en el rostro y dijo á Estéban que hiciese algunas fricciones en las estremidades inferiores.

El enfermo empezó á respirar con libertad, abrió completamente sus ojos y miró en torno suyo con estúpida sorpresa.

Aquel hombre se hallaba salvado.

No habia sufrido mas que un gran letargo ocasionado por los escesos del vino.

Pero al verle resucitado, los que habian celebrado sus honras fúnebres, se hincaron de rodillas y los mas jóvenes echaron á correr por la calle diciendo, á voz en grito, que el santo habia hecho un milagro.

El mismo resucitado que se sentia débil y que casi no podia sostenerse, besó las manos del apóstol diciéndole:

—Yo estaba muerto y vos me habeis sacado del mundo de las tinieblas.

—No he sido yo, replicó el apóstol, sino Dios.

—Padre mio, le dijo Estéban en latin al objeto de que aquella gente no le comprendiese; por qué dejais creer que este hombre habia muerto y que está resucitado?

—Hijo mio, respondió el santo, estos hombres no están aun dispuestos para comprender la verdad. Si intentásemos esplicarles el fenómeno que acaba de realizarse, creerian

que esto es cosa de mágia y nos tomarian por hechiceros. Dejadles pues en su sencillez y en su fé, ya que esta forma por decirlo así, su único consuelo. Creedme, Estéban: ilustrar á un pueblo, mejorarlo con la ciencia, es la obra de mas de un dia, principalmente cuando hace ya mucho tiempo que se le ha falseado en sus instintos. Nada tan fácil como pintar y adornar una tela de color blanco; pero cuando esta tela se halla desde muchos años pintada, lo primero que se debe hacer es borrarla á fin de que prendan en ella las tintas nuevas.

—Así, pues, observó Estéban, estos hombres han de quedar en una eterna ignorancia.

—Nó, hijo mio, nó; dejad que el agua vaya filtrando gota á gota y concluirá por horadar la peña.

Entretanto á la noticia del milagro que acababa de operarse, los aldeanos habian dejado sus casas; los mismos niños, no obstante su apetito, habian dejado el hogar donde se condimentaba la cena para ver al santo que resucitaba los muertos.

Luego de haber dispensado algunos beneficios á los gitanos y de exhortarles á que renunciasen al homicidio y al robo, exhortaciones que oian siempre compungidos, pero que olvidaban luego á consecuencia de sus salvajes instintos, de sus malos hábitos y de la dificultad en que se hallaban de vivir de otra manera porque desgraciadamente la sociedad les rechaza; el apóstol les dejó al objeto de recorrer la aldea, llevar su ausilio y su consuelo á los afligidos y enfermos, y darles algunas monedas que eran

tanto mas preciosas, cuanto, si bien aquellos siervos de los frailes tenian la sopa, no tenian nunca dinero. No es pues estraño que aquella gente conservase como reliquias los maravedices que les daba el apóstol y que hasta los convirtieran en botones con que adornaban sus chaquetas (1).

Los viajeros ni siquiera tuvieron que entrar en las casas; la muchedumbre salia á recibirles, no sin que en seguida el monge preguntara á cada uno por su familia y sus necesidades; á los que veia enfermos ó afligidos, les daba consuelos y remedios, y á los que iban mal vestidos les daba algun dinero para que comprasen un traje.

Pero al mismo tiempo recomendaba la resignacion y la obediencia porque decia que la murmuracion y la impaciencia, léjos de remediar no sirven mas que para agravar los males.

El fogoso Estéban no obstante sus doctrinas filosóficas, esencialmente reformistas, no podia menos que admirar la profunda sabiduría del apóstol.

Hé ahí, pensaba, un reformador verdadero, es decir sóbrio, paciente y constante; solo de este modo llega á regenerarse un pueblo.

El paso de aquel hombre en medio de aquella poblacion

---

(1) Los gitanos y la plebe de Andalucia tienen mucha aficion á convertir las monedas en botones. Los mas pobres usan ochavos los mas ricos reales, y otras monedas de oro y plata. Hay contrabandistas y arrieros que horadan monedas de veinte, cuarenta y cien reales para llenar con ellas sus chaquetas.

entusiasta y oprimida, era como un rayo del sol que caia en las tinieblas de aquellas almas ardientes y sencillas.

—Francisca, decia un jóven á su esposa; nuestro hijo será fuerte y hermoso; el apóstol le ha besado.

—Este año se cogerá mucho trigo, decia otro; el apóstol nos ha visitado cuando las espigas empiezan á llenarse.

—El fuego del cielo respetará mi casa, decia un tercero; el apóstol se ha detenido en frente de ella.

Y el santo les decia:

—Dios os bendicirá porque sois buenos; y gozareis de dicha porque no haceis mal á nadie.

—Padre mio, dijo llorando una jóven que llevaba en sus brazos á dos niños gemelos: se ha encerrado á mi esposo en las cárceles del Santo-Oficio porque era moro convertido, y porque no fué á misa el dia en que parí estos dos niños.

El franciscano levantó sus ojos al cielo, y replicó:

—Ten paciencia, hija mia; tu esposo te será devuelto; confia en Dios, que él procurará consolarte, y yo te prodigaré mis cuidados.

—En verdad que es un santo, dijo una anciana en voz baja: no teme á la inquisicion.

—Buena mujer, observó el apóstol, que habia oido sus frases; los que creen verdaderamente en Dios, no temen en nada.

Estéban y su guia aceptaron algunas provisiones con que se llenaron sus alforjas, y despues se alejaron, entre mil bendiciones, de la aldea, con objeto de pasar la noche

en una de esas rústicas chozas que los pastores levantan en las crestas de los montes y donde pasan el invierno guardando sus rebaños.

CAPÍTULO XIV.

En que se continúa hablando de José.

Volvamos á Dolores que dejamos en el camino de la taberna.

Llegado que hubo á la estremidad de la calle de Gitanos, no la fué difícil reconocer la muestra de la *Buena Ventura* que se hallaba escrita sobre la pared en grandes letras; no obstante la oscuridad que iba creciendo Dolores no podia engañarse.

No habia aun mucha gente, algunos frailes raciaban, platicando, un jarro de pajarete y en el estremo de la mesa veíase un hombre y una mujer, bastante mal vestidos, comiendo un trozo de pan negro y apurando dos jarros de un vino muy ordinario.

Las lámparas que colgaban de la pared, casi no eran bastante á disipar las tinieblas.

La calma que en la taberna reinaba, tranquilizó algun

tanto á Dolores. Esto no obstante, la niña vaciló porque no veia á la Chapa y no sabia á quien dirigirse: mas la Chapa no tardó mucho en aparecer á la entrada de la cocina. Entonces Dolores revistiéndose de valor empujó la puerta y se dirigió hácia la jóven tabernera.

Al llegar cerca de ella entreabrió su mantilla y la Chapa hubo de reconocerla enseguida.

Dolores, á su vez, reconoció en ella á la jóven que habia servido de mensajera en el horrible complot de que habia sido víctima y retrocedió impulsada por un movimiento de horror.

Entonces la Chapa, sin que pronunciara una frase, la dirigió una mirada suplicante y con sangre fria, verdaderamente andaluza, cogió con viveza su mano y fingiendo que queria besarla en sus mejillas, dijo con alegría:

—Calle! eres tú, mi buena Ana? quien habia de esperar á estas horas una visita de mi prima? Ven, ven, continuó, arrastrando la jóven hacia la cocina; ven y hablaremos de mi buena tia y de tus hermanos. Vaya con Anita! Cuán contenta estoy de verte!...

Durante este flujo de palabras, la Chapa habia sustraido á Dolores á las miradas de la gente que habia en la taberna, y Dolores que, profundamente impresionada carecia de aliento para sostenerse, se sentó en una silla de paja que encontró en un ángulo.

—Tranquilizaos, señora, la dijo en voz baja la hermana del Cuco, poniéndose casi de rodillas; tranquilizaos y no temais nada; daré toda mi existencia por salvaros.

Y viendo con lo que acababa de decir que Dolores se animaba poco á poco, añadió:

—Fingid que hablais conmigo como si fueseis mi prima: es necesario engañar á los espías.

En aquel mismo instante un fraile pidió á Chapa un jarro de vino.

La Chapa que era muy lista, se apresuró á servirle.

—Pobre prima mia! esclamó dirigiéndose á la jóven que cenaba en el estremo de la mesa; cuán buena has sido viniendo á visitarme!

Pero la mujer á quien se dirigia la Chapa, era la única que podia conocer á Dolores.

Esta mujer era la Culebrina, la cual, en el mismo instante en que la hija del gobernador habia entrado en la taberna, la habia reconocido.

Manofina, que no era otro el hombre que cenaba con ella, no tuvo igual memoria.

Las mujeres son las únicas que poseen esa perspicacia que á veces es tan rápida como el mismo pensamiento.

La sirena sonrió con dulzura pero sin que contestase á la Chapa.

Algunos instantes despues Manofina quiso retirarse y la Culebrina se acercó entonces á la tabernera que se asomaba á la puerta con objeto de ver si su hermano volvia.

—Chapa, le dijo, cuida mucho de tu prima; y si necesitase de mí ó de Manofina, ya sabes donde puedes encontrarme.

La tabernera miró á la sirena confundida.

—Es que yo conozco tambien á tu prima, añadió por lo bajo la gitana y acentuando sus frases.

—Pues bien, si efectivamente la conoces, procura ser discreta, replicó la Chapa.

—Oh! oh! esclamó la gitana, haciendo un gracioso movimiento con los hombros; de qué tienes miedo...? no se trata de una protegida del apóstol? La quiero tanto como tú misma. Recuerda únicamente lo que dije: si necesita de nosotros ven á buscarnos. Adios.

Y el chulo y su compañera se alejaron.

—Haz que venga tu prima, Chapa, esclamó un voluminoso fraile al cual empezaban á alegrar los vapores del vino; es tan hermosa cual tú.

—Pobre niña! déjenla tranquila, replicó la Chapa; es tímida como un cordero.

—Pero esto no impide que sea muy linda.

—Ya la vereis despues que haya dormido, repuso la tabernera arreglando sus copas y sus jarros; ha andado á pié muchas leguas y está muy fatigada.

En aquel instante llegaron muchos obreros que pidieron de cenar, y la plática se dió por terminada.

El fraile siguió bebiendo.

La Chapa, luego que con una destreza singular hubo servido á su gente, se aprovechó de la general distraccion que sigue siempre al comenzamiento de una cena, y del ruido que hacian tantas mandíbulas, por hablar en voz baja con Dolores.

—Conoces, Chapa, le preguntó ésta que se hallaba muy tranquila, conoces al fraile José?

—Vaya si le conozco! replicó la Chapa en voz baja: por mas señas que viste el hábito de la inquisicion, es todo un santo, señora. Ayer mismo, prosiguió la tabernera, me dijo que si vos preguntaseis por él, yo fuera en su busca.

—Ah! esclamó Dolores, respirando con libertad; veo que no me ha engañado.

—Pero en cambio os engañé yo, dijo la Chapa casi llorando; aun no me habeis perdonado?

—Sí, contestó Dolores; te perdono aunque me hayas causado un gran daño.

—Oh! ignoraba lo que hacia; no hice mas que obedecer y hélo ahí todo; si supiérais lo que es necesario hacer para ganarse una la existencia!...

—Pobre jóven!... pero mira que te llaman; no te ocupes de mí; sirve á todo el mundo á fin de que nadie nos observe.

La Chapa volvió á la mesa de los que comian y sirvió lo necesario.

Luego volvió al lado de Dolores.

La hija del gobernador estaba muy pálida, y en todo aquel dia no habia probado un bocado.

—Dame algo para que coma, dijo á la tabernera; la debilidad me mata.

—Jesús, Dios mio! esclamó la Chapa; cómo no lo decíais mas pronto, señora? Todo lo que hay en esta casa es vuestro, completamente vuestro.

Y al mismo tiempo la sirvió una taza de chocolate que tenia constantemente preparada por si algun fraile quisiera sustituirla al vino.

Aun Dolores no habia concluido su colacion cuando en la taberna se oyó un rumor inesperado.

La jóven asomó su cabeza.

Todo el mundo se habia levantado obedeciendo á un sentimiento de respetuosa deferencia.

El favorito del inquisidor acababa de entrar en la taberna.

Los mismos hijos de San Francisco prestaron al jóven dominico ese testimonio de sumision y respeto.

José cruzó altanero y orgulloso en medio de aquella gente: su labio inferior se contrajo en señal de desden, y en sus facciones hubo de retratarse el mas profundo desprecio.

El jóven se dirigió á la cocina.

Dolores fijó en él sus ojos llenos de angustia y de tristeza.

—Ya estais aquí? la preguntó José reconociéndola.

—Parece que tratais de dirigirme un reproche, padre mio, observó Dolores; os arrepentís ya de protejerme?

—Nó por cierto, hija mia, replicó el novicio; lo que yo prometo lo cumplo siempre con gusto, pero no os estrañe mi sorpresa; no me digísteis ayer que teníais un asilo?

—Lo creia así, padre mio; estoy maldita como Caín; aquel en cuya busca fuí ha partido y quizá haya muerto; he pasado la noche como he podido, y esta tarde me he pro-

curado este humilde traje para que nadie me conociese.

—Y obrasteis con gran tino, hija mia, estuvísteis muy espuesta; peso yo lo remediaré todo y me lisonjeo, continuó el fraile con amargura, de que nadie llegará á sospechar que el dominico José] presta asilo á una mujer que la inquisicion persigue.

—Padre mio, observó Dolores un tanto inquieta, pues hacia ya unos dias que la sucedian cosas tan estraordinarias y grandes que le era permitida la duda; padre mio, esclamó; dónde se encuentra este asilo?

—Acaso desconfiais? preguntó José fijando en ella su ardiente y franca mirada.

—Oh! perdonad, esclamó Dolores juntando sus dos manos; pero á cada paso que doy en mi existencia voy acercándome á un abismo, y sin embargo... Oh! yo os creo, yo os creo! si quisieseis hacerme traicion no me miraríais de este modo.

—Pobre niña! no tienes otra garantía de mi buena fé que la franqueza de mi mirada?... sabes si yo tal vez oculto el corazon de un tigre bajo las miradas de un ángel? no sientes algo secreto que te dice que tu causa es la mia, y que yo te defenderé como si fueses mi hermana?

—Haced de mí cuanto gusteis, dijo la niña hincándose ante aquel hombre misterioso.

Dos amargas y corrosivas lágrimas; dos de esas lágrimas por mucho tiempo contenidas, que brotan un dia ú otro y á pesar suyo, del corazon mas enérgico, se desliza-

ron con lentitud de los largos párpados del fraile á sus flacas y pálidas mejillas.

—Llorais, padre mio! esclamó enternecida la jóven; vos tampoco habíais de nacer en este siglo de hierro.

—Dios, respondió José, nos lanza á la tierra cuando quiere y por lo que quiere, nos lanza á este mundo para sufrir ó perseguir haciéndonos instrumentos de su eterna venganza. Hé ahí por qué quizá tu y yo, Dolores, vivimos en este siglo.

—Dios mio, esclamó Dolores, vuestra tristeza me asusta, y sin embargo yo tengo fé en vos é iré donde intenteis guiarme... Fuera de que, añadió vacilando, tenga que pediros otra cosa...

—Habla, dijo el fraile, adivinando, por decirlo así, la intencion de la doncella.

—Yo soy la prometida esposa de D. Estéban de Vargas.

—Lo sabia, dijo el novicio ahogando un suspiro doloroso; queda tranquila: D. Estéban se encuentra en seguridad.

—Tambien le salvasteis? preguntó ella llena de alegría.

—No fuí yo quien le salvó, sino la justicia eterna.

—Oh, padre mio! que el cielo os bendiga por haberme conservado á Estéban!

Esta conversacion se sostenia á media voz, en la cocina de la taberna.

La Chapa iba y venia, distribuia á los convidados raciones de atun, sardinas y pan, cuya blancura era superior á la del del resto de España y tal era el respeto á la santa inquisicion en general y á los inquisidores en parti-

cular, que nadie murmuró de la conversacion habida entre el jóven fraile y la *prima* de la Chapa.

Durante este tiempo el Cuco entró en la taberna.

José le llamó aparte.

—Oye Cuco, le dijo, mientras que tu hermana está ocupada sígueme con esta jóven hasta las afueras de la ciudad.

—Haré cuanto vuesa reverencia me mande, respondió el Cuco inclinándose; pero cruzareis la taberna ahora que se encuentra llena de gente?

—Tú y yo la cruzaremos solos; pero esta doncella saldrá por la puerta escusada.

Habia en efecto en la cocina una puertecilla escusada la cual guiaba á un especie de chiribitil que daba á un callejon.

El dominico salió de la taberna acompañado por los mil saludos y reverencias de sus muchos parroquianos, y salió á la calle donde el Cuco fué á juntársele.

Rodearon la casa y entraron al callejon.

Dolores les aguardaba.

Despidióse de la Chapa y siguió á José que la servia de guia, pues el mismo alguacil ignoraba el lugar donde iba á guiarla.

—Creo que no tendreis miedo, la dijo el novicio estrechando la temblorosa mano de Dolores.

—Ya lo veis, dijo ésta, apoyándose en su brazo con noble confianza.

Y los tres echaron á andar sin que nadie se fijara en ellos.

CAPÍTULO XV.

La abadesa de las Carmelitas.

Mientras que en la taberna de la Buena Ventura ocurria esta escena, de sí muy poco interesante, pero muy necesaria, al descubrimiento de nuestra historia, en el convento de las Carmelitas ocurria un hecho de un género distinto.

La abadesa, hija de la ilustre casa de la duquesa de Lerma, habia sido elegida superiora del convento, gracias á la elevacion misma de su cuna.

En el instante en que la vamos á presentar á nuestros lectores y sin embargo de que era una humilde hija de San Francisco, ocupaba, en medio de sus monjas favoritas, un rico sillon de terciopelo situado en una especie de estrado y encima del cual se veia un pabellon bordado en oro.

Cerca de ella habia el pastoral cayado, insignia de su abacial dignidad.

Caia de su cintura y sobre sus faldas de tela negra, un rosario de filigrana y esmeraldas cuyos *Paters* consistian en perlas de Oriente gruesas como nueces; en su pecho brillaba una gran cruz de oro cincelado y á cada movimiento de su blanca y delicada mano brillaba el garce del abacial anillo que contenia un diamante de fabuloso precio, sacado, probablemente, de las minas de Visapour de Golconda.

La abadesa de las Carmelitas no tenia mas que unos veinte y cuatro años.

Era una mujer de mediana estatura que parecia alta por la majestad de su aire y el modo como erguía su hermosísima cabeza que se destacaba de una magnífica garganta.

Su tez de una palidez rosada y que era mas blanca de la que comunmente distingue á las andaluzas, era aun mucho mas blanca porque vivia entre la sombra del claustro; y sus ojos de un azul sombrío irradiaban un brillo casi metálico de entre sus largos y negros párpados.

Esto no obstante, el rostro de la abadesa indicaba un orgullo de raza y una manifiesta inclinacion al sensualismo. Otra cosa no indicaban sus rojos y voluptuosos labios sombreados por un finísimo bozo casi tan negro como sus cejas.

Mas la pasion que en ella dominaba, era el orgullo, el cual se elevaba por todas las prerogativas de su cargo; queria á los que sabian adular mejor su vanidad aristocrática, y en el mismo claustro se hacia tratar como una reina.

En torno de ella y en sitiales mas bajos, veíanse sus favoritas, las cuales se ocupaban en finísimos bordados que únicamente podian salir de manos de una monja.

Algunas religiosas, para mayor humildad, permanecian sentadas en los últimos peldaños de aquel especie de trono, casi á los piés de la abadesa. Era una adulacion como cualquier otra, el santo rebaño conocia la debilidad de su superiora.

En aquel instante un grande acontecimiento ocupaba la piadosa ociosidad de aquellas santas doncellas.

Este acontecimiento era la desaparicion de Dolores.

—Comprendeis, Clara, decia la abadesa á una jóven que estaba no léjos de su trono, comprendeis por qué esta jóven abandona el convento donde yo la trataba como á mi propia hermana?

—En verdad que nó, madre mia, contestó la carmelina, á menos que se la hubiese encerrado aquí para sustraerla á un amor mundano y que este amor la hiciese dejar este retiro...

—Dolores era de una ejemplar modestia, y no obstante sus reservadas y orgullosas maneras tenia un carácter muy amable. Yo creí de buena fé que podia educarla en nuestro humilde rebaño, y mi esperanza se hallaba tanto mas fundada cuanto el hombre que la trajo era un santo; el fraile mas virtuoso de España.

—Lástima grande que se pierda entre los desvanes del mundo! esclamó una novicia cuyos brillantes ojos estaban muy léjos de espresar la tranquilidad del alma y los sen-

tidos. Dónde se pudiera hallar mejor que entre nosotras?

—Bendecid, hija mia, replicó Francisca de Lerma, el santo nombre de Dios que al arrancaros del mismo peligro os permite que vivais aquí una existencia pacífica y tranquila.

La jóven ahogó un suspiro esforzándose en dar á su rostro cierta espresion de contento.

Esto no obstante, á las delicias del claustro, hubiese preferido la independencia y libertad de la vida mundana.

—Mirad, madre abadesa, interrumpió desplegando en sus rodillas una banda de seda blanca adornada con unas preciosísimas flores de oro que acababa de bordar; mirad, madre mia, aquí está una banda que evidiarán los conventos de Sevilla.

—En efecto, respondió la abadesa; es verdaderamente preciosa; ella formará un magnífico adorno cuando pronuncieis vuestros votos. Pero que teneis, hermana Catalina? prosiguió la abadesa dirigiéndose á una monja que hojeaba un volúmen groseramente impreso y adornado con láminas, que eran, aun, mucho mas malas que el texto.

La monja ocultó ruborizada aquel libro.

—Dádmelo, esclamó con severidad la abadesa.

—Dad este libro, hermana, dijeron las otras monjas cuya curiosidad se hallaba vivamente escitada.

Catalina era una de esas monjas á quien la abadesa mimaba, tanto por lo dulce de su carácter, como por la gran fortuna y elevada posicion de que gozaba su familia.

La jóven alargó con timidez el volúmen y entonces

sus compañeras leyeron en su cubierta : *La Santa Biblia.*

Era una biblia protestante, vertida en español é impresa en Holanda.

—Es un libro de devocion, dijo Clara, no sé por qué se habia de leer con tal misterio.

—Sí, pero es una biblia luterana, observó la abadesa, que era menos ignorante y tan curiosa como las otras monjas; de dónde la sacasteis, hija mia?

—De un hermano de mi madre que la trajo de Flandes donde mandaba un tercio, respondió Catalina. Mi tio era muy partidario de la religion reformada; así es que cuando mi madre quiso que yo entrara en el convento, mi tio que se oponia á ello me dió este libro, diciendo:

—No estarás mucho tiempo encerrada, hija mia; porque cuando la reforma del gran Lutero haya penetrado en España, las monjas quedarán libres y hasta podrán casarse conforme ha sucedido en Alemania.

—¡Dios mio! qué sacrilegio! gritaron las religiosas que escuchaban aquellas frases con una avidez increible.

—Cállete! esclamó la superiora dirigiéndose á Catalina, estas frases son muy imprudentes.

—Está muy léjos Alemania? preguntó Clara á las demás religiosas.

—Ya lo creo; y á mas de esto, cuando Lutero venga nosotras ya habremos muerto.

—He dicho silencio! gritó la superiora, cuyo corazon latia con violencia á la sola idea de que podia ser libre. Tal era la vivacidad ardiente de esta monja que si se ha-

bia encerrado en el cláustro habia sido para que el despotismo monástico diese alimento á su increible energía.

—Oh! murmuró entre dientes y repitiendo las frases de Catalina; quizá cuando la libertad llegue, nosotras ya habremos muerto!

—Parece que la madre abadesa se ha quedado pensativa, murmuró Clara en voz baja.

Oyóse el rumor de una campanilla.

La abadesa volvió en sí de un modo súbito.

—Clara, dijo, vé á ver quien llama; no sé quien puede visitarme á estas horas.

—Quién és? quién puede ser? murmuró aquel ocioso ejército de monjas para las que el mas ligero incidente formaba un acontecimiento gravísimo, en razon á que en los monasterios todo es fútil y vacío de sentido.

Clara se habia levantado; pero antes de que con su lento y medido paso hubiese cruzado la sala, una hermana lega alzó el tapiz de la puerta llevando una bandeja de plata que contenia una carta.

Clara cogió la bandeja de manos de la lega y no obstante los esfuerzos de sus hermanas que todas á un tiempo habian estendido su brazo para coger la dichosa bandeja, Clara, mas lista que las otras, levantó la carta por encima su cabeza, se dirigió hácia la especie de trono que ocupaba la abadesa, subió con ligereza sus peldaños é hincándose ante ella, le presentó la bandeja (1).

---

(1) Este ceremonial que es tan *cristiano* se conserva aun en nues-

La abadesa cogió la carta, rompió su sello de cera verde y no bien hubo leido sus primeras líneas cuando levantó de su sitio.

—Hermanas mias, vamos á recibir al grande inquisidor Pedro de Arbués que nos dispensa el honor de visitarnos.

La abadesa hizo un signo á la lega y ésta dejó la estancia.

Entonces, cogiendo su báculo, Francisca de Lerma se colocó al frente de sus monjas y seguida por ellas dirigióse hácia la puerta del convento donde recibió á Su Eminencia.

Como se vé el inquisidor solo habia participado su llegada á la abadesa.

En un gobierno despótico no hay mas poder que el que gozan las grandes dignidades.

Llegado que hubo á la puerta del convento, Francisca de Lerma hizo que se abriera de par en par esta última. Entretanto el inquisidor bajaba de su litera; llegaba solo y no le acompañaban mas que algunos criados.

José para no hacer esta visita, se habia fingido enfermo; pero el lector no ignora donde habia ido.

El inquisidor avanzó hácia las monjas y no bien cruzó

---

tros dias entre algunas siervas de Jesucristo. Entre las órdenes que pudiéramos citar figuran las monjas de Jesús las cuales ofrecen las cartas á sus superiores con una bandeja de plata y una rodilla puesta en tierra.

el dintel de la puerta, cuando la abadesa se colocó de hinojos para recibir sus bendiciones.

Sus hermanas la imitaron.

Luego Francisca de Lerma guió hácia la sala que un momento antes ocupaba y mandando traer dos anchos sillones con franjas de oro, invitó á que Pedro de Arbués ocupara uno de ellos, despues de lo cual se sentó en el otro.

Colocada así frente á frente del inquisidor, la abadesa conservaba su rango.

Pedro de Arbués no obstante de que era muy quisquilloso en lo que se refiere á la etiqueta, se contentó con sonreir ante la sutileza de la monja. Verdad es que en cualquier otro dia hubiera sufrido cualquier humillacion en sus derechos y prerogativas y hasta se hubiera sentado con gusto en el último peldaño de aquel hermoso y dorado trono que ocupaba la superiora; mas en aquel dia Pedro de Arbués estaba de un humor sombrío, y reprendiéndola con su mirada y dando á comprender que sucedia algo estraordinario, la dijo:

—Tengo que hablar con vos, hermana mia, haced que la estacia se despeje.

La superiora hizo una seña y el velado ejército desapareció del salon como una bandada de aves.

Entonces Pedro de Arbués se levantó y se dirigió hácia la puerta para ver si estaba cerrada.

Luego se sentó al lado de la abadesa.

—Señora, la dijo con frio y glacial acento; la última vez que visité este convento os pregunté si habia en él

alguna religiosa ó novicia que yo no hubiese visto, y si mal no recuerdo vos me dijísteis que nó.

—Y era efectivamente así, replicó la abadesa; no habia aquí ninguna religiosa á la cual Vuestra Eminencia conociese.

—Ciertamente; pero en cambio habia una mujer que vos me ocultasteis.

—No os la oculté, monseñor, dijo Francisca de Lerma; cuando nos dispensasteis el honor de visitarnos no habia aquí ninguna religiosa ni novicia y de consiguiente no hablé de ninguna otra mujer á Su Eminencia.

—Y si os dijese que esta mujer era precisamente la que yo buscaba?

—Hé ahí una cosa que jamás llegué á sospechar; replicó, no sin cierta ironía, la abadesa.

—Dejad vuestro sarcasmo, observó Arbués con rudeza.

El inquisidor tenia las pasiones harto violentas para que fuese dueño de contenerlas.

Esto hizo que luego de este ataque dijese á la superiora:

—Esta mujer se encuentra aquí y quiero verla.

—Debiérais advertirlo mas pronto, monseñor, dijo Francisca de Lerma; esta mujer, ó por mejor decir, esta niña, abandonó el convento sin que yo llegase á comprender lo que le impulsó á ello, tanto mas cuanto se le guardaron toda clase de consideraciones.

—Ha dejado el convento! esclamó el inquisidor. Vos me engañais señora. Dolores se encuentra aquí y vais á presentarme á ella sin pérdida de tiempo.

—Dolores! repitió Francisca; este no era el nombre de la que entró en el convento, monseñor; esta jóven se llamaba María y era una huérfana que me confió un santo predicador, el mismo Juan de Ávila, llamado el epóstol de Andalucía (1)

—Juan de Ávila! interrumpió el inquisidor con amargo acento; ya no estraño que todo se vuelva en contra mia. Juan de Avila pertenece á los carmelitas descalzos, y todos estos mendigantes de San Francisco son nuestros enemigos.

—Y qué os ha hecho Juan de Ávila, monseñor? preguntó Francisca que por una quisquillosidad tan propia en las mujeres, se complacia en irritar al dominico.

—Lo qué me ha hecho, señora! preguntais lo qué me han hecho todos estos frailes predicadores, que, en grave perjuicio de Roma, quieren enseñar el Evangelio mucho mejor que nosotros? estos humildes orgullosos enseñan al pueblo una religion tan ámplia que la santa inquisicion es para ellos una tiranía, y su celo una verdadera crueldad.

—Qué os importa, monseñor? esclamó la abadesa; ellos tienen el poder de la elocuencia y vos la del gobierno. Están predicando en el desierto; así pues, la propagacion de su doctrina no debe por ningun concepto alarmaros.

—Pero en fin, hablemos de esta doncella, continuó el

---

(1) En su tiempo y lugar nos ocuparemos de este hombre que por la elevacion de su alma se hizo tan popular en España.

feroz dominico. Haced que venga, señora, no ignoro que está aquí y yo quiero verla.

—Monseñor, dijo la abadesa un tanto despechada; ya dije á Vuestra Eminencia que esta jóven no se hallaba en el convento, no me dispensareis la honra de creer en mi palabra?

—Francisca! gritó el inquisidor, fijando en la abadesa sus ojos irritados.

—Pedro de Arbués! gritó á su vez Francisca de Lerma cuyo rostro se iluminó por el coraje y los celos; piensas que yo he de ser la celestina de tus queridas? Esta jóven abandonó el convento: qué me importa? mándala á buscar por tus familiares y esbirros. Te faltan espías que busquen á una mujer que te huye?

—Dolores se encuentra aquí, y yo quiero verla! volvió á gritar Pedro de Arbués con voz de trueno.

—Pues yo digo que te engañas! replicó la abadesa con fria y reconcentrada cólera; mas aun, entendedlo bien, si se hallase aquí tampoco os la entregara.

—Por la sangre de Cristo!.... en verdad, señora, que sois muy temeraria en jugar con la inquisicion de este modo, sabes quien soy y lo que puedo, Francisca de Lerma?

—No ignoro que seais un sacerdote abominable, esclamó Francisca, exasperada; un impúdico fraile que busca á cualquier precio la satisfaccion de sus brutales pasiones.

Durante esta fulminante acusacion de la abadesa, el

inquisidor vió, cerca de sí, la biblia protestante que Catalina habia olvidado llevarse.

Pedro de Arbués leyó, con rapidez, el título que se hallaba impreso en su cubierta, y de pronto sus ojos chispearon de una manera siniestra porque se le ocurrió una idea.

El fraile cogió el libro y lo ocultó bajo su hábito.

En seguida, fijando sus ojos en la abadesa que se sentia harto exaltada para que notara su escamoteo, Pedro de Arbués miró, lleno de concupiscencia, aquella ardiente y apasionada mujer cuya cólera aumentaba su belleza.

Un rosado color animaba su blanco y aterciopelado cútis, y sus ojos chispeaban una luz tan viva que parecian estrellas.

Al ver su hermoso rostro, el inquisidor cejó en su cólera.

Nunca Francisca de Lerma habia parecido tan bella.

El severo rostro de Dolores que, en su casta espresion, amenguaba los deseos en vez de despertarlos, no podia luchar en aquel instante con la incomparable belleza de Francisca.

Para un hombre carnal, la comparacion se hallaba á favor de la abadesa. Fuera de que Dolores se encontraba ausente y los hombres que viven por los sentidos no ven con los ojos del alma: el presente ejerce en ellos su imperio, y la pasion que les domina hace vibrar en ellos las fibras de la materia.

—¡Oh! y cuán bella estás, Francisca! dijo Pedro de Arbués que desde mucho tiempo la contemplaba lleno de admiracion y de sorpresa.

La pasion del inquisidor recobraba sus salvajes fueros, y el remordimiento que su satisfaccion iba á costarle, equivalia para él á un atractivo.

—¡Oh! y qué pecadora tan linda! añadió Arbués cogiendo entre sus manos las finas y hermosas de la monja.

—Pedro! gritó ésta, cayendo de hinojos, pálida y sujeta á una reaccion indescribible; Pedro! tengo miedo..... tengo miedo del infierno!...

—Locuela! esclamó el fraile, tienes miedo al infierno cuando estamos en el cielo?

Los ojos de Francisca se oscurecieron...

Pedro habia olvidado á Dolores.

—Locuela ! esclamó el fraile.....

CAPÍTULO XVI.

La gazofia.

Despues que con Estéban hubo visitado las aldeas mas pobres que habia en los alrededores de Sevilla, el apóstol resolvió no prolongar mas su viaje.

Se hallaba inquieto por Dolores y acercándose la fiesta de Pentecostés, durante la cual se celebraba un auto de fé, temia que no hubiese ya llegado el instante, no de salvar al desgraciado gobernador de Sevilla, porque esto lo consideraba imposible, sino de tentar los necesarios medios y consolar en su defecto á su hija desgraciada.

Estéban pensaba lo mismo, y como el apóstol, se hallaba pronto á desafiar los peligros que en la ciudad encontrarian.

Aquellos dos hombres solo temian perder su libertad por la falta que harian á los otros.

Encamináronse, pues, hácia Sevilla. Andaban á pié

como los antiguos profetas y engañaban la inquietud y fatiga que les ocasionaba su ruta, platicando gravemente y animándose uno á otro para seguir con aliento la peregrinacion que habian emprendido.

La fogosidad de Estéban se plegaba ante la dulce autoridad de Juan de Ávila, y el jóven aprendia á luchar en esta vida sin otras armas que la resignacion y la paciencia.

Eran las seis de la tarde.

Las calles de Sevilla se hallaban estraordinariamente concurridas; era la hora en que los innumerables conventos de la ciudad distribuian su sopa á los vagos y á los mendigos.

Toda vez que los frailes habian quitado sus bienes á los españoles, natural era que les diesen la comida.

Estéban y el apóstol se encontraron frente á frente de un monasterio de frailes mercenarios (1).

---

(1) Los frailes de la Merced seguian como los dominicos la regla de S. Agustin.

Cuando su nacimiento, esta órden prestó grandes servicios. Sus hermanos corrian todo el mundo cristiano pidiendo y alcanzado numerosas limosnas que se empleaban fielmente en rescatar cautivos.

Algunos frailes de la Merced enviados á Argel para redimir á estos últimos, se quedaron en su lugar porque no tenian lo bastante para satisfacer su rescate. Cuéntase que algunos llegaron á sufrir el martirio, pero estos sublimes sacrificios no duraron mucho tiempo.

En el siglo diez y ocho los frailes de la Merced, alcanzaron,

La muchedumbre era inmensa, toda vez que Sevilla se encontraba poblada de mendigos los cuales procuraban abrirse paso entre sus demás compañeros, de forma que la multitud era como una barrera que impedia la circulacion de los transeuntes.

—Detengámonos un instante, dijo el padre Juan de Ávila; aguardemos que se satisfaga á esos pobres ambrientos, y luego continuaremos andando.

Nuestros personajes retrocedieron algun tanto y se abrigaron en un portal desde el que podian verlo todo sin incomodar á nadie.

Entretanto la aglomeracion de la gente crecia; los mendigos se estrechaban unos contra otros; gesticulaban y hablaban en voz alta; no se oía mas que el sordo y confuso rumor de mil voces discordantes en las que se traducia la impaciencia ó la cólera; se les hubiese tomado por una jauria de perros que aguardaban la pitanza.

De pronto aquel sordo murmullo se convirtió en frases de regocijo; aquella masa de hombres que se estrechaban y ahogaban unos á otros, se convirtió en un colosal é inmenso cuerpo adornado con centenares de cabezas que se dirigian hácia un punto. La puerta del convento acababa de abrirse.

---

tambien, numerosas limosnas; pero en vez de emplearlas en la redencion de cautivos, á semejanza de lo que hacian las demás comunidades, las emplearon en engrandecer su influjo y en estender su dominio.

Dos jóvenes y robustos legos llevaban colgando de un enorme palo que se apoyaba en sus hombros, un grande é inmenso caldero en que iba la gazofia.

Era de ver aquella multitud de brazos y manos que se levantaban convulsos mostrando la cazuela ó escudilla de madera que debia contener sus raciones.

La aparicion de los hermanos legos fué saludada con roncos ahullidos y gritos de toda especie: se hubiera dicho que aquellos desgraciados se iban á lanzar sobre el hirviente caldero; pero en aquel instante apareció un tercer fraile provisto de una enorme cuchara y de un sayal tan súcio y tan grasiento que no se podia distinguir ni su color ni su tela.

—¡Todo el mundo á las filas! gritó con voz de trueno.

Los mendigos se colocaron en hilera gruñendo entre dientes como perros que se disputan un hueso.

—¡Haya silencio hermanos! gritó el despensero con tono de autoridad. A nadie faltará su racion.

Esto tranquilizó á los mendigos que guardaron el mas profundo silencio.

Distribuyóse la sopa.

Las escudillas eran de un tamaño completamente igual y por consiguiente nadie podia quejarse.

En la distribucion de la gazofia ó *mezclopia* reinó la imparcialidad mas justa.

Aquel manjar era una súcia mezcla de lo que habia quedado en la mesa de los frailes, hervido luego con agua á la que se echaba un poco de aceite ó de manteca.

Los gitanos ó mendigos podian tan solo aceptarlo.

Pero aquella gente sentia hambre.

No es, pues, estraño que comiesen la gazofia con el mismo placer con que nosotros comeríamos un escelente potaje. Esto, no obstante al ver que aquel noble y generoso pueblo se hallaba reducido á tan degradante miseria, el ánimo se contristaba.

—¡Vaya una sopa! dijo Estéban que se esforzó en vano por adivinar de que se componia aquel manjar de diferentes colores que no tenia forma determinada y que exhalaba un olor á manteca rancia.

—En efecto, replicó Juan de Avila con tristeza, es muy estraña y si supiérais de qué se compone!...

—¿Lo sabéis, padre mio? interrogó el jóven.

—Cuando los monjes, replicó el apóstol, han concluido su comida, se recogen los huesos que no quieren y los hermanos legos los echan á este caldero donde se echan tambien los restos de las otras viandas que su glotonería no admite. Entre estos huesos se encuentra siempre alguna sustancia que mezclada en pan, agua y aceite, constituye la gazofia, con la cual se alimenta una cuarta parte de la poblacion de España.

—¡Pobre pueblo! murmuró Estéban.

—No es esto solo, continuó Juan de Ávila; los frailes no esplotan la miseria de los pobres, porque los pobres no tienen nada que darles y esta sopa que diariamente les regalan no es mas que una débil restitucion de lo que en otro tiempo les quitaron; pero en cambio los monjes han

inventado otra sopa que se come en el interior del convento.

—No os comprendo.

—Cuando un rico se halla enfermo llama á su médico; pero lo mas comun es que consulte al confesor.

—Me siento enfermo dice á éste.

—Haced un voto, contesta el fraile.

Este voto consiste ordinariamente en vivir de la limosna por espacio de algun tiempo. En todos los conventos de España hay una mesa que está sana y abundantemente provista y en la que comen *grátis* los que hacen el voto. Un régimen sanitario y muy bien arreglado, produce ordinariamente los mas escelentes efectos. La salud del rico mejora y al concluir su voto deja un magnífico presente al convento, bendiciendo á Dios que no se alcanza sino con la oracion, con la pureza del alma, ó con las lágrimas del arrepentimiento; hé ahí como falsean el espíritu de un pueblo generoso, entusiasta, amante de lo maravilloso y buscando en todas partes milagros que se les hacen ver con el ausilio de estratagemas groseras: como si la creacion no fuera, por sí sola, un grande y eterno milagro! como si la invisible mano que todo lo guia y lo mueve, necesitara la humana astucia para que se cumpliera su voluntad omnipotente!

En el mismo instante en que el franciscano pronunciaba estas frases llegó un mendigo que, provisto de su escudilla, trataba de recoger su sopa.

—Se ha concluido, le dijo un muchacho que devoraba su racion con un apetito increible.

—Tanto mejor; de este modo, replicó el mendigo echando una desdeñosa ojeada á sus compañeros, la sopa no tendrá el honor de que la pruebe.

Y empezó á cantar, bien como si no sintiera apetito.

—¡Pobre hombre! dijo Estéban; es decir que se quedará en ayunas? vaya un pueblo desgraciado.

—No lo creais, dijo el monje; el andaluz en esperto por escelencia aunque perezoso, indolente y contemplativo, como todos los séres en quienes la imaginacion domina. Para él las necesidades del cuerpo no son nada, la materia se subordina al espíritu. A falta de alimento para las facultades intelectuales, se sumerge en una estraordinaria pereza ó se entrega á una existencia errante, conforme á las alternativas de ardor ó de apatía que se suceden comunmente en las organizaciones mas ricas. A esto se junta un inmenso orgullo, hijo del concepto que de su propio mérito ha formado; lo mas que puede hacer la tortura es dominar la materia; pero no sujeta nunca su espíritu. Aguarda que éste reine en el mundo con lo cual se desenvolverán sus buenos instintos y sus naturales virtudes.

—¡Lástima grande, observó Estéban, que se embrutezcan así estas imaginaciones brillantes! Estas almas exaltadas fueran muy nobles si álguien las dirigiese hacia el bien.

—Es muy cierto, hijo mio; y esto constituye, por s solo, un crímen de lesa majestad divina, equivale á despreciar la grandeza del Supremo Creador que formó el hombre á su imágen; es embrutecer al pueblo, destruir

una nacion por su base y cargar en fin, la mina que á no dudarlo estallará algun dia.

—Pero decid, padre mio, esclamó Vargas contemplando, lleno de admiracion, el rostro del apóstol que la tristeza y su amor por la humanidad hacia doblemente hermoso; por qué os metísteis á fraile?

—Para luchar, contestó Juan de Ávila; para conocer á fondo la secreta llaga que está devorando la España, y llevar, en fin, mi grano de arena al edificio que se levantará algun dia sobre las ruinas de la persecucion y el fanatismo. Desgraciadamente, continuó el fraile con dolorido acento, éste aun no ha llegado, y el sol de la libertad que iluminará nuestra España se encuentra aun muy velado. Pero no importa, añadió con entusiasmo; la regeneracion de un pueblo, es obra de muchos siglos y sabido es que el hombre no siempre coje el fruto del árbol que ha plantado y el que no siembra en la tierra, tampoco recoje en el cielo.

—En esto padre mio, dijo el mancebo, no os pareceis á esos reformadores que trabajan para ellos, y en aumento de su gloria sin que, real y efectivamente cuiden de mejorar los intereses del prójimo.

—Hijo mio, el nombre de reformador lo merece tan solo el que haciendo abstraccion de sí mismo lleva la dicha á los hombres no solo en daño de la suya propia, sino sacrificando en caso necesario, su existencia. Yo solo conozco un reformador que es digno de este nombre; este reformador se llama Jesucristo, y los que trabajamos en pro-

pagar su doctrina ó en restablecer la que otros falsean, nos llamamos sus mandatarios.

El pueblo habia comido su sopa.

La calle se encontraba ya libre.

Juan de Ávila y Estéban continuaron su ruta.

De pronto al acercarse á un grupo de mendigos que cantaban unas seguidillas teniendo al lado sus ya vacías cazuelas, Juan de Ávila sintió que álguien le tiraba por la manga del hábito.

Volvióse y reconoció á la sirena.

—Que Vuestra Reverencia me perdone, dijo la moza; pero fuí á vuestra casa y no hallé á nadie.

—¿Qué ocurre? preguntó Estéban comprendiendo que se referia á Dolores.

—Ha de saber Vuestra Reverencia, añadió Culebrina, dirigiéndose siempre al franciscano, que la jóven que proteje, fué, hace unos dias, á la taberna de la Chapa.

—¡Cómo! ¿es posible? ¿ha dejado ya el convento?

—Lo ignoro, contestó la sirena; mas he de aseguraros que yo la ví en la taberna.

—Y no te engañaste? preguntó lleno de inquietud Estéban.

—Nó, aunque estuviese muy pálida y vistiese de manola, yo la reconocí desde luego.

—¡Oh Dios mio! ¿si le habrá ocurrido otra desgracia?

—Vamos á la taberna, padre mio, esclamó Estéban.

—¡Imprudente! observó el apóstol ignorais tal vez, que la *Buena Ventura* es el punto donde se citan los familiares

del Santo-Oficio? yo iré solo ó mejor dicho antes de todo enviaremos allí esta muchacha.

Y luego, dirigiéndose hácia la sirena; esclamó:

—Oye Culebrina: vé á la taberna del Cuco y pregunta lo que se ha hecho de Dolores.

—¿Dónde volveré á encontrar Su Reverencia?

—En mi casa, respondió Juan de Ávila; vé, hija mia; el cielo guiará tus pasos.

La sirena partió como un dardo.

Estéban y Juan de Avila se dirigieron con precipitado paso, hácia la casa en que éste veia deslizar su tranquila y benéfica existencia.

CAPÍTULO XVII.

La cabalgata.

Cerca de la gran plaza de Sevilla, en una desierta calle que lindaba con la catedral, veíase una casita cuyas paredes de ladrillos y ciertos rasgos arquitectónicos indicaban que se habia construido en la misma época que la Alhambra (1).

Se entraba á esta casa por una baja y arqueada puerta y en su parte esterior no se observaba ventana alguna.

Esto, no obstante, á seis ú ocho piés encima de la puerta, se habia practicado una abertura por donde se podia asomar la cabeza y que se cerraba por la parte interior con una masa de ladrillos, igual, en dimensiones, á la indicada abertura y encajando tan exactamente, que nadie hu-

(1) La palabra Alhambra se halla compuesta de dos que significan castillo ó palacio rojo. Y en efecto la Alhambra fué levantada con ladrillos rojos.

biera sospechado la existencia de un agujero en aquella casa, que, sin la puerta, hubiese parecido una tumba.

Esta morada no tenia mas que un piso y una azotea, donde no se veia á nadie. Tras de ella habia un jardin pero con unas tapias tan altas que no se podia ver desde las casas vecinas.

Este jardin ostentaba muchas flores y verdura por mas que las paredes interceptasen los rayos del sol.

Se hubiese dicho que aquella morada habia pertenecido á uno de estos santones que engendra la religion de Mahoma.

En la época de nuestra historia se hallaba ocupada por una mujer de alguna edad, muy piadosa y muy amiga de pasar el tiempo en la iglesia. No recibia á nadie, sino era un jóven dominico que, segun decia la gente, era su confesor.

Todo el mundo admiraba aquella mujer de una vida tan triste y solitaria; mas como al parecer se hallaba bien con el Santo-Oficio, se habia concluido por atribuir su existencia, casi salvaje, á una devocion escesiva y nadie pensó en criticarla.

Ignorábase de qué país era hija, y hacia ya muchos años que habitaba aquella casa.

Esto sin embargo, á juzgar por su traje, era de pura sangre española.

Habian dado las doce.

En una salita baja que conducia al jardin, veíanse dos mujeres ocupadas en sus labores.

La mas vieja, que frisaba en los cincuenta años, se distinguia por la dulzura y gravedad de sus facciones en las que habia el sello de una profunda tristeza; en su pálida frente por donde asomaban las canas, veíanse las señales de un largo y doloroso combate que habia concluido por encorvar su cuerpo y llenar de arrugas su semblante.

Esta mujer se llamaba Juana y era la dueña de la casa.

La otra, que estaba en la flor de su juventud primera, se hallaba igualmente triste y era Dolores de Argoso.

Aquella casa era el retiro que José la habia prometido.

Juana era la nodriza del jóven dominico.

—Ayer no ví á mi hijo, dijo esta última; quizá mi pobre José se encuentra enfermo.

—No paseis cuidado, replicó Dolores; es probable que hoy nos haga su visita: ayer me prometió que me daria nuevas del apóstol.

—Entonces quedad tranquila, repuso Juana. Mi buen José, tiene el corazon de un ángel y hace el bien á todo el mundo.

Y al pronunciar estas frases Juana secaba dos lágrimas que corrian por sus enjutas megillas.

—Vaya, hija mia, añadió doblando sus labores y dejándolas en una silla, ya es hora de que comamos: dejad este bordado y sentémonos á la mesa.

—No siento apetito, dijo con tristeza Dolores.

—Para vivir, ó mejor dicho, para tener la fuerza y el valor con que se sostiene la existencia, se hace indispensable comer algo, replicó con cierta amargura, la anciana.

Y al mismo tiempo colocaba sobre la mesa algunos sencillos manjares tales como arroz, chuletas de carnero, y frutas.

Dolores se levantó y se sentó á la mesa mas bien para obedecer á Juana, que por sentir apetito.

El dia estaba caloroso; en torno de aquella casa reinaba el mas profundo silencio, y hasta se hubiese dicho que estaba fuera de Sevilla.

De pronto oyóse el rumor de tambores y clarines.

Dolores se estremeció bruscamente y dejó de comer.

—Qué teneis hija mia? preguntó su compañera.

—No oís? contestó asustada la niña fijando sus espantados ojos en la anciana; escuchad madre mia; no oís? El rumor de las trompetas se iba acercando y con él se oian tambien pisadas de caballos.

—No sé por qué habeis de asustaros, interrumpió Juana fingiendo que no comprendia á la jóven.

—Por qué me asusto! no anuncia este ruido la marcha triunfal del Santo-Oficio? el rey de los verdugos (1) se pasea por las calles anunciando á la ciudad que su mano no descansa y que dispone á sus víctimas para el auto de fé que debe celebrarse; no lo oís?

—Creo que os engañais, replicó Juana temblando.

—Oh! nó: no me engaño; oid con atencion.

La cabalgata habia llegado ya sobre la plaza y el ru-

---

(1) Despues de Deza este era el nombre que se daba al inquisidor general.

mor de los clarines, haciéndose mas distinto llegaba hasta la sala.

—Venid, venid! esclamó Dolores, arrastrando la vieja hácia el primer piso: venid y lo vereis todo.

Y al llegar á la estancia que daba sobre la calle y desde la cual se podia ver una parte de la plaza, Dolores quitó la piedra que cerraba la abertura de que anteriormente hablamos.

—Dios mio! que estais haciendo? esclamó Juana.

—No temais; nadie vá á vernos; todo el mundo se halla absorto en el consejo.

Juana, llevada tambien por su curiosidad, miró á través de la abertura.

La plaza estaba llena de gente.

El gran inquisidor Pedro Arbués vestido con un ropage talar, color de violeta y ginete en un caballo blanco, notable por la pureza de su raza, avanzaba, seguido por el cortejo.

La hermosa figura del dominico, la cual se distinguia por su arrogante y majestuoso continente, imponia á la muchedumbre tanto como la misma dignidad ó las funciones que egercia.

Pedro de Arbués era uno de esos hombres en quienes el despotismo se halla apoyado en su audacia. Cuando las pasiones agitaban su alma, recorria al fingimiento y á la perfidia, mas en las ocasiones ordinarias se hallaba muy por encima de los otros hombres y rara era la vez que usase la hipocresía.

Tras de Pedro de Arbués seguian los demás inquisidores los cuales montaban, cual él, hermosísimos caballos pero vistiendo un traje negro.

La cabalgata iba escoltada por un buen número de soldados.

El pueblo se inclinaba ó arrodillaba á medida que pasaba el cortejo. Los rostros se volvian pálidos y entre aquella gente que permanecia de hinojos reinaba el mas profundo silencio.

Al llegar al centro de la plaza el gran inquisidor se detuvo.

—Hermanos mios, dijo, de hoy á un mes la muy santa inquisicion hará justicia á los hereges que deshonran la religion divina de Nuestro Señor Jesucristo. De hoy á un mes se celebrará un gran auto de fé para glorificar las victorias alcanzadas en Flandes por nuestro rey Don Cárlos y su estraordinario celo en estirpar la heregía. Rogad, hermanos mios, para que el Señor nos muestre los que siguen las perjudiciales doctrinas aunque no las profesen mas que en el fondo de su alma, y denunciadlos todos si es que deseais alcanzar las indulgencias que, en premio de ello, os ha prometido el Papa.

—Oh Dios mio! interrumpió Dolores; que vá á ser de mi padre?

El pueblo respondió al inquisidor santiguándose.

Las trompetas hicieron oir sus fúnebres sonidos.

—Oh padre mio! padre mio! gritó la hija del gobernador agitándose de una manera insensata.

—Tranquilizaos, señora, dijo la anciana; José llegará pronto; no temais nada.

Dolores volvió á la abertura:

El cortejo abandonaba la plaza y se acercaba á la casita.

—Quitaos de ahí! esclamó Juana asustada; pasarán por debajo y es muy fácil que os vean. Dolores! Dolores! no seais imprudente!

Mas la jóven no escuchaba.

Habia fijado sus ojos en el inquisidor y no parecia sino que trataba de adivinar en él la suerte de su padre.

El cortejo habia llegado cerca de la casa.

Dolores seguia mirándole.

El cuarto se hallaba envuelto en la oscuridad mas profunda.

A pesar de esto, la delicada silueta de la niña se destacaba, aunque de un modo vago, en el hueco de la abertura.

Cuando Arbués cruzaba en frente suyo, levantó al aire su cabeza; pero en aquel instante la anciana, cogiendo á la jóven por su talle, la alejó de la ventana.

El inquisidor dió un salto sobre su silla y fijó de nuevo sus ojos en aquella abertura, y en vez del rostro de Dolores, Pedro de Arbués no vió mas que una pared igual y uniforme, y una casa sin ventanas.

Creyóse víctima de un sueño y volviéndose hácia un familiar que iba á su lado preguntó:

—Sabeis á quien pertenece esta casa?

La inquisicion lo sabe todo.

—Pertenece á una desgraciada viuda que José, vuestro limosnero, proteje.

—Vaya: sin duda yo estoy loco, murmuró el inquisidor entre dientes.

El cortejo siguió su marcha.

Juana colocó á Dolores sobre una silla.

La jóven se habia desmayado.

El rumor de las trompetas se perdia en lontananza y la jóven no recobraba aun sus sentidos.

Juana, arrodillada, frotaba sus manos y humedecia con agua fresca su rostro.

Viéndose sola y no atreviéndose llamar á nadie empezaba á inquietarse, cuando de pronto se abrió la puerta de la casa ocasionando un rumor ligero. Enseguida oyéronse pasos en la escalera.

—Bendito sea Dios! esclamó Juana, no puede ser mas que José.

Era, efectivamente, el novicio. En el mismo instante que penetraba en el cuarto, Dolores abria sus ojos lanzando un gran suspiro.

—Oh padre mio! padre mio! gritó Dolores viendo al jóven dominico; ya lo veis: quieren matar á mi padre!

—Tranquilizaos, hija mia, dijo con dulzura el mancebo; quien dice que se trata de matar á vuestro padre?

—No oísteis ahora mismo esos gritos de muerte? no se ha pregonado ahora mismo la celebracion de un auto?

—Esto no prueba nada, repuso el dominico; si vuestro

padre hubiese de figurar en el auto, no ignorais que yo velo en su obsequio.

—Nó, nó: vos me estais engañando; vuestra piedad os obliga á ocultarme lo que real y verdaderamente sucede. Ignoro acaso que Pedro de Arbués quiere beber la sangre de mi padre?

—Tranquilizaos y escuchadme, dijo el novicio acercándose á la doncella.

—Nó, no puedo creeros, interrumpió ésta cuya exaltacion crecia por instantes; acaso vos tambien no vestís la librea del Santo-Oficio? pues bien: dejadme; para salvar á mi padre no necesito de vos ni de nadie; me echaré á los piés del inquisidor; abrazaré sus rodillas; suplicaré y derramaré tantas lágrimas que si su alma no es dura como una piedra yo llegaré á enternecerle y concluirá por devolverme á mi padre.

—Desgraciada! niña insensata! esclamó José con amargo acento y mirando, lleno de compasion, á la doncella; acaso tienen alma los inquisidores? saben, por ventura, lo que es un padre, una madre, un amante ó una hermana? Y cuándo sus entrañas de roca se han conmovido por un sentimiento noble y generoso? Conocen otras sensaciones que los lascivos deseos y los monstruosos delirios de su crápula desenfrenada, junto á su sed de sangre y al placer que sienten con la agonía de los que mandan al patíbulo?

—Y sin embargo yo iré! esclamó Dolores cuya imaginacion acabó de exaltarse con esta horrible y verdadera pintura.

Y al mismo tiempo se levantó como presa del delirio y rechazando á Juana que procuraba tranquilizarla y sujetarla con dulzura añadió:

—Dejadme, dejadme! vosotros os confabulais para engañarme y me encerrais aquí como en una cárcel para que el rumor de los sucesos no llegue á mi noticia; pero Dios se encuentra de mi parte y no ignoro lo que tratais de ocultarme. Dejadme libre! dejadme libre! con qué derecho me teneis aquí prisionera? gritó la jóven lanzando sobre el dominico una de esas miradas que en su estravío lanzan aquellos que han perdido el juicio.

José guardó silencio.

Estaba pálido y conmovido.

Juana le miró de un modo que equivalia á decir:

—La pobre muchacha está loca.

Y José contestó en voz baja.

—Es mas dichosa que yo.

Juana soltó á Dolores y se sentó en un ángulo del cuarto.

La jóven, viéndose libre, se detuvo en el centro de la estancia y miró á José, en cuyo hermoso y pálido rostro se veia la piedad mas completa.

Juana lloraba; ella y su hija parecian mas bien dos víctimas que dos verdugos.

De repente los ojos de Dolores perdieron su brillo ardiente, y rendida á la fatiga cayó sobre una silla.

Su cólera estaba ya desahogada.

El novicio se acercó entonces á la jóven.

—Perdonadme, dijo ésta alargándole su mano; he sido muy injusta; el dolor quita el juicio; perdonadme; esto no obstante, ahora que estoy tranquila he de aseguraros que no renuncio á mi idea: me arrojaré á los piés del gran inquisidor; yo quiero y debo hacerlo todo para salvar á mi padre y nunca se dirá de mi que fuí débil.

—Dolores, vos no podeis hacer esto, interrumpió con energía el mancebo.

—Ah! señora, tened compasion de vos misma, esclamó Juana.

—Yo no temo nada ni á nadie, replicó la jóven en un arranque de nobleza; acaso temo la muerte?

Temereis el deshonor y la infamia! gritó José desesperado; no conoceis al inquisidor de Sevilla.

—Oh! es cierto, dijo asustada la doncella; no habia pensado en esto.

—Pues bien, añadió el novicio: seguid mis consejos ó de lo contrario estais perdida... Dejad obrar vuestros amigos; os perderíais sin fruto, y vuestro sacrificio de nada serviria para salvar á vuestro padre.

—Oh! si á lo menos yo supiese donde se encuentra Estéban! dijo la doncella con una desesperacion indescribible.

—Yo lo averiguaré; os lo juro. Estéban se ocupa lo mismo que yo en vuestro obsequio. Asi pues, tranquilizaos y fiad en nuestro ausilio. Aquí estais en la seguridad mas completa, y es el único punto donde no os buscará el Santo-Oficio.

No obtante estas frases de consuelo, Dolores continuó sumergida en el mas profundo abatimiento.

El novicio se despidió de ella asegurándola que no tardaría mucho en visitarla.

Su nodriza le acompañó hasta la puerta.

—Mi buena Juana, la dijo el dominico, vela sobre todo por esta pobre doncella; procura que no salga y que no aumente las víctimas del Santo-Oficio.

—Oh! hijo mio, esclamó la nodriza abrazándole con cariño; que Dios bendiga tu corazon noble y generoso.

—No temais nada, esclamó Jose devolviéndola el abrazo; no temais nada: yo alcanzaré mi objeto.

CAPÍTULO XVIII.

La cólera del pueblo.

Habia llegado la noche.

Luego que dejó á Dolores, el novicio se encaminó hácia el palacio de la inquisicion.

Durante su trayecto habia de cruzar la calle donde vivia el gobernador de Sevilla.

Al acercarse á esta última, el jóven se quedó sorprendido al ver que gran parte del pueblo llenaba la calle para sitiar el palacio.

Oíanse muchas voces exhalando gritos y amenazas. Eran sordas, roncas, terribles, y parecian el silvar de una tormenta.

Se las hubiese tomado por el vendabal cruzando un bosque de encinas.

El pueblo español tan oprimido y paciente hacia oir el grito de una desesperacion mal comprimida.

Y no se crea que este pueblo reclamara en su obsequio los derechos de la humanidad y la justicia; harto habia probado que sabia morir sin quejarse; lo que entonces hacia era protestar contra una iniquidad del Santo-Oficio.

Aquel pueblo alimentaba en su corazon el sentimiento de lo justo y de lo injusto, y si por tanto tiempo habia tolerado el despotismo, era porque en vez de gobernarle el poder del hombre, se le hacia comprender que el que gobernaba era Dios. Y como en su estraordinaria sencillez el pueblo creia lo que le habian descrito, y se sometia lleno de resignacion á los que se titulaban sus representantes en el mundo.

Lo que entonces faltaba al pueblo no era la inteligencia sino la luz, y esta luz nunca llegaba á sus ojos porque el Santo-Oficio la habia rodeado con un velo de tinieblas.

Hé ahí por qué la España ha luchado tanto para desatar los lazos de su preocupacion é ignorancia.

No obstante sus grandes persecuciones, el alma del pueblo español se ha dirigido siempre hácia esas investigaciones que tienden incesantemente al encuentro de la verdad; y en medio de las torturas que el Santo-Oficio aplicaba, ese espíritu de investigacion iluminó mas de una vez el porvenir de España con sus vivas y hermosas chispas: emanaciones divinas, fragmentos del gran todo que se muestran á la tierra con formas y humanos hombres, cual vigilantes centinelas escalonados en la vida de los pueblos por el que rige y gobierna el mundo, á fin de

que una nacion no muera y no se abisme en la ignorancia y las tinieblas.

Decíamos, anteriormente, que la exaltada muchedumbre se dirigia hácia el palacio del que gobernaba Sevilla.

La noche estaba sombría.

El pueblo avanzaba con lentitud hasta que hallaba otras masas que le rechazaban en sentido opuesto.

Parecia el ondular del Océano.

Todo el mundo se encaminaba hácia el palacio.

Los sevillanos, cansados de la inícua administracion de Enriquez, habian concebido, por fin, la idea de vengarse.

La cólera de aquel pueblo era sorda y mal contenida, pero implacable y constante á un mismo tiempo.

El motin habia estallado con una rapidez tan grande, que no se le habia podido oponer la fuerza armada, y nada era obstáculo á que se dirigiese hácia la morada de Enriquez, bien como esas trombas que caen con la vivacidad del rayo.

Unos cuantos alguaciles corrian de aquí para allí, y muchos miembros de la Garduña, contemplaban friamente la asonada, sin que tomasen parte en la misma y dispuestos á vender su brazo al que ofreciese mas oro.

—A qué viene tanta gente? preguntó José á un familiar que Su Eminencia enviaba allí para cerciorarse del hecho.

—Esta gente, contestó el familiar, se viene aquí porque se arrestó á una judía.

Y una manola que habia oido la conversacion, terció en la misma diciendo:

—Lo singular es que esta judía es tan buena católica como nosotros. Pero tenia un criado que la servia muy mal, y al que hubo de despedir, y esto hizo que aquel criado la acusara á la inquisicion como hereje judaizante (1).

El familiar iba á dar sus órdenes para que se prendiese á la manola; pero José le hizo una seña para que guardara silencio. Aquel instante no era el mas apropósito para usar de violencias.

El familiar emprendió otro rumbo é hizo toda clase de esfuerzos para abrirse paso entre aquel pueblo que se iba estrechando como un dique infranqueable, y se prometió al mismo tiempo, no olvidar el rostro de aquella mujer que habia hablado con tanta imprudencia.

—Os aconsejo, amiga mia, dijo el novicio á la andaluza, que dejeis inmediatamente Sevilla; las frases que acabais de pronunciar, quizá os cuesten caras.

—De veras? esclamó la jóven sonriendo amargamente; pero vos, al fin y al cabo, sois tambien inquisidor.

—Yo soy un hombre indulgente y amo al pueblo que sufre, dijo el dominico; vete, pues, hija mia, y de mí no temas nada.

Entretanto la muchedumbre se apretaba frente al palacio del gobernador.

---

(1) El que practicaba la religion de los judíos.

Algunos hombres armados con grandes palancas de hierro, trataban de echar abajo su puerta, mientras que otros desenvainaban sus cuchillos de Albacete.

No faltaban manolas que, animadas por un seutimiento de indignacion, blandian tambien sus navajas.

Aquel pueblo ofrecia un magnífico espectáculo: aquellos morenos rostros, cuyos ojos chispeaban relámpagos, y aquellos animados lábios, que, al soltar sus votos y sus gritos, dejaban entrever sus dientes blancos y hermosos como los del tigre, probaban que el carácter africano se habia, por fin, despertado.

La ardiente sangre del árabe del desierto, no entibiada por ocho siglos de generaciones, hervia, entonces, como si fuese una lava.

Un devorador, amargo y profundo ódio, les impulsaba por el camino de las revoluciones, y sus esfuerzos iban á dirigirse contra el inícuo gobernador que el capricho del inquisidor habia impuesto á la ciudad sin tener en cuenta que Enriquez habia salido del pueblo, y que, en su consecuencia, no tenia derecho á oprimirles.

Enriquez, que permanecia en el palacio sin que se atreviera á salir; Enriquez tan cobarde en el instante del peligro, como cruel en la prosperidad, aguardaba, temblando, un ausilio que nunca llegaba.

Cada golpe dirigido á su puerta, resonaba en su corazon como un toque funerario.

Arrodillado en su cuarto frente á una Vírgen, frente á la preciosa imágen que habia adornado el casto oratorio de

Dolores, el antiguo familiar de la inquisicion, el esbirro de Pedro de Arbués, murmuraba, temblando, algunas oraciones, vano é indigno formulario de algunos hipócritas que honran á Dios con el estremo de sus labios.

Enriquez se daba golpes en el pecho acusándase de niñerias, sin que en aquel instante supremo rogara á Dios que le perdonara sus crímenes.

Semejante á los antiguos paganos Enriquez, en un acceso de fervor, inspirado por el temor de la muerte, prometió á la Vírgen que la sacrificaria cien víctimas anuales en las hogueras del Santo-Oficio.

Este fué el único voto con que indicó el arrepentimiento que sentia.

La puerta del palacio que era de sí muy fuerte y robusta, y que se hallaba sembrada por enormes clavos de hierro, iba á ceder ante los redoblados golpes de cien brazos; no se habia dado la señal de alarma, y las tropas que en Sevilla estaban acantonadas, no se movian de sus cuarteles.

Así es que el pueblo no tenia que luchar mas que con unos cincuenta esbirros ó familiares que habian ido allí de cualquier modo.

De repente, á los fuertes golpes dados á la puerta, sucedió el crugir que hace una masa de hierro y de madera cuando viene al suelo.

La puerta habia cedido, y saltando sobre sus goznes, cayó sobre el pavimento con un ruido espantoso.

Al grito de triunfo, lanzado por la multitud al ver que

se derrumbaba la puerta, sucedió el mas profundo silencio.

Aquellos hombres que momentos antes parecian tan feroces, se quedaron inmóviles ante aquella rota barrera, y ninguno de ellos tuvo bastante audacia para franquearla.

Qué es lo que operaba este milagro?

Esto consistia en que, de pronto, Juan de Ávila se habia aparecido ante el pueblo.

—Qué estais haciendo? preguntó el apóstol con aquella fuerte y poderosa voz que tantas veces habia resonado en el templo; á dónde vais, insensatos? Deteneos!...

El furor del pueblo, cediendo como cede la tormenta á la voz del Sér Supremo, se cambió en la adoracion mas profunda.

Aquella gente recordó que Juan de Ávila le habia recomendado la paciencia, con la cual se gana el cielo.

Y esto consistia en que el noble y valiente pueblo de España, no se subleva por turbar la paz inútilmente ni para satisfacer una vanidad mal entendida. Este pueblo es siempre grave y generoso, y la mansedumbre y la paciencia forma el distintivo de su génio.

Así es que el pueblo sentia en aquel instante la cólera del leon al cual se ha torturado y que se vuelve rugiendo contra el mismo que le azota; pero al oir una frase de dulzura recobró su grande y magnámina obediencia, patrimonio de los que tienen conciencia de su deber y su derecho.

Fuera de que la España ha sido siempre eminentemente cristiana, y sino se la hubiese impuesto el fanatismo con

la persecucion y la fuerza, hubiera sido quizá la nacion que con mas pureza hubiera observado lo que el Evangelio prescribe.

El que estudia el carácter español, se esplicará esto fácilmente; la base de este carácter consiste en la sencillez y grandeza. Y qué es lo que existe que sea mas grande y mas sencillo que el Evangelio?

Juan de Avila adelantó sin ningun obstáculo por entre aquella multitud que hasta entonces se habia hecho impenetrable. Todo el mundo le abrió paso.

—A qué viene este motin, hijos mios? preguntó; qué provecho sacareis de esta asonada?

—Es que se acaba de arrestar á María de Borgoña, que era la madre de nuestros hijos; respondió un hombre del pueblo.

—Dios, replicó el santo, os la devolverá, hijos mios; acaso esperais salvarla promoviendo este desórden?

En aquel mismo instante llegó hasta el apóstol un hombre que blandia una palanca.

Este hombre era un jefe del motin.

Juan de Ávila reconoció en él á Manofina.

—Que estás haciendo? le preguntó el santo con dulzura.

—Trato de vengar á una víctima, contestó el chulo sin desconcertarse lo mas mínimo; queremos despachar á ese infame Enriquez que gobierna la ciudad.

—Hijo, replicó Juan de Ávila; Dios prohibe el homicidio.

—No creo, padre, interrumpió Manofina, que Sevilla perdiera una gran cosa matando á ese pillete... mas ya que Vuestra Reverencia no lo quiere...

—Yo no exijo nada; pero en cambio lo exije Dios; retiraos, hijos mios, y dejad al cielo que cuide de vengaros.

Aquellos hombres que un instante antes rugian como leones, se volvieron como corderos.

Al ver que se alejaban en silencio, sin que se mostraran hostiles, unos familiares trataron de prenderles.

—Qué estais haciendo? preguntó el santo; castigareis al leon porque ha sido generoso? Retiraos; no necesitais la violencia; todo el mundo está tranquilo; no lo veis?

Los esbirros, cediendo á la influencia de aquel hombre estraordinario, vacilaron un instante.

Pero José, apareciendo entre la multitud, hizo un signo á los alguaciles, y éstos se alejaron como si fuesen sombras.

No obstante su caridad inmensa, Juan de Ávila echó una mirada llena de desconfianza y disgusto al favorito.

En aquella época los dominicos y los franciscanos aun no habian hecho las paces.

Vivian en continua guerra; y Juan de Ávila, no obstante su santidad, quizá se dejó llevar por un sentimiento de involuntaria aversion contra el jóven dominico.

Pero este se acercó á él y le dijo con voz tranquila y dulce:

—Padre mio, la jóven que estais buscando, se encuentra en la seguridad mas perfecta.

Juan de Ávila se estremeció.

Creia que la Inquisicion habia preso á Dolores.

—Padre mio, insistió el dominico; acaso mi rostro no os confirma que lo que digo es verdad?

—Devolvedme esta pobre niña, dijo el apóstol; hace mucho tiempo que Estéban y yo derramamos lágrimas por ella.

Hemos de advertir á nuestros lectores que la sirena no habia descubierto nada: la Chapa se habia resistido á indicarla lo que se habia hecho de la jóven.

—Mañana, continuó José, á las doce de la noche, os aguardaré en la esplanada, cerca la fuente; id allí y os conduciré donde se encuentra Dolores.

—Chist! interrumpió el apóstol viendo que Estéban se acercaba. Hasta mañana á las doce de la noche.

José dejó al apóstol; pero no bien hubo dado algunos pasos, cuando se volvió para examinar el gentil continente de Vargas, y su hermoso y noble rostro que se destacaba con limpieza entre el claro-oscuro de una noche de verano.

José exhaló un gran suspiro, y dos ardientes lágrimas corrieron por sus megillas.

Juan de Ávila no dijo á Estéban nada de su conversacion con el fraile; temiendo una asechanza, el apóstol queria ir solo á la cita.

Gracias á éste, Enriquez durmió tranquilo.

CAPÍTULO XIX.

El amuleto de Torquemada.

Al entrar en el inquisitorial palacio, el novicio se dirigió al cuarto de Pedro de Arbués.

Éste permanecia solo. La noticia de que habia estallado un motin le habia alarmado tanto, que á cada instante le parecia que los asesinos iban á violar su morada.

Así es que se habia doblado la guardia de palacio.

Pedro de Arbués tenia la cobardía de la hiena que evita la luz y solo devora entre la oscuridad y las tinieblas.

Sentado frente á una mesita de ébano, incrustada en nácar, obra preciosa del renacimiento, el inquisidor, apoyada la cabeza en sus dos manos, contemplaba, absorto, una estraña joya de oro cincelado.

Aquella joya consistia en un anillo que habia pertenecido á Tomás Torquemada, fundador de la inquisicion en

España, y hombre tan feroz y de una crueldad tan sin límites, que llegó á asustar al papa Alejandro Borgia.

Esta reliquia que habia caido por una casualidad, en manos de Arbués, tenia (segun se aseguraba) la propiedad de descubrir y neutralizar toda clase de venenos (1).

Pedro de Arbués imitaba con tanta exactitud las barbaridades de Torquemada, que hasta profesaba sus supersticiosas creencias.

De ahí, pues que nunca abandonase la reliquia.

Al ver que José entraba, el inquisidor levantó la cabeza.

—Y bien, dijo éste, qué es lo que ocurre?

—Todo está tranquilo, monseñor; vuestros esbirros han hecho maravillas , y se ha dispersado á las masas.

—Alabado sea Dios... Y al fiel Enriquez le ha sucedido algo ?

—Nada, monseñor; solo se echó abajo la puerta de su casa; Enriquez en este instante se halla tan seguro como Vuestra Eminencia.

—De modo que el pueblo no tenia intencion de dirigirse á mi palacio?

—Nó, monseñor; quien tendria valor para atacar al gran inquisidor de Sevilla?

—Entonces yo no corro peligro, no es cierto, José ? El

(1) El inquisidor Torquemada poseia en efecto una reliquia á la que atribuia la propiedad de descubrir y neutralizar toda clase de venenos. (Llorente : *Historia de la Inquisicion.*) Esta preocupacion se habia heredado de los árabes.

pueblo no se atreveria á tanto. Quizá anduvimos errados al elegir á Enriquez para gobernador de Sevilla. Es un hombre sin resolucion ni firmeza.

—No tanto como cree Vuestra Eminencia.

—Pero si es un salvaje, un ignorante, un grosero.

—Qué importa, monseñor? en cambio os es fiel; y creedme, el trage de gobernador le sienta á él tan bien como á cualquier otro.

—El pueblo echa de menos á Manuel de Argoso, replicó el inquisidor. Este hombre observaba una culpable tolerancia con los herejes y los cristianos flojos: hé ahí porque todo el mundo le amaba.

—Y hé ahí porque se subleva contra Enriquez, monseñor. Solo existe un medio para atajar el mal: obrar con energía.

—Sí, es necesario concluir con estos motines, es necesario que la Inquisicion de España, ejerza su dominio en todo el mundo y se haga superior al mismo Papa. Es necesario que la lepra de la herejía desaparezca del globo.

—Y que el globo pertenezca á la Inquisicion por entero, añadió José en acento que así podia ser formal como de chanza.

—Es necesario, continuó Arbués, que las cenizas de los herejes fecunden la tierra, y se convierta en un paraiso de delicias. Los bienes de este mundo, como los del cielo, pertenecen de derecho á los verdaderos católicos. Solo á estos les asiste el derecho de gozarlos, y no los alcanzarán sino á fuerza de perseverancia y rigores.

—Monseñor, observó el novicio, cuantos mas herejes queme el Santo-Oficio, mas grande será su influencia.

—Claro está, replicó Arbués, cuyos dientes rechinaron; hé ahí porque en el auto de fé que vamos á celebrar, figurarán cuando menos ciento diez y ocho herejes.

—Cincuenta mas que en el último. Y qué es lo que pensais hacer de Argoso que fué gobernador de Sevilla? interrogó José, fingiendo que no daba importancia alguna á esta pregunta.

—Le trataré segun merece; es decir, como luterano y hereje, esclamó el inquisidor que se desesperaba ante el recuerdo de sus vanas tentativas contra Dolores.

Como se vé, el novicio adulaba con destreza las pasiones del gran inquisidor.

Por lo demás, el Santo-Oficio no obraba tan solo á impulsos de su ardiente fanatismo.

Su crueldad implacable, como la fatalidad misma no era por cierto el resultado de un celo desmedido por la gloria de la religion católica. Se hallaba impulsado por algo mas. El interés religioso no figuraba sino en segunda línea, ó, mejor dicho, la religion servia de máscara ó pretesto á la desenfrenada ambicion y á la sed de riquezas que el Santo-Oficio distinguia.

El fanatismo existia realmente en los hombres de inteligencia obtusa de algunos, y en la insensatez de muchos; mas los inquisidores no eran por cierto ni estúpidos ni locos.

Deseaban adquirir grandes riquezas, y hélo ahí todo;

querian reinar, y en su astuta política, habian comprendido que la única corona que jamás llegará á romperse, es la corona de espinas que ciñó Nuestro Señor Jesucristo; y hé ahí, en fin, porqué la convertian en su égida haciendo al mismo Dios cómplice y solidario de sus iniquidades é infamias.

—Ha llegado ya la hora de recoger la herencia que nos legó nuestro santo fundador Torquemada; dijo Pedro de Arbués.

Y viendo que el novicio jugaba cual un niño con el anillo que habia pertenecido á este inquisidor y que estaba sobre la mesa, dijo:

—Por Dios, hijo mio, guárdate mucho de tocar esto; es una preciosa reliquia que no debemos profanar; ella fué la que protegió constantemente la vida del bienaventurado Torquemada, y hoy es la que protege la mia.

—Y cómo la adquiristeis, monseñor? preguntó el novicio.

—Por herencia; desciendo, aunque en línea trasversal, de la misma familia que el grande y primer inquisidor de Castilla.

José guardó silencio y colocó la reliquia en el mismo punto donde la habia encontrado. El escepticismo del jóven fraile no escluia cierta supersticion; en la fantasía de aquella generacion, que descendia de los árabes, habia aun demasiado fanatismo para que no creyese en la virtud de un amuleto.

—Oye, José, replicó el inquisidor; ya que Sevilla está

tranquila, creo que pudiéramos hacer una ligera colacion aun que no fuese mas que para probar un lácrima-cristi que me ha enviado el nuncio del papa.

—No siento hambre, replicó José con negligencia.

—No importa, hijo mio; este delicioso vino alcanzará despertarla. Llama, y dí que nos sirvan.

En el mismo instante en que José iba á ejecutar las órdenes de Arbués, entró un familiar, el cual dió una carta á Su Eminencia.

—De dónde viene? preguntó el inquisidor.

—Del gobernador de Sevilla, contestó el familiar.

Pedro de Arbués rompió el sobre de la carta y la leyó rápidamente.

«Monseñor, le decia Enriquez, la abadesa de las carmelitas se encuentra muy enferma y ha mandado llamar á un franciscano para que la confesase. Creo de mi deber advertirlo á Su Eminencia. Este fraile debe ir hoy mismo al convento, pues, segun parece, las circunstancias son graves. Hé ahí cuanto he podido averiguar. Mi carta, escrita, hace ya dos horas, no ha podido ser enviada mas pronto á su Eminencia, á causa del motin que ha turbado la ciudad y amenazado mi existencia.»

—Pobre Enriquez! dijo el inquisidor cuyo rostro, durante la lectura de esta carta, indicaba una violenta cólera; en verdad que es un hombre muy servicial y celoso.

—Ya lo veis , monseñor, dijo el novicio sin saber á punto fijo de lo que realmente se trataba.

—Vive Dios! interrumpió Arbués, que esa mujer es au-

daz. Mandar por un franciscano cuando soy su confesor... No debia recurrir á mi ausilio?... vaya! lo comprendo todo: esa mujer teme la muerte; pero aun es tiempo... esa mujer pudiera comprometerme: es necesario que inmediatamente la vea.

Y luego añadió en voz alta llamando á sus familiares:

—Hola! preparad mi litera.

Y volviéndose hácia José que trataba, aunque en vano, de adivinar lo que pasaba, continuó:

—José, un asunto importante exige que yo salga. La abadesa de las carmelitas se muere, y reclama de mí los ausilios del Evangelio.

Pedro de Arbués salió del cuarto bajó con rapidez la escalera de su casa, subió á la litera y partió.

Al llegar á la puerta del convento, un franciscano iba á saltar el dintel y se dirigia hácia el inquisidor.

Al encontrarse frente á frente; Pedro de Arbués y el fraile se miraron.

Los dos se reconocieron.

Pedro de Arbués miró con fijeza al franciscano, y le dijo:

—A que vinisteis?

—A salvar un alma, contestó el interpelado.

Este monge era Juan de Ávila.

El inquisidor le dirigió una mirada llena de ódio, y franqueó rápidamente la puerta del convento.

Cuando llegó á la cabecera del lecho donde yacía la abadesa, ésta, que se hallaba tranquilizada por las frases del apóstol, gozaba del mas perfecto reposo.

Francisca de Lerma no se hallaba gravemente enferma, pero atacada por un mal repentino que le habia quitado sus fuerzas, tenia miedo á la muerte, y horror á su depravada existencia.

No pudiendo desahogar su corazon en el cómplice de sus mismas faltas, habia mandado llamar á Juan de Ávila, cuya santidad le inspiraba una confianza ilimitada. Así es que en una sincera confesion, aquella desgraciada mujer confesó al apóstol los remordimientos que devoraban su alma.

A no dudarlo, en aquella confesion salida de los lábios de una abadesa altanera, el fraile debió verter lágrimas de sangre.

La enfermedad concluyó por dominar aquel carácter soberbio; y el remordimiento, única virtud de los que pecan mucho, le traia al buen camino.

No obstante las pérfidas insinuaciones que el inquisidor habia empleado á fin de persuadirla de que no obraba mal dejándose arrastrar por sus pasiones, Francisca de Lerma comprendia que habia pecado con conocimiento de causa; y de ahí que no viviese tranquila.

—Señora, la dijo el inquisidor cuando llegó á la cabecera de su lecho; por qué mandasteis llamar á un confesor?

Al oir esta voz tan conocida, Francisca de Lerma volvió bruscamente su cabeza, y fijando una mirada de ódio en Arbués, hizo con sus lábios un movimiento de desprecio y de ironía.

—No sabíais, continuó el inquisidor, que yo tengo asimismo el poder de absolveros?

—Antes de absolver á los otros, replicó la abadesa con voz lenta, cubrid de ceniza vuestra frente, humillad en el polvo vuestro orgullo y suplicad al cielo de rodillas, que os perdone vuestros crímenes. Con qué derecho hablais de absolver á los demás, vos que tanto pecasteis? Y luego volviéndose al otro lado de la cama, Francisca de Lerma envolvió su cabeza en la sábana bien como si entre ella y Arbués quisiese interponer el sudario de la tumba.

El inquisidor hubo de comprender que aquella alma se acogia bajo el manto de Dios, y que su imperio se habia concluido.

Pero como hombre hábil, y velando su cólera en una capa de religion y de dulzura, se volvió sin violencia y ocultó su descontento. Esto no obstante, comprendiendo que la enfermedad de Francisca se hallaba léjos de ser mortal, prometióse encontrar medios para que no volviese ha hablar con Juan de Ávila.

La conversion de Francisca de Lerma equivalia, para ella, á una implacable sentencia.

CAPÍTULO XX.

La cita.

La hora de la cita indicada por José á Juan de Avila, se acercaba..

Estéban acababa de cenar con el apóstol. Este, no obstante sus esfuerzos, no habia podido disimular la preocupacion de su alma, la cual se retrataba en su semblante, por lo comun tan tranquilo.

Juan de Ávila guardaba el mas profundo silencio.

Estéban observaba con inquieta mirada los mas pequeños movimientos de su rostro.

—Padre mio, dijo por fin, no habeis averiguado nada respecto al gobernador de Sevilla? Comenzó ya el proceso? No será fácil salvarlo?

—Nó, replicó Juan de Ávila; el proceso del gobernador aun no ha empezado: ya sabeis que os lo advertiré con tiempo; mas entretanto permaneced tranquilo y oculto; ya

sabeis que hay un gran riesgo en desafiar la inquisicion.

—Y sin embargo, quisiera desafiarme con ella.

—Pues bien: conservad las fuerzas para el dia de la lucha que harto necesitareis de ellas.

Al pronunciar estas frases, y viendo que la arena de la clepsidra estaba á punto de agotarse, salió sin decir una palabra, conforme ordinariamente lo hacia.

Pero aunque en aquel dia no hubiese ocurrido nada de alarmante, Estéban, que se sentia muy inquieto, dejó que el apóstol se alejara unos pasos, y luego, saliendo á su vez, cerró la puerta de la casa, y envuelto en la oscuridad, siguió á Juan de Ávila.

Llegado que hubo cerca la fuente de la catedral, se detuvo.

José le aguardaba.

Permanecia sentado cerca esa misma fuente, apoyada su cabeza entre sus manos y revelando en su actitud gran melancolía y tristeza.

Solo, en medio de aquella gran esplanada sombreada por naranjos y oyendo el rumor del agua que caia en un receptáculo de mármol, José, por un instante, se abandonó al impulso de una meditacion profunda y misteriosa: aquel era, para el jóven, uno de esos momentos en que los sucesos de la vida, sueños que pertenecieron al pasado, se levantan en grupo como una realidad viviente, ó, desenvolviéndose uno despues de otro, cruzan vagos y confusos á nuestros ojos como si fuesen fantasmas rientes ú horribles, nos hacen volver la cabeza de disgusto por-

que no ofrecen mas que el vacío á la insaciable alma humana.

Juan de Ávila al acercarse á la fuente, no habia producido mucho ruido.

Este, no obstante, le oyó perfectamente, y dejando la piedra en que permanecia sentado, se dirigió hácia el apóstol.

A algunos pasos de ellos, Estéban, oculto entre unos naranjos que rodeaban la fuente, habia visto aquella escena.

Ya se comprenderá su sorpresa al ver que Juan de Ávila, se dirigia al encuentro de un dominico.

El jóven se dispuso á escuchar atentamente.

—Padre mio, dijo el novicio inclinándose ante el apóstol de Andalucía; yo hubiese querido evitaros la molestia que os tomasteis de llegar hasta este punto; mas no quise ir á vuestra casa por no hacerme sospechoso... á la inquisicion, la cual me impediria el serviros.

José hablaba con tanta candidez, habia en su voz tanto entusiasmo y nobleza, y en su hermosa y noble frente que, entre los argentados resplandores de la noche parecia un mármol esculpido, habia tanta dignidad y grandeza, que Juan de Ávila, hombre á su vez, de un candor estraordinario, por que era un verdadero génio, concluyó por perder la desconfianza que le inspiraba siempre un dominico.

Entre aquellas dos almas privilegiadas brotó una chispa eléctrica.

—Y Dolores? preguntó con viveza el apóstol.

Al oir el nombre de Dolores, se oyó tambien un rumor que hizo estremecer la hoja de los naranjos como si les agitara la brisa.

—Os atrevereis á seguirme? preguntó el dominico con voz dulce.

—Por qué nó? replicó Juan de Ávila, cuya grande alma era inaccesible al miedo; guiad, hermano mio.

—Nó: llamadme vuestro hijo, dijo el mancebo haciendo un movimiento en que se traducian sus simpatías al apóstol, llamadme vuestro hijo, porque necesitaré de vuestras oraciones.

Juan de Ávila se sintió conmovido.

José le inspiraba un sentimiento indefinible: ejercia sobre él esta fascinacion irresistible de los séres bellos, nobles y entusiastas.

—Seguidme, padre mio, replicó el jóven alejándose; no tenemos que andar mucho.

Y en efecto: algunos instantes despues se hallaban frente la puerta de la casa en que vivia Juana.

El mancebo sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y entró el primero; pero en el instante en que Juan de Ávila iba á franquear su dintel, Estéban que no le habia perdido de vista, se dirigió hácia el mismo y le dijo con voz suplicante:

—Padre mio, si aquí hay riesgos que correr, dejad que con vos los parta, y toda vez que es cierto que alguien nos la devuelve, permitid que yo la vea.

—Os quise ahorrar un desengaño ; mas ya que lo sabeis todo, venid conmigo.

Y al mismo tiempo, volviéndose hácia José que aguardaba en la puerta de la casa, y que asomaba la cabeza para ver lo que detenia al apóstol, dijo:

—Amigo mio, no entraré aquí si conmigo no entra mi hijo Estéban.

—Estéban? murmuró José, sí; que entre y así podrá verla.

Luego que hubieron entrado, José cerró la puerta.

Dolores y Juana aguardaban en el cuarto bajo.

La jóven que estaba advertida por José, dejó su silla para dirigirise á su libertador; pero cuando vió á Estéban que aguardaba, su rostro se puso intensamente pálido y volvió á caer en el mismo asiento que ya habia dejado: tal era la emocion que sentia.

—Dolores, interrumpió Juan de Ávila, acercándose á la niña; es necesario ser fuerte así en el dolor como en la alegría. En los tiempos que corremos, el que se deja abatir por los contrarios vientos no tarda en sucumbir.

Al oir la dulce voz del apóstol, Dolores volvió en sí, y mirando al novicio, le dirigió una mirada en que se retrataba su gratitud profunda y sincera.

Mas luego de aquella sensacion primera concedida al sentimiento mas profundo que en el alma existe, Dolores se avergonzó de no haber pensado antes que todo en su desgraciado padre, y mirando con inquietud al novicio, dijo:

—Cuando se instruye el proceso de mi padre hermano mio?

—Pasado mañana, contestó José, el cual no queria engañar á la doncella.

—Estais cierto de ello? preguntó Juan de Ávila; pues yo creia que aun tardaria unos dias.

—Nó: se instruye pasado mañana; lo sé por el inquisidor mismo.

—Pues bien, esclamó la niña con angustia; qué es lo que se debe hacer para salvarle? nada hemos hecho aun en su obsequio.

—Es que hasta ahora no se podia hacer nada, observó el dominico.

—Y en lo sucesivo.

—En lo sucesivo buscaremos testigos para que declaren en favor suyo; es el único medio con el cual podrá salvarse.

—Y vos, padre mio, sereis uno de los testigos? preguntó la jóven.

—Claro está, contestó Juan de Ávila; mas no paseis cuidado: vivid tranquila, porque todos nosotros necesitamos de aliento. Dejad, pues, que vuestros amigos obren en la libertad mas completa, y no les aflijais con vuestro disgusto.

En aquel instante, mientras Dolores fijaba su atencion en las palabras del fraile, José entró en el jardin para ver algunas flores é hizo á Estéban una seña para que le siguiera.

Cuando se hallaron bastante léjos para que nadie les oyese, dijo el dominico:

—Señor don Estéban; los testigos no serán lo bastante para que el gobernador se salve; busquemos, pues, un medio mas seguro.

—No conozco ningun otro, replicó gravemente el mancebo, que era harto discreto para comunicar sus ideas á un hombre que no habia conocido hasta entonces.

—Sin embargo, repuso con viveza el dominico, qué es lo que haremos si este medio nos falta?

—Esperemos en la justicia de Dios, contestó el jóven.

El novicio se sonrió con amargura, y cogiendo la mano de don Estéban de Vargas, se la estrechó con viveza:

—Amigo mio, dijo; desconfiais de mí; qué os hice para merecer tanta injusticia? un dia hallé en mi camino á vuestra novia que corria desesperada á ver al inquisidor para pedirle la gracia de su padre; y yo no solo evité su muerte, sino, lo que es peor, su deshonra.

Entonces la dí mi propia casa donde vive guardada y protegida como si fuese mi hermana. Ahora quiero salvar á su padre: qué es lo que puedo hacer mas para que yo os inspire confianza?

—Vos sois dominico, replicó Estéban con su franqueza de siempre.

—Cuando menos, visto el hábito.

—Es cierto que todo, en vos, inspira la mayor confianza, replicó Estéban: vuestra fisonomía indica el entusiasmo, y vuestras frases llevan consigo el sello de la verdad;

pero no tengo yo la culpa si hoy tenemos que desconfiar de nuestros propios amigos.

—He inspirado confianza á Juan de Ávila.

—Tambien me la inspirais á mí, dijo Estéban alargándole su mano.

—Entonces, probádmelo: respondedme con franqueza; si no salvamos al gobernador por medio de testigos, qué medio emplearéis para lograr vuestro objeto?

—Lo ignoro, contestó el mancebo, vacilando.

José adivinó su proyecto.

—Quereis sublevar al pueblo, salvar al gobernador mientras el auto de fé se celebre, y matar al gran inquisidor, no es cierto? preguntó el fraile con viveza.

Estéban le miró con aire de desconfianza.

José comprendió que habia dado en la llaga.

—Este medio no es bueno sino en un caso desesperado, observó Estéban, cuyo acento desmentia su prudencia.

José habia adivinado sus planes.

Esto no obstante, el jóven no insistió en su idea, pero llevando á Estéban cerca de su novia, le dijo con voz que se revelaba el candor.

—Suceda lo que suceda, contad en mí, don Estéban.

—Gracias, amigo, contestó Vargas; pero á los hombres se les conoce en los momentos de prueba.

—Este momento ya vendrá, observó José con tristeza. Ah! don Estéban! creed que teneis en mi un fiel aliado; quizá en esta lucha yo deje mi existencia, y entonces me dareis crédito.

Estéban era jóven, y de consiguiente estas frases le conmovieron. Quizá iba á desenvolver sus planes y confiarlo todo á aquel hombre que tanto le sorprendia y fascinaba; pero en aquel mismo instante llamaron con viveza á la puerta, y Estéban murmuró en voz baja:

—Traicion! traicion!

Juan de Ávila miró á José como si tratara de leer en su semblante; pero ni el dominico ni Dolores, dieron muestra de sorpresa.

Juana abrió la puerta.

Era el Cuco, que todas las noches á la misma hora, iba á recibir órdenes de José y le daba cuenta de lo que habia ocurrido en el dia.

Al ver aquel rostro amigo, los ánimos se calmaron.

—Qué ocurre de nuevo? preguntó al Cuco el dominico.

—Señor, respondió el alguacil vacilando; el gobernador de Sevilla...

—Comparecerá dentro dos dias ante el tribunal del Santo-Oficio, interrumpió José; esto ya lo sabia: y luego?

—Estaré de guardia á la puerta de su calabozo dijo el Cuco.

—Dios mio! esclamó Dolores; entonces...

—No estaré solo, repuso el alguacil que comprendió su idea.

—Pues bien, dijo para sí Dolores; ya que nadie puede hacer nada en su obsequio, á mí me toca el salvarle.

Juan de Ávila se levantó para salir.

—Quedad tranquila, Dolores, dijo Estéban en voz baja; ó yo moriré, ó yo salvaré á vuestro padre.

—Qué Dios os bendiga, Estéban! replicó la doncella.

—Hija mia, la dijo á su vez Juan de Ávila; sed prudente, contad en vuestros amigos y no salgais bajo ningun pretesto á la calle.

Dolores bajó sin responder, su cabeza, pues por una parte no queria mentir, y por otra no queria comprometerse á nada.

Sus ojos no abandonaron los de Estéban, mas que cuando se hubo cerrado la puerta de la casa.

Estéban, José y el apóstol se alejaron.

El novicio les acompañó hasta el puente de Triana donde se separó de ellos.

El Cuco les habia seguido desde léjos.

José se volvió para llamar al alguacil.

—Oye, le dijo, espía á don Estéban de Vargas, y dime, enseguida, los puntos que frecuenta.

—Supongo, observó el Cuco, que al darme vuestra órden, lo hareis para bien suyo. Como es amigo del apóstol..

—Queda tranquilo, amigo mio; he hecho mal á nadie?

—Oh! nó: vos sois un ángel, contestó el alguacil; haré cuanto Su Reverencia me mande.

CAPÍTULO XXI.

El puerto de Despeñaperros.

El sol acababa de levantarse al horizonte; sus primeros rayos de amarillo y rosa teñian la ligera bruma que cubria las cimas de Sierra Morena, convirtiéndola en una blanca gasa adornada con brillantes.

En un camino árido, practicado en una falda del monte y tan estrecho que mas parecia de cabras que de hombres, veíanse dos viajeros los cuales salvaban grandes abismos cuya profundidad ocasionaba el vértigo.

A una y otra parte algunos pinos de sombría verdura brotaban en los peñascos, ó bien, formando un singular contraste, el silvestre escaramujo se ostentaba en el borde de los precipicios cuya vertiginosa profundidad no hubiera osado mirar el ojo del viajero.

Los dos de que hablamos, llegaron, por fin, á una de las crestas del monte.

Entonces se volvieron hácia el Oriente y el sol iluminó su semblante.

El mas entrado en edad se distinguia por la gravedad y dulzura de sus facciones.

Al examinarle atentamente, veíase que las laboriosas vigilias, las luchas con las pasiones y los esfuerzos de la meditacion habian marcado con un sello especial, el rostro de aquel hombre que llevaba el hábito de franciscano.

El otro viajero, mucho mas jóven, tenia unos veinte años y ofrecia con su compañero un contraste tanto mas singular, cuanto se diferenciaban por su rostro, su carácter y sus costumbres. Esto no obstante, estos dos hombres se parecian en una circunstancia que será constantemente un lazo de union entre las personas de diferentes opiniones é ideas: uno y otro se distinguian por su carácter leal y generoso; uno y otro profesaban las mismas doctrinas y si las inclinaciones del uno eran contrarias á las del otro, cuando menos, obraban siempre guiados por un mismo fin y por una misma causa.

Nuestros dos viajeros acababan de salvar el puerto de Despeñaperros, una de las mas elevadas cimas de esa inaccesible cordillera conocida bajo el nombre de Sierra Morena.

Cansados por el camino se sentaron.

Luego de descansar un instante y viendo que respiraban ya mas libremente y que recobraban su aliento, nuestros hombres echaron en torno suyo una de esas investigadoras y filosóficas miradas, que buscan, entre las mara-

villas de la creacion, las relaciones que existen entre las causas y los efectos; y que admirando las obras de Dios, ven, por decirlo así, á Dios mismo; tal es, entonces, la lucidez del espíritu. Detrás de ellos el monte de Sierra Morena, propiamente dicho, ostentaba sus nieves seculares.

En frente suyo desenvolvíanse las yertas llanuras de la Mancha y á su izquierda y mas hácia atrás, la voluptuosa Andalucía ostentaba en orgulloso contraste sus hermosas olivares, sus verdes y magníficos viñedos y sus campos de limoneros.

Mas léjos y hácia la derecha veíase la Sierra Nevada, la Sierra Elvira y las Alpujarras, que eran la continuacion de esos inaccesibles montes que envuelven las dos Castillas como en una barrera de granito.

Luego, en fin, salvando con el pensamiento un largo trecho, nuestros dos viajeros creyeron ver las dos Castillas, este santuario de la España, jamás conquistado por estranjeras armas, y sus varias y singulares comarcas donde serpentea el Tajo, de arenas de oro, y el Manzanares de plateada corriente.

Desde aquella elevada cima se dominaba á España.

Al examinar este rico país, el corazon de los viajeros se llenaba de amargura.

Allí abajo, á sus mismos piés, en aquellas mismas llanuras que el cielo con tanta esplendidez adornaba, existia un brutal é inícuo poder que robaba á los hombres el libre goce de tantos beneficios y que era por decirlo así, un derecho de su propia existencia.

—Hé allí el término de nuestro viaje, dijo de pronto el franciscano, estendiendo su mano al horizonte é indicando un punto que solo podia alcanzar el pensamiento, pues se hallaba perdido en el espacio.

—Dios mio! Dios mio! esclamó lleno de dolor el jóven laico; tal vez lleguemos á él demasiado tarde... y sobre todo, cómo impresionaremos el corazon del rey?

—Tened mas confianza, respondió el fraile; por qué tantas ánsias y cuidados por una cosa que aun está incierta? La impetuosidad es siempre un defecto que perjudica la realizacion de nuestros planes; con calma se alcanza todo. El gran secreto de la vida consiste en saber aguardar y en hacer que el incierto porvenir no se convierta en un tormento de nuestra vida presente. El alma se fatiga y se enerva con esas constantes aprensiones y con esa inquietud prematura. El hombre de carácter fuerte aguarda los sucesos con pié firme sin que jamás los tema: con frecuencia pasa por insensible; pero, en realidad no es sino valiente.

—Oh! padre mio! interrumpió el jóven con amargura; se conoce que ningun cuidado os agita y que al renunciar á las alegrías del mundo renunciasteis, tambien, á las miserias del hombre; vos, aislado como en un desierto en vuestra órden religiosa y no viviendo mas que una existencia comun, vos no comprendeis ciertos dolores.

—Hijo mio, repuso el franciscano con dulzura, creeis que el apostolado sea una mision que lleva consigo el egoismo y la dureza? acaso no hicimos voto de pobreza al

objeto de remediar el hambre y las miserias? desgraciado aquel que comprende de otro modo la mision del sacerdote! desgraciado aquel que convierte la autoridad evangélica en un poder temporal que esplota en provecho de sus pasiones, en vez de emplearlo en el consuelo y bienestar de todos! el apostolado no se propone otro objeto.

El que usa de él de otra manera, no comprende sus deberes. Y en efecto: en que consiste nuestra vida? En estar siempre dispuestos á verter nuestra sangre por el prójimo, en consolarle en sus adversidades, en hacer mas dulce su existencia mientras llega otra mejor. Creeis, hijo mio, que el que renuncia á las dulzuras de la familia para entregarse al cuidado de la humanidad entera es un sér débil y egoista? Nó: no lo creais: el celo es una virtud que viene de Dios, y él es tan solo quien lo infiltra en el corazon del hombre.

—Dispensadme, padre mio, replicó el jóven, dispensadme; soy ingrato, soy injusto; os lo debo todo y os ultrajo! el dolor ha estraviado mi juicio. Vos formais una escepcion sublime. Pero, decidme, añadió con ese escepticismo que dan los grandes infortunios; dónde se encuentran los descendientes de los apóstoles? los he buscado en este hormiguero de frailes llamado España y no he visto sino mendigos y opresores.

—Hijo mio, dijo con severidad el franciscano; vos sois aun demasiado jóven y careceis de esperiencia para que podais juzgar de esta manera: reconozco tambien, los abusos de la Iglesia española; lloro sus desvaríos; lucho contra

ellos con toda mi fuerza; pero cuando, volviendo en mi mismo, me postro á los piés de Dios ofreciéndole mis luchas, mis lágrimas, mis súplicas, me digo resignado: «Quizá el cielo así lo quiere.»

—Nó nó: esto no es posible, gritó el mancebo. Dios es grande y magnánimo; Dios, cuya divina esencia es todo amor no puede permitir que se oprima en su nombre á los que ha dado una alma inmortal que es una chispa de él mismo.

—Hijo mio, replicó el monge un tanto embarazado por la observacion del mancebo, pero demasiado firme en sus creencias para indagar ó profundizar los misterios que no llegaba á comprender su buen sentido; hijo mio, hay una cosa cierta y es que Dios creó al hombre para la dicha y la dicha está en la perfeccion. Nosotros vamos constantemente hácia este fin; quizá no se llegue á él sino en brazos de dolor, quizá las generaciones que siguen, necesitarán las lágrimas y la sangre de sus padres á la manera con que nosotros necesitamos la sangre de Jesucristo y quizá, en fin, Dios que es eterna fuente de justicia reserva á los que sufren un premio incomprensible.

En los tiempos de persecuciones, el hombre se halla frente á frente del martirio; vive una existencia llena de fé y de pobreza y emancipándose á las cosas de la tierra se habitúa á vivir en el espíritu y de esta grande meditacion de los pueblos salen, á veces estas grandes enseñanzas que regeneran las naciones. Cesemos, pues, de murmurar; luchemos con constancia; la sumision voluntaria á

los decretos de un Sér Omnipotente y bueno, lleva consigo un gran consuelo. Con esto no se obedece á una fatalidad ciega, sino á un ser inteligente y lleno de amor que coloca siempre el bien al lado del mal y que con frecuencia mezcla estos dos elementos en combinaciones superiores, oscuras muchas veces para nuestra inteligencia limitada, pero guian siempre á un fin que la voluntad de Dios ha señalado.

El jóven no contestó.

Reflexionó en silencio sobre aquel hombre aun jóven, bello y de continente grave, que dotado por los preciosos dones de la inteligencia y la fortuna, renunciaba á los honores de este mundo para vivir la única existencia del espíritu y contribuir con su poder y sus grandes facultades á la dicha del prójimo; y no á esa dicha frágil cimentada en paradoxales utopias sino á la dicha eterna é infalible que á despecho de la desgracia, del sufrimiento y la muerte, nace en el corazon del hombre que abraza con ardor una fé consoladora, y vive, por decirlo así en el mundo, una vida de ultra-tumba.

Aunque Estéban se hubiese alimentado con sentimientos muy cristianos y puros, el natural ardor de su sangre jóven y la caballeresca existencia que llevaban entonces los nobles habian dado—no obstante su inclinacion á las especulaciones científicas—un giro vivo y marcial á sus opiniones ó ideas. Nacido para cultivar los grandes pensamientos ya fuesen religiosos ya humanitarios, faltábale esa paciencia que nunca tergiversa el órden de los sucesos.

Noble de corazon y de cuna, era, en lo moral, un gigantesco y atrevido atleta que fiado en su gran fuerza ataca de frente y de un solo golpe á sus muchos enemigos, y en vez de batirles uno á uno, de asegurar su victoria por la lentitud misma de la lucha, corre, lleno de impetuosidad y soberbia, á la probabilidad de su derrota.

Esto esplica, tal vez, la pérdida constante que la España liberal y filosófica ha tenido que sufrir contra la España ultramontana.

A los defensores de la libertad no les ha faltado nunca el valor y la constancia, pero en cambio han carecido de prudencia; han fiado mucho de los sucesos y los hombres, y han carecido, en fin, de esa destreza que tanto se parece á la astucia.

Los defensores de la libertad se han distinguido siempre por su lealtad y nobleza; han luchado á la luz del dia y con el pecho descubierto contra poderosos y ocultos enemigos que se atrincheran en el fanatismo é ignorancia del pueblo, á la manera con que un bandido se oculta entre la maleza de un camino; con enemigos que no se defendian en medio del combate pero que herian por detrás á su adversario, cuando éste se hallaba cansado de luchar en el vacío.

Esto último se halla en las costumbres de los hombres de sotana; jamás combaten por legiones; cansan al enemigo por medio de guerrillas, dejan que use sus fuerzas con antagonistas invisibles que parecen huir y multiplicarse al mismo tiempo, y cuando les vé abatidos se

levanta en masa, como un solo hombre, y lanza un formidable grito de triunfo que resuena en los postreros ámbitos del mundo.

—Hace ya cinco dias, interrumpió el mancebo, que dejamos á Sevilla; cuánto tiempo falta para llegar á Madrid?

—Ocho jornadas al menos, contestó el fraile.

—Quizá en este tiempo el cuervo inquisitorial devorará su presa, y quizá cuando volvamos será ya muy tarde.

—No paseis cuidado observó el monge; la inquisicion no va nunca aprisa: antes de entregar la víctima al verdugo bebe la postrer gota de su sangre... Vaya, continuó el apóstol, viendo que se acercaban unos guias que conducian sus mulos; tened esperanza y buen ánimo.

Los viageros se levantaron y bajando por los estrechos senderos de la vertiente septentrional de la montaña juntáronse á los guias que franqueaban con pena la senda que conducia á Castilla, senda que entonces apenas se hallaba indicada por las huellas de los viajeros, y que actualmente se encuentra sustituida por una gran carretera real que llega á la cumbre del monte, formando cien espirales y que guia desde Castilla á Andalucía, y desde Andalucía á Castilla.

En la época en que pasa nuestra historia, este camino, se hallaba por decirlo así, impracticable; mas en cambio, todo lo suplia la buena voluntad de nuestros viajeros.

Bajo tal concepto, estos continuaron su marcha y ora andando en sus mulos , ora andando á pié, bajaron la montaña para ganar la Carolina donde llegaron de noche.

CAPÍTULO XXII.

El Tribunal.

Era un dia triste y lúgubre, un dia en que la inquisicion celebraba audiencia.

Acababa de abrirse la gran sala del tribunal.

Esta sala consistia en un vasto cuadrilongo adornado con negras colgaduras.

En el fondo veíase una mesa en forma de semicírculo.

Tras de esta mesa, que se hallaba cubierta con un gran tapete de bayeta negra, veíase un sillon de terciopelo negro, encima del cual habia un pabellon de lo mismo.

En él sentábase el presidente ó grande inquisidor.

Encima del pabellon, y colgado en la pared, veíase un gran crucifijo sobre fondo negro.

Cerca el sillon presidencial, á uno y otro lado, veíanse otros dos sitiales forrados, asímismo, en terciopelo negro,

en los que se sentaban los otros dos inquisidores que formaban el tribunal.

Sobre la mesa, y hácia la derecha, habia una campanilla; á la izquierda, un gran libro de los Evangelios que permanecia abierto; y frente al presidente, un pliego de papel blanco en que hacia sus apuntes.

Frente al crucifijo, y mas allá de la mesa, veíase un banco donde se sentaban los acusados.

A la derecha del presidente, y no léjos de la mesa, permanecian en pié los esbirros y cuatro enmascarados vestidos con un traje talar de color negro, con la cabeza cubierta con un capuchon de la misma tela y en la que se veian cuatro agujeros que correspondian á los ojos, la nariz y la boca.

A la izquierda dos escribanos sentados frente una mesita, anotaban lo que el presidente ó los testigos dictaban.

Pedro de Arbués, vestido con el hábito de la órden, adornado su pecho con la blanca cruz que llevavan los frailes de Santo Domingo, Pedro de Arbués, sentado en el sillon presidencial, paseaba en torno suyo una mirada siniestra.

Sus dos asesores, indiferentes á las tempestades que rugian en el alma de este hombre feroz, pero animados por el mismo espíritu de dominacion, aguardaban con recogimiento hipócrita la llegada del acusado.

En su rostro que parecia una máscara de hierro, no se traducia emocion alguna: ignoraban los combates y las

incertidumbres del juez que por una parte se vé en la obligacion de castigar á un culpable, y por otra teme herir á un inocente.

Sus sentencias se hallaban dictadas de antemano. Castigar, castigar sin descanso: he haí su divisa: nada tenian como una absolucion, y rara era la vez que perdonaban al reo.

En el fondo de la sala veíanse frailes que pertenecian á diferentes órdenes, y algunos grandes de España á los que, entregados en cuerpo y alma al Santo Oficio, el gran inquisidor habia invitado.

Verdad es que el que iba á sentarse en el banquillo de los acusados, no era un hombre vulgar; era por el contrario, un noble y poderoso señor, un buen católico, acusado de herejia, al cual, tal vez, se iba á condenar sin que la nobleza pronunciara una palabra en su defensa.

En aquella lúgubre asamblea, reinaba el mas profundo silencio; se hubiera dicho que iban á celebrarse unas honras fúnebres; tal era la palidez y la tristeza que se observaba en el rostro de los circunstantes.

De pronto se observó que estos hacian un imperceptible movimiento, y que sus ojos se dirigian con lentitud hácia la puerta; el acusado llegaba entre dos esbirros; acababa de entrar en la sala.

Era un hombre de elevada estatura, de color pálido y de unos cincuenta años poco mas ó menos. Sus cabellos de un negro muy subido, aunque gran parte de ellos estuviesen ya canos, adornaban una ancha y morena frente

en que brillaba la lealtad mas bien que el génio; su franca mirada tenia esa leal y caballeresca espresion que distingue á los hijos de Castilla, y la resignacion cristiana que tanto distingue á los españoles, templaba la espresion de amargura y de pesar que velaba sus facciones. Por lo demás, su cuerpo habia estraordinariamente enflaquecido porque hacia ya dos meses que vivia en las cárceles del Santo-Oficio.

Aquel hombre avanzó con lentitud, por entre sus guardias, y llegado que hubo frente al presidente, buscó con amarga y sarcástica sonrisa el asiento que la inquisicion le reservaba. (1)

Despues irguiendo con valentía, pero al mismo tiempo con dignidad, su cabeza, fijó en Pedro de Arbués una clara y penetrante mirada que le hubiera hecho bajar sus ojos si el inquisidor no hubiera sido tan audaz y tan cínico.

Lejos de esto, Pedro de Arbués sostuvo con firmeza la mirada, y dirigiéndose á la víctima, le dijo:

—Levantaos acusado, y jurad, ante el Evangelio, que direis verdad.

El acusado se levantó con dignidad, se acercó á la me-

---

(1) Cuando los acusados comparecian ante el tribunal del Santo-Oficio, se sentaban sobre un banquillo, ó mejor dicho, sobre un baston triangular apoyado en dos XX, llamado *potro*. Amenudo, cuando un acusado no queria confesar, se le tenia por espacio de dos ó tres horas sentado, arrodillado sobre la cortadura del potro. Como se vé, esto, por si solo, equivalia á anticipar la tortura.

sa y poniendo la mano sobre el libro Santo, dijo con voz firme y vibradora:

—Juro, en nombre de Jesucristo, que diré la verdad á cuanto se me pregunte.

—Cómo os llamais? preguntó el inquisidor.

—Pablo Joaquin Manuel de Argoso, conde de Cevallos, grande de España y gobernador de Sevilla, por la voluntad de nuestro señor D. Cárlos V.

—Entregadnos vuestros títulos, por que ya no os pertenecen. (1)

Manuel Argoso no contestó, pero sonrió con desden; la nobleza de su sangre castellana protestaba contra de aquella exigencia.

—Cuál es vuestra edad? le preguntó el presidente.

—Cincuenta años; respondió el gobernador.

—Pues bien, Manuel Argoso, continuó Pedro de Arbués con voz lenta, metálica, desapiadada; se os acusa de haber recibido en vuestra casa á un jóven que desciende de una familia hereje; á un jóven que profesa ideas opuestas á las doctrinas de nuestra santa Iglesia católica romana, y de no haberle denunciado.

---

(1) El que se hallaba detenido por el Santo-Oficio, perdia, por este solo hecho, todos sus títulos y dignidades, lo mismo que sus derechos civiles, los cuales no recobraba sino luego de alcanzar su absolucion definitiva; lo cual rara vez llegaba. Así el primer efecto de la persecucion inquisitorial, era la ruina y el deshonor de las familias. Y los inquisidores se llamaban defensores de la fé católica.

—No os comprendo, monseñor, respondió con gravedad Manuel Argoso.

—No denunciar la herejía, equivale á alentarla, prosiguió el inquisidor. Vos no debíais ignorar que Estéban de Vargas, descendiente de moriscos, se hallaba muy léjos de ser un católico puro, y apesar de esto, no solo le habeis recibido en vuestra casa, sino que le habeis prometido vuestra hija en matrimonio.

Al oir estas frases, el noble caballero lanzó un gran suspiro y vióse como una lágrima se deslizaba por sus pálidas megillas; pero luego, haciendo un esfuerzo por contenerse, dijo:

—Monseñor, el jóven Estéban de Vargas desciende de uno de esos nobles abencerrajes que se sometieron voluntariamente á la religion de Jesucristo, y se reconocieron súbditos de los monarcas D. Fernando de Aragon y Doña Isabel la Católica, de gloriosa memoria. (1) Estos caballeros recibieron de nuestros reyes los mismos privilegios de que gozaban los señores de Castilla; por qué, pues, les hemos de negar un derecho que tan ligítimamente adquirieron?

---

(1) D. Estéban de Vargas, era, efectivamente, hijo de una familia morisca que pertenecia á la tribu de *Venegas*, de cuyo nombre se hizo el de *Vargas*. El padre de don Estéban fué nombrado del consejo de Castilla, en 1506, por don Felipe V. El jóven tuvo un hermano inquisidor llamado Pedro de Vargas de la Santa Cruz, que fué su persiguidor mas terrible, D. Estéban evitó la inquisicion abandonando la España.

—El que alcanza un derecho se obliga al cumplimiento de un deber; observó Pedro de Arbués; desde el instante en que falta á este deber, su derecho se hace nulo. Don Estéban de Vargas, profesando doctrinas que son contrarias á los santos cánones, pierde sus derechos de buen católico, comete herejía, y el que con él se alía, es, tambien, reputado como hereje y se hace digno del castigo que se señala á este crímen.

—Yo, monseñor, os juro, dijo con gravedad el noble Argoso, yo os juro por mi honor que jamás D. Estéban de Vargas pronunció ante mí una palabra que no fuese digna de un buen cristiano y de un leal y noble caballero; cómo pues, he de ser cómplice de un crímen que no existe?

—El desdichado lo niega! dijo el inquisidor con acento de compasion y volviéndose á sus consejeros bien como si intentara consultarles.

Los consejeros hicieron un gesto de horror y levantaron sus ojos al cielo con aire de hipocresía.

Esta pantomima les era tan familiar, y reemplazaba con tanta frecuencia la severidad de aquel procedimiento y la lógica de la elocuencia, que nadie se estrañó lo mas mínimo.

Los escribanos redactaban las preguntas y las respuestas.

Pedro de Arbués parecia que reflexionaba.

Hubo un instante de silencio durante el que esta alma apasionada y enérgica se recogió profundamente para encontrar esas inflexiones dulces, esa mirada tierna, esas pa-

labras llenas de uncion evangélica, lenguaje que tenian la costumbre de usar los inquisidores y del cual, bajo ningun pretesto se apartaban, ya porque se lo prohibiesen los reglamentos de la órden (1) ya porque esta hipócrita dulzura no fuese sino un refinamiento de crueldad, pues en vano uno se quisiera persuadir de que aquella mansedumbre era el resultado de su celo por la religion y de una tierna piedad hácia las víctimas á las que se *creian* en la justa obligacion de dar el tormento.

La disolucion de sus costumbres responde victoriosamente á los apologistas que intentan defenderles.

Por fin mirando al gobernador de Sevilla con aire de compasion:

—Hijo mio: le dijo Pedro de Arbués; ya veis que estoy

---

(1) Hé aquí lo que se lee en una nota de la página 100 de El Ultramontanismo de Edgard Quinet primera edicion en octavo, página 282: *Modo con que se ha de aplicar el tormento de la cuerda al acusado que no quiere responder ó no responde con la precision necesaria.*

«Ocurre con frecuencia que el acusado no quiere contestar con precision y si solo con frases evasivas:» Lo ignoro, no lo recuerdo, quizá, no lo creo, no debo ser culpable de tal delito. El acusado debe responder con frases claras y terminantes: Lo dije, no lo he dicho, lo hice, no lo he hecho.

En estos casos es de todo punto indispensable el apelar al *riguroso exámen* (el tormento) para sacar de él una contestacion absoluta, precisa, bastante satisfactoria. Pero antes de amenazarle con la cuerda conviene amonestarle y el escribano anotará las amonestaciones y respuestas. La fórmula es la siguiente: Benignamente advertido (*benigne monitus.*)

sinceramente afligido por la obstinacion que el enemigo del bien os inspira.

Yo que soy vuestro hermano; yo que tengo un verdadero celo por la santa causa de la Iglesia; yo que os profeso una amistad sincera; yo ruego al Señor que os envie el deseo del arrepentimiento y la penitencia, á fin de que, reconociendo vuestras faltas, hagais una abjuracion solemne y volvais hácia el camino que os guiará al cielo.

—Padre mio, contestó Manuel Argoso con aire perfectamente sereno; Dios es testigo de que jamás tuve una idea que fuese contraria á las leyes de nuestro santo Evangelio, y que siempre le he servido lleno de amor y de confianza.

—Pero confesais al fin, que sostuvísteis relaciones con un morisco? observó Arbués insidiosamente.

—Don Estéban de Vargas no es un morisco, dijo Argoso; es tan buen católico como vos y yo, monseñor.

Santo cielo! grito el inquisidor; el espíritu maligno le ciega é insulta á nuestra santa religion.

—Monseñor; interrumpió en voz baja uno de los consejeros; ya veis que ha confesado sus relaciones con D. Estéban de Vargas.

Pedro de Arbués hizo un signo afirmativo que equivalia á decir:

—Corriente, ya me serviré de esto.

Y luego añadió en voz alta, digiéndose al acusado:

—Negareis, tambien, hermano mio, que educásteis vuestra hija en sentimientos contrarios al verdadero espí-

ritu de la religion católica y que esa jóven se ocupa en los perniciosos estudios que nos vienen del Norte y que se llaman filosóficos?

—Lo niego, contestó el gobernador.

—Probadlo, dijo Pedro de Arbués.

Manuel de Argoso se volvió hácia la gente que ocupaba una parte del salon, y viendo muchos nobles que cuando era gobernador frecuentaban su casa, les dijo:

—Señores: hay alguien entre vosotros que quiera decir la verdad y afirmar que ni Manuel de Argoso, ni su noble hija Dolores han practicado otras máximas que las del Evangelio? A vosotros os consta señores, pues yo cien veces os abrí mi corazon como mi casa.

En vano el gobernador aguardó una respuesta por parte de los nobles: todos guardaron silencio y fijos sus ojos en el suelo no parecia sino que se esforzaban en ocultar su piedad y su ternura.

Manuel de Argoso dejó caer sus brazos á lo largo de su cuerpo con un desaliento que no es fácil describir. Luego, volviéndose hácia el inquisidor y como si se sintiese iluminado por una repentina idea, exclamó:

—Apelo á vos mismo, monseñor, vos veníais todos los dias á mi casa y en vuestra doble calidad de amigo mio y de ministro del Señor, debisteis, mejor que nadie, comprender mis verdaderos sentimientos y los de mi hija Dolores.

—Yo no la confesaba, respondió el fraile con voz glacial.

—Oh! monseñor! interrumpió Manuel de Argoso con voz que hubiese enternecido á un peñasco: oh! monseñor! acaso Dolores es víctima, asimismo, de una acusacion de heregía? se halla encarcelada?

—Ahora no se trata de ella, contestó el inquisidor que quiso prolongar la incertidumbre de aquel desgraciado padre; ahora se trata de vos, Manuel Argoso; confesad vuestro crímen si deseais el perdon del cielo y el de nuestra Santa Madre la Iglesia.

El gobernador no respondió: sus ávidos y febriles ojos interrogaban los de Pedro de Arbués é intentaban adivinar en sus facciones la suerte que reservaba á su hija, pero fué en vano: el rostro del inquisidor no indicaba mas que una gran crueldad de alma, incrustada en una aureola de hipócritas dulzuras.

—Hija mia! qué hicísteis de mi pobre hija? gritó el gobernador juntando sus suplicantes manos, contestadme; monseñor, yo os lo ruego; decidme que nada la amenaza y yo lo sufriré todo.

—No es este el momento en que debemos ocuparnos en vuestras afecciones terrestres, dijo el inquisidor con voz dulce y lenta; pensad en Dios y en vuestra salvacion y dejad que la Providencia cuide de velar por aquellos que os son caros.

No obstante la hipócrita dulzura de estas frases, el rostro de Arbués indicaba una voluntad inflexible.

El padre de Dolores comprendió que no podia esperar nada de aquella alma de bronce: inclinó á su pecho

la cabeza y se resignó con el heroismo de un mártir.

—Cúmplase la voluntad del cielo, dijo murmurando entre dientes.

—Hermano mio, interrumpió el inquisidor con voz que se hizo aun mas dulce; confesad al menos que fuísteis tentado por el mal espíritu. Los hombres somos criaturas muy débiles y á pesar de nuestras buenas intenciones no escapamos siempre á las emboscadas que nos prepara el ángel malo. Así, pues, hermano mio, decid que sucumbisteis á un poder fatal é inevitable; que sois mas ciego que culpable y endulzando nuestros terrestres castigos salvaremos á un mismo tiempo vuestra alma.

El gobernador no respondió.

—Confesad, al menos, insistió Pedro de Arbués, que oísteis con gusto las máximas filosóficas y anti-cristianas con que el luteranismo ha infestado la Europa.

—Ignoro lo que es el luteranismo, contestó Manuel Argoso; nunca me ocupé de sus principios:..... pero á no dudarlo Lutero deberia ser un grande hombre, ya que trastorna así el mundo.

Al oir tan audaz respuesta, los circunstantes se estremecieron de horror y los ojos de Pedro de Arbués chispearon de coraje.

Para condenar á un hombre, la inquisicion no necesitaba tanto.

—Desgraciado! como blasfema! esclamó Pedro de Arbués.

Y luego añadió entre dientes:

—Está ya perdido.

Los otros dos inquisidores cambiaron una mirada de inteligencia.

—Entonces, continuó Arbués, será cierto que profesais secretamente los principios del enemigo de Dios y que sois un admirador de Lutero?

—Cómo puedo admirar á un hombre al cual nunca he visto, y cómo puedo seguir unos principios que nunca he conocido? respondió Manuel de Argoso; son sus principios mejores que los mios? acaso su religion es algo mejor que la que me enseñaron mis padres? Y si realmente es así, por qué se me acusa? nombradme á mis delatores á fin de que pueda confundirlos.

—La caridad cristiana no lo autoriza (1) respondió el presidente. Confesad, hijo mio, y mostrad arrepentimiento: es el unico medio que teneis para salvar vuestra alma.

—Nada tengo que confesar, dijo el gobernador; solo tengo que dirigir mis súplicas á Dios que conoce mi inocencia y convencer de esta á mis jueces. Sea quien sea el que me acusa yo juro ante el Dios que me ve y que me oye que este hombre es un calumniador y un infame, y que mi hija Dolores es un ángel. Maldito sea el que ose atentar contra la pureza de su vida. Y ahora, cúmplase la voluntad de Dios; yo confio en él que protege la inocencia.

Luego como se tratase de envolverle en multiplicadas

---

(1) El Santo-Oficio no nombraba jamás los testigos y hé aquí por qué la delacion era frecuente.— *Anales de la Inquisicion.*

é insidiosas preguntas, Manuel de Argoso determinó encerrarse en el mas profundo silencio, y nada fué bastante á que pronunciara una frase.

—El desgraciado lo quiere! dijo Pedro de Arbués con un acento de conmiseracion hipócrita.

—Y volviéndose á los enmascarados que permanecian á la derecha del tribunal, como si fuesen espectros, estendió su mano y señaló con el dedo al acusado.

Los circunstantes llegaron á estremecerse.

En la sala reinaba el mas profundo silencio.

En aquel espacio inmenso no se oia la respiracion de nadie; se hubiera dicho que aquella gente se habia convertido en estátuas de mámol.

Los únicos que se movieron fueron los cuatro enmascarados, los cuales se destacaron de su puesto como si fueran fantasmas, llegaron hasta el acusado, al cual cogieron, sin que este hiciese la mas pequeña resistencia, y desaparecieron con él por una puerta que estaba al lado de la sala.

El Tribunal.

CAPÍTULO XXIII.

La càmara del tormento.

En medio de una vasta rotonda, en una cueva profunda, iluminada por dos pálidos hachones, cuatro enmascarados rodeaban á un hombre de triste y pálido rostro, y cuya debilitada vista no podia resistir la fatigosa y lúgubre claridad de aquel fúnebre sepulcro.

El aire que en este se respiraba, era como una maléfica niebla de olor fétido y repugnante.

En esta gruta y colgando del techo y las paredes, por las cuales filtraba el agua, veíanse algunos instrumentos de tortura, invencion diabólica de la ascética y feroz imaginacion de aquellos frailes cuyo solo recuerdo estremece.

Aquellos instrumentos consistian en caballetes, en borceguíes de hierro, en clavos de una dimension enorme, en cuerdas de todos los tamaños y en un ardiente brasero cu-

yas flameantes llamas iluminaban con sus rojizos resplandores los ángulos del antro.

El ver aquello asustaba.

Descendíase en aquel lugar infernal por una multitud de tortuosas escaleras cuyos húmedos peldaños estaban casi gastados, y en los que se resbalaba con frecuencia; pero los servidores de la inquisicion tenian gran destreza en bajarlos. Conocian todos los corredores de aquel espantoso laberinto, por donde, al salir del tribunal, habian conducido á Manuel Argoso, y aguardaban con el acusado, á que el inquisidor llegase. (1).

El antiguo gobernador de Sevilla se habia dejado guiar, ó, mejor dicho, llevar, cerrando sus ojos para no ver el camino que hacia; pero cuando sus verdugos se hubieron detenido en aquel antro, que no era otro que la cámara del tormento, abrió sus ojos, miró con inquietud en torno suyo, y cuando no vió mas que el velado rostro de aquellos hombres siniestros, que en aquel infierno desempeñaban el oficio de demonios, y los que se llaman *atormentadores;* cuando hubo contado uno trás otro los horribles instrumentos que por todas partes le cercaban, su imaginacion, que ya se sentia debilitada por el encarcelamiento y el ayuno, se sintió víctima de una alucinacion estraña.

En su fé de verdadero cristiano, creyó que habia dejado el mundo y que llegaba en ese lugar terrible de que

---

(1) Para esta descripcion se ha tenido en cuenta la que trae la *Historia de la Inquisicion.*

habla el Evangelio, donde no hay mas que *llantos y rechinamientos de dientes.*

No es pues, estraño, que sujetando á sus víctimas á esta especie de fantasmagoría, la inquisicion obtuviera las confesiones y abjuraciones mas estrañas por mas que estos se hallasen en contradiccion á las ideas y carácter del acusado.

Pedro de Arbués llegó, por fin, seguido por un inquisidor y por un notario apostólico.

Manuel Argoso continuaba en pié en medio de la cámara del tormento.

Al ver á su juez, volvió á tener conciencia de lo que estaba sucediendo, y levantando sus ojos al cielo como para implorar su ausilio, observó que encima de su cabeza se habia fijado una polea de la que colgaba una cuerda que le llegaba hasta los piés.

El acusado se estremeció involuntariamente.

Los cuatro enmascarados permanecieron á su lado guardando un profundo silencio.

Pedro de Arbués y el inquisidor que le acompañaba, asistian á este lúgubre acto siguiendo en esto lo que prescribia el artículo diez y ocho de las ordenanzas, el cual mandaba que uno ó dos inquisidores, asistidos con el notario apostólico presenciaran siempre el tormento.

Aunque Manuel Argoso tuviese el valor de las almas fuertes, se sintió preso de un horror el mas profundo. Esto consistia en que pensaba en su hija, la cual, tal vez habria de sufrir iguales pruebas.

Si él se las hubiese podido evitar confesando imaginarios crímenes, no hubiese vacilado un instante en delatarse á sí mismo; pero no ignoraba que semejante confesion la perderia en vez de salvarla, y, en su consecuencia, reuniendo toda la energía del alma, se preparó al sufrimiento.

No bien el inquisidor hizo seña, cuando los atormentadores le despojaron de su traje. Entonces Pedro de Arbués se llegó hasta él y le dijo con evangélica dulzura:

—Hijo mio, confesad vuestros crímenes y no contristeis nuestra alma perseverando en el error y la herejía; perdonadnos la amargura de obedecer á las justas y severas leyes de la muy santa inquisicion, y el trataros con todo el rigor que ellas reclaman.

Manuel Argoso no contestó; pero en cambio echó sobre el inquisidor una mirada fija, punzante y fria, que desafiaba la tortura.

—Confesad hermano mio, confesad, insistió Arbués con una pertinacia increible aunque revistiendo sus frases de una inicion y mansedumbre cristianas. Nosotros somos ante Dios vuestros padres, y solo queremos salvar vuestra alma. Vaya, hijo mio: haced una confesion sincera que es lo que puede salvar vuestra alma en la otra vida y perdonar en esta la justa venganza de Dios; confesad, pues y yo os perdonaré en nombre suyo.

—No puedo confesar un delito que jamás he cometido: respondió el gobernador.

—Hijo mio, observó el juez, vuestra impenitencia me entristece y suplico al Señor que inspire vuestra alma,

pues sin su gracia, quedaria infaliblemente perdida. Se encuentra en poder del demonio, y á él, sin duda alguna, debeis vuestra obstinacion en el mal. Orad conmigo si es posible, á fin de que el cielo tenga piedad de vos y os envíe la luz del Espíritu Santo.

Y al pronunciar estas frases, Pedro de Arbués arrodillándose en tierra al lado del paciente, murmuró en voz baja una oracion inteligible, tomando una actitud beatífica.

Luego se santiguó con rapidez muchas veces, dióse con humildad algunos golpes en el pecho, y permaneció algunos instantes con el rostro apoyado en sus dos manos.

En aquel momento el feroz inquisidor no era mas que el humilde demonio llorando y orando por los pecados del próijmo.

Despues se levantó.

—Desgraciado! esclavo del demonio! interrumpió dirigiéndose al acusado; acaso Dios no oirá mis humildes súplicas, y cerrará vuestros ojos á los resplandores de nuestra santa fé?

—Mi fé es siempre la misma; contestó Argoso; nunca ha variado; tal como la recibí de mi padre que era un buen cristiano, tal la llevaré á mi tumba.

—Dios es testigo de que yo no tenga la culpa, esclamó el inquisidor alzando sus ojos al cielo. Hermanos, continuó dirigiéndose á los sayones; aplicadle el tormento de la cuerda.

Al oir estas frases, el acusado cerró sus ojos; zumbaron

sus oidos, el sudor inundó todos sus miembros, y el gobernador se estremeció desde los piés á la cabeza.

Los sayones se apoderaron del cable que colgaba de la bóveda.

--Le dareis tortura hasta que juzguemos conveniente el que cese, dijo el inquisidor; y si durante este tiempo le ocurre algun accidente, ya sea alguna lesion, ya la fractura de algun miembro, ó bien pierde en la tortura su existencia, yo protesto entre vosotros que la falta debe imputarse á él que así lo ha querido... Y ahora, prosiguió en voz compungida y estendiendo su mano hácia los verdugos, cúmplase la voluntad del cielo.

Inmediatamente los cuatro enmascarados cogieron al desgraciado Argoso y le ataron sus manos á la espalda con uno de los estremos de la cuerda que colgaba encima de su cabeza; luego, cogiendo otro estremo y por medio de la polea, levantaron su cuerpo hasta la bóveda y le dejaron caer bruscamente hasta llegar cerca el suelo.

El desdichado sufrió tan horrible sacudida, que casi llegó á desmayarse.

Los sayones aguardaron un instante á fin de que volviese á reponerse, y luego que hubo abierto sus ojos, comenzaron la ascension y le dejaron caer con la misma violencia que antes.

Este suplicio se prolongó por espacio de una hora (1).

---

(1) Hé ahí lo que dice M. E. Quinet en una nota de la página 101:

Levantaron su cuerpo hasta la bóveda.

El gobernador no habia exhalado una queja; pero estaba como muerto.

La cuerda que apretaba sus puños, habia entrado tanto en carne, que la sangre bañaba su cuerpo y su camisa, único vestido que le habian dejado.

Concluido el tormento, desatóse al infeliz gobernador y éste cayó en el suelo; sus dislocados huesos y sus músculos, terriblemente maltratados, no podian sostenerle.

Al ver aquel hombre fuerte y robusto, que se hallaba aun en el vigor de su edad, y que estaba rendido por el sufrimiento ocasionado por la tortura, el corazon se desgarraba.

Despues que esté suspendido (se refiere al acusado) se le interrogará sobre el hecho manteniéndole al aire mas ó menos tiempo, es decir, *arbitrio*, segun la naturaleza de la causa, la gravedad de los indicios, la condicion de la persona torturada y otras circunstancias semejantes que el juez tendrá en cuenta á fin de hacer justicia sin que por esto se cause lesion á nadie.—*Manera de aplicar entre la cuerda.*

Si en la tortura el procesado insiste en negarse concluirá el exámen con la fórmula siguiente:

«No pudiendo los inquisidores sacar declaracion alguna del procesado ordenan que se le baje de la cuerda en que está colgado, que se le desate, que se le vista y que se le envie al calabozo, despues de haber permanecido colgado por espacio de media hora que se medirá con el reloj de arena.

Este suplicio que en Roma no duraba mas que media hora, se prolongaba en España, segun Llorente, por espacio de una entera. —*De los suplicios del Santo-Oficio.*

Que es lo que podia aguardarse de una jurisprudencia que sujetaba al acusado á semejantes pruebas?

Pero los inquisidores no tenian entrañas; reinaban por el tormento y parecian gozarse en la agonía.

—Llevad este hombre á su cárcel, dijo Arbués con voz compungida; por hoy basta.

Y volviéndose al otro inquisidor, prosiguió:

—Hermano mio, no olvideis á este desdichado en vuestras oraciones.

Tal era la conducta que aquellos hombres seguian con sus víctimas; ocultaban la abominable dureza de su corazon con un velo de una piedad cristiana.

Dos esbirros cogieron al gobernador y se lo llevaron en brazos.

Manuel Argoso parecia muerto.

CAPÍTULO XXIV.

Los calabozos de la Inquisicion.

Mediaba la noche.

Todo dormia en Sevilla escepto los desgraciados prisioneros que habia en la inquisicion.

En las avenidas de este sombrío edificio llamado prision de la Fé no habia una luz que disipase la oscuridad de la noche.

Reinaba un silencio de muerte; aquella tumba que encerraba tantos vivos, era demasiado profunda para que los gritos de las víctimas llegasen hasta fuera.

En aquella alta hora de la noche, dos personas se dirigian con furtivo paso hácia la cárcel.

Eran una mujer y un fraile.

La noche estaba tan oscura, y el traje de estas dos personas era tan sombrío, que apenas se podia distinguir co-

mo andaban, buscando un apoyo en las ennegrecidas paredes de la inquisicion que les servia de guia.

No bien llegaron á la puerta de la cárcel, cuando el fraile dió un golpe seco y sonoro aunque no muy fuerte, con una lleve que tenia en sus manos.

Al oirse este golpe, la puerta se abrió como por mágia.

El religioso y la mujer entraron en la cárcel.

En seguida la puerta volvió á girar sobre sus goznes, sin que produjese ningun ruido.

—Oh! Dios mio! tengo miedo, esclamó por lo bajo, la compañera del fraile.

—Tranquilizaos, Dolores, respondió José; tranquilizaos; conmigo no habeis de temer nada.

La jóven se apoyó en el brazo del dominico á fin de no caer desmayada.

El carcelero, entretanto, habia encendido una linterna.

—Dónde tengo que guiar á Vuestra Reverencia? preguntó al dominico.

—Al calabozo del gobernador de Sevilla.

El carcelero vaciló un instante; no ignoraba el castigo que la inquisicion le impondria si esta llegaba á descubrir que habia introducido una mujer en el calabozo de un prisionero.

—Vacilas? interrogó José.

—Ah señor!...

El favorito del gran inquisidor hizo un signo imperativo.

El carcelero no pronunció una frase y continuó andando.

El fraile y la doncella le siguieron.

Antes de llegar á la region subterránea en que el Santo-Oficio encerraba sus víctimas, bajaron por una tortuosa escalera de unos cincuenta peldaños.

De aquellos infectos antros se escapaba un olor nauseabundo é irresistible. El fraile y su compañera se sintieron sofocados y á punto de desmayarse; aquel hedor se hacia intolerable (1).

Esto no obstante, José que era mas valiente, sostuvo á Dolores en sus brazos, la cual estaba lívida y próxima á desmayarse.

—Oh! esclamó la jóven deteniéndose en él último peldaño; y aquí es donde habita mi padre?

—Valor, hija mia, valor! interrumpió el dominico.

En aquel instante se abrió una gran puerta de hierro, dejando escapar un aire tan fétido y tan denso, que parecia humo.

—Es aquí, señor, dijo el carcelero, dando al fraile su linterna sorda; entrad, pero, en nombre del cielo os ruego que no permanezcais aquí mucho tiempo, y sobre todo, no causeis ruido.

—Véte, dijo el fraile al carcelero, cogiendo la linterna de sus manos; no necesito de advertencias.

El cárcelero obedeció y aguardó en un ángulo de aquel corredor sombrío.

Entonces al vacilante resplandor de la linterna, José

---

(1) *Anales de la inquisicion.*

procuró guiar á la jóven entre aquellas densas tinieblas.

Cruzaron el dintel de la estrecha y maciza puerta, y luego que sus ojos estuvieron habituados á la dichosa luz que les rodeaba, vieron en aquel calabozo que tenia unos diez piés de ancho por doce de largo, á un hombre que dormia sobre una tarima:

Aquel hombre era el gobernador de Sevilla. Estaba solo.

Otros cinco prisioneros que habian vivido con él en aquella entancia donde no podian respirar mas que dos ó tres personas, habian muerto, uno tras otro, antes ó despues del tormento.

El infeliz Argoso, mas fuerte ó mas valiente, habia resistido la cuerda, y pasadas algunas horas habia vuelto á la vida.

En el instante en que su hija entró en el calabozo, un ligero sueño le robaba al suplicio de tener que vivir en aquel antro inmundo.

Este no recibia mas luz que la de una claraboya que se hallaba al nivel de la calle, y era tan húmedo, que la estera donde se acostaba el prisionero, se hallaba enteramente podrida y se rompia en cien trozos.

Cuando en la tarima no cabian los prisioneros, aquellos que eran mas fuertes, dormian sobre el frio suelo, que la humedad convertia en cieno.

Tales eran los calabozos dónde la inquisicion retenia á sus víctimas (1).

---

(1) Los calabozos de la inquisicion eran unos subterráneos pro-

Dolores se acercó con tiento á la tarima en que dormia su padre, y juntando sus manos con una espresion de dolor indescriptible, lo contempló un momento por mas que su rostro se hallase vuelto á la pared y estuviese apoyado en uno de sus brazos.

Dormia un sueño tan tranquilo, que la jóven no se atrevió á despertarle.

Pero en aquel instante, José tropezó con un botijo que encontró en el suelo.

A este ruido el gobernador levantó su cabeza.

Se hallaba tan pálido y cambiado, que la jóven casi no llegó á conocerle.

—Padre mio! esclamó Dolores, exhalando un triste y doloroso gemido.

Y deshecha en lágrimas se lanzó sobre su seno y enlazándole sus dos brazos con el entusiasmo del dolor y la ternura, lo estrechó contra su pecho.

Pero el desgraciado padre no correspondia á este abrazo, y de sus labios se exhalaba una dolorosa queja; su hija al abrazarle, habia despertado el dolor de sus miembros destrozados.

---

fundos, verdaderas tumbas que se hallaban á mas de treinta piés bajo tierra. En cada calabozo que media unos doce piés de ancho. por ocho de largo, veíase una tarima que cogia la mitad de la estancia.

En cada uno de estos calabozos se encerraban ordinariamente seis ú ocho personas de las que tres ó cuatro no pudiendo caber en la tarima, dormian en el suelo.—*Historia de la inquisicion.*

—Qué tienes? qué te duele? Oh Dios mio! esclamó la jóven tratando de incorporarle en sus débiles brazos.

—Nada, no tengo nada, hija mia, replicó el desgraciado, haciendo un esfuerzo para que sus labios sonrieran. Oh! Dios mio! por fin permitís que vuelva abrazar á Dolores.

José lo comprendió todo; adivinó que se le habia aplicado el tormento, haciendo un gesto de indignacion, murmuró en voz baja:

—Oh! si yo lo hubiese previsto!...

Manuel de Argoso hacia toda clase de esfuerzo para levantarse; pero sus brazos que habia paralizado el sufrimiento, sus huesos que estaban aun dislocados y sus músculos que habian perdido su juego, continuaban inertes y no obedecian su deseo.

Dolores, el único sér que queria en el mundo, Dolores á la cual no pensaba ver nunca mas, se encontraba allí, en frente suyo en aquella cárcel donde habia entrado por milagro, y sin embargo, no podia estrecharla á su pecho y solo podia balbucear algunas incoherentes frases que entrecortaban las lágrimas y sollozos.

Aquella muerte esterior equivalia para él á una tortura indescribible.

Solo podia ver á su hija, pero no abrazarla.

Así es que la contemplaba con un amor verdaderamente apasionado, con la pueril ternura de una madre. No hablaba; pero sus suspiros deprimian y levantaban su pecho, sus grandes y sombríos ojos brillaban de una manera fe-

bril en sus órbitas profundas, las lágrimas humedecian sus mejillas, y sus lábios se agitaban en convulso movimiento.

—Oh! con qué estás libre dijo por fin con una espresion de alegría tan verdadera y tan triste á un mismo tiempo, que el corazon de José vibró como un metal sonoro y un estremecimiento general invadió todo su cuerpo, obligándole á caer de hinojos ante el gobernador de Sevilla.

—Quién es este fraile? preguntó Manuel de Argoso.

—Un ángel padre mio, un ángel que se nos ha reunido.

—Demasiado tarde; murmuró el gobernador con voz sorda.

—Por qué demasiado tarde? replicó la jóven; tú sufres mucho pero lograremos salvarte.

Dolores no comprendia que la inquisicion habia convertido aquel hombre en un cadáver. José no podia contenerse.

Las amargas lágrimas corrian por sus megillas y su indignacion le ahogaba.

—Desgraciada! esclamó, por fin; no comprendeis que le han destrozado los miembros?

—Callad! callad! dijo el padre con viveza.

Mas no era ya tiempo; Dolores lo habia comprendido todo.

Llorosa y trastornada, cayó de rodillas, cerca la tarima en que su desgraciado padre permanecia acostado; le-

vantó con dulzura, sus maltratados miembros, y los cubrió de lágrimas y besos: parecíale que á fuerza de ternura devolveria á su padre la vida que le habian robado.

Pero viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles y que el desgraciado gobernador siempre inmóvil no existia mas que para el dolor y la amargura, volvióse hácia el dom nico y esclamó lleno de cólera:

—Lo sabíais y no me lo advertísteis!

—Si yo lo hubiera sabido, replicó José, no os hubiese traido á estas cárceles; se me engañó como á vos; se le aplicó el tormento despues del interrogatorio, lo cual nunca se hace, y fuera de esto, ya sabeis que ayer tuve que ausentarme de Sevilla.

—Oh! Dios mio! le han matado! balbuceó la jóven.

Y cubriendo de besos las manos de su padre, añadió:

—Ya lo veis, José, no puede hacer ningun movimiento; le han dejado en este infecto calabozo sin que ni siquiera vendasen sus heridas. Oh padre mio! cómo es posible que podais vivir en esta tumba?

—Tranquilízate, hija mia, contestó el gobernador con dulzura; mis males no carecen de remedio; ya curaré poco á poco!

—Sí, sí; curaréis, dijo resueltemente la jóven, porque yo me quedaré aquí para cuidaros.

Y luego continuó, echando una mirada en torno suyo:

—Quien se atreverá á arrancarme de su lado?

—Yo, respondió José; yo que quiero salvar á uno y otro.

—Vos me habíais dicho ya esto, replicó la doncella; y ved, sin embargo, el estado á que se encuentra reducido. Vos me estais engañando y yo no debo escucharos; así, pues, me quedaré aquí en esta cárcel.

—Dolores, esclamó el jóven fraile; creedme, no os dejeis arrastrar por esta exaltacion inútil; continuad libre para salvar á vuestro padre. Aun se tardará algun tiempo en condenarle. Ignorais acaso que Estéban y Juan de Ávila emplean toda clase de medios para arrancarle al Santo-Oficio?

—Han buscado testigos? preguntó Manuel de Argoso con voz débil.

Al oir estas frases, la hija del gobernador recordó el plan que ya la habia preocupado anteriormente.

—Decid, amigo mio, esclamó volviéndose hácia el fraile; me asegurais que las heridas de mi padre pueden curarse?

José que poseia algunos conocimientos en cirujía, examinó los miembros del prisionero.

—Yo os prometo que dentro algunos dias podrá andar; sus articulaciones se encuentran en su centro.

—Pues bien, repuso Dolores, haciendo un esfuerzo para ocultar su proyecto á fin de que el dominico no se opusiese á la realizacion del mismo; pues bien, aguardaré la vuelta de Juan de Ávila.

—Don Manuel, interrumpió el jóven, dirigiéndose al gobernador; haced lo posible para no curar muy pronto, y así evitareis un segundo interrogatorio; entretanto po-

drán volver nuestros amigos... Dios tendrá piedad de nosotros, añadió José con una exaltacion sombría y al fin y al cabo la venganza no está léjos.

—Ya puedo sufrirlo todo con resignacion puesto que mi hija se encuentra libre, dijo el gobernador; vos no nos hareis traicion, no es cierto? preguntó á José mirándole con cierta desconfianza.

Manuel de Argoso temia á aquel hombre porque llevaba la librea del Santo Oficio.

—Le debo la libertad, padre mio, observó Dolores comprendiendo la desconfianza; él fué quien me salvó de la muerte y la deshonra; confiad pues en él... Y vos, don José, añadió la jóven con dulzura, perdonad mi injusticia y lo malo de mi carácter... he sufrido tanto, Dios mio!

—Tambien yo he sufrido mucho, replicó el fraile con amargura; hé ahí porqué os perdono y por qué me interesais tanto.

En aquel momento se oyeron algunos pasos en la escalera que guiaba á las mazmorras.

José ocultó bajo su hábito, la linterna sorda, y mirando al gobernador y á su hija; esclamó:

—No digais una palabra; aguardad.

Por el corazon de Manuel de Argoso cruzó un sentimiento de dolor; no obstante la confianza de su hija, temia una traicion; esto sin embargo, no dijo nada.

El ruido continuó por espacio de algunos minutos.

Los que bajaban la escalera cruzaron frente la puerta del calabozo donde el gobernador permanecia encerrado,

y se alejaron de él unos pasos; enseguida se oyó como otro calabozo se abria, como volvia á cerrarse y como se volvia á subir la escalera. Despues no se oyeron mas que unos cuantos sollozos que no podia ahogar el espesor de las paredes.

Los esbirros del Santo-Oficio acababan de realizar una de sus espediciones nocturnas.

—Otra víctima! balbuceó José con amargura.

—Era una mujer, repuso Dolores temblando desde los piés á la cabeza; la he conocido en su voz.

—Véte! véte! esclamó el gobernador; el aire que aquí se respira es contagioso; vuelve á la libertad, Dolores mia; despues ya nos veremos; véte!

—Sí, volveremos á vernos, padre mio; porque yo volveré, no es cierto? dijo la doncella interrogando á José con la mirada.

—Nó: aquí no debes volver mas, repuso el gobernador; yo te lo prohibo, haz lo que quieras para libertarme, pero en nombre del cielo, no vuelvas mas á esta cárcel.

—Venid, venid! esclamó el dominico, tiene razon vuestro padre; en las cárceles del Santo-Oficio nunca se está seguro.

—Oh, nó! aun nó! esclamaba Dolores abrazando á su padre, al cual no queria dejar.

—Es necesario, interrumpió el fraile usando casi de la violencia para arrancar la jóven de entre los brazos de su padre. Adios don Manuel; fiad en vuestros amigos y ellos lograrán salvaros.

En aquel instante el carcelero entreabrió la puerta de la mazmora y dijo al dominico:

—Suplico á Vuestra Reverencia que se lleve esta doncella, aquí no está muy segura y yo arriesgo mi existencia; por Dios, lleváosla!

—Entonces, partamos, dijo resueltamente Dolores; no quiero comprometer á nadie. Adios padre mio; es necesario que nuestra desgracia no recaiga en el prójimo; adios, y haced confianza, añadió en voz baja dándole un postrer beso.

José y Dolores salieron.

La puerta del calabozo volvió á cerrarse como si fuese la losa de una tumba.

CAPÍTULO XXV.

Un dia de fiesta en Sevilla.

La ciudad de Sevilla estaba de gala.

Los balcones ostentaban sus colgaduras de seda ó sus hermosos tapices de Granada.

El pueblo se sentia alegre y risueño porque desde el rayar del alba se le habia dado vino en abundancia.

Los gitanos, los mendigos y los frailes, habian granjeado una estraordinaria concha de limosnas; ya se sabe que el pueblo español, en los dias de fiesta, y para los frailes y mendigos, era una mina inagotable.

Cada fraile, cada mendigo, cada gitano sabia la manera con que habia de esplotar al pueblo: los frailes mostraban reliquias, los mendigos sus falsas llagas y los gitanos decian la buenaventura y vendian amuletos á las doncellas.

La imaginacion del pueblo que es, en los climas ar-

dientes, la maga de la casa, nunca hacia traicion á los que con habilidad la esplotaban.

Por qué no se han de encontrar hombres graves y formales, que, animados por el santo amor del prójimo, inclinen hácia el bien esa tendencia á lo maravilloso; practiquen, por decirlo así, la filosofía; hagan la verdad aceptable, vistiéndola con un gracioso y magnífico ropaje; obtengan en el bien, lo que el fanatismo alcanza en el mal, y concluyan por imitar las masas á fin de hacerlas felices en vez de hacerlas desgraciadas?

Este dia va llegando; la lucha ya está comenzada; el génio del porvenir estiende ya las alas sobre España. Ojalá que como al Santo Espíritu de Milton, llegue á fecundar ese vasto é insondable abismo, y del profundo caos en que se agitan las ideas y las pasiones, brote, por fin, la luz eterna!

Pero volvamos á Sevilla.

Segun ya dijimos, celebrábase una gran fiesta.

La hermosa capital de Andalucía habia dejado el velo de luto en que se envolvia comunmente.

Verdad es que la sangre destilaba aun de muchos corazones, y que el alma de los andaluces se agotaba en el dolor y resentimiento mas vivos; pero aquellos negligentes hijos de la mas hermosa comarca que encierra el universo, aquellos hijos del placer, que sin tener conciencia de ello, son mas artistas y poetas que los mas grandes escritores y los cantantes mas célebres, habian vuelto á sus rondeñas y á su voluptuoso fandango.

La inquisicion, los muertos, el terror y los esbirros, todo se habia olvidado; los sevillanos, convertidos en músicos, en poetas y en amantes, llenos de voluptuosidad y ardor ,cantaban y danzaban con delirio; no vivian mas que para el presente y hasta, por mas que parezca estraño, aquella fiesta, objeto de tanto entusiasmo, era una fiesta que se celebraba para honrar al Santo-Oficio.

La noble ciudad de Sevilla, celebraba la llegada del duque de Medinaceli, gran porta-estandarte de la fé, (1) con objeto de ocupar su puesto en el auto de fé que debia celebrarse para conmemorar uno de los triunfos que Cárlos V habia alcanzado contra los protestantes, con los cuales se hallaba en guerra; triunfos que, de cuando en cuando, equivalian á derrotas que eran una mezcla de bien y de mal, de alianzas y defecciones , que despues de la liga de Smalkalda (2) pusieron en jaque la Europa é hicieron du-

---

(1) La casa de Medinaceli que como se sabe, es una de las mas ilustres de España, gozaba aun en el año 1820 *el alto privilegio de llevar el estandarte de la fé* así en los autos como en las otras solemnidades que celebraba el Santo-Oficio.

(2) En 28 de diciembre de 1530 los príncipes alemanes que habian adoptado las doctrinas de Lutero, supieron que los príncipes católicos del imperio, habian formado para el sostenimento de su religion, una liga, á cuyo frente se encontraba el emperador mismo. Este hizo que los príncipes protestantes se reuniesen en Smalkalda, donde celebraron una liga ofensiva y defensiva, contra cualquier agresion. Segun esta liga, los Estados protestantes del imperio, solo debian formar un cuerpo.—W. Meiners; *Historia de la Reforma.*

dar á todo el mundo respeto á si Lutero ó Roma quedarian victoriosos; y triunfos, en fin, que con frecuencia, servian de pretesto á la iglesia para multiplicar las hogueras.

La noche habia llegado hermosa y estrellada cual siempre. Los perfumes de la brisa, los atractivos del baile y el vino que se regalaba en abundancia, animaban al pueblo de Sevilla. Las jácaras y los jaleos eran cantados y bailados con voluptuoso abandono. Verdad es que el duque de Medinaceli, que era el anfitrion de aquella fiesta, se habia mostrado generoso y espléndido y proporcionaba mucho vino á los chulos, á los moriscos y á los truanes de Sevilla.

Mientras el pueblo se divertia en las calles, los señores y los grandes de España celebraban tambien su fiesta. Los nobles que eran mas afectos al Santo Oficio, se divertian por su parte en los salones del conde duque de Mondéjar, yerno y sobrino del muy poderoso duque de Medinaceli.

Despues de haber celebrado un suntuoso banquete, los convidados reunidos en uno de los magníficos salones del palacio, se habian arrellenado en magníficos sillones que recordaban el lujo oriental de los reyes de Sevilla y hablaban de diversos objetos, fumando hermosísimos puros, lujo que en aquella época no era permitido sino á los reyes y á los nobles.

Grandes espejos de cristal de roca colgaban del techo y arrojaban con sus luces una claridad esplendente que se derramaba en vagas ondulaciones sobre los sedosos trajes de aquellos grandes señores.

En aquella reunion que se podia llamar *club católico é inquisitorial* y de que el conde de Mondéjar era presidente, escepto cuando su ilustrísimo suegro se dignaba honrarle con su presencia; en aquella reunion, decimos, no se habia admitido á señora alguna.

—Sabeis, caballero Rodriguez, que el triunfo alcanzado por nuestro señor el emperador Cárlos V sobre los protestantes de Alemania, ha sido grande?

Estas frases pronunciadas por un jóven que era el favorito del duque de Mondéjar y al cual se indicaba ya como su yerno, se dirigian á un anciano cuyo roto y mugriento trage hacia singular contraste con el elegante y severo que los demás nobles vestian.

Esto no obstante, aquella miseria en el traje se hallaba templada por una gran finura de modales y aquel desórden esterior era mas bien efecto de una gran soberbia ó negligencia que de la escasez de fortuna.

Sus rudas y altaneras facciones indicaban el génio, mientras que las horizontales líneas que cortaban su ancha frente, junto á un fruncimiento particular de sus cejas, indicaban la meditacion en lucha con desordenadas pasiones.

Aquel rostro quizá habia sufrido la misma transformacion que el de Sócrates; el espíritu, modificándose, lo habia sugetado á aquella especie de metamórfosis; y si la mirada ardiente y un tanto oblícua de aquel hombre revelaba que se entusiasmaba fácilmente, en cambio, las líneas de su rostro, la ironía de sus lábios y la severidad de su

frente, anunciaban que su pensamiento lúcido y profundo nada tenia de esa instabilidad que caracteriza á los insensatos, sino que por el contrario, habia en él un recto desenvolvimiento de sus facultades intelectuales.

El anciano se volvió con lentitud hácia el jóven que le habia dirigido la palabra, y le miró sin contestarle.

—Hé ahí, pues, continuó el mancebo que tendremos un mes de públicos festejos, sin contar con el auto de fé, que por cierto, será magnífico, si es que el programa se cumple.

—Quedad tranquilo, no faltará en él nada, dijo el anciano con un acento que el jóven tomó por muestra de aprobacion, pero que, en realidad, estaba lleno de ironía y de amargura.

—Nada, en efecto, continuó el jóven, que se llamaba don Cárlos, se asegura que el gran inquisidor nos guarda para esta solemnidad á D. Manuel de Argoso, antiguo gobernador de Sevilla,

—Que por cierto es muy buen cristiano, dijo con gravedad el caballero.

—Hum! replicó D. Cárlos, era íntimo amigo de D. Estéban de Vargas y D. Estéban de Vargas me ha parecido siempre uno de estos filósofos que huelen á chamusquina.

—D. Estéban posee un corazon noble y generoso, contestó Rodriguez, pero no le faltan enemigos; á mas de esto nunca ha querido servir en la milicia de Cristo. Y vos, D. Cárlos, continuó el anciano con sarcasmo; aun no sois familiar?

—Nó, por cierto, dijo con visible tristeza el futuro yerno del duque; mas pienso hablar de ello á Su Escelencia el gran porta-estandarte.

—La ocasion es magnífica y os aconsejo que la tengais mucho en cuenta.

—Cómo D. Cárlos! quereis ser familiar? interrumpió un jóven aragonés, que por primera vez asistia á aquel concilio.

—Es claro que sí, caballero Gimenez; me atreveria sin esto, á pretender la mano de Isabel, hija del duque de Mondéjar?

—En verdad que para un caballero de Castilla, vais á representar un papel muy triste, observó el aragonés moviendo la cabeza.

—Al contrario, dijo Rodriguez de Valero, con voz estridente: este jóven representará un papel hermosísimo. Ser familiar de la Inquisicion es lo mismo que subir sobre la rueda de la fortuna. Llevar, bajo el traje, las insignias de esta órden, equivale á llevar un pasaporte con el cual se llega á los mas importantes puestos del reino; con él se alcanza todo. Y sinó, decidme: qué casas de España reunen tantos empleos, tantas riquezas tantos honores, como las casas de Medinaceli y de Mondéjar? Creeis que si D. Manuel de Argoso y D. Estéban de Vargas hubiesen pertenecido al Santo Oficio, creeis que hoy dia el uno se encontraria á punto de ser quemado, y que el otro andaria errante por montes y por valles? Creeis que si el confesor de la hermosa Dolores, se hubiese llamado Pedro de Arbués, ó

José, su favorito, esa bellísima herege se encontraria pobre y vagamunda como una gitana y teniendo una piedra por almohada?

—Silencio! interrumpió Gimenez; os estais perdiendo, señor de Valero.

—Quedad tranquilo! me toman por insensato.

Y en efecto: los demás señores que habia en la reunion, ocupados en hablar de asuntos religiosos no daban importancia á las frases de Valero, por la misma razon de que no habian aprendido su talento.

—Creedme, amigo mio; hoy dia en España solo existe un medio para alcanzar los grandes cargos y honores: *pertenecer al Señor* y no ignorais que el señor es el Santo-Oficio..... En otro tiempo, continuó Rodriguez de Valero, animándose por grados, en otro tiempo, para merecer el título de caballero, se necesitaba el romper una lanza y luchar en los combates. Cuando se habia derrotado á los moros en los campos de batalla, se conquistaba el nombre de leal y fiel servidor del monarca. Entonces existia la gloria; pero hoy dia no hay moros que combatir y sí moros que denunciar. No existe ya aquella hermosa y noble reina que al volver del combate, os premiaba con una sonrisa, y os daba á besar su blanca mano; solo existen frailes que os bendicen con la suya grasienta cuando les denunciais á un servidor de vuestros reyes... En otro tiempo, concluida una batalla, los ginetes formaban círculo y un heraldo proclamaba por tres veces el nombre de los que se habian distinguido en una lucha, y por seis el

nombre de los que habian muerto en el combate. Hoy dia el nombre de los que sirven al Santo-Oficio, no es pronunciado por nadie, y los servidores de la inquisicion, ni siquiera tienen el derecho de ostentar su infamia.

—Don Rodriguez! gritó el jóven aragonés, espantado ante las frases que habia oido; en verdad que no diera un maravedí por vuestra vida.

—El señor Valero tiene una audacia y una fortuna insolentes, observó D. Cárlos; pues se le permite decir lo que quiere.

—Y esto es una lástima, no es cierto D. Cárlos? replicó el anciano; porque si yo no me llamára Rodriguez de Valero y vos contaseis á Pedro Arbués la cuarta parte de lo que habeis oido, estaríais cierto de alcanzar la mano de Isabel y de que sin otros informes, vuestro nombre figuraria en esa lista de diablos que se llama los soldados de Cristo! (1) Desgraciadamente yo no valgo la pena de que nadie me denuncie, y si vos lo hicieseis perderiais vuestro tiempo.

Al pronunciar estas últimas frases el anciano se levantó y dejó la reunion bruscamente.

---

(1) El mas seguro medio para alcanzar la *honra* de contarse entre los familiares del Santo-Oficio consistia en denunciar algun personaje importante. Los pobres, los que nada tenian que perder, no temian al Santo-Oficio. Este hecho confirmado por todas las obras que sobre la inquisicion se han escrito, prueba que esta para nada tenia en cuenta Dios ni el triunfo de la religion católica. Lo que deseaban los inquisidores, eran las riquezas y los bienes de sus víctimas.

D. Cárlos se volvió lívido y bajó sus ojos.

En aquel momento, el gran inquisidor penetró en la sala, acompañado del duque de Medinaceli.

El duque era un raquítico viejo de color amarillento y enfermizo. Su mirada, algo hosca, revelaba unas costumbres ascáricas, su andar era bastante desigual y el acento de su voz bastante fuerte; lo cual teniendo en cuenta la exigüidad de su individuo, producia un triste y singular efecto. El órgano de su voz se hallaba tan desenvuelto y se hallaba en tan poca armonía con el esterior de su persona, que cuando hablaba, parecia que se oia un ventriloquio.

El gran señor y el sacerdote saludaron á todos los circunstantes.

En aquel momento el duque dirigiéndose á D. Cárlos, le dijo:

—Mi yerno me ha hablado de una pretension vuestra; lo he participado á Su Eminencia, y espero que os concederá un favor tan insigne.

—Yo, señor D. Cárlos, añadió Pedro de Arbués, me complazco en admirar vuestro celo por el servicio de Dios.

—No seais tímido, repuso el duque; Su Eminencia conoce vuestro mérito, y sabe que vuestra sangre es muy pura (1).

---

(1) Por un cálculo que se comprenderá perfectamente, la inquisicion se complacia en ver que muchos de sus familiares perteneciesen á la nobleza. Con esto se aseguraba el respeto de la plebe que se hallaba ya propensa á creer noble y grande, cuanto los señores

D. Cárlos no contestó.

Este jóven que dos dias antes lo hubiese dado todo para convertirse en familiar del Santo-Oficio, título que el duque de Mondéjar le exigia para concederle la mano de su hija, este jóven, decimos, se sentia avergonzado por haber solicitado esta *honra*.

El duque de Medinaceli que no comprendia el motivo de sus vacilaciones y que se equivocaba respeto á los sentimientos del jóven, se volvió hácia el gran inquisidor para decirle:

—Monseñor, este caballero será un ardiente defensor de nuestra religion católica.

Pedro de Arbués dió á besar su mano á D. Cárlos, y le dijo con voz melosa:

—Mañana despues de los divinos oficios, me encontrareis en la catedral donde os entregaré la medalla.

El jóven se inclinó sin contestar.

En aquel instante un ugier levantó una de las cortinas

---

hacian, sin que jamás comprendiesen que un noble pudiese cometer una accion infame ó baja. Para alcanzar la honra de militar entre soldados de Cristo, era indispensable, cuando menos, justificar la pureza de la sangre y probar que no se descendia de moros ni judíos, ni de parientes que hubiesen sido condenados por la *muy santa* inquisicion.—*Reglamento en que se fijan las condiciones esenciales para poder entrar en la milicia de Cristo.*

Este mismo reglamento dispensaba á las mujeres que querian al Santo-Oficio de probar la limpieza de su sangre *teniendo en cuenta* decia *los grandes servicios que á la causa de Dios prestan.*

de terciopelo carmesí que habia en la puerta de la sala, y anunció en voz alta:

—La señora doña Dolores de Argoso y Ceballos.

El inquisidor se estremeció, y viendo un gabinete que se hallaba contiguo á la pieza donde se encontraba, arrastró hácia él al duque de Medinaceli.

En aquel momento Dolores entraba en la sala.

Al ver tanta gente la jóven se detuvo confundida y buscó con sus ojos, al dueño de la casa.

Esto no obstante, el duque de Mondéjar al oir que se anunciaba á Dolores, habia dejado su asiento: pero viendo que el inquisidor desaparecia con el duque de Medinaceli y temiendo ofenderle, no se sintió con bastante aliento para dar un paso hácia la hija de su antiguo amigo, y permaneció clavado en su puesto, balbuceando algunas frases de pura cortesía.

Dolores, en cambio, se dirigió hácia él con nobleza.

Apesar del terror que inspiraba una *hereje* oyóse un murmullo de admiracion entre los circunstantes. Tal era el sobrehumano prestigio que ejercia la dignidad y belleza de la jóven.

—Monseñor, dijo Dolores, viendo que el duque de Mondéjar pálidecia y temblaba; acaso la presencia de una fugitiva es aquí tan fatal, para que cambie en tristeza la alegría que á esta reunion animaba?

El duque no contestó y la indicó uno de esos taburetes esculpidos que formaban parte de un mueblaje que pertenecia á la Edad Media, y que se conservaba como una tra-

dicion en la familia. Luego que se halló sentada la hija del gobernador, permaneció algunos instantes sin pronunciar una frase.

El duque, por su parte, guardaba, asimismo un violento silencio.

No obstante su valor, Dolores esperimentaba la timidez de una doncella; la cual, sino llega á dorminarse, constituye un sufrimiento.

Sus megillas se tiñeron de un carmin vivísimo; sintió como su corazon latia, y sus temblorosos labios no pudieron articular una palabra.

Los que presenciaban aquella escena, aguardaban su desenlace con una ansiedad creciente.

Viendo en aquel estado á Dolores, el conde de Mondéjar no pudo menos que sentir cierta compasion por aquella jóven y hermosa criatura, en otro riempo tan querida y obsequiada, y que entonces se ofrecia á sus ojos tan pobre, tan abandonada y vistiendo el humilde traje del pueblo. Pero el gran inquisidor y el duque de Medinaceli podian ver y oir lo que pasaba, y como la fortuna de un caballero español se hallaba á merced del Santo-Oficio, el duque de Mondéjar sintió ese terror profundo que desnaturalizaba el carácter nacional que, como se sabe, era tan noble, tan caballeresco y tan hidalgo.

Dolores examinó por un instante la fisonomía del duque, y comprendió lo que indicaba aquella glacial frialdad y aquella máscara de bronce en que ocultaba las sensaciones de su alma.

—Mi padre, está perdido! murmuró la jóven entredientes.

Mas resuelta á desafiarlo todo, hizo un esfuerzo para recobrar su energía, y levantándose de su asiento con dignidad y modestia, dijo al duque:

—Veo, monseñor, cuanto os molesta mi presencia y no ignoro que os es muy peligrosa. La desgracia lleva en sí misma el contagio; mas no se dirá que yo retroceda ante el cumplimiento de un deber sagrado. Mi padre gime en los calabozos del Santo-Oficio; mi padre, calumniado sin duda, continuó la jóven ruborizándose, porque no trataba de descubrir el verdadero motivo de su desgracia; mi padre será condenado como un culpable si sus amigos no le ayudan. Vos, monseñor, le quisisteis, y nadie, cual vos, conoce la santidad y pureza de sus creencias. Así, pues, os ruego que declareis en su causa; que el testimonio de uno de los mas puros cristianos de España, confunda la calumnia y la impostura; devolved un padre á su hija..... Oh! monseñor! devolvedme á mi padre, y os bendeciré toda mi vida!

—Un testigo no fuera lo bastante, replicó el duque de Mondéjar, un tanto embarazado porque ignoraba el afecto que esta respuesta causaria en sus amigos.

Entonces, Dolores, volviéndose á los circunstantes con un movimiento lleno de gracia y de dulzura:

—Señores, dijo con voz suplicante y derramando lágrimas, todos vosotros conocisteis á mi padre...

Todo el mundo guardó el mas profundo silencio.

Dolores juntó sus manos y dirigió al cielo una mirada llena de desesperacion y amargura. En aquel instante Rodriguez de Valero acababa de entrar y habia oido á la jóven.

Entonces el anciano, lleno de gravedad é hidalguia, se dirigió hácia la jóven y saludándola cortesmente, dijo:

—Señora, yo declararé á favor de vuestro padre.

No bien Valero hubo pronunciado estas frases, cuando se oyó una carcajada glacial, metálica, estridente: una carcajada que se parecia al toque de una campana al doblar en la agonía. Esta carjada salia del gabinete donde el inquisidor se habia refugiado.

Enseguida, levantando una cortina y presentándose ante la reunion que seguia pálida, asustada, el inquisidor esclamó:

—Señor Rodriguez de Valero, olvidais que la Inquisicion no recibe el testimonio de los locos?

Al ver al inquisidor, Dolores de Argoso lanzó un grito y cayó desvanecida.

El duque de Mondéjar, pálido y aterrado, no sabia que hacerse.

Pedro de Arbués le miró de un modo particular.

El duque pareció tranquilizarse y llamó á sus criados.

—Llevad esta jóven á su casa, y si continua desmayada, llevadla en mi litera.

Los criados obedecieron y se llevaron en brazos á la hija del gobernador, la cual no recobraba los sentidos.

El duque salió por otra parte.

Pasado un instantante hallábase de vuelta.

La alegría se retrataba en su semblante.

—Señor duque de Mondéjar, le dijo el inquisidor en voz baja: cuando Dios llame á su seno al duque de Medinaceli, vos le sucedereis en el cargo de porta-estandarte.

—Monseñor, dijo Valero acercándose á Pedro de Arbués; Dios me libre de ir á la gloria, si Vuestra Eminencia conserva en ella la dignidad que ahora ejerce.

CAPÍTULO XXVI.

La cámara de misericordia.

La cárcel del Santo Oficio se encontraba situada en la calle que hoy se llama de la Constitucion, y que entonces se llamaba de la Inquisicion.

En todas las grandes ciudades de España, habia una calle que llevaba este nombre, y un edificio que se llamaba *Palacio de la Inquisicion*.

Este palacio, en Sevilla, consistia en un gran caseron de forma cuadrangular, flanqueado por cuatro torres, construido en ladrillo y cubierto por un techo de pizarra.

En la fachada principal veíanse multitud de ventanas que carecian de postigos, pero que se hallaban cerradas por una pared de ladrillos, la cual solo permitia ver una parte del cielo, de forma que nadie podia ver el interior del palacio, y aquellos que lo habitaban, solo podian res-

pirar el escaso aire que entraba por una estrecha abertura.

En el palacio de la Inquisicion habia, á un mismo tiempo, la sala donde el tribunal celebraba sus audiencias, las cámaras del tormento, las de misericordia, las de penitencia y los mismos calabozos, cárceles distintas en que se metia á los acusados segun lo que les reservaba el destino.

El que era muy rico, ocupaba, al principio, la cámara de misericordia.

La inquisicion que era una vívora muy dulce, trataba de convertirle, y si, desprendiéndose de los bienes terrenales, daba al Santo-Oficio, parte de su fortuna, salia de la cárcel despues de haber permanecido en ella unos meses. Salia de ella pobre como Job, pero rico con los dones de la gracia, y marchando recto y sin vacilar por el camino del cielo.

Otras veces se le encerraba en la cámara de penitencia que describiremos luego. La conversion de estos acusados era ya mas difícil. Por fin, cuando no se sacaba de ellos lo que se proponia el Santo-Oficio, se les encerraba en los calabozos donde se daba el tormento.

Las cámaras de penitencia se hallaban en el último piso y en las torres del edificio; las llamadas de misericordia, ocupaban, con la sala donde se celebraba la audiencia, el piso principal; la parte baja del palacio se hallaba ocupada por los alguaciles y empleados de la inquisicion; y los calabozos, en fin, y las cámaras del tormento, se encontraban debajo tierra.

Eran las dos de la mañana.

Las iluminaciones de la fiesta que se habia celebrado, se habian estinguido poco á poco.

A las danzas y á los cantos, sucedia el mas profundo silencio. Las calles se hallaban enteramente desiertas, y alguna que otra luz, brillando en el interior de las casas, indicaba que la ciudad no se hallaba enteramente dormida.

En aquella hora una litera que salió de casa el duque de Mondéjar, entró en la calle de la Inquisicion y se detuvo frente al palacio.

Uno de los criados que acompañaban la litera, se llegó á la puerta, levantó la aldaba y dió, con ella, un gran golpe.

El conserje abrió, y el criado le dijo algunas frases en voz baja.

En seguida estos dos hombres se acercaron á la litera, y cogiendo en sus brazos á una jóven desmayada, la llevaron al primer piso donde habia las cámaras de misericordia. Dejaron la doncella en una de estas, y el criado se volvió.

El conserge cerró con cuidado la puerta de la cámara, y bajó al piso bajo.

—Teresa, dijo á su mujer, sube arriba, y cuida esta señora que parece mas muerta que viva.

Teresa obedeció, subió á la cámara donde se habia dejado la jóven, la cual no daba aun ningun signo de vida.

La esposa del conserge, que era una mujer casi idiota,

se sentó cerca su lecho aguardando á que Dios la llamara á la existencia.

Cuando la jóven volvió de su desmayo, que se prolongó por espacio de mucho tiempo, estendió sus brazos como el que se emancipa á un gran sueño; entreabió lentamente sus ojos, é incorporándose en uno de sus codos, examinó con estraviados ojos aquel cuarto, sin que acertase á comprender donde se hallaba.

El lecho en que se vió acostada, veíase adornado con pasamentos de algodon. En la pared habia un crucifijo de marfil que se destacaba sobre una cruz de ébano. Algunas sillas, no lujosas, un cofre esculpido, una mesa con piés no muy sanos, y una estera fabricada con esparto de la Mancha, componian el mueblaje.

Sobre una estanteria veíanse algunos libros, y encima de un reclinatorio de ébano se ostentaba un jarron de flores cogidas en el dia anterior. Fuera de esto, observábanse algunos mueblecitos ó niñerías que usaban las mujeres de aquel tiempo: niñerías que siempre fueron juguetes de las doncellas y que éstas prefieren á cosas mucho mas útiles.

Estos detalles escaparon al principio, solo hubo de llamar su atencion el conjunto de aquel cuarto, pues su juicio no habia aun recobrado su penetracion de costumbre.

—¿Juana? esclamó con voz triste y dulce.

—No me llamo Juana, sino Teresa, contestó la especie de idiota que permanecia sentada á la cabecera de su lecho.

La jóven miró á la esposa del conserge, y al ver que no la conocia, lanzó un grito de terror.

—¿Dónde estoy, Dios mio? preguntó con voz angustiada.

—En la cárcel, respondió aquella mujer estúpida.

—¡En la cárcel! ¿qué es lo que yo hice para encontrarme en la cárcel?

—Lo ignoro: no me toca á mí el averiguarlo.

—¡Oh Dios mio! interrumpió la jóven pasando las manos por su frente, como si tratase de evocar algun recuerdo; ¿qué es lo que ha sucedido? ¿por qué me encuentro aquí? ¡Ah! sí: ya voy recordando; salí de casa de Juana; danzaban en las calles... todo el mundo estaba contento; yo estaba desesperada...! ví á mi padre moribundo, y no pudiendo hacer nada en su obsequio, me he presentado á sus amigos... á los que llamaba sus amigos! Les sorprendí entre la embriaguez de una fiesta y me presenté ante ellos con mi luto y mi tristeza... Lloré, rogué, supliqué, pedí á gritos que se me devolviera mi padre, y nadie quiso atender mi llanto. Y allí, oculto como un traidor, Pedro de Arbués escuchaba mis frases. Luego me cogieron como una mujer infame y se me sacó de allí sin que el duque observara conmigo las leyes de una hospitalidad generosa!... sí, sí; esto es, continuó recordando poco á poco los incidentes que en aquella noche ocurrieron; el duque de Mondéjar me ha entregado al Santo-Oficio por una sonrisa del inquisidor Pedro de Arbués... ¿Qué hora es?... preguntó dirigiéndose á la mujer del conserge.

—Lo ignoro, señora; pero hace ya mucho tiempo que es de noche. Cuando vos llegasteis yo dormia, porque me hallaba cansada... Hoy fué dia de fiesta y entraron aquí muchos prisioneros.

—¡Dia de fiesta, en efecto! esclamó la doncella con ironia, dia de fiesta gloriosamente concluido por una traicion infame! Dolores de Argoso era una víctima digna de ser sacrificada al Dios que presidia esta fiesta.

Dolores no se engañaba; la mas débil perfidia la habia, efectivamente, entregado al poder del Santo-Oficio.

Ya se recordará que el duque de Mondéjar habia dado órden, á sus criados para que la llevasen á su casa. Esta órden dada en alta voz, no tenia mas objeto que engañar á los circunstantes.

Durante el corto rato que abandonó la sala el noble duque, para complacer al inquisidor que le habia hecho una seña, dió nuevas órdenes á su gente, y la hija del gobernador fué inmediatamente llevada al palacio del Santo-Oficio.

En vez de defenderla como un buen caballero, el duque la entregaba; y sin embargo, Mondéjar no era ni malo, ni desleal, ni cobarde; era tan solo hombre que temia el quemadero.

Mas, ¿quién podria manifestar el profundo horror que sintió la jóven, que antes hubiera sido mártir que desleal á un amigo? ¿quién podria pintar su amargo y profundo dolor en presencia de una traicion tan odiosa?

En los primeros instantes la jóven sintió una generosa

cólera, una indignacion llena de orgullo; en la nobleza y dignidad de su alma no queria creer en tanta deslealtad é injusticia; mas poco á poco, calmada la exaltacion de un justo orgullo, tranquilizada su sensibilidad, que es tanto mas dolorosa en las mujeres apasionadas, cuanto se halla unida á su debilidad física, que con frecuencia, las sujeta á la inercia; calmada su sensibilidad, repetimos, la jóven tuvo conciencia de sus males y examinó su nueva posicion con mortal espanto.

La carcelera, mitad dormida, cerraba sus estúpidos ojos como si la prisionera no existiese.

Este sér que carecia de inteligencia, no tenia conciencia alguna del dolor moral.

La jóven permaneció, por algunos instantes, como aletargada bajo el peso de la horrorosa certeza de que se hallaba encarcelada.

Triste é inclinada al pecho su cabeza, Dolores se abismó en esa triste y desoladora idea. Luego, volviendo á su desesperacion insensata, comenzó á dar grandes gritos y á desahogar en sollozos la tristeza que embargaba su alma.

La guardiana despertó sobresaltada y dejó su asiento espantada ante aquel dolor indescriptible.

—Señora, dijo, no griteis tanto; no sois tan desgraciada, puesto que se os ha dado la mejor cámara que en la inquisicion existe.

Al oir este horrible nombre, la hija del gobernador saltó convulsivamente de su lecho y sus sollozos se calma-

ron. El terror que se apoderó de ella fué tan grande, que no se atrevió á quejarse.

El recuerdo de su padre, que el dia anterior habia visto; de su padre al cual se habia torturado y asesinado sin que por esto le diesen la muerte, se levantó ante ella con todo su horror y espanto.

Quizá se la reservaba para igual tortura, y la muerte iba á terminar sus sufrimientos.

En medio de su cruel alternativa, consolábale aun la idea de que moria mártir de un cariño filial.

La piadosa y magnánima resolucion de su alma verdaderamente cristiana, concluyó por dominar su cruel espanto.

Emancipada de las preocupaciones terrenales, elevóse á una sublime esperanza, herencia que nos ha dejado el Hombre-Dios, eterno consolador de cuantos sufren.

La jóven habia dicho como Cristo al beber el amargo cáliz:

—Cúmplase vuestra voluntad, padre mio!...

Y la muerte no le asustaba, y la recibia como una prenda de la felicidad eterna.

Su hermoso rostro que antes se hallaba tan pálido, se iluminó de pronto, como un celeste rayo. De sus grandes y ardientes ojos brotó una divina llama, y sus blancas y diáfanas manos, puestas sobre su seno, la hacian semejar á una de esas heróicas vírgenes que morian en Roma por la fé de Jesucristo.

—Señora, dijo de pronto la carcelera, toda vez que no

habeis muerto y que no necesitais de mi ausilio, voy á echarme en mi cama.

Y salió.

Dolores no lo habia oido: su alma se cernia en las superiores regiones, y sus tembladores lábios murmuraban, por lo bajo, una plegaria al que vino al mundo para llorar, sufrir y morir con los mortales.

CAPÍTULO XXVII.

El santo y seña.

Las campanas de la catedral de Sevilla dejaban oir su monótona voz para anunciar al pueblo que iban á empezar los divinos oficios.

Estos divinos oficios en que debia celebrar el arzobispo de Sevilla, constituian uno de los muchos episodios de la gran fiesta dada en ocasion del auto de fé; episodio de que, en la reunion de Mondéjar, se habia ocupado con tanta complacencia el señor D. Cárlos de Herrera.

La fiesta religiosa que iba á celebrarse, no podia menos que ser muy brillante, puesto que el gran inquisidor habia de dar el santo y seña á gran número de personas, que, sin distincion de clases y arrodilladas antes él, habian de ser alistadas entre la milicia de Cristo. (1)

---

(1) Cuando la inquisicion hacia una gran hornada de familia-

Y en verdad que esto constituia una igualdad sublime: los nobles y la plebe eran marcados con un mismo sello, y sugetándoles á unos mismos deberes, les daba á todos el nombre de *Soldados de Cristo*.

La inquisicion con su poderosa mano bajaba á un mismo nivel todas las cabezas, y las señalaba con su marca sin distincion de rangos ni edades, como el pastor marca indistintamente en su redil, los corderos que forman su rebaño.

La antigua basílica de ancho pórtico y cuya elevada nave, separada por cuatro columnas, parecia un bosque de granito, se habia adornado con pomposos ornamentos. Millares de cirios colocados desde el pié del altar mayor hasta la bóveda, enviaban sus haces de luz á todos los ámbitos de aquel recinto sagrado. La gigantesca sombra de las columnas, proyectaba inmensas y negras líneas sobre las baldosas de mármol blanco; y á través de los innumerables vidrios de mil colores, la luz esterior llegaba á la iglesia,

---

res, lo cual sucedia todos los años; y algunos dias antes á aquel en que se celebraba un auto de fé muy solemne, el gran inquisidor revestido con sus pontificales ornamentos, y luego de un sermon que se pronunciaba en la misa, exhortaba á los postulantes y recibia de estos el abominable juramento que transcribe el autor en este capítulo.

Cada uno de los nuevos familiares recibia un pergamino que encerraba las frases sacramentales y la descripcion exacta de los signos y palabras conque debian conocer á los agentes del Santo-Oficio.

Estos signos y estas palabras constituian el santo y seña que usaba la milicia de Cristo.

tan débil y tan floja, que palidecia ante la deslumbradora claridad de aquella iluminacion espléndida.

Las esculpidas sillas del coro que se hallaba colocado tras del altar mayor, se hallaban ocupadas por los canónigos, los cuales pertenecian casi todos á la órden de Santo Domingo.

En el centro del altar mayor, una gran custodia parecia enviar al pueblo los rayos que brotaban de sus piedras preciosas, y fascinando á todo el mundo, protegian á Dios de las miradas profanas.

El oro, los diamantes y el cristal, brillaban por todas partes como un cuento de las *Mil y una Noches*. Los candelabros eran de oro macizo; el tabernáculo de oro, el cáliz de oro, las sacras de oro, y las alas con que dos ángeles se velaban el rostro, eran, tambien, de oro.

Grandes estátuas de plata, representando imágenes de santos, adornaban las innumerables capillas que habia en torno de la iglesia. En ésta se veia mas riqueza que en el tabernáculo de los judíos; pero la nacion judía no tenia mas que una arca de alianza, mientras que la España tenia centenares de iglesias ó capillas donde reunia bajo distintas formas, las muchas riquezas que la llegaban de América.

Aquello era un espectáculo verdaderamente espléndido y muy propio para exaltar la imaginacion de aquel pueblo que se saturaba de incienso, de luz y de música, para olvidar su esclavitud y su miseria. Así es que cuando una ceremonia religiosa alentaba su poética negligencia, satis-

facia su necesidad de emociones y su ardiente y pueril curiosidad, aquel pueblo se dirigia en tropel hácia la iglesia.

Ved á esas manolas que permanecen arrodilladas y envueltas en sus mantillas, ved como se dan golpes en el pecho y aprietan con convulsa mano los rosarios que cuelgan de su cintura; observad esos diminutos piés que se escapan de entre las cortas faldas, y esas graciosas y hermosas manos, y esos negros y brillantes ojos que lucen cual estrellas á través del velo con que encubren su rostro; no notais un místico y singular contraste entre esa inmensa catedral, resplandeciente como una sala de baile, y esas mujeres vestidas de negro y humildemente arrodilladas; esas mujeres tan locas y tan alegres, pero que en la iglesia parecen almas en pena rogando en voz baja que se las deje llegar á esas radiantes maravillas que brillan en el templo?

Observad en el fondo de este último, y en una espaciosa tribuna, á esos hombres que oran en voz baja con aire triste y humilde: dejaron en la puerta de la iglesia su aficion á la danza y los placeres, y se inclinan, compugidos, ante la majestad de un Dios que se ha revestido con una esplendidez mundana.

Se les acostumbró á no adorar mas que á la materia, y la Divinidad no es, para ellos, mas que un altar de oro y de mármol.

Ved, en fin, cerca la puerta, á esa muchedumbre de mendigos y gitanos que se aprietan y se estrujan para entrar en la iglesia. Los divinos oficios, llenos de perfumes y de música, constituyen su diversion favorita.

Vaya: abridles de par en par las puertas; dejad que el pueblo ostente sus harapos; dejadle respirar el embriagador aroma del incienso; dejad que contemple esa magnificencia espléndida; es el único pan con que se alimenta, y cuando llegue la noche, dormirá estenuado por el hambre, en una manta hecha girones, y sobre las baldosas de la calle; dejad entrar á ese pueblo que no tiene mas techo que el de la bóveda celeste: necesita, asimismo, de placeres, y el templo de Dios es el salon del pobre!...

Pero silencio! permaneced tranquilos en el asiento que ocupásteis.

Ha llegado ya la hora del recogimiento y la plegaria; el sacerdote se encuentra ya en el altar.

Celebraba, segun dijimos, el arzobispo de Sevilla.

A sus dos lados, veíanse dos diáconos vistiendo capas bordadas en oro.

A la derecha del altar y en el presbiterio, veíase á Monseñor Arbués, vistiendo la sotana de color de violeta que llevaba en las grandes ceremonias, y ocupando un trono de oro y terciopelo colocado sobre doce peldaños que se levantaban, cubiertos por una riquísima alfombra, mas altos que la custodia, de forma, que el representante de Dios, se hallaba mucho mas alto que su amo.

A la derecha del trono y dos peldaños mas abajo, veíase el sillon del arzobispo. (1).

---

(1) En todas las solemnidades en que un inquisidor se hallaba en presencia del rey ó de Dios, el inquisidor ocupaba el lugar de

Al otro lado habia otro sillon igual, ocupado por José, limosnero y favorito de Su Eminencia.

Un gran número de frailes y sacerdotes, vistiendo los colores de su órden, realzaba el brillo de esta solemnidad espléndida y una gran capa de oro, enormemente pesada, cubria los hombros del arzobispo oficiante.

No léjos del altar mayor, veíanse muchas damas y caballeros ocupando bancos privilegiados.

De pronto, bajo las naves de la catedral, se oyó un gran concierto de voces que, aunque graves y roncas, cantaban perfectamente ajustadas.

Aquel canto llano cuya monotonía no permite jamás que el que canta se entusiasme con el fuego de la pasion, aquel conjunto de notas metódicamente entonadas sin ningun arte y sin fuego, tenian algo de doloroso y de triste que envolvia el alma como en un sudario.

Habia un gran desacuerdo, entre las risueñas magnificencias del altar y esa glacial y sombría armonía.

Faltaba en ella la divina melodía de los italianos; aque-

---

preferencia. En los grandes autos de fé el trono de los inquisidores se encontraba siempre mas alto que el del monarca, en la iglesia el trono inquisitorial se hallaba siempre á la derecha del Santísimo Sacramento y mucho mas elevado que éste. El inquisidor Davera hizo languidecer, por espacio de dos años en las cárceles del Santo-Oficio, al arcipreste de la catedral de Málaga y bajo la acusacion de que habia sido irreverente con el Santo-Oficio, porque este eclesiástico que llevaba el viático á un moribundo no se detenia cuando aquel pasaba. *De los derechos de los inquisidores: relacion con los otros miembros del clero.*

llas voces sonoras y argentinas que añaden un prestigio casi divino, á la pompa teatral con que el auto romano celebra sus grandes fiestas.

Esto no obstante, el pueblo, no muy sensible, ó mejor dicho, poco acostumbrado á la música clásica, utilizaba mas sus ojos que sus oidos, reinando, entre la muchedumbre arrodillada, el mas profundo silencio.

Mas de pronto, observóse un gran movimiento; todo el mundo se levantó despues de santiguarse.

Se habia llegado al Evangelio.

El arzobispo lo leyó con magestad y en seguida se sentó cerca el gran inquisidor en el mismo sillon que ocupaba.

Los diáconos se colocaron bajo el trono.

Entonces se abrió entre la muchedumbre, una especie de senda por donde avanzó un grupo de hombres de todas clases y condiciones, los cuales todos aspiraban á la misma honra: este grupo se dirigió hácia el trono del gran inquisidor.

Entonces entre el populacho que tenia, como sucede siempre, el peor puesto, cambió los mas estraños diálogos.

—Vírgen Santísima! esclamó un viejo gitano; no veis al pícaro de Juanito, como se sube en las barbas de la fortuna? la sociedad de la Garduña ni siquisiera le quiso admitir como gancho porque es un perezoso y un bestia, y hé ahí que ha logrado entrar en la milicia de Cristo.

—Y es verdad, tio mio, replicó otra gitanilla que danzaba y tocaba las castañuelas, y es verdad que Juanito vá á recibir el santo y seña con esos almibarados caballeros?

—Por qué nó, Conchica? replicó el gitano: no es hij de Dios como los demás que Dios guarde?

—Calle! calle! dijo otra voz; ahí está Ramon el zurdo; parece que cuando arrastraba en Melilla su grillete, se hizo muy devoto.

—Dónde le vés?

—Allí abajo: es aquel jóven que viste un jubon color de naranja, que se encuentra al lado de Su Escelencia el señor marqués de la Roca y que avanza hácia el gran inquisidor, para recibir el santo y seña.

—Son muchos? preguntó la gitanilla.

—Tantos, que nó pueden contarse.

—Son como los soldados del papa, gruñó una vieja; no se muestran sino á la luz del sol.

—Quién es el papa, interrogó la gitana.

—El mayordomo del gran inquisidor, contestó la vieja que no se habia formado una idea muy alta ni muy precisa del Vicario de Jesucristo.

—Callad, muchachas! interrumpió un veterano que habia estado en la campaña de Flandes: no seais tan lenguaraces; el que toca el fuego se quema.

—Quitad vuestro casco para que yo vea, señor soldado, dijo un rapaz de quince años.

—Harto lo ves, gandul! replicó el soldado.

Entretanto los aspirantes al santo y seña, habian llegado al pié del trono donde el inquisidor se sentaba; en la tribuna del duque de Mondéjar, ocurria una escena muy animada por mas que ocurriese en voz baja, y que los di-

versos actores de esta escena, emplearon todo su arte para mantener su rostro impasible, y nadie llegase á comprender las palabras breves, rápidas é incisivas que cambiaban.

Estos actores eran cuatro: el duque de Medinaceli, el conde duque de Mondéjar, la jóven Isabel, hija del conde, y don Cárlos de Herrera.

Ya se recordará que este último habia sida invitado por Arbués, á que compareciese ante él en aquel dia, á fin de recibir el santo y seña y prestar su juramento.

Tambien se recordará que D. Cárlos, inflamado por un entusiasmo hácia la inquisicion, como sucede siempre en los jóvenes que se entusiasman por lo que secunda sus amores, habia solicitado la honra de formar parte de la milicia de Cristo y que, esto no obstante, su jóven y ardiente alma, vuelta al sentimiento del verdadero honor, por la noble indignacion del aragonés señor Jimenez, y las severas palabras de Rodriguez de Valero, habia recibido tímidamente y con un sentimiento de vergüenza, las ofertas y promesas del gran inquisidor. A pesar de esto, llevado por su ardiente cariño, y viendo que el único medio para alcanzar la mano de su novia, consistia en obedecer los deseos de Mondéjar, D. Cárlos asistia á los divinos oficios, en los que acompañaba á su futura esposa.

Habia ido allí sosteniendo una gran lucha; por una parte se sentia arrastrado por una pasion violenta, por una pasion verdaderamente española; por otra, sentia contra el Santo Oficio una antipatía horrible, hija de las frases que habia pronunciado Rodriguez.

Estas frases habian dado orígen en su jóven y ardiente alma, á un abismo de sérias y profundas reflexiones.

En su calidad de cristiano, se decia: «Tú serás el soldado de Cristo y el campeon de la fé católica.»

Y en su calidad de caballero, añadía: «Tú leal espada no servirá mas que á un bonete y á una sotana. Venderás tu libertad y no pertenecerás jamás á tu conciencia.»

Luego en su gran deseo por conquistar la mano de su novia, se decia como si tratara de alentarse:—«Los mas grandes señores de España, son familiares del Santo-Oficio.» Pero al mismo tiempo se preguntaba: «Obran bien, ú obran mal?»

Don Cárlos no era ni un teólogo, ni un filósofo profundo, para resolver tan difíciles cuestiones; pero su instinto, ese instinto que nos lleva á la justicia, le advertia que Jimenez estaba en lo razonable, al criticar su resolucion primera. El jóven comprendia, que una vez familiar del Santo-Oficio, no tendria mas remedio que obedecerle ciegamente y convertirse en instrumento pasivo del formidable tribunal de la inquisicion, y harto le constaba que éste no ordenaba siempre lo justo.

Don Cárlos sostenia en el fondo de su conciencia esta lucha, cuando los aspirantes al santo y seña, llegaron al trono del inquisidor.

Pedro de Arbués, con esa penetrante mirada que se hizo proverbial (1) contó los hombres que tenia en frente su-

(1) A una mirada penetrante, se llamaba entonces *mirada de inquisidor*.

yo, y como no percibiese á D. Cárlos, volvió lentamente su cabeza hácia la tribuna del duque de Mondéjar.

En aquel instante, el viejo noble, dando con el codo al mancebo, dijo con viveza:

—En qué pensais, D. Cárlos? así manifestais vuestro celo por el servicio de Dios? sereis el último en presentaros ante el gran inquisidor?

—Señor, contestó el mancebo en voz baja, ignoro si yo soy digno...

—Vaya un escrúpulo! no sois noble de pura raza? acaso vincula en vuestra sangre, la de la raza morisca?

—Es posible continuó el duque de Medinaceli, que correspondais así á mis bondades?

—Nada haceis en obsequio mio? le preguntó Isabel, con una de sus miradas.

D. Cárlos se estremecia de vergüenza, de irresolucion y de cólera. No obstante el gran cariño que á la jóven profesaba, maldecia en su interior el haber cedido á la tentacion de aistir á la ceremonia.

Por parte del duque de Medinaceli y su yerno, irritados por aquella indecision que iba á comprometerles á los ojos del Santo-Oficio, apretaban sus crispados puños, y le decian en voz baja:

—Id, D. Cárlos; id á ocupar vuestro puesto, ó de lo contrario, perdeis nuestro cariño.

—Sí, sí, le decia en voz baja y suplicante la hija del conde de Mondéjar, idos, lo suplico.

D. Cárlos, perdido su juicio, casi loco, dejó tambalean-

do, su asiento, cruzó la multitud que le abria paso, y llegó al pié del trono.

Pedro de Arbués, que todo lo habia comprendido, lanzó una mirada de triunfo.

D. Cárlos, con los ojos bajos, y con el rubor en la frente, se mantuvo detrás de aquel grupo de santurrones que estaban ávidos de la inquisitorial infamia.

Entonces José, en su calidad de limosnero, se levantó del sillon en que permanecia sentado, y recibió, de manos de un diácono, un paquete de hojas impresas y una caja que contenia unas medallas de cobre en las que se veia un Cristo tendido en el suelo é iluminado por los rayos de un sol.

Enseguida los aspirantes, avanzando uno tras otro, se dirigieron hácia las gradas del trono y arrodillándose á las plantas de Arbués, recibieron una de aquellas placas y la hoja impresa que José les iba entregando.

Esta hoja contenia las instrucciones para que los familiares obrasen en cualquier circunstancia, conforme á las reglas ó intenciones del poder al cual se sugetaban.

La medalla era un distintivo, un signo de alianza que les servia para reconocerse y ayudarse mútuamente, fuese cual fuese su enemistad ó antipatía.

Durante esa distribucion que se prolongó unos veinte minutos, el inquisidor no cesó de dirigir sus miradas ya hácia el jóven D. Cárlos, que guardaba el continente de un hombre que se siente violentado, ya hácia la tribuna del duque de Mondéjar, donde éste permanecia un tanto con-

trariado, mientras que el duque de Medinaceli fijaba sus ardientes ojos en su nieta, como si quisiese decirle:—«Vaya un hombre que elegiste!»

Por lo que se refiere á D. Cárlos, no se atrevia á levantar sus ojos hácia su novia.

Pero cuando no vió nadie ante sí, y cuando, en fin, llegó su turno para recibir el santo y seña, el jóven, tambaleando se dirigió hácia los piés del inquisidor, y recibió con temblorosa mano, las insignias de su nuevo título.

—Acaso, D. Cárlos, le preguntó el inquisidor en voz baja, os reprocha algo la conciencia?

D. Cárlos se inclinó sin responder.

Deseaba encontrarse cien piés debajo tierra.

Descendió con lentitud la gradería del trono y se mezcló en la turba multa de los nuevos familiares que se habia estendido frente al trono, en forma de semicírculo.

Reinaba el mas profundo silencio.

Aquel estraño espectáculo, era, para los sevillanos, fecundo en toda clase de emociones.

Todo el mundo fijaba sus miradas en el altar mayor.

El inquisidor Arbués, con su grave majestad, abandonó su sillon y decendió altivo por la gradería del trono y seguido de José que permanecia siempre á su izquierda, se detuvo frente á D. Cárlos que cerraba el círculo á su derecha.

Este se ruborizó, y bajó sus ojos; no podia sostener el brillo de las penetrantes miradas que monseñor Arbués le dirigia.

Entonces, con esta voz llena, breve, imperiosa, que en ciertas ocasiones usaba, Pedro de Arbués dijo, encarándose al mancebo:

—Jurais, D. Cárlos de Herrera, que os consagrareis en cuerpo y alma, al servicio de nuestra santa religion católica, apostólica y romana?

—Sí, juro, contestó el jóven caballero, porque en este juramento, nada veia que pudiese alarmar su conciencia.

—Jurais que no prestareis vuestro oido á esas corruptoras é impías doctrinas de esos reformadores y filósofos del norte, y que os opondreis, de cualquier modo, á su propaganda?

—Sí, juro, volvió á decir D. Cárlos.

—Jurais que nunca dareis asilo ni proteccion á un hereje perseguido por tal, en nombre del tribunal del Santo-Oficio?

D. Cárlos fijó sus grandes y espantados ojos, en el severo rostro del inquisidor. Este juramento le parecia verdaderamente horrible.

Arbués fruncio el entrecejo como Júpiter Olímpico, y el jóven, dominado por esta soberbia espresion de autoridad y despotismo, balbuceó con voz ininteligible.

—Sí, juro!

El inquisidor pareció quedar satisfecho.

Luego, con acento breve é incisivo, añadió:

—Jurais persiguir de obra y de palabra, á qualquier morisco, judío, cristiano, judaizante ó luterano; denunciarlos al Santo tribunal para la mayor gloria de Dios, y en-

tregarles, aunque sean vuestros huéspedes, ya porque los oigais proferir heregías, ya porque cometan acciones por las que se deduzca que no se encuentran en el camino de la salvacion, ya porque sospecheis que no son partidarios de la religion católica, ya porque veais que no ejercitan su culto, ya porque, en fin, veais que en su casa toleran alguna negligencia semejante por parte de los suyos?

—Monseñor! monseñor! dijo en voz baja el mancebo, sintiendo una angustia indescriptible; lo que me estais pidiendo lo hace tan solo un espía y un...

La terrible mirada de Arbués, quitó la palabra al mancebo; sus lábios permanecieron entreabiertos y temblorosos sobre aquella cláusula que no habia concluido, y, en vez de continuar hablando, sus lábios permanecieron convulsos.

El inquisidor prosiguió:

—Jurais hallaros siempre dispuesto á marchar para el servicio de Dios, al primer llamamiento de sus representantes, aunque os encontreis cerca de un amigo moribundo, ó á la cabecera del lecho de vuestra madre agonizante?

Los ojos del jóven permanecieron fijos y asustados, y sus cabellos se erizaron de horror.

—Gracia! monseñor, gracia! murmuró con voz apagada.

El inquisidor y José fueron los únicos que comprendieron estas frases.

Pedro de Arbués, fingió que no las comprendia.

Así es, que recargando el acento en cada frase, continuó:

—Jurais renunciar á todos los lazos de amistad y de familia, cuando se trate de la causa de Dios, y denunciar, sin restriccion, á vuestros hermanos, vuestra madre, vuestra mujer, vuestro padre y hasta vuestros mismos hijos, si descubrís en ellos, sentimientos contrarios á nuestra santa fé católica?

Al oir estas últimas frases, D. Cárlos se sintió agitado por un sentimiento de indignacion, y levantó con orgullo su cabeza:

—Monseñor, dijo, con voz firme aunque modesta; yo no juraré tal cosa; no quiero ser ni un delator ni un infame. Tomad, añadió con ironía, devolviendo al inquisidor tanto la medalla como el santo y seña; tomad: me considero indigno de tal honra; guardad esto, monseñor, para otro que sea mas celoso y mas entusiasta de la religion católica.

Y al mismo tiempo abandonó el punto en que se hallaba, cruzó un círculo de hombres que rodeaba el trono; pasó por entre la multitud arrodillada y salió del templo sin volverse, bien como si temiese que la bóveda se hundiera.

El duque de Mondéjar y su yerno, se estremecieron de espanto y de coraje, Isabel lloraba sin comprender lo que acababa de ocurrir, y la multitud escandalizada, aguardaba con la boca abierta la esplicacion de aquel enigma. Unicamente José parecia impasible en medio del espanto general, aunque una imperceptible y sarcástica sonrisa levantára el estremo de sus lábios.

Monseñor Arbués levantó al cielo sus inspirados ojos, y dirigiéndose al pueblo, esclamó:

— Hermanos mios, este jóven se hallaba en pecado mortal y se ha hecho justicia á sí mismo, considerándose indigno de participar, hoy dia, de esta santa ceremonia... Roguemos por él, hermanos, añadió arrodillándose.

Todo el mundo imitó al inquisidor.

Los circunstantes oraron por espacio de diez minutos, durante los que Pedro de Arbués tuvo el necesario tiempo para refrenar su cólera y dar una apariencia de tranquilidad á su semblante.

Cuando se levantó, su rostro no llevaba la mas pequeña huella de emocion ni de cólera; aparecia digno, impasible y tranquilo: parecia una cabeza esculpida.

El gran inquisidor volvió á recitar la fórmula de su juramento, á la que todo el mundo respondió, sin hacer observacion alguna.

En aquel dia, el ejército de Cristo, se aumentó con mas de doscientos soldados.

En aquella misma noche los calabozos del Santo-Oficio, contaban con otro prisionero.

CAPÍTULO XXVIII.

Candor é hipocresía.

No obstante las fatigas de aquella larga ceremonia, que se prolongó hasta la dos de la tarde, monseñor Arbués, retirado en su palacio, no encontró un instante de reposo.

El inestinguible ardor de su alma apasionada y despótica, imponia á su cuerpo una contínua necesidad de movimiento, y una actividad espantosa. Su alma era como el abismo de que nos habla el Eclesiastés: nunca estaba lleno.

Los hombres de este temple se constituyen en providencia y azote de la humanidad.

Esto sin embargo, leíase en su rostro cierta satisfaccion interior! la certidumbre que tenia de que Dolores en adelante se encontraria en su poder, imprimia una infernal alegría en sus facciones; y á semejanza de los espíritus de

las tinieblas cuando una alma pura cae entre sus manos, aquel hombre gozaba en su propio triunfo.

José, triste y silencioso, hojeaba una Biblia en un ángulo del cuarto.

Parecia que se hallaba agitado por un sombrío presentimiento.

Ignoraba que la hija del gobernador no estuviese ya en casa de Juana: pero la alegría del inquisidor, tenia algo de fatal y de verdaderamente siniestro; y de ahí que el jóven se asustara como si presintiese una desgracia.

Por la vez primera, guiado por un instinto secreto, el inquisidor desconfió de su favorito; y no porque no contase en su discrecion, sino porque hallaba un encanto indescriptible en aquella satisfaccion que ocultaba en el fondo de su conciencia: habia tenido que emplear tantos medios para la realizacion de sus deseos, que hablar de su dicha, equivalía, hasta cierto punto, á evaporar su sabor mas fino.

Unicamente, por intérvalos, sus lábios sonreian, sus ojos chispeaban de una manera estraña, y un pasajero color invadia su frente que ordinariamente era tan pálida.

De cuando en cuando, José quitaba sus ojos de la Biblia para examinar el rostro de aquel hombre. El jóven comprendia que Arbués esperimentaba grandes y estraordinarias emociones; pero no adivinaba su causa.

Aunque faltaba muy poco para que diesen las doce de la noche el inquisidor no se resolvia á aplazar, hasta el siguiente dia, la dicha de contemplar á Dolores.

Esperaba que José se retirase, y José, como buen favo-

rito, no abandonaba el cuarto por la misma razon de que en ello contrariaba á su amo.

El jóven empleaba una calculada insistencia, fijando sus ojos en la Biblia, de la cual no leia una palabra.

Por fin, el inquisidor llegó á perder la paciencia, y acercándose á él soltando una carcajada y arrancando el libro de sus manos, le dijo:

—Deja este libro, mi buen amigo ; ya seguirás leyendo otro dia; quiero dormir, y tú, á no dudarlo sientes sueño por que estás pálido como una niña al siguiente dia de un baile.

—Esto no obstante, replicó José, juro á Vuestra Eminencia que no siento la mas mínima fatiga.

—Tu celo es muy grande, mi buen amigo. Cuando tengas la edad, y la muerte de Alfonso Manrique me permita aspirar á la dignidad de inquisidor general de España, yo haré que te elijan gran inquisidor de Sevilla.

—Eso no lo admitiré yo, si con ello he de dejar á su Eminencia: repuso el mancebo con voz cariñosamente hipócrita.

—Pobre muchacho! tienes razon, estarás aun mejor si nunca me abandonas: pero véte á dormir, hijo mio; necesitamos reparar nuestras fuerzas á fin de seguir en nuestras apostólicas tareas.

—Que me emplumen si no piensa en realizar algun propósito, dijo para sí el mancebo, levantándose como para alejarse.

—El auto de fé se acerca, añadió el inquisidor; las

cárceles del Santo-Oficio están llenas de herejes, y ante un monarca tan celoso por nuestra santa religion, como es el gran Cárlos V, es indispensable que vea en nosotros la actividad y el cristiano ardor.

Mas al pronunciar estas frases, conocíase que Arbués hablaba tan solo con los lábios, y que su alma se hallaba preocupada.

José, cuya perspicacia era grande, comprendió que el inquisidor pensaba en todo, menos en Cárlos V; pero disimulando, y recurriendo á su prudencia, dijo frotándose los ojos:

—Creo, tambien, que el sueño me va cogiendo; déme Vuestra Eminencia la bendicion, y me iré á la cama.

Y el favorito inclinó su cabeza adornada de hermosos cabellos negros, escepto en la parte donde se veia la tonsura.

Pedro de Arbués estendió sus manos, pronunció las frases sacramentales, y luego dijo:

Hasta mañana, hijo mio; venme á ver antes que llegue la hora del tormento.

Y salió por una puerta que conducia á su dormitorio, el cual guiaba, tambien, á la calle por una escalera secreta.

En vez de retirarse á su celda, José bajó la escalera de palacio; al llegar á su patio se ocultó tras el follaje de un gran laurel rosa, y aguardó con calma.

Era la hora en que con frecuencia Pedro de Arbués salia acompañado con cuatro familiares ó guardias de corps de los inquisidores; creados por fray Tomás de Torquemada, fundador de la milicia de Cristo, y cuya existencia cons-

tantemente amenazada por sus muchas crueldades, hacia estas precauciones necesarias.

Comunmente el jóven dominico seguia al inquisidor en estas misteriosas escursiones.

Así es que ocultándose en el laurel rosa; dijo:

—Veamos: donde va á ir sin mi compañia?

Y en efecto: al poco tiempo vió á monseñor de Arbués envuelto en una capa y llevando un sombrero de anchas alas, precaucion que siempre tomaba para que nadie le conociese.

Pedro de Arbués iba delante, seguido á cierta distancia por los cuatro familiares que se hallaban dispuestos á defender, con peligro de su existencia, aquel *baluarte de la fé.*

No bien la puerta del palacio se hubo cerrado tras ellos, cuando Jose, que siempre traia su llave encima, la abrió con cuidado y se deslizó como una serpiente por entre su postigo.

Entonces vió como Pedro de Arbués se dirigia hácia la calle de la Inquisicion.

Siguiólo con paso lento evitando el encuentro de los familiares, y andando, sin hacer ruido gracias á sus ligeras sandalias.

En menos de diez minutos, Arbués y los esbirros llegaron al punto donde se levantaban las carceles del Santo-Oficio.

El inquisidor llamó de una manera particular y que era ya conocida del portero.

El jóven dominico, protegido por la sombra se deslizó

poco á poco hácia el inquisidor, y no bien éste hubo cruzado el dintel de aquellas cárceles, cuando el favorito se escurrió trás de él con peligro de que fuese descubierto.

Pero Arbués en todo pensaba menos en el jóven.

El inquisidor se lanzó, dando grandes pasos, hácia la escalera que guiaba al primer piso, y como José tenia la costumbre de acompañarle en todas partes, el carcelero dejó que éste entrara; luego cerró la puerta con cuidado, y cogiendo su linterna y su haz de llaves, subió con precipitacion la escalera á fin de abrir, al inquisidor, el calabozo que éste indicara.

José se sentó en un banco del corredor.

Los familiares se quedaron fuera del palacio.

Pasado un instante, el carcelero volvió á bajar, y sin inquietarse por el jóven dominico, entró en su casucho donde se tendió en un banco de encina para continuar su sueño, esperando á que la muy santa inquisicion le volviese á despertar de nuevo.

José entonces se dirigió tambien hácia el primer piso en el cual habia oido abrir y cerrar una puerta. En esta puerta era á no dudarlo donde el inquisidor habia entrado.

Y en efecto: no bien el jóven hubo dado unos pasos en el corredor, cuando vió un rayo de luz que se escapaba de una celda por entre las rendijas de su puerta, y al mismo tiempo oyó dos voces que conocia perfectamente: la una pertenecia al inquisidor; la otra á Dolores de Argoso.

El jóven, al oir esta última se estremeció desde los piés á la cabeza. No llegaba á comprender por qué fatalidad

Dolores se encontraba fuera de la casa que él le habia elegido.

—Esto es una ilusion mia, dijo.

Pero como aquella voz se hiciese mas distinta, volvióse á estremecer de nuevo.

Presa de una mortal ansiedad trató de mirar por la cerradura, mas la llave habia quedado en la parte interior y no le permitia ver los objetos.

Fuera de que la luz se encontraba frente á frente de la puerta y las voces salian de otra parte del cuarto.

Entonces comprendió que Arbués y Dolores se hallaban en el punto donde estaba la cama.

En la imposibilidad de ver, el jóven escuchó atentamente.

Hé ahí lo que pasaba en el cuarto.

En el instante en que el inquisidor habia entrado, la jóven permanecia sentada en el lecho, con la cabeza apoyada en su almohada:

Desde que habia entrado en la cárcel, no se habia desnudado, pero luego de haber pasado una noche entre el terror y la angustia, y cediendo á su cansancio y su fatiga, se habia ligeramente dormido.

Recostada en aquel lecho de deslumbrante blancura, y en la que sus faldas se destacaban como en relieve, Dolores ostentaba su hermosura con una gracia y encanto irresistibles.

El estremo de su traje cubria sus diminutos piés; una de sus manos lo mismo que el brazo, estrechaba su gentil

talle; lo otra echada, con abandono, sobre la almohada, sostenia su pálida y hermosísima cabeza. Su pura y orgullosa frente que parecia modelada sobre el mármol, era, en aquel instante, de una blancura mate, y hácia sus sienes, aparecia surcada por azuladas y trasparentes venas. La sombra de sus largas pestañas daba á su noble rostro una espresion de abatimiento y de tristeza. No parecia sino que se habia dormido con pensamientos de muerte, apartando sus ojos del mundo en que tanto habia sufrido. Al verla así, mas bella en su desgracia que en su prosperidad y fortuna, el horrible inquisidor se detuvo conmovido y tembloroso, bien como si temiese cometer un sacrilegio.

Una emocion indescriptible, quizá un remordimiento, hizo vacilar aquel hombre indomable que no reconocia otro señor que sus pasiones.

Miró en torno suyo con una especie de miedo, como si tratase de ver si en aquella atmósfera habia ó no testigos que pudieran acusarle.

En el cuarto reinaba el mas profundo silencio y no se oia mas que la respiracion igual y tranquila de la dormida jóven.

Pedro de Arbués hizo un esfuerzo para sacudir aquel importuno terror qne le asaltaba.

—Oh! yo estoy loco! murmuró.

Y se sentó en un sillon, cerca el lecho de la prisionera.

Al sentir este contacto, Dolores se estremeció desde los piés á la cabeza; entreabrió sus ojos y al ver la sombría fi-

gura que se levantaba ante ella, lanzó un grito y se cubrió el rostro con sus manos.

—Os causo miedo? le preguntó el inquisidor con dulzura.

—Oh monseñor! monseñor! porque me perseguís de este modo? esclamó la jóven con voz entrecortada.

En aquel instante José acababa de oirla.

—Hija mia, contestó Pedro de Arbués que volvió á representar su papel de inquisidor, viendo el miedo que inspiraba; el pastor busca siempre la oveja estraviada, hasta que vuelve á encontrarla.

Dolores, que se habia incorporado en su lecho, miró al fraile con desconfianza, y sonrió con amargura. Despues contestó lentamente:

—El lobo persigue tambien á la oveja con objeto de devorarla.

—Dolores! esclamó el digno discípulo de Domingo de Guzman, irritado al ver que su hipocresía se estrellaba ante el recto juicio y la candidez de una niña; Dolores! veo, con tristeza, que vuestra alma se halla cegada y pervertida por las doctrinas de la reforma. El que tiene fé en Dios, la tiene en sus ministros, y yo no os inspiro confianza.

—Sed, cual Dios, bueno y justo; respondió la animosa jóven. Yo olvidaré al servidor cuando siga los preceptos del amo. Pero, qué es lo que de mi exigís? adorar la mano que para herir busca siempre el punto donde se halla una cabeza inocente? Quereis que yo bendiga al que ha con-

vertido mi padre, mi bueno y generoso padre, en un cadáver viviente?

—Pobre insensata! avanzasteis tanto en la senda de la perdicion, que la luz de la verdad no disipa las tinieblas en que os hallais envuelta. Ignorais que nosotros herimos el frágil y perecedero cuerpo á fin de salvar el alma que es eterna?

—Ah monseñor! si estos son los medios con que salvais las almas, renunciad pronto á ellos, porque hareis dudar de la justicia de Dios.

—Esto es! esto es! continuó el inquisidor; siempre esta repugnancia! siempre esta insubordinacion á las leyes de la iglesia, lo cual halla su orígen en la doctrina del fraile apóstol! Ignorais que el mismo Dios ha dicho: «Todo árbol que no dará buen fruto, será cortado y lanzado al fuego? y que luego ha añadido: «Arrojad de vuestro rebaño la oveja que está enferma?» Hé ahí por qué la muy santa inquisicion, para obedecer las órdenes del Señor, corta los malos miembros del catolicismo, cuya perversidad amenaza infestar la gran familia cristiana.

—Monseñor, verdad es que el Señor dijo esto; pero tambien ha dicho: «No arranqueis la zizaña; esperad el tiempo de la siega.» Por qué empleais contra mí la violencia? por qué me habeis robado mi padre? qué os hizo para torturarle de este modo?

—Ha pervertido vuestra alma con su culpable tolerancia. El Santo Oficio, castigándole, ha obrado con justicia, por que la corrupcion de los padres ocasiona la de los hijos.

El inquisidor al espresarse de este modo se habia revestido de una majestad casi bíblica; la hipocresía tenia en él cierto carácter de grandeza. Su palabra severa, su grave y acompasado gesto, su enérgico y sonoro acento y la aparente justicia de sus argucias, ejercian, sobre el alma, una fascinacion indescribible; pero Dolores, no obstante su juventud ó inesperiencia, tenia un criterio demasiado recto para dejarse convencer por aquel hombre.

El abominable objeto con que Arbués empleaba sus grandes facultades, inspiraba á la jóven un soberano desprecio que se traducia en su rostro.

Fuera de que temia encontrarse sola con él en aquella cárcel donde mandaba como un déspota.

Demasiado orgullosa y cándida para disimular sus impresiones, temia, sin embargo, irritar á aquel hombre que tenia entre sus manos la vida de su padre.

Así es que la jóven buscaba en aquel severo rostro cubierto por la mascara de la intolerancia, una huella de sensibilidad; queria ver si aquel feroz inquisidor para quien la muerte de un hombre no era mas que un juego, tenia en su corazon una fibra que aun no hubiese vibrado.

Pero esta no existia.

José oia desde fuera aquella plática; el jóven temia, asimismo, por Dolores. Pero como acercara su oido al ojo de la llave para no perder una frase, la puerta cedió ligeramente y vió que solo permanecia entornada. Entonces retrocedió un poco á fin de que no se abriera demasiado, alegrándose, interiormente, de aquel descubrimiento.

El inquisidor, haciendo un violento esfuerzo para contener el ardor que le consumia, añadió:

—Quién os dice, hija mia, que yo no he obrado con vos de esta manera sino para atraeros al verdadero camino del cual os alejasteis, y usar, luego, de la misericordia é indulgencia? ya comprendereis lo que yo os quiero y que no trato de ocasionaros ningun daño.

Un imperceptible movimiento de lábios fué la única contestacion que dió la jóven.

—¡Oh Dolores! prosiguió el dominico; vos no comprendeis lo que es fatigoso el dirigir á los hombres y guiarlos por el buen camino. Con frecuencia nuestro mismo celo nos atrae el ódio y la cólera de los hereges, y nuestra recompensa en este mundo consiste en llevar una cruz harto pesada. Mas Dios, en su bondad, continuó Arbués con acento hipócrita, Dios en su bondad, nos reserva algunas veces consuelos inesparados. Existen almas escogidas (la vuestra por ejemplo) á las que nos es permitido conceder no solo un cariño espiritual, sino cierto amor terrestre, que sin ofender la majestad de Dios, le glorifica y le honra. Estas son las almas escogidas que importa salvar de la herejía, porque son creadas para servir de ejemplo á las otras; y siendo la dulzura, la persuacion y la ternura, los principales medios para conquistarlas, empleamos un ardiente amor para lograr nuestro objeto. Hé ahí, pues, por qué yo os amo Dolores; hé ahí por qué yo quisiera que participaseis de esa profunda ternura que se alberga en el fondo de mi pecho!

El inquisidor hablaba con uncion, con un entusiasmo

irresistible, y la cándida jóven, no pudiendo comprender tanta infámia, dudó un instante acerca de si podia ó nó odiar y condenar aquel hombre.

—¿Será posible, dijo para sí, que no vea mas intereses que los de la religion católica? si así fuera, su equivocacion fuera digna de elogio.

La jóven abandonó su primitiva desconfianza, y mirando á Pedro de Arbués con sus cándidos y hermosos ojos, le dijo con nobleza:

—Os creo Monseñor, quiero creeros; por qué habeis de engañar á una pobre jóven que ningun mal os hizo? pues bien: pensais que vivo en el error, instruidme; yo seré dócil, y sí solo deseo averiguar la verdad. Quiero practicar, llena de amor, la doctrina de nuestro divino Jesucristo. Si me aparté del buen camino, volvedme á él y os prometo seguirle; pero libertad á mi padre y devolvedme á su ternura!

—¡Dolores! gritó el inquisidor triunfante: ¡mi bella y hermosa Dolores! así te quiero ver... tan dócil y tan buena: sí, te devolveré á tu padre; le devolveré su libertad. ¡Oh! no habrá mujer, que, cual tú, sea tan feliz y tan amada! yo pondré en tí mis afecciones todas!

Y al pronunciar estas frases, aquel hombre impúdico se habia levantado; sus grandes y sombríos ojos, clavados en la doncella, brillaban de una manera salvaje.

Por el secreto instinto de un pudor verdaderamente alarmado, la jóven se deslizó del lecho, y sus piés se apoyaron en el suelo.

El inquisidor no hablaba; mas su pecho que hinchaban sus deseos, se levantaba, y deprimia exhalando ruidosos suspiros, y únicamente el noble candor de aquella jóven, contenia el torrente de su pasion desenfrenada.

Arbués estaba sosteniendo un combate horrible.

Por espacio de algunos segundos, continuó en pié, asustado, y no atreviéndose á cometer un nuevo crímen.

Su imaginacion estraviada, veia pasar y agitarse, como un sueño, todas las víctimas cuya desgracia habia ocasionado; estas víctimas se encontraban allí como si fuesen espectros lanzando horribles gritos, entre los que las palabras venganza! venganza! resonaban como el tañido de una campaña que dá la señal de alarma.

De pronto, sus ojos se turbaron; la pasion se habia apoderado de él como unas tenazas ardientes: y entonces, á semejanza del hombre que acogido por el vértigo se lanza en el abismo, el inquisidor tendió los brazos hácia delante.

—¡Monseñor!... gritó José abriendo de par en par la puerta de la cárcel.

Pedro de Arbués al ver al dominico, hubo de volver en sí mismo, y levantando con orgullo su cabeza, y con acento sombrío é irritado, esclamó:

—¿A qué venís?

—Monseñor, venia como Su Eminencia á convertir herejes.

—¡Ira de Dios! ¿estáis cansado de vivir para cruzaros así en mi camino?

—Monseñor desconoce el celo de su mas fiel servidor,

—Monseñor!.. gritó José abriendo de par en par la puerta.

interrumpió el favorito con un acento de humanidad burlona; pero el servidor nada teme de un amo, que, como Vuestra Eminencia es tan bueno, y José el inquisidor, no teme al Santo-Oficio (1).

Dolores miraba con sorpresa al jóven dominico.

Pero éste le hizo una seña y la jóven fingió que nunca le habia visto.

—¡Salid! dijo Pedro de Arbués, con imperioso acento.

—No saldré sino con Vuestra Eminencia, replicó el favorito; por la ciudad hay indicios de que va á levantarse un motin; se habla de conspiraciones que tienen por fin el atacar vuestra preciosa existencia.

—Es esto cierto? preguntó el inquisidor, un tanto inquieto.

—Ciertísimo, créame Vuestra Eminencia; y hé ahí por qué he traido conmigo esta hoja de Toledo, añadió José mostrando un agudo puñal que llevaba oculto debajo de su sotana; es un arma escelente que nunca hará traicion á su dueño.

---

(1) Aunque todo el mundo se hallaba sometido á la jurisdiccion de los inquisidores, se esceptuaba, sin embargo de ella, á los papas, sus legados, sus nuncios y los empleados y familiares del Santo-Oficio. Así, cuando se les denunciaba formalmente como herejes, la inquisicion no tenia con ellos mas derecho que el de instruirles un procedimiento secreto, el cual era enviado al Pontífice de Roma. Los obispos gozaban de la misma exencion; pero ni los reyes ni los príncipes quedaban sometidos á la jurisdiccion del Santo-Oficio.—*Historia de la Inquisicion,* capítulo II, segunda parte. *De los crímenes de que antiguamente conocia el Santo-Oficio.*

Y José acariciaba con su pulgar, la triangular y afilada hoja que brillaba como un espejo.

—Venid, pues, monseñor, continuó, y no temais nada.

Pedro de Arbués, cediendo á pesar suyo, á la influencia de José, al cual, en aquel instante, odiaba, se acercó á Dolores, y la dijo con dulzura:

—Espero, hija mia, que mañana os encontraré mejor dispuesta.

—Oh! yo os ódio con toda mi alma! replicó la jóven, volviendo con desden y con disgusto su cabeza; haced que muera con mi padre: es el único favor que de vos aguardo!...

José arrastró consigo al dominico.

—Oh! esclamó Pedro de Arbués, apretando lleno de rabia sus dientes; quiero vengarme de ella; qué es lo que haré para sujetar á ese espíritu indomable?

—Monseñor, contestó el favorito, enviadla á la cámara del tormento.

CAPÍTULO XXIX.

La tortura del agua.

Difícilmente nuestros lectores se podrian formar una idea de la desesperacion y rabia que sentia Pedro de Arbués, al ver que sus bien urdidas y secretas maquinaciones, se estrellaban ante una fatalidad que no sabia esplicarse.

No obstante sus debilidades por José, al cual, amaba con la tenacidad que emplean los hombres sin corazon, en todo lo que es objeto de sus pasiones ó caprichos, no le perdonaba el que le hubiera sorprendido en la cárcel de Dolores.

Y no se crea que Pedro de Arbués comprendiese nada, respecto al intéres que tomaba por la jóven.

Nada hay tan torpe como los que están acostumbrados á servirse de la astucia, y el inquisidor no sospechaba lo mas mínimo del favorito.

Veia en él tan solo un niño mimado, que, de cuando en cuando, se hace imprudente, pero que en cambio, se distingue por esas infantiles travesuras que hacen perdonar su audacia.

El inquisidor no llegaba á comprender que José, aquel hermoso jóven, aquel niño que era su hechura, llegase á hacerle traicion.

Verdad es, que el jóven dominico, era para Arbués, mucho mas precioso que Dolores.

Esta avivaba únicamente su deseo; José estaba siempre dispuesto á servirle en sus caprichos, aplaudia sus mas inícuos actos, y lo animaba en la senda del mal, cuando en su soberbia y doblándose al peso de tantas iniquidades, se preguntaba en el fondo de su conciencia, si aquel Dios, cuyo nombre profanaba, le tenia reservada una venganza eterna y horrible.

Esto esplica por qué aquel hombre alguna vez, desesperado del cielo, cuya entrada le habian prohibido sus crímenes, se lanzaba con furor en la frenética alegría del escándalo y del vicio.

Ya se recordará que en aquel dia, muchos acusados debian ser sometidos al tormento.

El auto de fé se acercaba.

En aquel dia, un gran número de víctimas debia figurar en una de esas escenas del largo y terrible drama que se prolongó por espacio de tres siglos.

José, con su audacia de siempre, entró en la cámara de Arbués, cuando éste se encontraba aun en el lecho, en el

cual pasó una noche de insómnio. Al ver á su favorito, el inquisidor frunció el entrecejo.

José no se desconcertó lo mas mínimo y se dirigió hácia el último peldaño de un estrado que sostenia un régio y fastuoso lecho.

—En verdad que vuestra audacia no conoce límites, dijo Pedro de Arbués; cómo, despues de lo ocurrido esta noche, teneis valor para entrar en mi cuarto?

—Monseñor me ordenó que viniese á verle antes de que se aplicase el tormento, respondió con humildad el favorito.

—Yo creí que José era un muchacho fiel, y me he engañado, replicó el inquisidor, el cual no pensaba en lo que decia y cuya cólera se habia apaciguado á una sonrisa de aquel escéntrico y hermoso jóven, que se habia constituido en una necesidad de su existencia.

—José se espone con gusto á la cólera de Vuestra Eminencia para velar en su obsequio; el humilde dominico, recoge las noticias que circulan; vé como la borrasca se forma é intenta conjurarla; hé ahí, pues, monseñor, de lo único que es culpable.

—Acaso, dijo Arbués, somos tan débiles, que hayamos de temer á un pequeño número de judíos y marranos que intentan asonadas?

—Monseñor, contestó el favorito: la serpiente que se arrastra por el suelo, muerde alguna vez al leon, soberano de las selvas.

Cualquier enemigo por humilde que sea, es mas ó menos temible y es conveniente evitarle. La prudencia es ma-

dre del reposo. Velemos, pues, monseñor; no es este el instante en que podamos gozar de los placeres: el enemigo se acerca: preparémonos al combate.

Pedro de Arbués, como todas las almas apasionadas y ardientes, no podia evitar cierta inclinacion á las supersticiones, enfermedad que en aquel tiempo era muy vulgar y ordinaria.

El acento de José, y su aire de conviccion, produjeron en el inquisidor el efecto que el dominico aguardaba.

Cuando aquel niño le dirigia la palabra, el feroz Arbués se convertia en blanda cera.

—Entonces Dolores Argoso será la única mujer que me habrá resistido? preguntó con despecho, é insistiendo con su constante idea.

—Dolores Argoso no es una mujer vulgar, monseñor; comprende que si al sacrificar su cuerpo y su alma, no se salva al objeto amado, vale mas morir que á sobrevivirles.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de amargura, que llamó la atencion del inquisidor, el cual se estremeció involuntariamente, como si acudiese un tremendo recuerdo á su memoria.

José le envolvia en su mirada; parecia saborear con delicia, las torturas de esta alma que dominaba á su capricho.

—Esperad, dijo de pronto el inquisidor, como si se sintiese animado por una resolucion súbita... Vaya, no es conveniente que los atormentadores, esos valientes ausiliares, se incomoden tanto tiempo... á cuántos dan tortura?

Y como si tratase de acallar su rabia y sus angustias

Castigo del látigo.

en la voluptuosidad del tormento, empezó á contar en alta voz, las víctimas que iban á pasar ante sus ojos. Tigre lanzado en el círculo, saboreaba con anticipacion, la agonía de la presa que intentaba devorar.

Pasados algunos minutos, dijo al novicio:

—Ven hijo mio; que nuestro amor por la causa del cielo, nos consuele en las decepciones de la tierra y nos merezca la proteccion de Dios.

Cuando llegaron á la cárcel, vieron como dos atormentadores, vistiendo su lúgubre traje, azotaban con su látigo á seis de las víctimas, entre las que habia tres mujeres.

Una de estas últimas, hermosa, de elevada estatura, aunque desfigurada por los sufrimientos del calabozo, llevaba una mordaza.

Estos prisioneros, tanto los hombres como las mujeres, iban con la mitad del cuerpo desnudo; sus espaldas maltratadas por el látigo, se hallaban cubiertas de manchas violáceas y ninguno de ellos proferia una queja.

Pedro de Arbués cruzó en frente suyo, sin conmoverse lo mas mínimo.

José se estremeció interiormente, impresionado ante aquel espectáculo.

La mujer amordazada iba la última.

Al cruzar frente al inquisidor, le miró con fijeza, y en la imposibilidad de dirigirle alguna frase, sus negros y sombríos ojos, agrandados por lo pálido y flaco de su rostro, sus ojos que chispeaban el ódio, la desesperacion y la venganza, se fijaron ante los del inquisidor, como para decirle:

—No me conoces?

Pedro de Arbués, no obstante el cambio que habia sufrido su rostro, la conoció perfectamente.

—Francisca! murmuró, bajando sus ojos ante aquella espantosa mirada.

La abadesa de las carmelitas, no podia hablar; pero levantó sus ojos al cielo como para citar ante el tribunal de Dios á su verdugo.

El inquisidor cruzó en frente suyo, sin pronunciar una frase, y los sayones continuaron blandiendo el látigo.

Pedro de Arbués y su favorito, iban á contemplar un espectáculo mucho mas horrible que el que habian visto. (1)

Al llegar á la cámara del tormento, los esbirros les presentaron una hermosa y jóven mujer que se hallaba tan pálida, tan débil y tan enferma, que casi no podia sostenerse, sus ojos un tanto apagados y de angelical dulzura, solicitaban el perdon y la gracia. Cuando se hallaba en presencia del inquisidor, hizo un esfuerzo para juntar sus

---

(1) A los prisioneros de la inquisicion, se les prohibia el quejarse. Cuando uno de estos desgraciados exhalaba algun gemido, se le ponia una mordaza, y si esto no era bastante, se le azotaba cruelmente á lo largo de los corredores.

El castigo del látigo se aplicaba tambien, á los que metian ruido en sus calabozos y á los que armaban disputas. En estos casos, los presos se hacian solidarios y se azotaba á todos sin distincion de sexo ni edad, de forma, que las doncellas, las monjas y las grandes señoras, veíanse, con frecuencia, despojadas de su traje y azotadas desapiadadamente con jóvenes y con ancianos.—*Historia de la Inquisicion*, capitulo V, tercera parte: *De los Suplicios*.

flacas manos de una blancura casi diáfana, y dijo con voz débil, y que apenas llegaba á sus descoloridos lábios:—Mi hijo!

—Señora, dijo el inquisidor, con la dulce voz que en determinadas circunstancias usaba: vuestra hermana es luterana y se os acusa de que protegisteis su apostasía.

—Es falso! es falso replicó la desgraciada con toda la energía que en su debilidad encontraba.

—Podeis probarlo?

—Mi hijo! que se me devuelva á mi hijo! repitió aquella infeliz con desgarrador acento.

Este hijo, que con tanta angustia reclamaba, no hacia aun diez dias que habia nacido. Esta pobre mujer encarcelada cuando le llevaba aun en su seno, se la habia puesto al tormento, luego de haberle parido, conforme lo atestiguaban sus amoratados puños.

Pero víctima de una acusacion tan grave como la de estimular á su hermana á que abrazase la reforma, la inquisicion se hallaba en el caso de sujetarla al tormento.

Sus lágrimas y sus ruegos que, hubiesen conmovido una roca, no impresionaron al desapiadado Arbués. Solo José esperimentaba una emocion terrible y profunda, que ocultaba bajo la máscara de una impasibilidad la mas completa.

Su corazon, oprimido, por una piedad inmensa, llegaba á estremecerse.

Para que no estallára en gritos y sollozos, necesitaba

de toda la fuerza que le habian dado sus muchos años de constante disimulo.

Arbués, por el contrario, como si el dolor y las lágrimas hubieran de ser su eterno alimento, y ciego, además, por mostrar su celo por la fé católica y perseguir el luteranismo, que era el espantajo del emperador Cárlos V, Arbués hizo una seña y los atormentadores se llevaron su víctima.

No necesitaban de órden alguna, para saber lo que debian hacer con ella: era la segunda vez que subia á la tortura.

Dos jóvenes y robustos hombres, trajeron un caballete en el centro de la estancia. Este horrible instrumento de madera que revestia la forma de un lecho bastante largo, para recibir un cuerpo humano, era de tal manera construido, que gracias á un mecanismo, la cabeza se hallaba mas baja que los piés.

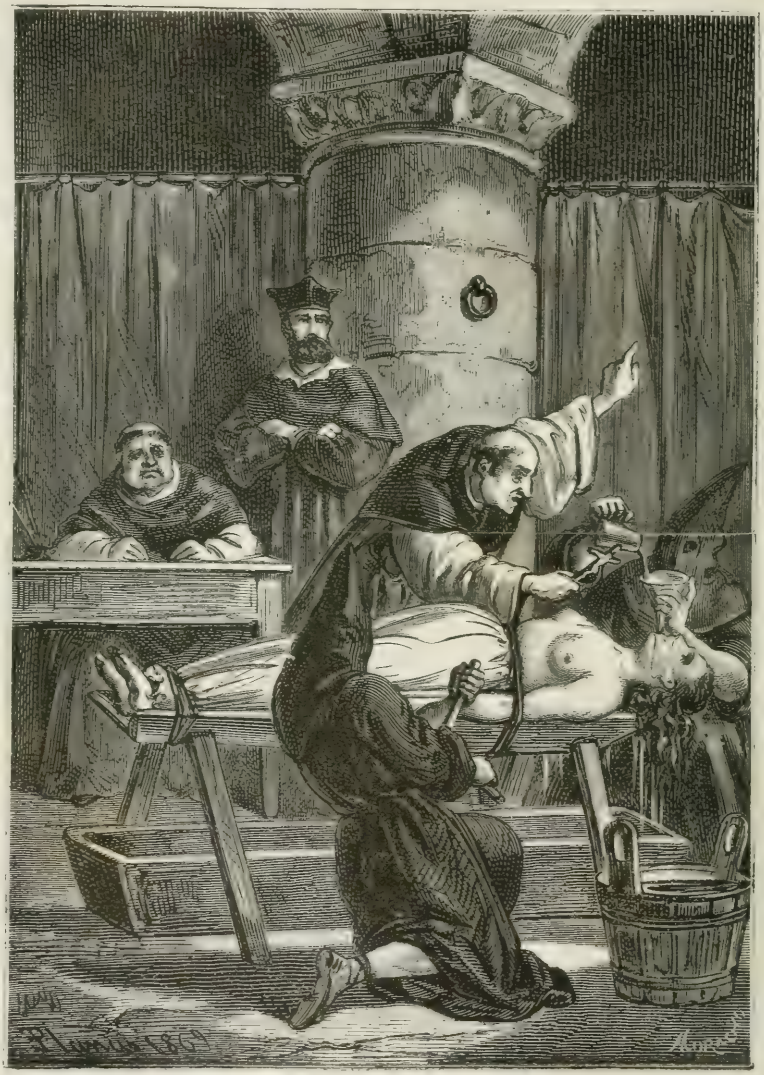
Los sayones cogieron á la pobre mujer ya casi muerta y ataron sus miembros con una cuerda.

La víctima les dejó hacer sin que soltare un grito.

El inquisidor, entonces, se acercó á ella invitándola para que confesase el crímen de que se la acusaba; pero la desgraciada mujer, protestó de nuevo de su inocencia.

—Es una impenitente! una impenitente! dijo el inquisidor con voz triste y compungida.

Al oir estas frases, los dos sayones hicieron girar con tanta violencia el garrote con que se apretaban las cuerdas, que la sangre de la jóven llegó hasta sus mismos verdugos.



Castigo del agua.

La desgraciada lanzó un grito de agonía que, aunque débil, rasgaba las entrañas; se hubiera dicho que todo su sufrimiento se reasumia en este grito.

Los atormentadores secaron friamente y con el revés de su manga, la sangre que acababa de manchar su ropaje.

Arbués se acercó por segunda vez á la paciente.

—Confesad, hermana, le dijo con voz dulce.

La pobre mujer que no tenia aliento con que pronunciar una frase, hizo un signo afirmativo.

En la posicion en que se la habia colocado, apenas llegaba á respirar.

—Impenitente! volvió á esclamar Pedro de Arbués.

Los sayones entonces pegaron sobre su rostro un hierro muy fino, embebido en agua y parte de él fué introducido hasta el fondo de su garganta; el otro estremo cubria sus narices. Concluida esta operacion, vertieron sobre el lienzo, y de una manera lenta, un jarro de agua en la boca y nariz de la paciente.

El agua filtraba gota á gota á través del húmedo lienzo, y á medida que se introducia en la garganta y en las fosas nasales, la víctima, cuya respiracion era á cada instante mas difícil, hacia horribles esfuerzos para tragar aquella agua y aspirar un poco de aire; mas á cada uno de sus esfuerzos que imprimian á su cuerpo, una convulsion dolorosa, los atormentadores daban vuelta al garrote, y las cuerdas llegaban hasta los nervios de su cuerpo.

Aquello era horrible.

José, con el rostro oculto entre sus manos, y en la acti-

tud de una meditacion profunda, secaba amargas lágrimas.

Su corazon estaba á punto de romperse, y cuando alguna vez erguía su cabeza, sus mejillas, iluminadas por la incierta luz de las antorchas, reflejaban la palidez de un cadáver.

Por espacio de una hora, los atormentadores siguieron derramando el agua en la garganta de la paciente, á la cual, reanimaban de cuando en cuando, y cuyos miembros apretaban las cuerdas.

A cada vuelta que el garrote daba, la desdichada víctima lanzaba un grito mas débil y mas quejumbroso; era un grito de indescriptible agonía en que se exhalaba el alma.

Por fin estos gritos se hicieron tan débiles, que el médico de la inquisicion que asistia comunmente á esas lúgubres tragedias, se acercó á la paciente y cogiéndola el pulso, se volvió hácia el inquisidor, diciéndole:

—Monseñor, esta mujer ya no puede resistir mas. (1)

—Dejad de torturarla: se la dejará tranquila hasta nueva órden. (2)

---

(1) La tortura del agua, con las horribles circunstancias que acaban de describirse, fué aplicada á doña Juana Bolihorgues, en tiempo de Felipe II. La memoria de esta mártir, fué rehabilitada en el auto de fé general, que se celebró en Valladolid en 1554.

(2) La crueldad de los inquisidores fué tan grande, que el cuerpo de la Suprema (fundado por D. Fernando de Aragon) se habia visto forzado á prohibir que á una misma persona se le aplicara mas

Los atormentadores quitaron el lienzo que cubria su rostro, pero cuando desataron uno por uno los lazos que aprisionaban su cuerpo, vieron que sus miembros estaban rotos por la violencia con que habian llegado á la carne.

José adelantó, víctima de un horror indescriptible, y luego de haber examinado el rostro de la víctima, dijo:

—Monseñor, la *tortura* ha concluido, puesto que esta mujer ha muerto.

—Lo creeis así? preguntó el inquisidor, con voz compungida.

Los atormentadores levantaron su cuerpo, y entonces, en aquella posicion vertical, la mujer fué víctima de una convulsion nerviosa y de entre sus lábios, se escapó una oleada de sangre. Luego entreabriendo sus ojos, murmuró en voz apenas inteligible.

—Mi hijo!

Y despues de esto, espiró, y su hermosa cabeza pálida y con los cabellos en desórden, cayó en brazos de sus verdugos.

—Que Dios tenga compasion de su alma! esclamó Pedro de Arbués.

—Y si esta mujer es inocente? preguntó José en voz baja.

---

de una vez el tormento: pero aquellos fanáticos encontraron un medio con que eludieron la órden.

Así, cuando habian torturado á un infeliz por mucho tiempo, lo volvian á la cárcel, diciendo que *suspendian la tortura* hasta el momento en que juzgaran á propósito *continuarla.—Historia de la Inquisicion.*

En este caso ha ido al cielo, contestó el gran inquisidor; porqué, pues, hemos de llorar su muerte? (1)

Los esbirros se llevaron el cadáver para ir en busca de otra víctima que compareció ante su Eminencia.

Era una anciana y digna mujer cuyos cabellos habian encanecido en el ejercicio de la caridad mas sublime. Llamábase María de Borgoña, pero era conocida bajo el nombre de *la madre de los pobres* (2) y se la habia arrestado el

---

(1) Los inquisidores conviniendo en que el tormento asi mataba á los *inocentes como á los culpables*, sostenian que debian aplicar el tormento, puesto que si bien morian en él algunos católicos irreprochables, en cambio, sus almas ganaban la eterna gloria.—*Guia del inquisidor* por Gimenez Cisneros.

(2) María de Borgoña contaba ochenta y cinco años, cuando fué denunciada por un esclavo, el cual, pretendió que le habia oido pronunciar estas frases: «Los cristianos carecen de fé y de ley.»

Esto fué lo bastante, para que se la considerase afecta á la doctrina judía.

A falta de pruebas, los inquisidores la tuvieron cinco años en la cárcel, esperando encontrar las suficientes, para condenarla y apoderarse de los muchos bienes que poseia.

Fatigados de esperar en vano, los jueces del Santo-Oficio, la sujetaron muchas veces al tormento, burlando con esto, las órdenes de la Suprema, la cual habia prohibido que se aplicase al tormento á las personas que tuviesen mas allá de sesenta años.

María resistió sin quejarse, estas infamias, declarando siempre que era católica, apostólica y romana, hasta que murió en la cárcel protestando de su inocencia.

Apesar de esto, los inquisidores continuaron el proceso, y la condenaron á las llamas: sus huesos y sus efigies fueron echados á la hoguera: sus bienes, que eran muchos, fueron cogidos por la inqui-

mismo dia del motin que describimos y á consecuencia de una acusacion de un criado que segun él habia pronunciado estas frases:

«Los cristianos carecen de fé y de ley.»

Maria frisaba entonces en los ochenta y cinco años, y aun que el Consejo de la Suprema, prohibiese la aplicacion del tormento á personas demasiado ancianas (1) aquella mujer valiente, sufrió la tortura del agua y de la cuerda.

No parecia sinó, que su cuerpo débil y donde no se observaba un resto de vida, se hallaba sostenido por una fuerza divina y sobrehumana.

Sus inmensas riquezas habian tentado al fisco, y no sabiendo como acusarla, la habian encarcelado bajo el pretesto de que profesaba la religion judía.

—Hermana mia, la dijo el gran inquisidor con evangélica mansedumbre; quereis, por fin, confesar vuestro crímen y alcanzar la gracia?

---

sicion y el monarca: sus hijos y sus nietos, fueron entregados á la infamia.

Este sacrílego asesinato, fué cometido por los inquisidores de Murcia en el mismo año de la abdicacion de Cárlos V, mientras Valdés se hallaba al frente del Santo-Oficio. Maria de Borgoña era conocida bajo nombre de *la madre de los pobres* á causa de su gran caridad, y sufrió la tortura de la cuerda, del agua y del fuego.—*Historia de la Inquisicion.*

(1) La tortura no se aplicará bajo ningun pretesto á los niños monores de diez años, ni á los ancianos mayores de sesenta.—*Reglamento de procedimientos.*

—Soy inocente! respondió con altivez *la madre de los pobres*; haced de mí lo que mas os plazca.

—Oh santa religion de Jesús crucificado! esclamó el fraile; no triunfarás nunca en la tierra?

Y luego, señalando á los atormentadores un brasero cuya ardiente lumbre iluminaba aquel antro, dijo:

—Dadla tormento.

—Pedro de Arbués! gritó con energía la anciana; estás maldito por el que bajó del cielo á redimirnos.

—Es una judía! una judía! gritaron los atormentadores, santiguándose con espanto.

Y al pronunciar estas frases, arrancaban uno por uno los vestidos de la anciana.

Cuando se halló casi desnuda, trataron de cogerla en sus brazos; pero aquella mujer les rechazó con un gesto lleno de dignidad.

—Ya andaré por misma, dijo: dónde tengo que ir?

Los sayones la indicaron el enorme brasero que ardia en la sombra y en un ángulo de la cámara.

María se dirigió con paso firme hácia este ángulo y miró, impasible, aquel cúmulo de llamas que se levantaban en la oscuridad, bien como si se sintiesen ávidas del pasto que se las habia destinado.

Los atormentadores cogieron la víctima, hicieron que se tendiera sobre un banco de madera, cerca el mismo brasero, y la ataron con tanta fuerza que la era imposible hacer el mas pequeño movimiento.

María se dejó atar sin resistir lo mas mínimo.

Entonces, dando al banco un movimiento de rotacion, lo colocaron de modo que uno de sus estremos (el mismo en que descansaban los piés de la paciente) tocaba en los encendidos carbones.

Al sentir el contacto del fuego, María lanzó un gran suspiro, única espresion de dolor con que atestiguó su sufrimiento.

—Nos olvidamos algo, dijo uno de los sayones, viendo que los piés de la víctima se ponian escesivamente rojos y que luego se ponian blancos como un pergamino que está ardiendo.

—Es cierto, contestó el otro: no pensaba en ello.

Y dirigiéndose á un ángulo de la estancia, cogió un tarro lleno de grasa, metió en el una esponja que se hallaba atada en el estremo de un palo, y frotó con ella los piés de la paciente.

La accion del fuego, escitada por la presion de este cuerpo, se hizo tan viva, que la piel comenzó á derretirse y contraidas las carnes retiráronse los nervios y tendones y se dislocaron los huesos.

El Santo-Oficio se hallaba dotado con una inventiva abominable.

A este horrible suplicio María supo oponer una resistencia heróica: y cuando el dolor, haciéndose intolerable, le arrancaba una queja involuntaria, decia como Jesús en el momento de su agonía:

—Perdonadles señor! porque no saben lo que hacen.

Y en efecto, la inquisicion contaba con hombres ciegos

y fanáticos, y hasta cierto punto escusables, que no sabian lo que se hacian. Qué corporacion secreta y religiosa no ha tenido los suyos? así es que no se acusa á estos, sino á los que se encuentran al frente de la *institucion, á los que mandan* y prostituyen una religion al servicio de las mas indignas pasiones.

Aquellos no son mas que instrumentos pasivos de la corporacion, ó mejor dicho, son las pantallas de los jefes, y de consiguiente, no reciben beneficio directo, en las empresas que realizan.

El grito de María era propio tan solo de un mártir de la religion cristiana y no de la judía. Esto no obstante, su suplicio hubo de prolongarse mas tiempo de lo que permitian sus estinguidas fuerzas.

Pero cuando se la volvió al calabozo, aun tuvo la necesaria fuerza para decir á Arbués:

—Que Dios, Monseñor: os perdone como yo os perdono!

La declaracion de un solo testigo habia sido lo bastante para que se condenase á la madre de los pobres, y este testigo era un criado; pero María era demasiado rica para que la perdonára el Santo-Oficio.

José, horriblemente impresionado, casi no tenia fuerzas para sostenerse, inclinóse al oido del gran inquisidor, y dijo:

—Monseñor; me siento algo indispuesto: el olor de este carbon me dá una especie de vértigo y no le falta mucho para que desmaye.

—Sin embargo, es necesario que te acostumbres á presenciar el tormento; solo falta un acusado.

No bien hubo pronunciado estas frases cuando los esbirros entraron en la cámara del tormento.

—Monseñor!... dijeron vacilando.

—Qué sucede? hablad.

—Monseñor, la prisionera ha muerto.

—Muerto! replicó el inquisidor.

—Se ha cortado la garganta con unas tijeras.

—Por qué se las dejasteis? preguntó Arbués.

Y luego el fraile hipócrita, añadió con fingida amargura:

—Impenitente! ha muerto impenitente!...

La prisionera, que se llamaba Juana Sanchez, era una beata que habia abrazado el protestantismo, y habia muerto sin renegar de esta doctrina. (1)

—Las oraciones que se pueden rezar en obsequio á la difunta son inútiles, continuó el inquisidor levantándose; su alma pertenece al diablo.

El tormento habia concluido.

Pedro de Arbués y su favorito, dejaron aquella *santa casa*.

—Oh! esclamó José, respirando con delicia el aire de la

---

(1) Juana Sanchez fué realmente condenada á la hoguera, acusada de luteranismo. Cuando conoció la sentencia, se cortó la garganta con unas tigeras y murió impenitente. Su cadáver fué quemado en Valladolid en 1559.

calle y pasando las manos por su frente, como un hombre que despierta de un sueño.

—En verdad que eres muy delicado le dijo Pedro de Arbués; pareces una mujer.

—No lo creais, monseñor, contestó el novicio; tengo, por el contrario, el valor de un hombre.

—Eso ya la veremos.

—Oh! sí, dijo con intencion el mancebo; cuando llegue la ocasion ya lo veremos.

CAPÍTULO XXX.

La cámara de la penitencia.

Los consejos de José no se habian perdido.

Cierta noche, seis ú ocho dias mas tarde, la hija del gobernador permacia sola; encorvada sobre sus rodillas, en una de las torres que formaban los cuatro ángulos del inquisitorial palacio.

Un escabel de madera servia de apoyo á sus codos, y sus pálidas manos contenian su cabeza.

La estancia en que se hallaba Dolores, media unos diez piés de diámetro. Era de forma rodonda, y las paredes y el techo eran completamente blancos.

Una pequeña abertura que se veia en lo alto de la bóveda, iluminaba con triste y melancólica luz aquella estancia; luz que no pudiendo estrellarse en ningun ángulo, no ofrecia penumbra alguna á los ojos que contemplaban aquella monótona blancura.

Dolores, rendida por la desesperacion y el cansancio, fatigada del escabel; único asiento que tenia en la estancia, permanecia en el suelo acurrucada, tratando de vencer, por un cambio de posicion física, el fastidio en que la sumergía aquella cárcel monótona.

Desconcertaba por las horribles é incesantes pruebas á que la sugetaba el destino, Dolores rogaba á Dios que le concediese el necesario valor para no sucumbir en la lucha.

El amor, este santo fuego con que el alma se alimenta, tenia su energía. El amor, cuyas inefables delicias solo habia entrevisto, la inspiraba el deseo de vivir para gozar de sus inestinguibles alegrías; único patrimonio del que sufre y espera, tesoro divino que el cielo divide en la tierra con los que destina á poseerlo por completo.

En el corazon de esta valerosa jóven, el amor por Estéban no separaba de la ternura que profesaba á su padre. Acaso el jóven no era hijo adoptivo de Manuel de Argoso?

Y como los que aman no desesperan nunca, parecíale á Dolores que aun podia alentar las esperanzas de que no todo se hallaba perdido.

La noche hubo de sorprenderla en aquellas dolorosas y tristes meditaciones.

Poco á poco la vertical y fatigosa luz que caia en torno suyo, se apagó dulcemente como una lámpara á la que falta el aceite; hasta que, por fin, se improvisó cierto crepúsculo, bien como si en el agujero que daba paso á la luz se hubiese colocado una gasa.

Llegó la noche y Dolores ni siquiera distinguió los

contornos de su celda; no parecia sino que se encontraba en el centro de una vasta é inmensa llanura.

—Gracias, Dios mio! esclamó levantándose; ya no veo estas paredes blancas, eternamente blancas! Ya no veo estas paredes circulares y uniformes que me vuelven ciega.

Mas no bien pronunció estas frases, cuando una luz viva penetró en la celda y los ojos de la niña nuevamente deslumbrados, volvieron á cerrarse.

—Soy yo; no tengais miedo, la dijo una voz amiga.

Dolores vió á José enfrente suyo.

—Oh! gracias, gracias, dijo, llorando y echándose en brazos del jóven dominico; gracias, José; porque vinisteis á verme.

—No pude venir mas pronto, replicó el dominico, no quise despertar los recelos del gran inquisidor.

—Oh! dijo horrorizada la jóven; porque os servís de ese hombre?

—Porque es necesario replicó el jóven con un acento de conviccion muy profunda.

—Sí, lo comprendo, observó Dolores luego de reflexionar un instante; será efectivamente, necesario, que un poder fatal os encadene al gran inquisidor. Acaso, si así no fuera, vos tan bueno, tan generoso y tan noble, hubieseis consentido en ser cómplice de semejante mónstruo?

—Lo creeis así, Dolores, no es cierto? preguntó el jóven con amargura.

—Oh! sí: no puede ser otra cosa; es necesario para ello ue tengais motivos muy poderosos, y que una terrible des

gracia presida á vuestra desgracia. De ahí que cuando pienso en vos, que llevais con tanto aliento la pesada cruz que el cielo os ha enviado, yo me considero harto mezquina y miserable; porque, ya lo veis, preciso es confesarlo: yo, con frecuencia, sucumbo ante los males que me rinden, y siento algunas veces que la razon me abandona. El cautiverio me mata, ó quizá es para mí un justo castigo á mi orgullo, el cual me daba fuerzas para resistirlo todo.

—Pobre niña! dijo el novicio, lanzando una mirada en torno suyo.

—Sí, amigo mio, esta cárcel me mata; en ella solo tengo el suficiente aire para no morir asfixiada, no puedo andar tres pasos sin dar con una blanca y eterna barrera que gira en torno mio como si se sintiese el vértigo... Cierro los ojos para no ver nada, y sin embargo todo, en mi fantasía, voltea; siento que el pavimiento se escapa de mis piés como en un sueño, y arrojada en el vacío no hallo un punto de descanso... Quiero dormir y oigo sin cesar un contínuo murmullo que me tiene constantemente despierta, y llamo la noche como otros llaman al dia, temiendo que aparezca el sol, cuya luz renueva mi suplicio... Oh! yo me vuelvo loca!.. Y sin embargo, continuó la jóven, con una volubilidad espantosa; á ellos les parece que aun no sufro bastante y que no deben permitir que yo descanse un minuto. Así es que cuando el alba se aparece, se me quita el lecho que no me devuelven sino cuando llega la noche.

La animada espresion que habia tomado el rostro de Dolores, y su agitacion estraordinaria, asustaron al mancebo.

Era, efectivamente, necesario que aquella celda tuviese algo horrible para que la jóven que, ordinariamente, aparecia tan resignada y tan dulce, se mostrase tan notablemente exaltada.

Entonces el dominico sintió el que hubiera aconsejado á Arbués que se la encerrara en aquella estancia por mas que lo hubiera hecho con el intento de que su evasion fuera mas fácil, toda vez que se hallaba cerca de la calle, y cuya torre contaba con algunas salidas.

No pudiendo remediar esto, consoló á la cautiva con frases dulces que hicieron renacer su esperanza.

—Vendré aquí con la frecuencia que pueda, dijo el mancebo á Dolores; esto concluirá algun dia. Entretanto reunid vuestras fuerzas y esperad con valor: Dios no abandona á los buenos.

—Oh! lo que es valor no me falta; reuno siempre toda la fuerza de mi voluntad contra el maléfico influjó de esta abominable celda, que obra con tanta fatalidad y viveza sobre mis pobres facultades. Algunas veces, luego de haber luchado contra las alucinaciones del dia, reflexiono entre las sombras de la noche en la realidad de mi posicion, y concluyo por decirme que, al fin y al cabo, mi existencia concluirá con la tortura y la muerte.

—Nó, replicó José; no creis esto.

—Oh! estoy ya acostumbrada á esta idea; antes que renegar del Evangelio, me hallo determinada á resistir con valor, pero antes de morir y en obsequio de mi desgraciada pátria que se halla tan débil y oprimida; que no tie-

ne bastantes fuerzas para sacudir el yugo de sus tiranos; antes de morir, yo, pobre mujer, protestaré contra esos infames, contra ese inícuo inquisidor de Sevilla, que se complace en deshonrar las mujeres y en arruinar las familias, y entonces veremos si llenando con la ignominia su frente y derramando la sangre de una víctima valiente, España despertará de su sueño.

—Pobre jóven! esclamó José; no tendreis este recurso. Vuesta muerte no será conocida de nadie y morireis en estos calabozos como Francisca de Lerma, que entró en ellos la misma noche en que abrazasteis á vuestro padre.

—Oh Dios mio! Dios mio! y es posible que me entierren viva? Oh! nó: esta seria una infamia; la justicia lo repugna. Enhorabuena que se me condene: inocente ó no, yo pasaré ante los ojos del mundo como una procesada que absolvieron ó condenaron los jueces; pero que por un acto tan arbitrario como odioso, se atente á mi libertad constantemente, que se me dé la muerte de una manera lenta, cruel, desesperada, esto, José, no es posible, y vos sin duda, calumniais al Santo-Oficio.

—Francisca de Lerma era la favorita de Arbués, repuso con frialdad el novicio; y cuando Francisca trató de convertirse, Arbués la mandó encerrar en estas cárceles.

—La abadesa de las Carmelitas!.... De qué se la acusa?

—Los motivos para una acusacion no faltan nunca al Santo-Oficio; pero como un proceso compromete al inquisi-

dor, no se instruye ninguno. Francisca morirá sin ser juzgada. Creed, Dolores, que yo no calumnio á nadie.

—Oh! esto es horrible! y es posible que nuestro rey Cárlos V, al cual se le llama el Grande, pueda sufrir tanto abuso?

—La inquisicion es mas poderosa que el mismo rey, contestó el dominico; la fuerza de uno se estrella contra la fuerza de muchos. Y sin embargo, nuestro rey es justo, y si llegase á conocer todos los abusos, no hay duda que los corrigiera. Pero él los ignora, y á mas de esto, ya sabeis que los inquisidores que tienen el derecho de acusar los príncipes y reyes, solo pueden ser juzgados por el soberano pontífice.

—Enhorabuena, dijo Dolores, con profundo abatimiento; veo que habré de resignarme á mi desgracia.

—No dije esto, replicó José con viveza; aunque tenga que perder la vida, yo os devolveré la libertad; pero no ha llegado aun el instante propicio. Estéban y Juan de Ávila se encuentra en Madrid.

—Lo sé y no ignoro tambien lo que hacen en mi obsequio.

—Quizá obtengan el perdon de vuestro padre.

—Su perdon, dijisteis! pero cómo es posible si la inquisicion le ha condenado? no dijisteis que el rey no puede nada?

—La inquisicion á fin de complacer al monarca, relaja de cuando en cuando su severidad habitual, contestó José. Así, pues, la inquisicion ha dejado al rey el derecho de

juzgar en apelacion ó súplica los procesos que su tribunal instruye (1).

—Oh! Dios mio! esclamó la jóven; cuando yo era niña y cuando aun jugaba sobre las rodillas de mi padre, oia pronunciar el nombre del rey, y este nombre me parecia brillar como una aureola. El rey era para mí un sér bello, magnánimo, poderoso, que con una simple frase podia cambiar las chozas en palacios, las lágrimas del pueblo en gritos de alegria, y que en todas partes sembraba la prosperidad, la dicha y la esperanza. El rey! el emperador! hé ahí dos mágicas palabras que no son mas que un símbolo con que se reviste un hombre mortal como nosotros, tan débil como nosotros, y que es cien veces mas desgraciado; pues aparte de que se halla sujeto á nuestras mismas pasiones, vive sometido á los hombres que por una influencia cualquiera atenúan su poder ó atacan su autoridad. Y esto se llama reinar, Dios mio! De que sirve llamarle *Señor* y do-

---

(1) El derecho de súplica era lo único que la inquisicion habia dejado á los monarcas, y al mismo papa. Los papas y los reyes tenian el derecho de anular sus fallos, pero en cambio la inquisicion tenia el derecho de emprender nuevas persecuciones, de intentar nuevos procesos, y concluia siempre por coger las víctimas que la justicia del papa ó la del rey le habian quitado por espacio de algun tiempo. Díganlo sino los obispos de Segovia y de Calahorra de que hablamos en una de nuestras notas. Algunas veces, cuando las súplicas eran atendidas por los reyes, el Santo-Oficio se resistia á las mismas y luchaba abiertamente con aquellos bajo el pretesto de que con esto servia la religion y destruia la heregia.—*Historia de la inquisicion.*

blar ante él la rodilla, si no puede administrar justicia?

—Justicia! replicó José; hé ahí una palabra sonora y y vacía de sentido; esta palabra es una máscara como otras tantas frases de un uso harto ordinario. Cómo se hará justicia en estas bagatelas con que se alimenta la vida política y religiosa de un pueblo, y que se reflejan en el mismo hogar doméstico? Qué importan esas luchas de un dogma contra otro dogma, las susceptibilidades de una secta, el orgullo de otra, la crueldad de aquellos que alcanzan la victoria? mi camino se encuentra ya trazado, y para llegar al fin, solo tengo que pisar el sangriento océano en que los hombres se matan; solo tengo que cruzar en medio de ellos sin volverme, en la seguridad de que nunca podrán herirme porque, ya lo veis, añadió José indicando su hábito de fraile; llevo una coraza en que se embotan las armas todas.

Mientras hablaba, Dolores miraba atentamente al jóven dominico.

Trataba de comprender la mezcla de sensibilidad y amargura; de escepticismo y confianza que se observaba en su rostro y que hacian de él un sér aparte.

José mostraba en sus razonamientos la energía de un hombre fuerte y la sensibilidad de una mujer tierna.

Su alma, como su cuerpo, ofrecia una seductora mezcla de las mas apuestas cualidades. Al verle y escucharle, olvidábase que era fraile y que pertenecia al Santo-Oficio: no se veia en él mas que un hombre jóven, seductor é irresistible, ya porque su hermoso y pálido rostro llevaba el sello

de un dolor profundo, ya porque sus brillantes y puros ojos, chispeando una luz dulcísima, espresaban con energía la apasionada ternura de un alma misteriosa que se agitaba cual las olas del océano.

José tenia un don que no poseen muchos hombres: el don de fascinar.

El que ha luchado contra las tempestades de la vida, adquiere esa movilidad en el rostro, ese abandono en los modales, esa facilidad en el lenguaje, y, sobre todo, esa apasionada tristeza que conquista nuestras simpatías, en razon á que nuestra alma se halla siempre inclinada á lo maravilloso y estraño. Quizá este poder de atraccion que se observa en ciertos hombres es un misterio fisiológico que se escapa á nuestro análisis y que se comprenderia, tal vez, por el magnetismo, si el magnetismo no fuera, á su vez, otro misterio.

Por lo que toca á nosotros, se nos figura que para encontrar la causa racional que esplica este fenómeno, seria imprescindible el remontarnos á Dios.

En la época en que ocurrian los hechos que forman nuestra historia, la palabra magnetismo no existia. Se encontraba mucho mas sencillo el calificar de mágia lo que no caia bajo la prescripcion de los sentidos. Los hombres de aquel tiempo eran mas esperitualistas que nosotros: no daban á la materia la importancia que le ha dado nuestro siglo, el cual vé en ella el orígen de muchos prodigios y fenómenos. Verdad es que en algunos puntos habian ido mas léjos, y que no solo creian en un eterno y bienhechor es-

píritu, sino que reconocian la influencia que en el hombre ejercia el diablo, y hasta cuando un hombre, dotado por un gran talento, surgia entre aquella multitud ignorante, se le llamaba hechicero, y se creia que habia formado pacto con los infernales espíritus.

Algunas veces la supersticion del pueblo secundó maravillosamente la ambicion del Santo-Oficio, que temia siempre aquellos cuya filosofía ó ciencia ilustraba la opinion pública.

Esto esplica porque San Juan de Dios, ilustre fundador de los Hospitalarios, y el cual ha figurado ya en este libro, fué acusado por la inquisicion de nigromántico, viéndose obligado á recurrir al papa con objeto de alcanzar su gracia (1).

Mas en todas las épocas los hombres instruidos franquean estas supersticiones pueriles.

La simpatía que Dolores sentia por el novicio, y á la que no reconocia causa alguna estraordinaria, tenia para ella algo de consolador y de dulce, algo que se hallaba exento de violencia y se parecia á la amistad que una mujer profesa á otra.

---

(1) San Juan de Dios, fundador de una órden Hospitalaria, que se dedicaba á la asistencia de los enfermos pobres, fué (lo mismo que el sabio arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, contra el cual el inquisidor Valdés hubo de ensañarse mas bien por envidia que por espíritu religioso;) fué arrestado como sospechoso de heregía y nigromancia, y quizá hasta hubiese muerto en las cárceles del Santo-Oficio, si el papa no le hubiese librado.—*Historia de la Inquisicion.*

José olvidaba á su lado la gravedad del monge, y Dolores abandonaba con él esa violenta reserva que inspira á una doncella el hábito del sacerdote. Hé ahí porque su conversacion tenia para los dos un irresistible encanto.

—Hermano mio, interrumpió la jóven observando que se ponia triste y pensativo; al hablar de vos, me ocasionais un gran daño; esta clase de conversaciones os son verdaderamente penosas y vos las entablais sin pensar que os dejan la mas profunda tristeza.

—Os engañais, Dolores: no me pongo triste. Y por qué debo afligirme? ya os lo dije, mi camino se encuentra ya trazado; obedezco á una fatalidad implacable; así, pues, nada me inquieta.

—Me estais dando miedo; vuestros sentimientos distan mucho de ser cristianos.

—No hablemos de esto, hablemos de vos, Dolores, de vos sola. Yo no hago mas que obedecer la voluntad de Dios y me constituyo en el instrumento de que se servirá para libraros: yo soy una víctima espiatoria. Cuando yo haya cumplido mi mision y vuelva á Dios con la bendicion de mis hermanos, yo á fin de que olvide mis pecados le diré:

—Perdonadme, señor, he sido un mártir, y el martirio es un bautismo que lava cualquier mancha.

Y José, al pronunciar estas frases, se sentia entusiasmado; su sombría exaltacion inflamaba su hermosísimo semblante, que á no ser el de un hombre, hubiese parecido el de Judith.

Dolores acurrucada en el suelo y con las manos en sus rodillas, le escuchaba en silencio, y cuando sus húmedos ojos observaban el rostro y movimientos del mancebo, las lágrimas corrian por sus megillas.

La jóven cogió la fina y blanca mano del novicio, y estrechándola con amor, dijo á éste.

—Qué es lo que teneis, hermano mio? el novicio al oir estas frases volvió en sí y contestó á la doncella:

—Nada; pienso en la sagrada mision que he de desempeñar en la tierra; pienso tambien en que he de libertar á cuantos sufran.

—Volverá pronto Estéban? preguntó la jóven, que queria distraer al novicio hablándole de ella misma.

—Quizá antes de ocho dias; luego que llegue vendré á participarlo. Cuento mucho en la influencia que ejerce con el rey, nuestro venerable apóstol.

Y este es el lugar mas á propósito para esplicar como José habia sabido que Estéban y Juan de Ávila habian emprendido su viaje.

Ya se recordará que en su última entrevista celebrada en la casita árabe, José habia recomendado al Cuco que vigilara á Estéban y que le diese cuenta de sus pasos.

Así, pues, el tabernero de la *Buena Ventura*, se lo habia participado todo; y fuera de esto, el mismo Juan de Ávila habia encargado al Cuco que indicara su viaje á Dolores, á fin de que la jóven permaneciese tranquila.

Desgraciadamente en su deseo por salvar á su padre,

la jóven no habia tenido paciencia, y esto la hizo caer en manos del Santo-Oficio.

—Es necesario dejarnos, dijo por fin José, viendo que la prisionera estaba ya tranquila, nuestra fuerza consiste en la prudencia.

—Oh! nó, no os vayais aun, esclamó la doncella cogiendo al fraile por su hábito; volveré á ser víctima del miedo... Soy una insensata.

Las palabras «es necesario dejarnos,» habian despertado en ella el recuerdo de su amarga soledad. Sus nervios que habian vuelto á su centro por los consuelos de la amistad, sufrieron una reaccion dolorosa. Su imaginacion volvió á poblarse con espectros y fantasmas, tristes efectos de un cautiverio horriblemente combinado, que hacia padecer sus facultades todas reaccionando en su cerebro, sitio y centro de nuestras sensaciones.

—Nó, José, no me abandoneis, añadió la jóven con voz triste; voy á morirme de miedo. Oh! llevadme de aquí! llevadme de aquí! metedme si quereis en cualquiera otra cárcel; pero no permitais que continúe aquí por mas tiempo.

Y la jóven, desesperada, se arrastraba por el suelo.

Aquella organizacion moral tan fuerte, aquella doncella tan pura, tan dulce y tan resignada, sucumbia á los trascendentales efectos del régimen celular.

José la levantó con dulzura, humedeció su frente con unas gotas de agua que habian quedado en un vaso, y gracias al contacto de su mano, ó quizá por un efecto magnético, pudo calmar á la jóven.

—Id, dijo ésta ya estoy tranquila.

Y cerró sus ojos porque tenia miedo de mirar en torno suyo.

En aquel mismo instante se llamó á la puerta.

—Entrad, dijo el novicio, tomando la actitud de un sacerdote que confiesa á un penitente.

Era un carcelero que traia la cama en que dormia la jóven.

—La prisionera se reconcilia, añadió el fraile; así, pues, de dia la dejareis tambien su cama.

—Se obedecerá á Su Reverencia, contestó el carcelero.

—Adios, hermana mia, esclamó el novicio:

É inclinándose hácia la jóven, añadió en voz baja:

—Volveré muy pronto.

El novicio salió.

Dolores permaneció arrodillada entre la oscuridad, con la cabeza inclinada sobre su pecho.

Y ahora nuestro lector que nos siga á Madrid donde veremos al emperador Cárlos V.

CAPÍTULO XXXI.

Madrid.

En una fresca y hermosa madrugada de mayo, dos viajeros seguian el camino que desde la Mancha conduce á la capital de España.

Desde el punto en que se hallaban estos viajeros, percibian ya la villa y córte de Madrid, cuyos mil campanarios se levantaban como un bosque de agudos árboles, por mas que se hallasen dominados por las altas cúpulas de San Isidro y San Francisco.

Al occidente de la villa, veíase la ermita del santo; linda capilla tenida en gran veneracion por la gente madrileña, á causa de los numerosos milagros que hacia en aquel tiempo; rico y poético santuario cuya graciosa y aérea silueta se parecia mas bien á un capricho de la imaginacion ó de la óptica, que á una vieja casa de la-

briegos convertida en capilla por la devocion del pueblo (1).

Los dos viajeros cruzaron el puente de Toledo, precioso monumento de construccion romana, echado sobre el Manzanares, de ese triste y pobre rio que serpentea en un llano que es aun mas triste, enseguida, salvando una colina, llegaron frente al matadero, que en aquel tiempo era escuela de toreros.

Detuviéronse aquí al objeto de gozar de aquel punto de vista ; mas en vano buscaron en torno suyo esas huellas de la civilizacion que indican una gran ciudad; en vano buscaron esta rica y variada cultura, esta vegetacion espléndida que indican los adelantos de la industria agrícola ; tanto como podian alcanzar sus ojos en torno á la ciudad, y rodeándola como un cinturon inmenso, veíase la aridez del desierto, un suelo de un color blanco, rojizo, sembrado por menudas guijas que al contacto de los solares rayos parecia que se disolvian en sútil y fino polvo.

—Oh! y qué desnudez tan triste! quién no tomaria es-

---

(1) El autor se refiere aquí á la ermita de San Isidro, la cual se levanta á occidente de la capital. Esta ermita es la antigua granja en que el santo fué empleado como criado, y á la que el clero convirtió en magnífica capilla.

Antiguamente San Isidro hacia un número fijo de milagros al año, ó de lo contrario, se esponia á que su gran fama de santidad quedara menoscabada. Gracias á esta fama, la colegiala de Madrid ha recogido de los fieles grandes é inmensas sumas.

to por un inmenso cementerio que arroja de su seno innumerables hosamentas?

—Sí, aquí está la muerte donde hubiera de palpitar la vida, observó Estéban; aquí la inteligencia y el brazo están en una ociosidad siempre igual.

—Nó, continuó el apóstol; la vida que se agita en el fondo de la tumba para levantar el peso que la oprime; la vida, que obedeciendo á sus propias leyes, tiende siempre á ensancharse en lo esterior porque tiene horror á las tinieblas, se encuentra aquí latente.

—Y sin embargo, padre mio, hoy por hoy las tinieblas han vencido. Ved en todas partes como esta vida desespera de sí misma; ved el silencio que observa. Tanto en Madrid como en Sevilla no veis mas que la tristeza. No oís mas que un ruido parecido al sordo murmullo de un vastísimo sepulcro; no oís mas que gemidos ahogados en el fondo de los pechos, y no veis mas que la desolacion en todas partes. Y esta es la vida de un gran pueblo?

—Estéban, observó el religioso; cuando en el corazon del invierno examinais un árbol que parece muerto, no os decís que bajo su negra y rugosa corteza, donde no hay señal de vegetacion alguna, circula una generosa y ardiente sávia que á los primeros rayos del sol cubrirá sus ramas con una cúpula de hojas? Hé ahí, pues, nuestra España. Aguardad que brille para ella el sol de la libertad y la ciencia, y entonces vereis la superabundancia de vida, que, bajo la apariencia de la muerte, se oculta en sus entrañas, y como el corazon de los españoles que hoy dia se

halla tan comprimido, latirá con energía y con fuerza á los primeros albores de la nueva era que traerá una regeneracion la mas completa.

—Ojalá que vuestra esperanza no os engañe, dijo el mancebo.

El mancebo y Juan de Ávila llegaron á la puerta de Toledo.

La puerta de Toledo que hoy dia es un monumento de piedra, consistia entonces en una puerta de madera, cerrada por una gran barra á semejanza de las que se usan para cerrar la puerta de las granjas.

Nuestros viajeros la franquearon y entraron en la calle de Toledo.

Esta calle, que en aquel entonces era una de las mas hermosas de la córte, se componia principalmente de mesones ú hosterias hasta llegar á la plaza de la Cebada (1).

Al llegar á esta plaza, Esteban quedó admirado ante el

---

(1) La plaza de la Cebada fué por mucho tiempo el lugar donde se levantaba el patíbulo. En ella, el defensor de la libertad, el inmortal Riego, fué ignominiosamente ahorcado despues de arrastrarle por ella atado á la cincha de un asno, con gran aplauso del populacho cuya imaginacion se hallaba exaltada por las predicaciones de los frailes.

Antes de morir el noble Riego, fué insultado por el mismo verdugo.

—Ya te tengo en mis manos, pícaro fracmason, hijo del diablo; lo que es hoy vas á pagarlas todas!

Estas fueron las frases con que el verdugo increpó al hombre que la Europa habia saludado como el libertador de España.

inmenso gentío que llenaba las avenidas. Pero no se observaba tampoco ese chillon y discordante rumor que se oye en las reuniones del pueblo; aquello era un rumor sordo que espresaba el terror y la piedad al mismo tiempo.

—A qué viene tanta gente? preguntó Estéban sorprendido.

—Es probable que se ejecute alguien, contestó Juan de Ávila.

Y en efecto: al poco rato nuestros dos viajeros vieron que por la calle opuesta bajaba un asno sin orejas, (1) sobre el cual iba un hombre vestido con una hopa blanca y un birrete de color verde.

Delante del que iban á ajusticiar, iba el limosnero de la cárcel y algunos frailes que pertenecian á la órden de los agonizantes, los cuales iban á su vez precedidos de una cruz que un sacristan llevaba.

---

(1) Los condenados á la horca y al garrote, eran conducidos al patíbulo en un asno que pertenecia al verdugo. Antiguamente éste vendia sus asnos al siguiente dia de una ejecucion, con cuyo dinero compraba otros que guardaba para la ejecucion mas próxima.

Muchos de estos asnos, que sirvieron á un ahorcado, trajeron, segun el vulgo, muchísimas desgracias á sus dueños. Algunas doncellas no se casaban porque alguien de su familia habia comprado estos asnos. Tales inconvenientes dieron ocasion á que se promulgara una ley por la que se ordenaba el cortar las orejas á todos los asnos de que se habia servido el verdugo, quedando por cuenta del Estado la manutencion de los mismos.

Uno de estos frailes prestaba al reo los ausilios espirituales.

Los otros recitaban con voz triste y monótona, la oracion de los difuntos, mientras que los hermanos de la paz y caridad, provistos de una campanilla, acompañaban en lúgubre ruido el rezo de los frailes.

El pueblo se habia reunido en masa y contemplaba silencioso el imponente espectáculo.

En una calle adyacente, viéronse, tambien, muchos hermanos de la paz y caridad, los cuales se unieron al cortejo.

Estos hombres habian recorrido la villa desde muy temprano acompañados de un muchacho, que provisto de una campanilla, gritaba con voz que parecia un lamento: «dad una limosna, hermanos, para el alma que vá á morir en el patíbulo.»

Esa triste peregrinacion de los hermanos de la paz y caridad se hallaba tan exenta de hipocresía y de esas ridículas formas que acompañan siempre á las cofradías, habia tanta piedad en aquellos hombres que se reunian para endulzar los últimos instantes de los que la ley heria, que nuestros viajeros se sintieron conmovidos ante aquellos hombres, que, perteneciendo á las mas nobles casas de España, se reunian para llevar á buen término una obra de caridad cristiana y prodigar sus consuelos á los que el mundo abandonaba.

—Hé ahí un rasgo sublime! murmuró Juan de Ávila; esto, hijo mio, os prueba que el gérmen de la vida existe

aun en España y que un pueblo que es tan generoso é hidalgo no perecerá facilmente.

—Y estos hombres, preguntó Estéban, pertenecen á alguna órden religiosa?

—Nó, hijo mio, estos hombres no son mas que cristianos que se encuentran animados por un espíritu evangélico. Estos hombres recogen entre el fango de los caminos á todos los leprosos que el mundo ha rechazado; pronuncian algunas frases de paz al oido de los que se arrepienten, y á fuerza de compasion y dulzura conmueven los mas duros corazones. Raro es el hombre que condenado al patíbulo, y al ver una caridad tan generosa y tan noble no borre, con una muerte santa, las manchas de su vida. No desespera de alcanzar la eterna dicha porque estos hermanos le hacen comprender que sobre la justicia humana y á despecho de sus inflexibles sospechas, existe una ley de amor y de perdon que protege el arrepentimiento, con lo cual el que nada espera de los hombres, fija toda su esperanza en el cielo. Estos hermanos de la paz y caridad, son los verdaderos apóstoles del que perdonaba la mujer adúltera, y los verdaderos misionistas de la religion cristiana.

—Y decís que no viven sometidos á regla alguna?

—Nó, por cierto: la cofradía de la paz y caridad es mas severa que muchas órdenes religiosas. Así es que para entrar en ella es indispensable la limpieza de sangre y gozar de una reputacion intachable. Esta corporacion que no es hija del fanatismo ó del cálculo sino que es hija de la caridad y la dulzura, tiene gran cuidado en mantener su pu-

reza incólume. De ahí que figuran en ella los caballeros mas nobles. Para entrar en la misma tienen que pagar cien pesos, y al mismo tiempo los hermanos quedan obligados á satisfacer los gastos que se hagan por los que van al patíbulo.

—Dejad que me acerque un pcoo, señores, interrumpió una vieja, que apoyada en un baston se deslizó, conforme pudo, entre Estéban y Juan de Ávila para ver mas de cerca y encontrar en nuestros personajes un abrigo contra las oleadas del pueblo; dejad que vea al reo, que ha llegado á la horca.

Y en efecto! los balcones se llenaban de gente que pertenecian á todas clases y edades: los niños risueños y alegres y las jóvenes y hermosas mujeres no tenian inconveniente alguno en presenciar aquel horrible espectáculo.

—Y qué es lo que hace la cofradía, del dinero que recoje? preguntó Esteban, mas ocupado en su conversacion con el apóstol que en la ejecucion del reo.

—Se le dá un destino: por de pronto, mientras se ahorca á la víctima, los sacerdotes de Madrid oran y celebran misas en sufragio de su alma; luego, en los tres dias que preceden al último de su existencia, y en que el reo está en capilla, la cofradía le dá cuanto pide, endulzando, así, sus últimos momentos y satisfaciendo sus mas mínimos caprichos; luego, en fin, —y esto es lo mas digno de alabanza—si el condenado tiene hijos, una madre, ó una viuda, muere en la seguridad de que su existencia quedará aten-

dida y que nuncan habrán de sufrir las angustias de una vida deshonrada y que la miseria hace terrible.

—Oh! sí, en efecto: hé ahí una institucion noble y santa, esclamó el jóven cuyo corazon palpitaba á cualquiera idea grande y generosa. Estas acciones son las que verdaderamente honran la religion cristiana.

—Y no creais, Estéban, continuó el apóstol, que la cofradía se limite á esos beneficios que siempre humillan á la familia del condenado. No se la dá tan solo dinero, sino que á la vida del cuerpo se añade la de alma: los hijos del reo son educados con cuidado, y la cofradía de la paz y caridad no les abandona sino cuando se pueden ganar honrosamente la existencia.

En el mismo instante en que Juan de Ávila acababa de pronunciar estas frases, proyectóse, entre la gente, un grande movivimiento. El condenado se hallaba ya en manos del verdugo que le hacia subir la escalera que se veia en la horca.

Los ciegos y los mendigos recitaban con voz triste y gangosa, interminables romances sobre la vida y hechos del condenado y muchos de estos cantaban el *Pater noster y Ave María*, segun era costumbre en España.

—Santo cielo! gritó una muchacha, ya le rodearon el cuello con la soga. El verdugo le sube en sus espaldas...

—Ahí está el fraile agonizante que comienza el credo, interrumpió un viejo mendigo.

En aquel instante no se oyó entre el pueblo mas que

una voz inmensa, unida á la del agonizante que con voz triste y monótona recitaba el símbolo de la fé.

Luego de recitar las frases de:

—*Creo en Dios, padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra y en Jesucristo su único hijo;* el verdugo que permanecia sentado en las espaldas del reo, hizo un movimiento como el de una báscula, y apoyando sus piés en las manos de la víctima, se lanzó con ella en el espacio.

En aquel mismo instante las campanas de San Millan resonaron al toque de la agonía.

El ejecutor y el ahorcado se balancearon en el aire por espacio de tres ó cuatro minutos.

El hermano agonizante seguia rezando el Credo.

De pronto se oyó una voz que decia:

—Vírgen Santísima! Dios proteje al condenado!

Y en efecto: la cuerda de la horca se habia roto, y el verdugo y su víctima habian caido en tierra.

Inmediatamente el hermano de la paz y caridad estendió sobre el reo el pendon de la cofradía.

—Se ha salvado! se ha salvado! gritó el pueblo.

Los hermanos de la paz y caridad levantaron enseguida al infeliz condenado; la estrangulacion no habia sido completa y éste aun respiraba.

Durante este tiempo, una jóven acompañada de un niño de cinco ó seis años, azotaba á este con gran furia.

—Qué hizo este chiquillo? preguntó Estéban impresionado ante las lágrimas que el pobre niño vertia.

—Nada, contestó la madre; le azoto para que tenga

memoria y no se vuelva ladron, cuando sea grande... La cuerda no siempre se rompe, añadió en tono sentencioso.

—Que es lo que se hará de ese hombre tan milagrosamente salvado? preguntó Estéban.

—Formará parte de la cofradía, respondió Juan de Ávila; al reo que le sucede lo que á este y siempre que el hermano mayor de la paz y caridad lo salva: se le dá entrada en esta asociacion benéfica. Este es un privilegio concedido á la hermandad por el rey D. Fernando de Aragon y confirmado por Carlos V.

—Pero, en fin, que se hará de este hombre?

—La hermandad le procurará una existencia honrosa; quedad tranquilo, sino es un hombre probo, él tendrá la culpa. Si en vez romperse la soga se hubiese muerto, los hermanos de la cofradía hubiesen reclamado su cuerpo y le hubiesen dispensado los fúnebres obsequios, los cuales, en estos casos, son siempre muy brillantes.

Un gitano que les escuchaba, soltó una carcajada y murmuró entre dientes:

—Vaya lo que la brillantez del entierro hubiera servido al pobrecito! Lástima grande que el buen Mateo haya errado su golpe. Y esto que era un gancho (1) muy listo.

Al oir estas frases Juan de Ávila se volvió y reconoció en este gitano á un miembro de la Garduña.

Qué contraste! murmuró; por una parte se vé á lo mas escogido de una ciudad, á los corazones mas generosos y

(1) Ladron.

nobles; por otra solo se ven hombres entregados al vicio, fanatizados por una religion mal entendida y dispuestos á hacerlo todo por el oro; por un lado se vé la obra de la religion verdadera; por otro se ven los tristes resultados de una religion que no es ni un freno ni un consuelo, sino un medio de corrupcion, una escala para llegar al poder, un instrumento de despotismo.

—Este hombre que se acaba de salvar era un bandido; y continuará siendo un bandido puesto que pertenecia á la sociedad de la Garduña? preguntó Estéban.

—No será difícil, contestó Juan de Avila.

No ha llegado aun el tiempo en que el bien domine al mal, y en ese camino que, sembrado de piedras y de espinas, siguen los que marchan hácia el bien, hay algunos que se descorazonan y espantan.

—No importa, replicó Estéban; los que marchan y perecen en el mismo, los que abren esta senda son dignos del reconocimiento de los hombres.

—Entonces, replicó el apóstol, continuemos la marcha; en ella tal vez alcancemos la aureola de los mártires, único premio que se reservará á los que triunfen.

Luego de pronunciar estas frases, Juan de Avila estendió su mano hácia la calle de Toledo, y dijo:

—Este es el camino de palacio.

CAPÍTULO XXXII.

El paseo del rey.

Estéban y Juan de Avila continuaron siguiendo la calle de Toledo hasta la plaza Mayor, que cruzaron en toda su longitud; luego cogiendo otra calle á mano izquierda llegaron á Santa María la Mayor que es la parroquia mas antigua que en la córte existe. Desde aquí se dirigieron al arco de palacio y se detuvieron en el centro de un inmenso cuadrado donde se veía, hácia occidente, una gran llanura en la que se ostentaban las ventas de Alcorcon (1).

---

(1) Esta llanura se hizo célebre por la batalla que se dió en ella el 7 de Julio de 1822. En ella lucharon ocho mil españoles, de los que tres mil pertenecian á la milicia nacional ó al ejército, y cinco mil á los guardias reales que el rey Fernando VII hizo sublevar para derrotar la constitucion de 1812 y abandonarles enseguida que fueron vencidos.

Se encontraban en la plaza de palacio.

A su izquierda veíase el Campo del Moro, profundo, risueño valle que separa al Manzanares de la Córte y se prolonga desde la puerta de San Vicente hasta la puerta de Segovia.

A su derecha veíase el Pretil, montículo bastante elevado, á cuyo pié se levantaban los cuarteles de palacio, y en frente suyo, alzábase el palacio mismo, inmenso y sobervio edificio que estendia sus largas alas y que desde la altura en que se hallaba colocado, dominaba la capital de España.

Este inmenso cuadrado de granito, en cuyos cuatro pisos se ostentaban innumerables ventanas, ofrecia un noble é imponente aspecto. La fachada principal se hallaba adornada con balcones esculpidos. Entrábase en él por tres grandes puertas formando arco, las cuales estaban adornadas con columnas del órden corintio, y su techo de pizarra se hallaba adornado con una balaustrada de piedra. Este edificio se distinguia por su carácter verdaderamente real y grandioso.

En esta batalla la guardia real perdió mas de cuatro mil hombres, los cuales todos eran veteranos de la guerra que España sostuvo contra Francia. Ella tambien dió lugar á que aquel tigre coronado creara una condecoracion que luego fué un signo de proscripcion y de muerte. Qué es lo que podia esperarse de un rey que luego de vender la España á Napoleon, mató ó envió á un presidio á los que habian salvado su trono, y que al morir dejó la guerra civil á su pátria?

—Por fin ya llegamos, dijo Estéban, contemplando aquella gran mole de piedra; hé ahí el término del viaje y el punto donde nuestra esperanza se encierra.

—Tranquilizaos, hijo mio, tranquilizaos, observó Juan de Avila que siempre trataba de reprimir la efervescencia que se notaba en el jóven, convencido de que la exaltacion gasta inútilmente las fuerzas, y quita la serenidad que las grandes circunstancias exigen.

El mancebo sonrió con dulzura, bien como si fuese un niño al cual se mima: la inalterable calma del apóstol ejercia en él un grande imperio.

Nuestros dos viajeros continuaron andando hasta llegar á la puerta de palacio.

Esta se hallaba guardada por numerosos centinelas y se observaba en ella un gran movimiento; el pueblo entraba y salia por ella como en los dias solemnes.

Entremos, dijo el apóstol, y veamos lo que pasa.

Luego de haber franqueado la puerta, y en la escalera de la derecha, vieron una gran muchedumbre que se hallaba escalonada en sus peldaños formando dos hileras. En el rostro de aquella gente veíase una espresion de curiosidad indescribible.

—El rey sale á paseo, dijo el dominico, pero aun tardará algun tanto, pues la tropa ha de formar en la plaza. Venid conmigo, visitaremos el patio que es por cierto magnífico.

Mientras Juan de Avila se espresaba en estos términos, dos regimientos de guardias valonas se alineaban

frente la puerta de palacio, al son de sus militares bandas.

Estéban y Juan de Avila entraron en el patio.

Era un vasto y magnífico cuadrado lujosamente embaldosado y cuyo pavimento se hallaba ligeramente tallado para que no resbalasen los piés de los corceles.

Elevados arcos de piedra, sostenidos por columnas estriadas, formaban en torno suyo un peristilo hermosísimo, y en medio de las cuatro fachadas interiores se elevaban en un pedestal, dos colosales estátuas de los emperadores romanos mas célebres.

El interior de este magnífico palacio correspondia á su esterior, era un suntuoso y magnífico edificio digno del emperador Cárlos V.

Mientras los viajeros admiraban aquella gran obra del arte, los tambores redoblaban y la música tocaba la marcha real.

De pronto observóse un grande movimiento entre la gente: los coches de servicio arrastrados por seis preciosas mulas ricamente encaparazonadas y guiadas por un cochero y un postillon que vestian la real librea, entraron magestuosamente en el patio.

El gentío era inmenso, y Estéban y Juan de Ávila tuvieron que hacer grandes esfuerzos para llegar hasta los primeros peldaños de la escalera por donde tenia que bajar el monarca.

Todo aquel pueblo dirigia sus miradas hácia el punto por donde habia de verse á este último; unos se hallaban sentados en aquella rampa de granito, y otros habíanse

encaramado sobre la espalda y hasta sobre la cabeza de dos gigantescos leones que en su fiera actitud y en su inmovibilidad granítica, parecian eternos centinelas de la Real Magestad.

Nada tan hermoso como el ver aquellos rostros, ya jóvenes, ya viejos, pero casi todos marchitos; en todos ellos se retrataba cierta esperanza fundada en el que debia aparecer de un instante á otro.

El rey para aquel pobre pueblo tan entusiasta y tan bueno, tan dulce y tan paciente; el rey era, efectivamente, la imágen de la Divinidad, de la justicia, de la fuerza, y de un hombre, en fin, en que reside el poder y la bondad; que lo quiere y lo puede todo y que solo hace el bien por el placer de hacerlo.

Y en verdad que el rey, haciendo de juez y de protector á un mismo tiempo, representaba un papel hermosísimo. Al ver aquel pueblo que tenia entre sus manos su corazon, se debia estremecer de dicha y de alegría; el rey le abatia de un soplo, le hacia encorvar con una frase y le levantaba con una de sus sonrisas. El pueblo, en cambio, que siempre fué cándido y sencillo, adoraba en él no á la magestad del rey sino á la bondad del padre, y su obediencia nada tenia de servil toda vez que cuando la obediencia indica el amor y el cariño á un mismo tiempo, léjos de envilecer constituye un acto de independencia y de voluntad completamente libre.

Aquel pueblo, que tan oprimido se hallaba, aguardaba lleno de impaciencia al monarca, al objeto de presentarle

sus quejas y de que le hiciera justicia. En aquella época, y aun en la nuestra, la España era la nacion mas patriarcal que existia en el mundo; y el pueblo para llegar hasta el rey, no necesitaba hablar á sus ministros. El monarca en España no queria, en torno suyo, ni hombres de armas, ni ninguna clase de obstáculos; permitia que el pueblo se acercara, bien como un padre permite que se le acerquen sus hijos y de esta comunicacion libre é íntima, nacia este inmenso y constante amor que estrechaba al pueblo y al rey con un lazo moral inquebrantable. Esto nos esplica porque en España no se han cometido atentados con los reyes.

Sin embargo de que la esperanza iluminaba aquellos rostros, observábase, no obstante, en estos, un sentimiento de vaga é indescribible tristeza; adivinábase que aquel pueblo tan poco exigente en las necesidades de la vida, aquel pueblo que hubiera necesitado de tan poco para ser feliz, sentia en el corazon los estragos de una llama devoradora, y llevaba en su frente el estigma de esas horribles luchas de inercia que sufren los hombres fuertes que mueren como si les hiriese el rayo y cuyo cuerpo queda intacto.

De repente, el corazon de aquel pueblo latió con energía; acababa de abrirse una gran puerta esculpida, y un ugier habia dado tres palmadas.

Era la señal que anunciaba al monarca.

Entonces, seguido por los ugieres de servicio, escoltado por cuatro alabarderos, y avanzando por entre sus guardias

de corps, apareció aquel mismo Cárlos V que hacia temblar al mundo.

Vestia el hermoso traje de la época, y aunque no fuese de muy elevada estatura, era de noble y gentil continente; y su rostro, lleno de juventud, de magestad y de orgullo, tenia ese encanto que dá una brillante y sagaz mirada, iluminada por el llamear del génio. Fuera de esto, las líneas de su rostro se distinguian por cierta distincion y finura; y aunque la bondad no se retrata en él constantemente, ésta se hallaba suplida por cierto cortés aire que engaña tanta gente.

Juan de Ávila dirigió al rey una profunda y escrutadora mirada.

Era la primera vez que le veia de cerca.

—Parece que es un rey muy bueno, interrumpió Estéban que á su vez le miraba atentamente.

Juan de Avila no contestó; conocia mas que el jóven lo que indica el rostro de los hombres.

Cárlos V, como todos los génios, tenia cosas muy buenas; pero de esto á ser todo un gran hombre, media gran distancia.

El emperador bajó con lentitud la escalera deteniéndose en cada peldaño al objeto de recoger los memoriales que le presentaba la gente y entregarlos despues al capitan de guardias de corps que le acompañaba.

A los que no le ofrecian memorial alguno, alargaba con noble y paternal actitud su real mano, que el pueblo besaba con respeto.

Cárlos V era el tipo de un rey grande y magnánimo, y su talento y su génio se reflejaban en los mas mínimos detalles.

Bajó toda la escalera deteniéndose á cada instante, acogiendo con igual sonrisa, lo mismo al pobre que al rico, hablando á muchos como si les conociera, y haciendo muchas veces justicia con solo oir al que acudia á sus plantas.

Cuántas veces este noble y orgulloso conquistador no retardó la hora de su paseo, y cuántas veces no volvió á sus habitaciones acompañado de un hombre que le aguardaba en la escalera para demandarle justicia!

Esta condescendencia para los que exhalaban sus quejas, este celo por corregir los abusos, este gusto con que atendia una reclamacion de importancia, forman el elogio del emperador Cárlos V.

El que era víctima de una exaccion ó de una desgracia, no tenia mas que quejarse y no se le hacia esperar mucho, no necesitaba que su queja metódicamente formulada, pasara de escalon en escalon, desde el último empleado hasta el primer ministro, no tenia que sufrir la torpeza y el insolente orgullo de esos empleados subalternos que constituyen la gerarquía de la péndula; nada de esto: el pretendiente acudia ante el rey, sin vallas ni obstáculos de ningun género. El rey, entonces, pertenecia á todo el mundo, y la reparacion del agravio era instantánea; el que se quejaba no tenia que sufrir la incertidumbre é incomodidad de una antesala donde el pretendiente se convence á menudo de que el ministro desconoce la justicia.

—Hé aquí, dijo Juan de Avila, el mas bello tributo de la monarquía .

—A qué aludís? observó el jóven.

—A que el monarca representa la providencia y la justicia.

—Ojalá sea así para nosotros! replicó el mancebo.

Cárlos V continuó bajando; la música de los guardias tocaba la marcha real con un ardor siempre creciente, y los mulos de la imperial carroza piafaban de impaciencia.

La gente que no habia hallado un puesto en la escalera, se codeaba en la puerta al objeto de ver al monarca.

El dia era hermosísimo y el sol se complacia en enviar sus esplendentes rayos sobre las tristes y pálidas facciones de aquella gente del pueblo; la afluencia de éste era tan grande que Juan de Avila temiendo que no podia acercarse á Cárlos V, arrastró consigo á Estéban y se abrió paso entre la multitud á fin de encontrarse al paso del monarca. Pero no bien éste se detenia, cuando se tendian hácia él cien manos que agitaban otros tantos memoriales, los cuales eran recibidos con humildad y entregados inmediatamente al capitan de los guardias.

Cárlos V no manifestó la menor impaciencia: aquellos memoriales que le detenian tanto tiempo, no le fatigaban lo mas mínimo. En su rostro no se observaban mas que las huellas de una meditacion interior, de un trabajo constante é involuntario de sus facultades intelectuales, de un ardor de génio infatigable, de ese ardor febril que conclu-

yó por asesinar al monge de San Yuste luego que hubo abdicado el trono (1).

---

(1) Ya se sabe que el emperador Cárlos V abdicó el trono para encerrarse en el monasterio de Yuste; pero lo que no saben muchos es que luego de su muerte, la Inquisicion de Castilla tuvo la audacia de instruir un proceso á su memoria. Segun MM. de Thou, de Aubigné y Laboureur, Cárlos V fué, despues de su muerte, acusado y convencido de haber sostenido constantes relaciones con los protestantes de Alemania y de no haberse retirado al monasterio de Yuste sino para terminar con mas libertad sus dias en ejercicios piadosos conforme á sus disposiciones secretas, *para hacer penitencia* en espiacion de los malos tratamientos que hizo sufrir á los príncipes del partido protestante.

En apoyo de estas acusaciones citóse la eleccion que para predicador suyo hizo del doctor Cazalla, canónigo de Salamanca, y la eleccion que para confesor suyo hizo á favor de Constantino Ponce, obispo de Dresde.

Estos dos sacerdotes eran sospechosos de heregía.

Asimismo la inquisicion, para difamar á Cárlos V, utilizó las numerosas inscripciones que se encontraron en su celda, las cuales se hallaban trazadas por el mismo monarca y en las que se hablaba de la justificacion y la gracia en sentido reformista.

Por fin el testamento de Cárlos V sirvió tambien para amancillar su fama.

Este testamento casi no contenia ningun legado ni fundacion piadosa, y se hallaba redactado de una manera tan distinta á la usada por los católicos, que la Inquisicion llegó á formalizarse.

Así es que tan pronto como el Santo-Oficio se creyó con poder bastante para mostrarse rígido, comenzó por atacar al arzobispo de Toledo, primado de las Españas, á Cazalla, predicador de Cárlos V, y á Constantino Ponce su director espiritual, al que Felipe II dejó encarcelar sin oponerse lo mas mínimo.

El rey Felipe II, viendo el gran ruido que metia este escanda-

Los ugieres tenian que hacer toda clase de esfuerzos para apartar la muchedumbre, y ésta se hallaba demasiado compacta para que Juan de Avila pudiese acercarse al monarca.

Entonces el apóstol, viendo que no podia dar un paso, levantó sus brazos al aire y tendió á Cárlos V sus manos suplicantes.

Al ver aquel monge cuyo noble rostro y sagrada vestimenta (1) inspiraban el mas profundo respeto, el pueblo retrocedió y el capitan de los guardias hizo una seña á Juan de Avila para que se acercase.

El religioso se dirigió hácia el rey con las manos estendidas y cayó ante él de hinojos.

---

loso proceso, no pudo menos que alegrarse porque de este modo veia rebajada la gloria de su padre; mas asustado por las consecuencias que podia alcanzar tan horrible atentado y á uerza de concesiones y bajezas, logró que se descartara á Cárlos V de este asunto.

En vista de sus instancias, la Inquisicion no se atrevió á oponerse á los deseos de Felipe; mas como le eran indispensables algunas víctimas, en 1559, hizo morir al doctor Cazalla en la hoguera y quemó en efigie á Constantino Ponce, que unos dias antes habia muerto en las cárceles del Santo-Oficio.

El arzobispo de Toledo acudió á Roma y á fuerza de muy buenas relaciones y principalmente de dinero, se le declaró buen católico. Hé ahí, pues, á que precio la Inquisicion de España no amancilló la fama del emperador Cárlos V.

(1) Ya se sabe que en España el hábito de una órden religiosa abria todas las puertas y era lo bastante para que los altos dignatarios recibiesen á aquel que lo llevaba.

Cárlos V, sorprendido, le levantó del suelo con bondad.

—¿En qué os puedo ser útil, padre mio? le preguntó el monarca.

—¡Haced justicia, señor, haced justicia á uno de vuestros fieles servidores! pero como necesito algun tiempo al objeto de exponer mi queja, y fuera de esto hay testigos, quisiera que V. M. me recibiera á solas.

—Venid mañana á palacio, replicó Cárlos V dando á besar su mano á Estéban, el cual habia avanzado con Juan de Avila.

—Este jóven viene conmigo, dijo el apóstol.

—Entonces, replicó el monarca, que venga con vos mañana; haremos justicia á vuestra súplica, padre mio.

—Que Dios bendiga á V. M., repuso humildemente, Juan de Avila.

—Hasta la audiencia de mañana, dijo el rey con bondad.

Un lacayo abrió la portezuela de la carroza á la que subió Cárlos V, y el carruaje partió como un rayo, seguido por los demás coches de servicio que llevaban los gentilhombres.

En aquel instante los regimientos de los guardias presentaron sus armas, y el pueblo se retiró lentamente, contento de haber visto al que era imágen de Dios sobre la tierra.

CAPÍTULO XXXIII.

Cárlos V.

Las audiencias reales no eran en España tales como el lector pudiera figurarse atendido el ceremonial y la severa etiqueta que distinguia á la córte.

Esta etiqueta, hija del cariño filial y casi fanático que se profesaba á los reyes, era, mas que otra cosa, una tradicion conservada por el carácter lógico y consecuente del pueblo español, el cual era enemigo de toda innovacion en sus costumbres.

Pero en vez de alejar al pueblo del soberano, estas respetuosas formas no hacian mas que acercarles por la seguridad que tenia el rey de que seria respetado, seguridad que era tan grande, que todos los dias, durante muchas horas, cualquiera podia entrar en palacio y obtener inmediatamente audiencia.

El rey comunmente, recibia desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

Estéban y Juan de Avila se tomaron cuidado de ser muy exactos á la cita que les habia dado Cárlos V, y á las diez de la mañana subian la grande escalera de palacio.

En la segunda meseta veíase la puerta de la primera antecámara. Nuestros dos personajes entraron sin que los alabarderos que se hallaban de guardia les opusiesen obstáculo.

En la antecámara no habia nadie.

Un ugier entregó á nuestros viajeros una tarjeta que llevaba el número 1, con lo cual se sentaron en uno de los bancos forrados de damasco encarnado que amueblaban la estancia.

En esta antecámara veíanse las puertas adornadas con colgaduras. Una de ellas, la que se hallaba frente á frente de la puerta de entrada, conducia á la sala del trono, la de la derecha, guiaba á las habitaciones reales; y la tercera, situada á la izquierda, conducia á la parte de palacio que servia de habitacion á los príncipes. Durante este tiempo, llegaron muchas personas á la antecámara á las que el ugier fué dando su número de órden (1).

El salon del trono continuaba cerrado y no se oia mas

(1) Al entrar en la antecámara del rey de España, con objeto de solicitar audiencia, el ugier que está de servicio entrega, al pretendiente, una targeta que lleva el número de órden con que tiene que entrar en la audiencia.

que el rumor de una conversacion bastante animada, pero de la cual no se entendia una frase.

El emperador se hallaba conferenciando con un embajador de Túnez.

Esta audiencia duró aun cerca de media hora, en la que dominó casi siempre la voz de Cárlos V, ora insinuante y persuasiva, distinguiéndose por cierto un fascinador acento que era muy natural en aquel gran monarca; ora breve, dominadora, acentuada, llena de ese poder enérgico que constituye el fondo de aquel gran carácter.

Estas inflexiones de voz, no permitian adivinar los sentimientos del monarca. Eran como sus frases que se distinguian por su ambigüedad, su astucia, el profundo cálculo que envolvian y la facilidad con que siempre refutaba á las de sus adversarios, cuualquiera que fuese la interpretacion que diesen á los actos, los escritos ó las frases del monarca.

El talento de Cárlos V era una red tendida que cogia á los mas hábiles.

El embajador tunecino concluyó su conferencia, y un ugier de la real cámara, levantando una gran cortina, llamó al número 1.

Estéban y Juan de Avila fueron introducidos al salon régio.

Era una estancia magnífica.

A derecha é izquierda y á distancias iguales, veíanse cuatro puertas forradas en terciopelo que conducian á las habitaciones del rey y de los príncipes.

En los intérvalos de estas puertas, adornados con mag-

níficos relieves, habia una gran consola que sustentaba enormes candelabros de maciza plata, figuritas, vasos cincelados y otros diges de un valor incalculable.

En las paredes veíanse tres grandes espejos de cristal que colgaban del techo ligeramente abovedado, y cubierto con muchos arabescos de una delicadeza esquisita.

Encima de las puertas y en torno á la régia estancia, se ostentaba una cornisa adornada á trechos con riquísimos trofeos, y en el espacio que separaba la cornisa de la bóveda, veíanse algunos frescos, debidos á los mas ilustres pinceles, representando á varios personajes con trajes y armaduras de todas las naciones del globo.

Con esto la España habia personificado sus conquistas que se estendian á las cuatro partes del mundo.

Por fin, en el estremo del salon y bajo un dosel magnífico, levantábase el trono adornado con varios emblemas, entre los que se distinguian un pelicano abriendo su seno para alimentar á sus hijuelos, y cerca el cual brillaban las armas de España. Dos leones en actitud de reposo y que simbolizaban la nobleza y fuerza del pueblo íbero, velaban inmóviles sobre las gradas del trono.

Este conjunto magnífico se hallaba iluminado por altas y espaciosas ventanas.

Algunos grandes de España, vistiendo el traje de córte, hablaban aquí y allí en voz baja.

El rey, ligeramente preocupado, se paseaba con lentitud de derecha á izquierda.

En el instante en que Juan de Avila entró en el salon,

el rey no solo le percibió, sino que le reconoció inmediatamente.

Dirigióse hácia él y mirándole con curiosidad le dijo:

—¿Qué quieres?

—Justicia, señor, contestó Juan de Avila poniendo una rodilla en tierra y besando al emperador su mano; quiero justicia contra la inquisicion que abusa de sus derechos y compromete á Vuestra Magestad por sus horribles crueldades.

Al oir que se trataba de la inquisicion, Cárlos V, aquel déspota orgulloso, no pudo menos que sentirse impresionado, y adivinando que la conversacion iba á ser mas grave de lo que creia en un principio, hizo una seña á los nobles para que abandonasen la estancia.

Luego, cuando sa halló solo con Vargas y Juan de Avila, Cárlos V, usando el despótico y severo acento que le era tan familiar, dijo al franciscano:

—Sabeis, padre mio, que se necesita de gran valor para quejarse de la inquisicion en la forma que vos lo hicísteis?

—Lo que se necesita, señor, contestó el apóstol, es tan solo un grande amor á la justicia.

—Este amor es raro y harto peligroso en los tiempos que corremos, observó el monarca.

—Hé ahí, señor, porque venimos á buscarle al pié del trono, única parte en que podemos encontrarlo.

—¿Y bien: de qué se trata? habla sin escrúpulos, lo que yo deseo, lo que yo quiero hacer es justicia. ¿Qué te han hecho?

—A mí nada, señor, contestó Juan de Avila; pero Vuestra Majestad tiene un fiel servidor que se llama Manuel Argoso.

—En efecto, replicó vivamente Cárlos V; creo que es el gobernador de Sevilla.

—El mismo, señor: V. M. le adjudicó este honroso título del cual es harto digno; pero el inquisidor Pedro de Arbués, á fin de recompensar á un hombre que es su hechura, hizo encarcelar á Manuel de Argoso en el Santo Oficio y colocó en su puesto á un hombre de ruin estofa, á un hombre despreciable, vendido á todos sus caprichos.

—Efectivamente... Dijo Cárlos V, luego de reflexionar un instante, recuerdo, ahora, que yo firmé la credencial de este hombre que me fué recomendado por el inquisidor de Sevilla... Dijéronme que habia prestado grandes servicios á la religion católica; mas sabeis, padre mio, añadió Cárlos V, que lo que estais diciendo es gravísimo? El exgobernador de Sevilla es, á lo que parece, culpable de heregía, conforme lo han probado muchísimos testigos, y si realmente es luterano, yo no puedo evitar el procedimiento que intenta el Santo Oficio. Harto sabeis que no pude salvar á mi pobre Virués, á ese benedictino cuyos sermones tanto me divertian (1).

(1) Alfonso de Virués, era un benedictino muy versado en las lenguas orientales, autor de muchos libros y predicador eminente.

Cárlos V le oia con tanto gusto, que se lo llevaba en todas sus espediciones á la Alemania, y cuando volvia á España, no queria oir otros sermones que los suyos.

—Hablais de testigos, señor! esclamó Juan de Ávila con amargura; ignora V. M. que la inquisicion tiene el funesto derecho de no revelar jamás el nombre de los testigos que declaran contra un acusado; que esto ocasiona los mas repugnantes abusos y que basta que un hombre sea enemigo de otro para que comprometa su existencia y le arrastre ante el tribunal del Santo-Oficio?

—Acaso Manuel Argoso contaba con enemigos?

—Con ninguno, señor; todo el mundo le amaba escepto un hombre solo.

—Quién?

—El gran inquisidor de Sevilla.

—Padre mio, dijo con severidad Cárlos V, veo que acusais con lijereza á un gran dignatario de la Iglesia; olvidais el profundo respeto que debemos á los inquisidores y á todo lo que se relaciona con el Santo-Oficio, instituido por mi noble abuelo D. Fernando de Aragon, y mi santa abuela doña Isabel la Católica?

—Señor, contestó el fraile, yo que soy un ministro del Señor, me guardaré mucho de olvidar el respeto que merecen los dignatarios de la Iglesia. Apruebo y venero cuan-

---

Acusado de heregía, Virués fué metido en las cárceles de la Inquisicion de Sevilla. El rey comprendió, entonces, que este hombre era víctima de algunos frailes envidiosos y mandó que se le pusiese en libertad; pero fué desobedecido, y aunque Cárlos V desterró á Alfonso Manrique, inquisidor general de España, Virués, por espacio de cuatro años, continuó secretamente encarcelado.—*Historia de le Inquisicion.*

to afirma y robustece entre nosotros le santa religion de Jesucristo; pero protesto contra la mala fé é hipocresía de los sacerdotes indignos que se hacen sacrílegos y profanan esta santa doctrina convirtiéndola en instrumento de sus aviesas pasiones y en manto con que encubren sus iniquidades, sus torpezas y sus injusticias.

Cárlos era un hombre de génio y se entusiasmaba con todo lo que era audaz y valiente. Así es que todo lo que llevaba un sello de grandeza, conquistaba sus simpatías; y aun que la Inquisicion le causara miedo, examinó, con profunda atencion, aquel hombre leal y verdaderamente animoso, que tenia bastante valor para lanzar su anatema contra una institucion cuyo nombre pronunciaba, temblando, hasta el mismo monarca.

—Padre mio, dijo Cárlos V con voz perfectamente tranquila; en qué fundais la enemistad del inquisidor de Sevilla y cuales son las pruebas de suinjusticia?

—Señor, contestó el franciscano aludiendo á las confidencias de Dolores, existen cosas que pertenecen al secreto de la confesion y que no es permitido divulgarlas; estas cosas yo no puedo invocarlas porque se me confiaron ante el tribunal de la penitencia. Esto, sin embargo, cuando la vida y el honor de un hombre penden de ciertas revelaciones, necesario es que sin faltar al deber, se diga todo lo posible á fin de que no se castigue á un inocente. Yo afirmo y juro ante V. M. que el inquisidor de Sevilla ha obrado contra Manuel de Argoso llevado por venganza personal y que le acusó falsamente de haber cometido heregía.

—Y quien probará que esto es falso? interrumpió con viveza Cárlos V. La heregía! hé ahí la llaga que está devorando mis reinos. Las doctrinas de Lutero han penetrado en todas partes, y este fraile insensato que se cree mas docto que los Padres de la Iglesia, mas santo que el Papa mismo, ha encendido en la católica Europa la tea de la discordia. Su doctrina es abominable y perniciosa; y yo aprobaré siempre el celo con que los inquisidores castigan á los insensatos que se dejan seducir por ellas. Hé aquí, lo que son los hombres, añadió Cárlos V: cualquier novedad les deslumbra, una frase rimbombante y sonora les entusiasma. Independencia! libertad religiosa! hé aquí las frases vacías de sentido que les roba su criterio y con las cuales quieren emanciparse al eclesiástico yugo. Se dejan seducir cual niños ante la idea de que van á destruir la autoridad que les gusta, sin comprender que la dicha se encuentra en la obediencia, que la seguridad, la prosperidad del Estado y de las familias, encuentran su garantía en el acuerdo unánime que debe existir entre gobernantes y gobernados. Quieren sustraerse á la legítima autoridad de la Iglesia; quieren examinar cosas y principios que deben ser ciegamente adorados, y de este exámen brota la revolucion y la discordia. Hoy niegan la autoridad del papa; quién sabe si concluirán por negar la del monarca? creedme, padre mio: no defendais á los sectarios de Lutero; es una raza que ódio y detesto.

Juan de Ávila escuchó en silencio esta larga tirada de Cárlos V; dejó, sin interrumpirle, que exhalara su ódio

contra los protestantes, y luego, cuando su exaltacion se hubo calmado y viendo que no hallaba obstáculos, el apóstol cogió á Estéban por la mano y lo presentó al rey, diciéndole:

—Señor: hé ahí mi contestacion á V. M.: yo tambien repruebo lo que quiera desnaturalizar la religion de Jesucristo; hé ahí porque lucho contra los inquisidores que la hacen odiar con la pretension de defenderla.

Este jóven se llama Estéban de Vargas. Su padre fué elegido miembro del Consejo de Castilla, por el rey Felipe I. Este jóven ha sido un cristiano piadoso, un celoso defensor de la monarquía, y ha seguido siempre el buen ejemplo de su padre: pues bien, el inquisidor Arbués no pudiendo perseguirle judicialmente, ha querido atentar contra su vida.

—Qué estais diciendo? preguntó con severidad Cárlos V.

—Tengo de ello la prueba, contestó el religioso, y puedo mostrarla á V. M.

—Callad, padre mio, dijo el rey; con lo que habeis dicho basta y sobra para enviar al quemadero á la mitad de España.

—V. M. es discreto, observó Juan de Ávila, sonriendo.

—Ciertamente; padre mio; pero he de contar con vuestra discrecion á la manera con que contais con la mia. Decidnos, si os place, vuestro nombre, porque ignoramos con quién estamos hablando.

—Me llamo Juan de Ávila, respondió con sencillez el apóstol.

Al oir este nombre, que toda España acataba, que era, por decirlo así, el resúmen de todas las virtudes, Cárlos V, sintiendo ese involuntario respeto que inspiran las grandezas, examinó con curiosidad al apóstol.

—Sabiendo vuestro nombre, vuestro valor no me sorprende, dijo el monarca. Me convenzo, lleno de dolor, de que la Inquisicion comete abusos, y cuando vos lo decís, no hay que ponerlo en duda.

El emperador hubiese podido añadir estas frases: «Y con vos no hay que guardar reserva.»

Esto fué lo que hizo en la seguridad de que nada habia de temer de aquel testigo.

El amor de Cárlos V hácia la Inquisicion, distaba mucho de ser sincero: se hallaba como los demás sentimientos de aquel hombre ilustre, arreglado conforme á las exigencias de su política.

Léjos de ser piadoso por conviccion y de entusiasmarse con las doctrinas de Roma, Cárlos V hubiese protegido con gusto las mismas de Lutero si las ideas de independencia que estas llevaban consigo, no hubiesen alarmado sus despóticas tendencias.

Enemigo de la Inquisicion durante su juventud, la protegia en su edad madura, y al mismo tiempo que la odiaba, veia en ella el mas poderoso ausiliar de sus exacciones, de su amor al poder, de su aficion por el dinero y de su afan por las conquistas.

Esto no osbtante; mas de una vez en su interior habia protestado contra ello, pero si Cárlos V era el rey de España, la Inquisicion era el rey de Cárlos V.

A la reputacion de este gran génio, le ha faltado una cosa: la de comprender que la mas bella gloria de un rey consiste en favorecer el progreso de las luces; la de comprender que es mucho mas fácil, mas glorioso y mas dulce reinar entre hombres libres que entre un pueblo de esclavos, y que todo esto se halla en armonía con el espíritu evangélico. La reforma se distinguió por su tendencia á instruir las masas, á divulgar, en todas partes, los tesoros de la ciencia, y cuando Cárlos V se declaró su enemigo, comprendió mal sus intereses. El emperador hubiese encontrado un apoyo mas sólido en la filosofía y lealtad de los protestantes, que en el despótico y ambicioso fanatismo de los frailes. No comprendió esto y dejó caer la balanza allí donde su mal entendido interés quiso inclinarla.

—Padre mio, dijo el emperador, deploramos cual vos los abusos del Santo Oficio y quisiéramos reprimirlos. Pero pensad que esta institucion formidable, creada con fin útil y piadoso, es, hoy dia, mas poderosa que la misma Roma, y que el papa no se atreve á luchar con ella (1).

(1) En el siglo XVI la Inquisicion llegó á desafiar tanto el poder de Roma, que muchos cardenales fueron encarcelados, por mas que esta dignidad fuese sagrada para los mismos reyes. Ya se sabe que Enrique III fué escomulgado por Sixto V, porque se atrevió á castigar al cardenal de Guisa convicto de rebelion contra el Estado; pero la Inquisicion no respetaba nada y era el terror de los mismos papas.

—El emperador Cárlos V se ha atrevido á luchar contra el papa, replicó Juan de Ávila, aludiendo á la contestacion de este monarca á un breve que Clemente VII habia publicado contra él unos años antes, y el emperador luchará con la inquisicion, pues en ello están comprendidos los derechos de la humanidad y la justicia.

En los lábios del emperador brilló una sonrisa, hija de la satisfaccion que sentia; recordaba, con orgullo, aquel manifiesto publicado en Alemania, obra maestra de la diplomacia, la cual, respirando la energía y la amargura al mismo tiempo, conquistó á los que habia guiado anteriormente, por sus protestas contra las doctrinas de Lutero. Juan de Ávila habia tocado su mas sensible cuerda trayendo á su memoria este acto de elevada política, que tanto se parecia á un acto de independencia y tanto habian servido sus intereses de Alemania.

Cárlos V miró al apóstol con bondad y le dijo con hidalgo y benévolo acento:

—Veamos, padre mio, cómo os probaré el deseo que tengo de complaceros? tratemos, sobre todo, de conciliar la justicia con los intereses de la monarquía. Pongamos obstáculo á los inquisitoriales abusos, pero sin herir al Santo-Oficio, el cual es una culebra que no se vuelve para morder tan pronto como se la toca y sus heridas son casi siempre mortales.

—El leon no teme la mordedura de la serpiente, y V. M. lo puede todo replicó el apóstol. Obrando con energía V. M. concluirá por dominar á esos profanadoras de una religion

que es todo amor y cuyas crueldades han despoblado y empobrecido la España. Qué hicieron esos moriscos tan ardientemente perseguidos por el inquisidor Adriano, los cuales tuvieron que abandonar la España llevándose á otras naciones su industria y sus capitales, orígen de la prosperidad del reino?

—Los moriscos se sublevaron, dijo Cárlos V.

—Los moriscos hicieron como el camello del desierto que lanza su carga al suelo cuando no puede sostenerla, replicó Juan de Ávila.

—Adriano tenia un carácter muy dulce y muy pacífico, observó el rey, y todo lo hizo con las mejores intenciones.

—Adriano fué un hombre débil, señor; nunca reprimia el mal y engañaba á V. M. sobre la conducta que los inquisidores seguian (1).

---

(1) Este gran inquisidor que fué el tercero de España, era, segun se asegura, mucho menos cruel que sus antecesores. Adriano que fué quizá el mas débil de los inquisidores, fué tambien el mas astuto. Durante los cinco años que gobernó el Santo-Oficio, este condenó á veinte y cuatro mil personas, de las que, mil seiscientas veinte murieron en la hoguera, y quinientas sesenta fueron quemadas en efigie. Adriano fué el que estableció el segundo tribunal de la Inquisicion en América y el que estendió su jurisdiccion sobre esta parte del mundo.

Adriano fué, tambien, el que se opuso á las reformas que Cárlos V en 1518 habia prometido á los catalanes y á los aragoneses, dando al emperador falsos informes respeto á la conducta que la inquisicion seguia.—*Historia de la Inquisicion.*

No obstante el mal que ocasionó la España ó quizá á consecuencia

—En verdad que sois muy audaz usando este lenguaje, esclamó el rey, cuyo indomable orgullo no permitia que se le creyese capaz de engañarse ó de ser engañado por los otros.

—Digo á V. M. lo que es cierto, señor, y la verdad tiene derecho á ser oida. Los inquisidores de España no son sacerdotes, sino verdugos; oprimen el pueblo, y el rey es el defensor del pueblo.

Al espresarse en estos términos, Juan de Avila miraba al rey frente á frente; aunque exento de fanfarronería y audacia, en su rostro brillaba una aureola de magestad santa.

Cárlos V se sintió subyugado por aquella mezcla del sencillez y nobleza de génio y de santidad que hacia de apóstol un hombre tan notable.

—Continuad, le dijo el emperador.

—Señor, continuó el religioso, se ha acusado y torturado á un hombre injustamente. El inquisidor de Sevilla ha cometido un crímen y se hace indispensable el repararlo. Así, pues, V. M. debiera ordenar á Pedro de Arbués que inmediatamente ponga en libertad á Manuel de Argoso.

—Esto no puedo hacerlo, contestó el rey pensativo.

—Ah señor! esclamó Juan de Ávila; será cierto que vuestra hermosa España haya recibido con inútiles aplausos vuestro advenimiento al trono? Acaso V. M. prometió

---

de este mal mismo, Adriano fué elegido papa en 9 de enero de 1522.—*Historia de los papas.*

en vano á las Córtes que cesarian las persecuciones, los suplicios y las hogueras (1)?

Nó, señor; vos no quereis faltar á las promesas que hicísteis á las Córtes. Manuel de Argoso es inocente, y vos protejereis y salvarnos la existencia de uno de vuestros servidores mas fieles. Una palabra de V. M. será lo bartante para que se haga justicia, decid, señor, esta palabra y vuestro nombre será bendecido en todo el reino, no olvideis, señor, que la justicia de los reyes es lo que procura la felicidad á los pueblos.

---

(1) Cuando llegó á España el emperador Cárlos V, aconsejado por su preceptor Guillermo de Croy por su gran canciller Selvagio, se hallaba dispuesto á abolir el Santo-Oficio, ó cuando menos, á reformar sus procedimientos conforme al derecho natural y siguiendo en esto á los demás tribunales.

Las córtes de Castilla, creyendo que habia ya llegado el momeno de libertar á España del yugo inquisitorial, y las de Aragon y Cataluña, que creian, tambien lo mismo, se reunieron á principios de 1518 y pidieron al monarca que aboliera el Santo-Oficio, ó, cuando menos que introdujesen en él las reformas que la conducta de los inquisidores habia hecho indispensable.

Cárlos V hizo redactar en union con los diputados, un nuevo procedimiento por Selvagio, y prometió á las Córtes que en lo sucesivo el Santo-Oficio no seguiria otro código; pero en el instante en que la justicia iba á triunfar murió el canciller Selvagio y el inquisidor Adriano, elegido papa, despues que hubo muerto el pontífice Leon, supo cambiar los planes del monarca convirtiéndole, por medio de sus engaños y mentiras, en apasionado protector del Santo-Oficio.

Esto no obstante, Cárlos V prometió solemnemente á las Córtes, que obligaria *la Inquisicion á respetar los privilegios de Castilla, Aragon y Cataluña y que la haria observar los santos cánones.*

—Acaso este jóven es pariente de D. Manuel Argoso? preguntó Cárlos V indicando á Estéban de Vargas.

—Debia ser su hijo, respondió Estéban con aire modesto.

—Entonces Manuel de Argoso tendrá una hija?

—Un ángel, respondió Juan de Ávila; la mas bella y la mas casta doncella que existe en vuestros reinos; comprendeis ahora, Señor, por qué al gobernador de Sevilla se le acusó de heregía?

Cárlos V se mordió los lábios; no era aquella la primera vez que se presentaba ante él una acusacion de este género contra los inquisidores de España.

El rey se acercó á una mesa donde se veia recado de escribir.

—Que sucedan estas cosas en España! murmuró entredientes.

Y luego continuó dirigiéndose á Vargas:

—Quiéres ser mi secretario?

—Estoy á las órdenes de Vuestra Magestad, respondió el jóven acercándose á la mesa.

—Escribe, dijo el rey.

Las Córtes creyeron en la buena fé de Cárlos V y le manifestaron su agradecimiento por una dádiva que le hicieron en dinero; pero los castellanos, los aragoneses y los catalanes no tardaron mucho en comprender que las promesas de aquel rey eran tan falsas como las de sus predecesores.—*Historia de la Inquisicion*, capítulo III, parte 4.ª—*Anales de Aragon*; sesiones de las Córtes celebradas en 1518.—*Crónica de Cataluña*.—*Historia de España*.

Estéban cogió una pluma.

El emperador dictó lo siguiente con una rapidez increible sin cuidarse, como acostumbraba, de ver si su secretario seguia ó nó la velocidad de su palabra:

«D. Manuel Argoso, conde de Cevallos, preso actualmente en las cárceles del Santo-Oficio de Sevilla, ha sido constantemente nuestro fiel servidor y creemos que es y ha sido siempre un bueno y escelente católico. La acusacion de heregía que contra él se ha dirigido, nos parece exagerada y quizá sea obra de algun enemigo del conde, interesado en perderle. Hé ahí por qué esperamos que vuestra Eminencia tratará de descubrir la verdad y hará justicia á nuestro fiel servidor. Nos lisonjeamos de que Vuestra Eminencia concluirá su proceso á la brevedad posible, y conforme á la justicia y á la caridad cristiana.

En nuestro palacio de Madrid á 20 de mayo de 1534.

CÁRLOS (1)

Sr. Inquisidor general de Sevilla.»

(1) Esta carta es apócrifa en lo que se refiere á su texto, su fecha y su objeto, pero escribió muchas por este estilo y en este mismo sentido. Estas cartas no fueron atendidas por los inquisidores; dígalo sino Alfonso de Virués que no obstante las recomendaciones del emperador, languideció por espacio de cuatro años en las cárceles del Santo-Oficio de Sevilla.

Conste asi mismo que con frecuencia las cartas que el emperador escribia en favor de algunas víctimas, eran seguidas por otras en que Cárlos V desvirtuaba lo recomendado por ellas. La doblez con que muchas veces obraba aquel monarca, no es para la historia un misterio; quién no conoce lo que hizo el emperador con

Escrita esta carta, el rey la selló y la entregó á Juan de Ávila diciéndole:

—He tenido un gusto en conocer al apóstol de Andalucía. Y vos, jóven, añadió, dirigiéndose á Vargas, cuando seais el yerno de D. Manuel Argoso, volved á nuestra córte y en ella os daremos un cargo digno de vuestro nombre.

—Doy gracias á Vuestra Magestad por vuestra oferta, dijo Vargas; mi corazon y mi brazo están á vuestras órdenes.

El rey dió las gracias á Estéban con una sonrisa y se dirigió á sus habitaciones.

Francisco I cuando este rey se hallaba en Madrid encarcelado? Francisco I se encontraba muy enfermo á consecuencia del dolor que la pérdida de su libertad le ocasionaba y Cárlo s V fué á visitarle.

—Venís para saber si la muerte os desembarazará de vuestro prisionero? le preguntó el rey de Francia.

—Vos no sois mi prisionero replicó el emperador, sino mi hermano y mi amigo; no deseo otra cosa que devolveros la libertad.

Y al pronunciar estas frases abrazó al rey Francisco.

Esta promesa del emperador ocasionó un saludable efecto y luego de una convalescencia algo larga Francisco I volvió á recobrar su salud perdida.

Cuando el emperador supo que estaba ya restablecido portóse con él de un modo frio y severo. En vano Francisco I recordó á Cárlos V la promesa que durante su enfermedad le habia hecho, Cárlos V no dejó su presa sino cuando en 15 de enero de 1520 firmó el tratado con que Francisco I obtuvo una libertad que tanto costó á la Francia.

CAPÍTULO XXXIV.

La sortija y el billete.

Estéban y Juan de Ávila dejaron el real palacio y se dirigieron hacia uno de los varios mesones que entonces habia no léjos del alcázar y donde, al llegar á la córte, se habian alojado.

Pero al entrar en el mismo y aprovechando un instante en que el venerable fraile se adelantaba al mancebo, un pagecillo de diez ó doce años se llegó á este último y le dijo.

—Sois vos D. Estéban de Vargas?

—Qué se te ofrece? preguntó el amante de Dolores sorprendido de que álguien en Madrid conociera su nombre.

—Traigo para vos un recado importante.

—Para mí?

El jóven hizo un signo afirmativo.

—Habla.

—Una señora que priva mucho en la córte y cuyo nombre no me es permitido revelaros, me ha dado para vos esta sortija junto con esta carta.

Y al mismo tiempo el niño entregaba á D. Estéban un plieguecito de papel sellado con cera y en cuyo timbre se veia un escudo. Y en seguida le entregó un anillo de oro, en el cual se veia engastado un diamante rodeado con topacios.

—Es estraño! murmuró Vargas examinando el billete y la sortija; nadie me conoce en la córte, é ignoro quien puede ofrecerme esta prenda.

Y luego añadió en voz alta:

—Estás cierto, jóven, de que se dirije á mí este billete?

El pajecillo miró á Vargas sonriendo y contestó:

—No salís ahora mismo del alcázar?

—Sí, por cierto.

—S. M. el emperador no os ha concedido una audiencia?

—En efecto: acabo de besar sus reales manos.

—No le aguardásteis ayer en la plaza de palacio.

—Sí, antes de que saliera á paseo.

—Entonces no me equivoco: vos sois la persona á la cual se dirije este billete: leed el sobre y vereis si está bien dirigido.

—Realmente, observó Estéban mirando el sobre, donde, con un carácter de letra que indicaba la mano de una mujer, se leia su nombre; en efecto, la carta va dirigida á mí. Ahora solo falta saber quién la envia.

—Esto es un secreto.

—No puedes revelarlo?

—Nó, por cierto: solo puedo deciros que lo ha escrito una alta y poderosa dama.

—Jóven?

—Sí, á fé mia.

—Bella!

—Su hermosura no tiene rival en la córte.

—Y no puedes revelarme el objeto que se propone al escribirme esta carta?

—Lo ignoro, y aunque lo supiese me guardaria muy bien de indicarlo.

—Eres muy discreto.

El paje sonrió.

Se hubiese dicho que no era la primera vez que desempeñaba aquella clase de mensajes.

El jóven iba á retirarse, cuando de pronto, Vargas le detuvo esclamando:

—Aguarda: es muy posible que ahora mismo pueda contestar á tu señora; voy á leer este billete, y veré en él lo que me manda.

—Es inútil.

—Por qué?

—Porque no me hallo autorizado para llevarla contestacion alguna.

—Hé de contestar verbalmente?

—Quizá os lo indique este billete.

Vargas se encogió de hombros, y mientras desdoblada

la carta, el paje le saludó con gracia, y separándose de él volvió á dirigirse hácia el alcázar.

Entonces D. Estéban leyó lo siguiente:

«Si sois galante y discreto, pasead esta noche á las doce en la calle Mayor frente á los Portales de Curtidores. Se os presentará una dueña que os mostrará una sortija igual á la que os dará la persona que os entregará esta carta; seguidla sin recelo, y si tal haceis, os acompañará ante la mujer que os escribe estas líneas, y que por su condicion é influencia, puede favorecer las pretensiones que os traen á la córte. Inútil es deciros que se exige de vos la discrecion mas completa y no se os autoriza para enseñar á nadie este billete.»

Este escrito no llevaba fecha ni firma: mas por su contenido y porla letra en que se hallaba estendido, se conocia inmediamente que pertenecia á una dama.

Vargas lo dobló con cuidado procurando no estropear el sello que se veia en el mismo; se la metió en un bolsillo del jubon, y sorprendido ante lo que acababa de leer, y preveyendo algo estraordinario, entró en el meson donde le aguardaba Juan de Ávila.

No obstante la confianza que le inspiraba el apóstol, el jóven no dijo una palabra de lo que le habia sucedido.

El billete le decia que fuese discreto, y el jóven lo era demasiado para que precipitara los sucesos.

Durante el resto del dia, Vargas y Juan de Ávila pasearon por la córte, donde admiraron sus monumentos, sus palacios, sus fuentes, sus jardines, todo en fin, lo que dis-

tinguia aquella poblacion que en aquel entonces era ya una de las mas notables de Europa.

Al dar las diez de la noche, el jóven acompañó á Juan de Ávila á su casa, y luego, sin decir nada, y cuando sonaron las doce, se encaminó hacia los Portales de Curtidores.

La noche estaba oscurísima.

En aquella época no se conocia aun el alumbrado, y las calles se encontraban iluminadas por alguna que otra lámpara que colgaba en las paredes de las casas y frente algun nicho donde se veia la imágen de algun santo.

De vez en cuando veíase el resplandor de algunas hachas llevadas por lacayos que acompañaban una litera ó silla de manos donde iba alguna dama, la cual andaba siempre acompañada con algunos hombres de armas.

Entonces los coches eran aun escasos, y la policía se hallaba reducida á la clásica ronda de corchetes de que tanto nos hablan los dramas de aquel tiempo.

De ahí los numerosos delitos que entonces se cometian, y de ahí esa multitud de aventureros y mendigos de que se hallaba atestada la córte.

No transcurria una noche sin que se tuviese que lamentar una desgracia; ya era el robo de un menestral honrado, ya un desafío producido por el amor ó el juego, ya el rapto de una doncella.

A lo mejor, entre el silencio de la noche, y cuando todo yacia en el reposo, oíase el rumor de tajos y mandobles, que no cesaban hasta que á la voz de algun vecino ó por el mismo chocar de las espadas acudian los corchetes.

Ocurria á veces que sorprendidos los contendientes por la ronda, estos cesaban en la lucha, y no pudiendo sufrir que nadie se interpusiese entre ellos, dirigian contra los ministriles su acero, burlándose con esto, de los representantes de la justicia y de las ordenanzas de policía.

Cuando esto sucedia, ó bien los corchetes emprendian la fuga con gran escándalo de los que al dia siguiente comentaban el suceso, ó bien los contendientes quedaban presos y agarrotados, hasta que llevados ante los tribunales, y luego de haber fallado su causa eran conducidos á *garupas* (1).

Afortunadamente en la noche en que D. Estéban de Vargas acudió á la cita que se le daba en la misteriosa carta, todo permanecia tranquilo y silencioso.

Los vecinos de la calle Mayor habian cerrado ya sus tiendas, y no se oia mas que el paso de alguno que otro hidalgo que hacia resonar la contera de su espada en el pavimento de la calle.

Hacia ya mas de un cuarto de hora que el jóven se paseaba frente á los Portales de Curtidores, cuando de pronto oyó un ligero rumor de unos pasos y percibió entre la oscuridad de la noche, un bulto que se dirigia hácia él.

Este bulto se le acercó poco á poco, y se detuvo enfrente suyo.

Era una mujer que vestia de negro y que en su actitud y en lo encorvado de su cuerpo, manifestaba ya ser vieja.

---

(1) Galeras.

—Sois vos D. Estéban? preguntó con esa voz gangosa que es, por decirlo así, el patrimonio de las beatas y las viejas.

—Yo soy, contestó Estéban.

—Traeis la sortija? preguntó la dueña con cierta desconfianza, bien como si no creyese en la afirmacion de Vargas.

—Aquí está.

—Estamos muy á oscuras para verla; seguidme, y aquí, en la Plazuela de Herradores, encontraremos un *Ecce-Homo*, al cual alumbra una lámpara.

—Guiad, señora, que soy forastero é ignoro donde esta plaza se encuentra.

La vieja echó á andar, y Estéban se colocó á su lado.

Al llegar á la Plazuela de Herradores, y frente á un nicho donde colgaba una lámpara que iluminaba un *Ecce-Homo*, los dos se detuvieron.

Vargas, entonces, sacó el anillo que en aquel dia le habia entregado el paje, y lo enseñó á la dueña.

Esta sacó otra igual y cotejó uno y otro al resplandor vacilante de la lámpara.

—Está bien, dijo; estais dispuesto á seguirme?

—Si no fuera así, no hubiera asistido á la cita.

—Sereis discreto?

—Creo que se trata de una dama, y en punto á damas, mi corazon es un sepulcro. Quisiera, no obstante, que antes de emprender nuestra marcha, contestaseis á una pregunta.

—Hablad.

—Qué es lo que al citarme se ha propuesto esta dama?

—Lo ignoro, contestó la dueña sonriendo; únicamente os diré que solo os ha visto dos veces.

—Cuándo?

—Ayer, y hoy.

—Dónde?

—En el alcázar: ayer os vió en la plaza de palacio mientras aguardabais la salida del emperador Carlos V.; hoy os ha vista en la régia morada antes de que S. M. os concediese la audiencia.

—Vive en palacio? interrogó el mancebo.

—Nó; pero vá á él con frecuencia.

—Entonces será muger distinguida....

—Tanto, que hay pocas damas que en calidad la ganen.

—Está bien, señora, guiad; estoy dispuesto á seguiros.

La vieja no se lo hizo repetir dos veces, y cogiendo por la calle de las Fuentes, se dirigió hácia la del Arenal y se detuvo frente al portalon de una gran casa que se levantaba no léjos del punto en que hoy dia se vé el teatro de Oriente.

Por el aspecto que ofrecia este edificio y por el escudo que se observaba en el portal, Vargas comprendió que la persona que lo habitaba no podia menos de ser muy principal y muy noble.

Antes de entrar en el mismo, el jóven dió una mirada

en torno suyo bien como si quisiese reconocer el punto en que se hallaba, y entonces le pareció ver un bulto que se recató con cuidado en otro portal de enfrente.

—Vargas no fijó en él su atencion y siguió á la dueña que abrió un postigo, y entró por él en un inmenso zaguan donde se veia una escalera de piedra berroqueña.

La dueña volvió á cerrar el postigo, encendió una lámpara, y haciendo una señal al jóven para que le siguiese, emprendió por la escalera.

Reinaba en la casa el mas profundo silencio. Todo en ella era oscuridad y tristeza. Mas que una casa parecia un grande é inmenso sepulcro.

Esto no obstante, al llegar á la primera estancia y á la débil claridad de la lámpara con que se alumbraba la dueña, Vargas comprendió que en aquella morada se albergaba la esplendidez y la riqueza.

El interior de aquella casa ofrecia el aspecto de un edificio árabe, pero su mueblaje era del gusto de la época.

Mientras que la dueña encendia con su lámpara uno de los candelabros que se veian en las rinconeras de la estancia, Vargas admiró la rica y espléndida catifa que adornaba el pavimento, los magníficos tapices que ostentaban las paredes, los espejos venecianos donde estos reflejaban, y el ensamblado techo, obra primorosa de algun escultor afamado.

Luego que hubo encendido el candelabro, la vieja indicó al jóven un sofá y le dijo:

—Hacedme el obsequio de aguardar un instante; parti-

ciparé vuestra llegada á la señora, y no dudo que os recibirá al momento.

Vargas hizo un signo afirmativo y tomó asiento.

La dueña, entonces, cogió la misma lámpara que habia servido para encender el candelabro, y abriendo una ancha puerta de nogal, con embutidos de bronce, se dirigió al interior de aquella casa.

Estéban quedó solo, reflexionando en el misterio de aquella cita, sin que llegase á comprender su objeto.

Otro que no hubiera sido el mancebo, quizá no se hubiese arriesgado á entrar en aquella casa; pero D. Estéban era jóven, emprendedor y valiente, y como todos los hombres que se encuentran en el ardor de las pasiones, era amigo del riesgo y del peligro.

El corazon humano simpatiza con todo lo desconocido, y de ahí que Vargas empleara cierta insistencia en llegar al fin de la aventura.

Pasados tres ó cuatro minutos, la puerta de nogal se abrió, y en su dintel apareció la dueña.

Vargas se levantó con impaciencia del sofá y la dirigió una mirada que equivalia á decir:

—Y bien?

—La señora os aguarda, interrumpió la dueña sonriendo.

Y haciéndole una seña para que le siguiese, volvió hácia las habitaciones de donde habia salido y cuya magnificencia y riqueza en nada cedian á la que habia dejado el mancebo. Por fin, llegaron á una puerta forrada de tercio-

pelo color de púrpura, y entonces la dueña abriéndola de par en par y asomándose en el dintel, esclamó:

—El señor D. Estéban de Vargas!

Y pronunciadas estas frases, se apresuró á ceder el paso al mancebo.

Éste adelantó hácia la nueva estancia; mas no bien hubo pasado la aterciopelada alfombra que adornaba el pavimento cuando hizo un esfuerzo para contener un grito.

D. Estéban quedó deslumbrado.

CAPÍTULO XXXV.

La cita.

Recostada en un divan de forma oriental, iluminada por la bujía de un lustro que colgaba de un techo ricamente artesonado, apoyados sus piés en almohadones de seda, adornados sus brazos y su pecho con joyas donde brillaban cien diamantes, y envuelta en una túnica de brocado, veíase á una muger, que mas que sér humano, parecia uno de esos bellos y aristocráticos tipos que ha idealizado Velazquez.

Esta muger tendria unos veinte y dos años. Nunca poeta alguno soñó en tan magnífica belleza. Su estatura era mas bien alta que baja; su talle flexible y delicado, y en los mórbidos contornos de su seno y de su espalda, revelábase á una de esas mugeres de pasiones ardientes, ineisantes, exigentes; uno de esos voluptuosos tipos cuyo amor equivale á un tósigo.

—Sed bienvenido, caballero; tomad asiento.

Nada tan perfecto, tan puro y tan hermoso como las líneas de su rostro; su negra y abundante cabellera partida en dos mitades y dejando colgar finos y sedosos bucles, permitia ver una frente que parecia de alabastro; debajo de sus arqueadas cejas brillaban unos ojos negros, vivos, ardientes que ya se entreabrian dejando ver un cielo de dulzura y de promesas, ya chispeaban mostrando un infierno de voluptuosidad y de amor; su nariz recta que hubiese envidiado el cincel de Fidias ó Praxiteles, armonizaba perfectamete con la redondez y ternura de sus mejillas; sus encarnados lábios dejaban entrever una hilera de blancos y esmaltados dientes que parecian una hilera de blancas y finas perlas, y sus casi desnudos hombros permitia ver el comenzamiento de un turgente y nevado seno, que se levantaba ó deprimia conforme al ardor de sus pasiones.

D. Estéban contempló aquella mujer como una de esas apariciones que nos describen los cuentos árabes, y hubo un instante en que olvidando el mundo en que se hallaba, se creyó en uno de sus brillantes y fántasticos cielos con que las religiones de Oriente prometen la gloria á sus sectarios.

La jóven, que al percibir á Vargas se habia ruborizado, vió, con satisfaccion, el buen efecto que su hermosura habia causado en el mancebo, y haciéndole una ligera seña bien como si quisiere indicarle que se le acercara, dijo con voz dulce.

—Sed bien venido, caballero; tomad asiento y permitid

que os ofrezca mis escusas por la libertad que al llamaros me he tomado.

—Ignoro, señora, replicó Vargas, á qué debo el honor de esta entrevista, pero sea cual fuera el motivo que os ha impulsado á llamarme, creed que conservaré un grato y profundo recuerdo por la impresion que vuestra belleza me causa.

La jóven comprendió que en estas frases habia menos galantería que justicia, y sonrió con dulzura.

—Vos sin duda, caballero, dijo, estreñareis que una dama á la cual nunca hablasteis, os haya escrito un billete en que sin mas esplicaciones solicita de vos una entrevista.

—En efecto, señora: esto me ha sorprendido tanto mas cuanto no esperaba que esta muger fuese cual vos una muger tan bella, y que al parecer, ocupase una posicion tan distinguida.

—Oh! interrumpió la jóven sonriendo; en cuanto al primero, permitid que lo acepte como una lisonja hija de vuestra educacion y finura; pero en cuanto á lo segundo, añadió con cierta amargura, puedo aseguraros que estais algo equivocado: mi posicion, hoy por hoy, es en efecto brillante, y hasta creo que ejerzo alguna influencia en la córte; mas esta posicion y esta influencia no sean quizá duraderas, y de ahí que me apresuro á utilizarlas en favor de aquellas personas que me son simpáticas. Vos, caballero, sois de las tantas; y hé ahí porque os he escrito el billete de que ahora mismo hablábamos.

—Sabíais señora, que yo necesitaba de cierta influencia en la córte? preguntó Vargas sorprendido.

—Sí por cierto; no solo averigüé que necesitabais de cierto influjo, sino que descubrí el verdadero objeto que os ha traido á la córte.

—Sin embargo, señora, vos no me conocíais...

—En efecto: pero la casualidad hizo que yo me hallase á vuestro lado cuando anteayer esperabais al rey en la plaza del alcázar, y que oyese como vos y el monge que os acompañaba, solicitabais del emperador una audiencia.

—Realmente, señora, observó D. Estéban, lo que decís es muy cierto; pero no me esplica la manera con que habeis descubierto el motivo de mi llegada á la córte.

—Lo dudais?...

—Yo, señora...

—Veo que sois un tanto desconfiado, mas no importa: no voy á resentirme por ello, dijo la jóven sonriendo; pero á fin de que os convenzais de que estoy bien informada, os diré que habeis venido á la córte para salvar al padre de la muger que amais.

—En efecto, señora.

—Quereis que os diga el nombre de esta muger? se llama Dolores Argoso hija de D. Manuel, gobernador de Sevilla.

—Me convenzo, señora, dijo Vargas, de que estais bien informada; pero lo que mas me estraña, lo que mas me sorprende, es que sepais lo que yo mismo no he comunicado á nadie, escepto S. M. el emperador Cárlos V.

La jóven sonrió con una satisfaccion visible, y dijo:

—Entonces, si realmente solo habeis comunicado á S. M. el objeto de vuestro viaje á la córte, ya adivinareis el conducto por el cual he sabido esta noticia.

—Este conducto es...

Vargas se interrumpió: la magestad de Cárlos V le inspiraba tanto temor y respeto, que no se atrevia á calificarle de indiscreto.

—Continuad, insistió la jóven.

—Iba á decir que solo podíais saber el objeto de mi viaje por el emperador Cárlos V; mas esto no es posible.

—Por qué motivo?

—Por que la discrecion de S. M. no puede confiar á nadie un asunto que Juan de Ávila, aquel monge de que hablabais ahora mismo, y yo, le confiamos bajo cierta reserva.

—Sabeis acaso el grado de confianza que yo inspiro á Cárlos V?

—Oh! señora, este, para mí, es un terreno vedado...

La jóven se ruborizó ligeramente y comprendió que habia ido harto léjos.

Hubo un instante de silencio, durante el cual, los ojos de la dama se fijaron con intensidad en el mancebo. No parecia sino que queria estudiar los secretos de su alma en las líneas de su rostro.

—Habladme con franqueza, dijo, interrumpiendo aquel silencio; amais mucho á doña Dolores de Argoso?

—Por qué me haceis esta pregunta? interrogó D. Estéban sonriendo.

—Contestadme.

—Sí señora, replicó Vargas, cuyo corazon latió con fuerza al recuerdo de Dolores: la amo tanto, que ella es mi aliento, mi dicha, mi esperanza, y mi vida toda; yo no comprendo sin su amor la existencia, y si he venido á la córte ha sido esclusivamente para salvar á su anciano padre en cuya vida cifra tambien la suya.

Al oir estas frases, la jóven palideció intensamente é hizo un esfuerzo para ahogar un suspiro. Esto no obstante procuró serenarse, y dijo con voz dulce:

—Esta mujer debe ser muy bella toda vez que os ha inspirado una pasion tan grande.

—En cuanto á hermosura solo he conocido una mujer que compitiese con ella.

—Cuál?

—Vos.

—Sois galante y enamorado, y por consiguiente he de suponer que doña Dolores os corresponde con igual ternura; no es cierto?...

—Dolores Argoso, replicó Vargas, no ha conocido á otro hombre que yo desde su infancia, y por consiguiente he de suponer que yo, desde mucho tiempo, soy el elegido de su alma.

La dama volvió á palidecer: era evidente que las contestaciones de Vargas eran como saetas que destrozaban su pecho.

—Oh! dijo con cierta viveza, y nadie en el mundo sería bastante á eclipsar en vuestro corazon su imájen? es tan firme vuestro amor que no podríais olvidarla?

—Ignoro, señora, lo que puede ocurir en lo futuro, dijo Estéban; el corazon humano es de sí muy inconstante, pero si hoy dia consulto el fondo de mi conciencia, si examino las tendencias y las aspiraciones todas de mi alma, os diré que yo veo difícil, ya que no imposible, el romper unos lazos que el amor y la desgracia estrechan doblemente.

—Y si á cambio de este sacrificio, si á cambio de olvidar la señorita de Argoso, se os prometiese el poder, los honores, las riquezas, qué es lo que responderíais?

Estéban reflexionó un instante y luego, irguiendo su cabeza, replicó:

—Si á cambio del amor de Dolores se me ofreciese el poder, los honores, las riquezas, yo, señora, las rechazaria noblemente.

Al oir esta contestacion, la jóven tuvo que reprimir un suspiro.

—Veo, dijo con cierta amargura, que no me equivoco en la opinion que de vos formé en un principio; existe en las líneas de vuestro rostro cierta severidad que indica la energía de vuestra alma. Yo, por un instante, llegué á creer que vuestro corazon era accesible á ciertas sensaciones; pero me he convencido de que el recuerdo de la señorita de Argoso llena por completo vuestra alma, y por consiguiente no seré yo quien intente apartaros de la noble y

honrada senda que emprendísteis. Por lo demás, creed señor de Vargas, que sea cual fuere la situacion de vuestra novia, es demasiado feliz para una mujer que, cual yo, tan desgraciada, no envidie su felicidad y su dicha. Nada hay tan hermoso en la tierra, como la inseparable union de dos almas que llegan á comprenderse y que van siempre juntas en el camino de la vida, hasta que llegan á su término donde gozarán de un modo mas completo la dicha que ya han disfrutado en el mundo. Yo, señor D. Esteban, os envidio á vos y á la señorita de Argoso, porque despues de la tempestad por que cruza vuestra existencia, vendrán los dias de alegria y de bonanza.

—Entonces, vos, señora, sois muy desgraciada? preguntó Vargas que comenzaba á interesarse por la jóven.

—Tanto, que nada es suficiente á que llegueis á comprenderlo.

—Esto no obstante sois jóven..... sois hermosísima; vivís entre las galas y el lujo..... morais en un rico y espléndido palacio, y cuando una mujer reune estas circunstancias, cuando es rica, jóven y bella, no han de faltarle adoradores que sacrificarán su existencia al menor de sus caprichos.

—En efecto, replicó la dama, ahogando un suspiro; una sonrisa mia es lo bastante para que cien galanes se postren á mis plantas, y creo que soy lo suficiente jóven y hermosa para que no sea fácil inspirar uno de esos amores en que nosotras, las mujeres, ciframos nuestra vanidad y nuestro orgullo; mas por la misma razon de que

mis deseos y mis aspiraciones se encuentran satisfechas; por la misma razon de que me hallo siempre rodeada de una nube de galanes que se disputan mis sonrisas, yo, amigo mio, siento en mi corazon un vacío, ó mejor dicho, un afan por nuevas y ardientes emociones. Mi desgracia consiste en el aburrimiento que ocasiona la satisfaccion de los mas mínimos caprichos.

Vargas contempló aquella mujer que usaba de un lenguaje tan franco y tan sencillo, el cual contrastaba con el misterio de que se habia rodeado hasta entonces.

Hubo un instante de silencio, durante el cual, Vargas examinó con cuidado la belleza de su rostro. Parecíale imposible que aquella hermosura donde se ostentaba la voluptuosidad y el amor, no hubiese encontrado un señor ó esclavo que llenara las aspiraciones de su alma.

Así es que dijo:

—Y vos, señora, con tantos adoradores, no habeis encontrado un hombre que os comprendiera?

—Nunca.

—De modo que careceis de amante?

—Por qué lo preguntais? interrogó la jóven con tristeza.

—Permitid, señora, que, puesto que os interesasteis por mí, yo, á mi vez, me interese por vos.

—Sí, dijo, por qué ocultároslo? tengo un amante que es tan poderoso y tan grande, que no hay dama en la córte por noble y aristocrática que sea, que no solicite sus favores.....

—Puedo saber su nombre?

—El emperador Cárlos V.

—El rey! esclamó Vargas sorprendido.

El jóven guardó silencio. Pasado un instante añadió:

—Pero el rey está casado....

—Lo cual equivale á decir que yo soy su manceba; no es cierto?

Vargas no contestó.

La jóven continuó con amargura.

—Esta confesion de mi parte quizá es esplique la lijereza con que he obrado al llamaros á mi casa; mas si efectivamente es así, permitid que os diga que estais equivocado; la manceba de un hombre como el emperador Cárlos V, de un rey que es el mas poderoso que en la tierra existe, es siempre un puesto que envidian cien mujeres y que lleva consigo cierta distincion y nobleza. Esto por lo que se refiere al concepto que de él se forma en el mundo. Por lo que se refiere á la conciencia, á ese terreno en que nadie posee el derecho de entrar, os diré que yo puedo ser la manceba del rey sin ser su amante, que puedo haberle entregado mi cuerpo guardando la integridad y pureza de mi alma.

—Yo, señora, no tengo motivo alguno para exigiros las esplicaciones que me estais dando, observó Estéban cuyas simpatías hácia la jóven, crecian por instantes; lo que estais diciendo me esplica vuestro infortunio y el por qué, viviendo entre la riqueza y las galas, os considerais tan desgraciada.

—En efecto, amigo mio; mi desgracia es tanto mas sensible cuanto en ella mi voluntad, por decirlo así, no toma parte.

—No os comprendo.

La jóven miró un cuadrante que colgaba de la pared entre dos espejos de Venecia y dijo.

—Es la una de la madrugada; estamos completamente solos y nadie sospechará vuestra entrevista. Yo, cuando menos, quisiera que os convencieseis de que estais hablando con una mujer tan digna como desgraciada, á fin de que este recuerdo borrase en vuestra mente el que os habrá dejado la falta que he cometido al citaros: quereis oir mi historia?

—Con mucho gusto, señora; me pongo á vuestras órdenes.

—Pues bien, escuchad; ella me servirá de escusa á vuestros ojos y quizá veais en mí á una de esas mujeres que en vez de merecer el desprecio de los hombres, son dignas de las bendiciones del cielo.

—Ya os escucho, dijo Vargas arrellanándose en el sillon en que permanecia sentado.

La jóven guardó un instante de silencio, llevó la mano á su frente como para recoger sus ideas, y luego de lanzar un suspiro, comenzó en la siguiente forma.

CAPÍTULO XXXVI.

El baño.

A una legua de Toledo, situado en la falda de un monte y bañado por las cristalinas aguas del dorado Tajo, levántase uno de esos castillos que edificaron mis abuelos y que sirvieron de baluarte en las sangrientas luchas sostenidas por la cruz en contra de la media luna.

En este castillo fué donde yo ví la luz del mundo y donde entregada á la paz y la inocencia, se deslizó la primavera de mi vida.

Yo, desde mi infancia, habia perdido mi madre, y solo conservaba de ella el recuerdo de sus tiernas y apasionadas caricias, cuyo recuerdo se ofrecia á mi mente como por entre un velo color de rosa.

Mi padre, D. Santiago de Herrera, habia heredado del suyo un magnífico patrimonio que sus debilidades y sus vicios mermaban cada dia.

Aun me parece que oigo el rumor de sus orgías, la voz de sus mancebas y el toque de sus cornetas de caza, cuando en union con sus amigos, emprendia sus largas y ruidosas cacerías á los montes de Toledo.

No trascuria un dia sin que tuviese que vender una parte de sus bienes y sin que se viese apremiado por sus muchos acreedores. Esto hubiera sido suficiente á contener cualquier otro hombre en aquella via de perdicion y ruina; mas mi padre era un hombre irreflexivo, y en vez de variar su conducta y establecer un sistema de ahorros para en algunos años, reconstruir su fortuna, se deslizaba por la fatal pendiente que habia emprendido desde jóven, y buscaba en el aturdimiento de las fiestas, las cazas y los saraos, el olvido de una situacion que á cada instante se hacia mas triste y mas precaria.

Llegó un dia en que vendidos sus dominios no le quedó mas que el castillo el cual, por un resto de orgullo ó tal vez por el cariño que profesaba á la memoria de sus padres, no quiso vender nunca.

Los amigos que eran sus constantes y fieles compañeros en sus fiestas y placeres, y que habian sido la causa principal de su ruina, le abandonaron poco á poco, y aquellas mismas mujeres que le habian vendido su cariño, abandonaron tambien sus brazos, y fueron en busca de otro que volviese á pagar sus hechizos y belleza.

Mi padre quedó solo; completamente solo, con el recuerdo de un pasado tumultuoso y el fantasma de un porvenir lleno de privaciones y miseria.

Entonces se obró en su carácter un cambio sorprendente.

En vez de mostrarse alegre y risueño y de entregarse á las locuras de un temperamento lleno de inquietud y ardor, mi padre se volvió triste, reflexivo y sombrío. No hablaba, no reia, no soñaba ya en nuevos goces; se habia vuelto mudo y receloso, y cuando no se encerraba en alguna estancia del castillo, donde permanecia dias enteros, llamaba á su jauría, cogia su escopeta y sin ojeadores ni criados se dirigia hácia los montes de Toledo en busca de los lobos y los ciervos.

Yo entretanto habia llegado á los diez y siete años.

Rodeada desde mi infancia por criados y doncellas, á los quince me habia encontrado de pronto, completamente sola, sin mas compañía que la de mi nodriza, la cual desde mis primeros años y llevada por su amor, empleaba conmigo los cuidados de una madre.

Ya comprendereis pues lo triste y solitario de mi existencia.

Yo del mundo no conocia otra gente que la que habia vivido en el castillo, ni conocia mas espacio que el que descubria desde sus torres ó agimeses. Mi vida se deslizaba como la de esas modestas y campestres flores que no conocen mas caricias que los besos de la brisa, y que nacen, crecen y mueren, sin que nadie perciba su hermosura.

Desgraciadamente esta situacion no habia de prolongarse mucho tiempo.

Se acercaba el instante en que yo debia inaugurarme en una nueva y fatal existencia.

Era una tarde de verano.

Mi nodriza y yo habíamos dejado el castillo, y bajando por la falda del monte nos habíamos dirigido hácia el Tajo y buscado un remanso donde teníamos la costumbre de bañarnos.

La tarde era caliginosa y la atmósfera pesada. No se oia otro rumor que el producido por el asustado vuelo de alguna ave perdida en la cañada, ni en el monte, ni en el llano, se observaba un sér viviente que pudiese interrumpir nuestro baño.

Mi nodriza y yo nos desnudamos con la tranquilidad de siempre, y nos lanzamos en las trasparentes y sosegadas ondas.

El remanso estaba cercado por grupos de magníficos arbustos, y por esos cañaverales que adornan el Tajo con un muro de verdura.

Bajo tal concepto era muy difícil que nadie presenciase nuestro baño.

De pronto, cuando nos encontrábamos en el rio, oimos el rumor de unas cornetas que sonaban á lo léjos, y el grito de unos ojeadores que azuzaban una jauría.

Mi nodriza y yo nos miramos, y comprendiendo que los cazadores se encontraban aun léjos y que era muy difícil que llegasen al remanso, continuamos el baño.

Pasado un cuarto de hora salíamos del mismo.

Pero no bien mis piés acababan de hollar las arenas de

la orilla cuando, de repente, oí en el cañaveral un gran ruido y entreabriéndose las cañas apareció un enorme ciervo, y tras de este ciervo un caballero que, ginete en su corcel, le perseguia con todo el afan y rapidez que permitian los accidentes del terreno.

Yo, al ver el ciervo y el caballero lancé un grito, y llevada por ese pudor instintivo que nunca abandona á la doncella, me lancé sobre mi ropa y me hice un ovillo con ella.

El caballero, entonces, detuvo su corcel, y mudo, lleno de admiracion y sorpresa, fijó en mí sus grandes y hermosos ojos.

Mi nodriza habia hecho lo mismo que yo; pero guardando su sangre fría habia tenido la precaucion de refugiarse tras un árbol.

Aquel caballero frisaba en los treinta y cinco ó cuarenta años; era rubio, de gentil continente, de barba poblada, y en su actitud y en su persona se observaba un aire de majestad y distincion, que nunca yo habia observado en hombre alguno.

Clavado en su corcel como si fuese una estátua, fijaba en mí sus ojos con una curiosidad é insistencia, que me hacian temblar desde los piés á la cabeza, y que indicaban de una manera harto clara la admiracion y sorpresa que le causara mi hermosura.

Mi situacion era tanto mas violenta cuando á cada instante que pasaba se oia con mas distincion el rumor de otros corceles que llegaban ya á la otra parte del cañave-

ral, y que sin duda alguna, iban en seguimiento de aquel cazador misterioso.

Yo, entonces, comprendí que no tendria las necesarias fuerzas para resistir la presencia de los que se iban acercando, y dirigiendo al cazador un gesto suplicante le dije con voz en que se mezclaban los sollozos:

—Por piedad caballero, por piedad!....

El ginete comprendió todo el dolor que habia en este ruego, toda la vergüenza y rubor que habia en mi voz y en mi gesto, y sin pronunciar una palabra, sin agravar mi situacion con inútiles protestas, alargó con magestad un brazo bien como si quisiese tranquilizarme, y espoleando su corcel, que brincó sobre la arena, metióse en el cañaveral y desapareció á nuestros ojos.

Yo aproveché aquel instante para echar sobre mi desnudo cuerpo el vestido, y para instar á mi nodriza que abandonásemos el Tajo, y nos dirigiésemos por cualquier senda hácia el castillo.

Mas no bien dimos un paso con objeto de salvar las cañas y los arbustos, cuando se nos volvió á aparecer el ginete, el cual habia dejado ya su caballo y se dirigia hácia nosotras con la actitud y ademan de un caballero.

—Dispensad, señora, me dijo con voz dulce, si una casualidad que deploro me ha colocado en frente de vuestra hermosura cuando salíais del baño. Ya que mi volutad no ha sido parte á que yo os causara esta sorpresa y respetando siempre lo que se debe á una doncella, me he apresurado á ir en busca de mis compañeros de caza y sin participar-

—Por piedad, caballero, por piedad !....

les el encuentro que con vos he tenido, les he manifestado que el ciervo habia tomado una direccion opuesta al punto donde os hallabais.

Tales fueron poco mas ó menos sus frases.

Yo me hallaba tan conmovida que no supe qué contestarle. Sin saber por qué motivo, me parecia que aquel hombre tenia sobre mí los mas incontestables derechos y todos mis esfuerzos no eran bastantes á devolverme la serenidad perdida.

Afortunadamente mi nodriza no habia perdido aun su sangre fria, y terciando en la plática, me sacó de aquella situacion apurada.

El desconocido aprovechó la locuocidad de mi compañera, y haciéndole varias preguntas supo que yo me llamaba Aldonza, que era hija de D. Santiago de Herrera, que vivia en el castillo y que mi existencia se deslizaba tranquila y solitaria sin que hombre alguno hubiese interrumpido hasta entonces la serenidad y la paz de mi inocencia.

El caballero escuchó con la mayor atencion las frases de mi nodriza y rogándome que le permitiese acompañarnos un trecho nunca cesó de mirarme.

Si vos, señor de Vargas, me pregutaseis por la clase de emociones que despertó en mí aquel caballero, no sabria que responderos. Sin que le encontrara hermoso, aquel hombre me inspiraba ciertas simpatías hijas tal vez de la magestad que se observaba en su continente y ademanes. No sentia hácia él ningun cariño; pero sí cierta fascinacion

ó respeto que instintivamente me lo hacian considerar como un hombre superior á los que yo habia conocido hasta entonces. Comprendia que no era posible amarle con esa fogosidad en que sueña la mujer de quince abriles; pero al mismo tiempo comprendia que aquel hombre si se empeñaba en ello ejerceria una decidida influencia en el destino de mi vida.

Yo noté sus miradas, oí sus lisonjas, escuché sus frases galantes, y léjos de animarle hice un esfuerzo por encerrarme en esa modestia propia de una doncella: y que las mas de las veces solo sirve para estimular la llama del deseo.

El cazador nos acompañó un buen trecho, pero al llegar cerca al castillo nos ofreció sus escusas diciéndonos que iba en busca de sus compañeros, los cuales se hallaban ya muy distantes; me dijo que no se pasaria mucho tiempo sin que yo volviese á verle, y sin revelarnos su nombre, y guardando cierto misterio, se despidió de nosotras y se metió por entre una espesura del monte.

Mi nodriza y yo llegamos al castillo, donde encontramos á mi padre, al cual contamos lo que acababa de ocurrirnos.

—Qué clase de hombre era? preguntó.

—De mediana edad, revelaba en su continente una magestad severa.

—Su estatura?...

—Alta.

—Sus ojos.

—Azules.

—Su barba?

—Rubia.

Mi padre se volvió pálido.

Á no dudarlo estas señas le habian profundamente conmovido.

Guardó un instante de silencio y pareció que meditaba.

Despues irguió su cabeza, me miró de un modo estraño y dijo en voz baja como si no se atreviese á decírmelo, pero que yo oí perfectamente:

—Oh! si tú quisieras!...

—No os comprendo, padre mio, contesté yo.

Mi padre no dijo nada. Se levantó de su asiento y comenzó á pasearse con grande agitacion en la estancia.

Luego se detuvo y me dijo:

De aquí dos ó tres dias se celebra la funcion del Córpus en Toledo. Tengo noticia de que S. M. el emperador Cárlos V se encuentra en la ciudad, y de consiguiente asistirá á la procesion segun es costumbre en los monarcas de España. Te gustaria pasar unos dias en la ciudad?

Yo que no deseaba otra cosa, que no sospechaba los intentos de mi padre y que consideraba un viaje á Toledo como un acontecimiento notable, acepté, con gusto, la propuesta, y desde aquel instante preparé mis trajes con esa coquetería y placer que distingue siempre á una doncella.

Tres dias despues llegamos á Toledo, parando en casa de un pariente que vivia en el Zocodóver.

CAPÍTULO XXXVII.

Padre é hija.

Llegó el dia del Córpus y con él esas grandes y solemnes fiestas que la religion celebra en las ciudades de España.

Mi padre no se habia engañado: el rey se encontraba en Toledo: se decia que iba á asistir á la procesion, y de consiguiente todo el mundo se preparaba á concurrir á la misma.

No os describiré la magnificencia y solemnidad de este acto. Yo me hallaba en los balcones que tenia la casa de mis parientes y quedé sorprendida ante la magnificencia y el lujo que en la procesion se desplegaba.

Mas de pronto exhalé un grito: en lo último de la procesion, rodeado por sus gentil-hombres y los grandes dignatarios del reino, de la Iglesia, vistiendo el manto régio y

ciñendo su frente una corona, ví al mismo desconocido, al mismo cazador que se me habia presentado en el Tajo.

Yo, al verle, sentí como temblaba desde los piés á la cabeza.

Al verle la muchedumbre que llenaba la plaza, levantó un murmullo de admiracion y de respeto é incó sus rodillas sin que yo comprendiera si aquello era un homenaje á la religion católica, ó á la magestad del emprerador Cárlos V.

Mientras yo fijaba en él mis ojos, él, por casualidad, los levantó y los dirigió al balcon donde me hallaba.

Al verme, el rey palideció, y hasta me pareció que en sus lábios se dibujaba una imperceptible sonrisa.

Mi padre que habia observado mi emocion y que al mismo tiempo habia notado la de Cárlos V, me dijo con intencion:

—Es esta la primera vez que ves al rey?

—Nó, padre mio, contesté yo en voz baja.

—Entonces le conocias?

—Sí.

—Dónde le víste?

—En el Tajo.

—Era el cazador que te sorprendió en el baño?

—Sí, padre mio.

Hubo un instante de silencio: yo comprendí que mi padre habia empezado aquella plática con un fin determinado, y que sin embargo no se atrevia á esplanarlo.

Esto no obstante, me dijo:

—Y bien... qué te ha parecido?

—Quién?

—El rey.

—No os comprendo...

—Dicen que es muy enamorado y galante, replicó con una espresion estraña mi padre.

—No está casado? pregunté yo ruborizada.

—Qué importa!... el matrimonio de los reyes nunca está basado en el amor, sino en los intereses de la mas alta política. Crees que el rey no tiene sus devaneos?

Yo no respondí é hice un esfuerzo para dar otro giro á la plática.

Mi padre no insistió en ella y volvió á quedar meditabundo y reflexivo.

Al siguiente dia, por la tarde, y mientras yo arreglaba mi tocado, entró en la cámara que me habian destinado mis parientes, y me dijo:

—Hoy se celebra un sarao en el alcázar, y el rey presidirá la fiesta. S. M. ha tenido la bondad de recordar el ilustre orígen de mi casa, y aunque nuestra posicion es modesta, nos ha invitado para que asistamos á la fiesta. Elige pues tus galas mas espléndidas, y aunque habrá muchas damas que te eclipsarán en el lujo, no habrá una que te gane en hermosura. Ayer te dije que el rey era enamorado y galante, y es muy fácil que se fije en tu belleza. Me lisongeo, pues, de que si te habla conquistarás sus simpatias. Yo, hija mia, añadió mi padre con un acento en que se retrataba cierto dodor y amargura, me hallo completamente

arruinado, y para reconstruir mi fortuna, solo me queda un medio, el de acudir á S. M. y rogarle que utilice mi espada y mis servicios en las grandes conquistas que ha emprendido con sus armas. Soy aun jóven: no he cumplido aun los cuarenta años, y he pensado que si Su Magestad quisiese unirme á alguna de las muchas espediciones que envia á las Indias, Alemania ó Italia, yo, en pocos años, podria reconquistar la posicion que he perdido y una gloria que aumentaria el lustre de mi cuna.

Al oir estas frases, pronunciadas con un dolor y amargura indescribibles, yo eché á llorar y me arrojé en sus brazos.

—Cómo, padre mio! y vais á dejarme sola, triste, abandonada? observé yo ahogada en llanto.

—Nó, hija mia, en último caso, replicó mi padre, te quedarás en esta casa al lado de nuestros parientes; lo que importa es que si el rey te obsequia esta noche, le pidas alguna gracia en obsequio de tu padre. No ignoras que de todos nuestros bienes solo nos queda el castillo, y éste aun pasará de un dia á otro á manos de mis acreedores. Ya ves, pues, que nuestra situacion es precaria: cuando menos lo piense, quedaré sin casa, sin hogar y sin los necesarios recursos para atender á la vida; y qué es lo que será de tí y de mí si por desgracia llega este dia?... Acostumbrado á las comodidades y al lujo, mi corazon se horroriza ante la idea de que puedo quedar sin albergue y de que solo nos quedará la escasez y la miseria. Bajo tal concepto, urge que pongamos un remedio á situacion tan aflictiva. Harto

me consta que yo he sido el principal orígen de nuestra propia desgracia; que mi ligereza y desacierto abismó la fortuna de mis padres; pero tú, en cambio, eres demasiado buena para dirigirme un reproche y no aliviar una situacion que sin tí careciera de remedio.

—Y qué es lo que debo hacer para aliviarla, padre mio? interrogué yo notablemente impresionada por el desconsuelo que de él se apoderaba.

—Lo sé yo acaso? replicó vertiendo amargas lágrimas. Que el rey te ama no hay que dudarlo. Lo que te dijo al sorprendente en el Tajo, el haberte acompañado hasta el castillo, la emocion que ayer sintió al verte, y hasta el habernos invitado al sarao que hoy dá en el régio alcázar, es de ello manifiesta prueba. Si yo hubiera venido solo á Toledo, no me hubiese invitado á la fiesta. Carezco de posicion, de fortuna, y mi nombre, no figura ya entre la nobleza de España. Pero él te ha visto, ha reconocido en tí á la doncella que encontró en el rio, y de ahí que nos invita.

—Pero, en fin, dije yo llorando; puedo corresponder á sus obsequios?

—Un padre, hija mia, nunca aconsejará á su hija que venda su honor y sus virtudes; pero existen ciertos medios con los cuales vosotras, las mugeres, ejerceis un grande influjo en el corazon del hombre; y tú, hija mia, puedes recurrir á estos medios.

—Y si en esta lucha mi virtud naufraga? y si el rey se propone hacer de mí su manceba?

—Eso será muy difícil, porque tú no le amas.

—Sí, pero en cambio puede amarme.

—Pues bien acuérdate de tu madre que fué un: ángel de castidad y virtudes. Si el empeño del rey es tan grande, yo volaré á tu lado y volveremos, si es posible, á la modesta y triste existencia que hoy llevamos. Piensa que una sonrisa de tus lábios vá á proporcionarnos la fortuna, y que esta será mayor ó menor conforme á tu talento.

—Pues bien, padre mio, dije yo profundamente impresionada; acompañadme al sarao y obraré conforme á las circunstancias.

Mi padre me abrazó llorando, y volviéndome á repetir que me adornase con mis mas espléndidas galas, abandonó la estancia.

Y quedé sola y me tendí en un divan anegada en mi propio llanto.

Me hallaba aun en la primavera de mi vida; mi corazon se sentia completamente vírgen; mi alma estaba pura y sin mancilla, y esto no obstante, me hallaba en la situacion de esas mujeres que se ven en la alternativa de elegir la escasez y la miseria, ó un porvenir lleno de deshonor y de infamia.

Mis cortos años, la pobreza en que vivia mi padre y la retirada existencia que vivia en el castillo, no me habian proporcionado aun esos castos y purísimos amores que son el sueño de las vírgenes.

Mi corazon no se habia aun fijado en uno de estos séres tangibles en que la mujer reconcentra sus aspiraciones y

su vida, y cuya imágen se constituye en guardian de sus virtudes; pero en cambio mi imaginacion, que era de sí notablemente acalorada, habia entrevisto esta imágen, y en su delirio la habia dotado con todas las cualidades ó prendas que forman un sér perfecto.

Yo habia soñado para mi corazon uno de esos donceles que adornados con el valor, la juventud, la nobleza y la hermosura, conquistan el lauro en cien torneos para echarlos á los piés de su señora como el puro y heróico símbolo de su amor y su hidalguía; yo comprendia el amor en su mas noble y pura esencia, y depurándolo en su parte mas grosera queria dedicar las sensaciones de mi alma, á uno de esos donceles que pueden servir de tipo á la epopeya.

Y esto sin embargo, en vez de realizar mis sueños, en vez de desplegar las alas de mi alma en los etéreos espacios que vislumbraba mi mente, yo, que era una niña encerrada en la concha de mi virginidad purísima, yo iba á pisar el dintel del vicio y la deshonra, á lanzarme en brazos de un hombre que no amaba, y á cambiar tal vez mi pureza de doncella por la desmoralizacion de la manceba! Ignoro el tiempo que estuve reflexionando de este modo.

Solo sé que cuando me levanté y me miré al espejo, mis ojos se hallaban enrojecidas por las lágrimas.

Cuando mi padre vino á buscarme con el objeto de ir al sarao del alcázar, yo no estaba aun vestida.

La inercia se habia apoderado de mi alma y mi situacion era la del reo que se encuentra en capilla, y que teme el instante en que ha de dirigirse al patíbulo.

Acaso no iba á morir mi virtud?... Yo, por esa intuicion de la mujer que guarda aun la virginidad de su cuerpo y de su alma, pero que en cambio teme perderla de un dia á otro, yo digo, vestí aquella noche un traje blanco de brocado, símbolo de una pureza que no debia conservar por mucho tiempo.

A falta de brillantes, adorné mi cabellera con una guirnalda de flores. No de otro modo se adornaban las víctimas al dirigirse al sacrificio.

Mi padre elogió mucho mi tocado, ensalzó estraordinariamente mi belleza, me estrechó contra su pecho, y luego, ofreciéndome su brazo, me acompañó al régio alcázar.

Vos que habreis visitado á Toledo, conocereis sin duda este magnífico edificio, del cual el emperador Cárlos V dice que solo recuerda que es rey cuando pisa sus umbrales.

A medida que nos acercábamos hácia él, mi corazon latia con violencia. Aquel alto y magnífico edificio con sus puertas y graderías, con sus ventanas por donde salian torrentes de luz y armonía, con su aspecto de fortaleza y de palacio, me parecia un grande é inmenso sepulcro donde iba á enterrar mi inocencia.

Llegamos á la ancha y régia escalinata que se vé en frente al patio, cogimos hácia la derecha y subimos al primer piso, donde uno tras otro, se estendian los espléndidos salones en que se celebraba el sarao.

Al entrar en ellos yo quedé deslumbrada.

Acostumbrada á vivir en el castillo de mi padre, yo, por decirlo así, no habia formado aun una idea de esas régias fiestas que en una sola noche destruyen el valor de cien fortunas.

Así es que me quedé sorprendida con el lujo que se desplegaba ante mis ojos.

Al ver aquella multitud de hombres que lucian sus galas y atavíos; al contemplar la riqueza y variedad de diamantes que adornaban los brazos y seno de las damas; al examinar sus ricos y preciosos trajes, yo recordé, no sin cierta pena, el mio de modestísimo brocado y la guirnalda que por único adorno ostentaban mis cabellos.

Sentíme, por decirlo así, avergonzada, y rogué á mi padre que me sacase de aquel baile.

Mas no era ya tiempo.

Lo que se ha dado en llamar mi hermosura habia llamado la atencion de damas y caballeros, y acababa de leventar un murmullo de admiracion y de sorpresa.

Este murmullo hubo de acrecentarse al ver que un hombre se dirigia hácia mí y á mi padre, y nos saludaba con majestad y cortesía.

Yo, al verle, sentí como una llamarada de fuego invadia mi semblante.

En aquel hombre acababa de reconocer el cazador del Tajo, al hombre misterioso que me habia acompañado al castillo, al caballero que en la procesion del Córpus habia visto con manto y con corona, á la Sacra y Católica Majestad el emperador Cárlos V.

El rey nos dirigió las frases mas galantes por haber ido al sarao, y luego, aprovechando los sonidos de la orquesta que inauguraban un baile, me ofreció su brazo.

Pálida, temblorosa y sin saber lo que hacia, dejé el de mi padre, y cogí el de Cárlos V que continuaba prodigándome lisonjas, que yo, por decirlo así, no comprendia, y que no acertaba á responder con soltura.

Afortunadamente el rey y yo nos lanzamos en el torbellino del baile y esto contribuyó á reponerme algun tanto.

Las luces, el calor, el gentío, las violentas emociones que yo sentia, la agitacion ocasionada por el baile, habian producido en mí este cansancio en que los resortes de la organizacion se desquician, y en que se necesita el reposo del silencio para recobrar la tranquilidad del cuerpo y del alma.

El rey lo comprendió asimismo y fué el primero en invitarme á que bajásemos al jardin, donde podríamos gozar el fresco de la noche.

Yo acepté con gusto: á continuar mas en el salon quizá hubiese perdido mi cabeza.

Bajamos, pues, á los jardines, y el emperador me acompañó á un pabellon árabe, donde reinaba la elegancia y la riqueza.

El jardin permanecia desierto, y solo de cuando en cuando se oia el perdido y quieto paso de alguna que otra pareja que buscaba, á semejanza nuestra, la soledad y el silencio.

El emperador me indicó un diván, y sentándose á mi lado, cogió mi mano y me contempló en silencio.

Yo bajé mis ojos con modestia.

Era evidente que el rey iba á hablarme formalmente.

Hice un esfuerzo sobre mí misma, pensé en la situacion en que me hallaba, en las advertencias de mi padre, en el triste porvenir que me aguardaba, y traté de oirle con agrado.

CAPÍTULO XXXVIII.

Las proposiciones.

Durante el baile, me dijo el emperador Cárlos V, me he contentado en usar el lenguaje del caballero que habla por primera ó segunda vez á una dama, y que solo tiene derecho para elogiar su hermosura. En los saraos del alcázar hay siempre ojos que ven, oidos que escuchan, envidia y celos que espían, y yo os profeso demasiadas simpatías y cariño para que esponga vuestra virtud á las hablillas de la córte. La dama que es obsequiada por un rey, tiene el privilegio de llamar la atencion á sus rivales, y de ahí porque he aprovechado la emocion que os producia el calor y la agitacion del baile, para que yo os invitara á descansar en los jardines.

—Señor, dije yo, V. M. es para conmigo demasiado bondadoso, y creed pue carezco de frases para manifestaros el agradecimiento que vuestra galantería me inspira.

—Oh! señora, esclamó el emperador sonriendo; no busqueis galantería en un hombre, al cual su calidad de monarca, le dispensa hasta cierto punto de las fórmulas sociales; mi conducta hácia vos, no es simple galantería, sino el irresistible impulso de un corazon que se siente impresionado y que busca la satisfaccion de sus aspiraciones ó deseos. Yo, Aldonza—permitid que os llame así porque me he informado de vuestra calidad y vuestro nombre—yo, Aldonza, he recordado con demasiada frecuencia aquella tarde en que os hallé en el Tajo, para que al veros hoy en el baile, mi alma no se haya transportado á aquel instante en que una feliz casualidad me proporcionó el admirar vuestros hechizos...

—Oh! señor, no me recordeis, esclamé yo, sintiendo que el fuego del rubor invadia mi semblante; no me recordeis una escena cuya sola memoria interrumpe la paz de mi inocencia.

—Por qué señora? aquella escena fué tan solo presenciada por una muger que os es fiel, y mi corazon es demasiado avaro de dulces impresiones, para que la descubra á alguien. La felicidad es egoista y me parece que si comunicara á alguna persona las divinas emociones que esperimenté al sorprenderos en el Tajo, esta felicidad no seria ya completa. Y no debo ocultarlo Aldonza: á partir de aquella tarde en que pude admirar vuestra hermosura, yo he constantemente pensado en los medios con que pudiera veros y hablaros sin daño de vuestra fama. Si no me he presentado en el castillo, si no he solicitado de vos una

entrevista, ha sido porque los negocios de Estado, y sobre todo, mi calidad de monarca, no me lo han permitido. Los reyes gozamos el triste privilegio de llamar la atencion de todo el mundo, y si yo hubiese acudido á vuestra casa, vuestra reputacion quedaba hundida para siempre. Ya comprendereis, pues, añadió el emperador con ternura, la satisfaccion que yo sentí al veros en la funcion religiosa de ayer tarde. Una casualidad hizo que por primera vez os contemplara y otra casualidad hizo que se acrecentara en mi pecho el deseo que tenia de hablaros y de manifestar á solas la impresion que vuestra belleza me causa... Esto, Aldonza, os esplicará el motivo porque se ha dado un baile en el alcázar.

—No os comprendo, señor.... esclamé con voz débil.

—No me comprendeis, Aldonza?...

Yo hice una seña con la cabeza para confirmar lo que decia.

—No comprendeis que yo he dado el baile en el alcázar para veros y hablaros sin comprometer vuestra fama? añadió Cárlos V.

—Ah señor!...

—En un baile, amiga mia, prosiguió el rey, con ternura, el emperador baja de su trono y se confunde, sin que nadie lo observe, con la turba de sus cortesanos, deja de ser rey para convertirse en un caballero que tiene el derecho de galantear á las damas.... Hé ahí, pues, porque hoy mi córte se ha encontrado agradablemente sorprendida con la noticia de que yo daba un sarao, y hé ahí por-

que os he mandado invitar sin que nadie sospeche el fin que me he propuesto. Ahora bien: contestadme Aldonza... Merece vuestra aprobacion mi conducta? no oiré de vuestros lábios una de esas frases que dejan entrever un cielo de amor y de esperanzas?...

—Yo, señor, dije profundamente ruborizada, agradezco á V. M. el cuidado con que obra para no dañar mi buen nombre. Estaba muy léjos de creer que lo que vuestra benevolencia ha dado en llamar mi hermosura, pudiese conmover vuestra alma; pero aunque vuestras frases hallasen eco en el fondo de mi pecho, yo, señor, por decoro á mi reputacion y fama, no podria aceptar vuestras protestas....

—Es decir, observó el rey palideciendo, que yo soy con vos tan desgraciado que he de renunciar á conquistar un puesto en vuestra alma?

—No decís que me amais, señor? pregunté yo á mi vez.

—Os lo prueba el sarao que estoy dando en el alcázar, el hallarme con voz en los jardines, la emocion que siento al hablaros, la ternura con que estrecho vuestra mano.

—Pues bien: si realmente he de creeros, si vuestro cariño no es uno de esos devaneos que tienen la existencia de un dia, yo, señor, os ruego que no pongais á prueba una virtud que aun nadie ha mancillado. ¿Qué es lo que diria la córte y hasta la emperatriz vuestra esposa, al saber que yo, pobre doncella, sin nombre, sin porvenir, sin fortuna, la robo el cariño que el emperador la debe?

—Oh! dijo Cárlos V sonriendo; antes que vos hicieseis estas observaciones, me las habia hecho yo mismo, y por consiguiente no me será difícil responderos. Quién trata de publicar nuestros amores? Me considerais tan pobre de talento para que os ostente como se ostenta una manceba? Nó, amiga mia: yo tengo aun muchos recursos, y fuera de esto, siento hácia vos demasiado cariño é hidalguía para que mi amor empañe vuestra fama.

—Sin embargo, si entre vos y yo, señor, existiesen las relaciones que V. M. supone, nos veríamos en la necesidad de vernos y hablarnos....

—En efecto.

—Pues bien: el único punto donde yo pudiera recibir vuestros obsequios fuera en mi propia casa, y á los dos dias de visitarla nadie ignoraria que entre vos y yo existe algun fuerte y misterioso lazo.

—Os equivocais, Aldonza, repuso el monarca, viendo con satisfaccion que yo iba cediendo á sus planes.

—Hablad, señor, interrumpí yo.

—Nuestros amores quedarian completamente ignorados.

—Porqué?

—Porque yo no iria á vuestra casa.

—Entónces?

—Vos os quedariais en la mia; es decir, en mi palacio.

—No os comprendo, señor, dije yo sorprendida.

—Nada tan sencillo: esta mañana mismo mi secretario

me ha entregado una solicitud en que vuestro padre me ofrece su brazo y sus servicios, y en que solicita un puesto en una de las espediciones que envio á las Indias ó á Italia. En ella me recuerda lo ilustre de su orígen, me dice que está arruinado y que desea conquistar una fortuna que le ha robado la desgracia. Ahora bien: si realmente yo doy un elevado cargo á vuestro padre, vos quedareis sola y abandonada en el castillo; lo cual, por cierto, no convendria á vuestra seguridad y reposo.

—En efecto, señor, dije yo viendo que mi padre se anticipaba á las circunstancias; yo entonces me veria en la situacion de una huérfana, no podria vivir sola en el castillo.

—Enhorabuena, dijo Cárlos V, pero en cambio podreis vivir en palacio.

—Y esto no llamará la atencion de la emperatriz vuestra esposa?

—No por cierto; al contrario, añadió Cárlos V. sonriendo; ella será la primera que os invitará para que vivais á su lado.

—No os comprendo, señor...

—Escuchad, Aldonza, replicó Cárlos V: la emperatriz, mi esposa, guiada por mi voluntad y consejo, tiene la costumbre de llamar á su lado aquellas doncellas de mas ilustre cuna que han tenido la desgracia de quedar solas en el mundo. Vos, amiga mia, estais ya huérfana de madre, y antes de poco vuestro padre se alejará de España. Bajo tal concepto, quedareis en la orfandad mas completa, y nada

tan natural como el que, atendiendo vuestro rango, vuestra juventud y hasta vuestra hermosura, la emperatriz os llame y os coloque entre el número de sus damas.

—Y entónces....

—Entónces yo tendré ocasion de veros y hablaros y no será difícil encontrar un medio para que os convenzais de que el rey es un hombre tan galan como discreto. Entónces vos dejareis de ser huérfana para convertiros en la señora de sus pensamientos; entónces dejareis de ser la dama ó la menina para convertiros en reina. Vos, Aldonza, continuó el rey, acercándose mas y mas al divan y estrechando con febril ardor mi mano; vos, Aldonza, sereis mi ángel, mi luz, mi vida toda y una de vuestras frases, uno de vuestros gestos, será lo bastante para que vuestros caprichos se cumplan. Yo, á vuestros ojos, dejaré de ser el mayor príncipe de la tierra para convertirme en vuestro amigo y vuestro amante: yo descansaré en vuestras plantas de las fatigas que llevan consigo los asuntos de la política y buscaré en vuestros brazos un reposo á los combates; vos, Aldonza, sereis la mujer en cuyo regazo descansará la cabeza de un príncipe que ciñe la mas brillante y espléndida corona que se ostentó jamás en el orbe. Con vos no seré ya el emperador Cárlos V cuyos sueños de ambicion hacen temblar la Francia, la Italia y la Alemania, y cuyo nombre hace estremecer las errantes y salvages tribus de la América; yo con vos no seré mas que un tierno y enamorado amante al cual una sonrisa de vuestros lábios, una mirada de vuestros ojos me convertirá en esclavo.

Ahora bien, Aldonza mia, amiga mia, querida mia: decidme si con estas ofertas vuestro corazon se encuentra satisfecho; decidme si el amor de un rey como el emperador Cárlos V. llena las aspiraciones de vuestra alma!....

—Basta, basta, señor! dije yo impresionada ante estos rasgos de elocuencia y de cariño; vos, señor, estais harto encumbrado para que necesiteis descender al puesto en que Dios ha colocado á vuestra humilde y fiel vasalla.

—Entónces accedes? preguntó Cárlos V. envolviéndome en su magnética mirada.

—Ah! señor yo no dije tanto....

—No me das siquiera una esperanza?

—Oh! Dios mio! Dios mio! esclamé yo ocultando el rostro entre mis manos.

—Contéstame, Aldonza, replicó el emperador estrechando con fuerza mis manos: lánzame en el infierno que me abrirá tu desden, ó deja que entrevea el cielo que puede ofrecerme tu cariño.

Yo no contesté. No me atrevia á rechazar la fortuna que me proporcionaba mi hermosura, ni tenia asimismo el necesario valor para sacrificar mi honra y mi virtud á los caprichos de un rey.

Hubo un instante de silencio durante el cual no se oian mas que los suspiros de Cárlos V., y el rumor que ocasionaban mis sollozos.

Este tiempo fué lo bastante para que yo adoptase una resolucion decisiva.

Por una parte se me ofrecia un porvenir lleno de esplendidez, de galas, de riqueza, y por otra se me ofrecia una existencia llena de miseria y de infortunio. Pensé en la desesperacion de mi padre, en su desgracia, en su ruina y por la primera vez en mi vida abandoné mi energía y me dispuse á convertirme en la favorita de un monarca.

Así es que dije á este último:

—Pues bien, señor: no cederé desde luego á vuestras pretensiones ni á vuestros cariñosos deseos; no permitais que yo me rebaje hasta el punto de lanzarme ahora mismo en vuestros brazos; dejad que salga de este pabellon sin que se haya rasgado aun el velo de mi castidad é inocencia y permitid que mi corazon se encienda á una de estas ardientes chispas que están ardiendo en el vuestro. Yo impresionada al cariño de vuestra real magestad, concluiré por ser vuestra amiga, vuestra amante, vuestra esclava; pero dejad antes de todo que entre vuestro corazon y el mio exista esa afinidad de simpatías que hacen del amor la felicidad mas grande que en la tierra existe.

—Aldonza! Aldonza! esclamó el rey lleno de embriaguez y entusiasmo; ahora veo en tí á la mujer que yo habia adivinado el primer dia en que te sorprendí en el Tajo. Tu lenguaje envuelve cien promesas que harán de mí el mas dichoso de los hombres. Gracias, Aldonza, gracias por este lenguage que dispierta en mi corazon emociones mucho mas dulces que las que hasta hoy me ha causado tu belleza.

Y acercándose mas y mas hácia mí rodeó mi talle con

sus brazos, me acercó á su pecho y estampó un beso en mis lábios.

Aquel beso, que yo no estaba en el caso de rechazar, fué por decirlo así, la ratificacion del pacto que acababa de celebrarse entre el hombre mas poderoso de la tierra y la mujer mas pobre y mas débil que existia en el mundo.

Como sucede la mayor parte de las veces, el brillo de la virtud acababa de palidecer ante el del poder y la riqueza.

Cárlos V. se levantó ébrio de amor y de dicha, me ofreció su brazo y hablándome siempre el lenguage de su pasion ardiente y prodigándome toda suerte de lisonjas y promesas, me acompañó á los salones del alcázar, que aun seguian resplandecientes de luz y de armonía.

Tres dias despues mi padre recibió el nombramiento de proveedor general del ejército de Italia, y se encaminaba al puerto de Barcelona donde habia unas galeras que debian emprender rumbo á Civitavechia.

El rey cumplia su promesa.

El cargo de proveedor general de un ejército como el que enviaba á Italia era lo bastante para enriquecer á mi padre en menos de dos años.

En lo que á mí se refiere el emperador Cárlos V. obró con tal talento, que á los quince dias de hallarse ausente mi padre, recibí una carta de la emperatriz su esposa en que me rogaba que me presentara á palacio.

Los planes del rey quedaban realizados. La emperatriz

Y estampó un beso en mis lábios.

me ofreció un puesto entre sus damas y transcurido un mes, sin que nadie lo sospechase, yo era la favorita del monarca.

CAPITULO XXXIX.

El amor de Aldonza.

Vargas habia escuchado la historia de Aldonza sin pronunciar una frase.

El jóven se complacia en oir la dulce y argentina voz de aquella mujer que con un lenguage exento de artificios contaba sus estravíos en los cuales habia tanto amor filial como codicia.

No obstante de que Vargas alentaba un corazon noble y generoso y no obstante el profundo y puro amor con que recordaba la imágen de Dolores, el jóven no podia evitar la misteriosa influencia que ejercia en su pecho la singular belleza de Aldonza, y mas de una vez clavó sus ojos en el suelo para evitar la ardiente y fascinadora mirada en que aquella le envolvia.

Pasado un instante de silencio la jóven continuó:

—Tal es la historia de mi vida: ella os habrá demos-

trado que cuando cedí á las exigencias del rey, no era dueña de mí misma, y que solo una reunion de circunstancias fué parte á que yo cambiase mi condicion de doncella, por el título de favorita.

—Y qué es lo que fué de vuestro padre?

—Murió en Italia á los seis meses de haber dejado la España. Esto para mi fué una desgracia, añadió la jóven con tristeza.

—Lo comprendo, asimismo, replicó Vargas, toda vez que fué el autor de vuestros dias; pero olvidais sin duda, que él fué el primero en impulsaros hácia el monarca?

—Es cierto; pero á los dos ó tros años de permanecer en un ejército como el de Italia, mi padre hubiese realizado una fortuna, y yo, á estas horas, me encontraria á su lado y en algun país estranjero donde se ignoraria mi estravío.

—No estais contenta de vuestra suerte? preguntó el jóven.

—Interrogad al pájaro si está contento en la dorada jaula en que le ha encarcelado su dueño, y ved lo que podrá contestaros.

—Así no sois feliz?...

—Nó, por cierto.

—No os satisface el lujo de que estais rodeada?

—Al contrario, este lujo me aburre.

—Es estraño, murmuró Vargas.

—Por qué? interrumpió Aldonza.

—Porque el lujo es la principal pasion de la muger.

—Es cierto; pero á mí me recuerda mis faltas, y hé ahí porque le ódio.

—Y no encontrais un medio para evitar este fastidio?

—Solo he encontrado uno.

—Cuál?

—El recurrir al amor.

—Y lo habeis puesto en práctica?

—Nunca.

—Acaso el rey está celoso?...

—Mucho.

—Hé ahí porque me esplico el que no tengais otro amante, observó el jóven sonriendo.

—Os engañais, amigo mio, replicó Aldonza; la muger tiene siempre bastantes recursos para engañar al hombre que la quiere. Por de pronto me asiste una gran ventaja...

—Cuál?

—La de que no amo al rey.

—Pero amareis alguien mas?

—No por cierto.

—Y es posible, Aldonza, que vuestro corazon esté vírgen?

—Ya os dije, repuso la jóven, que si no guardaba la castidad del cuerpo, guardaba la del alma.

—No será por falta de galanes, balbuceó el mancebo.

—Son tantos los hombres que me asedian y que intentan conquistar mi hermosura, que mas de una vez sus obsequios, que yo he recibido con la mayor indiferencia, han dado ocasion á rompimientos.

—Entre vos y el rey?

—Cabal.

—Y nunca, entre los mancebos de la córte, habeis encontrado uno que llenase las aspiraciones de vuestra alma?

—Nunca.

—Es estraño; volvió á murmurar el jóven.

—Escuchad, amigo mio, dijo Aldonza envolviendo á éste en una de sus ardientes miradas: yo me he formado del amor una idea harto grande, harto pura, harto sublime, para que oiga con gusto esas declaraciones que no obstante de hallarse envueltas en el lenguaje de la córte, son tan frias, que parecen fórmula. Yo busco en el amor algo mas que estas ritmáticas palabras donde se ostenta la elocuencia y el buen gusto de la frase; yo quiero algo mas que este lenguaje galante que—mas que un corazon apasionado—revela un buen ingenio. Lo que yo admiro, lo que deseo, lo que busco inútilmente, es uno de esos hombres de grandes y enérgicas pasiones; que vean en mí lo que vos habeis visto en doña Dolores de Argoso: es decir, no un juguete, no un capricho, no una flor de un dia, sino el constante y adorado objeto hácia el cual el hombre se dirige eternamente. Yo prefiero una de esas pasiones tiránicas, rudas, casi salvajes, á esas galantes y bien medidas palabras que, por decirlo así, son como el espejo donde ciertos galanes admiran su talento. Estos hombres tendrán, á no dudarlo, una gran cabeza; pero su corazon está frio como el mármol. Estos hombres creen que están enamorados y se engañan: no sienten mas que un justo y triste devaneo, y luego re-

niegan del amor y sus mugeres, porque estas, comprendiendo el vacio en que se agitaba su alma, les retiran un amor que lisongeaba únicamente su orgullo. Estos hombres no les pidais la abnegacion ó el sacrificio: nunca la comprendieron. La posesion del objeto amado es la piedra de toque de lo que ellos califican de pasion ó de cariño. La muger que cede á sus exigencias, está irremisiblemente perdida. El amor de estos hombres es como esas nieblas que disipan al calor del sol: chispa del amor lanzada por la muger querida, es lo bastante para que el suyo se evapore. Ya comprendereis, pues, que estos hombres no pueden llenar los deseos de mi alma, y ya comprendereis que en la alternativa de elegir entre ellos y el monarca he preferido siempre á este último que, al fin y al cabo, me ha dado el esplendor, el lujo y las riquezas.

—De modo, observó Estéban, que os hallais resuelta á ser fiel á Cárlos V?

—Sí, por mi desgracia, replicó Aldonza no sin cierta amargura.

—Por vuestra desgracia! esclamó el jóven sorprendido; en verdad, señora, que no alcanzo á comprenderos.

—Digo por mi desgracia, repuso Aldonza, porque no hace mucho que aun alimentaba ciertas ilusiones y esperaba encontrar la felicidad que estoy buscando inútilmente.

—Esplicaos señora.

—Yo habia encontrado este hombre de que os hablaba ahora mismo.

—En la córte?

—En la córte.

—Ya veis, pues, que os equivocabais al asegurar que en Madrid no existia un sér que comprendiera vuestra alma. Le conoceis á fondo?

—Mucho, por mas que la haya hablado muy poco.

—Dónde le conocísteis? preguntó Vargas.

—En palacio.

—Cuándo?

—Ayer mismo.

—Cómo se llama?

—D. Estéban de Vargas.

El jóven palideció.

Aldonza pronunció su nombre con una desesperacion tan febril, que el jóven no pudo evitar un movimiento de compasion y de tristeza.

—Ya que os he contado la historia de mi vida, conocida, tan solo, del emperador Cárlos V, dijo doña Aldonza: necesario es que continue hablando el lenguaje de la sinceridad y la franqueza. Vos, D. Estéban, sois el único hombre que ha impresionado mi alma. Si yo alentase la mas mínima esperanza de que algun dia podreis corresponder á mi cariño, no os hablaria en esta forma: pero no me cabe ya duda de que sois un hombre inconquistable por la misma razon de que entregásteis ya vuestra alma, y hé ahí porque os hablo este lenguaje.

—Ignoro, señora, interrumpió Vargas con modestia, que es lo que observásteis para que yo os inspire unas sim-

patías que, creedlo Aldonza, me honran demasiado para que no lisongeen mi orgullo.

—Lo sé yo acaso? interrumpió Aldonza con una viveza mezclada de amargura; yo sé, únicamente, que ayer, al salir el emperador Cárlos V, os ví en la plaza de palacio, que al veros, me sentí estraordinariamente impresionada, bien como si me hubiesen herido en lo mas profundo de mi pecho; que me acerqué á vos lo posible con objeto de examinar lo que yo califiqué entonces de ruda y franca hermosura; que oí como vos y el monge que acompañabais, solicitabais una audiencia de mi real amante, y que desde aquel momento formé el proyecto de veros, hablaros, de oir vuestra voz y averiguar lo que os habia traido á la córte.

—Y lo averiguasteis?

—Nada tan sencillo: oí la hora que os señalaba el rey para recibiros en audiencia, y yo, á la mañana siguiente, me dirigia á palacio donde entro y salgo conforme á mi capricho. Hablé con el rey, dije que el venerable fraile que os acompañaba no me era desconocido, y que trataba de indagar el motivo por el cual habia venido á la córte; y bajo tal pretesto, me oculté en un gabinete que linda con la cámara donde Cárlos V os recibió en audiencia. Esto esplica porque yo averigüé vuestro nombre, el de Juan de Ávila, los amores que teníais con Doña Dolores de Argoso y lo que os hizo abandonar Sevilla. Yo oí la conversacion habida entre vos, Cárlos V y Juan de Avila, y hasta oí la carta que os dictó el mismo rey para que el

conde de Ceballos, D. Manuel de Argoso, no fuese víctima del Santo-Oficio.

—Y entonces, preguntó D. Estéban, resolvísteis escribirme aquella carta?

—Sí; la escribí por dos motivos...

—Continuad, señora, dijo Vargas.

—Primero porque llevada por mis simpatías hácia vos, necesitaba veros y hablaros: segundo porque tratando de seros útil queria salvar al conde de Ceballos.

—Cómo! observó D. Estéban: acaso no podrá salvarse con la carta que me dictó el emperador mismo?

—No por cierto.

—En que os fundais?

—Voy á esplicároslo, replicó Aldonza; no se pasa un dia sin que el emperador oiga en Audiencia las mismas quejas denunciadas por vos y por Juan de Ávila, y si el rey tuviese que atenderlas, no le quedaria otro recurso que inaugurar una franca y abierta lucha con el Santo-Oficio lo cual equivaldria á luchar con el mas poderoso enemigo que existe en nuestra España. De ahí que no obstante su buen deseo, tenga que desoir las quejas de sus súbditos y que vea como la inquisicion enciende sus hogueras sin que tenga bastante valor para oponerse á este abuso.

—Esto, sin embargo, dijo el mancebo, permitid que os recuerde los términos en que se halla concebida la carta....

—No importa: otra carta destruirá lo que en ella se ordena.

—Y creeis que el rey sea capaz de una doblez que echa por tierra su generosidad é hidalguía?

—El rey pesará en la balanza de su clemencia la vida de un súbdito y el interés de su estado, y resolverá lo que mas convenga á su política.

—De forma que no me dais esperanza alguna de que se salve Argoso?

—Lo mas que puedo hacer es entregaros otra carta para el inquisidor Pedro de Arbués, el cual no ignora la influencia que yo ejerzo en Cárlos V.

—Entonces dádmela, replicó D. Estéban con viveza.

—Vais á salir muy pronto de la córte?

—Quizá mañana mismo.

—No será así, puesto que mañana vendreis á mi casa para recoger esta carta.

La jóven no habia perdido aun su esperanza: comprendia la influencia que su belleza comenzaba á ejercer en D. Estéban, y de ahí que buscase un pretesto para celebrar con él otra entrevista.

—Está bien, señora, dijo Estéban levantándose: mañana sin falta os haré otra visita. A que hora estais dispuesta á recibirme?

—Oh! replicó Aldonza, vos, para mí, sois un hombre distinto de los otros, y por consiguiente no puedo recibiros á la hora en que recibo mis visitas. A los dos dias de entrar en mi casa, el rey lo sabria todo, y esto pudiera ocasionar un rompimiento.

—Entonces...

—Venid á la misma hora de hoy.

—Por la noche?

—Por la noche.

—No os parece que mi visita á estas horas puede comprometer vuestra fama?

—Nó, porque sois discreto.

—Y creeis que el rey no os manda acechar en las altas horas de la noche?

—Lo ignoro, pero si es así, si veis que alguien ronda mi casa vos no entrareis en ella. Tomad, prosiguió Aldonza levantándose del sofá y yendo hácia una mesa cuyo cajen abrió; aquí está la llave del postigo. Vos, mañana, sereis el único hombre que podrá entrar en mi casa. En el recibidor encontrareis la dueña que visteis en los Portales de Curtidores, y ella os guiará á esta estancia.

—Enhorabuena, señora, dijo el mancebo; y vos tendreis escrita la carta?

—Sí.

—Entonces hasta mañana.

—Adios, replicó Aldonza conteniendo un suspiro y estrechando la mano que le alargaba el mancebo.

Y tirando de una campanilla añadió:

—Aguardad: esta casa es un laberinto y es necesario que alguien os alumbre.

Un momento despues la dueña aparecia en el dintel de la puerta.

—Doña Angustias, dijo Aldonza; guiad á este caballero hasta la puerta de la calle.

La dueña cogió un candelabro y abandonó la estancia.

Vargas se inclinó profundamente ante Aldonza y siguió á la vieja.

Cuando estuvo fuera de la estancia, la jóven, pálida, abatida, notablemente impresionada se dejó caer en el divan murmurando:

—Su corazon es de mármol! ama ya mucho á Dolores..... pero quién sabe? añadió: el corazon humano es débil y mudable.

Pasado un instante la dueña volvió á entrar en la cámara donde permanecia la jóven.

—Supongo que no te habrá encargado nada, dijo á esta última.

—Nada señora, contestó la dueña.

—Aldonza, reprimió un suspiro y continuó:

—Hoy tendrás que suplir mis doncellas, Angustias.

—No soy vuestra nodriza, ó mejor dicho, no he sido por mucho tiempo vuestra madre? interrumpió la anciana que era la misma que Cárlos V habia sorprendido en el Tajo con Aldonza.

—En efecto, repuso la jóven, tú eres el único ser en el mundo que me ha querido con una abnegacion y amor verdaderamente sublimes; tu cariño es lo único que embellece mi existencia; ya hace tiempo que busco la felicidad en el tipo que soñó mi fantasía; pero hoy que he encontrado este tipo, hoy que he encontrado este hombre, soy mas desgraciada que nunca!...

—Por qué, señora?...

—Porque este hombre no me ama.

—Es posible, Aldonza? esclamó sorprendida la anciana.

—Ya sabes que jamás te engaño.

—Y D. Estéban no quedó deslumbrado ante vuestra hermosura que no tiene rival en la córte?

—Creo que mi hermosura le ha deslumbrado, pero no ha conquistado su alma. Yo no dudo que si Vargas frecuentara mi casa, yo concluiria por dominarle; pero temo mucho que en vez de conquistar su corazon no haria mas que encender sus sentidos.

—No desespereis, Aldonza: la hermosura que ha esclavizado á un rey tan sesudo y juicioso como Cárlos V, bien puede esclavizar á un hidalgo de provincia.

Aldonza iba á replicar, cuando de pronto sus lábios quedaron en suspenso.

Acababa de oir rumor de tajos y mandobles.

—Qué ocurre? preguntó asustada Aldonza. No oyes Angustias?

La nodriza en vez de contestar se dirigió al balcon con la intencion de abrirle.

—Detente! esclamó Aldonza; matemos las luces.

La sala no tardó mucho en quedarse á oscuras, y entonces las dos mugeres se dirigieron hácia el balcon y le abrieron con tiento.

Continuábase oyendo el rumor de las espadas, hasta que, por fin, todo volvió á quedar en silencio.

—Bah! dijo Angustias cerrando el balcon; será una cuestion de amores; una de esas riñas que en las altas horas de la noche interrumpen el sueño y la paz de los vecinos.

—Quién sabe! esclamó Aldonza exhalando un suspiro; mañana lo sabremos.

Y dirigiéndose á su cámara de dormir, seguida por Angustias, la jóven se desnudó, se metió en el lecho y pasó el resto de la noche entre la fiebre y el insomnio.

CAPÍTULO XL.

El embozado.

El corazon de Aldonza no se habia equivocado.

Los tajos y mandobles que se habian oido en la calle la habian alarmado con justicia.

Mas no precipitemos los sucesos, y antes de todo, contemos lo que habia ocurrido.

Ya se recordará que cuando Estéban entró en la casa de Aldonza guiado por su nodriza, el jóven habia observado un bulto que se hallaba en una esquina, tieso como un poste, y en el cual no habia fijado su atencion y ni siquiera lo habia hecho observar á la nodriza.

El jóven ignoraba el verdadero objeto de su entrevista con Aldonza, y por consiguiente nada le importaba que acecharan ó nó su casa.

Pero no sucedia lo mismo con el bulto el cual no bien Vargas hubo cruzado el postigo con la dueña, cuando, par-

tiendo como una saeta del punto en que se hallaba, se dirigió hácia la cerradura, miró por el ojo de la llave, y examinando á la luz de la linterna que habia escondido la vieja, á D. Estéban, murmuró:

—Es él...! no me habia engañado.

Y volviéndose á embozar en su capa, volvió á dirigirse hácia la esquina y continuó en ella, fijo como una estátua.

Á las dos horas, el postigo volvió á abrirse y Vargas aparecia en su dintel.

El embozado, al verle, sintió como un estremecimiento sacudia su cuerpo desde los piés á la cabeza, y llevó instintivamente su mano á la guarda de su espada.

Esto no obstante, se contuvo.

Queria embestir á Vargas; pero no queria que el rumor de la lucha llegase hasta los oidos de Aldonza.

Permitió, pues, que Vargas diera unos cien pasos en la misma calle del Arenal y en direccion hácia el alcázar, y luego que hubo mediado esta distancia entre el jóven y la casa de doña Aldonza, el bulto se destacó de la esquina, siguió sus huellas con recato, hasta que, por fin, se colocó enfrente suyo.

La noche era oscurísima. No habia mas luz que el fulgor de las estrellas.

Todo permanecia silencioso, y las casas se destacaban á uno y otro lado de la calle con esta siniestra magestad de las cosas inmóviles.

No se oia mas que el alerta de los centinelas que daban

la guardia en el palacio, el cual resonaba á lo léjos como un grito de agonía.

D. Estéban al ver que un hombre le cerraba el paso, hizo un movimiento hácia atrás y desenvainó su espada.

—Quién vá? preguntó.

—Un hombre, contestó el embozado.

—Qué se le ofrece?

—Reñir con vos.

—Lo siento, replicó Vargas con la mayor sangre fria.

—Por qué?

—Porque os cruzaré de parte á parte.

—Hé ahí lo que yo pienso hacer con vos, didalgo, repuso el embozado; pero antes de que os mate, quisiera que contestaseis á una pregunta.

—Hablad.

—Salís de visitar á doña Aldonza de Herrera?

—No lo vísteis?

—Lo ví, y sin embargo lo dudo; qué interés os ha guiado para visitar á esta dama?

—Acaso os importa?

—Si no me importara no me hubiese cruzado á vuestro paso.

—Y qué derecho teneis para dirigirme esta pregunta?

—El que tiene un hombre cuando tiene en sus manos la vida de otro hombre. Así, pues, contestad, Don Estéban de Vargas.

—Conoceis mi nombre? preguntó el jóven sorprendido.

—Bien lo veis.

—Y decís que mi vida está en vuestras manos?

—Sí por cierto.

—Muy diestro sois.

—Lo suficiente para arrancaros la confesion que os exijo.

—Esto ya lo veremos, dijo Vargas.

—Pues en guardia.

—En guardia!

Y el embozado y D. Estéban cruzaron sus espadas.

Ambos eran valientes.

D. Estéban era el mas jóven y atacaba con furia buscando el pecho á su contrario.

Este, mas reposado y tranquilo, evitaba sus golpes con una destreza y habilidad que un maestro de esgrima hubiese envidiado.

Vargas describia un círculo en torno de su adversario, esperando que con la rapidez de sus movimientos encontraria un falso que llevaria la punta de su espada al corazon del embozado; pero éste, fijo como un poste, y con solo el movimiento de su brazo, paraba sus golpes con la mayor sangre fria y esperaba que el mancebo se rindiera á su cansancio, para dirigirle una estocada y acabar con él en un segundo.

De pronto, en la esquina de la calle de las Fuentes, aparecieron cinco ó seis bultos que al rumor que ocasionaban los aceros, se dirigieron, corriendo, hácia el punto del combate.

—La ronda! guitó el embozado. Y bajó la espada.

Vargas hizo lo mismo.

—Qué hacemos? preguntó el desconocido.

—Qué hemos de hacer?.... emprender la fuga.

—No es posible.

—Por qué?

—Porque vivo ó muerto os quiero tener entre mis manos.

—Diablo! esclamó Vargas sonriendo; pues antes que caer vivo en vuestras manos prefiero que me mateis.

Y embistió por segunda vez á su adversario.

Pero era ya tarde.

La ronda se habia acercado y los corchetes, desenvainando sus armas, se dispusieron á atacarles.

Entonces sucedió una cosa estraña.

Llevados por un sentimiento de comun defensa y de una hidalguía que nunca abandonaba á los caballeros de aquel tiempo, los dos adversarios se colocaron uno al lado del otro, y blandiendo su espada, aceptaron la lucha á que les obligaban los corchetes.

—Alto al rey! gritaban estos últimos.

Pero Vargas y el desconocido en vez de contestar y de rendir sus aceros, guardaban el mas profundo silencio y repartian á diestro y siniestro los mas horribles tajos.

Aquel combate, iluminado por el resplandor de dos ó tres linternas que llevaban los alguaciles, tenia algo de infernal y de fantástico.

Los de la ronda habian tirado sus capas al objeto de pelear con mas soltura, mientras el desconocido evitaba la

luz de las linternas y levantaba el embozo de su capa hasta sus ojos, con el fin, sin duda, de que los combatientes no percibieran su semblante.

En cuanto á Vargas, habia terciado su capa, y luchaba con un furor y ardimiento que ocasionaba el espanto á sus mismos enemigos.

El jóven, por su parte, habia muerto á un corchete y herido á otros dos, los cuales yacian en el suelo.

En cuanto al embozado, no hacia mas que defenderse y hasta evitaba el herir á los corchetes.

Mas llegó el instante en que la lucha se declaró á favor de la ronda. En el mismo instante en que D. Estéban iba á dirigir una estocada á uno de los corchetes, el jóven tropezó con una piedra que encontró en el arroyo y dió con su cuerpo en el suelo.

Entonces el corchete se abalanzó hácia él é iba á hundir en su corazon la espada, cuando de pronto, el embozado gritó con voz de trueno:

—Deteneos!....

Y luego inclinándose al oido del que iba á herir al mancebo, pronunció algunas frases en voz baja.

El corchete cayó de hinojos, humilló su cabeza y quitándose su fieltro, esclamó lleno de espanto:

—El rey!

—El rey! repitieron los otros dos corchetes.

—El rey! murmuró Vargas sorprendido.

Y luego, dirigiéndose hácia el emperador Cárlos V, inclinando al suelo su rodilla, añadió:

—Señor, perdone V. M. si el mas humilde de vuestros súbditos ha hecho armas contra vos. Yo, al desenvainar mi espada, ignoraba que luchase con el mayor príncipe del mundo.

—Levantad, señor de Vargas, dijo el rey; que no es justo que un caballero tan valiente, guarde tan humilde postura aunque se encuentre ante el monarca.

—Señor....

—Mas no por esto os absuelvo de lo que ha ocurrido esta noche.

—Señor: tomad mi vida; á nadie pertenece mas que á vos.

—Guardadla para los altos destinos que la providencia os reserva; yo únicamente exijo de vos algunas esplicaciones que me dareis mañana.

Y luego, dirigiéndose á los corchetes que pemanecian silenciosos y compungidos ante el monarca, dijo:

—Ola! prended á este hidalgo y llevadle al alcázar donde esperará mis órdenes.

Los corchetes se lanzaron sobre D. Estéban que no ofreció resistencia; pero viendo que le iban á quitar su espada, Vargas dió un paso hácia atrás y preguntó á Cárlos V:

—He de entregar mi espada, señor?

—Nó, respondió Cárlos V: guardadla, aun puede ser útil.

D. Estéban entonces se colocó en medio de los alguaciles, é inclinándose ante el rey, se dirigió hácia el alcázar.

Cárlos V vió mudo y sombrío como aquel hombre se alejaba, y murmuró:

—No es estraño: es jóven, valiente, hermoso y de corazon hidalgo: yo friso en los cuarenta años y ejerzo con ella mi carácter despótico y tirano. La eleccion no es dudosa....

En seguida, volviéndose hácia el corchete que se habia quedado allí por respeto al monarca, y que por consiguiente no habia acompañado á los dos alguaciles, dijo:

—Qué aguardas?

—Las órdenes de V. M.

—No reclamo nada: mira si estos tres desgraciados que yacen en el suelo, necesitan de ausilio y vé en busca de él al alcázar.

—Señor, uno de ellos, contestó el alguacil, ha muerto; los otros dos están heridos aunque sin esperanzas de vida.

—Enhorabuena: socórraseles y todos los dias se me dará parte de su estado.

El alguacil se inclinó y dijo:

—Quiere V. M. que me dirija enseguida hácia el alcázar y demande el ausilio necesario?

El rey hizo un signo afirmativo.

—V. M. quedará solo... observó el corchete.

—No importa.

El alguacil dejó en el suelo su linterna y echó á correr hácia el palacio.

Pero entonces el rey le detuvo y dijo:

—Lo que acaba de ocurrir lo debe ignorar todo el mun-

do; indícalo así á tus compañeros: el que de vosotros descubra este suceso, comprometerá su cabeza.

El corchete se inclinó profundamente y luego volvió á emprender su carrera.

Cárlos V quedó solo.

El rey cogió la linterna, se acercó á los dos heridos que yacian sin sentido en el arroyo, y luego deteniéndose ante el muerto dijo entre dientes:

—Hé ahí un hombre que ha muerto por defender mi justicia. Este hombre falleció sin comprender la verdadera causa de su muerte. No le ha matado Vargas sino Aldonza..... y todo añadió con amargura, por una muger que, al fin y al cabo, concluye por engañarme!..... El rey lanzó un gran suspiro, se envolvió en su capa y se dirigió con quieto y silencioso paso hácia una esplanada que habia enfrente de palacio y que era el mismo punto en que hoy se encuentra la plaza de Oriente: evitó, con cuidado, los centinelas; cogió hácia la derecha, bajó hácia la puerta de San Vicente, entró por una puerta escusada en los jardines del alcázar, llegó á un postigo que habia en este último, le abrió con una llave que traia en su bolsillo, y se metió por un laberinto de corredores que eran, por decirlo así, las arterias por donde circulaba el aire y la vida de aquella grande y pesada mole.

Pasado un instante llegaba á su régia cámara donde, en vez de acostarse, llamó á su secretario y despachó con fingida sangre fria algunos de sus mas importantes asuntos.

Por lo que toca á Vargas fué llevado á una de las estancias del piso bajo del alcázar y severamente guardado por los hombres de armas que daban guardia en el mismo.

El jóven no comprendia como el rey llegó á sospechar que podia visitar á Aldonza; pero nosotros como cronistas de esta verídica historia y con el privilegio de penetrar y desenvolver sus misterios nos lo esplicamos fácilmente.

Ya se sabe que Aldonza habia pedido con insistencia al monarca que le permitiese asistir á la audiencia que debia conceder á Vargas y Juan de Ávila, desde un gabinete que se hallaba próximo al salon donde aquella debia celebrarse. No obstante de que la jóven pretestó que solo queria ver y oir á Juan de Ávila con objeto, decia, de ver si el fraile era ó nó un conocido suyo, el rey adivinó su intento y con esa fina y disimulada política que constituia el fondo de su carácter, fingió que la daba crédito y accedia á su súplica.

Terminada la audiencia el rey entró en el gabinete y sorprendió á doña Aldonza con el page al cual hablaba en voz baja.

Cárlos V continuó disimulando, volvió á dejar el gabinete, bajo el pretesto de que habia de atender á sus asuntos pero en realidad para mandar á uno de sus hombres de confianza que siguiese al page.

Algunos instantes despues el rey sabia que este último habia ido en seguimiento de Vargas y que le habia entregado una carta.

Todo quedó esplicado. Pero como el rey aun dudase,

llegada la noche Cárlos V vistió un traje de hidalgo, salió del alcázar por un postigo secreto y, envolviéndose en su capa, se dirigió hácia la casa de doña Aldonza, se situó frente de ella y aguardó con impaciencia los sucesos.

Entonces fué cuando vió entrar y salir á D. Estéban acompañado de Angustias.

Lo demás lo saben ya nuestros lectores.

CAPÍTULO XLI.

El rey y el caballero.

En aquella noche ni el rey ni Vargas pudieron conciliar el sueño.

El primero pasó la madrugada con su secretario de Estado, mas bien para olvidar los sucesos de la noche, que por la urgencia de sus asuntos; el segundo pasó el resto de la noche reflexionando en el compriso que se hallaba, en lo que habia de él al monarca y en la multitud de circunstancias que se cruzaban para que no lograra salvar al conde Cevallos.

Al rayar el alba, Cárlos V despidió á su secretario y comenzó á pasearse lleno de agitacion en su cámara.

El rey estaba solo, y de consiguiente podia manifestar su inquietud sin que nadie le observara.

Pasada media hora, poco mas ó menos, el rey llamó á su gentil-hombre de semana y le dijo:

—Se me ha informado que esta noche ha habido cuchilladas no léjos del alcázar, y que á consecuencia de esto se ha prendido un mancebo que está custodiado en palacio. Tengo curiosidad de averiguar los pormenores del suceso; mandad que se llame á este jóven y que suba hasta mi cámara.

El gentil-hombre se inclinó con respeto y volvió á dejar solo al monarca.

Éste continuó paseando.

Algunos momentos despues el mismo gentil-hombre volvia á la real cámara y pedia licencia para introducir á D. Estéban.

Cárlos V hizo un signo afirmativo y tomó asiento en el sillon de su despacho.

Vargas entró.

El jóven estaba pálido.

Tantas impresiones, habian dejado una profunda huella en su rostro. Sin embargo de que se hallaba ante el mas poderoso príncipe del mundo, el jóven procuró serenarse y fijó en el rey una modesta y tranquila mirada. Entonces observó que el rey se hallaba tambien pálido y que se esforzaba por aparecer con esa magestad y dignidad con que nos lo pinta la historia.

—Ayer, señor de Vargas, dijo Cárlos V echándole una rápida ojeada, os recibí en audiencia con el aparato de un monarca que recibe á su vasallo; pero, en el espacio de veinte y cuatro horas han pasado entre vos y yo ciertas cosas que me obligan á dejar la magestad del rey para ofre-

cerme á vuestros ojos con la sencillez de un hombre ordinario. Hé ahí, pues, porque en vez de recibiros en un salon del alcázar os recibo en mi propia cámara.

—Señor, dijo D. Estéban, viendo que el rey guardaba silencio: ya V. M. me reciba en los salones de palacio, ya en su propia cámara, no por esto dejará de ser el gran emperador Cárlos V, y no por esto yo dejaré de ser el mas humilde y fiel de vuestros súbditos.

—Yo aprecio, señor de Vargas, la muestra de lealtad que me dais en este instante; pero os suplico que renuncieis á este lenguage, y que en vez de admirar en mí al emperador Cárlos V, no veais mas que un rival vuestro.

Las frases de *rival vuestro*, fueron pronunciadas con una mezcla de magestad é ironía, que impresionó vivamente á Don Estéban.

A pesar de todo esto, el jóven continuó sereno y respondió:

—Señor, V. M., al calificarme de rival, padece una equivocacion lamentable, y sintiera en el alma que el errado concepto que V. M. ha formado, fuese un motivo para que yo cayese en desgracia.

Tratais de escusar un hecho que presenciaron mis ojos? replicó con cierta severidad Cárlos V.

—Señor, observó D. Estéban, si yo que soy vuestro mas leal vasallo, no temiese ofender á V. M., le diria que Vuestra Magestad pudo ver, pero no comprender; así, pues, V. M. se encuentra alucinado por suposiciones infundadas.

—Es decir que calificais de suposiciones infundadas el hecho de recibir una carta en que una muger os cita á la media noche, en que se os vé entrar á esta misma hora en su casa, en que se os vé salir á las dos de la madrugada?

—Señor, todo esto es muy cierto, replicó Vargas; pero no es lo bastante para que deduzcais mis intentos.

—Y estos intentos estais dispuesto á indicarlos? observó el rey con cierta desconfianza.

—Sí, pero V. M. debe hacer una promesa.

—Veamos.

—Debe prometer que lo que sabrá de mis lábios, no redundará en perjuicio de la muger á que V. M. se refiere.

—Mucho os interesa.

—Muy poco, señor, pero sí lo suficiente para que no olvide con ella las leyes de la caballerosidad y la hidalguía.

—Y si yo no accediese á esta promesa?

—Entonces, repuso Vargas, me veria en la triste necesidad de faltar á mi rey, ó de descender á la categaría de un delator miserable, y antes que esto último, preferiria caer en vuestro real desagrado.

Cárlos V que no se hallaba acostumbrado á este lenguage, clavó sus ojos de águila en aquel jóven que con tanta entereza le hablaba.

Por una estraña coincidencia aquella misma rudeza que habia conquistado las simpatías de Aldonza, conquistaba las del rey.

Éste comprendió que debia variar su táctica, y dijo á Don Estéban:

—El que con tanto brío sabe manejar la espada, debe tener una alma de gran temple: así, pues, la contestacion que vos, caballero Vargas, me habeis dado, no me sorprende lo mas mínimo; léjos de ello, la esperaba de un hombre tan cumplido. Hablad sin temor, D. Estéban: mi esperiencia me hace comprender ciertas cosas, y estad seguro de que lo que yo oiga de vuestros lábios, en nada perjudicará á doña Aldonza.

—Entonces, dijo D. Estéban, fiado en vuestra promesa, ruego á V. M. que me pregunte.

—Conociais á doña Aldonza?

—Nunca la habia visto.

—Entonces, bajo qué pretesto fuísteis á su casa?

—Ella me invitó á que la visitara por medio de un billete.

—Y cuál era el objeto aparente con el cual os invitó á que la hablaseis?

—El de entregarme una carta para Pedro de Arbués, inquisidor de Sevilla, á fin de que pusiese en libertad al conde de Cevallos.

—Vos, sin embargo, observó el rey, escribisteis ayer mismo una carta que yo os dicté y firmé dirigida al gran inquisidor de Sevilla.

—Ya tuve la honra de decir á V. M. que yo ignoraba el objeto que se proponia doña Aldonza.

—Este era el objeto aparente, cuál era el verdadero?

—Lo ignoro, señor, contestó Vargas; pero sino fuese porque tal vez V. M. me consideraria harto inmodesto, diria que doña Aldonza trataba de conquistar mis simpatías.

El rey no obstante la moderacion con que el jóven anunciaba esta idea, palideció visiblemente.

Esto sin embargo, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo:

—Y vos correspondísteis á doña Aldonza?

—Mi alma, señor, respondió el jóven, se encuentra demasiado llena con el recuerdo que la ha dejado mi prometida esposa doña Dolores de Argoso, para que se haya impresionado.

—Esto no obstante, doña Aldonza es jóven, hermosa, no carece de talento y sus hechizos no encuentran rival en ninguna dama de la córte.

—Lo que V. M. dice es muy cierto; pero no es menos cierto lo que he tenido la honra de indicaros. En cualquier otra ocasion los encantos de esa muger hubieran bastado á seducirme; pero mi imaginacion se encuentra muy preocupada con la suerte de la señorita de Argoso, y nada es suficiente á distraerme.

A pesar de la ingenuidad que revelaban sus frases, Cárlos V miró á Vargas con desconfianza, bien como si no le diese crédito.

—Tanto amais á la señorita de Argoso? preguntó el rey.

—Sí la amo señor! dijo con entusiasmo el mancebo: si fuese posible que V. M. me diese á elegir entre su trono y

el cariño de Dolores, preferiria lo segundo á lo primero.

—Y Aldonza conoce vuestro amor? preguntó el rey.

—Me interrogó acerca de él, y yo, obrando con la lealtad de siempre, le contesté, poco mas ó menos, en las frases que V. M. está oyendo.

| Y qué dijo?

—Nada, señor; Aldonza, como todas las mujeres, tiene su amor propio y remitió sus simpatías al fondo de su pecho.

—De modo que esta entrevista ha sido la primera y última?... preguntó con cierta ansiedad el monarca.

—La última nó, porque hoy tengo que visitarla para recoger la carta que me ha prometido para el inquisidor de Sevilla.

—Y pensais cumplir la cita?

—Yo, señor, cumplo siempre mis promesas.

—Sin embargo, observó Cárlos V, hoy por hoy, señor de Vargas, faltareis á vuestro empeño.

—No os comprendo, señor...

—Quiero indicar con esto, que saldreis de la córte sin ver mas á doña Aldonza.

—Yo, señor, estoy dispuesto á cumplir lo que V. M. me ordene... así, pues, podré marchar hácia Sevilla?

—Tampoco.

El jóven palideció.

No comprendia la intencion de Cárlos V.

Este dejó su sillon y dió unos pasos por su cámara.

Se conocia que Cárlos V meditaba algun proyecto.

De repente se detuvo frente al jóven, y clavando en él una mirada penetrante, le dijo:

—Quereis mucho á vuestro rey, señor Vargas?

—Señor, contestó el jóven, mi vida pertenece á V. M., y yo, por el rey, estoy dispuesto á derramar la postrer gota de mi sangre.

—Pues bien, señor de Vargas, ha llegado ya el instante de hacer un llamamiento á los corazones valientes y esforzados. Yo me encuentro en una situacion muy apurada y necesito de muchos recursos para sustentar el grande y poderoso imperio que descansa sobre mis hombros. Por poco que conozcais mi política, tendreis noticia de las grandes empresas que estoy llevando á buen término: por una parte las guerras con la Italia, absorven gran parte de mi ejército: por otra la disolvente doctrina de Lutero, amenaza la unidad de mi grande imperio de Alemania, y por otra, en fin, envío mis hombres de mar y mis galeras á la conquista de las Indias que inauguraron los Cortés y los Pizarro. Mas como si esto no fuera lo bastante á dejar sin paz á mis ejércitos, hace algun tiempo que se ha levantado en Castilla una de esas guerras que contristan mas que nada mi corazon y mi ánimo, y que por verlas á buen remate, diera el mejor floron de mi corona. Me refiero á la guerra de las comunidades en que Padilla y el obispo de Zamora, tratan de usurpar mis derechos. Ahora, bien, D. Estéban: si yo no viese en vos á un noble y cumplido hidalgo, yo, con lo que sucedió esta noche, os hubiese mandado embarcar en mis galeras, y sin

dar cuenta á nadie, sin que mediase entre vos y yo esplicacion alguna, os hubiese mandado á las Indias; pero convencido de que los hechos que me habeis contado son exactos y creyendo aprovechar los servicios de tan bravo y honrado caballero, he determinado enviaros al centro de Castilla, donde se hacen fuertes los comuneros, para que, con cien lanzas, aumenteis el ejército que defiende las prerrogativas é inmunidades del trono.

—Y antes de emprender mi marcha, dijo Vargas, no podré ir á Sevilla?

—No es posible: las últimas noticias me dicen que las comunidades se disponen á una accion decisiva, y yo he dado ya mis órdenes para concentrar mi ejército.

—Señor, dijo Vargas que no comprendia la verdadera intencion del monarca; por mas que V. M. exija de mí un sacrificio, estoy dispuesto á cumplir sus órdenes.

—Pues bien, dijo Cárlos V disimulando su alegría; ahora mismo voy á dar mis órdenes para que se preparen las cien lanzas.

Y dirigiéndose hácia la puerta de su cámara y llamando al gentil-hombre de servicio, dijo á este último:

—Dad órden almirante para que antes de una hora tenga preparadas cien lanzas de cuyo mando se encargará D. Estéban de Vargas.

E indicó al mancebo.

El gentil-hombre se inclinó y dejó la cámara.

—Señor, dijo Vargas que no se esplicaba los motivos por los cuales Cárlos V obraba con tanta prisa; V. M.

no me permite llegar hasta el meson donde para Juan de Ávila?

—Para qué? dijo dijo Cárlos V encogiéndose de hombros. Si quereis participarle vuestra marcha, basta con que le mandeis una carta. Mirad: aquí teneis papel y tintero. Escribidla y cualquiera de mi servidumbre le entregará vuestra carta. Yo, entretanto, os dejo; pero antes de media hora volveré para daros mis instrucciones.

Y sin aguardar contestacion alguna, el rey dejó la estancia.

Vargas quedó triste y pensativo.

Las últimas frases del rey equivalian á una órden, y el jóven era demasiado leal para que dejase de cumplirla.

D. Estéban por mas que reflexionaba no comprendia las verdaderas intenciones del monarca.

Cárlos V al encargar cien lanzas á D. Estéban no se proponia utilizar sus servicios, sino alejarle de la córte para que no hiciese otra visita á doña Aldonza.

El rey conocia á fondo esta última, y le constaba que la jóven no perdonaria medio alguno para conquistar las simpatías de Vargas.

Conocia su carácter, sus pasiones, su talento, sus hechizos, y el rey, que se sentia perdidamente enamorado, no queria esponerse á una derrota, ni su orgullo de monarca le permitia confesarse vencido ante su rival y su manceba.

Hé ahí, pues, porque, sin que Estéban pudiese manifestarlo á esta última, Cárlos V le encargaba el mando de

cien hombres y le enviaba al centro de Castilla donde, tal vez, los comuneros darian cuenta de su inesperiencia y valor con un lanzazo.

El rey, al principio, habia pensado en darle órden para que inmediatamente se dirigiese hácia Sevilla, pero reflexionando, luego, que doña Aldonza tenia noticia de sus amores con la hija de Argoso y que adivinando el punto donde iria el mancebo, se dirigiria tal vez hácia esta ciudad, calculó que no le convenia el darle licencia para que fuese á esta última y que, por el contrario, era indispensable internarle hácia Castilla.

Hé ahí, pues, lo que, con su política, habia determinado Cárlos V, y lo que no comprendia el mancebo.

Este cogió una pluma y escribió lo siguiente:

«Al muy ilustre y venerable Juan de Ávila:

»Reverendo padre: un asunto urgentísimo que S. M. el emperador Cárlos V me ha encargado, me obliga á dejar la córte sin que me quede el tiempo necesario para besar vuestra mano. Me dirijo con cien lanzas al interior de Castilla donde tomaré parte en las guerras que S. M. sostiene en contra de los comuneros. Al recibir estas letras, partid en seguida, hácia Sevilla, entregad la carta que ayer nos dictó S. M. el rey, y manifestad la seguridad de mi cariño á mi prometida esposa Dolores.

»Vuestro mas obediente hijo y humilde servidor,

ESTÉVAN DE VARGAS.»

Esta carta fué entregada á un hombre de palacio y mandada á Juan de Avila.

Mientras el jóven la escribia, Cárlos V hacia llamar á uno de los alféreces que debian ir con las cien lanzas y le encargó, con gran reserva, que vigilase á D. Estéban y le diese cuenta de lo que hiciese en la campaña.

Media hora despues el jóven se ponia al frente de sus cien hombres de armas, y saliendo por la puerta principal del alcázar, se dirigia hácia Segovia.

CAPITULO XLII.

Las comunidades de Castilla.

España en aquel tiempo cruzaba uno de los mas críticos períodos que nos describe la historia.

Las guerras de las comunidades de Castilla son, por decirlo así la primera y enérgica protesta que el pueblo español ha lanzado contra el despotismo de sus reyes; mas á fin de que se comprenda este período y de que nuestros lectores se formen una idea del carácter y tendencias de aquella lucha, acudiremos á las fuentes mas autorizadas de la historia, y aunque tengamos que separarnos del principal objeto de este libro, pagaremos un tributo de admiracion á aquellos honrados y valientes menestrales, que, con el título de comuneros y guiados por Padilla, Bravo, Maldonado y el obispo de Zamora, se levantaron contra un rey que era, en aquella época, el mas grande príncipe del mundo.

Desde el principio de su reinado, Cárlos V dió pruebas de su carácter despótico. En las cartas y provisiones usaba el dictado de magestad; se adjudicaba el título del rey de romanos; daba y quitaba empleos á los flamencos en grave perjuicio de sus súbditos; imponia sueldos y tributos, sin consentimiento de las Córtes, y aceptaba coronas sin consultar la opinion de sus vasallos (1).

Los hombres que le rodeaban y que habia traido de Alemania, consideraban la España como un país de conquista: Jeures, su privado, vendia cuanto podia; y las mercedes, los oficios, los obispados, las dignidades todas, se alcanzaban con algunos maravedises, de manera que, conforme observa un cronista, ya que á los flamencos les faltaba la justicia, les sobraba la avaricia.

Los cargamentos de oro y plata que llegaban de las Indias eran un poderoso estímulo á su codicia, y los españoles no eran mas que unos infelices conductores de aquellos metales preciosos, los cuales pasaban desde sus manos á aquella gente estrangera. Esto se hallaba tan generali-

---

(1) Sin consultar la opinion, aceptó la corona imperial que le presentó con solemne embajada el conde Palatino, y declaró su intencion de pasar pronto á Alemania á tomar posesion del imperio, segun la misma constitucion de este prevenia; declaracion que hizo por medio de Mercurio Gattimara, nombrado gran canciller del reino por muerte de Sauvage. En los despachos adoptó primero los títulos de rey de Romanos y futuro emperador, que el de rey de España en union con doña Juana su madre.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

zado, que era muy vulgar entre los flamencos el llamar indios á los españoles.

La gente de Castilla habia llegado á tal pobreza, que raro era el doblon que caia entre sus manos. Así es que cuando un menestral veia una de estas monedas, entonaba el sabio cantar de:

Doblon de á dos norabuena estedes.
Pues con vos no topó Jeures.

Todo el afan de aquellos estrangeros consistia en enviar á su tierra el oro que llegaba de las Indias, de forma que Castilla era constantemente esquilmada. Un escritor de aquel tiempo dice que no habia moneda en todo el reino sino tarjas, porque la mejor se la llevaba Jeures, y que por el puerto de Barcelona se llevaron setecientos cuentos de oro, nuevecientos cincuenta por la Coruña y ochocientos por otra parte, formando un conjunto de dos millones y quinientos cuentos de oro, cantidad que, en aquella época, era verdaderamente enorme y fabulosa.

A cada instante salian de España acémilas cargadas de oro, plata y telas preciosas, cuya salida autorizaba el mismo Cárlos V.

Los flamencos daban tan escasa importancia á los españoles que los trataban como siervos, y sin respetar sus mujeres ni haciendas, violaban á cada instante su propiedad y su honra. Para ellos no existia la justicia, porque se la hacian con su mano (1) y esto unido á la fama que tenia

(1) Además de esto tenian los flamencos en tan poco á los espa-

el rey de poco entendido y mal acondicionado, ponia en gran desórden la España. Acrecentóse el disgusto con la nueva de que Cárlos iba á ausentarse del reino para ocupar el trono de Alemania y esta, junto con los males ya descritos, ocasionó la resistencia que contra el emperador hicieron muchas ciudades.

La de Toledo fué la primera en enviar una carta á las demás comunidades recordando los agravios que inferia al reino su monarca y muchas de ellas se adhirieron á lo que se decia en la misma. Entonces el rey convocó córtes en Galicia, donde asistieron los procuradores de otras ciudades escepto los de Toledo que no quisieron concurrir á las mismas, por habérseles menguado sus poderes.

El rey en estas córtes se habia propuesto allegar el dinero suficiente con objeto de emprender su viajes á Alemania y dejar, como gobernador y rejente del reino, al cardenal Adriano, obispo de Tortosa, el cual no obstante de ser un hombre muy sabio, de buenas y escelentes costumbres, y de carácter dulce y templado, era odiado por las ciudades por ser de país estrangero. Esto sin embargo, el rey y Jeures, obraron con tal astucia, que los procura-

---

ñoles, que los trataban como á esclavos, los mandaban como bestias, y les entraban en las casas, tomaban las mujeres, robaban la hacienda y no habia justicia para ellos. Sucedió que un castellano mató á un flamenco en Valladolid: acogióse á la Magdalena. Entraron tras él dos flamencos, y en la misma iglesia le mataron á puñaladas y se salieron con ello, sin que hubiese justicia ni castigo.

—Fray Prudencio de Sandoval: *Historia del emperador Cárlos V.*

dores, arriesgando su popularidad, concedieron el tributo y aplaudieron el nombramiento del regente.

Disueltas ya las Córtes, el rey se embarcó con sus flamencos dejando á la triste España llena de duelos y miseria. Pero no bien los procuradores volvieron á sus casas, cuando Toledo fué la primera en aumentar la agitacion que reinaba, comenzando por una romería ó procesion que celebraron sus vecinos bajo el pretexto de rogar á Dios que iluminase el entendimiento del rey.

Entonces fué cuando Juan de Padilla se dió á conocer como uno de los agitadores del pueblo. Sabedor de ello el monarca, espidió una real cédula para que compareciese á Santiago sin pérdida de tiempo; pero al obedecer esta órden, el pueblo atajó su marcha, lo llevó en triunfo á la ciudad, y despues de algunas refriegas con las autoridades del rey y alcaides de las fortalezas, los amotinados se posesionaron de la ciudad, de los puentes y del alcázar (1). Unióse á los amotinados D. Pedro Laso de la Vega, el cual, hallándose desterrado por Cárlos V, y sabiendo este movimiento, se dirigió hácia Toledo, en cuya ciudad fué recibido triunfalmente por el pueblo.

Segovia siguió á Toledo bien que con una revolucion mas sangrienta. La efervescencia de los ánimos recayó en dos pobres alguaciles que intentaban defender á un delegado de la autoridad real y en el procurador Tordesillas que habia votado en las Córtes contra las instrucciones de

---

(1) D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

sus electores y venia agraciado con empleos que le habia dado Cárlos V. Los corchetes fueron arrastrados por las calles de Segovia con una soga al cuello y colgados por los piés de una horca que se levantó fuera de la ciudad. En cuanto á Tordesillas, fué preso en la misma iglesia, y sin que el populacho oyese sus ruegos ni los de un monge franciscano, hermano suyo, cogió al procurador, y sin darle un confesor bajo el pretexto de que los traidores no necesitaban mas confesor que el verdugo, lo ahorcaron por los piés, en medio de los dos alguaciles.

Zamora, asimismo protestó contra el voto de los procuradores á los cuales, no pudiendo ser habidos, se les quemó en estátua y se mostraron sus retratos con dictados infamantes. El alcalde Ronquillo, hombre de carácter enérgico y adusto, se dirigió contra la ciudad, al frente de algunas tropas; pero el obispo de Zamora, que era mas apropósito para manejar la espada que para los oficios del coro, se puso al frente de los sublevados, inutilizó y mermó la gente del alcalde, le prendió en su casa, pegó fuego á esta última y le encerró en un castillo. Obligado el obispo á salir de la ciudad por mandato del conde de Alba y no queriendo tolerar el papel de fugitivo, volvió sobre Zamora, con trescientos de los suyos, y los vecinos de Zamora, en vez de rechazarle, le franquearon sus puertas, y el obispo y los sublevados quedaron dueños del campo.

El ejemplo de estas ciudades fué seguido por otras muchas, entre las cuales se distinguió Cuenca por un suceso verdaderamente horrible: como D. Luis Carrillo de Albor-

noz, intentase contener el movimiento, algunos de los sublevados se burlaron de él de un modo harto pesado: su esposa doña Inés quiso tomar venganza de estas burlas, y fingiéndose amiga de los que estaban al frente de la plebe, cierta noche, en un banquete hizo que se embriagasen, les dió camas para que se entregasen al descanso, y cuando les hubo cogido el sueño, les mandó coser á puñaladas, colgando en unos balcones sus cadáveres. En Búrgos acaecieron, tambien, los mas horribles sucesos: el populacho, enfurecido, arrasó la casa de un francés llamado Jofre, el cual se habia creado una fortuna con el favor de la córte. Irritado Jofre por este atropello, dijo á dos menestrales que reedificaria su casa poniendo huesos de burgaleses por cimiento, y dos cabezas por cada piedra que habian arrancado de su casa. Esto irritó al pueblo, que salió en persecucion de Jofre el cual fué alcanzado en Atapuerca, y gracias al embajador de los franceses y á la de un sacerdote, que, con la custodia en la mano, detuvo al populacho, Jofre, fué llevado á la cárcel conservando aun la existencia; mas al poco tiempo el pueblo asaltó su encierro, rodeó el cuello del francés con una soga y le arrastró hácia la plaza donde fué ahorcado, *haciendo, para mayor escarnio de la justicia, que el corregidor firmara la sentencia de muerte sentado en la escalera misma del cadalso* (1).

Tal era el carácter que tomaba el movimiento, cuando el Consejo real adoptó algunas medidas para atacar los re-

---

(1) D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

voltosos. Lo primero que hizo fué mandar á Segovia al alcalde Ronquillo con mil hombres; pero el pueblo segoviano, en vez de rendirse, escribió demandando ausilio á otras ciudades de Castilla; eligió por gefe de la sublevacion al malogrado Juan Bravo, y como en alarde de su poco miedo, los segovianos improvisaron una horca en medio de la plaza, la cual se barria y regaba diariamente para colgar en ella á Ronquillo.

Este que habia puesto cerco á la ciudad, se vengaba de este insulto mandando ahorcar á los segovianos que cogia en sus escaramuzas; pero reforzados los segovianos con las tropas de Juan de Padilla, que habia llegado de Toledo con dos mil peones y doscientos ginetes, acometieron, con Juan Bravo, al feroz Ronquillo, el cual emprendió la fuga.

Despues de estos sucesos, y deseando castigar á Segovia, Ronquillo, junto con el general Fonseca, se dirigieron hácia Medina del Campo, al objeto de que los de la ciudad le entregasen la artillería que guardaban; pero como los medinenses no quisiesen acceder á sus instancias, Fonseca y Ronquillo les atacaron indignados, y cuando les hubieron reducido al estrecho recinto de la plaza, y viendo que se defendian con una heroicidad admirable, Fonseca arrojó alquitran sobre las casas y mandó pegarle fuego y la ciudad se convirtió en una grande é inmensa hoguera, sin que esto fuese bastante á rendirla (1).

---

(1) Hizo arrojar alcancias de alquitran sobre las casas y edificios,

Este suceso, que envolvió en la ruina y en la miseria á la ciudad de Medina, que era entonces una de las poblaciones mas ricas, mas florecientes y mas mercantiles de España, no hizo mas que irritar á las otras ciudades, que poniéndose en armas, lo trastornaban todo con sediciones y tumultos. En Valladolid la revolucion tomó un carácter democrático, y el pueblo sin consideracion al cardenal Adriano, que permanecia en la ciudad, allanó con furia la casa de los nobles, cometiendo grandes tropelías, y las otras ciudadades, escepto la de Andalucía, empuñaron las armas, encontrándose muchas de ellas afligidas con ódios y enemistades intestinas.

Aquel levantamiento no fué el resultado de una conspiracion bien combinada; fué la esplosion de las iras populares al grito del pueblo herido por mucho tiempo en su dignidad por la avaricia y rapacidad de los flamencos; la revindicacion de unos derechos que Cárlos V, en su sober-

---

apoderóse el fuego de ellos, el convento de San Francisco quedó pronto reducido á cenizas, ardian manzanas enteras de casas, las llamas de aquella inmensa hoguera parecian subir hasta el cielo y alumbraban las poblaciones de la comarca; las mujeres y los niños discurrian por las calles despavoridos y desnudos, dando lamentos tiernos y horribles, y los medinenses, como otros saguntinos, veian impávidos arder sus moradas, devorar las llamas sus riquezas, perecer sus haciendas y sus hijos, antes que rendirse al incendiario Fonseca y al feroz Ronquillo, que al fin se vieron precisados á retirarse con afrenta de la ciudad, sin otro fruto que la rapiña de la soldadesca y el baldon de haber sido rechazados despues de haber destruido la ciudad mas opulenta de Castilla.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

bia, trataba de ofuscar con el brillante resplandor de su corona. De ahí que el levantamiento de las ciudades ofreciese un carácter espontáneo y unánime; y si bien en su principio fué manchado con toda clase de desmanes como suele acontecer en cualquier desbordamiento de las masas, fué, en cambio, la mas grande y terrible leccion contra los que, abusando del poder, quieren lanzar al pueblo en la via de su perdicion y su ruina.

No es, pues, estraño que estos sucesos pusiesen en gran trastorno la nacion y su monarca. Los escesos de Fonseca y de Ronquillo habian escitado la cólera de las ciudades sublevadas, las cuales, siguiendo la de Toledo, que habia dado el primer grito, quisieron enviar sus representantes á un punto céntrico, al objeto de dar mas alma y unidad al movimiento.

Esta congregacion de representantes de las ciudades tomó el nombre de la *Santa Junta*, y en ella figuraban todas las clases. Así es que al lado de un caballero que pertenecia á la mas ilustre nobleza de Castilla, figuraba un pelaire; al lado de un abad ó un canónigo, figuraba un tejedor ó un lencero; al lado de un letrado ó de algun hombre de ciencia, figuraba un jornalero ó un artesano (1).

(1) En esta asamblea habia representantes de todas clases del Estado: caballeros nobles como los Fajardos, los Ulloas, los Maldonados ylos Ayalas; priores de las órdenes, conónigos y abades, doctores letrados; artesanos y plebeyos representados por un frenero de Valladolid, por un lencero de Madrid y por un pelaire de Avila.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

Esto nos hace comprender que aquel movimiento no solo era político sino general y patriótico.

Esta asamblea eligió para su presidente á D. Pedro Laso de la Vega, noble toledano, y para capitan de las tropas de las comunidades á Juan de Padilla, que habia militado en el ejército de Cárlos V.

Lo primero que hizo la Santa Junta fué constituirse en autoridad superior y deponer de la regencia al cardenal Adriano, cuyo nombramiento fué considerado como una infraccion de las leyes de Castilla. Esto asustó al regente y al consejo real, los cuales poniendo sus ojos en la reina doña Juana, encerrada desde quince años en Tordesillas, quisieron autorizar con su firma algunas de sus medidas para contener el movimiento; pero los gefes de los comuneros, Juan de Padilla y Juan Bravo, se apoderaron de aquella villa, y haciendo á doña Juana una triste pintura de las calamidades que aquejaban al reino y del levantamiento de todas las ciudades, echaron por tierra los planes del cardenal y del consejo.

Léjos de ausiliar los proyectos de estos últimos, la reina nombró capitan general á Padilla y consintió en que los representantes de las ciudades tuvieran sus juntas en Tordesillas (1).

---

(1) Padilla alcanzó su nombramiento de capitan general por la reina, y el consentimiento de que se trasladase la Santa Junta á Tordesillas, cosa que daba grande autorizacion, cualquiera que fuese el verdadero estado de la reina, á las determinaciones del

No obstante de que doña Juna padecia arrebatos de enagenacion mental y de que entre el pueblo gozaba fama de loca, el apoyo que dió la reina á los comuneros, puso en gran susto al cardenal Adriano y á los mismos del consejo, los cuales, atemorizados, no trataron mas que de ponerse en salvo y cada uno se ocultó por donde pudo.

Entretanto el furor de los pueblos sublevados iba en aumento sin que el rey D. Cárlos fuese bastante á aplacarles con las exhortaciones y medidas que tomaba para devolver á sus súbditos la tranquilidad perdida (1). La noticia de que doña Juana habia recobrado su juicio, circulaba con gran júbilo entre el pueblo, y todo el mundo lo tenia á milagro. La reina prometia á los comuneros que les ayudaria en la noble empresa de restaurar las libertades y en la de arrojar á los flamencos de España; y esto contribuia no poco á entusiasmar las ciudades sublevadas; mas al

---

gobierno central de los comuneros.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

(1) Para aplacar con alguna blandura los ánimos de los pueblos inquietos, mandó que no se exigiese el dinero que en las córtes de la Coruña habia mandado pedirles. Aprobó solo las contribuciones que de tiempo inmemorial acostumbraban pagar. Prometió con juramento que los oficios y dignidades de ningun modo se conferirian de allí adelante á estrangeros, y finalmente exhortó á la nobleza á cuidar del bien público, ofreciéndola que tanto mas tendría en memoria sus buenos servicios, cuanto fuese la fidelidad y celo que manifestasen en una cosa tan importante, y que no permitiria que su benignidad quedase vencida de la grandeza de los méritos.—*Continuacion de la Historia general de España,* por el P. Francisco José de Mariana.

poco tiempo la reina volvió á dar señales de locura, y esto fué causa que Juan de Padilla y sus hombres cayeran en desaliento.

Cuando los comuneros necesitaban de toda su fuerza y energía, fué desgraciadamente cuando empezaron á dar muestras de debilidad y flaqueza. Sin embargo de que todas las ciudades de Castilla se habian puesto en armas; de que el ejército imperial habia sido batido; de que sus caudillos habian emigrado al estrangero; de que los consejeros estaban fugitivos ú ocultos y de que, en fin, los comuneros reinaban como soberanos en el reino, la Santa Junta careció de energía para llevar el movimiento á buen término, y careció de talento para organizar los grandes elementos que llevan consigo los sacudimientos populares.

Aunque mandó comparecer á los diputados de la Coruña para que diesen cuenta del uso que de sus poderes habian hecho, no supo como habia de llenar el vacío en que les dejaba la locura de doña Juana ni les ocurrió llamar á su hijo don Fernando, el cual, como criado en España, hubiera sido lo bastante para que la revolucion se afirmara. Tampoco interesó en su causa la nobleza, la cual es siempre amiga de la inmunidad y el privilegio, y por consiguiente tarde ó temprano habia de ladearse á favor de Cárlos V; léjos de ello, permitió que el pueblo se desbordara y que concluyese por intentar el establecimiento de una mal soñada igualdad; que atacase la hacienda y privilegios de los nobles y que atacase, en fin, á unos hombres que por su poder, su riqueza y su influencia en el país, era

susceptible de impulsar el alzamiento á una senda favorable.

La Santa Junta se vió, por decirlo así, admirada y sorprendida ante los sucesos que le habian colocado al frente de los destinos del reino, y en vez de obrar con mano firme dejó, por una parte, que el pueblo campeara á su capricho, y por otra, en vez de luchar con la tiranía del rey y de ahogarla para siempre, se limitó á suplicarle que pusiese término y remedio á los males que aquejaban la España (1). Con esto la Junta daba una prueba del respeto que le inspiraba Cárlos V, y de que en nada queria perjudicar al trono. Aquella asamblea pedia tan solo que no se admitieran en España los flamencos, los franceses, ni otra gente estrangera; que los oficios de la real casa y la guarda del monarca, se encomendase á españoles; que se suprimieran los gastos escesivos y que no se sacase de España el oro ó plata labrados ó por labrar; que separase los hombres de su consejo y los cambiara por hombres naturales del reino; que la magistratura estuviese á cargo de hombres cuerdos y esperimentados y no á

(1) La Santa Junta, en vez de reformar, obrando ya como autoridad suprema, los abusos de que se lamentaba, y de reparar los agravios que el reino sufria se limitó á usar el tono de súplica dirigiendo al rey una larga carta (20 de octubre, 1520), refiriéndole todo lo acaecido en Castilla desde su ausencia, y á la cual acompañaba en forma de memorial, un estenso catálogo de los capítulos que el reino pedia, y de los agravios y vejaciones que habia sufrido, y que le suplicaba remediase.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

jóvenes imberbes; que hiciese restituir á la corona las villas, fortalezas ó territorios que guardaban sus señores contra lo dispuesto por doña Isabel la Católica, y otras varias peticiones que indicaban la situacion y mal estado en que el reino se encontraba.

Entre estas peticiones debemos señalar una, que sin embargo de las muchas revoluciones que desde entonces han ocurrido en España, no hemos vistc aun planteada. Nos referimos á la incompatibilidad que existia entre el cargo de diputado y el recibir del rey honores ó mercedes.

Así los comuneros pedian á Cárlos V que los procuradores que fuesen enviados á las córtes, no pudiesen, bajo ningun concepto, recibir mercedes de SS. AA. ni de los reyes sus sucesores, de cualquier calidad que fuesen, para sí ni para sus mujeres, hijos ni parientes, *so pena de muerte y perdimiento de bienes*... porque estando libres los procuradores, de codicia, añadian los comuneros, y sin esperanza de recibir merced alguna, entenderán mejor lo que fuera del servicio de Dios, de su rey y del bien público, y en lo que por sus ciudades y villas fuere cometido (1).

La Santa Junta envió al rey estos y otros capítulos á fin de que se dignase aprobarlos; mas Cárlos V, que no podia tolerar otra autoridad que la suya, y que por otra parte veia mermados sus derechos, en vez de acceder á esas

---

(1) *Historia del emperador Cárlos V rey de España;* escrita por el maestro Fray Prudencio de Sandoval.

justas peticiones, mandó prender á uno de los tres emisarios que le habia enviado la asamblea, le encerró en un castillo, y no detuvo y encerró á los otros dos, porque emprendieron la fuga. Con esto el emperador se burló de la debilidad y sencillez de los comuneros que, únicos representantes de la soberanía del pueblo, quisieron pedir á un rey lo que podian hacer por su cuenta. Los comuneros se distinguieron por su valor y energía en la sublevacion de Castilla; pero no tuvieron bastante fuerza y discrecion en el ejercicio del mando, ni tuvieron bastante valor para fijar de un modo indestructible las libertades del pueblo.

Viendo que Juan de Padilla y sus hombres no conquistaban la nobleza, los flamencos aconsejaron al rey que se apoyara en la misma, y en su consecuencia al lado del cardenal Adriano, colocó á otros dos gobernadores castellanos, los cuales fueron el condestable D. Iñigo de Velasco y el almirante don Fadrique Enriquez. Ambos pertenecian á la grandeza de España, gozaban fama de valientes y ejercian en el pueblo grande autoridad é influencia.

Lo primero que hizo el condestable, fué entrar en secretos tratos con algunos sublevados de Búrgos, y ganando al pueblo con promesas de exenciones, derramando el oro á manos llenas, lisongeando los unos é intimidando á los otros, alcanzó que la mayoría de la poblacion le abriese las puertas de la ciudad, á la cual entró bien que sufriendo las amenazas é insultos de los que querian luchar aun contra el emperador Cárlos V.

La traicion de Búrgos animó á los nobles que se colocaron al lado del cardenal Adriano, el cual, en aquel mismo tiempo, habia logrado fugarse de Valladolid donde le tenian preso los comuneros, refugiándose, luego, á Medina de Rioseco.

El levantamiento de los nobles sorprendió tanto á los comuneros, cuanto estos habian visto en ellos algunos de sus auxiliares.

La defeccion de Búrgos irritó tanto á la Junta, que esta afeó á aquella ciudad con dura y vigorosa frase recordándole sus compromisos y echándole en cara los escesos á que se habia entregado anteriormente (1).

Mientras el cardenal Adriano, fortalecido con el alzamiento de los nobles, introducia con sus cartas y provisiones la discordia en los sublevados, el almirante D. Fadrique Enriquez, que era un hombre muy querido del pueblo por su carácter conciliador y templado, escribia á Valladolid una carta llena de nobles y humanitarios sentinientos exhortando á los comuneros que aceptasen la paz, dejaran sus armas y prometia, en fin, á la Junta, en nombre de Cárlos V, el cumplimiento de muchas de las peticiones que algun tiempo antes los mismos comuneros habian pedido al monarca; pero los ánimos se hallaban entonces muy

---

(1) La Junta respondió á Búrgos afeándole en términos vigorosos y duros su veleidad, recordándole sus compromisos, y echándole en rostro los escesos con que, mas que otras ciudades, habia manchado su alzamiento. D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

agriados y no hubo forma para conciliar los intereses de uno y de otro bando.

Los comuneros sabian ya que el rey habia mandado prender á uno de sus emisarios, el cual tenia por objeto el esponerle los agravios y quejas de un pueblo verdaderamente ultrajado, y considerando esta accion como un insulto y como un rasgo de tiranía y despotismo, aquellos hombres perdieron su templanza, y no viendo en D. Fadrique Enriquez mas que un satélite del rey, encomendaron la solucion de aquel conflicto al esfuerzo de sus armas.

La irritacion de los comuneros subió de punto al saber que uno de los principales emisarios que la Junta habia enviado á Búrgos con objeto de rogar al condestable para que licenciara á su gente, fué preso por el conde de Alba de Liste, el cual, luego que le hizo dar garrote en su mismo calabozo, puso en libertad á sus demás compañeros á fin de que contáran á la Santa Junta como recibia sus mensajes.

Una vez sabido este suceso, la transaccion no fué posible. Los comuneros calificaron de traidores al condestable y al de Liste, la Junta hizo un llamamiento á las ciudades para que aumentaran su ejército, dió sus instrucciones para que éste se lanzara al campo, y llenas de valor, de energía y de ardimiento, las comunidades se apercibieron al combate.

CAPÍTULO XLIII.

Los tres caudillos.

Era la noche del 22 de abril de 1521.

El pueblo de Torrelobaton, lugar insignificante de Castilla, se hallaba envuelto en la oscuridad y el silencio.

El cielo se hallaba encapotado y sombrío: llovia con frecuencia y una densa niebla cubria como un sudario las casas y los campos.

Esto no obstante, de cuando en cuando, se oia el rumor de gentes de armas que rondaban por el pueblo, y la tranquilidad de la noche se hallaba interrumpida por el alerta de las avanzadas que habia en un campamento cuyas blancas tiendas casi no se percibian entre la oscuridad de la noche.

Este campamento era el de los comuneros y en el que se habian refugiado todos los hombres que habiéndose

agrupado en torno del liberal estandarte, preferian la muerte antes que ceder á las exigencias de Cárlos V.

La causa de los comuneros se hallaba ya en decadencia.

Muchos de los nobles que habian impulsado el movimiento, se habian puesto al lado del condestable D. Iñigo de Velasco y del almirante D. Fadrique Enriquez, los cuales eran gobernadores del reino, junto con el cardenal Adriano.

El marqués de Astorga, el conde de Benavente, el de Lemos, el de Valencia y otros nobles de Castilla, habian acudido con gran número de lanzas y muchos hombres de armas á Rioseco, donde el cardenal se encontraba, mientras que otros personajes de la grandeza recorrian las provincias y alentaban con su gente la causa del monarca.

Algunos meses antes los comuneros habian sido vendidos por su jefe D. Pedro Giron, el cual habiendo relevado á Padilla, que permanecia en Toledo, no habia querido atacar á Rioseco, por mas que llevase una fuerza de diez y siete mil hombres y de que el cardenal Adriano se mantuviese allí con pocas fuerzas.

Bajo el pretesto de que reinaban los frios de diciembre y de que habia mucha escasez de víveres y tiendas, don Pedro Giron suspendió su campaña contra los imperiales y dispuso que el ejército invernara en Villalpando, fingiendo no comprender que el mejor alojamiento que podia dar á sus tropas, era la misma poblacion de Rioseco donde se albergaban el cardenal y sus nobles.

Hasta entonces no se habia dado aun una batalla que decidiera la suerte de ambos bandos.

Todos los dias ocurrian encuentros y escaramuzas entre uno y otro ejército, sin que se alcanzaran mas resultados que los que se pueden alcanzar en los combates parciales.

Todo era confusion y desórden: no se conocia mas ley que el hurto y la rapiña: los de uno y otro ejército saqueaban las villas, talaban los campos, robaban las aldeas, y tal era la poca estima en que los labriegos tenian su hacienda, que viendo improductivos sus campos, vendian sus instrumentos de labranza,

Los hombres no estaban seguros por los caminos, ni las mujeres en sus casas. La violacion y el robo se habian convertido en hechos vulgares y ordinarios. Las comunidades obligaban á tomar las armas á todos los hombres que llegaban á diez y ocho años y no pasaban de sesenta, y los imperiales hacian lo mismo en todos los puntos donde ondeaba su estandarte.

El pueblo habia comprendido que la inaccion de su jefe D. Pedro Giron habia sido causa de que las comunidades no triunfasen y llamándole traidor le amenazaban con quitarle su existencia.

Tal fué su impopularidad que Tudela y otras ciudades le cerraron sus puertas con lo cual el gefe de los comuneros no tuvo otro medio que refugiarse en las tierras de su padre, donde permaneció todo el tiempo que duraron las revueltas.

Entonces el bravo Juan de Padilla salió de Toledo al frente de dos mil hombres.

Comprendiendo la Santa Junta que su presidente don Pedro Laso de la Vega tenia mas condiciones para colocarse al frente del ejército, queria nombrar á éste general en gefe, mas el pueblo amaba á Padilla con frenético delirio, y viendo en él al represntante de su causa, al que habia dado el primer grito de libertad, se empeñó en aclamarle como gefe, por mas que el mismo Juan de Padilla, conduciéndose con gran nobleza, fuese el primero en ensalzar las buenas prendas de Laso, y aconsejara al pueblo que optara por su nombramiento. Pero el pueblo que mas que por su refiexion, se deja arrastrar por sus sentimientos, despreció las observaciones de la Junta y hasta las arengas de su mismo gefe, y moviendo gran tumulto y al grito de *Viva Juan de Padilla*! eligió por gefe á este último, no sin que con esta eleccion la autoridad de la Junta quedase menospreciada.

Esta eleccion resintió en gran manera á Pedro Laso, el cual, sin que se le pueda calificar de traidor, no observó por su causa el ardimiento que habia mostrado en un principio.

Uniéronse á Padilla, Juan Bravo, capitan de la gente de Segovia, y Francisco Maldonado, que se hallaba al frente de los hombres que le habian proporcionado las comunidades de Ávila y Salamanca, formando un total de siete mil hombres, quinientas lanzas y algunos cañones.

Con esta gente, Padilla se dirigió hácia Torrelobaton,

villa muy bien mirada y guarnecida por los imperiales, y despues de intentar varios asaltos y de haber recibido un refuerzo de tres mil cuatrocientos infantes, Padilla entró en el pueblo sin que su generosidad é hidalgía fuese bastante á detener sus hombres en el saqueo que de la misma hicieron.

Entonces los imperiales hicieron proposiciones de paz, no tanto con el fin de alcanzarla como para penetrar sus huestes á un combate decisivo. Los comuneros hubiesen alcanzado el triunfo y afirmado para siempre la libertad de España, si en vez de oir los alhagos de los nobles, hubiesen continuado su campaña cayendo sobre Tordesillas, que era el punto donde se habian refugiado los magnates: pero el gefe de las comunidades se durmió sobre los laureles, el ejército imperial volvió á tomar nuevos bríos, y sin que nadie le observase, preparó la sangrienta jornada de Villalar, término y fin de aquellas guerras que tan célebres se hicieron en la historia.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Era la noche del 22 de abril de 1521.

Todo en los reales de los comuneros se hallaba en el mas profundo silencio.

Las tiendas se veian mojadas por la menuda lluvia que caia, y los soldados fatigado por las maniobras del dia, se entregaban al mas profundo sueño.

Esto no obstante, entre aquellos hombres habia tres que no dormian.

Estos eran los tres jefes de los comuneros, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado.

Los tres guardaban silencio.

Juan de Padilla, taciturno y cabizbajo, se paseaba á lo largo de su tienda sobre cuya puerta ondeaba el pendon morado de Castilla; Juan Bravo se ocupaba en escribir sobre un pliego de papel que se veia en una mesa de campaña, y Francisco Maldonado, seguia con distraidos ojos la mano de Juan Bravo que se deslizaba rápida sobre el papel en que escribia.

Pasado un instante, este dejó la pluma y leyó para sí lo que con tanta rapidez habia escrito.

Padilla cesó en su paseo y se detuvo enfrente del capitan de las gentes de Segovia.

Francisco Maldonado dejó su actitud distraida y fijó una escrutadora mirada en el papel que Juan Bravo habia escrito.

—Y bien? preguntó Juan de Padilla.

—Ya está, respondió Bravo.

—Leed, replicó el jefe de los comuneros, volviendo á su paseo.

Juan Bravo cogió el documento, y con voz firme y robusta, leyó lo siguiente:

«A los capitanes de las gentes de armas que tienen las comunidadas de Palencia, Dueñas, Zamora, Leon y Salamanca:

«Yo, Juan de Padilla, jefe del ejército de las comunidades de Castilla, en nombre de la Santa Junta y del pueblo cuyas libertades defiendo, os requiero para que en un breve plazo enviéis á Toro las gentes de armas que deben aprontar, esas vuestras ciudades, con todos los ginetes y cañones que puedan facilitar las mismas. La causa del pueblo se halla notablemente comprometida por las asechanzas de los imperiales; y el ejército de los comuneros necesita el ausilio de todos sus hermanos de armas para combatir al enemigo y poner cerco á Tordesillas, la cual se halla reforzada por tres mil infantes, quinientos hombres de armas y algunos caballos capitaneados por el condestable D. Iñigo de Velasco. Por tanto al recibo de estas letras, esas comunidades pondrán en pié de guerra á sus ejércitos y los enviarán á Toro donde se dirigen nuestras tropas.

»Dado en el real de Torrelobaton á 22 de abril de 1521.»

—Está bien, observó Juan de Padilla luego que Bravo hubo concluido la lectura de esta carta.

Y acercándose á la mesa en que habia escrito el jefe segoviano, cogió la pluma y firmó.

Entonces Maldonado se levantó, y dirigiéndose á uno de los dos hombres de armas que daban la guardia á la puerta de la tienda, le dijo:

—Llamad á vuestro jefe y decidle, en nombre de D. Juan de Padilla, que elija al soldado mas valiente y corredor de nuestro ejército para que lleve este parte á su destino.

Y le entregó el pliego que habia escrito Maldonado.

Luego volvió al mismo punto donde habia dejado á éste y á Juan de Padilla.

—Si estas comunidades nos envian el contingente que pedimos, nada se habrá perdido, dijo Maldonado á sus otros dos compañeros.

—Mucho lo dudo, replicó Juan de Padilla, D. Iñigo de Velazco, que comprende la situacion en que estamos, hará cualquier esfuerzo para que esa gente no acuda en nuestro ausilio, y entonces no nos quedará mas recurso que batirnos.

—Que importa, observó Juan Bravo. Vos, Padilla, tragísteis de Valladolid dos mil peones con doscientas lanzas, los cuales unidos á la gente de Torrelobaton y la que se reunió en tierra de Campos, forma un ejército de ocho mil hombres y quinientas lanzas. Esto sin contar la artillería de Medina y nuestro San Francisco (1), á cuya sola voz huirán Velasco y el almirante.

—Nó, Bravo, nó replicó Juan de Padilla; vuestro afan por salvar la libertad os engaña. El pueblo que hoy mandamos no es el mismo que se levantó á nuestra voz al principio de la guerra. Desde entonces han pasado ya algunos meses, y en vez de formarse un ejército disciplina-

---

(1) *El San Francisco* era un célebre y famoso cañon fabricado en tiempo de Cisneros: sus disparos eran tan terribles, que solia decir-en las batallas comunmente: *Guárdate de San Francisco!*—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

do y aguerrido, solo tenemos una inquieta masa de hombres que en vez de comprender la libertad en su acepcion hidalga y generosa, no hace mas que entregarse á los escesos.

—Acaso los imperiales no han hecho lo mismo? observó Maldonado; acaso la guerra civil no produce siempre toda clase de violencias?

—Ciertamente, observó Padilla; mas los imperiales se hallan bajo el mando de jefes que tienen en su carácter y su sangre los hábitos del feudalismo; mientras nosotros defendemos el principio de libertad, ellos amparan el despotismo; mientras nosotros consideramos á nuestros hombres como iguales, ellos consideran los suyos cual siervos. Este os esplicará la audacia de la nobleza. Cuando nosotros reinábamos como únicos soberanos en Castilla, cuando Pedro Giron se encontraba al frente de quince ó veinte mil hombres y el poder de Cárlos V se hallaba completamente abatido, fué cuando los nobles levantaron su cabeza para luchar frente á frente con los nuestros. Entonces fué cuando el duque de Nájera envió al condestable Velasco quinientos hombres de Navarra; mientras que el del infantado sujetaba á los comuneros de Guadalajara y daba garrote á su jefe en su mismo calabozo; entonces fué cuando el señor de Chichon peleaba contra nuestra gente de Segovia en el interior de la catedral misma, cruzando sus fuegos en el átrio, en el claustro, en las capillas y el coro (1); en

(1) Histórico.

tonces fué cuando el conde de Luna se dirigió á los montes de Leon para reclutar su hambrienta y miserable gente que ha convertido en hombres robustos é invencibles, y entonces fué cuando los condes de Haro, de Oñate, de Osorno, el marqués de Falses y otros nobles que habian permanecido arma al brazo, levantaron su estandarte y se colocaron al lado de Cárlos V, con los soldados de sus tierras y señorios. Desde entonces, creedlo, la causa de las comunidades ha ido en decadencia: la nobleza se ha visto atacada en sus fueros y privilegios, y comprendiendo que la libertad era incompatible con sus títulos, han ausiliado á los flamencos.

—Lo que decís es muy cierto Padilla: mas culpad principalmente á D. Pedro Giron, que al frente de diez y siete mil hombres no se atrevió á embestir á Rioseco, donde, junto con los magnates, se habia refugiado el cardenal Adriano.

—En efecto, dijo Padilla ahogando un suspiro; D. Pedro Giron fué un traidor que habia de pagar su defeccion con la cabeza. El fué quien me obligó á salir de Toledo con dos mil hombres para reforzar nuestro ejército. Desgraciadamente el pueblo me aclamó por su jefe, y en esto no anduvo acertado.

—Por qué motivo? interrogó Juan Bravo.

—Porque el pueblo debia confirmar la eleccion de la Santa Junta.

—Es decir, interumpió Maldonado, que segun vos, el general de los comuneros lo debia ser D. Pedro Laso?

—Cabal, amigos mios.

—No os comprendo, dijo Bravo.

—Escuchad, Juan, replicó Padilla cesando de andar de uno á otro estremo de la tienda; vosotros me habeis visto luchar en cien combates; vosotros habeis visto como al grito de pátria y libertad empuñaba mi tizona y aguijaba mis corceles sin tener en cuenta el número y poder del enemigo; vosotros, en fin, habeis presenciado la manera con que he conquistado los títulos por los cuales el pueblo me ha aclamado por su jefe. Bajo tal concepto, vosotros que á mas de ser mis compañeros y amigos, sois caballeros é hidalgos, no considerareis su eleccion desacertada. Pero yo que me conozco á mi propio, yo que siempre antepongo mi orgullo á los intereses de la causa que defiendo, os diré que el pueblo debia elegir á Laso por su jefe. Si D. Pedro se hubiese encontrado en mi puesto, en vez de escuchar las proposiciones de Enriquez y Velasco, se hubiese dirigido hacia Tordesillas con la misma gente que en el cerco de Torrelobaton puso en fuga al enemigo. Pero mi corazon que se encuentra siempre abierto á la paz y á la concordia, que vé con tristeza el derramamiento de sangre entre gentes hermanas, escuchó la voz de su generosidad y nobleza, y de ahí que se mostrase fácil á una transaccion que el mismo pueblo ha rechazado.

—Y creeis, observó Maldonado, que Laso no hubiese obrado de igual modo?

—Nó: D. Pedro Laso como presidente de la Santa Junta y como hombre de mas edad y esperiencia, no hubiese

creido en las negociaciones de paz entabladas por Enriquez y Velasco. Hombre de un corazon mas duro y enérgico que el mio, no hubiese economizado la sangre de nuestros hombres y hubiese privado al conde de Haro que ausiliase á Tordesillas y se hubiese apoderado de Simancas, que, por su situacion estratégica, se ha considerado siempre como el centro desde el cual los imperiales han emprendido siempre sus luchas y combates.

—Tranquilizaos, Juan, esclamó Bravo; Dios protege las santas causas, y la nuestra no está perdida.

—En efecto, dijo Padilla, reprimiendo un suspiro; pero Dios tambien castiga á los pueblos para castigar sus escesos.

—Todo consistirá, replicó Maldonado, en que la carta que vos, Bravo, habeis escrito, llegue á tiempo á las comunidades de Palencia, Zamora y Salamanca.

—Y quién os dice que estas comunidades nos enviarán su gente? observó Padilla, acaso no recordais que Búrgos abrió sus puertas al ejército de Carlos V? El pueblo es de sí muy mudable, y aunque Dueñas, Palencia, Leon, Zamora y Salamanca nos envien sus hombres á Toro, el condestable Velasco y el almirante Enriquez que han salido ya de Tordesillas, dejando la guarda de la reina y de la villa al Cardenal Adriano, les cortarán el camino.

—Y creeis que la gente de las comunidades no podrá luchar con ellos?

—No es posible, replicó el jefe de los comuneros con tristeza; hoy nuestros espías me han dicho que el condes-

table con su hijo el conde de Haro y el almirante Enriquez, se hallaban reunidos con seis mil peones y dos mil cuatrocientos ginetes en Peñaflor, cerca de Torrelobaton, dispuestos á atacarnos. Yo aceptaria con gusto la lucha; pero el ejército imperial es superior al nuestro en fuerzas y disciplina, y dudo mucho que la causa de la libertad saliese triunfante. No nos queda, pues, otro medio que correrno hácia Toro donde nos haremos fuertes y podremos aguardar los sucesos.

La conversacion de los tres caudillos llegaba á este punto, cuando de pronto uno de los oficiales que estaban en las avanzadas del campamento, entró en la tienda.

Padilla se volvió á el y le dijo:

—Qué ocurre?

—Ocurre, mi general, que acaba de llegar á nuestros reales un mensajero del condestable Velasco, respondió el oficial.

—De dónde viene?

—De Peñaflor.

—Os ha participado el mensaje?

—Nó, mi general: dice que tiene encargo de celebrar con vos una entrevista.

—Mandad que entre, dijo Padilla.

El oficial salió.

Los tres jefes se miraron.

No comprendian las noticias que les podia traer el mensajero.

Pasado un instante, un jóven de veinte á veinte y dos

años, con las insignias de capitan, lleno de lodo su uniforme y con grandes muestras de cansancio, penetraba en la tienda donde se hallaban reunidos los tres jefes.

Este jóven era D. Estéban de Vargas.

CAPÍTULO XLIV.

El mensajero.

Obedeciendo los órdenes del emperador Cárlos V, Vargas habia dejado la córte, y poniéndose al frente de cien lanzas, se habia unido á las tropas del almirante D. Fadrique.

Por espacio de unos dias, el jóven recorrió los campos de Castilla, tomó parte en escaramuzas y combates, y su buen esfuerzo y valor, habia llamado tanto la atencion del condestable Velasco y del almirante Enriquez, que éste le confiaba siempre las mas arriesgadas empresas.

El almirante D. Fadrique, llevado por sus generosos sentimientos, hacia mucho tiempo que alentaba el deseo de poner término á la guerra conciliando los intereses del rey con los del pueblo, y hasta habia dirigido á la Santa Junta un documento que en nombre de Cárlos V, le proponia la paz y la concordia; mas el rigor que habia desple-

gado el condestable y los atropellos cometidos por los nobles, habian sido parte á que la Junta no escuchara su propuesta.

Esto no obstante, el almirante no era hombre que cejase fácilmente. Comprendiendo que en lo sucesivo no tenia mas medio que luchar frente á frente con las comunidades, que cesaban ya las escaramuzas para emprender un formal combate y que un último y postrer esfuerzo seria quizá bastante á celebrar la paz con los comuneros, D. Fadrique habia enviado á D. Estéban de Vargas á los reales enemigos para que conferenciase en nombre suyo con don Juan de Padilla, y tratase con él de una paz que ya habia rechazado la Junta.

Hé ahí, pues, porque D. Estéban, acompañado por diez lanzas, habia llegado al campamento, y porque entraba en pláticas con el gefe de los comuneros.

Vargas penetró en la tienda donde se hallaban los tres caudillos, con esa actitud y nobleza del hombre que tiene conciencia de una mision grande y elevada.

Constábale que D. Juan de Padilla era uno de los mas hidalgos y cumplidos caballeros de aquel tiempo, y alimentaba la esperanza de que no solo seria de él bien recibido, sino que alcanzaria una paz que él, como hombre de corazon hidalgo, y como buen español deseaba.

Vargas dió unos pasos en el interior de la tienda y fijó sus ojos en los tres nobles y simpáticos caudillos que recibieron al jóven con gran cortesía.

Luego se fijó en Juan de Padilla que se distinguia de

sus compañeros de armas por su hermosura y gallardo continente.

El jefe de los comuneros era un hombre de treinta á treinta y dos años; era mas bien alto que bajo, de rostro igualado, ligeramente pálido, y de larga y poblada barba. Su presencia era noble y gallarda, y en su actitud, en sus maneras, en sus facciones, se veia el tipo de la nobleza castellana (1).

En 1518 habia sido nombrado por Cárlos V., capitan de gente armas, y únicamente las habia vuelto contra el rey, al ver que éste, llevado por su carácter despótico, las volvia contra el pueblo.

Vargas fijó en el caudillo una rápida y escrutadora mirada, y luego dijo inclinándose:

—Tengo el honor de dirigirme al señor D. Juan de Padilla?

Este hizo un signo afirmativo, é inclinándose á su vez replicó:

—Y yo, caballero, á quien tengo el honor de recibir en mi tienda?

—Me llamo Estéban de Vargas y soy capitan de gente de armas, nombrado por S. M, el emperador Cárlos V.

—Sed bien venido caballero, y decid lo que os trae al campamento, dijo el caudillo.

---

(1) Era un hombre de unos treinta años, de gallarda presencia, de limpia sangre, de ánimos esforzados, de sentimientos patrióticos de amable condicion y muy querido del pueblo—D. Modesto Lafuente *Historia general de España.*

—Traigo para vos, D. Juan, una mision de la cual pende la tranquilidad y la paz de nuestra pátria.

—Quién os la ha encargado? interrogó Padilla.

—El almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez.

—Representais, caballero dijo el jefe de los comuneros, á uno de los hombres mas nobles, mas generosos y mas honrados de Castilla; y creed que tengo á mucho honor el recibiros. Hablad, y estad seguro de que se os escuchará con toda la consideracion y respeto que merece tan digna y encumbrada persona.

Vargas dirigió una mirada á Juan Bravo y á Francisco Maldonado, bien como si su presencia fuese un obstáculo á que entablara su plática; pero como Juan de Padilla lo observase, añadió:

—Estos caballeros son mis compañeros, mis amigos, ó, por mejor decir, mis hermanos. Con ellos no guardo reserva, y su calidad y nobleza, les hacen acreedores á toda mi confianza. Hablad, pues, sin temor, señor de Vargas, que lo que digais á mí, lo direis á ellos; y yo no haré ni dispondré nada, sin su advertencia y consejo.

D. Estéban volvió á inclinarse y dijo:

—Ignoro Sr. D. Juan de Padilla, si sabeis que el imperial ejército, compuesto de seis mil infantes y dos mil caballos, se encuentra en Peñaflor, al mando de D. Fadrique Enriquez, el condestable Velasco y su hijo el conde de Haro.

—Lo sé por las noticias que de este pueblo me han traido hoy mis corredores.

—Pues bien, el almirante Enriquez en su deseo por economizar sangre castellana, me envia á vos para que os haga en su nombre proposiciones de paz y evitar de este modo el combate en que de un dia á otro entrarán nuestros ejércitos.

—Y estas proposiciones las hace tambien el condestable Velasco? preguntó Padilla.

—Nó: desgraciadamente en la lucha con las comunidades D. Iñigo de Velasco ha representado siempre la guerra mientras que D. Fadrique ha representado la paz.

—Entonces...

—El almirante Enriquez se considera aun con bastante influencia con el cardenal Adriano y el emperador Cárlos V, para decidir sus ánimos en favor de una transaccion honrosa, si es que vos aceptais las proposiciones que tendré la honra de haceros.

—Hablad, señor de Vargas.

—En primer lugar, continuó D. Estéban, el almirante Enriquez hará que S. M. el emperador Cárlos V quite los tributos y servicios dotados en las córtes de la Coruña, con prohibicion espresa de que en lo sucesivo no se impondrán al pueblo cábalas ni cargas sin el voto de las ciudades.

—Nada tan justo, replicó Padilla: esto es una antigua usanza de las Córtes y este derecho se halla consignado en nuestros fueros.

—Asimismo el emperador Cárlos V no permitirá que ninguna dignidad, oficio, beneficio, encomienda ó tenencia, sea dada á gente estranjera.

—Hé ahí, observó Padilla, una de las principales causas por la cual se ha puesto en armas el pueblo: quitad á los flamencos de España y emancipado el rey á su influencia, no encontrará en Castilla mas que fieles y leales súbditos. Las ciudades, señor de Vargas, no se han levantado en contra de su monarca, sino en contra de sus consejeros, los cuales no hacen mas que recojer la plata y el oro que nos llega de Indias para llevarlos á sus tierras.

—A esto, replicó el jóven, ya ha atendido el almirante, puesto que promete que no se sacará moneda alguna de Castilla. Para que nuestra industria y nuestro comercio florezcan, D. Fadrique promete asimismo que no se cargará nada en manos estranjeras, revocará las naturalezas que se han dado, y que quitará todas las posadas del reino á fin de que los estranjeros no se aposenten sino por dinero.

—Estos son medios para que España alcance vida propia y se emancipe al poder del estranjero. Me place la propuesta.

—A fin, continuó el jóven, de que la magistratura vuelva á recobrar su dignidad y su pureza, la cancillería y el consejo se compondrán de personas de ciencia y de conciencia, y con tales prendas, que nadie sospeche de ellas. Se tomará estrecha cuenta á los empleados de palacio á fin de saber de qué manera se han distribuido las rentas del monarca y se les exigirá que devuelvan lo que han alcanzado con sus fraudes y sus logros.

—Difícil me parece: las acémilas que han salido de

España cargadas de oro y plata son muchísimas y los flamencos que han quedado en España son ya pocos.

—El rey, continuó Vargas pasando por alto la observacion de Padilla, tal vez porque era harto cierta, el rey promete un perdon general á todos los que han tomado parte en el alzamiento sin distincion de pueblos y ciudades, de clases y de estados satisfará los daños que en los dichos pueblos ha ocasionado su ejército.

—Hay mas? preguntó Juan de Padilla.

—He concluido.

El jefe de los comuneros se volvió hácia Juan Bravo y Francisco Maldonado que hasta entonces habian guardado silencio.

—Qué os parece? les dijo.

—Creo, respondió el capitan de Avila, que estas proposiciones son bastante aceptables.

—Ciertamente, observó el caudillo de Segovia; pero hay un inconveniente.

—Cuál? preguntó Padilla.

—Hay el inconveniente de que estas proposiciones son hijas del buen corazon del almirante y nó del emperado Cárlos V.

—Hay otro que es peor, añadió Juan de Padilla.

—Hablad replicó D. Estéban.

—Nadie como yo, señor de Vargas, quiere tanto la paz de ambos ejércitos. Si yo levanté el pendon de las comunidades, fué tan solo para ver rica y floreciente mi pátria y para devolver toda la honra y dignidad que le habian qui-

tado los flamencos. La guerra civil ha convertido en un mar de sangre los hermosos campos de Castilla y yo que vivo, que aliento y que respiro con el pueblo sacrificaré mi orgullo, mi dignidad y mi gloria, para alcanzar su tranquilidad y su dicha. Pero antes que mi voluntad y buen deseo, existe otro poder al cual he de prestar la mas fiel obediencia. Este poder existe en la Santa Junta de Valladolid, la cual es la única y legítima representante del pueblo. De ella he recibido mis poderes y yo por ventajosas que sean, no puedo aceptar vuestras proposiciones, sin antes consultárselo. Decid al almirante D. Fadrique Enriquez que he escuchado con gusto su propuesta que inmediatamente enviaré corredores á la ciudad para que la Junta conozca su deseo y resuelva lo que considere mas conveniente á la prosperidad de Castilla.

—Es inútil observó D. Estéban, admirado ante el franco y patriótico lenguaje que usaba Juan de Padilla.

—No os comprendo, observó este.

—Digo que es inútil, porque solo nos queda esta noche para cerrar nuestros tratos.

Padilla, Bravo y Maldonado, se miraron sorprendidos.

—Decís que solo nos queda esta noche para cerrar nuestros tratos? volvió á preguntar el jefe de los comuneros.

—Sí, contestó Vargas; yo he venido por encargo de D. Fadrique Enriquez y nó por D. Iñigo de Velazco. Mientras el almirante desea los tratos de paz, el condestable y el mismo cardenal Adriano quieren impulsar la guer-

ra. Si D. Fadrique hubiese comunicado sus planes á sus amigos, de fijo que estos se hubieran opuesto á que yo viniese al campamento: pero el almirante Enriquez ha calculado que si vos y yo firmábamos un tratado de paz provisional, quizá podria reducir á buen término al condestable y al cardenal, y hé ahí porque me ha encargado la mision que desempeño en este instante.

—Pero acaso, interrumpió Maldonado, no se puede aguardar el tiempo necesario para consultar vuestras proposiciones á la Junta?

—Nó.

—Por qué motivo?

—Porque todo el afan de D. Iñigo consiste en impedir que llegaseis á Toro donde os podríais hacer fuertes.

—Pues bien, dijo Bravo: celebraremos un armisticio y así como el ejército imperial no se moverá de Peñaflor, nosotros no nos moveremos del puesto que ocupan hoy nuestros reales.

—Cabal observó Padilla: todo es cuestion de dos ó tres dias durante los cuales la Junta aceptará ó rechazará la propuesta.

—Tampoco es posible, observó D. Estéban; el condestable y el almirante han recibido ordenes de Cárlos V para atacaros sin pérdida de tiempo, y el mismo D. Iñigo ha fijado el dia de mañana para embestiros y dar un combate que ocasione su triunfo ó su derrota. Solo una firma del gefe de los comuneros y la influencia del almirante, pueden ser lo bastante á detenerle en sus planes: pero esta

firma debe ser dada ahora mismo, sin pérdida de tiempo, toda vez que mañana el imperial ejército se pondrá en movimiento antes de que raye la aurora.

—Entonces, dijo Padilla conteniendo un suspiro, no hay forma de arreglar este negocio; yo, como el almirante, quisiera evitar el derramamiento de sangre y poner fijo y seguro límite á esta lucha fratricida: pero he recibido mis poderes del pueblo y no me separaré en nada de las instrucciones de la Junta, de la cual soy su representante legítimo.

—Entonces, dijo Vargas con un acento en que se observaba cierta amargura y tristeza, entonces mi mision ha concluido. Creed, caballero, que todos los que cual yo aman su pátria, sentirán la continuacion de una guerra que quizá se pudiera evitar si vos no fueseis tan delicado y tan noble.

Y dejando su asiento Vargas, tendió su mano al gefe de los comuneros.

Este se levantó á su vez y se la estrechó con cariño.

—Mi pena dijo, es tanto mayor cuanto mañana quizá tendré que cruzar mi espada con un hombre que cual vos parece tan cumplido é hidalgo caballero. Si la suerte de las armas nos coloca frente á frente, creed, señor D. Estéban, que yo veré en vos al mas noble y leal de mis adversarios.

—Gracias, replicó el jóven profundamento impresionado: yo por mi parte os aseguro que no veré en vos á un adversario sino un amigo, y que no usaré contra vos ni vuestros hombres, de mi espada.

—No asistireis al combate?

—Sí por cierto.

—Entónces? preguntaron Juan Bravo y Francisco Maldonado que á imitacion de Padilla habian dejado su asiento.

—No quiero, dijo Estéban con nobleza, usar mi espada contra españoles que son mis hermanos, ni contra un estandarte que simboliza la libertad de mi pátria.

—Cómo, pues, interrogó Padilla, os encontrais en el ejército del condestable?

D. Estéban sonrió con tristeza y dijo:

—Es una historia que fuera muy larga el contarla, y en la que tendria que citar personajes cuyo recuerdo es para mí muy sagrado. De todos modos, señores, no veais en mí á un asesino del pueblo; ved tan solo á un caballero que, esclavo de su honra y su palabra, se vé en el triste caso de luchar contra una bandera que es la representacion viva de su conciencia y sus principios.

Y estrechando la mano de Padilla, Bravo y Maldonado, el jóven se dispuso á abandonar la tienda.

Los tres caudillos le acompañaron hasta su puerta, y se despidieron de él con esa nobleza é hidalguía que constituian el fondo del carácter castellano.

—Y bien, preguntó Bravo á Padilla luego que hubieron vuelto á entrar en su tienda; qué es lo que hacemos?

—Levantar el campo, respondió Juan de Padilla, y tomar la via de Toro.

—Y si el ejército del condestable se opone á nuestro paso? observó Maldonado.

—Si el ejército del condestable se opoue á nuestro paso, replicó Juan de Padilla, no habrá mas recurso que desenvainar la espada y lanzarnos al combate. Vos Maldonado, preparad vuestra gente de Ávila y Salamanca; y vos, Juan Bravo, preparad la de Segovia, y decid á Juan Zapata, capitan de la gente de Madrid, que prepare tambien la suya. Yo daré órdenes que se levante el campo, y al rayar del alba marcharemos hácia Toro.

Bravo y Maldonado salieron de la tienda para cumplimentar estas órdenes; y el mismo Juan de Padilla recorrió el campamento al objeto de avivar los preparativos de la marcha.

En cuanto á D. Estéban de Vargas, llegó hasta las avanzadas del campo donde le aguardaban sus diez lanzas, y se dirigió hácia Peñaflor, triste y pensativo por el mal éxito que habia alcanzado su empresa.

CAPÍTULO XLV.

Los campos de Villalar.

La madrugada del 23 de abril amaneció opaca y lluviosa.

El cielo se hallaba velado por grandes y aplomadas nubes que esparcian una triste y dudosa claridad en los reales de Padilla.

Esto no obstante, al rayar del alba se habian plegado las tiendas, y en el campamento se observaba esa activa y sorda agitacion de un ejército que quiere variar de punto sus reales.

Sonaban las trompetas, oíanse los atambores, cargábanse las tiendas, preparábanse los cañones, desplegábanse las banderas y se hacian todos los preparativos con objeto de emprender la marcha.

Padilla enviaba y recibia ordenanzas para que cumplie

ran sus órdenes, y acudia á todas partes para que sus hombres marcharan con armonía y concierto.

El caudillo de los comuneros sentia una invencible tristeza. Algo le decia que no habia de salir con victoria de su empeño.

El 23 de abril era un mártes, y Juan de Padilla que participaba de las preocupaciones de su tiempo, consideraba este dia como aciago.

Fuera de esto, un sacerdote le habia predicho su rota, y esto desalentaba al caballero (1).

Cargadas ya las tiendas, preparados los bagajes y dispuesta la artillería, la gente de Padilla desplegó al viento sus banderas y se encaminó por la via de Toro.

Todo el mundo guardaba el mas profundo silencio.

Los primeros rayos del alba filtraban con pena por en-

---

(1) Estando, pues, Juan de Padilla ya puesto y determinado en la jornada, ordenada de la manera que digo, un clérigo estando comiendo á la mesa, públicamente dijo: «Yo he hallado un juicio en tal dia como hoy, los caballeros han de ser vencedores y las comunidades vencidas y abatidas; por eso no salga hoy V. S. de Torre.»

Era este un mártes, estando almorzando Juan de Padilla para partir.

Respondió Juan de Padilla: «anda, no mireis en nuestros agüeros y juicios vanos, salvo á Dios, á quien yo tengo ofrecida la vida y cuerpo por el bien comun de estos reinos, é porque ya no es tiempo de ir atrás, yo determino de morir é nuestro Señor haga de mí aquello que mas fuere á su servicio.—*Historia del emperador Cárlos V, rey de España*, escrita por el maestro D. Fray Prudencio Sandoval, obispo de Pamplona.

tre las densas nubes esparciendo sobre el ejército una claridad dudosa y vacilante.

De cuando en cuando arreciaba un chubasco, llenando de agua los caminos, cuyo lodo privaba la ligereza de la marcha.

La vanguardia se hallaba formada por algunos hombres de armas que esploraban el campo, mientras que en el cuerpo principal del ejército iba la infantería y artillería.

Juan de Padilla marchaba el último guardando sus ginetes y resguardando sus cañones.

Al principio el ejército de los comuneros anduvo con gran órden: las filas marchaban compactas y nadie se separaba de las órdenes prescritas por los jefes: mas no bien llegó cerca de Villalar, pueblo situado sobre la meseta de un montecillo vecino al camino de Toro y distante de Torrelobaton unas tres leguas, cuando la gente de Padilla comenzó á desbandarse, así por la violencia del agua que la azotaba el rostro, como porque acababa de divisarse el imperial ejército.

Este, en efecto, acababa de aparecer en el camino por tres partes: los espías del condestable habian avisado á éste que Padilla levantaba sus reales, y con los hombres que formaba su hueste, con la guarnicion de Portillo y otras que recogió á su paso Velasco, habia dividido sus seis mil infantes y sus dos mil cuatrocientos caballos en tres grupos. Uno de estos atacó á Padilla por la rezaga ó retaguardia por la parte de Medina; otro que venia por la parte de Tordesillas, detuvo su vanguardia; y el terce-

ro, en fin, atacó por la parte de Simancas los costados.

Al principio el condestable vacilaba en atacar á Padilla, en razon á que no fiaba mucho en sus infantes, los cuales eran pocos y bastantes rezagados; otros, que veian con pena el derramamiento de sangre, decian que bastaba hacer huir á la gente de las comunidades y hacerlas perder su fama. Los que opinaban de este modo, eran los mas, y quizás hubiese prevalecido su consejo si algunos de los nobles no se hubiesen empeñado en trabar la lucha (1).

Lo primero que hizo el condestable fué destacar algunos corredores de á caballo, los cuales, embistiendo con brio al comunero ejército, y dividiéndose en pelotones, cortó su marcha hácia el pueblo de Villalar. D. Iñigo de

---

(1) En los caballeros hubo diversos pareceres sobre darles la batalla; los mas eran en que bastaba hacerlos huir y perder crédito; y que no era cordura arriesgar negocio tan importante á la ventura de una batalla. Que la infantería era mucha y parecia bien, y la que el condestable habia traido era poca y cansada y quedaba rezagada. Pero el marqués de Astorga y el conde de Alba y D. Diego de Toledo, prior de San Juan, insistieron en que se rompiese. Así los fueron apretando, y como eran tantos los caballos y encubertados, y la gente de Padilla mal regida y de poco ánimo, y los capitanes no muy diestros, y el lodo á la rodilla que á los tristes peones no dejaba bien caminar, viéndose acometidos por tantas partes y con tanto denuedo, comenzó á desmayar la gente comun.—*Historia del emperador Cárlos V, rey de España*, escrita por el maestro don Fray Prudencio Sandoval, obispo de Pamplona.

Velasco habia enviado sus ginetes para que escaramuzasen contra la gente de Padilla, mientras que entre tanto llegaban sus infantes que iban en rezaga.

Entonces sucedió una cosa estraña: aquel ejército tan bravo y tan valiente, aquel ejército que habia clavado su liberal, su victorioso estandarte en los muros de Toledo, Segovia, Salamanca y otras muchas ciudades del reino: aquel ejército que habia salido triunfante en cien acciones, no pudo resistir el empuje de la caballería imperial y comenzó á huir en desórden. Aumentó su espanto el estruendo de algunos cañones de fácil transporte que llevaban los del rey, y que, hiriendo por la espalda, causaban mucho estrago.

En vano Juan de Padilla con un valor digno de un héroe, trataba de reanimar su gente con voces y razones llenas de patriotismo y nobleza; en vano les enseñaba el pabellon morado de Castilla como el único y fiel guardian de su reputacion y su honra: el pánico habia entrado en sus hombres, y estos, singularmente azorados, emprendian la fuga aunque mas despacio de lo que su voluntad exigia á causa del lodo que embarazaba sus piés en el camino.

La lluvia arreciaba con tal fuerza, que gran parte de la infantería comunera no podia dar un paso atrás ni adelante, y se quedaba espantada en los campos. Sin embargo de que la gente de las comunidades llevaba cañones de mas fuerza y mas alcance que los del condestable, el agua que caia no permitia sus disparos; y á mas de esto, el

toledano Saldaña, que era el artillero mayor, abandonó el campo y los dejó atascados (1).

Todo era confusion y desórden: el valeroso ejemplo de Padilla, la energía de Bravo, los esfuerzos de Maldonado, no eran bastantes á contener el desaliento de sus hombres que abandonando sus espadas y sus lanzas, emprendian una irreflexible y triste fuga. Los soldados se arrancaban el distintivo de las comunidades, que consistia en una cruz roja, y lo trocaban por una cruz blanca que era lo que llevaban los imperiales. De este modo se confundian con ellos y no arriesgaban tanto su vida. Para colmo de desgracia, algunos de los comuneros se pasaron á la gente del condestable.

Viendo Juan de Padilla que sus esfuerzos eran vanos, que nada era bastante á contener aquel desórden, que el pánico aumentaba por instantes, embarazó su lanza, y resuelto á buscar su muerte en el combate, pronunció estas históricas palabras:

—No permita Dios que digan en Toledo ni en Vallado-

---

(1) Sobrevinoles una agua grande que les daba de cara, y la infantería no podia dar paso atrás ni adelante, empantanados de los muchos lodos, ni se aprovecharon de la artillería por el mal tiempo, porque los artilleros no fueron fieles y porque el artillero mayor que se llamaba Saldaña, natural de Toledo, que sabia poco de este oficio, huyó lo que pudo y dejó la artillería metida en unos barbechos.—*Historia del emperador Cárlos V, rey de España;* escrita por el maestro Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona.

lid las mujeres, que traje sus hijos y esposos á la matanza, y que despues me salvé huyendo (1).

Y lleno de desesperacion y ardimiento y seguido tan solo por cinco escuderos de su casa y al grito de *Santiago y libertad*! se metió por entre los soldados que mandaba el conde de Benavente que á la voz de *Santa María y Cárlos*! les envolvieron en un círculo de lanzas.

Mas no por esto desmayó el caudillo: cubierto de acero desde los piés á la cabeza y con su barreada lanza, el jefe de los comuneros hacia botar á derecha é izquierda su corcel brioso, y el hierro de su arma se clavaba en el acero de los firmes y templados coseletes.

En uno de estos botes, Padilla encontró á Pedro Bazan, señor de Valduerna, el cual como era gordo y pesado, y como iba á la gineta, le hizo saltar de su silla y dió con él en el suelo.

En cuanto á los cinco escuderos, batíanse con un valor que rivalizaba con el de su amo, y repartian tajos y mandobles á cuantos les embestian con sus armas.

Pero lucha tan desigual no habia de durar mucho tiempo: fatigados, rendidos, chorreando sangre su armadura y heridos en varias partes, los escuderos no tuvieron mas medio que entregar sus espadas y abandonar su señor á los azares del combate.

Casi en aquel mismo instante D. Alonso de la Cueva heria á Juan de Padilla en una pierna y le intimaba su

(1) D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

rendicion. El jefe de los comuneros, viendo que todo se hallaba perdido y que nada era bastante á reanimar su ejército, le entregó su espada y su manopla.

Entonces ocurrió un hecho estraño, que fué un baldon para su autor y que cubrió de oprobio la reputacion y fama de la nobleza castellana.

En el mismo instante en que Juan de Padilla entregaba su espada y su manopla, y cuando fiaba su existencia y su honra á la hidalguía de sus mismos enemigos, un caballero de Toro, que se llamaba D. Juan de Ulloa, se acercó á él y le hirió el rostro de una cuchillada (1).

Juan de Padilla se volvió rojo de vergüenza, y por un movimiento instintivo llevó su mano al costado donde un momento antes colgaba su espada.

—Infame! dijo; bien se conoce que estais hiriendo á un hombre que ya ha depuesto sus armas; los soldados de la libertad á salir vencedores, tratarian mejor á sus contrarios.

—No merece otra cosa, respondió Juan de Ulloa, el que ha hecho traicion á su señor y á su rey.

—Mentís como un villano! esclamó de pronto una voz que salió de entre el círculo de nobles que rodeaban á Padilla.

---

(1) Llegóse entonces un caballero de Toro, llamado D. Juan de Ulloa, y al saber que el rendido era D. Juan de Padilla, le hirió y ensangrentó el rostro de una cuchillada; accion villana é infame que los mismos del bando del cobarde agresor, no pudieron menos de reprobar.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

Y al mismo tiempo un hombre armado de punta en blanco y con la visera calada avanzaba hácia el caballero de Toro, y le decia en voz vibrante:

—Señor D. Juan de Ulloa: lo que hicísteis acaba de deshonrar la nobleza española; y yo en su nombre y á fin de devolverla su lustre, declaro ante los caballeros que nos oyen, que vos sois el traidor y el infame, lo cual os lo probaré con mi lanza ó con mi espada.

—Y quién sois vos para insultarme? preguntó Juan de Ulloa temblando de coraje.

—Qué os importa mi nombre? interrogó el desconocido; aunque fuese de pobre y miserable cuna, no necesitaria de mucho para que mi corazon fuese mas noble y mas hidalgo que el vuestro.

—Caballero!...

—Me afirmo en lo dicho.

—Ved que os arranco la lengua!

—No con vuestra espada.

—Ahora lo veremos: alzad vuestra visera.

—No quiero! que hasta me consideraria infamado si un hombre cual vos fijara sus ojos en mi rostro.

—Ira de Dios!

Y al pronunciar este voto, D. Juan de Ulloa dió un brinco, y acercándose al encubierto, levantó con su mano su visera.

Entonces el desconocido mostró su semblante.

—D. Estéban de Vargas! gritó Juan de Padilla al cual la emocion embargaba.

Era, en efecto, D. Estéban de Vargas, el cual, segun habia prometido al gefe de los comuneros, no habia tomado parte en el combate, y mudo espectador de aquella lucha y con la visera calada habia contemplado, lleno de tristeza, la rota de aquel ejército.

No bien D. Juan de Ulloa hubo puesto las manos á su visera, cuando el jóven retrocediendo unos pasos, desenvainó su espada y dijo al caballero de Toro:

—En guardia, señor D. Juan de Ulloa. Quisísteis ver mi semblante, y esta accion os costará la existencia.

Y atacó lleno de brio al caballero de Toro, el cual, como sucede de ordinario con los cobardes, retrocedia á su vez, bien como si buscase amparo en los que presenciaban la escena.

Mas los nobles que habian sido los primeros en reprobar la accion villana que habia cometido con Padilla, ensancharon el círculo obligándole á que aceptase el combate.

Entonces Juan de Ulloa no tuvo otro recurso que blandir su espada y parar los golpes que con sin igual destreza le dirigia el de Vargas.

Pero en aquel mismo instante llegó D. Iñigo de Velasco, y viendo que los dos combatientes pertenecian á su bando, gritó con voz de trueno:

—Qué es esto, caballeros? Desde cuando dos gefes que pertenecen al ejército del emperador Cárlos V, se empeñan en derramar su propia sangre.

Y como D. Estéban de Vargas no atendia la voz del

condestable, sino que por el contrario acelerase la lucha, Velasco prosiguió:

—Ola, señor D. Estéban de Vargas! envainad la espada ú os mando prender por mis hombres para que os cuelguen de una almena.

—Permitid que le mate, señor condestable, decia Vargas.

Y continuaba luchando.

—Dejad que le atraviese mi espada, murmuraba Juan de Ulloa, al cual habia animado la llegada de Velasco.

—Basta! gritó con voz potente este último.

—Enhorabuena, dijo Estéban, envainando su espada; la lucha no termina: solo se aplaza.

Y dirigiéndose al caballero de Toro, añadió:

—Señor D. Juan de Ulloa: yo ante los caballeros presentes, declaro, que no veré mi injuria satisfecha hasta que os mate en desafío.

—Acepto el reto, balbuceó Juan de Ulloa, mas muerto que vivo.

—Pues yo, señor D. Estéban de Vargas y señor D. Juan de Ulloa, gritó D. Iñigo de Velasco, lleno de furia porque no se obedecian sus órdenes; yo declaro que el primero de vosotros que cruce su espada, le mandaré formar causa por no obedecer mi autoridad, y en caso necesario, haré que le corten la cabeza.

Los dos caballeros no pronunciaron una frase; mas en cambio los relámpagos que brotaban de sus ojos, eran claro indicio de que el condestable no seria atendido.

Entonces D. Iñigo se volvió al gefe de los comuneros y le dijo:

—Sois vos, Juan de Padilla?

—Yo soy, respondió éste con firmeza.

—Declarais que sois el gefe del ejército levantado por las comunidades de Castilla?

—No tengo porque negarlo.

—Estais dispuesto á declarar lo mismo ante el tribunal correspondiente?

—Yo nunca falto á la verdad, contestó con orgullo y dignidad Juan de Padilla.

—Enhorabuena, replicó D. Iñigo; ya se os tomará declaracion jurada, y entonces vuestras confesiones serán tenidas en cuenta.

Luego volviéndose á Juan de Ulloa que no quitaba sus ojos de D. Estéban de Vargas, bien como si estuviera sediento de su sangre, el condestable añadió:

—Decid, señor Juan de Ulloa; cómo está vuestro castillo de Villalba?

—Mi castillo, señor condestable, respondió el señor de Toro, se encuentra defendido con fosos, murallones y dos puentes levadizos. Tiene muchas saeteras y almenas, y cincuenta ballesteros, son lo bastante á guardarle.

—Pues bien, respondió D. Iñigo; coged doscientos hombres de armas y llevad á él al prisionero. No olvideis que es el gefe del ejército enemigo, y que vuestra cabeza me responde de su guarda.

Juan de Ulloa se inclinó ante el condestable y se dispo-

nia á obedecer sus órdenes, cuando Vargas se acercó á él con disimulo y le dijo en voz baja:

—No olvideis que necesito vuestra sangre.

—Y yo la vuestra, replicó tambien en voz baja, Juan de Ulloa.

Los dos caballeros cambiaron una mirada en que flameaba su ódio, y mientras que D. Estéban volvia á ocupar su puesto entre sus compañeros de armas, el señor de Toro mandaba llamar á los doscientos hombres que le habia dado el condestable.

Cuando Vargas cruzó al lado de Padilla, el jóven le tendió su mano. El caballero de Toledo se la estrechó con efusion y cariño.

—Siento en el alma, señor D. Juan, le dijo Vargas, que la suerte de las armas os haya puesto en este trance: harto os consta que yo hice toda clase de esfuerzos para evitar tal desgracia; mas no todo está perdido: el rey en su clemencia tendrá en cuenta vuestra resolucion y nobleza y os devolverá á vuestra esposa.

Padilla sonrió con tristeza y dijo:

—Por lo que á mí toca, no siento mi desgracia; nada es mi vida en comparacion de mi causa: si yo siento la catástrofe que ha ocurrido en estos campos, no es por mí, sino porque en ella se ha enterrado la libertad de mi patria. Afortunadamente yo no sobreviré á la derrota, porque Cárlos V, ó, mejor dicho, el condestable, en lugar de devolverme, conforme decís, á mi esposa, me entregará al acha del verdugo.

—No será así, replicó D. Estéban; no es posible que tan bravo caballero, perezca en el cadalso.

Padilla volvió á sonreir con amargura, y dijo al noble jóven:

—Pues ya vereis la manera como D. Iñigo de Velasco arreglará este asunto; pero antes de que vea cumplidos sus propósitos, y ya que veo en vos al mas cumplido caballero, prometedme una cosa.

—Hablad, señor D. Juan.

—Prometedme que cumplireis un encargo.

—Cuál?

—El de entregar una carta á mi muy querida esposa doña María Pacheco, y otra carta á la comunidad de Toledo.

—Sí, lo haré, repuso Vargas, aunque para ello tenga que abandonar mis compañeros de armas.

—Entonces no me despido de vos...

—Nó.

—Iréis á verme donde quiera que me encierren?

—Sí, iré.

—Cuándo?

—Mañana mismo si es que la casualidad me coloca frente á frente de D. Juan de Ulloa, y si es que no logra matarme con su espada.

—Celebrais un duelo?

—Sí.

—Lástima grande, que tan noble caballero cruce su espada con un hombre tan vil y tan infame.

—Señor D. Juan, replicó Estéban; el señor de Ulloa os hirió en el rostro, y ya que vuestra suerte no os permite vengar tanta injuria, permitid que yo, que he podido apreciar vuestra hidalguía y nobleza, vuelva por vuestra honra.

Padilla no respondió.

Cogió las manos del jóven y se las estrechó con ternura.

Durante este corto diálogo los dos caballeros habian quedado solos, escepto dos hombres de armas, que por órden del condestable, vigilaban á Padilla.

Los nobles que un momento antes rodeaban al gefe de los comuneros, se habian dirigido hácia otro grupo de gente armada entre los cuales se veia al capitan Juan Bravo y á Francisco Maldonado.

Estos caudillos, imitando su compañero, habian hecho toda clase de esfuerzos para vencer el pánico de sus hombres; y queriendo salvar el estandarte de la libertad que yacía en tierra pisoteado por los imperiales corceles, se habian entrado en lo mas recio del combate hasta que, por fin, rendidos al cansancio y la fatiga, cansados de dar mandobles y teñida su armadura en sangre de enemigos, habian rendido su espada á la superioridad numérica de sus muchos adversarios.

Los dos capitanes habian visto como el ejército imperial alanceaba sus hombres, que muchos de ellos no pudiendo andar por el barro del camino, exhalaban su postrer suspiro bajo los piés de los corceles para ser luego

despojados de sus prendas y su trage por la imperial soldadesca.

Un historiador de nuestros tiempos dice que en los campos de Villalar se encontraron mas de cien cadáveres completamente desnudos.

Al mismo Padilla le quitaron una hermosa y deslumbrante ropilla de brocado que sobre el arnés llevaba.

Durante la pelea ocurrieron escenas verdaderamente lamentables. Los imperiales, por espacio de dos leguas, dieron caza á los fugitivos sin dar cuartel á nadie. No se oian mas que los gritos y los ayes de los moribundos, interrumpidos por las voces de los soldados, el estruendo de los cañones y el galopear de los corceles.

Entre los mas furibundos, notábase un fraile llamado Juan Hurtado, que con sus gritos animaba á los hombres del condestable (1).

Este fraile se agitaba como un energúmeno, y llamando impía y disoluta la comunera gente, prometia el cielo al que destruyera su raza.

Decia á los imperiales que así podian herirles de fren-

---

(1) Los imperiales seguian dando caza á los fugitivos por mas de dos leguas, matando y degollando impunemente, pisoteando sus caballos las desparramadas banderas de la libertad, y sin dolerse de los ayes de los moribundos, haciéndose notar el fraile dominico Fray Juan Hurtado, que corriendo desaforadamente por el campo en una pequeña cabalgadura, enronqueció á fuerza de exhortar á los imperiales á que no aflojaran en la matanza.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

te ó por la espalda, toda vez que eran perturbadores del público sosiego.

Como se vé, pues, el figurar los frailes en las guerras civiles, que por desgracia ha tenido que sufrir la España, no constituye un suceso nuevo. En las guerras de las comunidades figuraban ya Fray Hurtado, el prior de San Juan, el obispo de Zamora y hasta en uno y otro bando, figuraban compañías enteras de clérigos; prueba evidente de que los sacerdotes de España cuelgan fácilmente su sotana para vestir el arnés, y dejan el Santo Cristo para empuñar la lanza ó el trabuco.

Tal fué la catástrofe de Villalar, que por espacio de mucho tiempo ha desfigurado la historia. En ella se enterró la libertad del municipio, piedra angular en que se levantan las libertades del pueblo, y ella constituye la fecha en que el poder absoluto volvia á levantarse potente y robusto por espacio de tres siglos.

No bien el condestable D. Iñigo de Velasco, vió que Juan Bravo y Francisco Maldonado se hallaban prisioneros, cuando dió órden para que, en union con Juan Padilla, les encarcelasen en Villalba.

Y en efecto; en la noche de aquel mismo dia, los tres valerosos capitanes, guardados por muchos hombres de armas, eran trasladados al castillo de D. Juan de Ulloa, el mismo que con tanta alevosía, y luego de rendirse, habia herido á Juan de Padilla; pero ya fuese que D. Iñigo no les considerase bastante seguros, ya quisiese dar mas solemnidad á la sentencia, ya, en fin, por cualquier otra causa,

lo cierto es que á la mañana del dia siguiente que era el 24 de abril, los tres caudillos fueron conducidos á Villalar para juzgarlos.

CAPITULO XLVI.

La sentencia.

El edificio en que se encerró á Juan de Padilla con sus dos compañeros, era una de esas grandes moles de piedra, mitad casas, mitad fortaleza, que se levantaron durante el tiempo de la reconquista, y que aun se ven en muchos pueblos de España.

Hallábase flanqueada por gruesos torreones, cercada por fuertes muros, coronada por almenas y adornada con algunos agimeces que, así podian servir de saeteras como de ventanas.

El gefe de los comuneros habia sido alojado en la mejor de sus estancias, bien que guardado por cuatro hombres de armas, los cuales, colocados en la puerta de aquella, nunca la perdian de vista.

De cuando en cuando entraba y salia de aquella estan-

cia alguno que otro personaje, el cual, acercándose á Padilla con quieto y silencioso paso, le decia algunas frases en voz baja, bien como si no quisiese interrumpir con su voz el recogimiento de su alma.

Observábase en aquella estancia y en el entrar y salir de aquella gente, esa dolorosa é inquieta agitacion que precede á los grandes sucesos.

A las doce de la mañana aun no se habia indicado á Padilla el fin que le aguardaba.

Mas la solicitud que se observaba en torno suyo, la entrada en el cuarto de gente, al parecer ilustre, y que él no habia conocido hasta entonces, el amor con que revestian sus ofertas y cuidados, indicaba al gefe de los comuneros que este fin se hallaba próximo.

Esto no obstante, el caballero toledano no perdió en lo mas mínimo su serenidad y firmeza.

Comprendia que se acercaba el instante en que se le notificaria su sentencia, y se preparaba á oirla con el valor de un capitan ilustre y la resignacion de un mártir.

Y en efecto, á la una de la tarde entró en la estancia un hombre vestido completamente de negro, acompañado de un escribano y dos licenciados.

El primero se llamaba Cornejo, y era alcalde y doctor en leyes; el segundo Luis Madera, escribano por S. M. el emperador Cárlos V, y los otros dos eran el licenciado Garci Fernandez y el licenciado Salmeron, las cuales debian firmar la sentencia.

Seguian á estos personajes multitud de corchetes y

hombres de curia que constituyen siempre el indispensable séquito de los ministros de justicia.

El doctor Cornejo avanzó con triste y silencioso paso, y dirigiéndose al gefe de los comuneros y haciendo una seña al escribano, para que estendiera sus contestaciones, le dijo con cierta cortesía en que se observaba la severidad del magistrado:

—La ley, Sr. D. Juan de Padilla, me obliga á cumplir con vos un grave y penoso cargo. Tengo que recibiros declaracion jurada de quien sois y de lo que habeis hecho desde que se levantaron las comunidades de Castilla; y estender vuestra sentencia conforme á las instrucciones que me han dado los gobernadores del reino.

—Yo, señor alcalde, respondió Juan de Padilla con nobleza, me hallo dispuesto á cumplir vuestras órdenes y á contestar las preguntas que os sirvais dirigirme para que podais obrar en justicia.

—Sois vos el gefe de los comuneros? preguntó el alcalde Cornejo.

—Yo soy, contestó Juan de Padilla.

—Fuísteis vos quien capitaneó los dos mil hombres de Toledo, que se levantaron para ausiliar el movimiento de las ciudades?

—No tengo por qué negarlo.

—Peleásteis en Torrelobaton con las gentes de las comunidades é hicísteis armas contra el condestable y el almirante de Castilla, gobernadores del reino?

—Sí: contestó Padilla; luché en Torrelobaton contra las

gentes del condestable y el almirante, porque trataban de ahogar, en nombre del emperador Cárlos V, las libertades de mi pátria.

—Quién os eligió capitan de las comunidades de Castilla?

—Primero los hombres que saqué de Toledo: luego el pueblo entero de Castilla y despues la Santa Junta.

—Teneis algo que decir en vuestra defensa?

—Nada tengo que decir, puesto que mi defensa se encuentra en la santidad de mi causa: he luchado por el pueblo, y ya que mi causa no puede ser mi juez, llegará un dia en que hará justicia á mi memoria.

Cornejo no respondió.

El escribano, inclinado sobre una mesa, no perdia una frase de aquella especie de interrogatorio y anotaba las preguntas del alcalde y las contestaciones de Padilla.

Transcurrido un intante, Cornejo mandó llamar á Juan Bravo y á Francisco Maldonado, á los cuales dirigió las mismas preguntas que al gefe de los comuneros.

Estos contestaron que, efectivamente, eran capitanes de las gentes de Ávila, Segovia y Salamanca: que habian estado en varias acciones dadas contra el imperial ejército, y que seguian el pendon levantado por las ciudades.

Entonces el doctor Cornejo volvió á dar sus órdenes á Luis Madera, el escribano, y éste, luego de haber escrito algun tanto, entregó un papel al alcalde.

Este papel fué leido por Cornejo, el cual á su vez lo devolvió al escribano para que lo leyese á los tres caudillos.

Era la sentencia por la cual se les condenaba á la pena de muerte y á la confiscacion de sus bienes (1).

Juan Bravo y Francisco Maldonado oyeron la sentencia puestos en gran cólera y hasta quisieron protestar contra

---

(1) Muchos de los hitoriadores que han tratado la guerra de las comunidades de Castilla, afirman que los tres caudilios fueron condenados sin forma de proceso; mas esto no es exacto, porque si bien es cierto de que el procedimiento se instruyó de un modo harto sumario, los que entonces gobernaban el reino, quisieron observar algunas apariencias de justicia, conforme se verá en la siguiente sentencia que el historiador Lafuente encontró en el archivo de Simancas, y que nosotros damos á continuacion por ser una curiosidad histórica.

«En Villalar á veinte y cuatro dias del mes de abril de mil é quinientos é viente é un años, el señor alcalde Cornejo, por ante mí Luis Madera, escribano, recibió juramento en forma debida de derecho de Juan de Padilla, el cual fué preguntado si ha seido capitan de las comunidades é si ha estado en Torre de Lobaton peleando con los gobernadores de estos reinos, contra el servicio de SS. MM.: dijo que es verdad que ha seido capitan de Toledo, é que ha estado en Torre de Lobaton con las gentes de las comunidades, é que ha peleado contra el condestable é almirante de Castilla, gobernadores de estos reinos é que fué á prender á los del consejo é alcaldes de SS. MM.

»Lo mismo confesaron Juan Bravo é Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia é Salamanca.

»Esto dicho los señores alcaldes Cornejo, é Salmeron é Alcalá dijeron que declaraban é declararon á Juan de Padilla, Juan Bravo é Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona real, de estos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban é condenaron á pena de muerte natural é confiscacion de sus bienes é oficios para la cámara de Sus Majestades, como á traidores, é firmáronlo: —Doctor Cornejo.—El licenciado Garci Fernandez.—El licenciado Salmeron.»

la injusticia que, segun ellos, envolvia; mas en aquella sentencia no habia otros jueces que los gobernadores del reino y estos, con antelacion, habian dispuesto ya de su vida.

No sucedió lo mismo con Padilla: fuese que preveyese su muerte, fuese que tuviera conciencia del noble y grande papel que representaba en el desenlace de aquel drama, lo cierto es que mostró una dignidad que no mostraron sus dos otros compañeros. El gefe de las comunidades oyó la sentencia con una dignidad inalterable y no hizo contra ella observacion alguna.

Pero como el alcalde de córte, el licenciado Cornejo, le dijera si se le ofrecia algo, dijo:

—Sí, señor alcalde: mandad al señor escribano que deje aquí su pluma y su tintero.

—Con qué objeto? preguntó el doctor Cornejo.

—Para escribir dos cartas.

—Ved que os queda muy poco tiempo, y que dentro de breves instantes se ejecutará vuestra sentencia. No habeis pensado en vuestra alma?

—Sí: deseo tambien dos cosas.

—Hablad, que se os dará gusto en ello con tal de que no agravieis á la justicia.

—Deseo que se me envie un confesor letrado para cumplir con mi alma, y un escribano para disponer de mis bienes.

—En lo del confesor letrado, replicó el alcalde, no es fácil complaceros, toda vez que en Villalar no hay ningu-

no; y en cuanto al escribano es inútil que venga porque no podeis hacer testamento (1).

—Por qué motivo?

—La sentencia dice que se os condena á la pena de muerte natural y á la confiscacion de vuestros bienes y oficios.

—Pues bien, replicó Juan de Padilla con resignacion y nobleza, ya que no me es posible atender á los intereses de la tierra, permitid que atienda á los del cielo.

—Quereis un confesor?

—Sí: pero ved que sea letrado.

—Lo mas que podemos proporcionaros será algun clérigo del pueblo, el cual, á no dudarlo, os prestará su santo ausilio.

—Enhorabuena, dijo Padilla; esto, señor alcalde, lo dejo á vuestra honradez y conciencia.

El doctor Cornejo iba á retirarse, cuando de pronto el gefe de los comuneros le detuvo.

—Esperad, señor alcalde, le dijo.

—Se os ofrece algo mas?

—Sí.

—Mandad en cuanto pueda serviros.

—Conoceis á D. Estéban de Vargas?

—Nó; pero sé que es uno de los mas valientes caballeros que hay en el ejército.

---

(1) Pidió un confesor letrado por cumplir el último deber religioso, y un escribano para hacer testamento, y ni uno ni otro le fué otorgado.—Don Modesto Lafuente *Historia general de España.*

—¿Podreis verle?

—Haré que me conduzcan al punto donde se halle.

—Oh! esclamó Padilla, le encontrareis en Villalar; estoy cierto que me ha seguido desde Villalba; si no ha venido á esta cárcel es sin duda porque ignora que se me ejecutará hoy mismo.

—Pues bien, Sr. D. Juan, le buscaré.

—Cuando le encontreis decidle que venga á verme.

—Se lo diré.

Y al pronunciar estas frases, el doctor Cornejo saludó á Juan de Padilla y seguido por el escribano y la demás gente de curia salió de aquella estancia.

Poco tiempo despues entraba en la misma un fraile franciscano.

Era el confesor de Padilla.

La casualidad habia hecho que el doctor Cornejo hallase un fraile en su camino, el cual luego que oyó que se trataba de salvar el alma de los que en aquel mismo dia habian de subir al patíbulo, se habia dispuesto á cumplir su ministerio.

El fraile se acercó á Padilla, el cual le recibió con esa paz y alegría que revela el buen cristiano en el último trance de su vida.

Dios sabe tan solo lo que aquellos dos hombres dijeron; pero á juzgar por la serenidad que nunca abandonó al gefe de los comuneros, debemos suponer que las palabras y absolucion del franciscano le debieron prestar nuevo aliento.

Concluido su ministerio con Padilla le fraile fué á cumplirlo con Juan Bravo y Francisco Maldonado.

Entonces el gefe de los comuneros cogió la misma pluma con que habia firmado la notificacion de su sentencia, y queriendo dar su postrer adios á la tierra para no pensar mas que en el cielo, escribió las dos siguientes cartas, dirigidas la una á su esposa y la otra á su ciudad natal, las cuales se encuentran en las historias de aquel tiempo y que por su patriotismo y su ternura pueden pasar como un modelo de elocuencia (1).

Carta de Juan de Padilla á su esposa.

«Señora: Si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que le dá tal; aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun sevicio. Quisera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas mas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dán ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella

---

(1) No han faltado historiadores que han puesto en duda la autenticidad de estas dos célebres cartas; pero ninguno de ellos ha dado bastantes razones para considerarlas apócrifas. Si se tiene en cuenta la vida y hechos de Padilla y si se atiende á sus generosos sentimientos, se comprenderá que el lenguaje de estas dos cartas se halla en perfecta armonía con su noble y levantado carácter.

tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al vurdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.

Carta de Juan de Padilla á la ciudad de Toledo.

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos de sangres estrañas, como de las tuyas, cobraste libertad para tí, é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí, de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna, que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos, morí por tí; é que tú has criado á tus pechos

á quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca; mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo, que temor de mi pena.»

Tales fueron las cartas que antes de marchar al patíbulo escribió Juan de Padilla.

En el mismo instante en que acababa de cerrarlas, uno de sus carceleros le anunció que D. Estéban de Vargas habia llegado y deseaba verle.

Al oir esta noticia el semblante del caballero se iluminó con un rayo de alegria.

—Que entre! dijo enseguida.

Vargas entró.

La noticia de que Juan de Padilla y sus dos compañeros habian de ser ajusticiados en aquel mismo dia, habia circulado con una rapidez estraordinaria y llegado á los oidos del jóven.

Asi es que éste, recordando la promesa que en el dia anterior habia hecho á Padilla, se habia dirigido á la cárcel sin necesidad de que se lo avisase Cornejo.

Al entrar el jóven se detuvo en el dintel de la puerta.

El gefe de los comuneros permanecia inmóvil, senta-

do frente á la mesa en que acababa de escribir sus cartas.

Pero no bien hubo visto al mancebo cuando se levantó y dirigiéndose hácia él le tendió sus brazos.

El jóven le estrechó en los suyos con ternura.

—Acabo, señor don Juan, interrumpió Vargas, de saber la pena que os abruma y vengo aquí para ofreceros mi amistad, mis consuelos y hasta si es necesario mi vida.

—Vuestra vida, señor de Vargas, dijo el caballero, harto la espusisteis ayer cuando Juan de Ulloa me hirió con su puñal en el rostro. Guardadla para ocasion mas oportuna y si es que la conservais dedicad alguno de sus instantes á la memoria del que dentro breves instantes subirá al patíbulo.

—Yo, señor don Juan, sospeché que la nobleza seria intransigente y que os condenaria á muerte; pero nadie podia preveer que se acortara con tanta brevedad vuestra existencia.

—Qué quereis amigo, mio! replicó con amargura Padilla: la catástrofe de ayer no ha tranquilizado aun á los nobles; ven mi ejército perdido, las ciudades sin aliento, presos mis mejores compañeros, y sin embargo Velasco y sus partidarios no se consideran seguros. A la santidad de la revolucion la faltaban mártires y de ahí que Bravo, Maldonado y yo subamos al patíbulo. Nuestra sangre será como la línea divisoria que separará la libertad del absolutismo y el punto rojo donde se detendrán las aspiraciones del pueblo. Hé ahí porque nos matan, amigo mio.

Comprenden que nosotros, no obstante el desastre de ayer podríamos resucitar el pendon de las comunidades y que sin mas ausilio que nuestra generosidad y esfuerzo contrabalancearíamos el poder de un rey que pasa por el mas fuerte del mundo; pero que al fin y al cabo no es mas que un pobre y miserable tirano.

—En efecto, amigo mio: la nobleza vé en vos al destructor de sus fueros y privilegios y de ahí que precipite vuestra muerte.

—Qué importa? esclamó Padilla, sonriendo: con mi muerte la nobleza no hace otra cosa que retardar la suya. En España no faltan hombres de corazon grande y levantado que recogerán el estandarte que ayer pisotearon los imperiales corceles. Será cuestion de mas ó menos tiempo. Mas llegará un dia en que el pueblo sacudirá su letargo y en que arrancará el poder á los tiranos. La libertad nunca muere: existe latente en el corazon del hombre y acecha siempre la ocasion para recobrar su impulso y su energía. La libertad es un árbol que para florecer necesita la sangre de los mártires, y hé ahí por qué verteré con gusto la mia. La guerra de las comunidades formará una elocuente página en la historia y si yo, señor de Vargas, quisiese hacer sacrificios de modestia, os diria que mi muerte conquistará gran reputacion á mi nombre. Ya que todo es vano y pasajero en este mundo, permitidme, amigo mio, que me vaya con este consuelo al otro.

—Lo que decís, señor don Juan, es muy cierto, repuso Vargas: os faltaba una aureola y ésta os la dará ese terri-

ble coronador de las grandes reputaciones que se llama el verdugo. Morid pues tranquilo, amigo mio: la historia guarda á vuestra fama una de sus mas elocuentes y brillantes páginas, y vuestro nombre gozará el privilegio de brillar en la oscuridad de los siglos.

—Dejemos, señor de Vargas, esta plática, dijo Padilla ruborizado tal vez por los elogios del mancebo, y aprovechemos los escasos instantes que aun me restan de vida.

—Hablad, Sr. D. Juan.

—Volvereis á la Córte?

—Tan pronto como cese la guerra.

—Esta cesará hoy mismo, observó Juan de Padilla sonriendo con tristeza; muerto yo las comunidades renunciarán á su empeño.

—Es probable.

—Es mas que probable; es seguro.

—Continuad.

—Pues bien: antes de llegar á la Córte quisiera que cumplieseis un encargo.

—Ya escucho.

—Quisiera que dejaseis dos cartas en Toledo.

—Dádmelas.

Padilla se dirigió hácia la mesa en que habia escrito y cogiendo las dos cartas que nuestros lectores ya conocen, las entregó al mancebo, añadiendo:

—Una de esas cartas va dirigida á mi muy cara esposa, doña Maria Pacheco, noble y generosa alma que infundió en la mia el espíritu de libertad que me ha anima-

do en la contienda. Se la entregareis y la contareis lo que ha ocurrido en los postreros instantes de mi vida. Le manifestareis mi resignacion y mi esperanza de que el cielo perdonará los agravios que le hice. La direis que en este supremo dia he pensado muchas veces en su amor y su ternura y que la animo á que reciba con valor y con grandeza la noticia de mi muerte.

Aquí la voz del comunero se fué apagando lentamente.

Se conocia que el recuerdo de su esposa llenaba de amargura su alma.

Vargas comprendió su emocion, y le dijo:

—Tranquilizaos, señor D. Juan, yo cumpliré fielmente este encargo diciendo á vuestra esposa todo lo que vuestro corazon pueda dictaros.

—Esta otra carta, prosiguió Juan de Padilla, conteniendo un gran suspiro, la entregareis á la comunidad de Toledo. Con ella pago una deuda que es sagrada. Toledo, mi patria natal, fué la primera que templó mi alma en el santo fuego de la libertad y la que me ofreció la sangre de sus hijos para que los llevase al combate. Con ellos he vencido á los que querian sumergir la España en la tiranía y el despotismo y con ellos he sufrido la desgracia. Justo es, pues, que envie á esa noble é inmortal ciudad las primicias de mi alma y que la dedique el postrer instante de mi vida. Yo conozco su noble y levantado espíritu y preveo la tristeza con que recibirá la noticia de mi muerte. Decidla que busque un consuelo en lo hidalgo y puro de mis fines y que aguarde con resignacion el dia en

que la libertad se emancipará al sudario en que la envolverá mi muerte.

—Cumpliré, D. Juan, vuestras órdenes, repuso Vargas. Teneis algo mas que mandarme?

—Sí.

—Ya os escucho.

—Ayer, Sr. D. Estéban, arriesgasteis vuestra existencia en mi obsequio.

—No penseis en ello, amigo mio.

—He de pensar en ello porque vos, señor de Vargas, sois uno de los caballeros mas nobles y cumplidos que he conocido en mi vida.

—Oh! amigo mio...

—Fuera, pues, una lástima, que volviéseis á arriesgar la existencia para vengar mi memoria.

—No os comprendo, Sr. D. Juan.

—Ayer, continuó Padilla, despues que el condestable Velasco hubo mediado en el lance ocasionado por D. Juan de Ulloa, noté que entre vos y el caballero de Toro mediaban algunas frases.

—Así fué, repuso Vargas.

—Quereis indicarme lo que uno y otro os digísteis?

—Quedamos citados para batirnos en duelo.

—Hé aquí lo que yo sospeché en aquel instante; pues bien, señor de Vargas, añadió el jefe de los comuneros; basta de sangre; yo, en este supremo instante, no solo quiero olvidar un agravio que en esta ocasion hubiera exigido el sacrificio de la vida de Ulloa, sino que en nombre

de la amistad y cariño que os profeso, exijo de vos que no cruzareis con él vuestra espada.

—Lo que me pedís, Sr. D. Juan, repuso Vargas, no es posible el hacerlo.

—Por qué?

—Porque no solo se trata de vengar vuestro agravio sino el mio. Olvidais que tambien llevó su mano á mi rostro.

—Ciertamente; pero vos le provocasteis á la lucha.

—Yo consideré en vos á toda la nobleza castellana ofendida, y hé ahí porque traté de vengarla.

—Pues bien, yo en nombre de esta misma nobleza os suplico que seais con él hidalgo y generoso. Perdonadle, y renunciad el duelo.

—Me tomará por cobarde.

—Nó, porque vuestro valor se ha manifestado ya en el campo de batalla.

—Recordad, Sr. D. Juan, que vuestra injuria y la mia solo pueden borrarse con sangre.

—La borrará mejor vuestra hidalguía. Prometedme pues, que no matareis al caballero de Toro.

—Os lo prometo, dijo Vargas, luego de reflexionar un instante; pero no os prometo renunciar el desafío.

—Entonces...

—No derramará su sangre; pero en cambio será muy fácil que me mate.

—Esto nunca, interrumpió el jefe de los comuneros, el cual se puso lívido á la sola idea de que podia morir tan

valiente y cumplido caballero. Podeis hacer otra cosa, añadió Juan de Padilla.

—Cuál?

—Desarmarle en el combate.

—Hé ahí lo que intentaré en vuestro obsequio.

—Vos sois diestro y con un golpe de vuestra espada hareis saltar la suya de sus manos. Me dais vuestra palabra de que no vertereis su sangre?

—Os la doy, señor D. Juan.

—Gracias, amigo mio: no esperaba menos de vuestra generosidad é hidalguía.

De pronto en el rostro del comunero brilló un rayo de alegría, emanacion pura y sublime de su alma levantada y generosa.

En aquel mismo instante se oyeron pasos, que se encaminaban hácia la estancia.

Padilla y el jóven se volvieron y fijaron sus ojos en la puerta. En ella acababan de aparecer dos hombres.

El uno vestia los hábitos del fraile y el otro vestia como un hombre del pueblo.

Solo que su jubon era encarnado.

En su cinto colgaba un acha enorme, y en su rostro, poblado con una negra y enmarañada barba, se leia algo siniestro.

El hombre de los hábitos, era el fraile franciscano que algunos momentos antes habia confesado á Padilla.

El hombre del jubon rojo y del acha, era el ejecutor de la justicia.

Padilla al verle palideció lijeramente.

En cuanto á Vargas se puso lívido.

Comprendia que todo iba á concluir, y preso de la mas viva emocion, fijando sus ojos en Padilla y sin pronunciar una frase, le tendió sus brazos.

Padilla se echó en ellos y estrechándole con fuerza, murmuró en voz baja:

—Adios, señor de Vargas; me despido de vos hasta la eternidad!

Vargas le tuvo por mucho tiempo abrazado, y luego, haciendo un esfuerzo y conteniendo sus lágrimas, se separó de él con el corazon destrozado.

Un momento despues, Padilla se arrodillaba ante la imágen de un Cristo, que se veia en aquel cuarto, y colocándose al lado del franciscano, salia del mismo, acompañado del verdugo.

APÍTULO XLVII.

El cadalso.

Entretanto el pueblo sabiendo que se iba á hacer justicia de los comuneros, se habia reunido en torno de la casa donde estos se hallaban encarcelados y aguardaba con ánsia y con tristeza.

La noticia de que se iba á ejecutar á los tres capitanes de las comunidades habia circulado con gran rapidez entre los pueblos y aldeas de la comarca, y la muchedumbre, ávida siempre de trágicos sucesos, se dirigia en tropel hácia el lugar del suplicio.

Esto no obstante, no mostraba la algazara y el tumulto que se observa en las ejecuciones ordinarias.

Aquel pueblo permanecia triste, mudo y silencioso, y en su actitud espectante, revelaba el gran dolor que hacia trizas su alma.

No parecia sino que la cuchilla del verdugo, hiriendo á Juan de Padilla, iba á quitarle su aliento y su existencia.

Esto consistia en que el caballero toledano habia sido por mucho tiempo su jefe y su caudillo, su brazo y su cabeza, la representacion viva y latente de sus derechos.

Muerto Padilla, morian tambien sus aspiraciones y deseos, y el pendon morado de Castilla, que hasta entonces se habia constituido en signo de redencion, se convertia en sudario que habia de envolver sus libertades.

Hé ahí por qué la muchedumbre estaba triste.

En la muerte de Padilla no veia la desaparicion del noble y valiente caballero que fascinaba al pueblo con su valor é hidalguía, sino la desaparicion del hombre que tenia en sus manos la suerte y porvenir del reino castellano.

Al morir Padilla moria el mismo pueblo, y éste, que tenia conciencia de su muerte, iba á presenciar el suplicio con el dolor y tristeza del que presiente su agonía.

Conforme ya digimos, el pueblo se arremolinaba en torno de la puerta por donde habian de salir los tres caudillos, guardando el mas profundo silencio.

Las calles por donde habia de cruzar el fúnebre cortejo se hallaban atestadas de gente, cuyas miradas se elevaban con ánsia hácia el punto por donde habian de aparecer los condenados.

Por fin estos salieron á la calle y solo entonces la muchedumbre llegó á agitarse.

Pero esta agitacion no tuvo consecuencias.

Por mas que el pueblo de Castilla desease arrancar á los comuneros del patíbulo, sentía el mayor desaliento porque veia su impotencia.

Aunque hubiese querido hacer una tentativa para libertar á su gefe, sus esfuerzos se hubiesen estrellado contra las lanzas imperiales.

Y en efecto; el condestable Velasco habia hecho para la ejecucion de los tres caudillos, muchos alardes de fuerza.

Escepto algunos hombres que habia mandado hácia Valladolid para intimar su rendicion á la Santa Junta, el condestable habia reunido todo su ejército en la misma villa y lo habia colocado en la carrera por donde habian de pasar los tres gefes y en torno del patíbulo, donde el verdugo habia de cumplir con su oficio.

Así es que la agitacion del pueblo al ver á los tres gefes, no tardó mucho en comprimirse.

Al salir Padilla de la cárcel habia encontrado á los otros dos sentenciados, que aguardaban en la puerta de la misma, rodeados por mucha gente de armas.

En ella tambien encontró al licenciado Zárate, alcalde de la Cancillería de Valladolid, al cual los gobernadores habian mandado hacer justicia de él y sus compañeros, y al doctor Cornejo que, conforme ya dijimos, era el mismo que habia mandado estender su sentencia.

Al llegar á la puerta de la cárcel, se les hizo subir en tres mulas encubertadas de negro, las cuales, con tardo y

quieto paso, comenzaron á salvar el trecho que les separaba del cadalso (1).

Entonces se colocaron á su lado tres frailes.

Estos tres frailes eran el único y supremo ausilio q les ofrecia la religion cristiana.

Bravo y Maldonado, sin que dejasen de oir las exhortaciones que les dictaba su piedad y su celo, separaban los ojos del Cristo que llevaban en sus manos, para fijarlos en el pueblo, que les contemplaba mudo y atónito.

En cuanto á Padilla no dejaba de mirar la imágen del Salvador y oia con gran fervor cristiano las exhortaciones de los frailes.

Estaba ligeramente pálido; mas esta palidez no hacia otra cosa que resaltar la nobleza y hermosura de su rostro.

No se observaban en él alardes de un valor fingido, sino impulsos de resignacion y modestia cristianas.

Padilla no era una de esas vulgaridades que suben al patíbulo para ostentar un valor que no existe en el fondo de su alma; sino que era un héroe que con su resignacion y piedad iba á conquistar la corona de los mártires.

Iba precedido por el pregonero y seguido por el verdugo.

El uno le quitaba su honra y su fama; el otro iba á quitarle su existencia.

---

(1) Iban en mulas cubiertas de negro y ausiliados de sacerdotes.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

El pregonero se detenia en los parajes mas públicos, y decia con voz lúgubre:

—Esta es la justicia que manda hacer S. M. y su condestable y los gobernadores en su nombre á estos caballeros, mandándoles degollar por traidores y alborotadores del pueblo, y asurpadores de la corona real (1).

Pero como Juan Bravo oyese en el pregon que se les degollaba por traidores, volvióse con altivez, y dijo orgullosamente al pregonero:

—Mientes tú, y aun quien te lo mandó decir; traidores nó, mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino (2).

Entonces Juan de Padilla, separando sus ojos del Cristo que llevaba entre sus manos y volviéndose á su compañero, fijó en él sus serenos ojos, y le dijo con majestad y entereza, estas históricas palabras:

—Señor Juan Bravo, ayer fué dia de pelear como caballeros, y hoy lo es de morir como cristianos (3).

El capitan Segoviano calló, y el fúnebre cortejo prosiguió su marcha.

La sentencia no fijaba el punto donde la ejecucion tenia que cumplirse; mas en aquella época en que la vida de los ciudadanos se hallaba á merced del príncipe ó de algun señor de horca y cuchillo, en todas las villas ó pobla-

(1) *Historia del Emperador Cárlos V, rey de España*, escrita por el maestro D. Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona.

(2) Ibid ibid.

(3) Ibid ibid.

ciones algo importantes habia un punto donde se ejecutaban las sentencias.

Este punto se llamaba el rollo (1) y era el mismo en que se debia cumplir la de Padilla.

Los tres sentenciados llegaron al punto donde se levantaba el cadalso.

Era éste un gran tablado pintado de negro en cuyo centro se veia un tajo.

Subíase á él por una escalera formada con tablones, y en uno de sus costados veíase un poste en cuyo estremo superior se habian clavado tres gárfios.

En torno del cadalso veíase gran muchednmbre que al ver los condenados, osciló como el mar cuando le agita una borrasca.

Los tres reos, montados sobre sus mulas encubertadas de negro, sobresalian entre aquella gente que los contemplaba sorprendida.

No comprendia como aquellos hombres que veinte y cuatro horas antes agitaban todo un reino y capitaneaban todo un pueblo, no comprendia como aquellos tres hombres se veian presos, aherrojados y á punto de entregar su vida en manos del verdugo.

Los hombres de armas se abrieron paso entre la inquie-

---

(1) El rollo consistia en una picota ú horca hecha de piedra y en forma redonda ó de columna. En ella no solo se ajusticiaba sino que se cumplian todas las penas infamantes. Era tambien signo de jurisdiccion ó autoridad.

ta y sorprendida muchedumbre, y los tres reos llegaron al mismo pié del cadalso.

El verdugo subió á este último é hizo los preparativos necesarios á fin de que la ejecucion fuese rápida.

Examinó el filo de su acha, probó si el tajo estaba firme y arregló la paja sobre la cual habian de caer las cabezas de sus víctimas.

Entretanto los condenados se reconciliaban con los tres frailes que les prestaban sus ausilios.

Los tres guardaban una serenidad que sorprendia al pueblo; pero en Bravo y Maldonado se observaba un orgullo y altivez que no se notaba en Padilla.

En éste habia mas resignacion, mas dignidad, mas nobleza; en aquellos no habia tanta mansedumbre y parecia que conservaban aun todo el ardimiento que habian mostrado en el combate.

Cuando el verdugo dejó la plataforma y hubo descendido su escalera, se detuvo ante los tres caballeros, bien como si vacilase en elegir á la primera de sus víctimas.

Entonces Juan Bravo dió tres ó cuatro pasos hácia él y luego de dirigir una tierna y cariñosa mirada á Padilla, dijo al verdugo:

—Degüéllame á mí primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla (1).

Y se dirigió con firme y seguro paso hácia la escalera que conducia al patíbulo.

---

(1) Histórico.

Llegado á éste fijó sus ojos en aquel mar de gente que muda y atónita observaba los mas pequeños detalles de aquel drama.

Entonces el verdugo cogiéndole por un brazo le acompañó hasta el tajo y le suplicó que se arrodillase.

Juan Bravo separó sus ojos de la muchedumbre y obedeciendo al verdugo é inclinando su cabeza sobre el tajo, empezó á murmurar una plegaria.

Mas no llegó á concluirla.

No estaba aun en su mitad cuando el verdugo levantó su acha formidable y la dejó caer en su garganta.

El pueblo oyó el rumor de un golpe breve, seco, rudo y vió como la cabeza del caballero segoviano quedaba separada de su tronco.

El ejecutor de la justicia apartó con fuerte y nervudo brazo este último del tajo, y luego de haber secado su acha, salvó frio y tranquilo, como la justicia de que era ejecutor horrible, el trecho que mediaba entre su víctima y los otros dos sentenciados.

Padilla le aguardaba.

El caballero Toledano no queria permitir que el fraile que le asistia le acompañase hasta el tajo; pero el buen franciscano que habia visto la resignacion y humildad del comunero, no quiso abandonarle hasta el último y postrer instante.

Así es que le acompañó hasta que llegó sobre el mismo patíbulo.

Mas antes de subir su escalera Padilla se volvió y vien-

do á un caballero llamado D. Enrique de Sandoval, primogénito del marqués de Dénia, le hizo una seña para que se acercase y quitándose unas reliquias que llevaba encima se las entregó diciéndole:

—Estas reliquias no solo han guardado mi cuerpo sino mi alma; guardadlas, Sr. D. Enrique, porque ellas os salvarán de los azares de la guerra; pero cuando esta concluya os suplico que las envieis á doña María Pacheco, mi esposa (1).

—Quedad tranquilo, Sr. D. Juan, contestó Sandoval; yo cumpliré fielmente vuestro encargo.

Padilla estrechó su mano y comenzó á subir la escalera que debia llevarle al cadalso.

En vez de mirar como Juan Bravo al pueblo, que se hallaba reunido en torno suyo, Padilla fijó sus ojos en el cielo bien como si entre lo nebuloso de sus pliegues quisiese buscar el Dios que habia de recibir su alma.

Luego dejó al religioso franciscano y se dirigió hácia el tajo.

Lo primero que vió fué el cuerpo del caballero Segoviano.

Padilla le contempló por un instante, y dijo con tristeza:

---

(1) Llegóse al cadalso Padilla y quitándose unas reliquias que llevaba al cuello las entregó á D. Enrique Sandoval y Rojas, primogénito del marqués de Dénia, que se hallaba á su lado para que las trajese mientras durase la guerra, suplicándole las enviase despues á doña María Pacheco, su esposa.—D. Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

—Ahí estais vos, buen caballero! (1).

Y sin esperar á que el verdugo le cogiese, dirigióse hácia el punto donde la cuchilla habia de segar su garganta.

Al revés de Juan Bravo, que segun cuenta un historiador de aquellos tiempos, hizo alguna resistencia al ejecutor de la justicia (2), Padilla inclinó, lleno de resignacion, la cabeza sobre el tajo, volvió á levantar sus ojos hácia el cielo y pronunciando el *Domines non secundum pecate nostre facias nobis*, esperó á que el verdugo le cortara el habla y la vida.

Este no se hizo aguardar mucho y levantando el acha la descargó en su cabeza, que quedó separada del tronco.

La muchedumbre contuvo un grito de horror é indignacion y osciló bien como si aquel mar de gente recibiera una fuerte sacudida.

Luego el ejecutor de la justicia cogió la cabeza de Padilla y acercándose al borde del cadalso, la enseñó al pueblo.

Despues la colocó en un gárfio que se veia clavado en

---

(1) *Historia del emperador Cárlos V, rey de España*, escrita por el maestro D. Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona.

(2) Hicieron primero justicia de Juan Bravo, y mandándole que se tendiese para degollarle, respondió que le tomasen ellos por fuerza y lo hiciesen, que él no habia de tomar la muerte por su voluntad. Luego asieron de él, y le tendieron sobre un repostero, allí le degollaron; y el verdugo no quiso hacer mas. *Historia del emperador Cárlos V*, por Fray Prudencio Sandoval.

el poste de que hablamos y cerca de ella colocó tambien la cabeza de Juan Bravo.

Entretanto Francisco Maldonado era el último de los reos que aun quedaba vivo, subia la escalera y se disponia á sufrir la muerte de sus compañeros.

El verdugo le recibió sobre el patíbulo, y el caudillo de Ávila se dirigió con firme y seguro paso hácia el tajo.

Poco tiempo despues su cabeza era enseñada al pueblo y colocada en el mismo poste donde se hallaban las de Bravo y de Padilla.

Terminada la ejecucion, la gente de armas que rodeaba el patíbulo y que formaba en la carrera, se disolvió poco á poco, volviendo á sus alojamientos respectivos.

La muchedumbre hizo lo mismo y solo quedaron en torno del cadalso algunos curiosos que quisieron ver de cerca el cuerpo y las cabezas de los tres caudillos.

Entre estos curiosos, veíase á un hombre que miraba lleno de tristeza aquel fúnebre trofeo.

A alguna distancia de este hombre y situada en un ángulo de la plaza, veíase una de esas grandes y pesadas carrozas que se usaban en aquella época y en cuyas ventanillas se asomaba, de cuando en cuando, el rostro de una mujer.

Esta mujer habia presenciado la ejecucion de los tres caudillos desde el interior de su carroza y se disponia á abandonar la plaza, cuando, de pronto, vió al hombre que miraba las cabezas y dió órden al cochero para que se detuviese.

Este obedeció y la carroza quedó inmóvil.

El hombre no percibió aquel carruaje y siguió en su actitud muda y espectante.

Era la hora en que el crepúsculo de la tarde impulsa las sombras de la noche y las aplomadas nubes que discurrian en el cielo habian convertido la luz del dia en un resplandor triste y opaco.

El hombre continuaba mirando las cabezas de los tres caudillos y la mujer no quitaba de él sus ojos.

Así transcurrió media hora.

Pasado este tiempo, un tercer personaje se acercó al que permanecia en torno del patíbulo, y le dijo:

—Creo, señor D. Estéban de Vargas, que no habreis olvidado el insulto que me inferísteis ayer tarde.

—En efecto, Sr. D. Juan de Ulloa, replicó el hombre que permanecia al rededor del patíbulo y que efectivamente no era otro que Vargas; y esto os lo probará una cosa, añadió el mancebo.

—Cuál?

—El que no he dejado el patíbulo desde que se ha cortado la cabeza á estos valientes y generosos caudillos.

—No os comprendo.

—Es muy sencillo, dijo Vargas tranquilamente; recordé que ayer un hombre abofeteó el rostro de otro hombre que se hallaba preso, y temí que al verle muerto y estando en situacion mas ventajosa no quisiese repetir su alevosía. Hé ahí, pues, porque no he dejado este cadalso.

—Es decir, interrumpió Juan de Ulloa palideciendo,

que continuais vuestros insultos para que os mate con mas brio?

—Yo, Sr. D. Juan, contesto á vuestra pregunta; si mis palabras no os gustan me hallo dispuesto á defenderlas.

—Creo que entre los dos no tienen que mediar esplicaciones y que basta y sobra con lo dicho.

—Opino lo mismo, dijo Vargas con la mayor sangre fria.

—Entónces os hallais dispuesto á realizar el duelo?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Queréis batiros ahora mismo?

—No encuentro en ello inconveniente alguno.

—Pues bien, replicó Juan de Ulloa; la noche ya ha llegado y si os parece saldremos de Villalar.

—Enhorabuena.

—Creo que entre vos y yo no habrá necesidad de testigos.

—Efectivamente: así el condestable Velasco no podrá castigar al que de nosotros dos sobreviva.

—Entonces seguidme.

—Ya os sigo, replicó Vargas.

En efecto, el mancebo echó á andar y se colocó cerca Ulloa.

Entonces, sin que Vargas lo observase, dos hombres se deslizaron trás de ellos, siguiéndoles á cierta distancia.

Los dos caballeros emprendieron hácia un callejon que desembocaba en un ángulo de la plaza y que era el mismo donde se habia situado la carroza.

Esta continuaba inmóvil y como si no guardase á nadie en su interior; mas cuando Vargas cruzó á su lado, rozando, por decirlo así, su portezuela, la mujer que continuaba en su fondo, se echó hácia atrás, bien como si temiese que le conociera y murmuró entre dientes:

—Oh! sí: es él... es D. Estéban!

Y permaneció inmóvil hasta que no oyó el rumor de sus pisadas.

Luego abrió la portezuela del coche, se apeó de este último, y dijo á un hombre que se veia en el pescante:

—Jofre; necesito saber hácia donde van estos dos caballeros que han cruzado por aquí, ahora mismo; yo iré trás de ellos con quieto y recatado paso, y tú, me seguirás con el coche, guardando cierta distancia.

El cochero hizo un signo afirmativo, y se dispuso á obedecer las órdenes de su señora.

Poco tiempo despues, ésta, se rebozaba en su mantilla y seguia con cautela, los pasos de D. Juan de Ulloa y de D. Estéban de Vargas.

CAPÍTULO XLVIII.

Un ausilio oportuno.

Los dos caballeros emprendieron por una calleja que desembocaba en la plaza y se dirigieron con febril y agitado paso hácia las afueras del pueblo.

Al llegar á sus tapias los dos se detuvieron.

A su izquierda, se levantaba la poblacion, y á su derecha, un poco mas léjos, veíase un cuadrado y ancho cercado rodeado con paredes sobre las que asomaban líneas de cipreses.

—Si os parece, interrumpió Juan de Ulloa, nos llegaremos hasta aquellas tapias que se perciben en la sombra.

—Como gusteis, dijo Vargas; pero creo que este sitio reune las circunstancias necesarias para un duelo. La noche ya ha cerrado y la soledad reina en torno nuestro.

—Ciertamente, dijo Ulloa con una intencion que no comprendió el mancebo, pero aquel sitio no tan solo es soli-

tario sino que ofrece la seguridad de que nadie interrumpirá en él nuestro duelo.

—Porqué motivo?

—Porque es el lugar donde reposan los muertos.

—Ah! dijo Vargas, palideciendo lijeramente; es el cementerio!...

—Cabal.

—Enhorabuena; así, dijo Vargas, el que caiga de nosotros ahorrará al sepulturero el trecho que media entre el campo santo y la villa.

Al oir estas frases, Ulloa sonrió.

Si Vargas hubiese percibido esta sonrisa es probable que se hubiese estremecido.

Habia en ella algo cruel, algo infernal, algo satánico, que denunciaba la seguridad en que estaba Ulloa de que Vargas moriria á los golpes de su espada.

Verdad es que el mancebo no habia visto lo que el caballero de Toro.

Éste, sumergiendo su mirada en torno suyo, habia percibido como dos bultos se dirigian con silencioso y recatado paso hácia las paredes del cementerio, trás las cuales se eclipsaron.

Estos dos bultos, que parecian dos fantasmas, cruzaron no léjos de ellos sin que Vargas los percibiese.

Los dos caballeros se dirigieron guardando el mas profundo silencio hácia las tapias.

La noche se hallaba triste y sombría y la luna hacia vanos esfuerzos para filtrar, con sus rayos, entre las den-

sas y opacas nubes que cubrian el cielo como un inmenso y blanco sudario.

El rumor de la brisa se estrellaba en los ángulos del cementerio y se enredaba por entre las ramas de los piramidales y fúnebres cipreses.

De cuando en cuando se oian esos rumores producidos por el aleteo de algun pájaro ó el roer de ciertos animales que buscan su guarida en los fúnebres lugares, rumores que impresionan tanto mas cuanto son producidos en la soledad y el misterio.

Al llegar á las tapias del campo santo, nuestros dos hombres se detuvieron, y Juan de Ulloa, echó una inquieta mirada en torno suyo.

—Qué os parece de este sitio? dijo á Vargas.

—Me parece, replicó sencillamente el jóven, que es el mas apropósito para celebrar nuestro duelo.

Y al pronunciar estas frases D. Estéban, imitando al caballero de Toro, habia desenvainado su espada.

Ya se sabe que la intencion del jóven consistia únicamente en desarmarle. Se lo habia prometido así á Padilla, y éste, que era el primer agraviado y el primer causante de aquel duelo, tenia derecho á ser exijente con Vargas.

En cuanto á Juan de Ulloa, ya era distinto; recordaba el insulto que ante los nobles, sus compañeros, habia sufrido en el campo de batalla, y conforme habia dicho al mancebo, necesitaba de su sangre.

Así es que empuñó su espada con intencion deliberada de atravesar su corazon de parte á parte.

—Estais? le preguntó, con impaciencia, el caballero de Toro.

—Empezad cuando gusteis, repuso Vargas.

—Pues en guardia!

—En guardia!

Y comenzó la lucha.

Por espacio de algun tiempo no se oyó mas que el chocar de dos espadas.

El ruido de estas dominaba el murmullo de la brisa y los misteriosos rumores que brotaban de aquel lugar triste y fúnebre.

Los dos caballeros luchaban con denuedo.

Vargas que tenia conciencia de su superioridad y destreza, se mantenia en pié, firme como una estátua y aguardando una ocasion para desarmar á su adversario.

Don Juan de Ulloa, cuya sangre estaba ardiendo y al cual la cólera cegaba, hacia inútiles esfuerzos para que su espada hallase un camino que la condujese al corazon del jóven.

El caballero de Toro describia círculos en torno suyo y alguna vez habia intentado herirle por la espalda; mas D. Estéban que le igualaba en agilidad y destreza y le ganaba en sangre fria, observaba sus movimientos, giraba con igual rapidez sin que perdiese un palmo de terreno y evitaba con gran sorpresa de Ulloa, sus mortales y repetidos golpes. Así transcurrieron diez minutos.

El caballero de Toro se sentia horriblemente fatigado y aun no le habia podido hacer un rasguño.

En cuanto á Vargas se hallaba perfectamente tranquilo y no parecia sino que tomaba aquella lucha como un juego.

Ulloa lo comprendió así y propuso al jóven algunos minutos de descanso.

—Me importa poco, dijo Vargas encogiéndose de hombros. Tengo, señor D. Juan, la seguridad de que uno y otro saldremos ilesos del combate.

—No os comprendo.

—Claro está; digo esto porque no se derramará ni una gota de nuestra sangre.

—Creo, sin embargo, observó Juan de Ulloa rechinando sus dientes, que nuestro duelo es formal.

—Para vos sí.

—Y para vos?

—Nó.

—Olvidais que el combate es á muerte?

—Si el combate, repuso con seguridad el mancebo, fuese para mí á muerte, á estas horas, vos, señor de Ulloa, no existiérais.

—Por qué?

—Porque, dijo Vargas con la mayor sangre fria, yo soy mas diestro que vos y vuestra cólera me ha proporcionado ya muchas veces ocasion para atravesaros con mi espada.

—Es decir, repuso Ulloa bramando de coraje, que me perdonasteis la vida?

—Sí; pero en cambio os he dado una leccion para que aprendais á obrar con hidalguía.

—Otro insulto!... murmuró el caballero de Toro palideciendo de rabia.

—Tomadlo como querais, dijo Vargas, me atengo á lo dicho.

—Pues no sabeis lo caro que pueden costaros vuestras frases. En guardia!

Y el caballero de Toro volvió á blandir con furia su espada.

Vargas le imitó.

El segundo combate fué mucho mas reñido que el primero.

Ulloa daba vueltas y brincos al rededor del jóven y éste casi no tenia bastante actividad y destreza con que evitar sus rápidos y multiplicados golpes.

No se oia mas que el rumor de los aceros y la fatigada respiracion del caballero de Toro, cuyos ojos brillaban en la oscuridad como dos ascuas.

Vargas sintió que comenzaba á perder su cabeza y para evitar una catástrofe se preparó á dar un golpe que decidiese la contienda.

Y en efecto: aprovechando una ocasion en que la espada se hallaba floja en las manos de Ulloa y en que éste, por la centésima vez, le enviaba de frente una estocada, Vargas le dió un fuerte y robusto quite y su acero fué á parar á diez pasos de distancia.

Entonces D. Juan de Ulloa dió un grito que se parecia á una seña, y de repente de entre las tápias del cementerio y como evocados de las tumbas, aparecieron dos hombres

que se dirigieron espada en mano contra D. Estéban de Vargas.

Éste comprendió que aquellos dos hombres se encontraban apostados de antemano y que obedecian al singular y estraño grito lanzado por Juan de Ulloa, el cual habia vuelto á recoger su espada y emprendia por tercera vez el combate.

El jóven se sentia ya fatigado y viendo que le era imposible luchar por mucho tiempo, buscó, llevado por su instinto, un apoyo y una defensa en las tápias del campo santo.

Mas uno de los dos hombres que habia comprendido su intento fué á cortarle el paso, y D. Estéban se halló rodeado por las puntas de tres espadas.

Entonces el jóven comprendió que todo habia concluido y parando, conforme pudo, los golpes de los dos desconocidos, atacó de frente á Juan de Ulloa.

Pero en el mismo instante en que iba á cruzarle su pecho, Vargas sintió en su espalda una sensacion punzante y fria, y, bañado en su propia sangre, cayó en tierra sin sentido.

Uno de los dos hombres que habian corrido en ausilio del caballero de Toro le habia herido por detrás, sin que el jóven hubiese podido evitar la estocada.

Sus tres adversarios iban á precipitarse sobre el desgraciado mancebo con el fin de rematarle, cuando, de pronto, se oyó una voz que gritaba:

—Asesinos! Dios castigará vuestra infamia!

Al oir esta voz las armas de los tres homicidas quedaron en suspenso, bien como si la sangre se les hubiese helado en el cuerpo.

El sonido de aquella voz era triste y doliente.

Parecia una queja ó una reconvencion que salia del fondo de las tumbas.

Era como el grito de una alma en pena que se cernia en los aires.

El silencio de la noche; la soledad en que se hallaban; el espanto que causa siempre un cementerio y la conciencia que tenian de su crímen, asustaron á los tres homicidas, que, soltando de pronto sus aceros y sin examinar el estado en que dejaban á Vargas, echaron á correr con todas sus fuerzas, dirigiéndose hácia la villa.

Vargas quedó solo y tendido, cerca las tapias del cementerio.

Pero no quedó mucho tiempo abandonado.

Cuando todo volvió á quedar en silencio, vióse una sombra que se dirigia con febril y precipitado paso hácia el jóven, que se arrodillaba cerca de él y que llevaba á su corazon la mano, bien como si tratase de convencerse de que estaba aun con vida.

Esta sombra era una mujer, y esta mujer era la misma que ya hemos visto en la plaza donde se habia ajusticiado á Padilla.

Habia seguido, conforme hemos visto, á Vargas y á Juan de Ulloa y oculta en las mismas tapias del cementerio, habia observado, uno por uno, los detalles y peripe-

cias de aquel drama en que D. Estéban habia sido víctima y actor á un mismo tiempo.

A alguna distancia de ella y al objeto de que no fuese descubierta, aguardaba el coche en cuyo interior la hemos visto anteriormente.

La jóven conforme ya dijimos, se inclinó sobre el cuerpo de Vargas y llevando la mano á su pecho se convenció de que aun respiraba.

Entonces se levantó y, salvando con rápido é inquieto paso un buen trecho del camino, gritó:

—Jofre! Jofre!

Como si fuese eco de la suya, contestóle otra voz, y pasado un instante se oia el rumor de un carruaje que se dirigia con rapidez hácia aquel punto.

Este carruaje era el coche de la jóven.

—Pronto! pronto! esclamó la mujer dirigiéndose hácia el lugar en que yacía el mancebo; enciende una de las dos linternas y prestemos nuestro ausilio á un hombre que acaban de herir ahora mismo.

Jofre obedeció la órden de su señora y encendió una de las linternas del coche.

Luego, cogiendo esta última, alumbró con ella á su señora, que se habia vuelto á inclinar sobre el cuerpo del mancebo.

Entonces vió que se encontraba herido en la espalda.

El jóven continuaba sin sentido; mas su respiracion, aunque irregular, era aun muy tranquila.

—Que te parece de esta herida, Jofre? preguntó la jóven con cierta ansiedad.

—Quizá sea grave, pero no es mortal, replicó el cochero.

—Corre este mancebo algun riesgo, si le metemos en el coche?

—Creo que nó.

—Pues bien, llevémosle.

—Dónde?

—Al coche.

—Y desde el coche?

—Al meson de la *Paloma blanca*.

—Creo, señora, observó Jofre, que vamos á cometer una imprudencia.

—Por qué motivo?

—Porque la justicia andará en este asunto y nos hará cargos á nosotros.

—No importa: si nos ocurriese un percance ya sabes que me abro paso en todas partes.

—En efecto, señora, replicó Jofre; pero tengo que advertiros una cosa.

—Cuál?

—Qué con este herido quizá el mesonero de la *Paloma* no quiera recibirnos.

—Al oro se le recibe en todas partes.

—Insistís, pues, en que lo metamos en el coche?

—Sí.

—Nada tan fácil, replicó Jofre.

Y cogiendo á Vargas en sus brazos le llevó como si fuese una pluma en direccion al carruaje, abrió su portezuela y le metió, con cuidado, en el interior del mismo.

—La jóven subió en él y haciendo trizas un pañuelo de abrigo y su mantilla trató de restañar la sangre que aun brotaba del cuerpo del herido.

El coche empezó á andar con tiento evitando los baches del camino é impedir sacudimientos al mancebo.

La jóven cuando se halló sola en el interior del carruaje, abrazó al herido y cubrió de besos su rostro.

De su pecho brotaban hondos suspiros y de sus ojos lágrimas, bien como si diese rienda suelta á su emocion por mucho tiempo comprimida.

Se encontraba sola, envuelta en la oscuridad de la noche y como nadie era testigo de aquellas manifestaciones de dolor y de cariño, la jóven se entregaba á ellas sin límites ni tasa.

—Entretanto el carruaje continuaba su ruta, y pasada media hora, poco mas ó menos, llegaba frente á frente á un gran caseron, que se levantaba en la orilla del camino.

Era el meson de la *Paloma blanca*.

—La jóven dejó el carruaje y se dirigió á su puerta.

Esta se encontraba cerrada.

Eran ya cerca las diez de la noche, y el mesonero, creyendo que no era ya hora de que pasasen viajeros, se habia apresurado á atrancarla.

Esto no obstante, la jóven llamó con fuerza.

Pasado un instante el mesonero la habria con cuidado,

sorprendido de que alguien, en aquella hora, interrumpiese el descanso y la paz de que gozaba.

Pero cuando á la luz de un farol que habia sacado de sus cuadras vió el rostro de la jóven, el mesonero dijo entre sorprendido y risueño.

—Cómo! sois vos doña Aldonza?

—Chist!... murmuró esta última; teneis mucha gente en la venta? preguntó al mesonero.

—Nadie, si se esceptúan unos trajineros que llegaron al caer de la tarde y que marcharán mañana antes de que raye la aurora.

—Así el cuarto que yo ocupaba está liyre? preguntó la jóven á la que el ventero llamaba Doña Aldonza.

—Está de la misma manera que lo habeis dejado esta mañana. Quereis ocuparlo?

—Lo ocupará un desgraciado herido que traigo en mi carruaje.

—Un herido! esclamó lleno de sorpresa el ventero; acaso lo hirieron en la batalla de ayer?

—Cabal, dijo Doña Aldonza, que en la pregunta del ventero encontró un medio para ocultarle la verdad de los sucesos.

—Es quizá algun comunero? preguntó el dueño del meson con desconfianza.

—Nó; pertenece á los imperiales y al regresar del pueblo donde como sabeis presenciamos la ejecucion de Padilla, le encontramos casi muerto entre las yerbas y malezas de un torrente.

Ignoramos si el ventero creyó estas frases de Doña Aldonza; mas ya lo creyese ya recordase la esplendidez con que pagaba esta última, lo cierto es que no solo admitió al herido, sino quo le ayudó á transportarle al cuarto que en aquel mismo dia habia ocupado la jóven.

CAPÍTULO XLIX.

Las pesquisas de Aldonza.

Por espacio de algun tiempo Vargas continuó aun sin sentido.

Pero gracias á los cuidados de Aldonza y á la solicitud con que el ventero la procuró toda clase de recursos, el jóven no tardó mucho en volver á la existencia.

Al ver que recobraba poco á poco sus sentidos, Aldonza exhaló un gran suspiro.

Lo primero que hizo Vargas fué mirarla con fijeza bien como si su hermoso rostro evocara en su espíritu la imágen de una mujer que habia ya olvidado.

Don Estéban hizo un esfuerzo para coordinar sus recuerdos y despues de haber mirado por algun tiempo á la jóven, dijo con voz triste y doliente:

—Doña Aldonza de Herrera!... Pero la jóven llevó un dedo á sus lábios con dulzura y le dijo, con voz apacible:

—Callad, señor de Vargas; acabais de recobrar vuestros sentidos y estais aun muy delicado para entablar una plática.

—Pero que es lo que ha ocurrido, Dios mío? por que me hallo en este cuarto? donde estoy? por qué os encontrais á mi lado? preguntó el herido haciendo un esfuerzo para mirar en torno suyo.

—Chist!... no pronuncieis una frase, dijo con inquietud Aldonza, vuestra herida no deja de ser grave y exige el mas completo reposo.

Estas palabras trajeron á la memoria del jóven lo que habia ocurrido aquella noche.

Entonces recordó el duelo con Juan de Ulloa, la manera con que habia perdonado su existencia, la emboscada que en el cementerio le habia preparado este último, y la infame traicion de que habia sido víctima.

Pero quién le habia socorrido en aquel trance? por qué Doña Aldonza se encontraba á su lado? dónde se hallaba? cuánto tiempo habia discurrido desde aquel lance?

Hé ahí lo que no comprendia y lo que no acertaba á esplicarse. No le parecia sino que aquello era un sueño y que al despertar se habia encontrado frente á frente de un serafin del cielo.

El jóven miraba lleno de estupor á Doña Aldonza, la cual le sonreia con ternura.

Mas este mismo estupor no tardó mucho en eclipsarse para dar cabida á un dulce y generoso sentimiento: el de la gratitud.

No sabia nada, lo ignoraba todo y sin embargo una voz interior le anunciaba que debia su existencia á Doña Aldonza.

El jóven quiso, por tercera ó cuarta vez, interrogarla; pero, como siempre, la jóven acercó la mano á sus lábios y le impuso silencio con dulzura.

—Oh! Dios mio, balbuceó Vargas, suspirando con tristeza, porqué habeis permitido que yo ame tanto á Dolores?

Y dirigió una mirada llena de agradecimiento y ternura Doña Aldonza.

Esta palideció.

Aquella mirada llegaba al fondo de su alma y hacia vibrar sus fibras mas sensibles.

Hubo un instante de silencio durante el cual las miradas de ambos jóvenes suplieron con harta elocuencia el lenguaje de sus lábios.

—No parecia sino que entre los dos jóvenes se habia establecido una corriente magnética que ponia en contacto sus dos almas.

Vargas estaba pálido: la sangre que habia perdido le habia robado parte de su existencia, y su semblante revestia esa ideal hermosura de los que se acercan al borde del sepulcro.

La muerte es una gran artista y tiene el privilegio de embellecer el rostro de sus víctimas. No parece sino que la transfiguracion del hombre empieza ya en su agonía.

Por lo que se refiere á Aldonza, se hallaba tambien pá-

lida: habia presenciado la ejecucion de los tres comuneros y sido testigo del desafío entre Vargas y Juan de Ulloa, y cualquiera de estos sucesos era lo bastante á conmover estraordinariamente su alma.

Mas esta palidez, endulzando el tono de sus purpúreas mejillas, rebajando el encarnado de sus lábios y esparciendo un tinte de melancolía en el resto de sus facciones, no hacia mas que realzar su hermosura y dar á su semblante cierto misticismo y nobleza que Vargas no habia observado hasta entonces.

La jóven parecia transfigurada: tal era la modificacion se habia operado en su semblante.

No era ya aquella mujer de carácter enérgico é incitante y cuya mirada sublevaba las pasiones: no era ya aquel tipo lleno de voluptuosidad y de fuego que hacia entrever un infierno de placeres; su actitud y sus facciones revelaban, por el contrario, una mujer de carácter dulce, resignado y sobre cuya frente agitaba sus alas el ángel de la melancolía y la tristeza.

Qué es lo que habia ocasionado este cambio? Hé ahí lo que no sabia Estéban y lo que vamos á decir nosotros.

Ya se recordará el ardiente y repentino amor que el jóven habia inspirado á doña Aldonza.

Rodeada con el lujo y el fausto de lo córte, adulada por cien galanes y querida del rey mas poderoso del mundo, Aldonza en medio de sus galas, sus trenes, sus riquezas, esperimentaba en su alma ese vacío de los que lo desdeñan todo por la misma razon de que no les falta nada.

Pero habia visto á don Estéban de Vargas, y al contemplar su ruda y varonil belleza, al leer en su moreno rostro la energía y temple de su alma, la jóven habia deseado hablarle y hé ahí porque le habia escrito aquel billete en que le citaba en su casa.

Fiada en su irresistible hermosura, Aldonza tenia la seguridad de que Vargas no resistiria sus hechizos y que concluiria por atarle al carro de sus conquistas; mas la jóven hubo de quedar sorprendida al observar la indiferencia con que el jóven contemplaba su belleza, y esto, en vez de calmar sus simpatías hácia el mancebo, solo sirvió para aumentarlas.

Era la primera vez que encontraba una valla á sus deseos, y la primera vez en que veia burlada su esperanza.

Aquella mujer que brillaba como un sol entre los astros del gran mundo, que tenia á sus plantas cien adoradores y galanes, que era deseada de los hombres mas notables de la córte, no solo por su belleza sino porque era la favorita de un monarca; aquella mujer se veia desdeñada por un simple caballero de provincia al cual tal vez ni siquiera hubiese dirigido una mirada si él espontáneamente, hubiese elegido un puesto entre el número de los que intentaban conquistarla.

Este desden en vez de calmar su amor, no hizo mas que acrecentarlo.

Don Estéban de Vargas apareció á sus ojos como un hombre diferente de los otros, y realzando en su imagina-

cion las prendas que le adornaban, concibió por él una de esas pasiones que son tanto mas fuertes por la misma razon de que no se han visto satisfechas.

De ahí que la jóven no renunciase á conquistarle y de ahí que le diera una segunda cita bajo el pretesto de que queria entregarle una carta para el inquisidor de Sevilla.

Pero ya vimos como don Estéban no habia podido cumplir esta cita.

El rey, sospechando de la fidelidad de su amante, se habia cruzado á su paso, y olvidando su carácter de monarca y llevado por sus celos, se habia colocado entre él y su querida y enviaba al jóven á la guerra de las comunidades en la esperanza de que éstas le proporcionarian un sepulcro donde enterraria su amor y su existencia.

Á la siguiente noche, la jóven esperó á Vargas.

Habian dado ya las doce de la noche, hora en que se habia fijado la cita, y, sin embargo, Vargas no habia llegado aun á su casa.

Aldonza se quedó sorprendida; al principio creyó que el jóven trataba de desdeñarla; pero luego reflexionando que le habia prometido una carta para el inquisidor de Sevilla y que fuera de esto la delicadeza de su alma se resistiria á faltar á su palabra, comprendió que el faltar á la cita reconocia por orígen alguna causa estraordinaria y comenzó á discurrir sobre esta última.

Entonces recordó que en la noche anterior y en el mismo instante en que Vargas acababa de dejar su casa habia

oido rumor de tajos y mandobles y que luego todo habia quedado en silencio.

Si el jóven no hubiese faltado á la cita, doña Aldonza no hubiese dado importancia á este incidente; pero Vargas no habia ido á su casa y este hecho, que en aquellos tiempos era muy vulgar y ordinario, tomó en su imaginacion, grandes y gigantescas proporciones.

Doña Aldonza comprendió que habia sucedido algo notable á don Estéban, y sospechando que el rey estaria complicado en aquel lance y queriendo salir de dudas, al siguiente dia se dirigió á palacio.

La jóven entró en los departamentos del rey con el corazon destrozado, pero afectando la serenidad mas completa.

Por espacio de algun tiempo la conversacion giró al principio sobre asuntos indiferentes y recayó luego sobre Vargas y Juan de Ávila.

El rey y su favorita deseaban con ánsia que la plática recayese en el mancebo: el rey para leer en el fondo de su alma y apreciar el grado de amor que profesaba al jóven, y la favorita para saber directa ó indirectamente la suerte ó paradero de Vargas.

Pero ni uno ni otro hubieron de lograr su objeto: doña Aldonza fingió que sentia por Vargas la indiferencia mas completa, y el monarca, en su conversacion, hubo de manifestarse muy reservado y sombrío.

Cárlos V, hasta entonces, nunca habia sospechado de a fidelidad de su amante por mas que no ignorase que

era objeto de galanteos por parte de los mas nobles y encumbrados personajes.

Esto no obstante, como hombre de esperiencia, desconfiaba de la mujer hasta cierto punto y si bien la pasion de Aldonza por Estéban de Vargas destrozaba su alma, en nada le sorprendia.

Así es que no estrañó lo visita de la jóven ni la solicitud con que preguntaba por su amante.

En cuanto á Doña Aldonza no creyó tampoco en las frases del rey y aunque este le dijese que no habia visto al mancebo desde sn primera entrevista, y que probablemente habria vuelto á Sevilla, la jóven se prometió, en su interior, el averiguar de otra manera lo que de él habia sido.

Doña Aldonza, entonces, salió del régio alcázar y fué en busca de aquel pajecillo del cual se habia valido para enviar su primer billete á don Estéban y le preguntó por el meson donde paraba este último.

El pajecillo se lo dijo y entonces se dirigió á su casa y envió al meson á doña Angustias, para que viese á don Estéban y le dijese que le aguardaba en su casa, donde le entregaria la carta que habia escrito para el inquisidor de Sevilla.

Suponiendo que don Estéban no se hallase en el meson, doña Angustias, debia hablar con Juan de Ávila y enterarse del punto donde se hallaba el mancebo.

La dueña cumplió su encargo, y á los pocos momentos se encontraba de regreso.

Don Estéban no se hallaba en el meson.

En éste solo habia encontrado á Juan de Ávila, el cual se disponia á marchar hácia Sevilla.

Segun éste habia dicho á doña Angustias, el jóven se habia ausentado de la córte desde el dia anterior para colocarse al frente de cien lanzas con las cuales debia hacer la guerra á las comunidades de Castilla.

Esta noticia fué como un rayo de luz que disipó las tinieblas en que se hallaba envuelta.

Aldonza lo comprendió todo: comprendió que en la noche anterior y al salir de su casa don Estéban, habia encontrado al rey ó alguno de sus espías y que luego de cambiar algunos tajos y mandobles, el jóven habia quedado prisionero y llevándole ante el rey, éste sin descubrir nada á nadie, le habia mandado á la guerra.

La primera intencion de doña Aldonza consistió en dejar la córte é ir en busca de Vargas; pero luego reflexionó que con esto no hacia mas que comprometer al jóven, y reprimiendo sus impulsos, dejó que las circunstancias le ofreciesen alguna coincidencia favorable.

Esta no tardó mucho en presentarse.

El rey tuvo que marcharse á Flandes y la jóven quedó en libertad para realizar sus planes.

A partir del dia en que Cárlos V sospechó de la fidelidad de su manceba, ésta habia observado con él, una conducta tan cariñosa y tan hábil, que el monarca dudaba de si era ó nó cierto lo que habian visto sus ojos.

La jóven no le habia hablado nunca mas de don Esté-

ban de Vargas y todo su afan consistia en obedecer los caprichos del monarca.

Así es que marchó á Flandes poniendo en duda la infidelidad de su manceba.

Verdad es que Cárlos vivia enamorado y que el amor tiene el privilegio de cegar á los hombres mas espertos.

No bien el rey hubo dejado á España, cuando su favorita pensó en la realizacion de sus proyectos.

Hacia ya un mes y medio que no habia visto al mancebo, y este tiempo le parecia un siglo.

Por otra parte ignoraba cuál habia sido su suerte: constábale que habia ido á la guerra al frente de cien lanzas pero nada sabia respecto á sus hechos de armas.

Corria por Madrid la noticia de los muchos triunfos que alcanzaba la gente de las comunidades y esto la ponia en gran cuidado. Vargas era valiente y era muy posible que dejara su existencia en el campo de batalla.

Aldonza no quiso vivir en la ansiedad por mucho tiempo.

Mandó preparar uno de sus coches de viaje por Jofre que era uno de sus mas fieles y discretos servidores, y sin que participase á nadie su marcha, se dirigió hácia el corazon de Castilla, donde la gente de las comunidades hacia su último esfuerzo para vencer á la del rey.

Lo primero que hizo fué dirigirse á Tordesillas, cuy poblacion, luego de haber pertenecido á los comuneros, fué ganada por los imperiales.

En ella vivia la reina doña Juana, madre del empera-

dor Cárlos V, la cual se hallaba rodeada por lo mas ilustre de la nobleza; pero en el dia anterior el almirante Enriquez habia salido con mucha gente de armas de esta villa, y se habia reunido con los hombres del condestable en Peñaflor, al objeto de vigilar á Padilla, que, con su hueste, queria dirigirse desde Torrelobaton hácia Toro.

La jóven, entonces, quiso dirigirse hácia Peñaflor: mas por el camino recibió la noticia de que los comuneros habian sido vencidos en los campos de Villalar, y que Padilla, Bravo y Maldonado, habian quedado prisioneros.

Entonces se dirigió hácia Villalar que era el punto donde luego de su victoria se habia concentrado el imperial ejército y á fin de que nadie la descubriera se aposentó en el meson de la *Paloma blanca*, el cual se hallaba situado á media legua de la villa.

En este meson fué donde recibió la noticia de que se debia ejecutar á los caudillos de las comunidades y creyendo que la sentencia se llevaria á cabo con gran aparato de armas, que á ella asistiria don Estéban y fiando, por otra parte, en la multitud de gente que presenciaria aquel acto, lo cual contribuiria á que ella pudiese guardar el incógnito, la jóven determinó abandonar el meson por algunas horas y dirigirse hácia la villa.

Así es que dió órden á Jofre para que dispusiera su coche.

Aldonza se dirigió hácia Villalar, mandó colocar su carruaje entre los muchos que habia en la plaza, y protegi-

da por sus cortinillas y oculta en su interior, presenció una tras otra, la ejecucion de los caudillos.

Entonces fué cuando percibió á Vargas contemplando las sangrientas cabezas que el verdugo habia colgado en una escarpia.

Doña Aldonza no obstante las crueles emociones que habia esperimentado, no pudo contener un grito de alegria.

Acababa de ver al hombre que buscaba.

Vargas estaba allí, á cincuenta pasos de su coche y era ya imposible que le perdiese de vista.

Obedeciendo á su primer impulso quiso enviarle á Jofre para que se acercara á su carruaje; pero habia aun mucha gente en la plaza y fuera de esto queria aguardar á que anocheciese para no se ser conocida.

Pasado un instante, no pudiendo contener su impaciencia y temiendo que Vargas se le podia eclipsar de un momento á otro, la jóven quiso enviarle su criado: pero entonces observó que un caballero se acercaba al mancebo y que le hablaba con viveza.

Este caballero era don Juan de Ulloa.

Doña Aldonza que no les perdia de vista notó la actitud y ademanes de uno y otro caballero, y viendo que con rápido paso se dirigian hácia una calle que desembocaba fuera de la villa, comprendió que se encerraba allí algun misterio.

Entonces fué cuando dió órden á Jofre para que siguiese á Ulloa y á don Estéban de Vargas.

La noche habia cerrado, y por consiguiente no era difícil seguirles.

Doña Aldonza notó que aquellos hombres se dirigian hácia las tapias del cementerio y viéndoles solos y sin mas compañía que sus espadas hubo de comprender que se trataba de algun duelo.

La jóven tembló por don Estéban, y se empeñó, mas que nunca en seguirles.

Lo único que hizo fué bajar del carruaje y mandar á Jofre que aguardara con él á alguna distancia del punto en que Ulloa y don Estéban de Vargas se habian detenido.

Así no corria peligro de que nadie la descubriese.

Bajó, pues, del carruaje, y con quieto paso y como si fuese una sombra, dirigióse hacia el cementerio, donde se ocultó trás de sus tápias.

Pasado un instante oia el chocar de dos espadas.

Eran las de Vargas y Ulloa.

Al principio no dudó un instante de que don Estéban saldria vencedor en la lucha; pero al ver, oculta entre la sombra, que se precipitaban sobre él otros dos hombres, al oir el grito lanzado por Vargas al sentirse herido por la espalda, la jóven no pudo reprimirse y lanzó á su vez, el grito que puso en fuga á los tres asesinos.

Lo demás lo conocen ya nuestros lectores: Vargas, ausiliado por Jofre y doña Aldonza y metido en su carruaje, fué llevado al meson de la Paloma.

CAPITULO L.

Proyectos de marcha.

Por espacio de unos dias Vargas permaneció entre la vida y la muerte; pero gracias á los cuidados de la jóven, que no le abandonó un instante, y gracias á su naturaleza de hierro, D. Estéban pasado un mes abandonaba su lecho.

Durante este tiempo Doña Aldonza lo habia olvidado todo: corriendo el peligro de que su ausencia fuera notada en la córte, la jóven habia olvidado el rey y sus compromisos y no pensaba mas que en D. Estéban.

A ella le constaba que con su conducta arriesgaba su posicion y su fortuna; mas esto no le importaba: su amor habia revestido el carácter de un verdadero sacrificio y ante la existencia de Vargas todo quedaba eclipsado.

La jóven no solo era su enfermera, sino su amante, su madre, su hermana. No veia mas que á él, no pensaba mas que en él, y sus esperanzas todas, se habian concentrado

en la salvacion de aquel hombre. La vida de éste era la suya propia. No era cuestion ya de conquistar su alma: solo trataba de conservar su existencia. Qué le importaba que luego no pensase mas que en Doña Dolores de Argoso? qué le importaba que luego olvidara sus grandes sacrificios? Ella de todos modos le salvaba de la muerte y si luego no era amada, cuando menos tendria el privilegio de hacer mas sacrificios para su felicidad y su dicha.

Tal es el carácter del verdadero amor: este no existe sin la abnegacion y el sacrificio. Doña Aldonza era una de esas mujeres que aspiran por completo á la dominacion del hombre y que cuando no logran su objeto se arrastran y humillan á sus plantas. No pudiendo ser sus reinas se convierten en esclavas.

Así es que no pretendia ya ser amada: queria tan solo amar, dulce y triste privilegio de los corazones que llegan á conquistar el objeto de sus aspiraciones y deseos.

Por lo que se refiere á D. Estéban, el jóven apreciaba en su valor aquella alma entusiasta y sensible y todos sus esfuerzos consistian en no dejarse arrastrar por la magnética y peligrosa corriente que se habia establecido entre él y Doña Aldonza.

Queria amarla como hermana; pero, con gran dolor suyo, el jóven comprendia que de seguir mas tiempo á su lado concluiria por quererla como amante.

Lo único que hasta entonces habia detenido los impulsos de aquellas vivas y crecientes simpatías, era el recuerdo de Dolores.

La imágen de ésta se levantaba en su acalorada fantasía con toda la pureza del amor que desde su niñez la profesaba y era como el ángel que guardaba la fé y la inocencia de su alma.

Aldonza, para el mancebo era la encarnacion de la materia que idealizaba su hermosura; mientras que Dolores era la representacion viva y latente del espíritu. Las dos eran hermosas: pero la una interesaba su alma, en tanto que la otra solo avivaba sus sentidos.

Cierto dia los dos jóvenes se encontraban sentados cerca la ventana que habia en el cuarto que el jóven ocupaba y sus distraidos ojos vagaban por la inmensidad del horizonte que sobre los campos de Villalar se desplegaba.

Los dos se hallaban tristes y silenciosos: uno y otro tenian conciencia de su situacion respectiva: Aldonza comprendia que no era amada, y Vargas comprendia á su vez que era amado de Aldonza.

Esto ocasionaba á uno y otro cierta vaga melancolía, cuya traduccion se hallaba en su silencio.

Por fin la jóven rompió este último, y dijo al mancebo:

—Estais, pues, resuelto á dejar este meson en breve?

—Creo que de aquí ocho dias me sentiré bastante fuerte para emprender este viaje, repuso Estéban.

—Os incorporais al ejército de D. Cárlos?

—Nó.

—Se observará vuestra falta.

—No importa; yo prometí al rey que seguiria sus ban-

deras mientras durase la guerra, y como ésta ya ha cesado ningun compromiso me obliga.

—Entonces, preguntó con timidez la jóven, dónde guiareis vuestros pasos?

—Primero á Toledo.

—Con qué objeto?

—Para cumplir la última voluntad de Padilla.

—Visitareis á su esposa?

—Sí: tengo que entregarla una carta que el caudillo toledano escribió momentos antes de su muerte.

—Y luego?

—Continuaré mi viaje.

—No pasareis á la córte?

—Sí: pero estaré solo de paso.

—Dónde ireis?

—A Sevilla.

La jóven palideció.

Esto equivalia á decir que D. Estéban no pensaba mas que en Dolores.

Así es que murmuró, suspirando:

—Dios mio, cuán feliz es!

—Quién ? preguntó Estéban que habia oido estas frases.

—Dolores de Argoso, contestó la jóven.

—No lo creais, replicó Vargas con tristeza.

—Por qué?

—Porque Dolores de Argoso es víctima de la persecucion mas horrible.

—Os referís al inquisidor de Sevilla? preguntó Doña Aldonza.

—Sí.

—Pues bien! yo tengo un medio para salvarla.

—Vos!

Aldonza hizo un gesto afirmativo.

—De qué manera? continuó Estéban.

—Muy sencillo.

—Hablad.

—Teneis inconveniente en que yo os acompañe?

—Nó.

—Permitireis que yo vaya con vos á Sevilla?

—Sí; pero con una condicion.

—Cuál? preguntó Aldonza.

—Que no direis á nadie lo que ha sido de mí en este tiempo.

—Contad en mi discrecion.

—Y qué pensais hacer cuando lleguemos á Sevilla?

—Presentarme á Pedro de Arbués.

—Ya sabeis que es un hombre intransigente, observó el jóven.

—Procuraré amansarle.

—De qué modo?

—Tengo del rey una firma en blanco.

—Y esta firma...

—Esta firma se llenará con una órden en la que se obligará al inquisidor á que ponga en libertad á D. Manuel de Argoso y deje de perseguir á su hija.

—Olvidais que tengo una carta en que el emperador suplica á Pedro de Arbués que ponga en libertad á Don Manuel?

—Ciertamente, replicó Aldonza; pero una carta no es una órden: aquella suplica; esta manda.

El jóven guardó un instante de silencio.

Comprendia todo el sacrificio que aquella mujer hacia, y no podia menos que admirarla.

Despues cogió con dulzura la mano de la jóven, y dijo:

—Sois muy buena, Aldonza.

—Por qué? dijo ésta, que se estremeció al contacto de su mano.

—Porque no solo me habeis devuelto la existencia, sino que tratais de devolverme á Dolores.

—Qué quereis, amigo mio! esclamó Aldonza con tristeza: no hago mas que obedecer á la fatalidad de mi destino: yo, antes de conoceros, vivia feliz, dichosa y tranquila: la fortuna me sonreía y todo el mundo me envidiaba porque yo reinaba sin obstáculos de ningun género en el corazon del rey mas poderoso de la tierra. Pero las circunstancias han cambiado: ayer yo era dueña de un monarca, y hoy me he constituido en vuestra esclava. Por qué, pues, continuó la jóven sonriendo, no he de procurar vuestra dicha?

—Os lo agradezco, Aldonza, repuso Vargas; pero yo no debo admitir vuestros sacrificios.

—Por qué motivo?

—Porque vuestros sacrificios, que yo por otra parte no merezco, perjudicarian vuestro porvenir y vuestra fama.

—Lo que es mi fama, replicó la jóven con tristeza, hace ya mucho tiempo que la he perdido y yo no intentaré recobrarla : la favorita de un rey puede recibir toda clase de obsequios y homenajes por parte de los que admiran su belleza; pero el mundo que todo lo observa y lo juzga, nunca la perdona el que haya vendido su honra. En cuanto á mi porvenir, ó mejor dicho, en cuando á mi fortuna renuncio á ella...

—No os comprendo.

—Digo esto porque hace un mes y medio que he dejado de ser la manceba del emperador Cárlos V.

—Por qué motivo?

—Porque ya no me pertenezco á mí misma.

—Entonces...

—Pertenezco á vos y á Dolores... Ya veis, pues, que yo no soy, para ella, un rival temible, prosiguió Aldonza con tristeza: deseo que el dolor y la amargura acaben por lavar mi afrenta y hé ahí tal vez porque Dios ha depositado en mi pecho el ardiente amor que por vos siento. Así D. Esteban no os hablaré de amor: por el contrario: alentaré el que profesais á la señorita de Argoso y me convertiré, nó en su rival, sino en su esclava. Quereis, pues, que vaya con vos á Sevilla?

—Oh! Dios mio! Dios mio! gritó el mancebo viendo tanta abnegacion y sacrificio; y si el emperador Cárlos V os ama? y si os arranca de mi lado?

—Será inútil.

—No obedecereis sus órdenes?

—Nó.

—Ved que su voluntad no admite réplica.

—Le opondré la mia que es tan fuerte cual la suya.

—Y renunciais á la fortuna, las riquezas, los honores?

—Lo renuncio todo por estar á vuestro lado; no seré yo quien os ha proporcionado vuestra felicidad y vuestra dicha?

—Vos, amiga mia, dijo Estéban, no sois una mujer. Sois un ángel; pero temo mucho que al confundir vuestra existencia con la nuestra, y al hacer tan grandes sacrificios, vuestra alas se quemen.

—No os comprendo, repuso la jóven, qué podrá quemarlas?

—El fuego del Santo-Oficio.

—Si realmente así fuera, contestó la jóven, este fuego no haria mas que purificar mi alma.

—Ved que habreis de luchar con la inquisicion que es un poder tan fuerte como el del emperador Cárlos V.....

—No importa.

—Y si no triunfamos?

—Pereceré con vos y la señorita de Argoso.

—Vuestra alma es muy generosa y muy noble, Aldonza: guardadla para otra empresa y renunciad á una lucha que será tal vez estéril.

—Mi alma, dijo la favorita del rey con una abnegacion sublime, no es ya mia sino vuestra, y se halla ya dispuesta al sacrificio: contestadme definidamente: quereis que vaya á Sevilla?

—Sí, respondió el mancebo lanzando un gran suspiro y como si en esta frase hiciera una concesion muy costosa.

—Pues bien, tratad de restableceros á la brevedad posible: mi coche está á nuestras órdenes y realizaremos á pequeñas jornadas nuestro viaje. Yo, luego que llegue á vuestra ciudad natal, me prsentaré al grande inquisidor, y si la órden de que liberte al señor de Argoso no fuera lo bastante, yo le revelaria mi calidad y mi nombre. Luego me presentareis á Dolores y ella que desde su niñez os idolatra, ella que á no dudarlo tendrá una alma noble y generosa, comprenderá la grandeza de la mia. Al principio su solo nombre me ocasionaba la desesperacion y los celos, pero ahora que por continuar á vuestro lado me hallo resuelta á sacrificarlo todo á vuestra dicha y la suya, siento, por ella, el cariño deuna hermana. No creais que sea ya su rival, prosiguió la jóven con entusiasmo: seré su consejera, su amiga y hasta si quiere, su esclava. Las dos os amaremos, D. Estéban; pero con la diferencia de que ella tendrá el derecho de manifestaros su amor y yo solo tendré el derecho de sentirlo. Yo remitiré mi cariño al fondo de mi alma: pero en cambio contemplaré vuestra dicha, me diré á mí misma que yo he contribuido á vuestra felicidad y la suya, y mi pena y mi dolor se mitigarán con la tranquilidad y la paz de que disfrutará mi conciencia!

—Basta, basta, amiga mia, replicó el jóven estrechando la mano de Aldonza y profundamente impresionado; venid conmigo á Sevilla: haced lo que mejor convenga para salvar á la familia de Argoso, y Dolores, haciendo jus-

ticia á la nobleza de vuestra alma, os recibirá como una hermana.

Y al pronunciar estas frases el jóven se levantó, bien como si quisiese retirarse.

Aldonza comprendió que se sentia fatigado, y no queriendo agitar su espíritu con tan vivas emociones, estrechó su mano con dulzura y se dirigió al cuarto que en aquel meson ocupaba.

Ocho dias despues de esta plática, y como D. Estéban se hallase ya restablecido, los dos jóvenes abandonaban el meson de la Paloma, con gran tristeza del mesonero, que desde entonces echó de menos la esplendidez de aquellos dos viajeros.

Así es que al ver que el coche se alejaba, dijo lanzando un suspiro:

—Jamás creí que se le cerrase tan pronto la herida: lastima grande que no haya durado enfermo unos meses!...

Aldonza y D. Estéban emprendieron el camino de Toledo.

Ya se sabe que el jóven queria ir á esta ciudad para entregar á Doña María Pacheco, mujer de Padilla, la carta que éste la habia escrito antes de subir al patíbulo.

Pero al llegar cerca los muros de esta ciudad heróica, vió se hallaba cercada por mucha gente de armas.

Esta gente se hallaba mandada por el prior de San Juan, el cual habia puesto sitio á Toledo, punto donde la viuda de Padilla, el obispo de Acuña y Hernando Dávalos, ostentaban aun el pendon de las comunidades.

Afortunadamente el jóven, aprovechando algunas horas de tregua que mediaron entre los de Toledo y los sitiadores, logró entrar en la ciudad y dirigirse al alcázar, punto en que Doña María se hallaba.

Entonces entregó á esta última la carta que la habia escrito su esposo.

Doña María que idolatraba á este último y que siempre se habia distinguido por su amor á la causa del pueblo (1) recibió llena de desconsuelo á D. Estéban de Vargas. Hízole contar los detalles que habian precedido á la muerte del

---

(1) Doña María Pacheco, hija del conde de Teudilía y de una hermana del Marqués de Villena, señora de honestas costumbres, de entendimiento claro, ejercitada en la lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar los corazones, tan entusiasta por la causa de las comunidades como su propio marido, ejercia tal ascendiente sobre los toledanos, que todos la amaban, reverenciaban y obedecian, como si con un mágico talisman los tuviese encantados. En una ocasion, cuando las ciudades se hallaban en mayor penuria por la escasez de metálico para pagar la gente de guerra, ella, con una resolucion estraña en las personas de su sexo, entró en la catedral de Toledo enlutada, cubierto con un velo el rostro, y puesta de rodillas ante el altar mayor, teniendo delante de sí dos hachas encendidas, hiriéndose el pecho, y cayéndole las lágrimas de los ojos, como pidiendo á Dios perdon, tomó la plata que en la iglesia habia, y de ella se pagó á las tropas: accion que reprobaron y calificaron de horrible sacrilegio los enemigos de las comunidades, pero que no era sino la repeticion de un hecho practicado en casos de necesidades públicas por monárcas muy piadosos, y aun por la misma Reina Católica.—Don Modesto Lafuente: *Historia general de España.*

caballero toledano, y cuando supo que el jóven habia espuesto su vida para vengar la injuria de D. Juan de Ulloa, el reconocimiento de aquella mujer no encontró límites.

—No os ofreceré, dijo al macebo, una habitacion en el alcázar: Toledo pertenece aun á las comunidades de Castilla y vos habeis militado en el ejército contrario; pero si alcanzada la paz necesitais una casa, un hogar, una familia, recordad que en esta ciudad existe una mujer que os queda profundamente agradecida y que lo hará todo para compensar vuestra nobleza é hidalguía.

Al hacer esta oferta Doña María no pensaba en lo que podia ocurrir en lo futuro.

Algun tiempo despues y luego de haber sostenido un sitio heróico, entraba en la ciudad el Marqués de Villena al frente de los imperiales.

La viuda de Padilla tuvo el tiempo necesario para disfrazarse de labradora, coger una cabalgadura y unos enseres que llevaba en la mano para que de este modo, confundida entre la gente del pueblo, pudiese emprender la fuga.

Desde Toledo se dirigió á Portugal donde, segun cuenta un cronista, murió desterrada, abatida y en perpétua desventura.

A pesar de esto Vargas le dió gracias por sus cordiales ofertas y despidiéndose de ella continuó junto con Aldonza su viaje hácia la córte.

Ocho dias despues los dos jóvenes entraban en Sevilla, y Don Estéban alojaba á Doña Aldonza en una de sus mejores posadas.

CAPÍTULO LI.

Rodriguez de Valero.

Habian pasado ya tres meses desde el dia en que Cárlos V habia concedido la primera audiencia á Juan de Ávila y á Estéban.

De vuelta á Sevilla el primer cuidado de Vargas consistió en informarse de Dolores.

José le habia recomendado que no fuera sin él á la casita de Juana y como no podia presentarse en el palacio inquisitorial donde habitaba el favorito de Pedro de Arbués, Estéban se dirigió, al caer de la noche, hácia la taberna de la Buena Ventura creyendo que el elguacil ó su hermana le dirian algo respecto á la suerte de la mujer que amaba y de lo que en el Santo-Oficio ocurria.

Cuando Vargas llegó á la taberna, esta se hallaba desierta.

No habia llegado aun la hora en que iban á cenar á ella los obreros.

La Chapa estaba sola en la cocina y preparaba, con ejercitada mano, los diferentes manjares que á su clientela destinaba.

De vez en cuando dejaba sus hornillos para asomarse á la puerta y ver si llegaba alguien; pero no viendo á nadie volvia á la cocina murmurando:

—Hé aquí ya la hora en que los jornaleros han dejado su faena y en que los frailes han concluido sus sermones. Vaya, despachemos: no tardarán mucho en caer sobre las mesas cual aves de rapiña.

Al pronunciar estas frases vió á un jóven caballero que envuelto en una capa se dirigia á la taberna.

La Chapa dió un paso hácia atrás al objeto de que entrara.

El caballero miró en torno suyo y vió con satisfaccion que no habia nadie en la taberna.

Sentóse en un banco dando su espalda á la puerta y frente á una de las grandes mesas que amueblaban aquella estancia.

—¿Qué se os ofrece, caballero? preguntó la Chapa con esa dulzura que tanto distingue á las andaluzas y que aumenta ó disminuye conforme á la belleza del hombre hácia el cual se dirigen.

—Servidme un chocolate, respondió Estéban quitándose el sombrero de anchas alas que cubria su hermosísima cabeza y dejándolo en el banco.

—¡Vaya un buen mozo! murmuró la Chapa mientras servia al de Vargas.

Luago que hubo dejado la taza de chocolate y un vaso de agua con azucarillos, en la mesa, el jóven, mirándola con confianza y llamándola por su nombre, la dijo:

—Siéntate á mi lado, Chapa; hoy te necesito.

—¿A mí, caballero? preguntó la jóven sorprendida; qué se os ofrece?

—¿Conoceis á la señorita Dolores, hija del gobernador de Sevilla?

La hermana del Cuco miró á Estéban abriendo sus ojos cual puños.

—Ignoro á qué persona os referís, caballero, contestó; no conozco á la señora de que me hablais.

—Y sin embargo tú la conoces como conoces al apóstol, replicó Estéban, el cual hubo de comprender que la desconfianza habia dictado aquella respuesta á la jóven. No temas nada, Chapa, añadió; el que me envia es el apóstol y desearia saber si la señorita Dolores continúa aun en la casa en que la ocultó el Reverendo Fray José... ¿Pero habla: por qué no contestas? dijo Estéban, observando la gran palidez que habia invadido las morenas y frescas mejillas de la Chapa.

Ésta, en vez de responder, se levantó bruscamente y corrió hácia la cocina gritando:

—¡Ah, Dios mio! ¡qué se derrama la marmita!... Vuelvo luego, caballero.

En aquel instante se abrió la puerta de la taberna y el

Cuco vestido con su uniforme de Alguacil, apareció en su dintel.

El hermano de la Chapa se quedó sorprendido al observar que habia tan poca gente en su casa: pero luego de haber visto y reconocido á Estéban, que, á su vez, le habia conocido, se dirigió hácia él con melancolía y tristeza.

—Vos podreis contestarme, le dijo el mancebo; he interrogado á vuestra hermana y nada he sacado en limpio. Hacedme el obsequio de sentaros á mi lado y contadme, os lo ruego, lo que ha sucedido desde el dia en que me ausenté de Sevilla.

Durante esta interpelacion de Vargas, la Chapa se asomó á la puerta de su cocina.

El alguacil se acercó á Estéban y se mantuvo en pié en una actitud bastante embarazada.

—¿Hablad, os lo suplico, dijo Vargas; acaso mi novia se halla enferma?

—Yo, señor caballero, contestó el alguacil vacilando, yo casi no me atrevo.....

—¿Qué ocurre, Dios mio? interrogó el mancebo con viveza.

El alguacil no pronunció ni una frase.

Estéban se levantó desesperado, y corriendo hácia la hermana del Cuco, estrechó con fuerza sus dos manos y la dijo con angustia:

—Habla, Chapa; ¿qué ha sido de Dolores? ¿está muerta ó viva? sea lo que sea es necesario que respondas: quiero saberlo todo.

La Chapa, que rabiaba por hablar, miró á su hermano como si intentara consultarle.

—Habla, habla, dijo el Cuco, que habia comprendido esta mirada; yo no tengo fuerzas para hacerlo; habla, hermana mia; este caballero es el novio de aquella señorita.

—Entonces, caballero, dijo la Chapa, con una timidez escesiva y preveyendo que iba á ocasionar un grave dolor al mancebo; entonces, caballero, prometedme que no os vais á afligir mucho.

—Pero, en fin, ¿qué ocurre? preguntó Estéban con una angustia indescribible.

—Vuestra novia, caballero.....

—¿Y bien?

—Se encuentra.....

—¡Por piedad, concluye!

—Se encuentra en la inquisicion, añadió la Chapa en voz baja y temblorosa.

—¡Dios mio! gritó Estéban dándose en la frente; bien podia sospecharlo; no era, al fin y al cabo, un dominico?....

—Señor caballero, observó el alguacil; no acuseis á don José, porque es inocente.

Pero las frases del Cuco no eran las suficientes á destruir la preocupacion del mancebo.

Estéban se reprochaba á sí mismo por haber fiado en un fraile y como siempre nos hallamos dispuestos á echar la culpa de nuestras desgracias á los otros, censuraba

amargamente lo que él llamaba imprudente confianza de Juan de Ávila.

—Así, pues, tú, ya que con frecuencia te encuentras de servicio en aquella abominable cárcel, así, pues, ¿tú habrás visto á mi novia? preguntó al Cuco el de Vargas.

—Nó, caballero, dijo el alguacil; pero Su Reverencia, el padre José, la ha visitado muchas veces y estoy cierto de que se ocupa en los medios de libertarla.

En los lábios de Estéban se dibujó una amarga y sarcástica sonrisa; una terrible sospecha acababa de deslizarse en su alma: conocia la profunda inmoralidad de los frailes, y en aquel instante la noticia de la muerte de Dolores quizá le hubiera sido menos dolorosa que el temor que habia concebido.

No pudiendo resistir el peso de tantas emociones, el jóven se dejó caer sobre su asiento, y apoyándose de codos en la mesa dejó caer la cabeza entre sus manos.

El rumor de dos voces no tardó mucho en oirse y Estéban volvió á erguirla: en la tabrena acababan de entrar dos hombres; el uno llevaba el elegante y severo traje de caballero de la época, el otro vestia con sólida negligencia.

—¡Vos aquí, D. Estéban! dijo este último tendiendo su mano á Vargas.

—Yo mismo, señor Rodriguez.

—Hace ya un siglo que no os veo, abservó el recien llegado que no era otro que Rodriguez de Valero; en ver-

dad que tengo un placer en saludaros y éste me ofrece la ocasion de presentaros á uno de mis buenos amigos, el señor Gimenez de Herrera, caballero aragonés que tendrá un gusto en conoceros.

Y al pronunciar estas frases, Rodriguez do Valero indicaba á D. Estéban, al mismo noble aragonés que ya conocimos en el sarao del conde de Mondéjar.

Los dos jóvenes se ofrecieron su amistad con todas las fórmulas de la época, las cuales se distinguian por la esquisita cortesía de que les habian impregnado los árabes, y, enseguida, Valero, observando la estraordinaria palidez del jóven y el fuego que se escapaba de sus grandes y sombríos ojos, dijo con paternal acento:

—¿Qué teneis, D. Estéban? ¿os sentís enfermo?

—Nó, por cierto, dijo Vargas con voz que desmentía sus frases.

—Me estais engañando, replicó Valero, y sin embargo harto sabeis que yo puedo merecer confianza.

—No lo ignoro, dijo Estéban, y me consta asimismo que vos sois un gran enemigo de la inquisicion; pero en cuanto á ese jóven caballero..... añadió, indicando á Gimenez de Herrera, con una de sus miradas.

—Este jóven tiene una alma independiente y solo por esta circunstancia os lo he presentado como amigo, replicó Valero. Hablad, pues: decidnos lo que os aflige, y uno y otro nos hallaremos dispuestos á prestaros nuestra ayuda.

—¡Ah! ¡Rodriguez! observó D. Estéban que se conside-

raba dichoso por hallar un corazon en que podia desahogar su amargura; vivimos en un siglo abominable; la justicia se halla desterrada de la tierra!

—Esto consiste en que ha caido entre las manos de los frailes, dijo Valero.

—¿Creereis, señores, dijo Estéban, que no contentos con haber metido en la inquisicion al gobernador se Sevilla, han encarcelado su hija que es la mas noble doncella que en España existe?

—¡A su hija! esclamó Gimenez de Herrera dirigiendo á Valero una mirada de inteligencia.

—Oh! interrumpió este último, ya os dije, caballero Gimenez, que hoy era dia de lecciones y que ocurriria algo importante.

Sabeis lo que ha pasado? interrogó Estéban con ansiedad.

—Tranquilizaos, respondió Valero; os diré cuánto sepamos.

Y Rodriguez contó brevemente los sucesos que habian ocurrido en el palacio de Mondéjar, callando sin embargo la traicion de este último que era un secreto para todos, escepto para el gran inquisidor.

Estéban lo escuchó todo rindiendo un tributo de admiracion á Dolores y manifestando gran desprecio por sus verdugos; pero sus terrores hubieron de acrecentarse: por una parte desconfiaba de José y por otra conocia á Pedro de Arbués.

—Sabeis, caballeros, dijo, por fin, que no hay para

qué estrañarse de la sorda fermentacion que bajo el velo de una obediencia pasiva existe en el corazon del pueblo?

—Los españoles, contestó Valero, son como un gran cuerpo al que falta la cabeza; sufren y se agitan en dolorosas convulsiones bajo el yugo del despotismo; pero carecen de la inteligencia que concibe y organiza los medios para romper los lazos que le sugetan.

No basta decir que se sufre ni retorcerce entre cadenas; es preciso tener la constancia que las lima poco á poco, ó bien la audacia que de un solo golpe rompe el cetro de los déspotas.

Al espresarse en estos términos, el rostro del anciano, animado por el santo amor de la libertad, habia revestido una espresion verdaderamente sublime, y ancha y serena frente brillaba bajo su blanca cabellera como si estuviese coronada por una diadema de plata.

—Creo, señor Rodriguez observó Estéban, que se habia impresionado al oir las frases del anciano, creo que al cuerpo no le falta la cabeza; pero en cámbio, á ésta le faltan muchos miembros; lo que faltan son soldados, y nó un jefe; nuestro ejército de hombres libres es aun muy débil para luchar contra el numeroso ejército de familiares y de frailes.

—Tan grande es este ejército, añadió Valero con sarcasmo, que se podria envolver la España en un capuchon inmenso.

—No es este el instante para hacer bromas, observó

Don Estéban; mi novia se halla en la inquisicion y su padre quizá ya está condenado.

—Me parece que os será muy difícil el salvarles.

—Se me figura que cuando menos podré salvar al padre; mas en cuanto á la hija... Oh! Dios mio! Dios mio!

—Y cómo salvareis de entre las garras de ese cuervo inquisitorial que se llama Arbués, la presa que ya ha cogido?

—Oh! esclamó el jóven, existe en España un poder que es mayor que el del Santo-Oficio.

—Dónde se encuentra?

—En el trono.

—El rey es el primer lacayo de la inquisicion, dijo con sequedad el anciano; creedme, amigo mio, buscad vuestro apoyo en otra parte.

—Me parece, sin embargo, replicó Gimenez, que la autoridad de un rey siempre será mayor que la de un fraile...

—Ignorais, tal vez, observó Estéban, que hoy mismo he llegado de Madrid y que el emperador Cárlos V se ha dignado escribirme una carta para el inquisidor de Sevilla?

—Y luego que os habreis marchado, el emperador Cárlos V habrá espedido un correo con otra carta, que habrá llegado á Sevilla mucho antes que la vuestra.

—Esto seria obrar con gran doblez, esclamó Gimenez.

—No es posible, dijo el leal Estéban; no ignoro que el rey es ambicioso y avaro; mas no puedo suponer que obre de tan bajo é indigno modo.

—Y en qué os fundais para lanzarle una acusacion de este género? preguntó Gimenez.

—Bien se conoce que mis cabellos ya canos me han dado una esperiencia de que careceis vosotros! creedme, no os fieis mas que de vosotros mismos, ó de un verdadero y leal amigo si es que el cielo os ha hecho este presente; mas, sobre todo, no fieis jamás en un fraile ó en la proteccion de un rey: son dos veletas que giran siempre impulsadas por el viento del interés personal, y el que cuenta en ellos recibe desengaños.

—En efecto, la esperiencia es muy amarga, observó Estéban.

—Hé ahí por qué la vejez es triste, replicó Valero. Esto no obstante, añadió, la esperiencia no hace siempre duros y egoistas á los viejos; algunas veces les hace mas sabios ó mas valientes, porque el verdadero valor es tambien resultado de la sabiduría.

Durante esta conversacion los tres caballeros, absortos en la misma, no habian visto como un fraile se dirigia hácia la puerta de la cocina protegido por la escasa luz que irradiaban las bujías.

Este fraile era José que habia entrado por la puerta escusada y que habia escuchado gran parte de lo que decian. Ya se sabe que al fraile le interesaba cuanto se podia decir de Dolores.

Las frases de Rodriguez tenian para él una importancia que no habia comprendido Estéban; José se hallaba dotado de ese talento que saca grandes consecuencias de una

sola frase. El jóven se dirigió hácia el Cuco que permanecia sentado en un rincon de la cocina, y le dijo:

—Oye, Cuco: ves esos dos caballeros que hablan con Don Estéban de Vargas?

El alguacil hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, añadió José, procura no olvidarles.

—No los olvidaré.

—Les observarás y me darás cuenta de sus acciones.

—Será necesario que dé cuenta de ello al gran inquisidor?

—Nó, á mí solo.

—Está bien; obedeceré vuestras órdenes, respondió el Cuco cuyo instinto adivinaba la superioridad del jóven fraile y que sintiendo la fascinacion que ejercia en él su bondad, le adoraba con ternura.

Los tres nobles continuaron su plática.

—Es decir que teneis gran confianza en la carta que Cárlos V os ha dado? preguntó Gimenez de Herrera.

—A creer lo que el señor Rodriguez indica, no hay que fiar mucho en ella; mas valga lo que valga pienso utilizarla. Mi deber es intentar los posibles medios y si estos no alcanzaban buen éxito...

La llegada de algunos frailes y gitanos interrumpió en aquel instante al mancebo.

El jóven no era muy entusiasta de aquella gente y aunque en Francia y en España, los nobles frecuentasen en aquella época las tabernas, el jóven arrastró sus amigos hácia la calle.

—Adios, les dijo, me veo en la precision de dejaros.

—Dónde nos volveremos á ver? le preguntó Rodriguez.

—Lo ignoro, contestó el jóven.

—Escuchad: dudo mucho que la carta del emperador Cárlos V sirva de algo. Si no sacais nada de ello, venid al muelle donde me paseo todas las noches... Quizá se encuentre un medio para libertar al gobernador de Sevilla y su hija.

—No os comprendo, murmuró Estéban.

—Os lo esplicaré cuando hayais agotado vuestros medios para salvar á estas dos personas.

Estéban se alejó con el corazon lleno de dolor y de angustia.

Valero y Gimenez volvieron á entrar en la taberna.

Para un hombre tan sarcástico y tan observador como Rodriguez, el exámen de los parroquianos de la taberna, que reflejaban en sus rostros la diversidad de sus sentimientos, formaba un curioso estudio. El egoismo y la rapacidad de los frailes que formaban parte de su clientela, hacia un singular contraste con la humildad y sufrimiento de los otros parroquianos, los cuales, casi todos, pertenecian á la plebe. Era de ver el modo con que resaltaban las fachas de aquellos rubicundos y voluminosos frailes al lado de aquellos escuálidos y hambrientos jornaleros. Despues que Rodriguez hubo examinado la variedad de tipos que animaban la taberna, dijo á su amigo Gimenez.

—Sentémonos; en esta taberna es donde yo cosecho todo mi valor y desprecio.

En el instante en que iban á sentarse oyóse el argentino sonido de una campana que tocaba el *Angelus* en una iglesia vecina.

Los frailes se levantaron con gravedad y recitaban el *Angelus* con voz nasal y ronca y fijando hipócritamente sus ojos en el suelo, sin que por esto dejasen de mirar con grande complacencia las desnudas piernas ó torneados hombros de algunas gitanillas que se hallaban tambien en aquel sitio.

Durante este tiempo José se habia acercado á la mesa donde Gimenez y Valero permanecian sentados.

Los circunstantes recitaban á coro la oracion entonada por los frailes.

El único que siguió inmóvil y que dejó de santiguarse fué Valero. Observándolo un fraile Gerónimo, le dijo con acento de cólera:

—Acaso eres algun hereje para no rezar con nosotros?

—Nada tan natural como que vosotros, los frailes, oreis en público y os arrodilleis en las iglesias, dijo Rodriguez; teneis que espiar tantas torpezas que aunque pasaseis toda vuestra vida orando, Dios, quizá, no las perdonara...

—Qué dice este perdido? interrogó un fraile mercenario echando una desdeñosa mirada sobre el traje algo descuidado que llevaba el buen Rodriguez.

—Digo, replicó este último, que el oro que recojisteis á los fieles sirvió mas para adquirir algunas tierras que para redimir cautivos.

El mercenario, chispeando cólera sus ojos, se dirigió en

actitud amenazadora hácia el que osaba pronunciar estas frases.

Los gitanos y la gente del pueblo se encorvaron sobre su comida para ocultar la satisfaccion que les ocasionaba la disputa.

José fijaba en Valero su profunda y escrutadora mirada.

El viejo noble, firme en su puesto, y contemplando al mercenario cuyo rostro habia demudado el furor, dijo á éste con voz glacial y entera:

—Qué quereis?

—Quiero enseñarte cómo se respeta á los ministros del Señor, respondió el fraile con voz que ahogaba la cólera.

—Los verdaderos ministros del Señor, dijo Valero, sin desconcertarse, son dulces como su maestro; son buenos y humildes con los débiles y en vez de oprimirles les sirven.

—Claro está! murmuró en voz baja un chulo que era ni mas ni menos que Cuerpo de Hierro.

El mercenario levantó con violencia su mano para herir con ella al anciano caballero.

Pero José hubo de colocarse entre uno y otro, diciendo con sangre fria:

—Deje, Su Reverencia, á ese hombre; no vé que es un loco?

—Cabal; si es Valero!... observó un carmelita; acaso no le conoceis, padre mio?

—Un loco no tiene que arrodillarse ante las santas imágenes, replicó brutalmente el mercenario.

—No faltaba mas, dijo con acento sarcástico Valero; yo tambien he de adorar como vosotros la piedra y la madera ó insultar con mis obras al rey del cielo.

—Es un hereje! gritó el Gerónimo procurando escitar la bilis del mercenario.

—Yo os digo que es un loco! repitió José con frialdad.

—Los locos dicen á veces cosas muy sensatas, observó Valero mirando á José frente á frente.

El dominico se encogió de hombros y miró á Valero con un aire que equivalia á decir:

—Vale mas pasar por loco que oler á chamusquina.

—Es un luterano! continuó el carmelita.

—Suplico á Vuestra Reverencia, dijo entonces el Cuco, que temia las consecuencias de aquella disputa, suplico á Vuestra Reverencia que tenga en cuenta que este caballero es un loco; el gran inquisidor de Sevilla nunca ha querido arrestarle por tan poderoso motivo.

—Pero un loco que dice verdades como el puño! observó en voz baja una gitana dirigiéndose á Cuerpo de Hierro.

—Es muy cierto, abuela; dichosos los locos que pueden decirlo todo, replicó el chulo.

Levantóse en la asamblea un rumor parecido al de una ola cuando rueda por la arena.

Las frases del loco llenas de verdad habian encontrado un inmenso eco en el alma de aquel pueblo oprimido, degradado por el fanatismo y que presentia, por instinto, su grande y brillante destino.

Los gitanos, que se distinguian por esta soberbia indiferencia de los séres nómadas hácia lo que tiene un valor moral, permanecieron tranquilos. Esto no obstante, en aquellas almas incultas y degradadas, pero llenas de salvaje poesía, las palabras de aquel que se llamaba loco, resonaron de muy agradable manera, toda vez que despertaban las mas vivas simpatías de aquellos hombres salvajes; estas simpatías eran la espresion de un soberbio orgullo y de su amor á la libertad é independencia.

Si la disputa entre Valero y los monges hubiera sido formal, es probable que, no obstante el respecto que inspiraban los frailes, estos no se hubiesen llevado la victoria. El pobre pueblo tenia que vengar muchos agravios para no usar de represalias cuando la ocasion se ofrecia.

A pesar de esto, no sucedió nada: los frailes, que eran de sí muy *prudentes*, lograron apaciguar al mercenario, insistiendo en que Valero era un loco por mas que los concurrentes á la taberna creyesen que era un hombre de juicio muy sano.

El pueblo se halla dotado con un instinto que rara vez le engaña; sus fallos son algunas veces mas ciertos que los de la misma ciencia. Tiene una filosofía particular á la cual se recurre con éxito.

Este incidente dió una gran reputacion á Valero.

Así es que cuando salió, todo el mundo le miró al soslayo, pues nadie se atrevia á manifestar ante los frailes el interés que habia inspirado.

Esto no se escapó á la penetrante mirada de Vale-

ro, que, como se sabe, era un hombre de gran talento.

Así es que cuando salieron de la taberna, dijo á Gimenez de Herrera:

—Creo que esta aventura podrá sernos util algun dia: esta gente hará lo que yo quiera.

CAPÍTULO LII.

Las declaraciones.

El tribunal de la inquisicion celebraba diariamente sus sesiones; se acercaba el instante en que se debia celebrar el auto de fé y no transcurria un dia sin que aumentasen las condenas. El número de las víctimas que habian de figurar en el mismo crecia por instantes. El insaciable mónstruo no cesaba de herir: culpables ó nó era indispensable que se llenase el *diezmo* real con que se queria obsequiar al vencedor de Francisco I. Todas las mañanas Juan de Ávila y Estéban se dirigian á la sala donde se celebraba la audiencia en la esperanza de que verian en ella al gobernador; pero el Santo-Oficio vivia tan ocupado que era indispensable que se aguardase el turno.

Por fin, al llegar al tercer dia, Manuel de Argoso compareció ante sus jueces.

La audiencia era solemne y en ella debian figurar acusados que gozaban de una posicion muy distinguida.

Estéban y Juan de Ávila acudieron muy temprano á la sala donde se tenia que abrir el debate. Gracias á su hábito de religioso, el apóstol entró en ella sin dificultad alguna.

En el dia anterior habia circulado ya la noticia de que se iba á juzgar al ex-gobernador de Sevilla, y, fuera de esto, el Cuco, instruido por José, lo habia participado á Juan de Avila.

Bajo tal concepto él y Estéban se colocaron en el banco reservado á los testigos (1).

La sala se iba llenando poco á poco: los esbirros y los familiares iban de aquí para allí desempeñando sus respectivos cargos y sus pasos retumbaban como un lúgubre eco en las profundidades de aquella estancia.

---

(1) Aunque era el mas inícuo de los tribunales, procedia no conforme á las leyes de la justicia y del derecho, sino conforme á su capricho; la inquisicion queria pasar por imparcial, y, sobre todo, por misericordiosa.

Ya se sabe lo que se debia esperar de su misericordia. En cuanto á su imparcialidad se habia hecho proverbial en España, y aun hoy dia hablando de un juez que prevarica, se dice: «Es justo é imparcial como un inquisidor.»

Esto, no obstante, en todas las salas donde la inquisicion celebraba sus audiencias se veía un banco destinado á los testigos: pero cuando se sentaba en él alguno de cargo, la inquisicion hallaba siempre un motivo para inculparle y hacerle sufrir las mismas penas con que se castigaba al acusado. En cuanto á los delatores ya se sabe que la inquisicion nunca denunciaba su nombre.

Los atormentadores, conforme á su costumbre, permanecian como inmóviles espectros á la izquierda del tribunal.

Por fin llegó la hora.

Los inquisidores entraron por la puerta situada detrás del tribunal y ocuparon con gravedad sus respectivos asientos.

Los escribanos ocupaban ya los suyos.

La sala en aquel instante se hallaba ocupada por familiares y frailes de todas clases.

De pronto se abrió una puerta que estaba á la izquierda del presidente y los acusados, conducidos por los esbirros y escoltados por los sayones, entraron en la sala.

El primero que avanzó hácia el banquillo donde habia de sentarse para contestar á los jueces fué una mujer que llevaba el hábito de las carmelitas.

El segundo era un dominico el cual por la órden á que pertenecia hubo de sorprender á los circunstantes.

A éste siguieron otras dos víctimas: eran dos hombres que se hallaban en las flores de su juventud. El uno llevaba en su rostro el sello de la meditacion y del estudio; el otro, que se distinguia por una fisonomía franca y abierta, aparecia ante los circunstantes con su doloroso abatimiento que domina con tanta facilidad á los que gozando de una felicidad completa son víctimas de una gran desgracia.

Estos dos acusados se situaron al lado de la carmelita.

El quinto era Manuel de Argoso.

Conforme José le habia indicado ya á Dolores, el gobernador, curado de sus heridas, andaba sin dificultad alguna, pero el sufrimiento habia descompuesto tanto su rostro que Vargas no llegó á conocerle.

—Ahí está el gobernador, dijo en voz bajo el apóstol.

—¡Dios mio! y es posible? interrumpió Estéban.

El jóven, al pronunciar estas frases, procuró buscar en aquel flaco y amarillento rostro y en aquellos ojos que casi no podian resistir la luz del dia, el jóven procuró buscar los rasgos mas notables que distinguian al noble conde de Cevallos; pero éste habia perdido ya la orgullosa y caballeresca espresion que le señalaba entre los magnates de aquel tiempo y una increible espresion de dolor y de amargura contraia sus pálidos y descoloridos lábios.

El gobernador se sentó.

Los esbirros y los atormentadores ocuparon su puesto de costumbre.

—Entonces, Pedro de Arbués, mirando á los acusados, dijo á la carmelita:

—¡Levantaos!

La monja obedeció y advertida por el inquisidor levantó el negro velo que hasta entonces habia cubierto su semblante.

Juan de Ávila se estremeció.

Habia reconocido á Francisca de Lerma.

No obstante lo que habia sufrido en las mazmorras, el semblante de Francisca se distiguia, aun, por su magnífica belleza.

Su juventud fuerte y enérgica habia resistido la infeccion del aire, lo abominable de los alimentos y la completa ausencia del movimiento y la vida; su noble rostro no habia perdido nada de su espresion altiva.

La abadesa fijó sus negros y penetrantes ojos en el rostro del inquisidor bien como si quisiese turbar su conciencia, pero el actor se hallaba dispuesto á representar un papel y de consiguiente no es estraño que continuara impasible.

Entoces Francisca, sin esperar á que le dirigiese la pregunta de costumbre, dijo con voz altanera:

—¿De qué se me acusa?

—De luteranismo, respondió con frialdad el inquisidor: pero vos, hermana, añadió con dulzura, debísteis aguardar á que se os dirigiese la palabra.

Francisca sonrió con desden.

—¡De luteranismo! esclamó; ¿cómo lo probareis?

—Hermana mia, Dios procura siempre descubrirnos los crímenes mas ocultos para que sean conocidos y debidamente castigados.

—Dios no ha descubierto un crímen que no he cometido, repuso con orgullo la abadesa.

—¡Hermana mia! dijo Pedro de Arbués, fuera mucho mas conforme al espíritu de nuestra santa religion que confesaseis y os arrepintieseis de vuestro crímen.

—Esta acusacion, no puede ser mas absurda, replicó Francisca; quién pensó nunca que yo fuese herege? ¿en qué pruebas se han fundado?

—Este libro que se encontró en vuestro mismo convento constituye de ello una clara y evidente prueba.

Y al mismo tiempo el inquisidor mostraba la Biblia luterana que habia encontrado en la celda de Francisca el dia de su postrera entrevista.

La abadesa reconoció perfectamente la encuadernacion de aquel libro que habia hojeado con sus monjas favoritas y comprendió, enseguida, que Pedro de Arbués, gracias á una traicion infame ó mejor dicho á un abuso de confianza, se habia apoderado del mismo. Fué tal lo que quedó sorprendida la abadesa, que no sabiendo lo que contestar á una prueba tan convincente, guardó silencio un instante.

Francisca se consideró perdida y hubo de comprender que si Pedro de Arbués no hubiese tenido la intencion de hacerla morir en la hoguera no se hubiera servido de tan irrecusable prueba.

Viéndose sin medios, la jóven aceptó con gran valor aquella posicion extrema.

Aquella mujer sensual que tanto habia amado la vida y que tan poco habia pensado en la eternidad, se emancipó pronto y como por una inspiracion divina, de este mundo, en que habia cometido tantas faltas.

Su religion, donde habia tanto de supersticioso como de fanático, hubo, por decirlo así, de depurarse en la tumba; el cielo la envió sus rayos y quiso terminar su vida con un acto de resignacion y de energía.

Francisca de pronto levantó sus ojos que habian per-

manecido fijos en el suelo y mirando al inquisidor con un aire donde se veia la inspiracion y el orgullo á un mismo tiempo, dijo, apoyando su voz en cada una de sus frases:

—Yo, monseñor, soy una gran pecadora, y todos los suplicios, todas las torturas de que la inquisicion dispone para castigar á los hereges y relapsos, no bastarian á que yo espiara mis crímenes: no es cierto, monseñor? añadió la jóven con una clara é imperceptible mirada que hizo palidecer al dominico. Así, pues, nada tan natural como que se me impongan los mas horribles tormentos; pero en este grande acto de justicia no olvideis, monseñor, de castigar á todos los culpables. Recordad, sobre todo, que el que aconseja la ejecucion del crímen es aun mas culpable que el mismo que lo comete. Yo no he pecado sola, monseñor, castigad pues, á mi cómplice y que la justicia quede eternamente satisfecha.

—Sin embargo vos tan solo sois la acusada; replicó el inquisidor sin que mirara á la abadesa.

—¡Oh! ¡monseñor! esclamó Francisca; harto me consta que yo sola pagaré mis crímenes. ¿Quién se atreviera á acusar los que tienen la mision de juzgar al prójimo? yo seré, pues, en este mundo, la víctima expiatoria; pero os prometo que desde el cielo.....

—Llevad esta mujer á la cárcel, interrumpió con frialdad el inquisidor; ha perdido su juicio; la oiremos en cualquier otra audiencia.

—Monseñor, gritó Francisca: existe en el cielo un tri-

bunal supremo que condenará á los jueces que prevarican. Tú Pedro de Arbués, eres un sacerdote infame y nunca verás el rostro del Señor. Ahora puedes condenarme á la muerte: la justicia de Dios castigará al fraile impúdico y al inquisidor verdugo!

Francisca no pudo continuar: Pedro de Arbués hizo una seña y los atormentadores le pusieron una mordaza y le ataron sus manos.

La abadesa se dejó llevar sin que opusiese la mas pequeña resistencia; mas luego que percibió á Juan de Ávila dirigióle una sonrisa en señal de despedida y de cariño.

Despues cruzó la sala con tanta dignidad como si se encontrase en media de sus monjas.

Este incidente causó una emocion profunda entre los circunstantes que no se habian vendido al Santo Oficio (1).

El inquisidor no contaba con las simpatías de nadie y por consiguiente aquella escena se hallaba muy léjos de aumentar la veneracion que los habitantes de Sevilla profesaban á Su Eminencia.

—Hice muy mal en interrogar á esta mujer, balbuceó

---

(1) Rara era la vez que la inquisicion celebrara á puerta cerrada sus audiencias. Para dar cierta publicidad á los debates, la sala donde aquella celebraba sus sesiones permanecia abierta á los familiares de la inquisicion y á los *católicos probados*, ó mejor decir, á los hombres que creian en la pureza y el celo de las inquisidores y en la necesidad de destruir á los herejes para mayor gloria de Dios.

el inquisidor entredientes; José hubo de aconsejármelo; pero otro dia no seguiré mas que mi propia inspiracion.

En seguida Pedro de Arbués interpeló á uno de los dos acusados que permanecian en el banquillo.

—¿Cómo os llamais? le preguntó.

—Antonio Herrezuelo.

—¿Cuál es vuestra profesion?

—Licenciado en leyes.

—Se os acusa de profesar las doctrinas de la reforma.

Herrezuelo no contestó.

—¿Qué es lo que alegais para vuestra defensa?

El licenciado continuó guardando silencio.

—Contestad Antonio Herrezuelo: es cierto que abrazásteis la religion de Lutero?

—Yo profeso la verdadera religion de Jesucristo.

—La religion que vos llamais de Jesucristo es la de los apóstatas y no la de la Iglesia, replicó el inquisidor.

—Cuando la Iglesia envilece y corrompe las tradiciones evangélicas y confia á impuras manos el rebaño de Jesucristo, necesario es que los hombres doctos se constituyan en depositarios de la ley, y, con el Evangelio en la mano, condenar á los que hacen del Evangelio un código de inmoralidad y latrocinio.

Nunca el tribunal de la inquisicion habia oido pronunciar una proposicion tan atrevida. Reconocíase en ella á un valiente sectario de Lutero su heróica desprecio de la vida y la increible firmeza de un hombre que consideraba el mundanal placer como una violacion de la ley cristiana

y que procuraba resucitar la sencillez y grandeza de los primeros siglos del cristianismo.

El inquisidor no quiso oir mas: temió que la chispa eléctrica comunicada por la palabra de un hombre tan valiente no concluyera por ocasionar un incendio.

—Basta, dijo el inquisidor, este hombre no solo confiesa su crímen sino que insiste en el mismo: llevadle á la cárcel.

—Dí mejor al tormento, esclamó el licenciado con sombrío entusiasmo. ¡Gracias, Dios mio! así moriré por tu causa. La sangre derramada no será ya estéril y llegará un dia en que la verdad brillará en todos los ámbitos del mundo.

Uno de los sayones se acercó á Herrezuelo para amordazarle; pero éste le rechazó con dignidad.

—Es inútil, dijo el licenciado: nada tengo que decir y guardaré silencio.

Despues volviéndose hácia el otro acusado, que era compañero de cárcel, le hizo una seña bien como si quisiese animarle.

Los atormentadores se llevaron al licenciado Herrezuelo.

La otra víctima se levantó antes de que Pedro de Arbués se lo ordenara.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Guillermo Franco (1).

---

(1) Franco y Herrezuelo son personajes históricos. Del primero

—Se os acusa, Guillermo Franco, de que cometísteis sacrilegio maltratando á un sacerdote.

—Maltraté á un infame que me quitó la honra, contestó Franco con voz triste y lúgubre; maltraté á un sacerdote que al abrigo de su sotana llevó á mi casa la desesperacion y la vergüenza, seduciendo á una mujer que amaba y de la que tenia hijos; á un mónstruo que, luego de bendecir mi enlace, ha querido romper sus vínculos. Verdad es que traté de matarle y que le arrojé de mi casa, pero yo estaba en mi derecho; él era el sacrílego y no fuí mas que un hombre justiciero.

El inquisidor se mordió los lábios: no parecia sino que en aquel dia todos los acusados se habian conjurado contra la Inquisicion, animados por el destructor aliento que crean siempre la opresion y los abusos y que inspira un

---

nos ocuparemos en su lugar correspondiente. En cuanto al segundo, hé ahí lo que acerca de él cuenta Llorente, que, como se sabe, encontró muchos datos en los archivos de la Inquisicion misma.

Guillermo Franco, ciudadano de Sevilla, vivia en esta ciudad cuando gobernaba el inquisidor Valdés, y se distinguia por su carácter jovial y por su honradez y gran rectitud de juicio.

Cierto dia un fraile sedujo á su esposa y turbó su dicha doméstica. No pudiendo contrarestar la influencia de aquel D. Juan con hábitos, quejóse de ello á sus amigos. Hablóse del purgatorio y Gillermo esclamó: Tengo bastante purgatorio con el que me hace sufrir mi mujer y á fé mia que no necesito de otro.

Esto fué contado á la Inquisicion, que mandó encerrar á Franco en las cárceles del Santo-Oficio como sospechoso de luteranismo y por este solo hecho le condenó á una reclusion *indefinida* ó perpétua.

soberbio desden de la existencia; era como un despertar parcial de la España, aunque no fuese bastante á sacarla del letargo y la torpeza en que la habian sumido sus verdugos.

El inquisidor tuvo la suficiente destreza para neutralizar el mal efecto de aquella revelacion tremenda, y dijo:

—Nada tan triste para nosotros como el oir las blasfemias con que vos, Guillermo Franco, habeis escandalizado esta audiencia; el espíritu de las tinieblas os ciega, hijo mio, y os inspira, á no dudarlo, estos sentimientos impuros. Vuestra mujer, prosiguió el inquisidor, se distingue por sus muchas virtudes: si asiste con frecuencia á la iglesia, si recibe muy amenudo los santos sacramentos, qué tiene de particular que vea y hable al director de su alma? Vos, por el contrario, os habeis mostrado indiferente y frio con las prácticas religiosas; olvidásteis fortificar vuestra alma con la oracion y los ejercicios piadosos: el demonio, que ha visto el puesto mal guardado, ha aprovechado la ocasion para apoderarse del mismo; os ha inspirado unos celos que os han robado el juicio y en vez de admirar á vuestra casta esposa, que seguia con paso firme el camino que conduce al cielo, víctima de una criminal locura, herísteis al ungido del Señor, convirtiéndoos en homicida y sacrílego. Arrepentíos, hijo mio; se os vá á llevar á la cárcel y nuestro querido hermano y limosnero el Reverendo Fray José, os hablará un lenguaje piadoso y tratará de arrancar vuestra alma al demonio y á las eternas llamas del infierno.

—Oh Dios mio! interrumpió Franco; no temo, por cierto, el infierno del otro mundo; me basta y sobra con el que he encontrado en este.

El inquisidor se santiguó horrorizado y dió sus órdenes para que los atormentadores se llevasen aquel blasfemo.

Pedro de Arbués se volvió, luego, hácia los circunstantes, y les dijo:

—Hermanos mios, roguemos por el alma de este pobre insentato que es víctima del espíritu maligno.

Y, dando el ejemplo, se arrodilló y balbuceó en latin una plegaria.

Despues, levantándose, interpeló á otro acusado.

Este era un viejo dominico.

—Hermano mio, le dijo Arbués: nos es infinitamente penoso ver en este sitio á un hombre que lleva el mismo hábito con que nos honramos nosotros. En una época en que la herejía, esta hija del infierno, vela como una prostituta en las puertas de la Iglesia Romana, llamando hácia sí á los que entran y salen de ella con seductoras y silenciosas frases que concluyen por ganar los corazones mas débiles, nosotros, que somos los centinelas avanzados de Roma y las eternas columnas de la fé católica, debemos aumentar nuestra actividad y nuestro celo para defender una religion amenazada, protestando contra el error y aquellos que lo predican...

—Monseñor, interrumpió el dominico que habia escuchado con aparente indiferencia aquel estraño exordio; comprendo mejor que nadie la necesidad que existe de de-

fender la religion hasta la muerte. Confieso pues aquí, ante el Dios que nos escucha, que cuando comparecí por la primera vez delante de este tribunal, fuí débil y harto infiel renegando de una doctrina que profeso; si he abrazado y predicado la religion nueva es porque la encuentro mas conforme á la de los apóstoles y de los cristianos que enseñó el mismo Jesucristo. Declaro, además, que en mi abjuracion no han mediado cómplices y que soy luterano hasta el fondo de mi alma y por la conviccion de mi espíritu. Así, pues, os ruego que no persigais á nadie por causa mia. Y puesto que he confesado, dadme la muerte pero no me apliqueis el tormento que temo mas que el suplicio.

—Hermano mio, observó el inquisidor; hoy no estais en vos y quizá las penitencias que os estais imponiendo...

—Poseo mi juicio por completo, interrumpió Bojas, que así se llamaba el dominico.

—Sin embargo, vos declarásteis que solo por error y sin intencion, mezclásteis algunas herejías en vuestras predicaciones; y como por otra parte os habeis distinguido por vuestro catolicismo ardiente, nosotros, hermano mio, solo debemos creer que os hallais estraviado; iremos á visitaros en vuestra cárcel, y quizá Dios, oyendo nuestras plegarias, os enviará su divina gracia. Id, hermano mio, y volved en vos mismo, orad y velad por vuestra alma: el que ora evita las tentaciones.

Domingo de Bojas se levantó sin contestar una frase: comprendia, perfectamente, el sentido de aquellas dulces é hipócritas palabras.

—Vaya un santo varon como es monseñor de Arbués! decian algunas personas que ignoraban su conducta fuera del tribunal.

—El gran inquisidor perdonará tal vez al dominico en obsequio á su hábito, dijo en voz baja Estéban á Juan de Avila.

—No lo creais, respondió el apóstol: éste y los otros irán á la hoguera sin mas procedimiento; la Inquisicion sabe acortar maravillosamente los procesos que pueden comprometerla.

Esto no fué pronunciado en voz tan baja que se escapase á un familiar que permanecia á alguna distancia de ellos.

Los familiares tenian ojos de lince y un oido estraordinariamente fino.

Solo faltaba que se juzgara al gobernador de Sevilla.

El corazon de Vargas latia con violencia y cuando llegó su turno los circunstantes guardaron el mas profundo silencio.

Manuel de Argoso lo habia visto y oido todo con la mayor indiferencia.

Los que conocian al Santo-Oficio sentian en estas audiencias una emocion llena de horror que nacia de la injusticia y crueldad con que se trataba á las víctimas. En aquellas sesiones el alma no se sentia escitada por la sombría y dramática poesía de una lucha judicial. Allí no se veia un abogado que disputara á la cuchilla de la ley una cabeza inocente ó culpable; allí no se veian mas que víc-

timas y verdugos; de qué servia pues la defensa? Luchar con la Inquisicion era luchar con la fatalidad misma. A semejanza de la fatalidad, la Inquisicion hacia irrevocables los fallos que con anterioridad pronunciaba, y á semejanza de la fatalidad, que es siempre ciega é implacable, heria, sin compasion, á los que sujetaba á su venganza.

Nada tan visible como el ver aquellos hombres que vestidos de negro daban una solemnidad fantasmagórica á sus ridículos y arbitrarios actos, ni nada tan grande y tan sublime como el ver aquel pueblo alineado en forma de batalla luchando contra aquella lúgubre bandera y sucederse, por decirlo así, de generacion en generacion, para batir aquel coloso; colmar, varias veces en cada siglo, el inmenso vacío que hacia en él la muerte de millares de víctimas y destruir, en fin, aquel lúgubre edificio que se sostuvo en pié por tanto tiempo.

Y aquí es de observar un fenómeno notable para el historiador y el filósofo.

A partir de los últimos años en que reinó Felipe II, los triunfos de la Inquisicion se fueron debilitando de un modo casi imperceptible bajo el heróico esfuerzo del pueblo, hasta que, por fin, en 1820 y bajo los últimos golpes de los partidos liberales, concluyó por derrumbarse como un edificio que desde algun tiempo se mina y cuyos cimientos se destruyen poco á poco por millares de brazos que diariamente le han quitado una piedra (1).

---

(1) Cuando en 1820 las puertas de la Inquisicion fueron abiertas

Aquel dia lo fué de combate; pero el inquisidor, este valiente atleta del oscurantismo, no se confesaba derrotado por tan poco. Tenia muchas veces la paciencia del reptil que aguarda que su enemigo se vuelva para morderle á traicion.

Libre ya de los acusados, cuyo valor podia comprometer su fama, se levantó á toda su altura procurando armonizar la dulzura de sus frases con el orgullo interior y la gran conciencia de su fuerza, que le daba tanta importancia.

---

por la vez postrera, el número de prisioneros que encerraba era aun considerable; en la de Madrid permanecian encarceladas unas doscientas víctimas; pero en honor á la verdad tenemos que decir que en 1820 la Inquisicion tenia mas bien un carácter político que religioso.

En España no se quemaba á nadie desde 1801. Esto no obstante, los procedimientos de la Inquisicion eran siempre los mismos: sus actos permanecian envueltos en el mayor misterio y siempre la misma iniquidad presidia á los fallos de los inquisidores, fallos que, casi siempre, se hallaban dictados por Fernando VII y que se pronunciaban, no contra los herejes, sino contra los que trabajaban por la libertad de la pátria.

Bajo tal concepto, la Inquisicion, que se habia hecho ya impotente, que á fuerza de crueldad é iniquidades habia concluido por gastarse y que luchaba inútilmente con el progreso de las luces y los constantes esfuerzos del pueblo; la Inquisicion, no pudiendo ser juez, se habia convertido en un verdugo puesto al servicio de los reyes. Ya que no podia fanatizar la España, queria mantenerla esclava, pues fanática ó esclava, pertenecia igualmente á los curas y á los reyes: los medios eran distintos, pero los efectos iguales.

—Levantaos, hermano mio, dijo el inquisidor á Manuel de Argoso.

El gobernador se levantó con la mayor indiferencia, como un hombre que ha perdido ya su esperanza y que nada le liga ya con el mundo.

—Bien veis, hijo mio, continuó el inquisidor, lanzando una mirada oblícua al banco de los testigos donde Estéban y Juan de Ávila permanecian sentados; bien veis, hijo mio, que la religion católica, esa santa religion que es la de España, se encuentra violentamente amenazada. Los mas culpables de estos son aquellos que en esta época de religiosa controversia no usan de los poderes con que se les ha revestido para detener los progresos de las heréticas doctrinas. Y no se crea, por esto, que la Iglesia perezca, toda vez que se halla apoyada en esternas é indestructibles bases; pero, cuando menos, se pudieran evitar inmensos perjuicios arrancando á la perdicion millares de almas que se precipitan cada dia en el insondable abismo del infierno. Y sin embargo, vos, hijo mio, que, gracias á vuestra elevada posicion, teníais grande autoridad en Sevilla, no solo observásteis gran tolerancia por las pestíferas doctrinas de Lutero, sino que, en vuestra criminal indulgencia, no denunciásteis á los herejes que infestaban la pureza de una religion santa y católica.

—Acaso era yo un esbirro ó el gobernador de Sevilla? interrumpió Manuel de Argoso levantando con orgullo su cabeza.

—Siempre la misma soberbia! murmuró Pedro de Ar-

bués con hipócrita tristeza. Confesais, en fin, añadió con ansiosidad, que no solo vivísteis en relacion con los herejes, sino que profesásteis sus doctrinas?

—Yo no confieso nada, replicó Argoso; recuerdo que he contestado ya á semejantes preguntas; sufrí la tortura sin confesar lo mas mínimo y yo no quise mentir ni mentiré nunca por mas que con ello pudiese evitar la hoguera.

—Y sin embargo, hijo mio, varios son los testigos que os acusan y nadie intenta defenderos; nadie protesta contra las declaraciones que contra vos se han hecho. Veamos, hijo mio: cuáles son vuestros testigos?

—Están aquí, interrumpió Juan de Ávila.

Estéban y el fraile se levantaron.

Pedro de Arbués miró al franciscano y al jóven noble, con cierta compasion desdeñosa.

—Hemos venido aquí, prosiguió Estéban, para protestar de la inocencia de Manuel Argoso, conde de Cevallos.

—Cómo os llamais? preguntó el inquisidor.

—Estéban, conde de Vargas, respondió con dignidad el mancebo.

—Pues bien, señor don Estéban, dijo Arbues; no podemos admitir vuestras declaraciones en favor del acusado; vuestro abuelo no se llamaba Vargas sino Venegas; no era católico sino mahometano y cambió de religion al cambiar de nombre. Nosotros no podemos aceptar como testigos de descargo sino á hombres cuya sangre sea puramente española y esencialmente católica.

—Monseñor, dijo Estéban, al cual la indignacion puso

lívido. El rey D. Felipe I no fué tan exigente como Vuestra Eminencia, puesto que juzgó que el hijo de una tribu que habia dado reyes á Granada, el descendiente de una fiel y valerosa raza que habia atrazado voluntariamente la causa de nuestra España se hacia digno de alguna recompensa é hizo á mi padre miembro del Consejo de Castilla. Y acaso el hijo de un consejero de Castilla no tiene derecho para declarar como testigo ante el Santo-Oficio?

—Tales son nuestras leyes, hijo mio; yo, bajo ningun concepto, puedo violarlas. Así, pues, sentaos, que vamos á interrogar al santo varon que os acompaña.

Durante este diálogo entre el inquisidor y el mancebo, Argoso, lleno de reconocimiento y admiracion con su celo, le habia dirigido algunas miradas en que se traducia el dolor que esperimentaba al ver que se esponia de aquel modo.

Estas miradas parecian decirle:

—Por qué arriesgais vuestra cabeza? no lograreis, por cierto, salvarme.

Esto no obstante, cuando Juan de Ávila se hubo levantado para contestar á las preguntas del inquisidor, los ojos del acusado chispearon un rayo de esperanza.

—Cuál es vuestro nombre, padre mio? le dijo Pedro de Arbués.

—Juan de Ávila.

Este nombre que era tan venerado, ocasionó gran sensacion en los que asistian á la audiencia.

—Qué podeis decir en obsequio al acusado?

—Vengo aquí para asegurar que Manuel Argoso fué siempre un verdadero cristiano y un leal y valiente caballero; que nada hizo para merecer las censuras de Roma y que yo, por mi parte, le considero inocente de los delitos con que se intenta acusarle.

—Padre mio, observó el inquisidor con voz dulce y reposada; vuestro testimonio es efectivamente de gran peso; mas no obstante el gran respeto que vuestra santidad nos inspira, tengo que manifestaros que vuestra declaracion no es suficiente, puesto que para absolver á un acusado, la santa inquisicion exije la de doce testigos (1). Dónde están los demás, padre mio?

—Yo soy el único, respondió Juan de Ávila pero ya que mi testimonio no basta, quizá vuestra eminencia no rechace el que tengo el honor de presentarle.

Y al mismo tiempo Juan de Ávila presentaba al gran inquisidor la carta del emperador Cárlos V.

---

(1) Cuando un acusado se hallaba defendido por las declaraciones de doce testigos de sangre verdaderamente católica, el Santo-Oficio no tenia mas remedio que devolverle su libertad. A esto se le llamaba la absolucion definitiva. Pero raro era el caso que doce personas de pura sangre católica se atreviesen á defender un acusado, toda ves que, conforme ya digimos, el que declaraba en favor suyo era perseguido y acusado de igual crímen. Fuera de esto de nada servia la absolucion definítiva si la inquisicion se empeñaba en castigarle. El Santo-Oficio encontraba siempre medios para perseguirle de nuevo hasta que, por fin, concluia por perderle ó por ocasionar su ruina.

Este incidente ocasionó gran sorpresa entre los circunstantes.

Pedro de Arbués, sin desconcertarse lo mas mínimo y como si esperara aquel suceso, abrió, con lentitud, aquella carta, la leyó desde la cruz á la fecha meditando cada una de sus frases y en seguida fijó sus ojos en otra carta que permanecia abierta sobre su mesa.

Era una nota de Cárlos V, que contenia lo siguiente:

«Se me ha indicado que D. Manuel Argoso, conde de »Cevallos, preso en este instante en las cárceles del Santo- »Oficio, es inocente de los crímenes de que se le acusa. Don »Manuel Argoso me ha servido siempre fielmente y deseo »que el muy santo tribunal que preside Vuestra Eminen- »cia le juzgue favorablemente. Esto no obstanto, como la »causa de Dios es preferente á la mia y como el santo tri- »bunal es el único competente en tan delicadas materias, »quiero, de todos modos, que se atienda á nuestra santa re- »ligion y que se obre conforme la honra y gloria de Dios »exije.

»Esta carta es la única que debe tener valor ante el »santo tribunal y ante Vuestra eminencia, que Dios »guarde.

»D. Estéban de Vargas no debe ser perseguido.

CÁRLOS.»

El inquisidor comparó una y otra firma y vió que eran perfectamente iguales; el estilo de ambas cartas era tambien el mismo.

Pedro de Arbués cogió las dos misivas, las deslizó en

la manga de su túnica y mirando al apóstol y á D. Estéban de Vargas:

—Proveeremos conforme á justicia, dijo. Vos, padre mio, y vos, señor D. Estéban, podeis ya retiraros.

Y en seguida, levantándose, añadió:

—La sesion ha terminado.

El efecto de estas últimas palabras fué pronto como el rayo y heló de terror á los circunstantes.

El infeliz Argoso dirigió una mirada llena de desesperacion á sus amigos, bien como si se despidiese eternamente de ellos.

Juan de Ávila se apresuró á sacar de la audiencia á Vargas, el cual permanecia indignado, temiendo que no pronunciase alguna frase inconveniente.

Cuando Pedro de Arbués hubo levantado la cortina de una puerta que se hallaba situada detrás de su sillon, se detuvo por un instante en su dintel y luego estendiendo su mano hácia Juan de Ávila, y conteniendo un gesto de amenaza, murmuró con sordo y mal reprimido coraje:

—Fraile insensato! ha llegado ya el momento en que nos veamos las caras!

CAPÍTULO LIII.

La firma del Rey.

D. Estéban al salir del tribunal se dirigió con veloz y precipitado paso hácia la posada en que habia dejado á Aldonza.

Hacia cuatro dias que habia llegado á Sevilla, y durante este tiempo le habian sucedido cosas tan estrañas, que el jóven habia perdido su cabeza.

Por una parte, al llegar á la taberna de la Chapa, el Cuco le habia participado la fatal noticia de que Dolores se hallaba presa en el Santo-Oficio, y por otra habia asistido á la audiencia del tribunal en que Pedro de Arbués condenaria á no dudarlo, á su padre D. Manuel Argoso.

Pero como si esto no fuese bastante á trastornar su juicio, el mancebo habia oido por boca del mismo inquisidor que no podia declarar en favor del acusado, que sus padres

no eran católicos, sino renegados y que él no podia defender al acusado como testigo de descargo.

Vargas, pues, lleno de dolor, de desesperacion, de amargura, se encaminó hácia la posada de Aldonza para tomar consejo de ésta.

La jóven le habia indicado que cuando hubiese agotado sus recursos para salvar á Dolores y á su padre, recurriese á ella, la cual tenia la esperanza de arrancarles al Santo-Oficio.

Si D. Estéban no habia recurrido con anterioridad á la influencia de Aldonza, era porque se lisonjeaba de que el tribunal juzgaria con benignidad al gobernador de Sevilla; pero con gran sorpresa suya el jóven habia oido como Pedro de Arbués le acusaba de haber protegido y tolerado las doctrinas de Lutero, lo cual, en aquellos tiempos, equivalia á pronunciar una sentencia de muerte.

En vano D. Manuel Argoso habia invocado al testimonio de Estéban y del venerable apóstol Juan de Ávila; en vano este último habia dicho que D. Manuel de Argoso era un verdadero cristiano y un leal y valiente caballero: el Santo-Oficio, para absolver á un acusado exigia las declaraciones de doce testigos de sangre verdaderamente católica, y por consiguiente, deduciendo el testimonio de Vargas, cuya declaracion no fué admitida por ser hijo de un renegado, solo quedaba la del venerable fraile, la cual no era bastante para declarar inocente al ex-gobernador de Sevilla.

La carta de Cárlos V, no habia sido tampoco suficiente

á libertarle porque ya hemos visto que Cárlos V, conforme lo habia ya previsto Aldonza, habia mandado al inquisidor otra carta en la que decia que el Santo-Oficio debia preferir ante todo los intereses de la religion cristiana y que por consiguiente debia obrar conforme la honra y gloria de Dios exigia.

No es pues estraño que viendo perdida su causa, Don Estéban recurriese á Doña Aldonza.

El jóven habia participado ya á esta última el encarcelamiento de Dolores y esperaba con ansia el resultado de aquella audiencia en que se debia juzgar á su padre.

De ahí que estuviera ansiosa y que no bien hubo visto al mancebo, le dijera:

—Y bien... traeis buenas noticias?

—Las traigo fatales, contestó el jóven dejándose caer sobre un divan donde Aldonza permanecia sentada.

—Se ha celebrado ya la audiencia?

—Sí.

—Podísteis salvar al padre de Dolores?

—Nó, por cierto; rechazóse mi testimonio.

—Y la carta de Cárlos V..?

—No ha sido atendida.

—Esto no me sorprende, replicó Aldonza; conozco la doblez con que en esta clase de asuntos obra el monarca.

—Teníais razon: sobre el poder del rey existe otro mayor, el del Santo-Oficio.

—No se han agotado aun nuestros recursos: aun po-

demos salvar á la familia de Argoso, replicó la jóven.

—Aludís á vuestra órden en blanco?

—Sí.

—Y no comprendeis que si mañana el emperador conoce este abuso de confianza se os castigará severamente?

—No importa, dijo con tristeza la jóven: yo daré con gusto mi existencia para devolveros la dicha.

—Gracias, Aldonza, replicó el mancebo; yo os he visitado con la intencion de recurrir á vuestra influencia para salvar al gobernador y á su hija; pero al mismo tiempo he resuelto no admitir vuestro auxilio sino á condicion de que una vez salvada su existencia pongais en salvo la vuestra.

—No os comprendo...

—Quiero decir con esto que solo permitiré que se estienda la órden para poner en libertad á D. Manuel y su hija á condicion de que abandoneis la España con nosotros.

—Quereis dejar á Sevilla?

—Es indispensable: nuestra estratagema podrá ser descubierta y ya comprendereis que no tan solo se volveria á prender á la familia de Argoso sino que se os prenderia á vos misma.

—En efecto, replicó Aldonza; si nuestra órden les proporciona la libertad, el inquisidor y el rey se pondrán verdaderamente furiosos. Habremos engañada al poder civil y religioso, que son los que se disputan el gobierno de nuestra pobre y desgraciada España. Así, pues, creo que

arriesgamos el todo por el todo; pero hemos de vacilar ante este obstáculo? hemos de vacilar ante el miedo?

—Nó, repuso Vargas, animado por la resolucion que mostraba Doña Aldonza; pero creo que debemos obrar con prudencia. Pedro de Arbués es un hombre que no perdona fácilmente y que una vez descubierto el engaño utilizará cualquier medio para satisfacer su venganza.

—Sea; pero no decís que luego de haber puesto en libertad á la familia de Argoso nos marcharemos de España?

—Sí.

—Pues bien, si marchamos á Francia ó Alemania, donde no pesa el fanático yugo que oprime á nuestra España, evitaremos la inquisicion y sus iras. Quereis, pues, hacer la última tentativa para salvar á D. Manuel y su hija?

—Este ha sido mi principal objeto al visitaros.

—Entonces aguardad.

Y la jóven se dirigió hácia una cómoda, la abrió y sacó de ella un pergamino.

Luego volvió al divan en que habia dejado á Estéban mostrándole el pergamino, le dijo:

—Aquí está la firma del emperador Cárlos V; poned encima una órden terminante para que el inquisidor Arbués liberte sin pérdida de tiempo á D. Manuel y á su hija.

—Y quién cuidará de entregársela?

—Yo misma.

—Vos! esclamó el jóven admirado.

—Por qué tanta sorpresa?

—Ignorais tal vez que la muger hermosa que tiene la desgracia de visitar á Arbués está perdida sin remedio? Creedme, Aldonza, no vayais á visitarle. Si el inquisidor no hubiese visto á Dolores, ésta no se encontraria en las cárceles del Santo-Oficio.

—Entonces, dijo Aldonza, quién le presentará la órden?

—Yo.

—No es posible: sabe Pedro de Arbués que vos sois el amante de Dolores?

—Sí.

—Pues bien: vuestra presencia le inspira mas sospechas que la mia. Fuera de esto yo siempre tendré un recurso á que vos no apelareis...

—Cuál?

—En primer lugar yo soy mujer, y una mujer ejerce siempre influencia en un hombre que como el inquisidor es tan sensual...

—Ciertamente; y luego?

—Luego en último apuro le diré que soy la favorita del rey y á la favorita de un rey como el em perador Cárlos V no se le niega nada.

—En efecto replicó Estéban despues de reflexionar un momento.

Y luego añadió:

—Estais, pues, decidida ?

—Llenad á vuestro gusto el blanco del pergamino.

D. Estéban se dirigió hácia una mesa donde habia recado de escribir, cogió la pluma, estendió el pergamino y escribió lo siguiente:

«A su Reverencia Ilustrísima, el inquisidor general de Sevilla:

»Hace unos tres meses escribí á vuestra paternidad en favor de D. Manuel de Argoso conde de Ceballos para que el tribunal del Santo-Oficio juzgase favorablemente su causa.

»Posteriormente he sabido que su hija Doña Dolores gime en tambien esas cárceles, y que se halla bajo la jurisdiccion de Vuestra Eminencia. Teniendo en cuenta los grandes y estraordinarios servicios que la familia de Argoso ha prestado á mi real casa, y constándome, por otra parte, que profesa la religion ortodoxa, os envio estas letras para que Vuestra Eminencia ponga inmediatamente en libertad a los indicados D. Manuel y Doña Dolores de Argoso con la cual ese Santo Tribunal prestará un gran servicio á la religion y al trono.

»Dado en el alcázar de Madrid á 25 de agosto de 1521.

CÁRLOS.»

Despues que Vargas hubo llenado el pergamino lo leyó á Doña Aldonza.

—Os parece bien? preguntó á la jóven.

—Sí, replico ésta última; y ahora voy á pediros un obsequio...

—Hablad.

—Deseo estar sola:

—Con qué objeto?

—Para vestir mi traje mas rico y adornarme con mis mejores galas.

—Quereis visitar al inquisidor ahora mismo? pregunto don Estéban.

—Sí, ya comprendereis que no debemos perder tiempo: acabamos de autorizar con la firma del emperador una órden que es completamente falsa, y que á descubrirse la verdad, podria comprometer nuestra vida. Así, pues, la ejecucion de nuestro plan debe ser rápida á fin de que alcance buen éxito.

—No quereis que os acompañe? preguntó Vargas con dulzura.

—Sí; pero me dejareis antes de llegar al palacio de Arbués. Es indispensable que alguien me acompañe porque ignoro donde vive. Entretanto os suplico que me dejeis sola. Decid á Jofre que prepare mi carruaje.

Vargas se inclinó y se dispuso á obedecer las indicaciones de Aldonza.

Esta se quedó sola y se vistió con un magnífico traje de brocado color de naranja y luego se adornó con sus galas mas preciosas.

Pasada media hora Aldonza llamaba á D. Estéban.

El jóven al verla no pudo contener un grito de sorpresa.

Nunca habia visto á una mujer tan hermosa.

Aldonza era la personificacion de la gracia, la tentacion y la belleza.

—Qué tal os parezco? dijo con cierta coquetería al mancebo.

—Estais irresistible, Aldonza, y desde luego puedo aseguraros que hareis grande impresion en el inquisidor de Sevilla.

La jóven exhaló un gran suspiro y en sus lábios se dibujó una triste y melancólica sonrisa.

Este suspiro y esta sonrisa equivalian á decir al mancebo:

—Por qué en vez de impresionar al inquisidor de Sevilla no ha de conquistar vuestra alma?...

El jóven, que comprendió esta manifestacion por parte de Aldonza y viendo que guardaba silencio, se apresuró á interrumpir este último diciendo:

—Estais ya dispuesta?

La jóven hizo un signo afirmativo.

—Entonces recojed el pergamino que ya estará seco, y marchemos.

Aldonza cogió el pergamino que le entregaba el mancebo, y se dirigió hácia la puerta.

Vargas la ofreció su brazo.

La jóven lo aceptó temblando.

Este temblor fué observado por el mancebo.

El jóven comprendió que Aldonza estaba profundamente conmovida.

—Os sentís indispuesta? preguntó á la favorita del rey?

—Nó, por cierto.

—Entonces... por qué tiembla vuestro brazo?

—Tiembla porque el paso que voy á dar, os hará feliz ó desgraciado para siempre.

D. Estéban guardó silencio.

Adivinaba las reconcentradas luchas que se agitaban en el corazon de Doña Aldonza.

—Los dos jóvenes llegaron al dintel de la puerta donde aguardaba el coche.

Jofre se encontraba ya en el pescante.

Doña Aldonza y Vargas subieron en el carruaje, y despues que este último hubo dicho á Jofre donde tenia de dirigirse, los caballos marcharon al escape.

Algunos instantes despues se detenian.

El coche habia llegado al punto indicado por D. Estéban de Vargas.

Este punto distaba unos trescientos pasos del inquisitorial palacio.

El jóven bajó del carruaje, é indicó á Jofre unos soldados que le daban la guardia á una casa donde han entrado ya nuestros lectores.

Eran los centinelas que guardaban á Pedro de Arbués constantemente.

Ya se sabe que el inquisidor vivia con el aparato de un monarca.

D. Estéban indicó á Jofre que llevara su señora al inquisitorial palacio, y que aguardara á que saliese.

Luego estrechó la mano de Aldonza, que se hallaba ya repuesta de su emocion primera, y la dijo que aguardaria

tambien su salida. Un minuto despues el coche se detenia frente al palacio de Arbués, y la jóven preguntaba á uno de sus muchos criados, por el inquisidor de Sevilla.

—A quién tendré el honor de anunciarle? preguntó el criado.

—Anunciadle simplemente á una dama, respondió Aldonza.

—Vuestro nombre, señora?

—Es inútil que os lo diga: nunca he tenido la honra de hablar con Su Eminencia.

—Entonces, señora, he de manifestaros que si no me dais vuestro nombre, el inquisidor no podrá recibiros en audiencia.

—Por qué motivo? replicó la jóven.

—Porque Su Eminencia quiere ante todo que se le anuncie el nombre de los que intentan visitarle.

—Pues bien, replicó Aldonza un tanto sorprendida ante las precauciones que el inquisidor adoptaba, indicad á Su Eminencia que traigo un mensaje del emperador Cárlos V.

Al oir estas frases, el criado se inclinó hasta el suelo, y sin dirigir otra pregunta á Doña Aldonza, rogó á esta última que entrara en el palacio.

Esta bajó del carruaje y siguió al criado que la condujo á una estancia donde, á pesar de su mensaje, tuvo que hacer antesala.

CAPÍTULO LIV.

El confidente de Arbués.

Hacia ya una hora que el inquisidor se encontraba en su despacho.

Pero no estaba solo.

Sentado en un sillon, y guardando una actitud hipócrita y humilde, veíase otro personaje que era Enriquez, el gobernador de Sevilla, que, como ya se sabe, habia sustituido en su cargo á Manuel de Argoso.

Enriquez habia ido allí para manifestar al inquisidor la situacion en que se hallaban D. Manuel y su hija.

Pedro de Arbués, que no fiaba en nadie, habia encargado á su confidente, ó mejor dicho, á su espía, que ejerciese una constante vigilancia sobre ambos presos, y que todos los dias le diese parte del estado en que se hallaban.

Durante esta visita hecha diariamente por Enriquez

Pedro de Arbués encargaba rigorosamente á sus criados que no dejasen entrar á nadie en su despacho, á fin de que no se le interrumpiera en su plática.

El inquisidor esperaba que de un instante á otro Dolores cederia á su amor y á sus instancias, y de ahí que siempre aguardara con cierta ansiedad á Enriquez.

Un momento antes de que Aldonza llegara á la antesala, Pedro Arbués y el gobernador Enriquez sostenian una plática animada.

—Es decir, preguntaba el inquisidor dando grandes pasos en su estancia y visiblemente agitado; es decir que continúa firme en su propósito?

—Ya he tenido la honra de indicarlo á Su Eminencia; contestó Enriquez con dulce é hipócrita acento: Dolores continúa firme como si fuese una roca, y nada es capaz de amansarla.

Y la digíste que estaba en mi poder el libertarla? preguntó Arbués, deteniéndose de pronto ante su esbirro.

—La dije, monseñor, que un sí de sus puros y graciosos lábios era lo bastante para que la devolvieseis á su padre. Mas aun...

—Continúa! continúa! interrumpió Arbués, que estaba sediento por saber noticias de Dolores; háblame de ella por mas que sus desdenes llenen mi corazon de amargura; qué te dijo? qué es lo que exige, te dió alguna esperanza?

—Ninguna, señor, esclamó Enriquez, exhalando un gran suspiro y fijando sus hipócritas ojos en el techo.

—Entonces por qué te interrumpiste?

—Me interrumpí á fin de no acrecentar el dolor de Su Eminencia, al cual amo como un padre.

—Habla! habla! replicó Arbués llevado por su frenesí indescribible; si he resistido los desaires que he oido de sus propios lábios, tambien resistiré las que voy á oir por tu boca.

—Pues bien, no solo, continuó Enriquez, la ofrecí la libertad suya y de su padre, sino que, autorizado por vos, la ofrecí honores y riquezas, y todo, en fin, lo que puede lisonjear la vanidad de una mujer jóven y hermosa.

—Y ella que dijo?...

—Negóse como siempre.

—Y no la amenazaste con la muerte de su padre?

—Sí.

—Qué contestó?

—Contestó que su mismo padre preferiria la muerte, á la deshonra de su hija.

—Ira de Dios! interrumpió Arbués, cuya agitacion crecia por instantes; desea la muerte de su padre, y yo juro por la memoria de mi santo antecesor Fray Tomás Torquemada, que no se pasarán muchos dias sin que vaya á la hoguera!...

—Vuestra Eminencia, replicó el gobernador con hipócrita y compungido acento, obrará conforme á su justicia. Harta fué la clemencia que con él usasteis. Le mandasteis poner en el tormento y salió de él con vida y muy sano, si se esceptúa lo de haberle descoyuntado los huesos que en comparacion de lo que hubiese padecido con el

suplicio del agua y del fuego, es, tan solo una friolera.

—Y sin embargo, interrumpió Arbués, no obstante mi clemencia y de que su vida está en mis manos, Dolores continúa firme como un peñasco. Pero dí, Enriquez, añadió el inquisidor mirando con fijeza al gobernador de Sevilla; tú que eres un hombre astuto y de recursos; tú que eres un hombre fiel y de talento, no encontrarias un medio para que Dolores cediera á mis instancias?

Tanto la amais, señor? esclamó con fingida admiracion el gobernador.

—Si la amo? interrumpió el inquisidor chispeando lujuria sus pupilas; si la amo! pregúntalo á mi corazon, que está ardiendo como un fuego inestinguible; pregúntalo á mi cerebro, que un dia esplotará cansado de inventar medios para convertir á esa mujer en mi esclava; pregúntalo á mis calurosas noches de insomnio en que su bella y voluptuosa imágen se cierne entre el velo de mis sueños llena de atractivos, de tentacion y de gracia!... Si la amo!... por una de sus caricias, por una de sus sonrisas, yo diera mi porvenir, mi dignidad, mi fortuna. Yo no concibo la existencia sin su cariño: sus desdenes me inspiran un desasosiego é inquietud parecidos á la fiebre: yo no vivo, no duermo, no pienso, toda vez que su imágen ocupa siempre mi corazon y mi mente. Yo no veo mas que á ella: la veo en la casta y pura vírgen que se ostenta en los altares de los templos; la veo en el silencio y quietud de mi cámara siempre que, cansado inútilmente de luchar con las pasiones de mi vida, quiero recoger mi espíritu y elevarlo

hácia el cielo, la veo hasta en las mismas llamas de los autos, cuando sentado en mi trono y con los rayos de la inquisicion en la mano, lanzo el terror y la muerte en los herejes. Yo no siento amor: siento la fiebre, el delirio, la locura! la sola idea de que un dia pueda ir á la hoguera me hace temblar desde los piés á la cabeza. Si yo no la amara tanto, á estas horas hubiera hecho ya justicia de su tenacidad y sus desdenes. Pero nó: yo no puedo condenarla: nunca tendré bastante valor para firmar su sentencia, y si algun dia, llevado por la energía de mi carácter, yo la condenase á la hoguera, la arrancaria del patíbulo ó me arrojaria con ella entre las llamas. No me preguntes, pues, si la amo, Enriquez, prosiguió el inquisidor lanzando un gran suspiro; pregúntame si estoy dispuesto á sacrificarme para alcanzar su cariño, y entonces yo contestaré que mi vida, mis tesoros, mi fortuna, se encuentran á merced del que lance á esa mujer entre mis brazos!

—Pues bien, monseñor, dijo Enriquez; tal vez yo, que, como no ignorais, soy vuestro servidor mas fiel y mas humilde y que estoy siempre dispuesto á ejecutar lo que á vuestros deseos y aspiraciones conviene, tal vez yo haya encontrado un medio para vencer la resistencia de Dolores.

El inquisidor miró de hito en hito á su espía bien como si dudara de si conservaba ó no su juicio, y luego dijo con voz lúgubre.

—Tú dices que has encontrado un medio para vencer la resistencia de Dolores?

—Sí.

—Y este medio es seguro?

—Nada es seguro en este mundo, monseñor, interrumpió con hipócrita y compungido acento el esbirro.

—Pero en fin, ofrece algunas contingencias de buen éxito?

—Muchas, monseñor.

—Habla!.... qué te detiene? interrumpió lleno de impaciencia el inquisidor de Sevilla.

—Monseñor: el medio que yo propongo es muy sencillo: creo que vuestra Eminencia no ha atacado aun la parte mas débil de su alma: en vez de esplotar su cariño de hija, Vuestra eminencia habia de esplotar otro cariño.

—Cuál?

—El de amante.

—No te comprendo...

—No amenazasteis á Dolores con que su padre iría á la hoguera en caso de que no cediese á vuestros cariñosas instancias? Pues bien: debiais amenazarla con que su tenacidad perdia irremisiblemente á D. Estéban de Vargas.

—Pero tú sabes, interrumpió el inquisidor de Sevilla que ya una vez tratamos de asesinarle, y que casi te costó la vida. Recuerda sino tus heridas, y el baño que en el Guadalquivir tomaste.

—Es cierto monseñor; mas para nosotros fué una gran suerte el que Vargas no muriese en la contienda.

—Por qué motivo?

—Porque su muerte no hubiese hecho otra cosa que irritar á la doncella, y privarnos del gran recurso á que en

mi concepto debe apelar Vuestra Eminencia. El amor de una hija á un padre es muy tierno y muy dulce; pero el cariño de la mujer á su amante es mucho mas vivo y enérgico.

—En efecto, murmuró Arbués entredientes y sin que le comprendiese Enriquez; dígalo sino Paula cuando la amenacé con la muerte de su amante.

Y al pronunciar estas frases la frente del inquisidor hubo de nublarse como si cruzara un velo de sangre y fuego ante sus ojos.

—Decíais monseñor.... interrumpió Enriquez.

—Nada, contestó Arbués, reprimiendo un gran suspiro; decia, amigo mio, que conoces mucho el corazon humano.

—Pues bien, monseñor, continuó Enriquez; si efectivamente el cariño de Dolores hácia Estéban es mas vivo y enérgico que el que profesa á su padre, natural es, que si amenazais á D. Estéban alcanzareis mas ventajas que al amenazar al conde de Cevallos.

—Es muy posible: mas existe un inconveniente, observó Pedro de Arbués.

—Cuál? monseñor.

—Que D. Estéban no se encuentra en nuestras manos.

—Se le prende.

—No es posible.

—Hé ahí lo que no alcanzo.

—Ignoras que el rey es su salvaguardia?

Yal pronunciar estas frases, Arbués se dirigió á la

mesa de su despacho, abrió uno de sus cajones, y mostró á Enriquez la carta del emperador Cárlos V en la cual, mientras que por una parte autorizaba á la inquisicion para que condenase á Manuel Argoso, por otra prohibia el perseguir á D. Estéban de Vargas.

Enriquez leyó aquel papel, y luego encogiéndose de hombros y con la mayor sangre fria dijo:

—Y bien?

—Ya ves que la órden del emperador es terminante.

—Bah! interrumpió el gobernador de Sevilla haciendo un gesto de desden: la santa inquisicion es mucha mas poderosa que el trono, y por consiguiente no está en el caso de obedecer las órdenes de un rey que quiere amparar con su manto los herejes. Fuera de que, añadió Enriquez, el medio que os propongo nada tiene que ver con las atribuciones del rey y del Santo-Oficio.

—Entonces....

—Mandad prender á Vargas, no en calidad de inquisidor sino como enemigo y rival vuestro.

—Y quién se encarga de mision tan delicada?

—Yo.

—Y luego que esté preso?

—Llevaremos á su cárcel á Dolores y algunos instrumentos de tortura.

—Continua..... interrumpió Arbués viendo que Enriquez se interrumpia.

—Si Dolores se resiste, se le aplicará el tormento; pero de un modo lento, gradual, progresivo á fin de que el

corazon de la jóven se destroce á medida que se destrozan las carnes de su amante.

—Y crees que la doncella no podrá resistir este espectáculo?

—Creo que nó; tampoco hubiera resistido el tormento de su padre, si el dia en que le aplicasteis la garrucha la hubieseis acompañado á su mazmorra.

—En verdad, amigo mio, que eres un hombre de talento.

Enriquez sonrió de una manera diabólica.

—Este, en efecto, es el único medio para que yo alcance los favores de la jóven, continuó Arbués con mal disimulada alegria. Corre, pues, de tu cuenta, el encarcelamiento de Vargas.

—Yo, monseñor, dijo Enriquez, no tengo mas fin ni objeto que el de secundar las miras de Vuestra Eminencia.

La conversacion llegaba á este punto, cuando de pronto, se abrió la puerta del despacho.

En su dintel apareció un criado.

—Qué se ofrece? le preguntó Arbués un tanto violentado porque se le interrumpia en aquella interesante plática.

—Monseñor, dijo el criado con humildad: una dama quisiera hablar con Vuestra Eminencia.

El inquisidor y su esbirro cambiaron una mirada. Tenia relacion esta dama con el asunto que en aquel momento preocupaba su ánimo? Hé ahí la pregunta que los dos se hicieron.

—Os dijo esta señora, preguntó Arbués al criado, lo que la trae á mi presencia?

—Nó, monseñor, contestó el doméstico: esta dama insiste mucho en ver á su Eminencia, y como yo le dijese que os hallabais sumamente ocupado, contestó que traia para su Eminencia un mensaje del emperador Cárlos V.

—Es estraño! murmuró el inquisidor.

Y luego reflexionando un instante y dirigiéndose al criado, prosiguió:

—Haced que esta señora aguarde unos minutos, y luego introducidla.

El criado se inclinó y salió, dejando solos al inquisidor y á Enriquez.

—Quereis que yo me retire, monseñor? preguntó con humildad el gobernador de Sevilla.

—Nó: veremos lo que nos quiere esta dama: pero si el asunto es grave, y yo te hago una seña, déjame solo con ella.

Enriquez y el inquisidor guardaron un instante de silencio hasta que por fin, este último lo interrumpió diciendo:

—Dónde se encuentra Vargas?

—En Sevillla, monseñor, contestó Enriquez.

—Creo, sin embargo, que estaba en la córte: él ó Juan de Avila fueron los que arrancaron del emperador Cárlos V la órden para que se pusiese en libertad el conde de Cevallos.

—Será como dice Vuestra eminencia; pero he de ase-

guraros que ayer, por la noche, uno de mis familiares le vió en la taberna de la Chapa.

—Y crees que te será fácil prenderle? observó el inquisidor de Sevilla.

—Mi gente, observó Enriquez, me es muy adicta y hará lo que yo mande.

—Pues bien, avísame cuando haya caido en tus garras.

—Descuidad, monseñor, dijo el espía sonriendo de una manera diabólica: no haré nada sin consultarlo á Su Eminencia.

Esta conversacion fué por segunda vez interrumpida por el criado que volvió á abrir la puerta de la estancia.

—Que entre, dijo Arbués sin permitir que el criado anunciase la dama de que habia hablado anteriormente.

El criado se retiró; y cedió el paso á una mujer que adelantó con gracia y magestad, hácia nuestros dos personages.

Esta muger conforme lo habrán adivinado ya nuestros lectores, era Doña Aldonza de Herrera.

CAPITULO LV.

El mensaje de doña Aldonza.

La jóven adelantó con gentil y magestuoso continente hácia Enriquez y el inquisidor de Sevilla los cuales mudos y llenos de sorpresa, contemplaron á Doña Aldonza, semejante á una aparicion que les enviaba el cielo.

Al ver su sin par belleza, nuestros dos hombres quedaron deslumbrados.

Esto no obstante Arbués se encontraba demasiado preocupado con el recuerdo de Dolores, para que diese á su hermosura la importancia que le hubiese dado en otra situacion cualquiera.

De ahí que recibiese á la jóven con cierta ó fria reserva.

A pesar de esto Aldonza no se desconcertó lo mas mínimo.

—Sentóse en un sillon que le indicó Pedro de Arbués y este ocupando su asiento le dijo con cierta dulzura y dignidad á un mismo tiempo.

—Mi criado, señora, ha dicho que traíais un importante mensage de parte de S. M. el emperador Cárlos V, y yo que ante todo cumplo con las órdenes de nuestro muy querido y amado príncipe, he dejado los interesantísimos negocios en que nos ocupábamos con este caballero que es el gobernador de Sevilla, y me he apresurado á concederos audiencia. Bajo tal concepto indicad vuestro mensage, al cual atenderé con gusto si es que no ataca los intereses de la santa fé Católica, de la cual, aunque indigno, soy humilde y fiel representante.

Durante este tiempo Enriquez que permanecia sentado en actitud beatífica y que se habia inclinado cuando el inquisidor le habia aludido, examinaba, con gran detenimiento y fruicion el rostro de la jóven y en la espresion de sus miradas y en lo chispeante de sus ojos, se observaba la estraodinaria impresion que le habia causado su hermosura.

Doña Aldonza que todo lo observaba, comprendió el efecto que habia producido en el gobernador de Sevilla, pero ignorando el sesgo que habian de tomar sus pretensiones, hizo como que no advertia sus miradas; y volviéndose hácia Pedro de Arbués contestó:

—Yo, monseñor, agradezco la benevolencia que usais conmigo: el mensage que os traigo es efectivamente delicado, puesto que con él, se trata de salvar la existencia

de uno de los mas leales y fieles súbditos con que cuenta Cárlos V.....

—Hablad señora: ya os escucho.

—Se trata; monseñor, de salvar á un padre y una hija que gimen en las cárceles del Santo Oficio.

—La piedad de su santo tribunal es muy grande para que no atienda las reclamaciones fundadas en justicia, principalmente si están recomendadas por un rey tan católico y santo como el emperador Cárlos V... Decid, señora, continuó Arbués con dulce é hipócrita acento: cuál es el nombre del padre y cuál el de la hija?

—El padre, replicó Aldonza, esforzándose por guardar su sangre fria, se llama D. Manuel Argoso: la hija Doña Dolores...

Al oir estos dos nombres, Pedro de Arbués palideció.

En cuanto á Enriquez se agitó visiblemente en su silla.

Esto no obstante el inquisidor no tardó mucho en reponerse y dijo:

—Estraño muchísimo que S. M. se empeñe en salvar esos dos hereges cuando tiene ya noticia de sus grandes culpas y pecados. Y decís, señora, que traeis órdenes del rey?

Doña Aldonza por única contestacion mostró el pergamino que Vargas habia llenado.

Pedro de Arbués lo examinó, y cotejó su fecha con la que llevaba la nota que habia enseñado á Enriquez un momento antes. El inquisidor habia previsto que aquella

órden podia ser fechada con anterioridad á la nota y de ahí que compulsara el dia en que una y otra habian sido espedidas.

Entonces vió que la nota se habia redactado hacia ya unos tres meses mientras que la órden no hacia aun ocho dias que se hallaba estendida.

Pedro de Arbués cotejó las firmas, y vió que una y otra eran completamente idénticas.

La jóven mientras se realizaba este exámen, habia observado, uno por uno, todos los movimientos del fraile en tanto que Enriquez observaba todos los movimientos de Aldonza.

No parecia sino que ésta egercia sobre el gobernador de Sevilla, una fatal é irresistible influencia.

Sus ojos, al contemplar la jóven chispeaban el deseo y la lujuria y de su corazon se exhalaban hondos y profundos suspiros que hubiese percibido el mismo Arbués si el cotejo de las fechas y las firmas, no le hubiesen preocupado.

—En efecto, señora, dijo el inquisidor guardando su sangre fria y dominando la emocion que sentia ante aquella órden espedida por el emperador Cárlos V; las instrucciones del rey son terminantes; pero cuando S. M. las ha dado habrá olvidado una cosa.....

—¿Cuál?

—Se ha olvidado que no hace aun cuatro dias que Manuel de Argoso se ha presentado ante el tribunal para ofrecer sus descargos; pero con tal mala suerte

que los jueces le condenarán irremisiblemente á la hoguera.

—Dios mio! balbuceó Aldonza sorprendida.

—Si el rey tuviera exacta noticia de los muchos delitos cometidos por el señor de Argoso, continuó Pedro de Arbués, es muy posible que no intercediera en favor suyo. No os lo parece, mi querido señor Enriquez, añadió el inquisidor volviéndose con dulzura hácia el gobernador de Sevilla.

Este que se hallaba absorto en la contemplacion de doña Aldonza, volvióse hácia el inquisidor como si le impulsara un resorte y dijo con voz melíflua:

—S. M. el rey Cárlos V, aunque muy generoso, ama demasiado nuestra pura y santa fé católica para interceder en favor de un hereje tan rebelde y tenaz como el conde de Cevallos.

—Y su hija doña Dolores? preguntó Aldonza sin que se dejase engañar por la hipocresía de aquellas dos lechuzas del Sant-oOficio.

—Su hija doña Dolores, repuso el inquisidor de Sevilla, es tanto ó mas pecadora que su padre, toda vez que fué educada no tan solo por éste sino por un tio suyo que profesaba con gran ardor la luterana doctrina. Dígalo sino, añadió el inquisidor, la manera con que rechaza mis santas amonestaciones; díganlo sino mis heróicos y constantes esfuerzos para que adopte la verdadera fé de Jesucristo; díganlo sino mis perdicaciones y consejos para que deje la senda del vicio por lo que en mal hora la condujo un

novio suyo, y emprenda la de la virtud, única que puede llevar su alma hácia Dios y reconquistar un cielo que desgraciadamente ha perdido. No sois de mi misma opinion, señor D. Enriquez? preguntó el inquisidor con gran dulzura.

Enriquez quitó sus ojos de Aldonza, los clavó con una hipocresía inefable hácia el techo y por única respuesta abrió sus brazos y sus manos á la manera de esas imágenes de santos que ostentan los retablos.

—Ya lo veis, señora, prosiguió Arbués con su dulzura de costumbre, el señor Enriquez, cuyas altas virtudes proclama Sevilla toda, opina de igual manera. No pasa un dia sin que visite á la familia de Argoso para edificarla con sus consejos y hacer de modo que se salve de la hoguera.

—En efecto, señora, interrumpió á la sazon Enriquez; todo mi afan consiste en que D. Manuel Argoso y su hija mueran tan solo estrangulados. Esto, como comprendereis, no dejaria de ser una ventaja puesto que se ahorrarian los martirios de la hoguera.

Y el gobernador de Sevilla que habia pronunciado estas frases con dulzura y melífluo acento, volvió á juntar sus manos guardando una actitud humilde y santa.

Aldonza que comprendia la infame y ridícula comedia que representaban aquellos dos personajes, pero que sin embargo no tenia bastante valor para arrancarles su máscara, toda vez que con ello no hubiese alcanzado su objeto, Aldonza, repetimos, comprendió que tenia que habér-

selas con dos hombres muy astutos y dijo tambien con voz dulce:

—Yo, señores, no puedo menos que hacer justicia á la santa piedad con que tratais á la familia de Argoso: esto me prueba que estais dispuestos á hacer cualquier sacrificio en su obsequio y que al fin y al cabo atendereis las órdenes de emperador Cárlos V. Decidme, pues, si os hallais dispuestos á libertarla ahora mismo.

—Oh! señora dijo Arbués: con qué alegría daríamos cumplimiento á vuestros ruegos y á las órdenes de nuestro príncipe y monarca!...

—Así...

—Lo mas que se puede hacer interrumpió Arbués con una intencion que no llegó á comprender la jóven, lo mas que se puede hacer es aplazar el auto de fé en que debe morir el conde de Cevallos y tratar con mas benignidad á doña Dolores su hija.

—Entonces, observó Aldonza, permitid que os diga que os resistís á las órdenes del príncipe...

—No por cierto, lo que yo hago es únicamente aplazar la ejecucion de las mismas.

—Y entretanto...

—Entretanto, replicó Arbués, mirando fijamente á doña Aldonza, yo consultaré á S. M. y veré de conciliar su voluntad con los intereses de nuestra fé católica.

Aldonza palideció.

Su emocion fué notada por Pedro de Arbués que sonrió de una manera diabólica.

A no dudarlo el inquisidor comprendió que en la emocion de la jóven se encerraba algun misterio.

Pedro de Arbués que recordaba la insistencia con que el emperador Cárlos V se habia empeñado en condenar á D. Manuel de Argoso y que, por otra parte, estrañaba que revocase tan fácilmente sus órdenes, hubo de adivinar que la emocion de Aldonza reconocia alguna causa estraordinaria y en su consecuencia hubo de ponerse en guardia.

Así es que dijo á la jóven:

—No os parece, señora, que antes de resolver tan árduo negocio me hallo en la obligacion de consultar á S. M. el rey?

—Yo, en este punto, dijo Aldonza, respuesta ya de su emocion, os recordaré tan solo que la órden manda que se ponga *inmediatamente* en libertad á la familia de Argoso.

Y si esta órden no fuese auténtica? preguntó el inquisidor, que por segunda vez miró con fijeza á doña Aldonza.

—No os comprendo, caballero, dijo esta última sorprendida ante la audacia que aquel fraile desplegaba.

—Al hacer esta pregunta quiero suponer, dijo Arbués, que tal vez esta órden no se halla espedida por el emperador Cárlos V.

—Dudais de mi veracidad caballero? preguntó Aldonza reanimándose y aceptando el guante que el inquisidor le arrojaba.

—Dispensad señora, dijo el inquisidor inclinándose; pero yo no tengo la honra de saber con quién hablo; vos pareceis una dama de la córte y en calidad de tal me inspirais grande veneracion y respeto; mas ni siquiera conozco vuestro nombre...

—Os empeñais en saberlo? dijo Aldonza lanzando una mirada al gobernador Enriquez, bien como si quisiera indicar que aquella tercera persona era un obstáculo á que se revelara su nombre.

El inquisidor comprendió esta mirada y volviéndose á Enriquez le dijo con dulzura.

—El interés de nuestra santa fé católica exije señor gobernador que continueis haciendo los preparativos para el auto de fé que en honra y gloria de S. M. el emperador Cárlos V se celebrará de un dia á otro. Os ruego, pues, que no perdais tiempo y puesto que os he dado ya mis instrucciones servíos cumplirlas con la actividad y celo que tanto os distingue.

Enriquez comprendió que el inquisidor y Aldonza deseaban estar solos y se apresuró á obedecer las órdenes de su amo.

El gobernador de Sevilla lanzó un suspiro, dirigió una ardiente y rápida mirada á la jóven, como si en ella quisiese devorar sus hechizos, y despues, inclinándose con humildad, abandonó la estancia.

Luego el inquisidor volviéndose á Aldonza esclamó:

—Ya estamos solos, señora: ahora podeis revelarme vuestro nombre. No me empeño en ello; tan solo os lo suplico.

—Yo, monseñor, dijo Aldonza con cierta severidad y dulzura á un mismo tiempo, deseaba guardar el incógnito; pero toda vez que desconfiais de la veracidad de mis palabras os revelaré mi calidad y mi nombre. Vos, sin duda, habreis oido hablar de una mujer que ejerce grande influencia en el emperader Cárlos V...

—En efecto señora, dijó Arbués; cuando he visitado la córte se me ha hablado mucho de cierta favorita del monarca...

—Pues bien: si esta favorita se presentase ante vos y os hablase en nombre de Cárlos V para que pusiese en libertad á la familia de Argoso qué diríais?

—Cómo, señora; vos sois tal vez...

—Yo soy doña Aldonza de Herrera; yo soy esta misma favorita de que tanto se ha hablado en España y cuya veracidad poneis en duda. No ignoro, continuó la jóven con una energía que llegó á dominar al mismo Pedro de Arbués; no ignoro que el poder de la inquisicion es muy grande y que mas de una vez se ha atrevido á luchar con la autoridad del monarca; pero he de advertiros que gracias á mi mediacion el rey se halla dispuesto á luchar con el Santo-Oficio y que arrancará de su poder á la familia de Argoso. Vuestra Eminencia conoce ya la firmeza con que S. M. acostumbra á realizar sus proyectos; pero al mismo tiempo conocerá tambien su mucha habilidad y política en resolver ciertos negocios, y de ahí que para evitar un rompimiento entre el poder civil y eclesiástico y aprovechando un viaje que yo debia emprender á Sevilla me

haya encargado la mision de hablar con vuestra Eminencia y de salvar al conde de Cevallos y á doña Dolores su hija. Deseo, pues, monseñor, que me contesteis de una manera franca y resuelta; os hallais dispuesto á obedecer la órden del emperador Cárlos V?

La energía con que doña Aldonza habia pronunciado estas frases llenó de admiracion al inquisidor que veia como su presa se escapaba de sus manos.

Los papeles se habian trocado: un momento antes, Pedro de Arbués dominaba á doña Aldonza, pero ésta que habia comprendido lo arriesgado de su posicion, quiso jugar el todo por el todo y usar del único lenguage que podia salvar á la familia de Argoso.

El fraile fijó su penetrante mirada en aquella mujer que de repente se habia colocado á tanta altura y haciendo un esfuerzo por contener su emocion, dijo con voz dulce en que se mezclaba el respeto que le inspiraba la jóven.

—Nada tan léjos de mi mente como el desobedecer las órdenes de un rey tan grande y poderoso como el emperador Cárlos V. Si S. M. en sus altos é inapelables juicios considera inocente la familia de Argoso el tribunal de la inquisicion por mas que la considera culpable será el primero en solicitar su indulto. Yo, señora, añadió Pedro de Arbués con acento hipócrita, ya he tenido la honra de manifestaros el grande interés que me inspira esta familia. Por espacio de muchos años yo he frecuentado su casa y he sido uno de sus mas fieles y mas constantes amigos. Así, pues, ya comprendereis todo el placer con que gestio-

naré en favor de un padre y de una hija que hubieran sido modelo de virtudes si el espíritu de las tinieblas no hubiese infundido en su alma las heréticas doctrinas; pero aun que me empeñase en libertarles hoy mismo y en cumplir la órden del rey en que manda soltarlos *inmediatamente*, yo no me considero con bastante poder ni autoridad para dar satisfaccion á este deseo.

—No sois vos el inquisidor de Sevilla?

—Ciertamente.

—Entonces...

—Yo señora juzgo de las causas de heregía con los miembros que componen el tribunal del Santo-Oficio, y si con ellos he de condenar á la familia de Argoso con ellos he de salvarla. Así, pues, nada tan natural como el que yo solicite su consejo y su vénia. Fuera de esto, aunque hoy mismo pusiese en libertad á Don Manuel Argoso fuera completamente inútil.

—Inútil! por qué motivo?

—No tendria bastantes fuerzas para salir de la cárcel.

—Se encuentra enfermo? preguntó con ansiedad la jóven.

—Don Manuel de Argoso que se distingue por la firmeza y tenacidad de su carácter, rehusó el confesar su delito y el tribunal de la inquisicion obrando en contra de sus piadosos y humanitarios sentimientos, vióse en la necesidad de sugetarle á la tortura.

Doña Aldonza, al oir estas frases no pudo evitar un

gesto de disgusto que fué observado por el inquisidor de Sevilla.

Este que vió el efecto que ocasionaba este relato continuó:

—El pobre don Manuel tuvo que sufrir el tormento de la garrucha el cual le descoyuntó los huesos y le inutilizó para moverse. Así es que solo, con gran pena, pudo asistir á la audiencia que el tribunal ha celebrado estos dias. Don Manuel fué llevado en brazos de los ausiliares que el Santo-Oficio tiene á sus órdenes y hé ahí porque se le permitió abandonar su mazmorra. De otro modo hubiese peligrado su existencia. Ya veis, pues, que no es posible cumplir la órden del rey ahora mismo.

—Tardará muchos dias en recobrar sus fuerzas? observó la jóven.

—Nó, señora: don Manuel gracias á los esquisitos cuidados que emplea el Santo-Oficio, se encuentra notablemente aliviado. Yo calculo que dentro de una ó dos semanas podrá salir de la cárcel.

—Os parece, monseñor, dijo Aldonza que se dejaba engañar por el maquiavelismo de Arbués, os parece si la compañía de doña Dolores, su hija, podria contribuir á su alivio?

—Oh! señora! esclamó Arbués, con una dulzura inefable; el amor de una hija hácia su padre es bálsamo que cura las heridas del alma y las del cuerpo.

—Entonces me permitiré dirigiros una súplica.

—Ya os escucho.

—Toda vez que la señorita de Argoso no puede alcanzar su libertad hasta que Vuestra Eminencia haya consultado al tribunal del Santo-Oficio, quisiera que la permitieseis vivir al lado de su padre.

—En esto, el Santo tribunal no ofrecerá inconveniente alguno.

—Así, pues, me dais vuestra palabra de que la familia de Argoso alcanzará su libertad dentro de unos dias?

—Con ello no haré mas que cumplir la órden de S. M. el emperador Cárlos V.

—Entonces replicó Aldonza levantándose, recibid anticipadamente la espresion de mi gratitud mas profunda.

É inclinandose con magestad y gracia ante el inquisidor de Sevilla, la jóven se dirigió hácia la puerta.

Arbués se levantó á su vez y la acompañó hasta el dintel de esta última.

Cuando hubo desaparecido, el fraile gritó á media voz:

—Enriquez! Enriquez!

—Señor! contestó este último saliendo de un gabinete cuya puerta lindaba con la antesala.

—Ya presumia yo que no te habias ausentado, esclamó con precipitacion Arbués, pronto! pronto! sigue á esta dama y no la pierdas de vista hasta saber las señas de la casa donde vive. Luego vente á recibir mis órdenes. Tendrás que emprender un viage.

Enriquez al oir que el inquisidor le mandaba seguir á la mujer cuya hermosura le habia tanto impresionado, no

contestó una frase y se precipitó con rapidez hácia la escalera por donde un momento antes habia desaparecido Aldonza.

Cuando Enriquez llegó á la puerta del palacio la jóven subia en su coche.

El gobernador comprendió que no era posible el seguirla y dió una mirada en torno suyo.

Entonces vió otro coche que aguardaba en el patio del palacio.

Era el carruaje de Pedro de Arbués, que debia acompañar á éste último á las cárceles del Santo-Oficio las cuales visitaba con frecuencia.

Enriquez se precipitó hácia el mismo, abrió su portezuela sin esperar á que el cochero lo hiciese, y dijo á este último, que, como si fuese una estátua, permanecia inmóvil en su asiento:

—Es necesario que no perdais de vista aquel coche donde ha subido una dama!

El cochero no dijo una palabra; conocia á Enriquez, sabia que era uno de los esbirros de su amo y que tenia en él gran confianza y cogiendo el látigo azotó el precioso tronco de mulas que se hallaba uncido á la carroza.

Poco tiempo despues esta se detenia no léjos de la fonda en que paraba Doña Aldonza.

Enriquez abrió el ventanillo de su coche y vió como la jóven bajaba de su carruaje y entraba en la posada.

Mas la jóven no iba sola.

La acompañaba Don Estéban de Vargas el cual impa-

ciente por averiguar el éxito de las gestiones hechas por la jóven, habia aguardado en la puerta del inquisitorial palacio y subido al coche en el mismo instante en que el gobernador de Sevilla subia á su carroza.

CAPÍTULO LVI.

Las órdenes del rey.

Esto no obstante, Enriquez no dejó la calle.

Deseaba averiguar si Doña Aldonza vivia ó no vivia en la posada.

Así es que aguardó por espacio de un cuarto de hora, en la esperanza de qué el azar le proporcionaria algun detalle que confirmara su sospecha.

Este detalle no se hizo esperar mucho.

Jofre, que, como sabemos, acompañaba siempre á su señora, entró su coche en el patio de la fonda.

Anochecia, y era la hora en que la gente circula mucho por las calles.

Enriquez, protegido por las sombras del crepúsculo, y mezclándose en el gentío, se dirigió con disimulo hácia la puerta de la fonda para saber lo que se habia hecho del coche.

Entonces vió como Jofre desuncía el tiro y lo llevaba hácia una cuadra.

Esto era lo bastante para que el gobernador de Sevilla comprendiese que la jóven tenia su habitacion en la fonda.

Averiguado este detalle, Enriquez volvió á subir en su carruaje, y dió órden al cochero para que inmediatamente le llevase al palacio donde el gran inquisidor le aguardaba.

Éste continuaba aun en su despacho.

Pedro de Arbués se paseaba en él con impaciencia.

Sin que pusiese en duda la autenticidad de la órden que habia espedido Cárlos V, comprendia que en ella se envolvia algun misterio.

De otra manera Doña Aldonza hubiera oido con serenidad la noticia de que iba á consultar el indulto de la familia de Argoso con el emperador Cárlos V.

Así es, que cuando llegó Enriquez, el inquisidor habia trazado ya sus planes con objeto de saber lo que habia de verdad en este asunto.

No bien vió á Enriquez cuando indicándole un sillon que se encontraba frente la mesa de su despacho le dijo, con imperioso acento:

—Siéntate y escribe.

El gobernador de Sevilla comprendió que se trataba de un asunto muy formal, y se sentó guardando el mas profundo silencio.

—Averiguaste la habitacion donde vive la mujer que

ahora mismo seguíste? dijo de pronto Arbués interrumpiéndose.

—Sí, monseñor.

—Dónde para?

—En la fonda del *Ciervo de Oro*.

—Está bien; ahora escribe.

El gobernador de Sevilla cogió la pluma.

Arbués continuó dictando:

«Señor:

»Acaba de llegar en Sevilla una mujer que por su calidad, su belleza y sus modales, me ha parecido sospechosa.

»Ha venido á esta ciudad con la pretension de salvar á la familia de Argoso que como sabe V. M. se encuentra en la cárcel por delito de herejía, y para lograr su objeto me ha presentado una órden con la firma de V. M. en la que se me manda que liberte á esta familia sin pérdida de tiempo.

»El tribunal del Santo-Oficio se halla dispuesto siempre á obedecer los mandatos del católico príncipe que con tanto acierto dirige los destinos del reino; pero como quiera que hace unos tres meses V. M. remitiese al Santo-Oficio, una nota en que le ha dejado en completa libertad para condenar la herejía de los Argoso, y como, por otra parte, conviene á los intereses de nuestra santa religion el que el Santo Oficio obre con la debida justicia en este asunto, me atrevo á dirigir estas letras á V. M. para que aconsejándose en su nunca desmentido celo por la fé ca-

lica, se digne retirar la órden por la cual se manda poner en libertad á la familia indicada.

»Deseando á Vuestra Sacra y Católica Majestad la bendicion del cielo, y esperando que se dignará contestar á estas letras por el portador de las mismas, besa los reales piés de V. M. vuestro mas obediente y fiel servidor

PEDRO DE ARBUÉS.

«P. S.: Por si conviene á V. M. saber el nombre y el paradero de la mujer que me ha traido el mensaje, y que pide con gran insistencia la libertad de la familia de Argoso, diré á V. M. que esta mujer se llama Doña Aldonza de Herrera, y vive en el meson del *Ciervo de oro*.»

Cuando Enriquez hubo terminado esta carta, el inquisidor la cogió para ver si estaba redactada conforme á su deseo.

Al leer la posdata, Pedro Arbués se sonrió.

El inquisidor no habia querido poner el nombre de Doña Aldonza de Herrera en el cuerpo del escrito; pero en cambio lo habia puesto en la posdata, á fin de que resaltase mas á los ojos de Cárlos V.

Luego dirigiéndose á Enriquez, le dijo:

—Es necesario que S. M. el emperador, reciba esta carta de aquí tres dias.

—No es posible monseñor, dijo su confidente.

—No ignoras que la palabra imposible, hace ya mucho tiempo que la borré de mi diccionario. Mas aun: tú serás el portador de la misma.

—Ya sabeis monseñor, dijo con humildad el goberna-

dor de Sevilla, que mi voluntad es la vuestra; pero con los caminos y los vehículos que existen en España; no hay forma para llegar en tres dias á la córte.

—Irás á ella con mi carruaje.

—Nos faltarán caballos de posta; nada se halla dispuesto para realizar esta marcha, y á las veinte y cuatro horas de andar vuestro magnífico tiro no podrá dar un paso.

—Lo tengo ya previsto; antes de marchar irás á visitar al señor Mandamiento de mi parte y le dirás que conviniéndote hacer un pronto y rápido viaje á la córte es indispensable que te entregue un salvo conducto para los hijos de la Garduña que viven en los pueblos del tránsito, á fin de que te proporcionen caballos y los necesarios auxilios para llevar á buen término el mensaje. Luego que llegues á Madrid, te presentarás á S. M. el emperador Cárlos V, y le entregarás esta carta. Su contestacion la traerás con la misma rapidez con que habrás ido á la córte.

Enriquez no contestó.

No ignoraba que Pedro de Arbués no admitia objeciones, y por otra parte algo le decia que en la carta del inquisidor y en la contestacion del rey se envolveria la fortuna de Doña Aldonza, la cual tanto habia impresionado su alma.

Bajo tal concepto, el gobernador de Sevilla se inclinó ante el inquisidor cortesmente, y aprovechando el espacio en que este último daba sus órdenes para que dispusiesen el carruaje, se dirigió hácia el palacio de la Garduña, donde preguntó por el Sr. Mandamiento.

Éste le recibió con la cortesía y agasajo que observaba con sus antiguos parroquianos, y no bien le hubo manifestado el objeto de su visita, y mostrado un gran bolson entre cuyas mallas brillaban algunas monedas de oro, cuando Mandamiento cogió una pluma, y estendió el salvoconducto que pedia.

Un instante despues, Enriquez se dirigia al palacio del inquisidor.

El carruaje le aguardaba.

Pedro de Arbués le encargó mucha reserva y discrecion al ejecutar la mision que le encargaba, y quedando en que él comisionaria á otro esbirro de su confianza para que visitase diariamente á Doña Dolores de Argoso; Pedro de Arbués se despidió de Enriquez.

Este subió en el carruaje de Arbués, cuyos caballos partieron á galope.

El plan del inquisidor no podia ser mas acertado; por una parte no queria esponerse á las iras del monarca desobedeciendo sus órdenes, y por otra, no queria devolver su libertad á Doña Dolores de Argoso. Fuera de esto, ya sabemos que el inquisidor tenia sus sospechas acerca la veracidad del mensaje que habia traido Aldonza, y queria saber de un modo fijo y positivo lo que habia dispuesto el monarca.

Por lo que se refiere al gobernador, Enriquez sospechaba tambien algo: obedecia al inquisidor como una máquina. Hombre de menos talento que Arbués, pero dotado con las mismas pasiones, comprendia que en la audiencia pe-

dida por Aldonza se encerraba algun misterio. El gobernador de Sevilla habia visto en la jóven una mujer radiante de juventud, de talento y de hermosura, y su corazon al contemplarla, habia latido de una manera sorda y tempestuosa. Durante la conversacion, aquella mujer le habia dirigido dos ó tres miradas que habian envuelto su alma en una red de fuego.

Esperimentaba hácia ella, la misma irresistible inclinacion que Pedro Arbués esperimentaba hácia Dolores.

Al principio, creyó que el inquisidor se reservaria su conquista, y que olvidaria por unos instantes á la señorita de Argoso, pero luego reflexionó que la imágen de esta última preocupaba harto su alma, para que la convirtiese en objeto de sus caprichos ó desvaneos.

De ahí que Enriquez pensase en conquistarla.

El, despues del inquisidor, era la persona mas influyente de Sevilla, y su calidad de gobernador, le daba una importancia y una autoridad sin límites. Por qué, pues, no habia de seducir á una mujer que se presentaba ante Arbués con actitud suplicante, y en la pretension de salvar á unos herejes que se hallaban por decirlo así, entre sus manos?

Hé ahí las reflexiones que el gobernador se hacia mientras realizaba su viaje.

Sin que supiese que Aldonza era la favorita del monarca y sin que comprendiese las intenciones de Arbués, el corazon le decia que aquel viaje se hallaba estrechamente ligado con la suerte de la jóven.

Así, pues, quizá se le ofreceria una ocasion para prestarla un servicio, y conquistar sus simpatías.

El mismo ejemplo de Arbués le alentaba: Enriquez habia visto tantas víctimas, que no obstante su heróica resistencia habian sucumbido á su impudicia, que en punto á alcanzar los favores de la juventud y la hermosura, nada le parecia imposible.

De ahí que emprendia su viaje con ánimo resuelto de volver pronto á Sevilla, y que en el mismo instante de llegar á la córte se dirigiese al alcázar para cumplir su encargo.

El emperador le recibió con esta fria reserva con que recibia siempre los mensages del Santo-Oficio.

El poder de éste, rivalizaba con el suyo, y aunque muchas veces le convirtirse en instrumento de sus planes, lo miraba siempre con desconfianza y con celos.

Pero no bien Enriquez hubo manifestado el objeto de su viaje, y no bien le hubo presentado la carta que Pedro de Arbués le enviaba, cuando el rey palideció.

Hacia ya quince dias que habia regresado de Flandes, y sin embargo nada sabia de Aldonza.

Por otra parte le constaba que Vargas luego de haber hecho una brillante campaña en los campos de Castilla, habia desertado de las filas del imperial ejército, y nadie le daba razon de donde habia ido.

Si pues, Vargas, faltaba en el ejército, y Doña Aldonza en la córte, era evidente que los dos se hallaban juntos. Pero dónde? En qué punto de España ocultaban sus amores?

Hé ahí lo que el rey ignoraba, y lo que le acababa de denunciar la carta del inquisidor de Sevilla.

Ya se comprenderá pues la fruicion con que el emperador hubo de recibir esta noticia.

Esto no obstante disimuló: el rey deseaba vengarse de la infidelidad de su manceba: pero no dar un escándalo.

Así es que encargó á Enriquez, que tanto él como Arbués, guardaran en este asunto la mas completa reserva, y cogiendo una pluma escribió á Arbués una carta en que le decia, que no tan solo prendiese á Doña Aldonza, sinó que averiguase cómo se habia proporcionado la órden en que se mandaba poner en libertad á la familia de Argoso, órden que él nunca habia firmado. Añadia tambien que á este fin, autorizaba al Santo-Oficio, para que sugetase Aldonza á la tortura.

El rey usando de gran prudencia callaba las relaciones que habian existido entre él y la jóven. Estas relaciones eran ya muy conocidas: mas ya se comprende que el rey se debia esforzar en ocultarlas.

No bien Enriquez vió que Cárlos V sacrificaba de este modo á Doña Aldonza, cuando comprendió todo el partido que podria sacar de la situacion en que se hallaría la jóven.

Así es que emprendió el viaje llevando en su corazon un mundo de esperanzas.

La casualidad ponia á Doña Aldonza entre sus manos.

A la jóven no le quedaba mas recurso que entregarse en sus brazos, ó caer en las garras del Santo-Oficio.

El iba á ofrecerla su amor, su existencia, su fortuna, mientras que la inquisicion no la podia ofrecer mas que el horror, la infamia, la tortura.

La obcion, pues, no era dudosa, y Enriquez, en el fondo de su alma, saboreaba ya el mundo de delicias que iba á ofrecerle aquel tipo de voluptuosidad, de gracia y de hermosura.

Durante el tiempo en que Enriquez habia gobernado Sevilla, habia reunido muchos tesoros, y gracias á ellos, y á fin de evitar las persecuciones de Arbués, podria huir con Aldonza á los climas mas remotos donde gozaria en tranquilidad y paz de su amor y sus riquezas.

Enriquez llegó á Sevilla; pero en vez de dirigirse hácia el palacio del inquisidor y de manifestar á éste el éxito del mensaje, lo primero que hizo fué dirigirse hácia la inquisicion y dar órden á cuatro de sus esbirros para que le siguiesen.

Luego se dirigió hácia el meson del *Ciervo del Oro*, los apostó no léjos de su puerta, y les mandó que no se moviesen de allí hasta que volviese por ellos.

Eran las once de la noche.

La calle donde se levantaba el meson del *Ciervo*, se hallaba tranquila y solitaria, y nadie era capaz de sospechar el drama que preparaba Enriquez.

Despues que los esbirros quedaron apostados, el gobernador entró en el meson del *Ciervo*, y preguntó á su dueño si vivia allí doña Aldonza de Herrera.

El dueño contestó que efectivamente la jóven habia

alquilado un cuarto en el meson, y como Enriquez dijese que él era el gobernador de Sevilla, y que deseaba celebrar con ella una entrevista, el mesonero, sin replicar lo mas mínimo, dijo á Enriquez que le siguiese, y él mismo le acompañó al cuarto de la jóven.

Esta, al oir que en aquella hora se llamaba á la puerta de su dormitorio, quedó sorprendida.

A pesar de esto, al conocer la voz del mesonero, la jóven empezó á tranquilizarse.

Pero al abrir la puerta, y al ver que trás del dueño del meson se levantaba la siniestra figura del gobernador Enriquez, Aldonza lanzó un grito y retrocedió dos pasos asustada.

Aquella visita habia helado la sangre de sus venas.

Era evidente que ocurria algo estraordinario.

Enriquez observó la mala impresion que ocasionaba á la jóven su visita, y antes de darla esplicaciones y usando de gran discrecion y prudencia, hizo una seña al mesonero para que le dejase solo con Aldonza.

Este obedeció como si fuese una máquina, y el gobernador entró en el cuarto.

CAPITULO LVII.

El amor de Enriquez.

Siento en el alma, señora, dijo Enriquez saludando cortesmente á la jóven, que mi visita haya interrumpido la soledad y la paz en que ahora mismo estábais: pero la importancia del asunto, del cual vengo á hablaros, es tan grande, que no he vacilado un momento en interrumpir vuestro reposo.

—Sentaos, caballero, dijo Aldonza, la cual habia reconocido en Enriquez al mismo personaje que habia visto en el inquisitorial palacio: en efecto, continuó la jóven, vuestra visita me sorprende, y he de suponer que el negocio que os trae á mi casa á estas horas, debe ser muy grave.

—Tan grave, señora, dijo el gobernador, que en él vá envuelta vuestra reputacion, vuestra fama y hasta vuestra misma existencia.

—Hablad, caballero, interrumpió Aldonza vivamente impresionada ante la solemnidad con que Enriquez habia pronunciado estas frases.

—Vos, señora, dijo este último, recordareis, sin duda, la visita que hace seis días hicísteis al inquisidor de Sevilla.

—En efecto, caballero: en ella se trataba de salvar á la familia de Argoso, la cual, segun tengo entendido, es inocente del delito que se la imputa.

—Pero en cambio, observó Enriquez, tal vez ignorabais una cosa...

—¿Cuál?

—Que Pedro de Arbués hace ya mucho tiempo que siente un ardiente é inestinguible amor por la señorita de Argoso.

—Efectivamente, caballero, dijo Aldonza ocultando la verdad al gobernador de Sevilla: yo ignoraba este detalle, y solo veia en Dolores, á una víctima del Santo-Oficio.

—Pues bien, prosiguió Enriquez; sabiendo que el inquisidor profesa un ardiente y sin igual cariño á la señorita de Argoso, no estrañareis su resistencia á ponerla en libertad y que no cumpliese inmediatamente aquella órden del rey que le presentásteis vos misma.

—Ciertamente; pero conste, repuso la jóven, que si Pedro de Arbués no devolvió la libertad á D. Manuel y á su hija, fué porque el estado físico en que se hallaba el primero, no le permitia abandonar la cárcel.

—Os engañais, señora, ó mejor dicho, el inquisidor os engañó tristemente, dijo el gobernador sonriendo.

—¡Cómo! observó la jóven; acaso el gobernador no se halla enfermo? acaso no está con los huesos descoyuntados por haber sufrido la tortura?

—Sí, dijo Enriquez; pero no es tan desesperada su situacion para que no se le devolviese la libertad en seguida.

—Esto, caballero, dijo Aldonza, es una cuestion de que solo la conciencia de Arbués es responsable: yo cumplí con la mia acercándome á él y pidiéndole la libertad de una familia que aprecio; si desobedeciendo las órdenes de S. M. el emperador Cárlos V, insiste en mantener á la familia de Argoso encarcelada, suya será la culpa. Yo, por mi parte, añadió la jóven con un acento de severidad fingida, escribiré al rey para que ponga coto á este abuso, y exija al inquisidor la responsabilidad en que incurre.

—Es inútil, señora, dijo Enriquez, el cual deseaba traer la conversacion á este punto.

—¡Inútil! esclamó Aldonza; por qué?

—Vos no conoceis á Pedro de Arbués, dijo Enriquez.

—No os comprendo, caballero.

—Digo que no conoceis á Pedro de Arbués, porque de lo contrario hubieseis tomado mejor vuestras medidas.

—Pero, en fin, esplicaos!... interrumpió Aldonza que no adivinaba las intenciones de Enriquez.

—Vos, señora, dijo este último clavando sus penetran-

tes ojos en la jóven, no debíais haber presentado aquella órden.

—Por qué?

—Porque era falsa.

La jóven palideció.

La manera brusca con que Enriquez habia pronunciado estas frases, acababa de helar la sangre en sus venas.

Esto no obstante, hizo un esfuerzo por serenarse, y dijo al gobernador con firmeza:

—Y quién, caballero, os dió derecho para suponer que aquella órden es falsa?

El gobernador léjos de irritarse por el severo acento que habia usado la jóven, repuso con dulzura:

—Por qué os empeñais en saberlo, señora, si con ello recibiérais un disgusto!

—Es decir, que suponeis falsa aquella firma.

—No por cierto: mas se puede dar una firma sin que se conozca el verdadero objeto por el cual se ha dado.

—Entonces, caballero, el mismo rey ignoraria lo que hace?

—En efecto, señora.

—Y aquella órden no fué espedida por el monarca?

—Nó.

—Pues bien: quién os dijo que era falsa?

—El mismo Cárlos V.

La jóven quedó aterrada.

Estas últimas frases de Enriquez, habian llegado hasta el fondo de su pecho como un puñal acerado.

Si era cierto que Cárlos V habia visto la órden, estaba irremisiblemente perdida.

Mas luego, suponiendo que aquello podia ser una estratagema de Enriquez, y adivinando que éste quizá se proponia la realizacion de algun plan siniestro, dijo con dignidad:

—Permitid, señor gobernador, que no crea vuestras frases: conozco el maquiavelismo de Arbués, y quizá, á pesar vuestro, sois cómplice de sus ardides para alcanzar que Don Manuel de Argoso y su hija continúen en sus garras.

—Siento, doña Aldonza, manifestaros que en este punto os equivocais tristemente, dijo el gobernador sonriendo.

—Ignorais que el rey se encuentra en Flandes?

—Hace unos quince dias se encontraba efectivamente en Alemania; pero hoy se encuentra ya en la córte.

—Le habeis visto?

—Sí.

—Cuándo?

—Hace tres dias.

—No es posible!...

—Por qué señora?

—Porque para ir desde Sevilla á Madrid, se necesitan seis jornadas.

Es cierto; pero nó cuando se tiene un magnífico coche, y algunos caballos que se pueden reventar en el camino.

—No teneis otra prueba?

—Sí.

—Cuál?

—Una declaracion del mismo emperador.

—Escrita?

—De su puño.

—Podeis mostrarla? replicó Aldonza que sentia como iba perdiendo sus fuerzas.

—Sí.

—Veamos.

Enriquez llevó la mano á su limosnera, sacó de ella la órden que para prender á doña Aldonza habia escrito el monarca, y la entregó de una manera acompasada, lenta y fria, á la jóven.

Esta cogió la órden con un movimiento febril, y acercándose á un lustro que colgaba en la pared, la leyó desde la cruz á la fecha.

Enriquez no la habia engañado.

Aquel documento desde el principio hasta el fin, se hallaba redactado por el mismo Cárlos V.

Aldonza exhaló un gran suspiro y careciendo de fuerzas para sostenerse en pié, se dejó caer en un divan donde permanecia sentada anteriormente.

Enriquez contemplaba la jóven como una presa á la cual con anticipacion se saborea.

Aquella mujer era suya.

No tenia otro medio que dejarse caer entre sus garras.

La jóven no tenia mas recurso que dejarse estrechar

por sus abrazos ó por los torniquetes del Santo-Oficio.

Este le ofrecia la infamia, la tortura, y hasta quizá la muerte.

Pero, en cambio, Enriquez le ofrecia la libertad, la vida y las riquezas.

En concepto de Enriquez, la opcion no era dudosa y solo era cuestion de que la jóven comprendiese toda la estension del infernal abismo en que la habia precipitado su fortuna.

Despues le tenderia sus brazos, y se convertiria en un salvador al cual Aldonza no le podia negar sus favores.

Tales eran las reflexiones que Enriquez se hacia á sí propio.

Hubo un largo rato de silencio, durante el cual, éste permaneció suspenso y admirado ante la belleza de la jóven.

La confusion y el dolor que en aquel momento sentia Aldonza, habian revestido su semblante con la palidez de la azucena, y de sus negros y rasgados ojos caian dos lágrimas que iban á rodar como líquidas perlas en sus frescas y aterciopelas megillas.

Por otra parte, la hora en que el gobernador Enriquez habia interrumpido la paz y soledad de que gozaba, era la mas á propósito para que vistiese con negligencia y dejara ver sus hechizos.

En el mismo instante en que aquel habia llamado á su puerta, la jóven iba á acostarse y no habia tenido mas

tiempo que el de envolver su cuerpo con una blanca y finísima bata de brocado.

Así es que Enriquez podia contemplar los bellos y voluptuosos contornos de su talle, el nevado y hermoso nacimiento de su seno, y la morbidez y ternura de sus hombros.

Por espacio de algun tiempo, Enriquez devoró aquel cúmulo de hechizos. El que hubiese visto aquel hombre contemplando á Doña Aldonza con la mirada fija, chispeantes sus ojos, trémulos sus lábios, palpitante su pecho, le hubiese tomado por uno de esos sátiros que nos describe la mitología antigua.

Enriquez no miraba la jóven; la devoraba; no parecia sino que la estrechaba entre sus brazos, que besaba sus megillas y absorvia sus suspiros.

Doña Aldonza entretanto se habia dejado caer en el divan y como para ocultar su dolor, habia llevado las manos á su hermoso y divino rostro.

Discurrieron algunos minutos guardando tanto ella como Enriquez, el mas profundo silencio.

La jóven no pronunciaba una frase porque su emocion la embargaba su voz.

Enriquez guardaba silencio, porque mientras que por una parte deseaba contemplar á sus anchas y en recogimiento profundo los hechizos de la jóven, por otra parte deseaba que midiera en su mayor estension el insondable abismo en que la habia precipitado su desgracia.

Mas aquel silencio no podia continuar mucho tiempo.

Si el esceso del amor que en aquel instante esperimentaba Enriquez, no lo hubiera interrumpido el gran dolor de que era víctima la jóven, hubiese concluido por romperle.

CAPÍTULO LVIII

Las proposiciones.

Así es que Enriquez dijo con su dulce y melífluo acento:

—Por qué os afligís señora? olvidais que yo he venido á vuestra casa para salvaros de la inmensa desgracia de que sois víctima?

Aldonza quitó las manos de su rostro y fijó una mirada en el gobernador de Sevilla el cual sintió un estremecimiento, bien como si hubiese esperimentado una sacudida eléctrica.

—Decís que intentais salvarme? preguntó la jóven poniendo en duda lo que le decia Enriquez.

—Creeis que si así no fuera, observó este último, yo vendria solo á vuestra casa? ignorais, tal vez, que cuando el Santo-Oficio prende á alguna de sus víctimas se rodea

siempre con un acompañamiento de familiares y esbirros?

—En efecto, repuso Aldonza, exhalando un gran suspiro; mucho me sorprende que el inquisidor no os haya dado las mas severas órdenes.

—Pobre Aldonza! esclamó Enriquez fingiendo una compasion que no sentia; si el inquisidor averiguase que efectivamente Cárlos V ha mandado que se os prenda, os encontraríais ya en sus lúgubres mazmorras.

—Entonces lo ignora...

—Sí: lo ignora porque desde el momento que os ví me interesé por vuestra suerte y porque antes de dirigirme á su palacio he resuelto visitaros. La sola idea de que vaya á enterrar vuestra juventud, belleza y hermosura, en la horrorosa tumba que el inquisidor os prepara me estremece. Mi obligacion consistia en presentarme inmediatamente á Arbués y participarle el éxito de mi mensaje: pero yo que he estudiado su carácter, yo que conozco sus crueles y sanguinarios instintos, he comprendido que si le entregaba esta órden del rey firmaba vuestra sentencia. Hé ahí, pues, por qué al llegar á Sevilla y en vez de dirigirme al inquisitorial palacio, he venido á vuestra casa. Yo Aldonza tengo vuestra honra y vuestra existencia en mis manos: mi conducta en lo sucesivo puede llenaros de infamia y lanzaros en un abismo de dolor y de torturas ó bien salvaros de entre las múltiples y sangrientas garras de ese terrible mónstruo llamado el Santo-Oficio. Ahora bien, señora, continuó Enriquez cuyo entusiasmo crecia por instantes: quereis evitar la catástrofe con que la inquisicion os amenaza?

quereis salvar vuestra existencia que yo aprecio como la mia propia?

—De qué modo, caballero? preguntó Aldonza la cual no comprendia aun las verdaderas intenciones de Enriquez.

—Escuchad, señora, prosiguió este último acercando su silla al divan en que la jóven permanecia sentada; hace seis dias, cuando celebrásteis vuestra entrevista con el inquisidor de Sevilla, hace seis dias la casualidad nos colocó á vos y á mí frente á frente. Envuelta mi alma en las oscuras tinieblas con que la inquisicion envuelve todo lo que es suyo, hasta hace seis dias yo habia ignorado que en la mente y el corazon del hombre pudiese brotar una luz que le regenerase por completo y que fuese como un guia para llevarle al camino de la dicha y felicidad supremas. Yo no queria ni deseaba nada; mi existencia corria tranquila y solitaria sin que mi alma percibiese otro horizonte que el frio y nebuloso en que vagaba; pero llegó el instante en que el azar os arrojó á mi paso y yo en mi interior sentí una emocion, una energía, una vida, que no habia esperimentado hasta entonces. Yo contemplé el brillo de vuestros ojos, el carmin de vuestros lábios, la grana de vuestras mejillas, la frescura de vuestro cútis, lo delicado y gentil de vuestro talle y de pronto sin razonármelo siquiera, sentí una fascinacion que dominaba mi alma y mis sentidos. El melodioso acento de vuestra vóz hacia vibrar las mas secretas cuerdas de mi alma; desprendíanse de vuestro sér esos magnéticos efluvios que comu-

nican al hombre enamorado ese febril calor que le trastorna y le enloquece, y la luz de vuestros ojos, era como un rayo de fuego que envolvia mi corazon en una llama inestinguible.

Jamás, en la silenciosa y triste peregrinacion de mi existencia, habia encontrado una mujer que fuese, cual vos, un tipo de voluptuosidad, de belleza y de hermosura; nunca sér alguno me habria dejado entrever un cielo de felicidad y de dicha. Vos, señora, fuísteis para mí, como el arco íris que brilla de pronto entre el cúmulo de tristes y siniestras nubes, como la estrella que esparce su luz en noche negra y oscura; como el sol que aparece en Oriente, y que disipando en las tinieblas nos enseña un mundo lleno de flores, de luz y de armonía. Yo, señora, á partir de aquel instante no pensé mas que en vos, no soñé mas que en vos, y no existí mas que por vos. Yo hubiese dado un año de mi existencia para que os pudiese dar una prueba de mi aprecio con tal de que esta prueba me hubiese conquistado una de vuestras dulces y hermosísimas miradas. Qué he de deciros mas, señora!... Yo llegué á desear vuestro infortunio para que se me proporcionase ocasion de serviros y manifestaros el amor, el cariño, y la locura que habíais infundido á mi pecho. Desgraciadamente, esta ocasion no tardó mucho en presentarse y el mismo Pedro de Arbués, que sospechó de la veracidad de vuestro mensaje, hubo de encargarme que os siguiera, que averiguase donde vivíais y me encargó, despues, que fuese á la córte y me presentase al rey para saber de sus propios lábios si

efectivamente concedia la libertad al señor de Argoso y su hija. Vos, señora, acabais de ver el resultado que he alcanzado en mi mision: yo no quiero ni pretendo averiguar si la órden que presentasteis á Arbués es realmente falsa: me basta con saber que el emperador Cárlos V os ha mandado encarcelar bien seais inocente, bien culpable, lo cierto es que vuestra existencia se encuentra en un gran riesgo. Ahora bien Aldonza: vuelvo á insistir en mi pregunta, quereis que os salve? quereis que os evite el dolor, el sufrimiento, la amargura que Pedro de Arbués os reserva? aceptais el ardiente é inestinguible cariño que os ofrezco?

—Nó! esclamó la jóven, irguiéndose en el divan y mirando con fijeza á Enriquez el cual habia alargado una de sus mústias y arrugadas manos para cojer las blancas y finísimas de Aldonza.

El gobernador quedó aterrado.

Todo lo asperaba menos aquella contestacion negativa.

En el mismo instante en que iba á estrechar á doña Aldonza en sus brazos; en que su corazon y su alma se cernía en un mundo de ilusiones; en que iba á realizar sus deseos, la jóven recobraba su dignidad, y desafiando el terror y la amargura con que la amenazaba justamente, rechazaba el único medio de salvacion que en tan apurado trance le quedaba.

Enriquez miró á la jóven, bien como si dudase de lo mismo que habia oido.

Luego dijo con voz balbuciente.

—Digísteis que nó?... Lo reflexionásteis bien, señora?

La jóven hizo un signo afirmativo.

—Y es posible, continuó el satélite de Arbués, que rechaceis mi hidalga y generosa oferta?

—La aceptaria, dijo Aldonza llena de dignidad y de orgullo, si realmente encontara su orígen en nobles é hidalgos sentimientos; pero no es así; yo dejaria de pertenecer al Santo-Oficio para convertirme en vuestra esclava; yo me salvaria de la infamia con que el odioso tribunal sella sus víctimas, para perder mi honra en vuestros brazos. Nó, caballero: os habeis engañado tristemente: yo, para librarme del tormento, no vendo mi dignidad y decoro; para mí el mayor tormento, fuera el de recibir vuestras caricias. Si yo hubiese visto en vos un hombre leal y generoso, quizá os hubiese perdonado este lenguaje, hijo quizá del estravío que está sufriendo vuestra alma; pero yo he llegado á comprender vuestras pasiones y convencida de que lo que habeis dado al llamar mi gracia y mi hermosura, no sirve mas que para encender vuestra impura é innoble llama, he de aseguraros que no puedo admitir vuestras protestas, y que nunca os perdonaré el agravio que habeis hecho á mi honra y dignidad ofendidas.

Al oir estas frases, pronunciadas con una energía que no se podia esperar de la jóven, Enriquez quedó pasmado.

Aldonza no solo desdeñaba su cariño, sino que humillaba su amor propio.

El primer impulso de Enriquez consistió en dirigirse hácia el balcon y llamar á los esbirros que tenia apostados en la calle.

Mas luego pensando que doña Aldonza obedecia tal vez á un movimiento irreflexivo, y que sus instancias concluirian por vencerla, dijo:

—En verdad, señora, que no merezco tanta crueldad y dureza; en qué os he ofendido para que me trateis de este modo?

—Ofendísteis la dignidad y el respeto que yo pretendo mereceros, y que os exigiria cualquiera otra mujer que se encontrara en mi puesto.

—Os engañais, señora, dijo Enriquez con voz que la emocion alteraba, otra mujer que se encontrara en vuestro puesto, reflexionaria sobre la triste situacion en que la ha colocado la suerte; no veria en mí á un seductor vulgar y ordinario, sino á un protector hidalgo y generoso; en vez de insultarme, en vez de llenarme de injurias, consultaria sus fuerzas para ver si tendria las necesarias para aceptar el amor que yo os ofrezco, y en vez de rechazarme concluiria por entregarse á mis caricias...

Pero nó, continuó Enriquez, al cual la dignidad y orgullo de Aldonza, exaltaban mas que su propia hermosura; no es posible que vos desdeñeis á un hombre que se halla dispuesto á sacrificar su porvenir, su honra, su fortuna, para salvar vuestra existencia. No es posible que rechaceis el ardiente é inestinguible amor, con que procuro vuestra dicha. Reflexionad bella y hermosísima Aldonza, que os encontrais en mis manos y que en ellas se encuentra vuestra vida ó vuestra muerte. Ceded á mis instancias; aceptad mi cariño; yo seré vuestro esclavo y obedeceré

vuestros caprichos. Quereis oro? desde que sirvo á la inquisicion he acumulado tesoros que yo colocaré á vuestras plantas. Deseais amor? el mio es tan grande é inestinguible que puede incendiar vuestro pecho. Aceptad mi oferta Aldonza; no querais ser víctima de ese tribunal horrible que os aplicará la tortura y que contará vuestros ayes y suspiros con la frialdad de sus verdugos. Ah! continuó Enriquez con voz siempre alterada; á la sola idea de que vuestros hermosos y delicados miembros pueden crujir á la presion del torniquete; á la sola idea de que vuestros lindos y preciosos piés arderán en el fuego del brasero, mi corazon se horroriza y se destroza! Y qué es lo que os ofrezco yo en cámbio? el placer, la libertad, la tranquilidad y el reposo! Sí, Aldonza mia: os ofrezco todo esto porque si vos accedeis á mis instancias, yo tengo el oro suficiente para llevaros á un cielo de dicha y de ventura! Huiremos de España! buscaremos otro clima donde no reine ese tirano monstruoso llamado el Santo-Oficio y en él pasaremos nuestra existencia, vos contenta con mi amor y yo con vuestra hermosura!... Yo Aldonza...

—Basta! caballero! interrumpió Aldonza levantándose; no puedo resistir por mas tiempo este lenguaje; vos teneis derecho para lanzarme á ese abismo de infortunio de que hablabais ahora mismo; pero no creo que tengais el derecho de insultarme!

—Es decir que no aceptais! gritó el satélite de Arbués, cuyos dientes rechinaron.

—Ya os dije que nó!

—Ved lo que haceis, Aldonza! repuso el gobernador tomando una actitud que casi impuso á la jóven; preferís el tormento á mis caricias?

—Sí.

—La muerte á la vida?

—Sí.

—Por piedad Aldonza! esclamó Enriquez cayendo ante la jóven de hinojos; ved que estais destrozando mi alma! Pronunciad una palabra y vuestra existencia se salva!...

Lo jóven continuó muda.

—Aldonza! Aldonza!

Esta continuó silenciosa.

—Aun estais á tiempo! aun podeis cambiar en felicidad vuestro infortunio. Decid que me amais, que me amareis, y romperé en cien pedazos la órden de Cárlos V.

Y al mismo tiempo, llevado por su entusiasmo y sus pasiones, Enriquez se adelantó hácia la jóven y trató de rodearla el talle con sus brazos.

Pero Aldonza que sentia por aquel hombre una repugnancia instintiva, que preferia la muerte á sus caricias, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y rechazándole con energía, dijo con voz en que el desprecio y la indignacion vibraban:

—¡Miserable!

Al oir esta frase, operóse en Enriquez una transformacion sorprendente.

Retrocedió dos pasos, miró á la jóven con estraviadas pupilas, rechinó sus dientes, y chispeantes de cólera sus

¡Miserable!

ojos, lívido su rostro, contraidas sus cejas, cerrados sus puños, contempló por un instante á doña Aldonza, y luego, soltando una carcajada estridente, que hizo temblar á su víctima desde los piés á la cabeza, dijo:

—Miserable!... Me ha llamado miserable! pues bien... sea!

Y luego dirigiéndose hácia un balcon que daba á la calle, y que abrió de par en par, sacó un silbato, se inclinó hácia fuera y silbó de un modo estraño.

Casi en aquel mismo instante se oyó un rumor de pasos en la calle. Algun tiempo despues, este rumor se oía en la escalera de la fonda, hasta que por fin se oyó cerca el mismo cuarto de Aldonza.

La puerta se abrió de par par, y en su dintel viéronse los cuatro esbirros que el gebernador, antes de entrar en el meson, habia apostado en la calle.

Aldonza continuaba en pié.

De sus lábios no se habia exhalado una palabra, un suspiro ni una queja.

Parecia la estátua del dolor dignificada.

En ella se veia algo heróico, algo sublime, que impresionaba al mismo Enriquez tan habituado á esta clase de espectáculos.

Hubo un instante en que el gobernador y los familiares del Santo-Oficio, permanecieron inmóvilos.

Despues Enriquez, dando un paso hácia la jóven, é indicándola á sus esbirros, dijo con voz que la cólera alteraba:

—¡En nombre del rey prended esta mujer!

Doña Aldonza no se movió, y continuó silenciosa.

Entonces uno de los cuatro esbirros se dirigió hácia ella, la cogió del brazo, y volviéndose hácia el gobernador que seguia en pié en el centro de la estancia, preguntó:

—¿Dónde la llevaremos, monseñor?

—A las cárceles del Santo-Oficio: decid á los guardianes que elijan la mas lóbrega mazmorra y que nadie hable con ella. Yo iré allí luego para dar mis órdenes.

Y dirigiéndose á otro de los esbirros, continuó:

—Decid al mesonero que suba inmediatamente.

Los familiares dejaron el cuarto llevándose á doña Aldonza, que les siguió sin que opusiese la mas pequeña resistencia.

En cuanto á Enriquez, se quedó en el cuarto aguardando al mesonero.

Éste no tardó mucho en presentarse.

—Contestadme, le dijo el satélite de Arbués; no ignorais que yo soy el gobernador de Sevilla y que tengo autoridad suficiente para exigiros que contesteis á mis preguntas.

—Ya os escucho, monseñor dijo el mesonero, mudo y atemorizado porque habia visto la manera con que los esbirros se llevaban á su huéspeda.

—¿Cuánto tiempo hace que albergais en vuestra casa á doña Aldonza?

—Quince dias, monseñor.

—¿De dónde venia cuando llegó á Sevilla?

—Lo ignoro.

—¿Quién la acompañaba?

—Un criado y un caballero que la visitaba con frecuencia.

—¿Cómo se llama el caballero?

—D. Estéban.

—¿De Vargas? interrumpió el gobernador recordando que ya otra vez habia visto como Aldonza y el jóven entraban en el meson.

—No conozco su apellido; nunca oí pronunciar su nombre.

—¿Era alto?

—Sí, monseñor.

—¿Moreno?

El mesonero hizo un signo afirmativo.

—De ojos negros y de gentil y gallardo continente?

—Cabal.

—¿Qué clase de relaciones existian entre este hombre y doña Aldonza?

—Lo ignoro; pero debian ser muy íntimas toda vez que pasaban juntos muchas horas.

—Corriente: supongo que habeis contestado lealmente á mis preguntas?

—Sí, monseñor.

—Sea: de lo contrario ya sabeis como el Santo Oficio castiga á los que intentan engañarle.

El mesonero, por única contestacion, se inclinó profundamente, y viendo que Enriquez cogia su sombrero pa-

ra dejar la estancia, cogió á su vez una de las bujías que iluminaban esta última, y se dispuso á alumbrarle.

El gobernador se dirigió hácia la escalera con mas rapidez de lo que á su dignidad convenia, y se echó á la calle.

Algun tiempo despues llamaba á la puerta del inquisitorial palacio.

Al dar el primer aldabazo, se oyó el reloj de la Torre del Oro.

Era la una de la madrugada.

CAPITULO LIX.

Las lechuzas del Santo-Oficio.

Cuando Enriquez entró en el palacio del inquisidor, éste no se habia aun retirado.

Permanecia solo en su despacho en compañía de José, fraile, que nuestros lectores ya conocen.

Éste y Enriquez eran sus confidentes; eran, por decirlo así, los espíritus malos que le impulsaban hácia la senda del infierno. Ellos lisongeaban sus caprichos, adulaban sus pasiones, atizaban sus deseos y hacian de él un instrumento de sus planes.

Hasta entonces, Enriquez habia logrado su objeto sosteniéndose en el gobierno de la ciudad y acumulando una fortuna: José, por su parte (de cuya hipocresía y humildad veremos tantas pruebas), alentaba en contra de Arbués, y con objeto de reparar sangrientos y tremendos agravios, los mas siniestros planes.

Ya se verá mas adelante el desenlace de un triste y horrible drama en que el jóven dominico es el principal actor víctima.

Entretanto diremos que cuando Enriquez daba su primer aldabazo en la puerta del palacio, el jóven y Pedro de Arbués sostenian una plática animada.

Conforme á su costumbre, el inquisidor hablaba á su favorito de su estraordinario amor por la señorita de Argoso, y buscaba en las respuestas de José, consejos para alcanzar la realizacion de su deseo.

Pero como no ignoramos que el jóven dominico era un decidido protector de Dolores y su padre, en vez de indicar un rumbo á aquel fraile impúdico, no hacia mas que envolver su imaginacion entre la oscuridad y el caos.

Al oir los aldabazos de Enriquez, los dos frailes se interrumpieron.

Era ya la una de la madrugada y no llegaban á comprender quién en aquellas horas tenia bastante audacia para llamar á su palacio.

Esto no obstante, su sorpresa no duró mucho tiempo.

A los cinco minutos, Enriquez se presentaba en el despacho.

El gobernador se hallaba pálido.

En sus facciones se observaban aun las huellas de la lucha que habia sostenido con Aldonza.

Afortunadamente no habia mucha luz en el despacho y ni José ni Arbués pudieron observar la descomposicion de sus facciones.

Al ver á Enriquez, el inquisidor lanzó un grito.

—¡Cómo! dijo; ¿ya estás de vuelta? preguntó.

—No ignorais, monseñor, contestó Enriquez con acento hipócrita, en el cual, sin embargo, se observaban una alteracion marcada, no ignorais que obedezco vuestras órdenes con la brevedad que permiten mis fuerzas.

—¿Qué ha contestado el rey? preguntó el inquisidor con impaciencia.

Enriquez antes de responder miró con desconfianza al jóven dominico.

—¡Habla! continuó Arbués comprendiendo la intencion de aquella ojeada: no ignoras que José es mi favorito, mi consejero, mi amigo.

El jóven al oir esta declaracion por parte de Arbués, cruzó las manos á su pecho y se inclinó con humildad.

—Monseñor, dijo entonces Enriquez, aquella dama que hace seis dias celebró con vos una entrevista, representó una infame y vil comedia.

—¿Es posible? interrumpió Arbués sin que disimulara su alegría.

—Tal como lo digo, monseñor.

—¿El rey mismo te lo dijo?

—A mí nó, monseñor; pero os lo dice á vos.

—¿De modo que contestó mi carta?

Enriquez adelantó hacia el inquisidor, llevó la mano á su escarcela y sacó de ella el pergamino que algunos momentos antes habia mostrado á doña Aldonza.

—Leed, monseñor, dijo entregándolo á Pedro de

Arbués: la contestacion no puede ser mas cumplida.

El inquisidor cogió con febril rapidez el pergamino, se acercó á la luz que iluminaba el despacho, leyó con visible agitacion la carta del emperador Cárlos V, y luego dijo:

—¡Pronto! ¡pronto! ve al Santo-Oficio por esbirros, y manda prender á doña Aldonza sin pérdida de tiempo.

—Es inútil, monseñor, observó con frialdad Enriquez.

—¡Cómo es inútil! replicó el inquisidor que no comprendia la intencion de Enriquez; acaso no tenemos que cumplimentar esta órden? Permitirás que doña Aldonza tenga lugar para emprender la fuga?

Y luego, volviéndose hácia José continuó:

—Figúrate, amigo mio, que se trata de echar el guante á una mujer, á una miserable aventurera que ha querido sorprender la santidad y buena fé de la inquisicion presentándome una órden del emperador Cárlos V, en la que se mandaba poner en libertad á D. Manuel de Argoso y su hija.

—Y mandasteis que efectivamente se les sacase de la cárcel? preguntó José, que no habia perdido una frase de la plática.

—¿Acaso he perdido el juicio? Quieres que en un dia y con una ligereza imperdonable eche por tierra la obra de muchos meses?

—¡Oh! ¡monseñor!.....

—¿Sabes lo que me dice la Sacra y Católica Majestad del emperador Cárlos V?

—José hizo un signo negativo.

—Pues bien, continuó Arbués: me dice que aquella órden es falsa.

El jóven dominico hizo un gesto de admiracion y se santiguó con una beatitud que indicaba su sorpresa.

—La heregía, dijo con voz humilde, emplea todos sus recursos para burlar el celo y vigilancia de los ministros de Dios; pero el espíritu malo que les dirige y aconseja no es lo suficiente para destruir los intereses de la iglesia.

—Ya ves, pues, dijo el inquisidor, si se tiene que vacilar en prender á doña Aldonza.

—Con ello Su Eminencia, dijo el dominico, obrará conforme á la santidad y justicia con que persigue á los hereges.

—Ya lo oíste, Enriquez, dijo Arbués volviéndose hácia el gobernador de Sevilla, que continuaba inmóvil y silencioso en el centro de la estancia. Coge á los esbirros, y prende á doña Aldonza; esta hora es la mas apropósito para meterla en las mazmorras, puesto que con ello no se escandalizarán los buenos cristianos.

—Ya he tenido, monseñor, la honra de deciros que era completamente inútil, volvió á insistir Enriquez.

—Pero en fin.... por qué motivo!

—Porque se encuentra ya en la cárcel.

Arbués miró á Enriquez sorprendido y José hizo un gesto en que manifestaba el gusto con que oia la declaracion de Enriquez.

—¿Está ya en la cárcel? dijo Arbués mirando al gobernador con fijeza.

Este hizo un signo afirmativo.

—¿Quién le ha mandado prender?

—Yo.

—¡Tú! esclamó el inquisidor admirado; no acabas de llegar de la córte ahora mismo?

—Hace ya dos horas que me encuentro en Sevilla.

—¿Y en este tiempo encarcelaste á doña Aldonza?

—Cabal, monseñor; inspirado en mi celo por los intereses de la religion católica y creyendo que una mujer tan culpable como doña Aldonza exigia un pronto ejemplar escarmiento, al llegar á Sevilla me dirigí al Santo-Oficio, cogí cuatro esbirros, y fuí á prenderla sin pérdida de tiempo. Dispensad, monseñor, prosiguió Enriquez con voz hipócrita, que antes no os haya consultado la adopcion de esta medida: yo creí interpretar de esta manera los sentimientos de Vuestra Eminencia y de ahí que por ello y siempre en obsequio del Santo Tribunal, faltase quizá, al respeto que se os debe.....

—¡Faltarme al respeto, amigo mio! interrumpió Arbués; ¿y por qué?

—Monseñor olvida que he mandado encarcelar á esa desgraciada sin consultarlo á Su Eminencia?

—¿Qué importa? con una mujer que trata de sorprender nuestra buena fé é hidalguía, no hay para que guardarla atenciones. Obraste bien, Enriquez: léjos de censurarte yo te alabo. El golpe que acabas de dar prueba manifesta-

mente que eres hombre de grande energía y talento. No es cierto, José? añadió el inquisidor dirigiéndose al jóven dominico que continuaba en su actitud recogida.

—Monseñor, dijo éste con humildad; el señor Enriquez me ha parecido siempre un hombre de gobierno y la medida que acaba de tomar prueba su grande actividad y celo.

—Gracias, José, replicó el gobernador que fingió ruborizarse por los elogios de ambos frailes: obré de este modo para mayor honra y gloria de Dios; solo me he inspirado en los intereses de la religion católica; pero mi obra no está completa: falta aun el encarcelamiento de otra persona que en mi concepto ha sido cómplice en el delito ejecutado por Aldonza.

—Quién es?

—Don Estéban de Vargas.

José palideció.

Los ojos del inquisidor brillaron.

—Cómo! dijo: te parece que Vargas es cómplice de doña Aldonza?

—No lo afirmaré con certeza; pero casi puedo asegurarlo.

—En qué te fundas?

—En que Vargas es su amante.

Arbués se santiguó.

—Es posible? dijo con un acento de admiracion fingida; entonces Vargas es bigamo!

José no obstante de que conocia el profundo y leal amor que don Estéban profesaba á Dolores y de que no creia na-

da de lo que oia, hizo un gesto de sorpresa, y, como el inquisidor, volvió á santiguarse.

—Monseñor, dijo Enriquez, Vargas no solo es bigamo sino hereje y cómplice de doña Aldonza.

—Entonces no hay mas remedio que prenderle.

—Este es mi plan, monseñor; pero como Vuestra Eminencia dijo que Cárlos V se oponia á ello no me he atrevido á dar mis órdenes para la adopcion de tan santa é indispensable medida.

—Cárlos V, dijo el inquisidor no sin cierto orgullo, no tiene derecho alguno en contrarestar al Santo-Oficio que es un poder establecido por el papa, el cual, segun los doctores de la Iglesia, constituye una autoridad muy superior al monarca; pero si el rey insistiese en proteger á don Estéban, bastaria anunciarle que es hereje y cómplice de doña Aldonza para que le condenase á las llamas. Así pues tienes que obrar sin contemplacion de ningun género: prende á Vargas, donde quiera que le encuentres, llévale al Santo-Oficio y el tormento arrancará de él confesiones que de otro modo callaria su lengua. No te parece, José, continuó el inquisidor que la medida es acertada?

—Harto sabe Vuestra Eminencia dijo el favorito que yo soy el mas constante y humilde admirador de su energía y talento. Si realmente Vargas es cómplice de doña Aldonza, nada tan natural como que espíe en las llamas sus sacrílegos oficios; si en el castigo del culpable necesitais de mi ausilio ya sabeis, monseñor, que estoy siempre á vuestras órdenes.

—Gracias, amigo mio, repuso el inquisidor: me consta tu buen celo por cuanto se refiere á lo que el Santo Tribunal dispone... de esto ya cuidará Enriquez: él se encargará de prender á Vargas y de meterle en una de las mas lúgubres mazmorras que en el Santo-Oficio existen.

—Monseñor, dijo Enriquez; yo os prometo que mañana antes de que concluya la noche, Vargas habrá sufrido el tormento; pero entretanto permitidme, siempre en obsequio de la fé católica, que os deje ahora mismo.

—Con qué objeto?

—Necesito visitar á doña Aldonza.

—Quieres arrancarla alguna declaracion en contra de don Estéban?

—Sí, monseñor: esta declaracion contribuirá á justificar el encarcelamiento de Vargas.

—Haces bien, replicó Arbués; pero toda vez que irás al Santo-Oficio no te olvides de entrar en el calabozo de Dolores.

—Deseais que la manifiesta algo en vuestro nombre?

—La dirás tan solo, replicó Arbués con doble intencion y sentido, que mi alma sigue contristada por la insistencia con que no quiere renegar de las heréticas doctrinas; que continuo dispuesto á absolverla de sus enormes pecados si hace ante mí y en el *seno de la confianza* una retractacion formal y solemne y que me hallo dispuesto á librar á ella y á su padre del castigo con que les amenaza el Santo-Oficio si entra por fin en el buen camino que tantas veces la he indicado.

—Monseñor, dijo Enriquez; hoy por hoy creo que vuestras amonestaciones y advertencias serán inútiles; pero quizá no lo sean mañana.

—Por qué? interrogó Arbués.

—Porque, dijo Enriquez, con una intencion que el inquisidor comprendió inmediatamente, mañana don Estéban de Vargas se encontrará ya preso y la señorita de Argoso, viéndole amenazado con la muerte, no permitirá que su alma vaya á las eternas llamas del infierno.

—Crees, pues, que al fin doña Dolores cederá á mis instancias?

—Sí; no permitirá que se sujete al tormento á don Estéban y concluirá por suplicar á éste que la permita confesar su herejía con lo cual Vuestra Eminencia podrá darla su bendicion y traerla al buen camino.

—Así sea! dijo el inquisidor con mal reprimida alegría.

—Amen! repitió José, clavando con celeste y beática actitud sus ojos en el techo.

Enriquez besó las manos del inquisidor que le dió su bendicion, y haciendo una profunda reverencia al jóven dominico, el cual se la devolvió con la misma humildad y respeto, abandonó la estancia y se dirigió hácia el Santo-Oficio.

Pasado un intante, y despues de una breve plática en que José hizo grandes elogios de Enriquez, los dos frailes se dirigian á sus respectivos dormitorios: Pedro de Arbués para soñar en el amor y las voluptuosidades, que en su

concepto, le reservaba Dolores; José para meditar sus planes y deshacer el nudo de iniquidades con que se trataba de aprisionar á la señorita de Argoso y á don Estéban de Vargas.

CAPÍTULO LX.

La sala de las declaraciones.

Eran las once de la noche.

Las calles de Sevilla se encontraban desiertas y apenas se veía algun transeunte que con rápido y silencioso paso se dirigia á su casa.

La noche estaba oscura y no se veia á nadie á dos pasos de distancia.

Al dar las once y en la calle de las Sierpes, viéronse cinco hombres, que embozados en sus capas y en actitud al parecer tranquila, se dirigian hácia una calleja en cuyo estremo se levantaba el meson del Ciervo.

Al llegar frente á este último, estos hombres se metieron en el hueco de un portal guardando el mas profundo silencio.

Luego uno de ellos entró en el meson y habló un buen rato con su dueño.

—Creeis que no harán falta? decia el que parecia jefe de los embozados al dueño de la posada.

—Creo que nó: monseñor me encargó esta mañana que le ocultase el encarcelamiento de doña Aldonza, y el jóven no sospecha lo mas mínimo. Le dije, tambien, que esta señora no se encontraria de regreso hasta las diez ó las once de la noche, y como no ha podido verla en todo el dia, es muy posible que antes de retirarse, intente visitarla.

El embozado hizo un signo afirmativo, y en tanto que el mesonero se dirigia al interior de su posada, aquel se unia al grupo de los cuatro hombres que habia dejado en la calle.

Todo volvió á quedar en silencio.

De pronto se oyó rumor de pasos.

Eran los de otro hombre que aparecia en un estremo de la calle.

Este hombre se dirigió con rapidez hácia el meson del Ciervo; mas no bien llegó á seis ú ocho pasos de su puerta, cuando se vió detenido por aquellos cinco hombres, que abandonando el hueco del portal, le cerraron el paso.

—Quién vá? preguntó el hombre deteniéndose.

—Daos preso señor don Estéban, dijo Enriquez.

—Preso yo? en nombre de quién?

—Del Santo-Oficio.

No obstante de que el mancebo era valiente, al oir que se intentaba prenderle por órden de la Inquisicion, tembló desde los piés á la cabeza.

—Yo preso en nombre del Santo-Oficio! esclamó Vargas con voz alterada: qué delito he cometido?

—Esto ya os lo dirán vuestros jueces.

—Llevais el auto de prision?

—A qué tantas preguntas? dijo Enriquez con impaciencia; hola, muchachos! prended á este hidalgo!

Los esbirros adelantaron un paso hácia el mancebo.

Pero éste, que no se rendia fácilmente, les recibió con la punta de su espada.

—Haceis armas contra el Santo-Oficio! esclamó Enriquez; pues bien: esto acrecentará la lista de vuestros crímenes; á él muchachos!

Al oir este grito, uno de los familires sacó una linterna sorda que traia oculta debajo de su capa, mientras que dos de los corchetes, desenvainando su espada, atacaban á Vargas con brio.

El jóven se habia arrimado en el hueco del portal donde un momento antes permanecian ocultos los esbirros, y como nadie podia atacarle por la espalda, se defendia con serenidad y destreza.

Enriquez habia elegido sus esbirros mas valientes y se lisonjeaba de que el jóven quedaria vencido en la lucha.

Así es que contemplaba esta última con una fruicion indescribible.

Pero su intento no consistia en herir ó matar á don Estéban: Enriquez no llevaba mas objeto que prenderle.

Viendo que el jóven se resistia con brio y que los dos

esbirros en sus constantes y violentos esfuerzos podian herirle ó matarle, dijo:

—Rendíos, señor de Vargas; la resistencia es inútil.

—Antes que rendirme, prefiero la muerte! replicó el jóven cuyo acero dirigia tajos y paraba golpes con la velocidad del rayo.

—Pues no morireis y rendireis vuestra espada! dijo Enriquez, impaciente por la duracion de aquel combate: ola, Mateo! añadió, volviéndose á un esbirro que permanecia á su lado y que no habia tomado parte en la contienda: saca tu lazo y envuelve con él á este mozo.

El esbirro, al cual se dirigian estas frases, adelantó hácia el jóven, se desembozó la capa, sacó de entre ella una larga y flexible cuerda en cuyo estremo se veia un lazo corredizo, y alumbrado por el resplandor de la linterna, arrojó esta cuerda á don Estéban.

Este vaciló sobre sus piés, soltó la espada y dió con su cuerpo en medio del arroyo.

El lazo acababa de enredarse en su garganta, y como el esbirro tirase del mismo y el jóven se sintiese ahogado, no tuvo otro recurso que soltar su acero y seguir el impulso de la cuerda.

Enriquez habia contemplado este espectáculo dibujándose en sus lábios una infernal sonrisa.

—Atadle! gritó, luego que vió al jóven tendido en el arroyo.

Los esbirros se precipitaron sobre él y le ataron las manos á su espalda.

—Infames! gritó Vargas sintiendo la presion que aquellas ligaduras ocasionaban en sus miembros; solo me habeis podido vencer con la traicion!

—Ponedle una mordaza! gritó Enriquez.

Vargas que no consideraba posible el defenderse, tuvo que sufrir este insulto.

Luego que le vió atado y con la mordaza en los lábios, Enriquez dió órden á sus esbirros para que le llevasen á las cárceles del Santo-Oficio.

Un momento despues aquellos seis hombres llegaban á esta grande é inmensa tumba donde gemian tantas víctimas.

En tanto que los esbirros llevaban á don Estéban á una de sus mas tristes y lúgubres estancias, el gobernador Enriquez subia al cuarto principal del edificio y se detenia frente á una gran puerta de nogal con embutidos de bronce.

Enriquez llamó con tiento á esta puerta, la cual no tardó mucho en abrirse.

Cerca su dintel apareció la siniestra figura del inquisidor de Sevilla.

Aquel cuarto era el destinado á recibir los acusados cuyas declaraciones no se arrancaban por medio del tormento.

Era frio, lúgubre, severo, como todo lo que pertenecia al Santo-Oficio.

No se veía mas que un banquillo para los acusados, una mesa con tapete negro, tres sillones que estaban re-

servados á los jueces, y un grande y enorme Cristo que en las declaraciones de las víctimas se iluminaba con dos hachas.

Enriquez penetró sin ceremonia en aquel cuarto y se sentó en uno de los sillones que se veian debajo de aquel Cristo.

—Y bien? preguntó Arbués que se sentó á su lado; por fin le echaste el guante?

—Sí, monseñor, contestó Enriquez.

—Se encuentra ya á buen recaudo?

—Ayer os dije que antes de que concluyera esta noche Vargas se encontraria en nuestras manos, y no ignorais que yo cumplo mis promesas.

—Ciertamente, replicó Arbués; eres un hombre muy listo, y ya oíste como ante el mismo José hice justicia á tu celo. Con la prision de Vargas no nos falta nada, y esta misma noche podremos ensayar aquel recurso que se debe tambien á tu inventiva.

—Os referís, monseñor, al recurso de darle tormento en presencia de Dolores?

—Esto es.

—Quereis dárselo esta misma noche?

—Para esto he venido al Santo-Oficio.

—Enhorabuena, dijo Enriquez; pero yo, monseñor, me atreveré á dirigiros una súplica.

—Pide lo que quieras, amigo mio: son tantos los servicios que me has prestado en estos dias, que yo no puedo ni debo negarte nada.

—Pues bien, monseñor; deseo que en el tormento, Vargas no pierda su juicio.

—No te comprendo...

—Quiero decir con esto, que la tortura debe ser gradual y calculada, á fin de que no pierda sus sentidos.

—Qué idea te llevas?

—La de que luego pueda sufrir otra clase de tortura.

—Con qué objeto?

—Cuál es el vuestro, monseñor?

—Mi objeto consiste en destrozar el corazon de Dolores, que presenciará el tormento, á fin de que luego ceda á mis instancias.

—Pues bien, contestó Enriquez; vuestro fin y el mio son completamente iguales.

—Cómo! interrumpió Arbués palideciendo y mirando con fijeza á su satélite; cómo! te has enamorado, tambien, de Dolores.

—Nó, monseñor.

—Entonces... habla... no te comprendo...

—Yo, monseñor, siento, cual vos, una pasion ardiente é irresistible, y cual vos, quiero tambien satisfacerla...

—En quién?

—Tal vez yo, monseñor, provoque la ira de Su Eminencia, y casi no me atrevo á pronunciar el nombre de la mujer que adoro.

—No soy tu confidente, tu protector, tu amigo? esclamó Pedro de Arbués, continúa: dime el nombre de esa mujer; se encuentra en esas cárceles?

—Desde ayer, monseñor.

—Entonces, es doña Aldonza!

—Cabal.

—Tanto la amas ?

—Como vos á la señorita de Argoso; desde que la ví, no sueño ni pienso mas que en ella; mi pasion, como la vuestra, llegó á su límite postrero y nada es bastante á contenerla. Siento que se desborda en mi pecho con infernal empuje, y á semejanza vuestra y á consecuencia de mis celos, profeso á Vargas un ódio irresistible. Lo que siento por Aldonza es algo mas que amor; es la locura, la fiebre y el delirio. Yo por una de sus caricias, sufriria los tormentos que impondremos á Vargas y me arrastraria á sus piés como un esclavo. Ya veis, pues, monseñor, si la adoro. Por mi amor comprendereis ya la fruicion con que veré los sufrimientos de Vargas, principalmente cuando abrigo la esperanza de que estos sufrimientos entregarán por fin á doña Aldonza en mis brazos.

—Oh! dijo Arbués, tu pasion me indica que al fin has comprendido la mia. Si yo hubiese conquistado á la señorita de Argoso, quizá en mi sed de goces y placeres, yo me hubiese constituido en rival tuyo y solicitaria una parte de la voluptuosidad que las gracias de Aldonza te prometen; pero hoy dia mi alma, mis deseos, mis aspiraciones todas, se encuentran fijas en Dolores, y te cedo con gusto los placeres en que sueñas. Obra, pues, conforme á tu capricho, en la confianza de que tendrás un ausiliar y un amigo. Si Aldonza ama á don Estéban con la misma

pasion que Dolores, yo no dudo que sus pretensiones se verán completamente satisfechas. La mujer es débil, y los objetos de nuestro amor no podrán resistir los dolores y torturas que Estéban vá á sufrir en su presencia...

—Lo creeis así monseñor? preguntó Enriquez con ansiedad...

—Quién lo duda? creo que al fin y al cabo Dolores no cederá á mis súplicas. Yo, hasta ahora, no me habia fijado un plan, un sistema, para alcanzar su conquista; dominado por mi ciega y febril pasion, yo, á sus ojos, me habia convertido en un débil é irreflexivo caballero; yo, con ella, no era un hombre sino un niño: mi corazon sujetaba mi cabeza y de ahí mis necedades y tonterías para conquistarla. Pero hoy dia las cosas han cambiado: ya no seré con ella el amante débil, el hombre de flojo carácter que se arrodillaba á sus piés para alcanzar desdenes; seré Pedro de Arbués el terrible y siniestro inquisidor que hace temblar sus víctimas con una de sus miradas y cuya sola presencia hace estremecer al pueblo de Sevilla. Basta ya de amor; basta ya de súplicas; basta ya de ruegos; lo que no ha alcanzado el cariño, lo alcanzará el Santo-Oficio; y como unas mismas causas producen siempre los mismos efectos y como el sufrimiento y el dolor produce siempre en las mujeres iguales resultados, hé ahí por que auguro que tú alcanzarás con Aldonza el buen éxito que yo me prometo con la señorita de Argoso.

—Creed, monseñor, que vuestras palabras dan grande aliento á mi alma, dijo Enriquez con acento hipócrita; y

puesto que los dos profesamos las mismas ideas y alentamos igual deseo, falta únicamente, que concertemos bien nuestros planes. Quereis que empecemos á ejecutarlos ahora mismo?

—A esto vine.

—Convenís en que D. Estéban debe sufrir dos veces el tormento?

—Sí.

—El Santo-Oficio tiene, para honra y gloria de la religion católica, muchas clases de torturas; cuál de ellas elegimos?

—Elegiremos dos que Vargas pueda resistirlas fácilmente.

—Elegidlas, monseñor.

—La del agua y la del fuego: pero una y otra aplicadas con gran tino á fin de que no espire en nuestros brazos.

—Está bien, monseñor; cuál de las dos mujeres ha de presenciar la del agua?

—Dolores.

—Ved que es tanto ó mas angustiosa que la del fuego.

—No importa; pero en la apariencia no es tan horrible; en el caso de que Dolores continue resistiendo, nos quedará aun tiempo bastante para elegir otros tormentos.

—Enohrabuena, replicó el feroz Enriquez yo recurriré al tormento del fuego y veremos cuál de nuestras dos heroinas tendrá mas alma para resistir el espectáculo. Deseais que una y otra lo presencien á un tiempo?

—Nó; conviene que la una ignore las pretensiones que tenemos cada uno de nosotros respecto de la otra. Fuera de esto si permanecemos solos, el acto revestirá un color mucho mas formal y sombrío. Si Dolores supiese que existe otra mujer que padece sus mismos sufrimientos, su alma recobraria mas fuerza y energía; el valor es contagioso y si Aldonza llegase á resistir la prueba, Dolores continuaria en su firmeza.

—Veo, monseñor, que discurrís con el buen acierto de siempre, dijo Enriquez; y puesto que hemos convenido ya en lo principal, creo que debemos dar nuestras órdenes.

—En efecto.

—Mandaré, pues, que en la cámara del tormento se hagan los preparativos necesarios?

Arbués hizo un signo afirmativo.

Enriquez dejó la estancia y descendió á los subterráneos del Santo-Oficio.

El inquisidor continuó en la sala de las declaraciones paseándose cabizbajo.

No habia transcurrido aun un cuarto de hora cuando Enriquez le interrumpió en su paseo.

—Todo está dispuesto, monseñor, dijo al entrar.

—Se ha sacado á Vargas del calabozo? preguntó el inquisidor.

—Aguarda en la cámara del tormento.

—Y Dolores?

—Está durmiendo; pero se la llevará á la cámara tan pronto como Vuestra Eminencia lo ordene.

—Está bien, dijo Arbués que durante esta plática no habia dejado de continuar su paseo y seguia meditando.

Luego se detuvo frente al gobernador de Sevilla y le dijo:

—Se me ha ocurrido una idea, Enriquez.

—Ya os escucho, monseñor.

—Se me figura que si dejamos aplicar el tormento por los esbirros del Santo-Oficio, Vargas quizá no lo resista. No ignoras que esos hombres carecen de entrañas y que ejercen su oficio con la impasibilidad de los instrumentos que manejan. Por mas que les demos nuestras órdenes será muy dificil que graduen el tormento conforme á nuestros deseos...

—En efecto, monseñor, dijo Enriquez; y qué es lo que se os ha ocurrido para evitar una desgracia?

—Muy sencillo: dar el tormento por nuestra propia mano.

—Monseñor: nos haremos terriblemente odiosos ante los ojos de las doncellas.

—No lo creas: ni una ni otra sabrá quién aplica el tormento á su novio; cuando lo presencie Dolores se lo aplicarás tu mismo y cuando lo presencie Aldonza, yo cuidaré de meter sus piés en el brasero. Hé ahí un medio fijo y seguro para graduar la tortura.

—Y si llegan á conocernos?

—No es posible: vestiremos la caperuza ó disfraz de los sayones y fuera de esto, durante el tormento, no pronunciaremos una frase.

—Si es así, acepto vuestro plan.

—Entonces vamos.

Y Pedro de Arbués y Enriquez abandonaron la sala de las declaraciones y bajaron con lento y quieto paso á las profundidades de aquel triste y fúnebre edificio.

CAPÍTULO LXI.

Los preparativos del tormento.

La cámara del tormento se encontraba á unos veinte piés debajo el primer piso de aquellas odiosas y horribles cárceles.

—Descendíase á ella cruzando una infinidad de sombrios corredores y bajando muchas escaleras cuya humedad hacia peligroso su descenso.

Envuelta en la oscuridad y las tinieblas, parecia guiar á las entrañas de la tierra.

Solo de cuando en cuando se encontraba alguna que otra lámpara cuyo resplandor rojizo las hacia mas pavorosos y horribles.

Antes de llegar á la cámara del tormento, encontrábanse algunas pequeñas estancias, donde, á la luz de un mal farol, veíase un tablado sobre el cual habia una estera

la cual servia para acostar en ella los que sufrian el tormento.

Estas estancias llevaban el irrisorio nombre de *cuartos de descanso*.

Cuando la desgraciada víctima era impotente para sufrir los estragos que el fuego, el agua la cuerda ó cualquier otro de los cien inquisitoriales tormentos le causaba, el Santo-Oficio le concedia algunos momentos *de descanso* conforme á la intensidad de sus dolores, y luego, cuando lo permitian sus fuerzas, se le volvia á aplicar la tortura.

Tanto esos cuartos como la sala del tormento, se encontraban á gran profundidad debajo tierra.

—Así es que los gritos y los ayes de las víctimas no eran oidos por nadie.

El rechinamiento de sus dientes, el crugir de sus huesos, el chisporroteo de sus carnes al ponerse en contacto con el fuego, el rumor ocasionado por sus maldiciones, sus ruegos, sus alaridos, sus lamentos, sus quejas, todo quedaba entre aquellos sombríos y gruesos paredones, únicos testigos de aquellos horribles y sangrientos dramas.

Enriquez y Arbués llegaron á uno de los cuartos de descanso, y mientras el primero cubria su rostro con una de esas caperuzas que llevaban siempre los verdugos del Santo-Oficio, el segundo llamaba á uno de estos que permanecia de guardia en la cámara, y le daba sus instrucciones.

Arbués le decia que fuese con uno de sus ayudantes al

calabozo de Dolores y que la trajese á la estancia donde se debia torturar á D. Estéban.

Luego que Enriquez se hubo puesto aquel siniestro disfraz, él y Pedro de Arbués se dirigieron hácia la cámara en que aguardaba Vargas.

Esta cámara consistia en un vasto é inmenso cuadrilongo atestado con los mas horribles instrumentos.

Cuerdas y poleas, colgando del húmedo y sombrio techo; caballetes fijos en el suelo; lechos de madera donde se sujetaba á las víctimas para hacerlas sufrir mil suplicios; ruedas en cuyo férreo círculo brillaban hojas de cuchillos; relucientes braseros en cuyas vivaces y rojas llamas se tostaban los piés del condenado; fuelles, brazaletes de hierro, escarpias, torniquetes; he ahí los muebles y utensilios que adornaban la fúnebre y siniestra estancia.

Una lámpara que colgaba en mitad del techo, la iluminaba con tristísimos fulgores.

Al entrar en ella, el condenado habia de sentir el frio de la muerte.

Aquello no parecia invencion del hombre sino de algun diabólico espíritu.

Era el infierno improvisado en la tierra.

Únicamente le faltaba un Luzbel, y este Luzbel se presentó con Arbués, el cual acababa de entrar con siniestro y mesurado paso en la cámara.

Tras él, y como si fuese un lacayo de la muerte, apareció Enriquez, envuelto en su túnica y caperuza negras

El inquisidor abarcó de una mirada la estancia, y al ver á D. Estéban de Vargas, sonrió á la manera con que debe sonreir el diablo.

El jóven se encontraba allí, preso entre sus manos, rodeado con todos los horrores que sabia acumular el Santo-Oficio, y una palabra suya, un gesto, una mirada, era lo bastante para que sus esbirros hicieran trizas su cuerpo.

D. Estéban al ver el inquisidor se puso lívido.

El mancebo se encontraba aun sugeto á la impresion que le habian causado Enriquez y sus hombres al prenderle, cerca el Meson del Ciervo y por mas que no comprendiese lo que habia originado su encarcelamiento, luego que vió á Arbués comenzó á ver claro.

El jóven recordó que unos dias antes habia declarado en favor de D. Manuel Argoso; que Pedro de Arbués le profesaba, desde mucho tiempo, un ódio irreconciliable por su estremado amor á la libertad y al pueblo, y, sobre todo, recordó que era novio de Dolores, lo cual era mas que suficiente para que el inquisidor le persiguiese con sus iras.

Esto no obstante el jóven al ver el inquisidor trató de reprimir su cólera y aguardó á que le dirigiese la palabra.

Arbués se dirigió hácia Vargas que con las manas atadas á su espalda permanecia en medio de dos sayones y le dijo:

—Siento en el alma, Sr. D. Estéban, que mi delicado

y penoso cargo de inquisidor general me obligue á visitaros en un lugar donde no entran mas que los hereges y los enemigos de nuestra santa fé católica. Dios, sin duda, añadió con hipócrita amargura, me tiene reservada esta prueba y yo que acato siempre su voluntad suprema, no he dudado un instante en venir á este sitio para cumplir con mi santísimo y piadoso cargo.

Como se vé el lenguaje de Arbués era el mismo que acostumbraba á usar en todas las ocasiones en que se presentaba como defensor de la fé y de los intereses de la iglesia.

—Ignoro caballero, dijo Vargas con dignidad, los motivos que ha tenido el Santo-Oficio para traerme á estos lugares: mas ya que hablais de mi encarcelamiento, vos, sin duda alguna, sabreis á qué lo debo.

—Oh! Dios mio, interrumpió Arbués en voz compungida; el Santo-Oficio nunca obra de ligero y cuando os ha traido á estas mazmorras ha sido porque desgraciadamente conoce vuestros delitos.

—Mis delitos! esclamó Vargas irguiéndose frente al inquisidor bien como si le hubiese mordido una víbora, cuáles son mis delitos, caballero?

—Muchos.

—Hablad.

—En primer lugar quisísteis defender á Manuel de Argoso que si no se halla convicto y confeso de su pecado de heregía es porque le inspira el orgullo y la soberbia...

—Le estais calumniando interrupió Vargas; Don Ma-

nuel de Argoso nunca fué herege ni enemigo de la religion católica; ódia tan solo el fanatismo y á los que, bajo la capa de una falsa religion, quieren dominarlo todo á su capricho.

El inquisidor fijó con beatitud sus ojos en el techo bien como si invocára á Dios por testigo de sus frases, y dijo con acento hipócrita:

—No ha llegado aun el instante en que se os exija declaracion solemne de cuanto sabeis respecto á la heregía de Don Manuel de Argoso; el tribunal sospecha de vuestra buena fé en un negocio que tanto interesa á la religion católica, y de ahí vuestro encarcelamiento. La tortura arrancará de vuestro lábios confesiones que no hicísteis en el dia de la audiencia. Por lo demás no creais que sea este el único motivo por el cual os ha prendido el Santo-Oficio: dejando aparte vuestra intimidad con Don Manuel de Argoso y vuestras relaciones amorosas con Doña Dolores, su hija, lo cual es mas que suficiente para que se sospeche de vuestra ortodoxia en las creencias religiosas, existe otro motivo por el cual se os tiene que sugetar á la tortura.

—Hablad.

—Permitidme que antes de todo os dirija una pregunta.

—Ya os escucho.

—Es cierto que á mas de sostener relaciones de amor con doña Dolores de Argoso, las sosteneis tambien con otra mujer que pasa por jóven y hermosa?

—No alcanzo la razon de esta pregunta.

—Contestad.

—Es esto punible?

—Nó.

—Entonces...

—Esta pregunta se halla estrechamente relacionada con otra acusacion que contra vos se formula, y de ahí que insista en ella.

—Pues bien, dijo Vargas; yo no amo, ni puedo amar á otra mujer que no sea la señorita de Argoso, la cual, como sabeis, caballero, habeis convertido en vuestra víctima.

El inquisidor se mordió los lábios:

Esto no obstante, guardó su sangre fria, y dijo.

—Siento mucho, señor de Vargas, que trateis de engañar al Santo-Oficio, el cual, conforme no ignorais, tiene los medios suficientes para conocer no tan solo la verdad de ciertos hechos, sino vuestros mas ocultos deseos. Acabais de decir que no estais en relaciones con otra mujer que no sea doña Dolores de Argoso, y esto no obstante, al Santo-Oficio le consta que os hallais tambien en relaciones con otra mujer que es tal vez mucho mas criminal y pecadora que la señorita de Argoso.

—Cuál es su nombre?

—Doña Aldonza de Herrera.

Vargas palideció.

Arbués hubo de percibir su emocion, y sonrió de una manera en que habia tanta piedad como sarcasmo.

Luego dijo:

—Mas aun: se os acusa, señor de Vargas, de que sois cómplice en un delito que acaba de cometer esa jóven.

—Qué delito?

—El que consiste en haber falsificado una órden del rey por la cual se mandaba poner en libertad á la familia de Argoso.

El jóven se puso lívido.

A no dudarlo, el Santo Oficio habia descubierto la estratagema de Aldonza.

Esto no obstante, comprendiendo que Arbués ignoraria tal vez los detalles de aquel hecho y que con sus frases le tendia una red para que descubriese la verdad de lo que habia ocurrido, esclamó, reponiéndose:

—Ignoro, caballero, lo que ha podido hacer doña Aldonza de Herrera, la cual no he de negar que conozco; yo con esta mujer no conservo mas que relaciones de amistad y no comprendo que haya podido falsificar la órden á que os referísteis ahora mismo: toda vez que no conoce ni nunca ha conocido á la señorita de Argoso.

—Es decir, pues, que negais lo mismo que ha averiguado ya el Santo-Oficio? preguntó Arbués.

—Si el Santo-Oficio averigua la verdad de todo lo que ocurre, dijo con altivez el mancebo, no sé por qué ha de interrogar tanto á sus víctimas.

—No seais blasfemo, señor de Vargas, dijo Arbués, el Santo-Oficio, que obra siempre con equidad y justicia, interroga siempre al acusado para cumplir con sus deberes. Nunca firma sus sentencias sin oir al reo. Así, pues, con-

testad: sois ó nó cómplice del delito que ha cometido la señora Aldonza de Herrera?

—Nó.

—Insistís en negarlo?

—Sí.

—Ved que se os aplicará el tormento.

Vargas no contestó una frase.

—Callais? os confesais culpable?

—Yo no confieso nada, repuso Vargas; es inútil que me dirijais mas preguntas; callaré aunque me arranqueis la lengua.

—Ola! gritó Arbués dirigiéndose á los sayones que por un instante habian dejado á Vargas en medio de la estancia.

Estos se adelantaron.

Enriquez que hasta entonces habia permanecido oculto en la penumbra, adelantó asimismo unos pasos.

—Sugetad el acusado al tormento.

Y como los esbirros se lanzaran sobre el acusado para ejecutar sus órdenes, Arbués, luego de reflexionar un instante, esclamó:

—Sugetadle al caballete en que se aplica la tortura del agua; mas no apreteis los torniquetes ni las cuerdas, hasta que yo me encuentre de vuelta. Aguardad mis órdenes.

Y pronunciadas estas frases y mientras que Enriquez y los dos esbirros se apoderaban de Vargas, el inquisidor abandonó la estancia.

Pedro de Arbués cruzó un estrecho y sombrío corredor y se detuvo ante una negruzca y vieja puerta entre cuyas rendijas filtraba la rojiza luz de una lámpara.

Al llegar á esta puerta, el inquisidor se detuvo é hizo un esfuerzo por componer sus facciones algo trastornadas por la lucha que habia sostenido con Vargas.

Luego llamó en aquella puerta con cuidado, bien como sino quisiese interrumpir la paz que en el interior de aquella estancia reinaba.

La puerta se abrió de par en par.

El que acababa de abrirla era un esbirro de Santo-Oficio.

Arbués entró en aquella estancia que era uno de los cuartos de descanso que conocen ya nuestros lectores y paseó en sus ámbitos una mirada ardiente y sombría.

Mas no bien el inquisidor hubo llegado en el centro de aquel cuarto cuando se detuvo.

Acababa de oir un grito, casi un gemido, que llegó al fondo de su alma como un cuchillo de hielo.

Entonces, al resplandor vacilante de la lámpara, vió á una mujer que casi desnuda, acurrucada en una estera y temblando desde los piés á la cabeza, le miraba con vivos y estraviados ojos.

Esta mujer era doña Dolores de Argoso.

CAPITULO LXII.

La tentativa de Arbués.

Pedro de Arbués se detuvo conforme ya digimos en el centro de la estancia, y fijó sus escrutadores ojos en el punto de la cámara donde permanecia la jóven.

Esta, al verle, se habia acurrucado en la pared, bien como si quisiese ocultarse á su vista.

Luego esperó temblando á que Arbués le dirigiese la palabra.

La presencia de aquel hombre traia á su memoria los mas funestos recuerdos; recordó las persecuciones de que habia sido víctima por espacio de tanto tiempo; recordó las constantes y cínicas ofertas con que el inquisidor trató de seducirla; recordó la triste y fúnebre noche en que, luego de ser llevada al Santo Oficio, Pedro de Arbués, aprovechando su sueño, se presentó en su mismo cuarto llevado

por los impulsos de un amor sensual é inconstrastable y recordó, en fin, los dolores, las infamias, las torturas, de que habia sido víctima su padre.

No es, pues, estraño, que sugeta al doble horror que le causaba la presencia de Arbués y á estos fúnebres y tristísimos recuerdos, no es pues estraño que la jóven, al ver la pálida y sombría figura del inquisidor de Sevilla, lanzase aquel grito, sincera y elocuente espresion del indomable terror que sentia.

Arbués comprendió el mal efecto que ocasionaba su visita y adivinó que entre él y Dolores se preparaba una lucha.

Esto no obstante, hizo un esfuerzo por reprimir los encontrados efectos que le ocasionaba siempre la vista de Dolores y tomando una actitud digna y apacible y con un acento que no carecia de dulzura, le dijo:

—Gran desgracia es para mí, señora, el tener que sufrir esas manifestaciones del disgusto que os causa siempre mi presencia: os traigo la paz, la tranquilidad, la calma, y sin embargo vos me recibís, como si os quisiese devorar un vértigo; os traigo la espresion de un amor ardiente é inefable y vos, sin embargo, considerais mi alma como un centro de los mas innobles y repugnantes sentimientos. Cuándo, señora mia, prosiguió Arbués con un acento de melancólica tristeza, me cabrá la dicha de trocar en dulce y afectuoso cariño la repugnancia que os inspira mi presencia?

—Nunca, señor inquisidor, esclamó Dolores con voz

temblorosa y débil en que el temor y la ira vibraban á un mismo tiempo.

—Nunca, señora! interrumpió Arbués sin que tuviese el necesario valor para dar un paso hácia la jóven; en verdad que no comprendo vuestra antipatía. Por ventura soy yo algun mónstruo? no soy con respeto á vos el hombre enamorado y tierno, que una palabra vuestra, una mirada, una esperanza, convertiria en el mas feliz de los mortales? Ah! señora! no ignorais que el inquisidor de Sevilla os ha ofrecido nó una sola vez sino muchas, su corazon, su fortuna y sus riquezas. El hombre que hace temblar al pueblo de Sevilla, que estiende su inmenso y colosal influjo á todos los reinos de España, se ha postrado cien veces á vuestras plantas para realizar una de las mas dulces ilusiones que desde algunos meses le embriagan y trastornan. Yo he rendido á vuestros piés mi dignidad, mi orgullo y mi soberbia y sin embargo, en vez de alentar mi pasion, habeis correspondido á mis instancias con la indiferencia y el insulto. Por qué tanta crueldad, Dolores?... Por qué en vez de continuar viviendo en estas lúgubres mazmorras no os entregais á mis brazos, para que yo, lleno de amor, de solicitud y cariño, trueque vuestra morada en un rico y espléndido palacio creado por el génio de las artes y convierta en un paraiso la existencia.

—Siento en el alma señor inquisidor, replicó Dolores, que gasteis así vuestra elocuencia: cuando vivia en la tranquilidad y paz que me ofrecian los cuidados y cariño

de mi padre, vos fijasteis en mí vuestros ojos y me declarasteis un amor que mi virtud, mis compromisos y hasta mis pocos años, rechazaban. Yo consideraba la realizacion de vuestro amor tan imposible que mas de una vez sospeché que vos en lugar de tener conmigo las pretensiones de un amante, no sentíais hácia mi otro cariño que el que puede albergarse en el corazon de un padre. Desgraciadamente la ocasion y las circunstancias hubieron de mostrarme el error en que vivia: recordad, sino, aquella noche en que mi pura é inocente alma se entregaba á la plegaria y en que colocada sobre el reclinatorio de mi cuarto dirigia á Dios las fervientes y castas súplicas de un corazon sin mancilla. De pronto, con la franqueza á que os daba derecho la amistad que existia entre vos y mi padre, entrasteis á mi estancia y sin respetar mi sencillez, mi virtud, mis pocos años, exigísteis de mí la satisfeccion de un amor tan bajo como impuro. Desde entonces me espliqué la solicitud y el afan con que ensalzabais mi hermosura y comprendí que el cariño que vendíais á mi padre, no era mas que una vil é infame hipocresía. Vuestras súplicas, vuestros ruegos, vuestras lágrimas y hasta vuestras mismas amenazas, no hicieron otra cosa que aumentar la instintiva repugnancia que hácia vos sentia y fijar la línea divisoria que entre los dos habia de mediar eternamente. Luego..... ya sabeis lo que ha ocurrido: mortificado en vuestro amor y en vuestro orgullo y trocando vuestro papel de amante en el de inquisidor vengativo, lanzasteis contra mi infeliz y desgraciado padre los rayos del Santo-Oficio

y queriendo vencer mi debilidad y flaqueza de mujer y recurriendo á una traicion infame, sepultasteis aquello mismo que vos calificasteis de mi hermosura y mi belleza, en un oscuro é inmundo calabozo!..... Cómo quereis, pues, que yo os reciba como un protector, un amante ó un amigo? Por ventura mi corazon no ha de protestar contra vuestras crueldades?

—Ah Dolores! interrumpió el inquisidor con tristeza y dulzura á un mismo tiempo; harto sabeis que si os hallais en un oscuro é inmundo calabozo no tengo de ello la culpa.

—Entonces á quién podré acusar de tanta infamia?

—A vos misma.

—A mí misma!

El inquisidor hizo un signo afirmativo.

—No os comprendo...

—Culpad de ello á vuestr ahermosura y sin par belleza, interrumpió el inquisidor fijando sus negros y ardientes ojos en Dolores bien como si la quisiese envolver en una red de fuego; convertíos en una mujer impura: arrancad de vuestro semblante la gracia y la belleza que tanto os distinguen y que Dios arrancó sin duda á alguno de sus ángeles para convertir mi vida en un infierno, y yo dejaré de amaros y vuestra imágen se convertirá en una imágen vulgar y ordinaria y mi corazon no alentará ya sus locas y ardientes esperanzas!...

—Y cómo, observó Dolores, al dar cabida en vuestra alma estos impúdicos y enérgicos deseos, no pensasteis en vuestra digninad y estado?

—Por qué me haceis esta pregunta, señora?

—Porque vos desde el momento en que hicísteis á Dios el sacrificio de vuestro corazon y aspiraciones todas, renunciasteis á esos vanos y fugitivos placeres que convierten al ministro del Señor en un hombre vulgar y ordinario; porque vos en vez de sublimar vuestra alma en las puras y etéreas regiones habeis permitido que sus blancas y trasparentes alas rozaran el inmundo cieno de la tierra.

—Ah Dolores! esclamó Arbués lanzando un gemido; me hablais del cielo, me hablais de Dios sin pensar que yo no concibo ni á Dios ni al cielo sin vuestra bella y encantadora imágen. Para mí las etéreas regiones de que ahora mismo hablabais, no existen mas que en el espacio que ocupa vuestra hermosura; vos sois mi ángel, mi Dios, el sér donde convergen las aspiraciones todas de mi vida. Nada importa que yo sea el ministro del Dios al cual os referíais no hace mucho: mi dignidad, mi carácter, mi estado son á vuestros ojos nada mas que débiles y sencillas apariencias con las cuales encubro ante el mundo mis pasiones de hombre. El único sér ante el cual me he manifestado franco y desembozado ha sido vos, Dolores: vos conoceis mi amor, mi debilidad, mis flaquezas todas y vos habeis visto la sencillez con que colgaba mis hábitos de fraile para convertirme en vuestro mas fiel y ardiente caballero. Por qué pues, no premiais el sacrificio de mi dignidad y nobleza?

—Porque no es posible.

—Dadme siquiera una esperanza'...

—No puedo darla.

—Qué se opone á ello?

—Primero mi conciencia.

—Y luego...

—Luego el formal compromiso que ante Dios y ante los hombres he contraido de pertenecer á otro amante, que, cual yo, es víctima de la persecucion é injusticia.

—Y quién es este hombre?

—Don Estéban de Vargas.

El fraile lanzó una estrepitosa carcajada que hizo temblar á la jóven desde los piés á la cabeza.

Dolores miró á Arbués como si quisiese comprender aquella manifestacion de una alegría que, en su concepto, se parecia mucho á los impulsos de una imaginacion estraviada.

—De que os reís? preguntó al dominico.

—Del compromiso al cual estais aludiendo.

—Cómo! interrumpió Dolores; creeis que no me ama ya Don Estéban?

—No digo tanto; pero se me figura que hoy por hoy es inútil.

—Por qué?

—Porque Don Estéban se encuentra en un estado en el que carece de voluntad propia.

—Esplicaos.

—Es muy sencillo: Don Estéban aunque quisiese no podria unir con vos su felicidad y su suerte: entre él y vos se ha cruzado la fatalidad representada por yo mis-

mo y nada, en este instante, es capaz de ahuyentarla.

—Pero qué fatalidad es esta, Dios mio?

—El Santo-Oficio, señora.

—Estais en la opinion de que Vargas seria tambien víctima de los rigores que estais usando conmigo?

—Sí, señora.

La jóven palideció.

—Cómo! dijo; Vargas es tambien culpable de algun delito ofensivo á la religion católica?

—Nó, pero ha ofendido en cambio una institucion que merece la misma veneracion y respeto.

—Cuál?

—La monarquía representada en la Sacra y Católica Magestad del emperador Cárlos V.

—Dios mio! balbuceó Dolores fijando sus llorosos y suplicantes ojos en el techo.

Arbués no dijo nada.

Observaba, en todos sus matices, el efecto que ocasionaban sus palabras en el corazon de Dolores.

Representaba el papel del verdugo acechando las torturas de la víctima.

Dolores interrumpió el silencio diciendo:

—De qué se le acusa?

—De muchos delitos, señora, mas el principal, segun parece, consiste en haber falsificado una órden de S. M. el emperador Cárlos V.

—Con qué objeto?

—Con objeto de salvar á una mujer que amaba.

—Ama á otra mujer? esclamó Dolores irguiéndose de repente y dejándose llevar por el impulso de los celos.

—Nó.

—Entonces...

—Os queria salvar á vos, señora.

—Oh! Estéban! Estéban! dijo la doncella con voz alterada y cayendo de rodillas; siempre he de reconocer tu alma noble y generosa!

La jóven guardó un instante de silencio bien como si tuviese miedo á las contestaciones que respecto á Vargas iba á darle el dominico.

Mas al fin continuó:

—Y se le ha acusado en forma?

—Si señora.

—Dónde se encuentra? preguntó la jóven temblando.

—Aquí, en estas cárceles.

Dolores exhaló un grito y se retorció los brazos.

—Decís que se encuentra en el Santo-Oficio?

Arbués hizo un signo afirmativo.

—Quién dió órden para prenderle?

—Yo! esclamó el inquisidor con una sangre fria que llenó de espanto á Dolores.

—Oh! esclamó la doncella; yo no tenia que dirigiros ya esta pregunta: debia adivinarlo: no contento con dirigir vuestros golpes contra el autor de mis dias; no contento con dirigir los ataques á mi virtud y mi honra, ahora tratais de herirme en lo mas profundo y sensible que existe en el corazon de la mujer!...

—Pensad, Dolores, dijo Árbués con una intencion depravada, que aun no he pasado al terreno de los hechos...

—No decís que Vargas se encuentra en el Santo-Oficio?

—Sí; mas no llegaba aun la ocasion de ejercer con él sus rigores: hasta ahora la inquisicion solo ha intentado amenazarle.

—Qué intenta hacer con él.

—Darle el tormento.

—Dios mio! Dios mio! balbuceó Dolores que en aquel instante recordó los horribles sufrimientos de su padre; y no hay forma de evitarle este suplicio?

—Sí, dijo Arbués.

—Qué medio, qué recurso puede emplearse en su obsequio?

—Uno muy sencillo.

—Hablad.

—Estais dispuesta á sacrificaros por el mismo que ha caido bajo el poder del Santo-Oficio con objeto de salvaros?

—Sí! sí! esclamó la jóven que se reconocia como la causa principal de la desgracia de Vargas.

—Pues bien, señora, dijo Arbués sonriendo de una manera diabólica; ceded á mis instancias.

Al oir estas frases la jóven que hasta entonces habia permanecido arrodillada y como encogida en el rincon de aquella estancia, se levanto de pronto y dando un paso hácia Arbués y con una majestad que hubiese envidiado una reina dijo:

—Eso nunca, caballero! ...

—Ved, observó Arbués, que con vuestra negativa condenais á la muerte á vuestro amante.

—No importa: Vargas preferirá su muerte á mi deshonra.

—Vos no le amais señora.

—Qué no le amo! por quién, pues, me encuentro en estas lúgubres mazmorras? esclamó la jóven con entusiasmo. Si yo no le hubiese amado con la pureza y constancia del amor primero, quizá, á estas horas, hubiese accedido á vuestras súplicas y ruegos y dejando de ser vuestra mártir para convertirme en una débil é inmunda favorita, hubiese dejado estas fúnebres mazmorras por la esplendidez y riqueza de un palacio. Decís que no le amo y si mi existencia y mi sangre fuesen bastante á salvarle, yo así como no puedo rendir á vuestros piés mi honra y mis virtudes, rindiera mi vida y mi existencia. No arriesgó la suya para salvarme de esta cárcel?

—Pues bien; si tanto le amais, si es verdad que deseais impulsar vuestro amor al sacrificio, dejad las preocupaciones que en este momento os ofuscan y ceded á mis exigencias que al fin y al cabo devolverán á él y á vos esa misma existencia, ese mismo amor, esa misma libertad que quereis tanto.

—Nunca! nunca!

—Ved, Dolores, que los momentos son preciosos y que vuestras dudas, vuestras vacilaciones, vuestras negativas apresurarán el triste fin que le aguarda.

—Es inútil!

—Pensadlo bien, Dolores; nadie conocerá vuestra deshonra; la satisfaccion de mi amor quedará oculta y encerrada en lo mas hondo de mi pecho y nadie, en el mundo, sospechará que hayais cedido á mis ruegos.

—Basta, caballero! interrumpió Dolores haciendo un supremo esfuerzo; vuestras súplicas, vuestras amenazas son completamente inútiles; haced de mí y de él lo que mejor os cuadre; mas no intenteis la realizacion de un sueño que ofende mi religion, mi dignidad y mi conciencia!

—Ved que Don Estéban se encuentra aquí, á dos pasos de distancia, en la misma cámara del tormento y que los esbirros aguardan mis órdenes para que comience el suplicio.

La jóven guardó silencio.

—Os resistís? no cedeis á mis súplicas?

—Nó.

—Pues bien esclamó Arbués con una ferocidad indescribible; vos misma presenciareis el tormento.

—Por piedad! por piedad, esclamó la jóven cayendo de rodillas; matadme, sujetadme á la tortura; mas no permitais que yo presencie sus horribles sufrimientos!

Al ver el dolor que con esta amenaza esperimentaba la jóven, el inquisidor sonrió y no perdió aun su esperanza.

—Cedeis, por fin? preguntó con formidable acento á Dolores.

—Quitadme la vida; pero no asesineis mi honra.

—Yo no quiero tu vida sino la de tu amante que ódio

con toda la ferocidad de que es capaz mi corazon y mi alma! Cedes por fin á mis instancias?

—Nunca! nunca!

Y al pronunciar estas frases y como si se obrara en la jóven una reaccion estraña, miró con fijeza y hasta con valor al dominico.

En esta mirada habia la aceptacion de la lucha á que el inquisidor la provocaba.

Este comprendió que habia agotado ya sus rocursos y que nada era capaz de vencer su resistencia.

Así es que dejando la estancia se dirigió hácia la puerta, y llamó á los esbirros.

—Llevad esta mujer á la cámara del tormento, les dijo con voz lúgubre.

Los verdugos obedecieron con la impasibilidad de una máquina y cogiendo de un modo brusco á la jóven, que oponia alguna resistencia, se dirigieron con ella hácia la triste y funesta cámara donde hemos dejado á D. Estéban.

Pedro de Arbués siguió á Dolores, que no ofreció resistencia alguna.

Al cruzar el corredor que mediaba entre el cuarto de descanso y la cámara del tormento, uno de los esbirros cuyo semblante se hallaba cubierto con una caperuza, acercó, con disimulo, sus lábios al oido de la jóven, y la dijo en voz casi imperceptible:

—¡Valor, señora, valor!

Dolores se estremeció y fijó sus ajos en el hombre que habia pronunciado estas frases.

Entonces este hombre, aprovechando el resplandor de un farol que colgaba en una de aquellas sombrías paredes, levantó su caperuza y mostró el semblante.

Dolores iba á exhalar un grito; pero aquel hombre le hizo una seña, y la jóven pudo ahogarlo en su garganta.

En aquel esbirro, la señorita de Argoso acababa de reconocer á un amigo.

Era José, el favorito de Arbués.

CAPÍTULO LXIII.

La tortura del agua.

Ya se recordará que José habia oido la conversacion que habia mediado entre Pedro de Arbués y el gobernador de Sevilla luego que éste hubo llegado de la córte y dado cuenta de su mision cerca el emperador Cárlos V.

El jóven habia adivinado los planes de aquellos dos cuervos del Santo-Oficio y comprendiendo sus proyectos y en su deseo por salvar á D. Estéban, le habia buscado en todas partes.

El dominico habia ido á la taberna de la Chapa y á la fonda del Ciervo de Oro; pero ni en una ni otra parte se le habia dado razon del mancebo.

En su afan por salvar á la señorita de Argoso, Vargas habia celebrado algunas conferencias con el bravo y leal Rodriguez, el cual se proponia urdir una conspiracion, su-

blevar al pueblo contra el Santo-Oficio y libertar con el desórden y el motin á D. Manuel y su hija.

Hé ahí, pues, porque, contra su costumbre, el jóven no habia ido á la taberna de la Chapa, ni al meson del Ciervo de Oro.

Al dirigirse hácia este último, á las altas horas de la noche, Vargas habia sido detenido por los hombres de Enriquez, y el mesonero le habia dicho que hacia ya veinte y cuatro horas que no habia visto á D. Estéban.

José comprendió, entonces, que Vargas habia ya caido en las garras del Santo-Oficio, y sin pérdida de tiempo se dirigió á sus lúgubres mazmorras.

El jóven habia seducido desde mucho tiempo y con el mismo oro que le prodigaba Arbués, á uno de sus carceleros, y con este oro que mas de una vez le habia proporcionado la ventaja de ver y consolar á la señorita de Argoso, el jóven no solo descubrió que Vargas se encontraba en aquellas horribles cárceles, sino que logró proporcionarse el traje de un esbirro que se hallaba enfermo y con el cual se proponia ofrecer su auxilio á los dos presos.

Hé ahí porque José, aprovechando un instante en que nadie podia verle ni oirle, habia pronunciado aquellas frases que tanto habian reanimado el corazon de la jóven.

Esta siguió á los esbirros que la guiaron á la cámara del tormento.

No bien Dolores llegó á esta última, cuando lanzó un grito.

Acababa de ver á su amante que en pié y con las ma-

nos atadas á su espalda aguardaba inmóvil, cerca de un caballete.

—¡Dolores! esclamó Vargas haciendo un movimiento para lanzarse hácia su novia.

—¡Estéban! gritó Dolores, la cual, obedeciendo tambien á sus cariñosos impulsos, quiso dirigirse hácia el mancebo.

Pero uno y otro fueron detenidos en sus apasionados arranques.

El inquisidor habia hecho una seña á los esbirros, y estos se habian interpuesto entre ambos jóvenes. No empezaba la tortura física, mas en cambio empezaba la moral, la del alma, que era aun mas terrible que la del cuerpo.

Pedro de Arbués lo comprendia así, y al prohibir que se acercasen uno á otro, se gozaba en sus terribles sufrimientos.

Hubo un instante de silencio durante el cual los dos jóvenes cambiaron algunas miradas en las que iban envueltas su amor, su pasion y sus sacrificios todos.

El inquisidor, comprendiendo que en aquellas miradas se enviaban la espresion de su cariño y su firmeza, quiso interrumpir aquel triste y débil goce y volviéndose á los esbirros, dijo:

—¿Se halla todo dispuesto?

—Aguardamos las órdenes de Vuestra Eminencia, dijo Enriquez con voz que hizo estremecer á D. Estéban.

—¡Pues bien, dijo el inquisidor dando á sus frases un acento lúgubre; atadle al caballete!

Los esbirros que se encontraban cerca el jóven y los mismos que habian guiado á la señorita de Argoso á la cámara del tormento, se acercaron al mancebo y obedecieron las órdenes de su jefe.

Luego que fué atado al caballete y con el pretesto de que una de sus cuerdas se hallaba aun floja, José se acercó al paciente, se inclinó á su rostro y al mismo tiempo que daba una vuelta al torniquete, le dijo con voz imperceptible:

—¡Ánimo!..... ¡valor! ¡sufrid con resignacion el tormento y luego no faltará quien os salve!

Vargas clavó sus ojos en aquel misterioso esbirro como si quisiese agradecerle aquellas frases de esperanza y de consuelo.

Entretanto Arbués se habia colocado al lado de Dolores y acechaba con fruicion las muestras de dolor que en su rostro se observaban.

—Ved, señora, la dijo en voz baja; que va á empezar la tortura: pronunciad una frase y yo evitaré su sufrimiento y el vuestro.

Dolores contestó á Arbués con un gesto de indignacion y de desprecio.

—¡La alcancia! gritó Arbués á sus hombres irritado por el desden de la jóven.

Los esbirros se dirigieron á un ángulo de la estancia y cogieron una gruesa alcancia llena de agua. Luego se acercaron á D. Estéban, que aprisionado en las cuerdas del torniquete, no podia hacer movimiento alguno.

—¡Vertedla! gritó Arbués.

Los esbirros, que obedecian la voz de su jefe con un mecanismo y precision admirables, entreabrieron la boca del paciente y comenzaron á verter el agua de la alcancia.

En aquel instante comenzaron los sufrimientos de Vargas.

El agua vertida en su nariz y sus lábios con una regularidad matemática, empezó á hinchar su estómago y á privar la entrada del aire en sus pulmones.

Aquel espectáculo era verdaderamente horrible.

A medida que se vaciaba la alcancia, la respiracion de Vargas se hacia mas penosa y sus miembros continuaban hinchándose.

Esta hinchazon comprimiendo las cuerdas que le sugetaban al caballete de madera, le hacia padecer los mas terribles sufrimientos.

Sus ojos se apagaban lentamente; el moreno color de sus facciones se convertia en una palidez verdosa y de cuando en cuando, sin embargo de sus fuertes ataduras, su cuerpo se estremecia en un movimiento convulsivo.

Solo aquellos hombres acostumbrados á las terroríficas escenas, podian resistir aquel horrible espectáculo.

Hubo un instante en que Dolores, para no verlo, cubrió su rostro con sus manos.

Pero el feroz Arbués mandó á uno de los verdugos que se las atasen á la espalda y cogiéndola por el brazo y á fin

de que presenciase la tortura en sus mas mínimos detalles, la acompañó hasta el mismo caballete.

Dolores al ver la palidez de D. Estéban, al observar la hinchazon de su cuerpo, al notar las convulsivas sacudidas que agitaban de cuando en cuando sus miembros, no pudo resistir por mas tiempo y dejándose caer á los piés del feroz inquisidor, esclamó:

—¡Piedad! ¡piedad! ¿no veis que se muere? ¿no veis que está exhalando el último suspiro?

—¡Aun es tiempo! ¿cedes? esclamó el inquisidor inclinándose hácia el suelo bajo el pretexto de levantar á Dolores, que permanecia arrodillada.

—¡Mandad que cese el tormento!

—Nó: es necesario que en este mismo instante me des tu palabra de que, por fin, accederás á mis deseos.

—¡Esto nunca! gritó Dolores.

Arbués palideció y estendió su mano hácia los esbirros, diciendo con voz enérgica:

—¡Dad otra vuelta al torniquete!

Los esbirros obedecieron la órden: crugieron las cuerdas y la hinchazon que se observaba en los miembros del paciente, creció de una manera espantosa.

—¡Oh! esclamó Dolores levantándose y mirando al inquisidor fijamente: ¡sois un hombre cruel! ¡sois un infame!....

—Callad, señora, dijo Arbués rechinando sus dientes; ved que la santa inquisicion tiene los necesarios medios para cerrar la boca á los que insultan sus ministros!

—¿Qué me importa? replicó la jóven dejándose llevar por su ira; todos sus medios, todos sus infames recursos se estrellarán contra el amor que yo profeso á tu víctima!

—¿Olvidais, señora, que estais insultando al jefe del Santo-Oficio?

—¡Os engañais, esclamó Dolores; yo no hago mas que contestar á un sér vil y miserable!

Y luego encarándose á D. Estéban, que no obstante sus muchos sufrimientos no habia perdido una frase de las que habian mediado entre ella y el inquisidor de Sevilla, añadió:

—Este hombre que es nuestro mortal enemigo porque tú y yo hemos tenido la desgracia de amarnos con abnegacion y virtud: este hombre que, como tú no ignoras, ocasionó el infortunio de mi padre y que por espacio de tanto tiempo ha empleado sus medios y seducciones para lanzarme en el abismo del vicio; este hombre dice que te librará del tormento si yo, compadecida á tu dolor, me entrego en sus brazos y cedo á sus impúdicos deseos. ¿Quiéres, Estéban, que cediendo á mi flaqueza, entregue á ese mónstruo la honra, la pureza, la virtud, que hasta ahora he guardado sin mancilla?

D. Estéban no respondió.

Faltábanle medios.

Los esbirros continuaban vertiendo el agua en sus entreabiertos lábios y no habia forma para que pudiese pronunciar una palabra.

Mas en cambio, Vargas hizo un esfuerzo para mover su cabeza y fijando una mirada á la jóven, ésta por la ira y el furor que chispearon sus ojos, comprendió que protestaba á su vez contra las exigencias infames del inquisidor de Sevilla.

Éste, que se lisonjeaba de alcanzar por medio del terror lo que tanto deseaba, se quedó sorprendido al ver la repentina energía que la jóven desplegaba y comprendiendo que todos sus esfuerzos para lograr su objeto eran, por decirlo así inútiles y queriendo poner fin á una escena en que su dignidad de inquisidor se hallaba tan mal parada, esclamó con voz de trueno:

—¡Ponedle una mordaza!

José, que habia presenciado aquel espectáculo, lleno de piedad por Vargas y Dolores, cogio él una mordaza que colgaba en la pared, y se acercó á la jóven.

Entonces, mientras se la ponia, dijo en voz baja á esta última:

—No desespereis tanto á Arbués: si Vargas no muere en el tormento, su libertad es segura.

Dolores clavó una mirada en el jóven dominico, bien como si quisiese indicarle que habia comprendido sus planes.

Viendo Enriquez que la tortura continuaba y que Arbués, cegado por el corage no daba órdenes para que se suspendiese, dijo á este último:

—¿Olvidais, monseñor, lo que uno y otro convinimos?

—¿Convinimos en algo? preguntó Arbués, que en su furor habia olvidado sus compromisos con el gobernador de Sevilla.

—Sí, monseñor, dijo Enriquez en voz baja; convinimos en que primero vos le aplicaríais la tortura del agua y que yo en seguida le aplicaria la del fuego. Olvidais que trás de vuestra hermosísima y cruel Dolores se encuentra doña Aldonza.

—¿Y bien?.....

— Si prolongais dos ó tres minutos la tortura, D. Estéban se muere y yo no podré hacer mi prueba. Dad, pues, vuestras órdenes para que se lleve al paciente á un cuarto de descanso.

—En efecto, dijo Arbués, fijando sus sombríos ojos en el jóven: su respiracion está casi perdida y su semblante es el de un muerto.

Y dirigiéndose á los sayones que seguian vertiendo el agua de la alcancia y que apretaban de vez en cuando el torniquete para aumentar los sufrimientos del jóven, esclamó:

—Basta! el Santo-Oficio, que siempre es generoso y benigno, suspende la tortura de este hombre y se reserva para otro instante el castigarle y arrancar de sus lábios la confesion de sus enormes delitos. Sacadle del caballete y conducidle á uno los cuartos de descanso.

Y luego indicando á la señorita de Argoso que no podia hacer ni decir nada porque á mas de tener sus brazos atados á la espalda llevaba una mordaza, continuó:

—Llevad á esta mujer al calabozo que ocupa. Guardad en vuestra memoria las frases que ha pronunciado, á fin de que os pueda citar como testigos de lo mucho que me ha insultado.

La jóven quiso hablar, pero no lo permitió su mordaza.

Los esbirros se apoderaron de ella y la llevaron á su mazmorra en tanto que los que habian quedado en la cámara del tormento desataban las ligaduras que ataban el mancebo al caballete.

Enriquez y Arbués se quedaron entre los esbirros que cuidaron de Vargas.

—José el dominico siguió en silencio á los demás esbirros que acompañaban á Dolores.

Al llegar ésta á su calabozo no pudo resistir por mas tiempo.

Las violentas emociones que le habian ocasionado los sufrimientos de Vargas, habian agotado sus fuerzas y roto su corazon en cien pedazos.

Así es que al llegar á la puerta de su mazmorra la jóven exhaló un grito que quedó ahogado en la mordaza y cayó en tierra sin sentido.

José se inclinó hácia ella, la recogió del suelo con un cuidado y solicitud que casi se podia hacer sospechosa á los demás esbirros, y la llevó á su lecho de tablas que arrimado á la pared y cubierto por una súcia y miserable estera, recordaba un lecho de difuntos.

José manifestó á los demás esbirros que él cuidaria de

volver la jóven á la vida y estos que, cansados de respirar aquel aire mefítico, no deseaban otra cosa que subirse á los pisos superiores, dejaron al dominico con Dolores y salieron del calabozo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

PQ
2445
S8M86
t.1

Suberwick
Misterios de la Inquisición de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY